



Comencé a escribir este texto el 5 de junio de 2007.
En estos años, hasta 2020, han nacido mis cinco nietos:
Carmen, Nerea, Mario, Sara y Marina. Considero útil
para mis hijas, para esos nietos, para los nietos de mis nietos,
que conozcan las vivencias positivas y lo que padecieron
sus padres y abuelos. Quiero pensar que serán de interés
también para todos los que las lean, si eso los ayuda a no repetir
errores ya cometidos por otros en el pasado.
Una familia —o un pueblo— sin memoria no tienen futuro.
De todos los incidentes he aprendido algo. No sólo de quienes
me han enriquecido, de quienes he querido y estimado.
Incluso de aquellos que, ya ejerciendo su voluntad consciente
u “obligados bajo presión” a someterse a la de otros,
llegaron a hacerme algún daño.

“ La represión, el temor, la falta de esperanza y la falta de
libertad son elementos constantes en [Hoy como Ayer](#),
que no solo nos recuerda las necesidades materiales que
por más de seis décadas han afectado al pueblo de Cuba,
sino también las necesidades espirituales.

[José E. Roig](#)

Premio Emmy como presentador de televisión

“ Una obra que deben leer todos los cubanos.

[Carlos Alberto Montaner](#)

El Nuevo Herald, 16 de febrero de 2021



Editorial
BETANIA



Tony Guedes

Hoy como ayer

Memorias



2ª edición

BETANIA

Tony Guedes

Hoy como ayer
Memorias

Para mis hijas y nietos
antes que perdamos la memoria

Editorial **BETANIA**
Colección Narrativa

© Antonio (Tony) Guedes Sánchez, 2020

1ª. edición: Madrid, 2020

2ª. edición: Betania, 2021

ISBN 978-84-8017-434-3

Diseño gráfico: Rogelio Quintana

Editorial Betania

Apartado de Correos 50.767

Madrid 28080

España

E-mail: editorialbetania@gmail.com

Blog: <http://ebetania.wordpress.com>

Índice

Parte Primera

A la sombra de los años en flor

1. Génesis	13
2. Un niño	22
3. Intermedio confesional	27
4. Regreso a la semilla	33
5. El central Conchita	37
6. La bodega	46
7. De Bolondrón a Unión de Reyes	56
8. Evita y el mar	63
9. Unión de Reyes, 1950s	69

Parte Segunda

Llegó el Comandante y mandó a parar

10. Escenario	83
11. El descenso	88
12. El huevo de la serpiente	93
13. El pueblo uniformado	100
14. El “guerrillero heroico”	110
15. Las fórmulas del discurso	117
16. Contracorriente	126
17. El pueblo adoctrinado	132
18. A cada cual según lo que haya	142
19. Después de los misiles rusos	155
21. Proletarios de todo el país: uníos (o disparo)	167

Parte Tercera

Tiempos oscuros

21. Apestados	179
22. Bucólicas	188
23. Planes de fuga	192
24. Caza de almas	204
25. En cada cuadra un Comité	214
26. Por los campos del Tercer Mundo	223
27. El Bachillerato	232
28. Tribunales y estudios	240
29. La trampa de los espías	250

Parte Cuarta

La vocación

30. La vida en el Seminario	261
31. Los diez millones van al desastre	276
32. Navidades rojas	280
33. De cómo no llegué a ser militar forzado	285
34. Progresos en el Seminario	291
35. Diferentes	299
36. El trabajo os hará prisioneros	305
37. Lourdes	312
38. Novios	318
39. Ergoterapeuta	323

Parte Quinta

Dos

40. Viajes a Jagüey Grande	331
41. Prendas de amor	338
42. Estudiantes	344
43. Encuentros	349
44. Una vivienda	355
45. Peligros cotidianos	365

46. Con ayuda de la familia y amigos	371
47. Día de boda	381
48. Cuba exporta carne de cañón	388
49. Evita universitaria	395

Parte Sexta

Escenas de un matrimonio

50. Cultivar la Fe	405
51. Un cruel <i>paripé</i> institucional	410
52. La Odisea cotidiana	417
53. Visitar el pueblo	427
54. Beatriz	432
55. Facultad de Medicina	437
56. Resumen de noticias	443
57. Beatriz se divierte	456
58. Extranjeros entre ruinas	460
59. Sobrevivientes	469

Parte Séptima

Buscando la salida

60. Un descubrimiento	477
61. Los presos políticos	484
62. De gusanos a mariposas	489
63. La decisión	494
64. Los sucesos en la embajada de Perú	502
65. Mariel	510
66. Eliminación de radicales libres	523
67. Expulsado del Infierno	530
68. En suspenso	542
69. La mitología castrista	547
70. Se hace la luz	567
71. Los preparativos	577
72. Adiós	583

Parte Octava

España

73. El vuelo	593
74. Nochebuena en Madrid	598
75. Fe y democracia	603
76. Cecilia	610
77. Barrio de Esperanza	614
78. Doctor en Medicina	620
79. Españoles	627
80. Sol y sombra	637
81. Las niñas	642

Parte Novena

El Nuevo Mundo

82. Asociación por la Paz	651
83. I'd like to live in America?	655
84. Liberal	667
85. Vida política	672
86. El piso	680
87. ¡Mis padres!	686
88. De vacaciones	693
89. El filo de la enfermedad	698

Parte Décima

Milenio

90. Asociaciones	707
91. Cáncer	710
92. Abuelo	716
93. Cama de hospital	720
94. Una invasión en silencio	725
95. Pérdidas	730
96. Dios nos ha bendecido	737
Ápéndice. Algunas siglas de organizaciones	740
Álbum	743

Comencé a escribir este texto el 5 de junio de 2007, día siguiente al que me dieron la noticia, luego de hacerme una ecografía abdominal, que tenía una tumoración sólida en el riñón izquierdo. En estos años, hasta 2020, han nacido mis cinco nietos: Carmen, Nerea, Mario, Sara y Marina.

Considero útil para mis hijas, para esos nietos, para los nietos de mis nietos, que conozcan las vivencias positivas y lo que padecieron sus padres y abuelos. Quiero pensar que serán de interés también para todos los que las lean, si eso los ayuda a no repetir errores ya cometidos por otros en el pasado. Una familia –o un pueblo– sin memoria no tienen futuro.

Quiero recorrer aquí las diferentes etapas de mi vida, y escribir sobre ello no sólo –como acabo de decir– para saldar lo que considero una deuda con nuestras hijas y nietos, sino también para dejar homenaje a todas las personas que, de una forma u otra, han participado en los hechos de mi historia personal. Empezando por mis padres, abuelos, el resto de mi familia... De todos los incidentes he aprendido algo. No sólo de quienes me han enriquecido, de quienes he querido y estimado. Incluso de aquellos que, ya ejerciendo su voluntad consciente u “obligados bajo presión” a someterse a la de otros, llegaron a hacerme algún daño.

Parte Primera

A la sombra de los años en flor

I Génesis

Mis padres se conocieron en el autobús (lo que en Cuba se llama *guagua*) que ambos tomaban cada día. Mi padre se fijó enseguida en ella y trataba siempre de ocupar el asiento a su lado. El abuelo Rafael, al ver pasar el vehículo frente a su casa, también se fijó en mi padre y en la repetida “coincidencia”:

—¿Quién es ese señor que todos los días se sienta al lado de mi hija?

Mis padres se conocieron en el autobús (lo que en Cuba se llama *guagua*) que ambos tomaban cada día. Papi trabajaba entonces como pesador en un central o ingenio azucarero, el Conchita —después renombrado “Puerto Rico Libre”, aunque para la familia siempre será Conchita. El 9 de octubre de 1945, mami empezó a subir a aquella guagua justo en la parada del central, camino a la escuela donde iba a ejercer como maestra de primer grado —posición que ocupó durante toda su carrera profesional—, en el vecino pueblo de Bermejas. Mi padre se fijó enseguida en ella y trataba siempre de ocupar el asiento a su lado. El abuelo Rafael, al ver

pasar el vehículo frente a su casa, también se fijó en mi padre y en la repetida “coincidencia”:

—¿Quién es ese señor que todos los días se sienta al lado de mi hija? Pronto tales movimientos llevaron, en 1946, a un noviazgo formal. Ya en 1948, asumido el compromiso, ella cambió a trabajar en el pueblo de Alacranes, en la misma provincia. Esta historia la escuché muchas veces de boca de mis padres.

Mis padres habían nacido en la provincia de Matanzas, donde transcurrirían luego los felices encuentros auspiciados por el transporte público. Antonio Rafael Gerardo Guedes Padrón en Unión de Reyes, el 16 de octubre de 1921. Eva Caritina Sánchez Ruiz en Jovellanos, el 5 de octubre de 1923. Contrajeron matrimonio canónico... en el central Conchita, el 7 de agosto de 1950, con una ceremonia religiosa que se celebró en casa de los abuelos maternos —en aquella época en Cuba no era extraño que se celebraran ceremonias religiosas en casa, como bodas en la de la novia, o bautismos. El celebrante fue el padre Ángel Pérez del Palomar o.f.m. La unión civil se formalizó en Alacranes tres días después, el 10 de agosto, con el notario público Dr. Primitivo Álvarez López. Mis padres fallecieron en Madrid: mi padre el día 1 de diciembre de 1994, mi madre el 22 de agosto de 2009.

Nací —entre otras cosas para estar escribiendo hoy las memorias de mi vida— el 25 de septiembre de 1951 a las 12:45 pm, en el municipio de Unión de Reyes, provincia de Matanzas, Cuba. Realmente fue donde me inscribieron más tarde: el parto sobrevino en la clínica Centro Médico —de una sociedad privada a la que mis padres pertenecían—, en la ciudad capital de Matanzas. Mi madre presentó problemas en el parto. Este fue demorado. Tuvieron que hacerle una sinfisiotomía púbica (separación de las fibras del pubis) para que pudiera salir mi cabeza. Le aconsejaron que “de momento no tuviera más hijos”, y estuvo caminado con dificultad durante un tiempo. Casi cuatro años pasaron hasta que nació mi

hermana. El sacrificio de una madre por un hijo, su generosidad, es única. Me pusieron de nombre compuesto Antonio Rafael, el primero por mi padre y mi abuelo paterno, el segundo por mi abuelo materno, el del “ojo atento”.

Los médicos ginecólogos/obstetras que asistieron al parto de mi madre fueron los doctores Fernando Pagés Cantón y Joaquín Aldrich Fábregas y la enfermera Marta Botino. Mi pediatra, con consulta en la ciudad de Matanzas, fue el Dr. Joaquín Pascual Gispert. Mi dentista, la Dra. Carmela Fernández Gil.

Me bautizó el día 6 de enero de 1952, en casa, el sacerdote franciscano Ángel Pérez del Palomar o.f.m. Fui inscrito en la parroquia Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, de Unión de Reyes. Mis padrinos fueron mi abuela materna Estrella Ruiz Sánchez y mi abuelo paterno Antonio Guedes Fernández.

He aquí que ahora haré un finto para trazar las pistas del pedigrí o, si se quiere, diseño de las diversas ramas de un árbol en el cual hube de aparecer adherido, a finales del verano de aquel año de 1951.

Veamos el mini-Génesis.

Estando ambos en su lugar de nacimiento, el pueblo de Cabezas (provincia de Matanzas, Cuba), Antonio Guedes y María Sardiñas trabaron conocimiento y unión de la que resultó engendrado Rafael Guedes Sardiñas. Por su parte, parte que vendría a coincidir en la misma villa de Cabezas, Ramón Fernández se unió a María Sánchez y engendraron allí a Balbina Fernández Sánchez. Más tarde, estos Rafael Guedes Sardiñas y Balbina Fernández Sánchez se conocieron a su vez. Formaron uno y juntos concibieron para que viera la luz en 1893, en otra villa matancera, la de Juan Gualberto Gómez —en aquel entonces conocida como Sabanilla del Encomendador—, Antonio Guedes Fernández: a mis efectos, abuelo en línea paterna, y como tal lo quise.

Por otra parte, en otro territorio que aún continúa siendo parte del Reino de España, las Islas Canarias, Blas Padrón y Juana Febles unidos habían engendrado a Enrique Padrón Febles. Y Juan Quintero y Ventura Machado unidos habían hecho lo mismo para Juana Quintero Machado. Y así luego todos emigraron a la entonces colonia aún más lejana, la también isla de Cuba. Y fue que Enrique Padrón Febles y Juana Quintero Machado se conocieron y encontraron unión. Y de esa unión nació, en el año 1904, en el municipio de Alacranes –situado también en la provincia de Matanzas, como ya antes mentamos– María Padrón Quintero: mi querida abuela paterna.

Así, pues, es que se acercan, aman y unen el anterior Antonio Guedes Fernández y María Padrón Quintero –para mí abuelos, como he dicho– para engendrar y alumbrar, en Unión de Reyes (también en Matanzas), a mi padre. En esta localidad vivieron ya ambos hasta su fallecimiento: la abuela María hasta el 12 de mayo de 1973, el abuelo Antonio hasta diciembre de 1981.

Pasamos ahora a seguir la línea que nos conducirá hasta mi madre. Esta no involucra desplazamientos largos, ya que se desenvuelve principalmente en la entonces provincia de Matanzas y sus vecinas La Habana y Las Villas.

Francisco Delgado y María Josefa Valdés habíanse unido y luego engendraron a Amalia Delgado Valdés y esto lo hicieron en la localidad habanera de Güira de Melena. Mientras, Eloy Ruiz y Gabriela Brito habían hecho similar para dar luz a José Dolores Ruiz Brito.

Mas he aquí que, por su lado, los llamados Rafael Sánchez y Dorothea Brito en su camino se encuentran, unen sus destinos en uno y de esta unión alumbran, entre otros, a Ignacio Sánchez Brito y a Justa Sánchez Brito. Esto en el municipio de Guamutas (hoy renombrado Martí).

Entonces sucederá con los años que el joven Ignacio conocerá a la antes mencionada Amalia Delgado para unirse a ella. Como

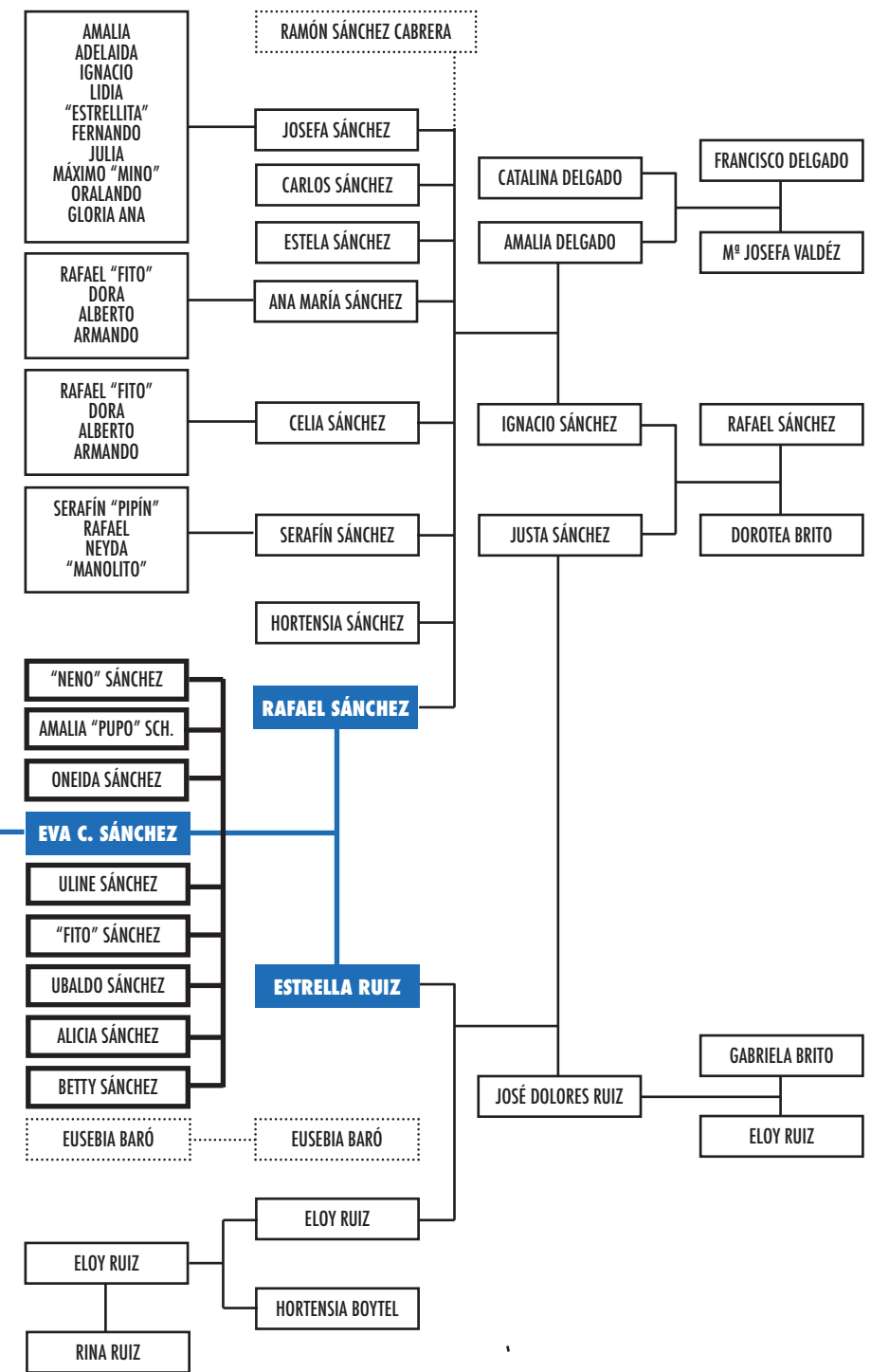
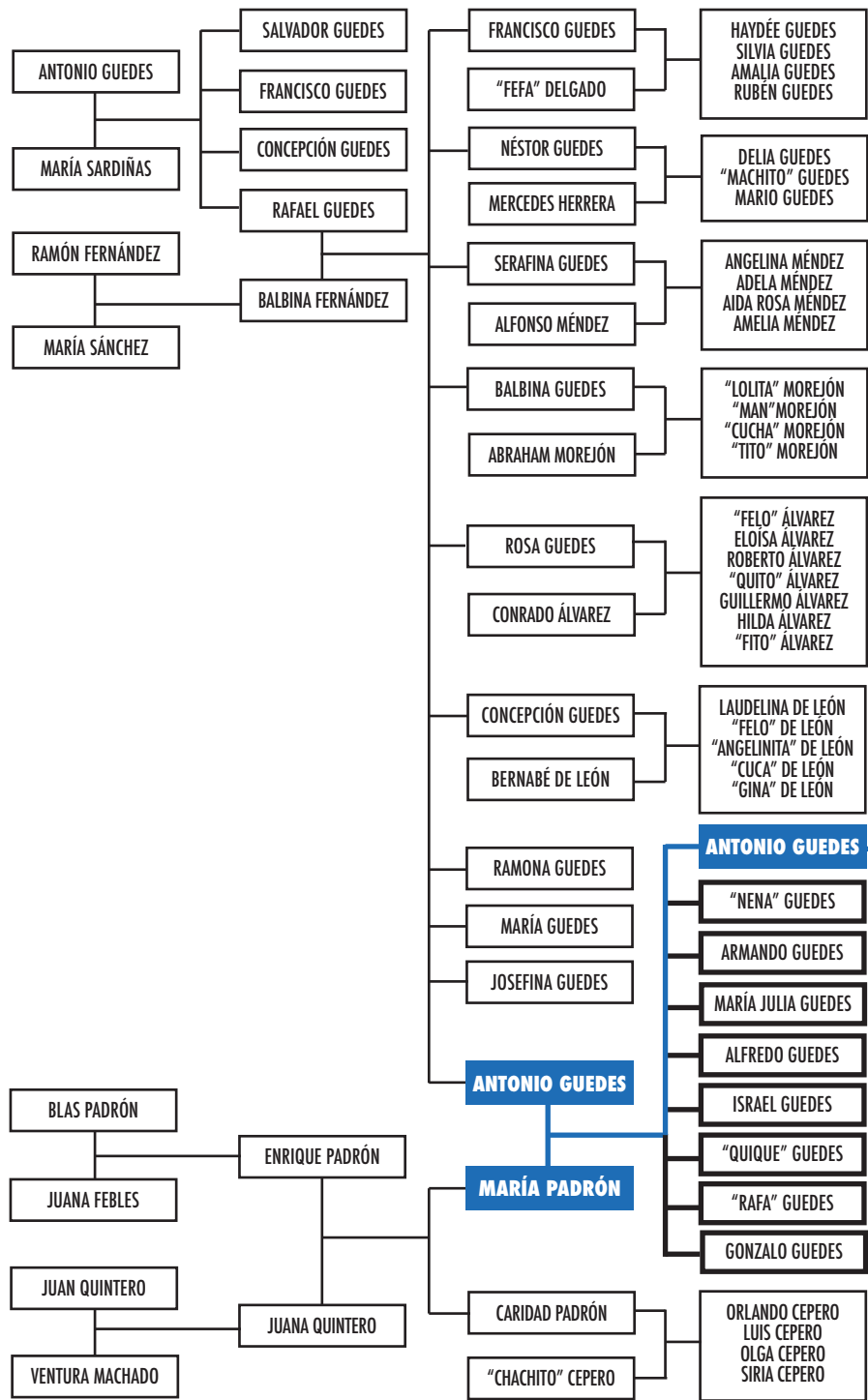
consecuencia de tal irá a nacer, en la localidad matancera de Bolondrón, el día 17 de octubre de 1894, Rafael Vidal Eduviges Sánchez Delgado Brito Valdés, a quien habré de conocer años después y querer siempre como abuelo materno.

Además, sobrevendrá que la hermana de Ignacio, Justa, irá a unirse con el antes glosado José Dolores Ruiz como marido y mujer. Y de la unión vendrá a la vida mi querida abuela materna Estrella Rufina Juana de las Mercedes Ruiz Sánchez Brito Brito. Esto ocurrirá en la localidad de Cruces, provincia de Las Villas, el 6 de mayo de 1898.

Tenemos ya en escena, entonces, a los amados abuelos maternos Rafael (a quien ya conocimos atento al transporte) y Estrella, quienes ya hemos visto fueron primos. Casaron el día 5 de agosto de 1918, por la Iglesia parroquial de Jovellanos, el lugar donde naciera luego mi madre. Ya vivieron luego en la zona del central Conchita (que también les he presentado), hasta el 2 de febrero de 1972 él y, hasta el 9 de abril de 1986, ella.

Así fue. Así ha sido.

Páginas siguientes (al dorso):
Cuadro genealógico familiar



Un niño

Mami tuvo el cuidado de dejar anotados por escrito detalles de cuando nací y de mis primeros años de vida. Guardó el primer mechón de pelo que me cortaron, impresiones digitales de pies y manos. Los visitantes y regalos que recibí al nacer. Por meses, hasta el año, la evolución del peso y talla. Mis rutinas diarias en la alimentación: por horas y tipo de alimento. Las fechas memorables como cuando dije las primeras palabras, frases y datos de los sentidos, de la motricidad y de la dentición. Recogió en el álbum los amigos de los primeros años, colegios y profesores. Los juguetes, libros y cuentos favoritos, los detalles inolvidables y mis vacaciones. La lista de los regalos de cumpleaños, Reyes y Navidad de mis primeros siete años.

Mis recuerdos de infancia en mi pueblo de Unión de Reyes son felices. El primer lugar donde viví fue en el número 18 de la calle San Carlos. Una casa alquilada que más adelante describiré.

Mi hermana Eva Dolores Guedes Sánchez Padrón Ruiz nació también en la clínica Centro Médico de Matanzas, el día 15 de septiembre de 1955 a las 7:00 pm. Igualmente la inscribieron en Unión de Reyes.

Monté automóvil por primera vez el 3 de octubre de 1951, a los ocho días de nacido, para hacer el trayecto entre el Centro Médico de Matanzas y Unión de Reyes. En ómnibus, con el viaje de Unión de Reyes al Central Conchita; el día 6 de mayo de 1952, a los siete meses y once días. Mi primer tren, en el mes de enero de 1953, al año y tres meses. Fue en el central Conchita: me llevó de paseo en la locomotora mi abuelo materno.

En barco, mi primer paseo fue en la playa de Varadero, en agosto de 1954, a los dos años y once meses.

La primera vez que monté un avión fue en septiembre de 1972, ya adulto, para ir de La Habana a Isla de Pinos. De niño no necesité usar este medio para mis desplazamientos dentro del país; luego el régimen comunista dificultó todo, esto también. Después no volví a desplazarme en avión hasta el día que salimos definitivamente de Cuba, 23 de diciembre de 1981 a las 17:00 hora local... aproximadamente.

Asistí al *Kindergarten* (preescolar) a los cinco años de edad, en la escuela situada en la calle San José, muy cerca de casa. Aún recuerdo a mi maestra Angelita Paral tocando el piano junto a la ventana. Tal como la veía cuando pasaba por allí en los años siguientes. El primer grado de primaria lo hice en el colegio público Emilio Sorondo, en Alacranes. Era el mismo donde mi madre impartía clases en aquel momento. La maestra que me enseñó a leer y escribir fue mi propia madre. Durante más de 20 años fue profesora del primer grado de la enseñanza primaria de los niños más difíciles: ella prefería ese grupo. Me puso en su aula, no porque yo fuera

difícil, sino porque ella quería enseñarme los primeros pasos de la lectura y escritura. En mi memoria hay un recuerdo vago, donde yo intentaba que los alumnos se portaran bien en su clase, y mi madre tenía que mediar. Diariamente daba los viajes junto a mi mamá en la *guagua* que iba hasta el central Conchita: la parada en el pueblo de Alacranes, donde nos bajábamos, estaba antes de llegar al central. Qué satisfacción y orgullo que tu mamá fuera la maestra de tu primer grado, quien te enseñara a leer y escribir. Ese privilegio pocas personas lo tienen.

En el segundo grado, ya pasé a estudiar en mi pueblo Unión de Reyes. En una escuelita particular hice este curso con la profesora Ernestina Alfonso Leonard. Era la época que aún se usaba la regla para “corregir” con golpes en las manos a los niños cuando no hacían bien su escritura... y aún más veces cuando no tenían un buen comportamiento. No recuerdo que haya tenido que usarla conmigo: en general era obediente.

A partir del tercer grado estudié en el colegio público Felipe Poey. El maestro de este curso se llamaba Danilo Silva. El suyo es el mejor recuerdo de profesor que tengo (aparte del de mi madre). Hay algunos que te marcan para toda tu vida. Danilo, sin saberlo, ha sido eso para mí, un referente. De ese curso me viene a la memoria que todos los alumnos teníamos una especie de cuenta para ahorrar dinero. Este dinero lo recogía el profesor y al final del curso lo entregaba de vuelta al alumno. En mi caso, tengo presente cómo el profesor Danilo me acompañó en ese momento hasta mi casa para evitar un posible robo.

En cuarto grado la maestra fue Margarita Dally Villar. En quinto, Aurelia Bango Fijera. Conservo una foto de recuerdo del final de ese curso: aparezco sentado, como leyendo un libro, con la bandera cubana detrás y un busto de José Martí encima de la mesa.

Mis recuerdos del sexto grado son desastrosos. La profesora Erundina Toledo tenía problemas. Yo mismo no tuve el empeño suficiente y tuve que repetir el curso. Mi primo Reinaldito González Guedes, con quien siempre había compartido aula hasta entonces,

estaba a su vez repitiendo el quinto grado, y llevábamos mal esta separación.

Cuando al fin me alcanzó al año siguiente, en mi segunda oportunidad en sexto grado, nos cambiaron a los dos a otro colegio público, en Unión de Reyes, el Marcelo Salado. La profesora era Carmen Álvarez Amorós. De ella sí conservo un buen recuerdo. Vivía en la que era ahora nuestra misma calle (o *cuadra*, como dicen en Cuba): General Betancourt (en otro tiempo llamada calle Rey), a donde nos habíamos mudado el 30 de diciembre de 1959, al número 73. El general de la calle, Pedro Betancourt, matancero, lo había sido del Ejército Libertador en la guerra de independencia, y también médico cirujano. Mami vino a dar clases entonces en ese colegio Marcelo Salado: había logrado un traslado de Alacranes hasta Unión de Reyes.

En aquellos años todavía en Cuba se podían comprar productos libremente. En los propios centros escolares, diferentes dulces y otros alimentos. Pero, además, vendedores ambulantes pasaban por el colegio a la hora del recreo para vender pasteles de guayaba. Teníamos refrescos de Coca-Cola en unas máquinas que funcionaban con monedas: de allí podíamos recibir “la pausa que refresca” dentro de la clásica y tradicional pequeña botella de cristal (entonces no se comercializaban las bebidas en lata). También llevábamos de casa en muchas ocasiones la merienda.

Mami tuvo el cuidado de dejar anotados por escrito detalles de cuando nací y de mis primeros años de vida. Guardó el primer mechón de pelo que me cortaron. Impresiones digitales de pies y manos. Los visitantes y regalos que recibí al nacer. Por meses (hasta el año), la evolución del peso y talla. Mis rutinas diarias en la alimentación (por horas y tipo de alimento). Mi estado de salud en todas las revisiones médicas; las vacunas (tétano, poliomielitis, viruela, etc.) y las enfermedades de la infancia. Las fechas memorables, como cuando dije las primeras palabras, frases y datos de los sentidos,

de la motricidad y de la dentición (me dejó de recuerdo el primer diente y el canino temporal que se me cayeron). Recogió en el álbum los amigos de los primeros años, colegios y profesores, los juguetes, libros y cuentos favoritos, los detalles inolvidables y mis vacaciones. Los regalos de cumpleaños (acompañados con las velas del pastel), Reyes y Navidad de los primeros siete años de vida. La mayoría de todos estos datos están conservados todavía en el álbum de recuerdos “Nuestro Bebé”, que completó mi madre, y en tres álbumes de fotos.

La maestra que me enseñó a leer y escribir fue mi propia madre. Durante más de 20 años fue profesora del primer grado de la enseñanza primaria de los niños más difíciles: ella prefería ese grupo. Me puso en su aula, no porque yo fuera difícil, sino porque ella quería enseñarme los primeros pasos de la lectura y escritura. En mi memoria hay un recuerdo vago, donde yo intentaba que los alumnos se portaran bien en su clase, y mi madre tenía que mediar. Qué satisfacción y orgullo que tu mamá fuera la maestra de tu primer grado, quien te enseñara a leer y escribir. Ese privilegio pocas personas lo tienen.

3 Intermedio confesional

He sido un hombre feliz, a pesar de las dificultades de la vida. Doy gracias a Dios por descubrir la Fe cristiana: lo más importante es Cristo y el sentido profundo que nos da de la vida. De Él partimos, en Él vivimos y hacia Él vamos.

Aquí voy a interrumpir el hilo de estas memorias. El próximo lunes 25 de junio de 2007 van a operarme un tumor en el riñón izquierdo. Nunca sabremos cuáles serán los resultados... Si todo marcha bien, como espero en el Señor, continuaré con el relato cronológico, pero de momento desearía decir algunas cosas importantes.

—He sido un hombre feliz, a pesar de las dificultades de la vida. Doy gracias a Dios por descubrir la Fe cristiana: lo más importante es Cristo y el sentido profundo que nos da de la vida. De Él partimos, en Él vivimos y hacia Él vamos. Todo lo demás, por muy importante que sea, es relativo y pierde su sentido sin el Señor. Sin Él está la nada después de la muerte y sin Él de la nada vendríamos en los orígenes. Sería el absurdo, no habría sentido, no habría un sentido racional y no se nos ofrecería Esperanza de vivir en el Amor.

—He sido feliz por la familia que Dios me ha dado: mis padres, hermana, abuelos, tíos, tías, primos y demás familiares. Con ellos he disfrutado, compartido, aprendido y crecido en el amor y la felicidad.

—He sido feliz porque lo más maravilloso que me ha pasado es haber conocido a mi esposa Lourdes, haber tenido y amado a mis hijas Beatriz y Cecilia. Lamento no haber dicho lo suficiente cuánto las amo, lo que les agradezco todo lo que me han dado. Lamento no haberles pedido el suficiente perdón por mis errores y pecados. Ellas me han dado amor, apoyo, felicidad, alegría. Son unas mujeres extraordinarias, que se merecen lo mejor del mundo, ellas saben que la familia es un valor único y que es muy importante mimar, cuidar, alimentar. A ellas un beso y un abrazo. De esposo y paternal.

—He sido feliz por mi hermana, por sus hijos mis sobrinos. Con Evita compartí niñez y comparto gran parte de la madurez. El amor y la Fe nos mantendrán siempre unidos.

—He sido feliz por la familia de Lourdes: con sus padres Marina y Segundo, con sus hermanos Pepín y Orlando, sus tíos, primos, esposas e hijos compartí y comparto alegría, momentos de encuentros inolvidables y sobre todo siento el amor auténtico.

—He sido feliz por los amigos, desde la infancia hasta la adultez. Por todos mis compañeros de trabajo, de lucha por la libertad de Cuba. Por mis pacientes, alumnos, etc. A todos, gracias. De ellos he aprendido a vivir, amar, perdonar, y la riqueza del sacrificio, el trabajo, el estudio... He aprendido que todo eso tiene sentido en el Amor con mayúscula.

—He sido feliz en mis juegos con los amigos, en mis años de seminario, con mis hermanos en la FE (obispos, sacerdotes, seminaristas, hermanos de comunidades) y en mi trabajo apostólico.

—He sido feliz aportando un granito de arena en la lucha por lograr una Cuba democrática y libre, algo que ocurrirá ineludiblemente. Con los amigos de esa lucha, y en especial con Carlos Alberto Montaner y su familia, que para mí es como un hermano.

Hemos vivido nuestros sueños, nuestras tertulias, nuestras preocupaciones, nuestras salidas de paseo y muchas más cosas.

Los sufrimientos como la pérdida de mi padre el 1 de diciembre de 1994 —particularmente la forma como fue: un infarto de miocardio, a la semana de habernos reencontrado después de trece años sin vernos... La enfermedad de Lourdes en 1998 cuando, producto de un mioma, le realizaron una histerectomía y, como consecuencia de esa intervención, se le presentó un trombo embolismo pulmonar múltiple, por lo cual estuvo en un estado muy grave... El padecimiento largo de la enfermedad de Alzheimer de mami, quien ya desde su llegada de Cuba junto a papi, el 24 de noviembre de 1994, presentaba los primeros síntomas... Mi salida de Cuba dejando atrás a la familia, amigos, recuerdos, país... Los sufrimientos que infligió a mi persona y a mi familia el sistema comunista: falta de libertad, separación, tensiones... Todo ello lo ofrezco junto al Sacrificio de Jesús y perdono a todo aquel que intentó hacerme daño, pero que no pudo hacerlo en lo fundamental, porque el saldo de mi vida es positivo. He sido y soy feliz.

Me gustaría que mis cenizas el día de mi partida reposaran junto a las de mi esposa, porque nuestro ser persona está y estará junto al Amor del Señor en espera del Encuentro definitivo.

Me gustaría que mis hijas, al igual que Lourdes, alimentaran su Fe en el Señor porque no hay nada más importante que ello. Las cosas materiales, aunque en este mundo son importantes, no son lo fundamental. La Fe y la familia son la base de todo: sus aniversarios, reuniones, comidas, salidas, oraciones, juegos, regalos, belenes y árboles de Navidad. Y en la cima el respeto, la verdad y el amor a Dios y a todos.

Me gustaría que mis hijas, al igual que Lourdes, alimentaran su Fe en el Señor porque no hay nada más importante que ello. Las cosas materiales, aunque en este mundo son importantes, no son lo fundamental.

Pero la Fe y la familia son la base de todo: sus aniversarios, reuniones, comidas, salidas, oraciones, juegos, regalos, belenes y árboles de Navidad. Y en la cima el respeto, la verdad y el amor a Dios y a todos. Muchas veces recuerdo esa frase de Monseñor Pironio (obispo y cardenal argentino, ya fallecido y que nos dio un retiro cuando fui seminarista): “la Fe nace en el silencio, madura en la Cruz y se expresa en la Alegría Pascual”.

Es 23 de octubre de 2007. Vuelvo a este relato, después de una intervención el 25 de junio, a la que siguió una recuperación muy complicada. Salí del hospital el 1 de agosto de 2007, luego de cinco semanas ingresado, durante las que por momentos podía haber perdido la vida. Resultó ser un tumor canceroso (adenocarcinoma de células claras del riñón izquierdo). Luego se presentó un pseudo aneurisma de una arteria lobar del riñón operado (iatrogenia). Me tuvieron que hacer una embolización —el día 26 de julio de 2007— para cortar la hemorragia y no perdiera el riñón.

Tres meses después de la operación y de la embolización con COIL, ayer 22 de octubre me hicieron un scanner (TAC) y una eco dúpler de control: tengo una fuga de sangre en la zona de la embolización del riñón operado e ingresaré de nuevo. Dios mediante, el día 28 y el 29 de octubre me deben hacer la arteriografía para ver mejor y decidir si me embolizan. Ojalá todo salga bien y no tengan que plantearse en ningún momento una reintervención para extirpar el riñón operado.

Desde el día de mi operación, pero sobre todo después con las múltiples complicaciones que tuve luego y ahora con esto nuevo, casi continuamente me pregunto qué sentido puede tener todo ello para mí y los demás, en especial para la familia y amigos. No me

Muchas veces recuerdo esa frase de Monseñor Pironio: “la Fe nace en el silencio, madura en la Cruz y se expresa en la Alegría Pascual”.

pregunto “¿por qué a mí?”, ya que la respuesta sería “¿y por qué no?”. No estamos exentos como otros tantos. Me cuesta todo ello. Me ha entristecido, me ha machacado fuertemente, me han asaltado inseguridades, dudas, miedos, oscuridades... Y siento muchísimo el daño que puedo estar infligiendo a Lourdes cuando le he transmitido todo eso.

Más que nunca recuerdo a Santa Teresa de Ávila, a San Juan de la Cruz y a Santa Teresa de Calcuta, con sus dudas y sus noches o túnel oscuro. Dice Teresa de Ávila en uno de los escritos encontrados en su Breviario: “Nada te turbe, nada te espante, todo se pasa, Dios no se muda, la paciencia todo lo alcanza; quien a Dios tiene nada le falta: sólo Dios basta”.

Quizá el sentido que tiene todo ello y para lo que vale es para dar Gracias a Dios. Dentro del sufrimiento inevitable y que el Señor tampoco quiere, puedo y debo dar Gracias a Dios:

—Gracias por ayudarnos asumir nuestra Cruz y saber que no estamos solos ante ella a pesar de la oscuridad.

—Gracias por descubrir más que nunca lo que sabíamos teóricamente, lo vulnerable que somos y que no siempre somos capaces de controlar todo.

—Gracias porque nos olvidamos a veces de que siempre hay que estar preparado, como dice el Evangelio, y que el ruido de la vida diaria no nos deja ver con claridad esa VERDAD.

—Gracias por lo mejor que me ha pasado: Lourdes y mis hijas, que han estado junto a mí con su sacrificio, esfuerzo, amor, paciencia, comprensión, con excelencia.

—Gracias a Marina, mi hermana Evita, Pepín, Maruca, Orlando, Maggie, mis sobrinos, Rubén el novio de Beatriz... por el apoyo, el amor y la oración.

—Gracias a mis amigos que han estado atentos, cariñosos, solidarios, algunos llamando por teléfono a diario desde EUA mientras estaba ingresado. Otros desde España en sus visitas o sus llamadas casi a diario. Los amigos han demostrado lo que son. Gracias por ello.

—Gracias por descubrir a gente que se entrega a su trabajo sanitario y por ver de cerca el sufrimiento de los enfermos y poder ponerme en su lugar.

—Gracias por redescubrir lo que tiene más importancia y lo que tiene menos... Lo que más sin duda los momentos que pasamos en familia, con amigos, en la oración, en la celebración del Señor y qué pena nuestras pérdidas de tiempo en las cosas secundarias, en las peleas estériles, en los sueños de tener, cuando en definitiva vivimos en una “casa alquilada”.

Todo esto y más lo ofrezco por mi familia, mis amigos, mi país de origen (Cuba), por el bien de la humanidad. Gracias Señor y te pido que el lunes próximo siempre se haga tu voluntad.

Finalmente, me hicieron la segunda embolización el 29 de octubre. Gracias al Señor, todo salió bien. Igual los controles sucesivos. Ahora debo volver al relato. Lo haré contando todos los recuerdos de mi vida según vengán a mi mente, al mismo tiempo situándolos en el trasfondo de la realidad cubana (política, económica, social, religiosa, etc.), para que se puedan entender nuestras vivencias. Confío que nuestras hijas, nietos y otros familiares y amigos, tengan la paciencia de leer esta especie de autobiografía o memorias para que conozcan nuestra historia.

4 Regreso a la semilla

Mami era una mujer extraordinaria: inteligente, callada, buena, paciente. Para ella todo el mundo era buena persona o sus defectos tenían una explicación. Mujer de trabajo, cuando no estaba ejerciendo de maestra prefería estar en casa que salir.

Mi padre era un hombre bueno, trabajador, extrovertido, muy sociable: iba por la calle y de un lado y del otro saludaba a todo el mundo. Le gustaba la música y cantaba bien: cuando joven integró un grupo musical de cantos populares que llegó a presentarse en la radio de la ciudad de Matanzas. También era un enamorado de los animales.

Mis primeros siete años y tres meses transcurren en una Cuba que vive casi todo ese período bajo la dictadura de Fulgencio Batista. Aunque en 1951 quien gobernaba era Carlos Prío Socarras, el último presidente cubano elegido democráticamente, fue pronto depuesto por un golpe militar dirigido por Batista, el 10 de marzo de 1952.

Cuando nací, ya saben que mi madre trabajaba de maestra normalista de primer grado en la escuela pública Emilio Sorondo, del

pueblo de Alacranes. Mami tenía ocho hermanos. Había terminado sus estudios en la Escuela Normal de Matanzas y asistía a clases en la Facultad de Pedagogía en la Universidad de La Habana. Esta carrera no la pudo terminar por dos razones: una porque durante la instauración de la dictadura de Batista cerraron temporalmente la Universidad, luego de revueltas estudiantiles de protesta. La otra, porque su situación personal, ya casada y luego de un parto y recuperación muy complicados, se lo hacía casi imposible. De los nueve hijos de mis abuelos maternos, fue la única que estudió una carrera.

Mami era una mujer extraordinaria: inteligente, callada, buena, paciente. Para ella todo el mundo era buena persona o sus defectos tenían una explicación. Mujer de trabajo, cuando no estaba ejerciendo de maestra prefería estar en casa que salir, haciendo las cosas domésticas. Cosía, bordaba, leía. Generalmente se acostaba muy temprano, apenas veía la televisión y tenía una gran habilidad para los trabajos manuales. Era una mujer de una gran Fe, practicante, de oración. Cuando comenzó a trabajar, con su primer sueldo compró un árbol de Navidad: un abeto artificial y sus adornos, para la casa del central Conchita en la que vivía de soltera, y donde no tenían. Años después llevaba los libros de la parroquia y hacía letreros y dibujos para los murales y exposiciones de la iglesia de Unión de Reyes. De los nueve hijos que tenían mis abuelos, ella era el “ojo derecho” de su papá. Las amigas de la infancia y de su juventud, y todos en el Central, siempre la llamaban Cari, un concentrado del completo Eva Caritina. Mi madre me transmitió mucho cariño, dulzura, Fe, valores (en primer lugar, la fuerza de la familia y la defensa de la vida) y la importancia de las tradiciones.

Mi padre terminó los estudios elementales de primaria, y ya después (algo habitual en su época entre la clase trabajadora) empezó a laborar con mi abuelo en su pequeña finca, cortando caña de azúcar. Luego pasó a ocuparse en la pesa principal del ingenio Conchita. En ese momento fue que conoció a mami. Más tarde compró una *bodega* (comercio de alimentación o tienda de ultra-

marinos) en nuestro pueblo de Unión de Reyes. Le puso Casa Níco (a papi lo llamaban así, Níco). Frente a la bodega estaban los Talleres (o Fundación) Perret, una siderúrgica que fabricaba grandes piezas para centrales azucareros. Separaban la bodega y los talleres las líneas del ferrocarril. Por estas líneas del ferrocarril pasaban trenes no sólo para llevar caña de azúcar al central Santo Domingo (después llamado Juan Ávila), sino también pasajeros y otras cargas en dirección a otras provincias de Cuba, tanto hacia el occidente como al oriente del país. Cuando yo nací ya papi tenía el comercio.

Mi padre era un hombre bueno, trabajador, extrovertido, muy sociable: iba por la calle y de un lado y del otro saludaba a todo el mundo. Le gustaba la música y cantaba bien: cuando joven integró un grupo musical de cantos populares que llegó a presentarse en la radio de la ciudad de Matanzas. Después, por el trabajo y obligaciones de la vida, lo dejó, pero siempre lo recuerdo entonando canciones. Le gustaba bailar mucho, no así a mami. Era un enamorado de los animales y disfrutaba de los documentales dedicados a ellos. En cuanto a la Fe, papi era entonces creyente no practicante, aunque siempre favoreció que nosotros asistiéramos a la Iglesia. Eso sí, cuando en el año 1969 yo entré al Seminario a estudiar para sacerdote (de esto me ocuparé más adelante), comenzó asistir a la Iglesia, se formó, se entregó y su compromiso fue total hasta el final de su vida. Papi se caracterizó casi toda su vida por llevar un bigote recortado y bien cuidado, no muy frondoso. Le gustaban mucho los perfumes y usar pañuelo. Mis padres desde que se casaron se decían mutuamente “viejo” y “vieja”, cuando se llamaban o hablaban entre ellos (en Cuba era común entre los matrimonios que se llamaran así). Fue un hombre y un padre con quien se podía dialogar, siempre enseñando lo que era correcto, la verdad, los principios y las convicciones.

En mi infancia, durante mi etapa preescolar, como mi papá tenía que atender la *bodega* y mi mamá era profesora, mi tía Uline Sánchez me cuidaba, durante las horas de trabajo de mis padres. Para

no tener que trasladarse diariamente al central Conchita donde vivía (a una media hora de viaje), se quedaba con nosotros en nuestra casa entre semana. Realmente me quería como el hijo que nunca tuvo y mi cariño hacia esa tía es especial. Vivíamos en Unión de Reyes, en la calle San Carlos, y en ese tiempo trabajaba en mi casa una señora vecina que se llamaba Rita. Mi recuerdo, aunque vago, es de gran cariño hacia ella (en mi álbum de pequeño, tengo una foto con Rita, cuando me estaba dando la comida). Después que nació mi hermana, vino mi tía Betty Sánchez, la hermana menor de mami, para ayudarla con Evita, lo mismo que antes hizo Uline conmigo. Tiempo después, cuando nos mudamos a la calle General Betancourt 73, trabajó en casa una joven llamada María, para ayudar con mi hermana y las cosas de casa. La mayoría de los comercios de los pueblos de Cuba cerraban al mediodía y volvían abrir por la tarde. Un horario de 8 a 12 y de 2 a 6. Por ello era muy común que los dueños y empleados durmieran la siesta. Entre esos se encontraba papí, que siempre que pudo lo hizo, incluso después de no tener ya la bodega. Esta costumbre era muy española. También los que trabajaban en las oficinas, bancos y muchos otros trabajos hacían exactamente lo mismo, siempre que podían.

Cuando en casa de mis padres había algo que arreglar de fontanería (en Cuba decimos *plomería*), cuando el fogón o cocina estaba estropeada o surgía un problema de carpintería, mis padres llamaban a un señor al que llamaban Papito. Según mi madre, Papito era algo chapucero para hacer las cosas. Cada vez que mi padre o yo intentábamos arreglar algo, mami decía: “ahí está Papito”.

5 El central Conchita

Mi abuelo Rafael Sánchez me llevaba al taller de las locomotoras, del que era el jefe, y me subía a ellas para pasear. Recuerdo esos trenes limpios y pintados, que mi abuelo reconocía desde lejos por el sonido. Sabía cuándo alguna de las locomotoras llegaba al central con un problema y cuál era ese problema. Era un hombre elegante, siempre con sombrero y una chaqueta corta de color beige o marrón claro. Le llamaban todos “maestro”, por lo que sabía de las locomotoras de vapor.

Todos los domingos íbamos de visita a la casa de mis abuelos Estrella y Rafael y mis tíos y tías maternos, en el central Conchita. Cuando era pequeño, casi siempre nos llevaba en su *carro* (coche) de alquiler José (Joseíto), que vivía en la calle San Andrés, al doblar de casa. Al lado de Joseíto vendían unos barquillos para helados riquísimos. Recuerdo estar muchas veces junto a la persona que los fabricaba y me daba restos que le sobraban. Después, cuando ya había crecido, viajábamos siempre en los autobuses que pasaban por el pueblo de Alacranes. El conductor más habitual se llamaba

Manolo y su hermano, al que le decían “Colorado”, era quien cobraba, siempre con la *ponchadora* (perforadoras de papel), que utilizaba para marcar los tickets. En una ocasión, antes de subir a la *guagua* que iba para el central Conchita, vi en la calle, donde subíamos al autobús, un rollo de billetes (dinero cubano). El señor al que se le había caído estaba subiendo la *guagua*. Se lo señalé, y se puso tan contento y agradecido que fue y me compró caramelos. La primera vez que di un viaje solo del central Conchita a Unión de Reyes, fue después de ir a ver un partido de béisbol el 18 de junio de 1961, con nueve años de edad. Hay que pensar que eran conocidos los conductores y seguros los viajes.

Mis recuerdos del central son múltiples y muy positivos. Del cariño de mis abuelos (Rafael y Estrella), tíos (Ignacio “Neno”, Rafael “Fito” y Ubaldo), tías (Amalia “Pupo”, Oneida, Uline, Alicia y Betty), mi prima “Estrellita” (Estrella Sánchez Gutiérrez, que se crio y vivió allí durante muchos años) y de Eusebia Baró (que era como una tía más: de niña y joven había vivido con su mamá en casa de mis bisabuelos por parte de mi abuela Estrella, y luego vivió en casa de mis abuelos desde que ellos se casaron. Neno vivía desde joven en La Habana, donde trabajaba en un banco: allí conoció a Elsa Gutiérrez (que trabajaba en la casa de mis tíos abuelos Eloy Ruiz y Hortensia Boitel). Aunque nunca se casaron, Neno y Elsa tuvieron a mi prima Estrellita. Durante años, Elsa estuvo viajando al central a ver a mi prima, por eso la conocí bien; mi tío Neno lo hacía todos los fines de semana desde La Habana. A mi tía Oneida, que padecía de asma crónica, siempre la conocí con su novio Ramón Tápanes (que trabajaba en el central, aunque era de La Habana): nunca se casaron, ella no quiso por su miedo a las crisis asmáticas. De los otros tíos y tías hablaré más adelante, en otros momentos.

Tengo en mi memoria las salidas por el área del central. Mi abuelo Rafael me llevaba al taller de las locomotoras, del que era el jefe,

y me subía a ellas para pasear. Recuerdo esos trenes limpios y pintados, que mi abuelo reconocía desde lejos por el sonido. Sabía cuándo alguna de las locomotoras llegaba al central con un problema y cuál era ese problema. En el central tenían las locomotoras de vapor grandes y otras pequeñas a las que llamaban *cucarachitas*, que usaban para tirar de los carros de caña dentro del central. De ahí mi afición por los trenes de vapor y mi gusto por el ferrocarril en general. Abuelo Sánchez era un hombre elegante, siempre con sombrero y una chaquetica corta de color beige o marrón claro. Le llamaban todos “maestro” por lo que sabía de las locomotoras de vapor. Llegó a inventar un ingenioso aparato para limpiar automáticamente los fluses de las calderas de las locomotoras, con el que se ahorra tiempo y un buen número de obreros en ese trabajo. Mi abuelo siempre decía, principalmente el día de Nochebuena, temiendo que el próximo año ya él, fallecido, no estuviese: “hijos, el que tiene un padre y una familia tiene un central”. En Cuba, el poseer un central azucarero era sinónimo de riqueza.

Me gustaba también cuando mis tías me llevaban a la capilla del central, que estaba al lado de la casa de mis abuelos. En su casa guardaban las llaves de la Iglesia, a pesar de que mi abuelo Rafael

Mi abuelo Rafael tenía la costumbre, desde que los hijos eran pequeños, de pasar cuando dormían, una vez por cada cama, ya de madrugada y con una linterna, para ver cómo estaban, si se encontraban bien o no. Siempre decía, principalmente el día de Nochebuena, temiendo que el próximo año ya él, fallecido, no estuviese: “hijos, el que tiene un padre y una familia tiene un central”.

era un masón del grado 33 y anticlerical, aunque también liberal y creyente. Recuerdo con gran cariño el *nacimiento* (belén) que mi tía Pupo (Amalia) preparaba todos los años en la capilla del central. Los sacerdotes que iban allí eran los de mi pueblo Unión de Reyes, que atendían también a Alacranes.

En el central, como dije, vivía con mis abuelos y tías mi prima Estrellita. Recuerdo los juegos con ella y otros amigos de allí, durante las vacaciones de verano y Navidad, y los fines de semana, que mi hicieron tener un especial cariño hacia esta prima.

De esas estancias en el central, las cosas más agradables fueron las celebraciones de las cenas de Nochebuena. Cuando ya tenía cierta edad y podía compartir en la misma mesa, mi abuelo me sentaba en la cabecera junto a él. Seguía así la distribución: a la derecha del abuelo (y mía), se sentaba la abuela Estrella. A continuación, el resto de los tíos y tías: los que estaban casados (como mami y papi) con sus respectivas esposas o esposos. Claribel Trujillo y Ubaldo, “Fito” (Rafaelito) con su esposa Marta López Curbelo —originaria del pueblo vecino de Alacranes, aunque ellos ya vivían en el pueblo de Bauta en la provincia de La Habana: también eran invitados a la cena los padres de Marta, que aún vivían en Alacranes. Después de casada, Alicia con Aldo Rivero. Otros comensales eran Eusebia Baró, mi hermana y mi prima Estrellita. Cuando tuvo más edad, ya se sentó a esta mesa “Felito”, Rafael Félix, hijo de Ubaldo. A su hermana, mi prima María Estrella, no la recuerdo allí. Ella tenía cuatro años en las últimas Navidades que pudimos celebrar todos juntos, antes de que fueran prohibidas oficialmente por el régimen comunista las fiestas del año 1969. También compartía con nosotros el novio de mi tía “One” (Oneida), Ramón Tápanes, que vivía en el central durante la zafra (y muchos meses más) y, en alguna ocasión, siendo yo más pequeño, Elsa Gutiérrez, la madre de Estrellita.

Para la cena de Nochebuena, el *lechón* (cerdo, puerco o cochino) lo mandaban a asar en la cafetería del central, en un horno de carbón. Además del cerdo, se servía arroz con frijoles negros, yuca con el mojo cubano y ensalada. De postre, los turrónes españoles

y los buñuelos a estilo cubano que hacían Amalia y Eusebia con una mezcla de yuca, malanga (blanca y amarilla), harina, anís y huevo, luego frita y rematada con almíbar.

Disfrutaba mucho de quedarme después de esas cenas a dormir allí con tantos tíos y mis abuelos. Sentir por la noche el sonido de las locomotoras y su campana en época de zafra, y el olor a caña de azúcar y melado. Jugar en el inmenso patio con gallinas, guineos, palomas. El trapiche (una especie de molino para exprimir el jugo de la caña de azúcar) en el patio de mis abuelos y otros muchos recuerdos entrañables...

Mi abuelo Rafael tenía la costumbre, desde que los hijos eran pequeños, de pasar cuando dormían, una vez por cada cama, ya de madrugada y con una linterna, para ver cómo estaban, si se encontraban bien o no. Con los nietos, cuando nos quedábamos a dormir en el central, hacía lo mismo, y más de una vez nos llevamos un susto. Aparentemente tuvo que cambiar algo esta costumbre cuando los hijos e hijas estuvieron ya casados y dormían en su casa con sus esposas o esposos. Pero no mucho, porque si yo dormía en el mismo cuarto donde estaban mis padres, abuelo iba a verme de madrugada.

Las casas en el central siempre estaban pintadas, los jardines cuidados. Cada hora llegaba un autobús desde Unión de Reyes, el que utilizábamos después con regularidad cuando ya yo no era recién nacido. A la procesión, con banda de música, por la fiesta de la Virgen Milagrosa, patrona del central Conchita, que se celebraba el 27 de noviembre, iban las personas muy bien arregladas. El parque cuidado, donde jugué muchas veces en la infancia, tenía una estructura metálica de un tren y una ceiba inmensa. Recuerdo como en la acera de mi abuelo, que daba acceso a todas las viviendas de esa cuadra, había un torniquete para impedir el paso de motos o bicicletas por la acera. Las casas estaban separadas por jardines, que crecían al frente y a ambos lados de cada vivienda.

I Disfrutaba mucho de quedarme después de esas cenas a dormir allí con tantos tíos y mis abuelos. Sentir por la noche el sonido de las locomotoras y su campana en época de zafra, y el olor a caña de azúcar y melado. Jugar en el inmenso patio con gallinas, guineos, palomas. El trapiche (una especie de molino para exprimir el jugo de la caña de azúcar) en el patio de mis abuelos y otros muchos recuerdos entrañables...

Me sentaba en el portal de los abuelos, un portal al estilo de los pueblos y centrales azucareros, con dos a cuatro grandes sillones balancines, dos bancos y un columpio, a conversar con mi abuelo —y otras muchas veces con las tías. La casa de madera de mis abuelos en el Conchita estuvo siempre en muy buen estado, cuidada con mantenimiento por la administración del central, mientras no fue expropiado por el régimen comunista. Tenía un salón, saleta, un comedor, un baño, cuatro dormitorios a los que después agregaron otro cuando crecieron Ubaldo y Fito, los varones menores, para dejar a Neno, el mayor, en uno para él solo. Pasados los años, cuando se casó Alicia con Aldo, fabricaron con cemento un dormitorio y un baño, que se comunicaba por dentro con el resto de la casa. En el comedor había colgado un cuadro, con un trabajo en madera que mami había hecho cuando estaba estudiando para maestra en la Escuela Normalista. De otra de las paredes ese mismo comedor colgaba una fotografía panorámica de unos dos metros de ancho del ingenio Conchita. En el gran patio de tierra había un amplio gallinero de madera techado, al que se podía entrar y caminar erguido. Aledaño, un cuarto de desahogo servía de almacén para muchas cosas, entre ellas el árbol de Navidad.

El central Conchita fue fundado en 1823. Uno de sus primeros dueños fue Baró; al morir lo heredó su hija Concepción, que lo nombró según su apodo, “Conchita”. Con los años, pasó a manos de la Compañía Atlántica del Golfo, norteamericana, que llegó a poseer durante los años 50 un total de seis centrales azucareros en Cuba. Pertenecía al municipio de Alacranes, pero un alto número de trabajadores, principalmente de los cualificados, venían de mi pueblo Unión de Reyes. El Conchita fue nacionalizado por el estado cubano el 8 de agosto de 1960, cuando expropiaron todos los centrales azucareros del país.

En el ingenio, la gran casa del administrador, de dos plantas, estaba frente al parque. Construida en el siglo XIX, aún estaba muy bien conservada. El último administrador antes de la expropiación era de apellido Campanería.

En el parque del central había un busto dedicado a las madres. El Día de las Madres, que en Cuba cae el segundo domingo de mayo, las autoridades municipales les rendían homenaje colocando un ramo de flores en el busto. Era muy difícil que un pueblo de Cuba no tuviera un busto de las madres: ese día los cubanos felicitan a todas, no sólo a las suyas. Durante mi infancia y adolescencia, existía la costumbre que el Día de las Madres todos lleváramos en el bolsillo de la camisa o blusa una flor, de color roja si estaba la madre viva y blanca si había fallecido.

Abuelo Rafael empezó a trabajar en el central Unión, en el municipio de Agramonte, en octubre de 1918, hasta abril 1921. Después lo hizo en el central Amistad, en el municipio de Güines, en enero de 1922 hasta abril 1927. Llegó al Conchita el 16 de julio de 1927 y el 30 de abril de 1970 se jubiló. En todos estos centrales azucareros fue el jefe de locomotoras. Mi abuela Estrella era una mujer cariñosa, muy conversadora, trabajadora; la recuerdo en el patio de la casa muy frecuentemente con las gallinas, recogiendo los huevos que ponían, y con los otros animales. Prácticamente nunca salía de la casa, excepto algún viaje al médico (cosa excepcional) o en ocasiones a los cumpleaños nuestros cuando éramos pequeños,

cuando iba a nuestra casa de la calle San Carlos. Siempre al despedir a uno de la familia se paraba en la ventana de la sala, para ver pasar el autobús frente a su casa y así poder decir adiós. No olvidaba las fechas de los cumpleaños y santos de cada uno de la familia, así como el día de los ahijados, padrinos, de los abuelos y por supuesto las otras festividades como Navidad y Reyes. Siempre tenía un detalle para cada uno.

Mi abuelo vino a trabajar al Conchita antes que la Compañía Atlántica del Golfo (CAG), se convirtiera en la propietaria del central. La CAG propuso entonces a mi abuelo Rafael ser el jefe de locomotoras de los seis centrales azucareros de los que era propietaria en Cuba. Abuelo era quizás una de las personas que más sabía en el país de las locomotoras a vapor. Rechazó el puesto porque implicaba visitar con frecuencia los distintos centrales y ausentarse por largas temporadas del Conchita. Él era muy familiar, le gustaba que todos estuvieran viviendo cerca, ver la familia y reunirla muy a menudo. Después de la nacionalización del año 1960, la administración de la dictadura comunista propuso a mi abuelo que se trasladara a La Habana, para convertirse en jefe de las locomotoras de todos los centrales del país. Él volvió a rechazar esta oferta, esta vez no sólo por los motivos antes reseñados, sino porque tampoco le gustaba el rumbo que estaba tomando la situación en Cuba, la politización y control sobre todas las cosas.

En el central había un enfermero apellidado Soto, que sabía tanto como un médico por su experiencia. Cada vez que alguien enfermaba en casa de mi abuelo, e incluso cuando estaba yo allí y tenía alguna dolencia o enfermedad, mi abuelo Sánchez enseguida llamaba a Soto. Muchas veces con sus consejos sanitarios o lo que prescribía bastaba para curarnos. Si Soto veía que necesitábamos un médico, se lo decía a mi abuelo y se llamaba para que viniera desde Alacranes, el pueblo que estaba a diez minutos del central. El médico que casi siempre iba era el Dr. Gonzalo Morejón Delgado, hermano de Abraham Morejón, mi tío abuelo político.

En el ingenio Conchita había tienda de comida y de ropa, cafetería-restaurant, escuela primaria, oficina de correos y telégrafo, farmacia, terrenos de béisbol y de baloncesto, biblioteca... y dos liceos: uno de blancos y otro de negros, que por cierto era mucho mejor que el de los blancos. Desgraciadamente, en esa época se mantenía aún la separación en este tipo de sociedades privadas, cuando la integración de razas era general en el resto de actividades sociales, como el ejército, la universidad, las escuelas públicas y la administración. Seguramente en poco tiempo esa separación en los liceos hubiera sido superada.

En la panadería del central se fabricaban unas galletas grandes de marca Brilla, envasadas en unas latas o latones de zinc. El panadero era José María, un gallego de Lugo. Los dueños de la patente de esas galletas, la familia Pastoriza, gallegos también, estaban radicados en el pueblo de Alacranes y allí las hacían también. Mi padre las vendía en su bodega. Les decíamos “galletas de manteca”. Otros pueblos cercanos elaboraban las suyas, muy parecidas. Cuando años después conocí a Lourdes, supe que su tío político Fermín Curbelo, casado con su tía Mirta González, era propietario en Jagüey Grande de una de esas panaderías que hacía, entre otros productos, galletas de manteca.

Había en el Conchita una sala de cine. Allí donde vi por primera vez una película, el 2 de enero de 1955, a los tres años, tres meses y ocho días de nacido.

6 La bodega

En época de zafra, en la casa donde viví mis primeros años, al lado de la línea del ferrocarril, me encantaba dormirme oyendo el sonido de las locomotoras de vapor, de sus campanas, de sus pitos o sencillamente el de sus ruedas deslizándose por las líneas. Asociaba esos sonidos agradables a los que oía cuando me quedaba a dormir en el central Conchita. Ha sido para mí muy agradable, además, desde pequeño, para dormir, escuchar la lluvia al caer. En más de una ocasión en el patio de mi casa de San Carlos, me ponía debajo de la canal o tubo de desagüe por donde descendía el agua desde el techo, para disfrutar sintiendo esa agua caer, y mucho también bañándome debajo de un aguacero torrencial de los de Cuba, en el patio.

En el año 1954 mi tío político Reinaldo González Medina (casado con mi tía Angelina “Nena” Guedes) era elegido por primera vez alcalde de nuestro pueblo, Unión de Reyes. Hombre muy querido, hizo obras importantes en el pueblo. Pidió a mi papá que se presentara como concejal por su partido, el Demócrata.

Mi padre fue electo y ejerció de concejal del municipio de Unión de Reyes en dos ocasiones: la primera con el alcalde Oscar Fernández de la Cruz, del Partido Republicano, y la segunda con mi tío Reinaldo, del Partido Demócrata. En el año 1958 hubo de nuevo elecciones para alcalde y concejales: Reinaldo y papi volvieron a presentarse y ganaron, pero no llegaron en este caso a tomar posesión de los cargos porque triunfó la Revolución y eliminó esa posibilidad, como relataré más tarde.

Recuerdo el edificio del Ayuntamiento del pueblo, detrás de la parroquia de Nuestra Señora de la Caridad. El árbol de Navidad que tenían era natural, de un tamaño considerable, con todas sus ramas cubiertas de algodón, moda de aquel entonces para simular la nieve. En el patio se conservaba un horcón que perteneció a la taberna que tuvieron los hermanos Reyes en el siglo XIX, situada en la unión de los caminos de Sabanilla a Macurije, por el norte y el que iba a Alfonso XII (Alacranes) por el sur. Al ampliarse en 1846 el circuito rodante de los ferrocarriles que se dirigían hacia La Habana y Matanzas, estos coincidieron en el punto marcado por el horcón. El lugar pasó a ser conocido por los visitantes como Unión en el Punto de Reyes, y el nombre derivó a Unión en Reyes y Unión de Reyes. En el Ayuntamiento también trabajaba mi tía María Julia Guedes.

Siendo yo recién nacido, en el patio de mi casa de la calle San Carlos impartían catequesis, la que después pasó al portal de unos vecinos nuestros, familia Cabrera. Fue allí donde recibí las primeras clases para prepararme para la comunión, antes y durante el año 1959. Era muy común en aquel entonces que, además de dar catequesis en la parroquia, se diera también en algunas casas del pueblo. En época de zafra, en la casa donde viví mis primeros años, en San Carlos n°. 18, al lado de la línea del ferrocarril por donde pasaba los trenes con los carros llenos de caña de azúcar en dirección al ingenio Santo Domingo, me encantaba dormirme oyendo el

sonido de las locomotoras de vapor, de sus campanas, de sus pitos o sencillamente el de sus ruedas deslizándose por las líneas. Asociaba esos sonidos agradables a los que escuchaba cuando me quedaba a dormir en el central Conchita.

Muchos niños, principalmente cuando son pequeños, duermen acompañados con algún muñeco favorito. Yo tenía que hacerlo con una *almohadita* entre los pies o a mi lado. De esta forma me quedaba dormido y así fue durante toda mi infancia.

Otro de los sonidos que para mí desde pequeño ha sido muy agradable en el momento de dormir, es el de la lluvia al caer. En más de una ocasión en el patio de mi casa de San Carlos, me ponía debajo de la canal o tubo de desagüe por donde descendía el agua desde el techo cuando llovía. Me gustaba disfrutar sintiendo esa agua caer, y mucho también bañarme debajo de un aguacero torrencial de los de Cuba, en el patio.

En una ocasión, durmiendo de noche escuchamos un ruido en el patio. Papi se levantó, salió fuera de nuestra casa, que hacía esquina. Por el lado que daba para la línea del ferrocarril hacia el central Santo Domingo, teníamos una cerca, un muro que separaba el patio del exterior. Dentro había sembrada una frondosa *mata* (árbol) de aguacates. En la otra parte, la exterior, del muro estaba un vecino con una vara y un cesto hecho de tela de yute, de los que se usaban para recolectar los aguacates de sus árboles. En definitiva, que los estaba “cogiendo” (robando). Papi le dijo entonces, más o menos: “¿pero qué necesidad tienes de estar cogiendo escondido los aguacates de nuestro árbol? Si lo necesitabas o los querías me lo hubieras pedido...”

Tengo muy vivo el recuerdo de mi padre en la *bodega* (una de las más de treinta que había en Unión de Reyes). Tenía a un empleado que ayudaba a llevar las compras a domicilio cuando lo solicitaban, algo muy común en los comercios. Al principio había trabajado en esto un señor mayor llamado Justo, muy buena persona,

Tengo muy vivo el recuerdo de mi padre en la *bodega* (una de las más de treinta que había en Unión de Reyes). Yo iba con mucha frecuencia, me gustaba estar allí. Ya cuando tuve siete u ocho años intentaba ayudar en la venta.

La *bodega* tenía un mostrador de madera que en una esquina era de azulejos para la venta de cervezas, vinos, ron, etc. Tenía una trastienda como almacén de los productos y un pequeño patio de tierra, donde a veces habían sembrados *plátanos manzanos*.

el cual al cabo de más de 60 años recuerdo con mucho cariño. Yo iba a la *bodega* con mucha frecuencia, me gustaba estar allí. Ya cuando tuve siete u ocho años intentaba ayudar en la venta.

En la misma *cuadra* de la *bodega* vivía una familia que el señor de la casa se llamaba Juan, y todos los años hacía un muñeco de paja, lo vestía con ropas viejas suyas y lo quemaba en la Noche de San Juan, el 23 de junio. Todos le dábamos palo al muñeco mientras el fuego lo estaba devorando. Se dejó esta costumbre cuando en Cuba se prohibieron las celebraciones públicas de toda festividad religiosa. Frente a la casa de Juan, a pocos metros de la bodega, cruzando las líneas del ferrocarril, se encontraba el Parque de Santo Domingo, realmente un “parquecito”: una especie de glorieta con su techo y unos dos o tres bancos de cemento. El nombre lo tenía por el paso de los trenes de caña de azúcar y la salida de los autobuses hacia el central Santo Domingo.

La *bodega* tenía un mostrador de madera que en una esquina era de azulejos para la venta de cervezas, vinos, ron, etc. Tenía una trastienda como almacén de los productos y un pequeño patio de tierra, donde a veces había sembrados *plátanos manzanos* (variedad

frutal algo más corta, de forma abultada casi cilíndrica, muy aromático y dulce, que gustaba mucho a los cubanos). Estaba equipada con un molino de café, dos pesas (una de ellas para el café), un refrigerador de comercio y un aparato para pelar las naranjas. Hacía esquina con dos puertas que daban a la calle del Ferrocarril por el frente, donde estaban los Talleres o Fundición Perret, y otras dos a la calle lateral, frente a la casa del Dr. Sabournin.

Yo siempre iba corriendo a todos los sitios y en una ocasión salí muy rápido por una de las puertas laterales, justo mientras estaba llegando el carro de una de las marcas de cafés que vendían y me atropelló. Menos mal que el daño fue leve, porque como dije el coche estaba llegando e iba lento ya para aparcar. Me entraron a la bodega y me pusieron hielo en las rodillas. El susto fue grande para todos.

Entre las marcas de café que conocí ayudando a venderlas estaban Pílon, Regil, La Llave, Tupy, Nescafé...

En la *bodega* de papi, y en los comercios en general de Cuba, aprendí a conocer los turrónes, envasados en cajas de madera, y la sidra El Gaitero (con el eslogan “famosa en el mundo entero”), venidos de España. Mi padre tenía, encima del refrigerador comercial de la bodega, las sidras boca abajo para que el líquido estuviera en contacto con el tapón. Al lado ponía botellas de vino. Conocí allí las distintas variedades de aceitunas, las latas de melocotones, peras y macedonia (*coctel*) de frutas en almíbar. Las nueces, avellanas, manzanas, alcaparras y pasas traídas desde España. Otras conservas llegaban desde Estados Unidos, otras estaban elaboradas en Cuba. Por supuesto había una enorme variedad de productos frescos nacionales: arroces, café, frijoles, *viandas* (malanga, boniato, yuca, calabaza, papa, plátano *macho* y de fruta...). Una especialidad era la piña cortada en rodajas, que estaban dentro de un frasco grande de cristal, con agua y el zumo de la fruta: así se podía comprar una rodaja e ir por el camino comiendo.

En la *bodega* se vendía también muchos productos de higiene: varios tipos de detergentes y jabones, pasta dental, desodorantes,

algunas colonias, papel higiénico, servilletas... Allí estaban los productos fabricados por la firma Sabatés: Oso, Tide, Elsa, Camay, Lavasol, Ace, Rina, Dreft... Los de la firma Crusellas, filial del gigante norteamericano Colgate-Palmolive: Fab (este detergente llegó a ser en Cuba el más popular), Candado, Rápido, Palmolive, Colgate. Otros jabones como el Hiel de Vaca o el Heno de Pravia y las pastas dentales Gravi, Colgate y Kolinos...

Como en cafeterías y bares de toda Cuba, se vendían refrescos carbonados como Coca-Cola, Pepsi-Cola, Ironbeer (*Iromber*), Cawy, Materva, Salutari, Orange Crush, Canada Dry, Jupíña, La Bella Matancera, Gaseosa de Limón Tarajano, Kinabel y otros muchos. Las maltas de diferentes marcas (Hatuey, Cristal, Polar), agua *efervescente* (con gas) y agua natural, como la Copey, y otras muchas bebidas.

A la venta había dulces y diferentes caramelos, que estaban en una vitrina o escaparate de cristal, encima del mostrador.

Allí conocí y probé no sólo el chocolate en polvo marca Kresto para mezclar con la leche, que era el que más me gustaba, sino también el chocolate al instante La Estrella, marca que tenía también galletas *de soda* (*cracker* fino), que se vendían en latas de metal pequeñas o grandes. Además de las *galletas de manteca* que antes referí (en tamaño pequeño, mediano y grande), fabricadas en las pastelerías y panaderías de nuestro pueblo, en los municipios vecinos e incluso las que venían de la ciudad de Matanzas o La Habana, estaban otras de sabor dulce, como las de la marca Sire, que vendía mi tío Rafa Guedes, las galletas María, las Oreo Biscuits, los *queques* (algo más grandes y tostados que las María)... Entre los dulces, los panqués, el pan de Caracas, las *gaceñigas*, las tortas de masa real (en la variación cubana de las de Cádiz), las *panetelas* (bizcochos cubanos de diferentes tamaños, consistencia y formas, entre ellas las “borrachas” impregnadas de almíbar), los *capuchinos* (que en Cuba no son cafés, sino unos conos hechos con masa de huevo y maicena, también muy almibarados), los *coquitos* de dulce de coco, las *raspaduras* cubanas hechas con el zumo o *melao* del azúcar de

caña, a veces con agregados de anís o ajonjolí (semillas parecidas a las de sésamo), los turrone de coco y de maní (cacahuete) y muchas más variedades de repostería.

Ya he mencionado varias veces a los vecinos Talleres Fundición Perret. Su dueño, Alberto Enrique Perret Baltz, era de padre sueco, de quien heredó los Talleres. A la hora del descanso, muchos trabajadores de la Fundición iban a la *bodega* para tomar algo, entre ellos una de las hijas del dueño de los talleres: July Perret Ballester, que trabajaba en las oficinas. El hijo de Perret, Albertico Perret Ballester, que había estudiado ingeniería mecánica, en la década de los 50 trabajaba como ingeniero en los Talleres Perret, que eran la mayor fundición del país en la fabricación de piezas para ingenios azucareros, y que llegaron a exportar piezas para azucareras del extranjero. Perret facilitó a sus trabajadores la fabricación de casas bajas de ladrillo, muy bien equipadas. Trabajaban de lunes a viernes. Recibían *aguinaldo*, una paga extra por Navidad. Después de la expropiación, bajo la dictadura comunista, cambiado su nombre (como prácticamente ha sucedido con la mayoría de las instalaciones a lo largo de todo el país) por el de Talleres Primero de Mayo, fueron decayendo hasta quedar destruidos, dejaron de funcionar y sus naves resultaron totalmente abandonadas.

Recuerdo perfectamente que, en los años 50, diría en 1956 o 1957, mi padre le regaló a mami en nombre nuestro (de Evita y mío), por el Día de la Madres, un televisor de la marca General Electric. Lo compró en la Casa Cid: las dueñas lo prepararon con una cinta rematada con un lazo y un ramo de flores y lo pusieron en la sala de casa para que, cuando llegáramos ese domingo del central Conchita, de visitar a mis abuelos y tíos maternos, nos encontráramos con la sorpresa. Todavía vivíamos en la calle San Carlos. Aunque realmente los que más disfrutamos el regalo fuimos mi hermana y

yo. En nuestro pueblo había dos casas de ventas de todos los efectos electrodomésticos White Westinghouse y General Electric. Otras marcas las vendían algunos representantes directamente a los clientes.

En la televisión disfrutaba de las películas de vaqueros (diríamos en Cuba *cowboys*), de los *muñequitos* (dibujos animados), principalmente de la compañía Disney: Mickey Mouse, Pato Donald, El Pájaro Loco (*Woody Woodpecker*), Súper Ratón (*Mighty Mouse*), Popeye El Marino, Bugs Bunny, Tom y Jerry... Series americanas como Patrulla de Caminos (*Highway Patrol*, con Broderick Crawford, policías en sus coches que en los caminos detenían a los delincuentes o los que violaban la ley del tráfico), Rintintín (las aventuras de un perro), El Llanero Solitario, la del abogado Perry Mason, la del caballo Furia y sus aventuras... Programas musicales como Jueves de Partagás, El Casino de la Alegría, Álbum Philips, con una programación variada a diario, y otros muchos programas. Aunque pasaba más tiempo jugando con los amigos o solo.

Mis juegos de la infancia los hacía con mis amigos “Findingo” (Roberto Navarro), el “Chino” (Jorge Espinosa), “Tatica” (José Ramón Ortíz, con quien ya de mayor me he comunicado a través de la prima María Estrella Sánchez Trujillo, cuando ella ha ido a Cuba de visita), “Chuchi” (Alejandro García), Miriam González, Tony Sabournin (era hijo de nuestro médico de familia y vivía cruzando la calle, frente a la bodega, en una casa de dos plantas). Amigos mayores que yo eran mis vecinos de enfrente Anita y Panchito López. Recuerdo que un día por la noche, viendo la televisión en la sala de casa, escuché un grito de alguien en la calle que decía “¡fuego!”. La familia de Anita y Panchito habían salido y el padre de ellos, Pancho, que fumaba, había dejado un cigarro encendido en el bolsillo de un pantalón. De ahí su casa que era de madera empezó a arder (“a coger candela”, como se dice allá). Menos mal que se actuó rápido, vinieron los bomberos y se apagó enseguida.

En mi memoria está la imagen de ver a mi padre, que estaba acostado en pijama, salir pitando sin cambiarse, coger la bicicleta e ir en busca de los bomberos, que ya estaban en camino, seguramente luego de algún aviso telefónico.

Con mi primo Reinaldito González Guedes, jugaba fundamentalmente en su casa: en su patio había una *canal* (tobogán) y nos gustaba tirarnos por ella. Entre los amigos y vecinos de mi primo se encontraba Joseíto, conocido como “Colo Colo”. Recuerdo el juego del escondite, donde utilizábamos principalmente el taller de carpintería de su abuelo Pablo González que, al ser una nave grande, tenía espacio suficiente para guardar el *carro* de Reinaldo. Con los amigos, principalmente cuando vivía en la calle San Carlos, nos íbamos al terreno de pelota u otra zona descampada para jugar al béisbol, pero también para *empinar papalotes* (volar cometas de papel). Montaba, con ellos o solo, en el patio de la casa o en las aceras, la *carriola* (patinete) y el *velocípedo* (triciclo). Me divertía y era feliz en esos juegos, especialmente con el béisbol. Recuerdo que a veces mami me llamaba para bañarme, mientras estaba jugando en la calle o en algún terreno cercano a la casa, y yo respondía “¡ahora voy!”. Mi madre me llamaba una sola vez. A veces no le obedecía por estar muy metido en el juego y compartiendo con los amigos. Cuando después llegaba a la casa me llamaba la atención y al mismo tiempo me decía que ella no iba a estar llamándome constantemente y mucho menos en público, que yo debía de hacerle caso. No recuerdo ni una sola vez que mi madre me levantara la mano, ni tampoco que alzara la voz para regañarme, siempre intentaba razonar conmigo.

Otros juegos que compartíamos los amigos eran *las bolas* (canicas); *las chapas* (se marca un círculo con tiza sobre un lugar liso: la calle, la acera o similar, y ahí se ponen las *chapas*, las tapas de metal de las botellas; desde una distancia limitada con una raya, se lanzaba una piedra o una pelota para ver quién saca más chapas del círculo), el *yoyo* (yoyó) ... La *quimbumbia* (un juego de terreno, adaptado del béisbol, en el que las piezas necesarias suelen fabricarse a partir

de un palo de escoba cilíndrico de unos 3 cm de grueso: la función de la pelota la asume un trozo de 8 o 10 cm de largo al que se le han aguzado los extremos hasta darle forma de huso; la del bate, otro de unos 50 cm de largo con las puntas romas, no afiladas: con este se golpea al anterior en la zona afilada primero para lograr que salte y luego cuando está en el aire para mandarlo hacia delante lo más lejos posible y lograr ser el ganador); el escondite; el juego de la *prenda escondida* entre las manos juntas de uno de los que jugadores; la *gallinita ciega* (que aparece hasta en una pintura de Goya). La carrera de sacos; la *suiza* (salto de la comba); el *pon* (la rayuela); los *yaquis* (del inglés “jacks”: se lanzan al suelo unas piezas pequeñas características, de plástico, aluminio u otro metal ligero, una especie de estrellas con 6 púas atravesadas en cruz; luego se hace botar una pelota contra el suelo y mientras está en el aire se atrapa la mayor cantidad posible de estas piezas que se pueda, antes de recibir en la misma mano la pelota de regreso), un juego más “de las niñas”, como las *cuquitas* (recortables). Cuando íbamos al parque infantil montábamos en la *canal* (tobogán), el *cachumbambé* (balancín), la *hamaca* (columpio)...

Todas estas experiencias de la infancia con mis amigos me han marcado con un recuerdo positivo y han ayudado a la formación de mi personalidad. Cuántas veces pienso y oro por mis amigos. Mi madre refleja en el libro de los recuerdos “Nuestro Bebé”, hablando de mí, que “los amiguitos lo llaman para dirigir el grupo, destacándose como guía”.

7 De Bolondrón a Unión de Reyes

A mi abuelo Antonio Guedes siempre lo estaba *engatusando* para ir al circo que estuviera de gira por nuestro pueblo. Cuando se negaba o hacía resistencia, recuerdo que le decía: “abuelo, si hay una mujer rumbera que te va a gustar”. Tengo muy viva la imagen de su risa. Terminaba llevándome.

Todas las semanas y cada vez que íbamos al centro del pueblo entrábamos en casa de mis abuelos paternos (María y Antonio). Nosotros vivíamos casi a las afueras de Unión de Reyes en la calle San Carlos, cercana a la carretera que llevaba al pueblo de Bolondrón. Cuando nos reuníamos en casa de mis abuelos paternos, por la noche o los fines de semana, las tertulias con mis tíos y abuelos, cuando no se formaban en el amplio portal que estaba lleno de sillones-mecedoras (asiento típico de Cuba que no falta en ninguna casa) y un banco, se hacían en el salón o en la saleta, también amplias. Las tertulias eran muy interesantes y una verdadera riqueza de cariño. Desde pequeño me gustó participar en estas conversaciones con los mayores; siendo el nieto mayor —no solo de los Guedes, sino también por la familia materna—, pude disfrutar de ello.

A mi abuelo Antonio Guedes siempre lo estaba *engatusando* (came-lando) para ir al circo que estuviera de gira por nuestro pueblo. Cuando se negaba o hacía resistencia, recuerdo que le decía: “abuelo, si hay una mujer rumbera que te va a gustar”. Tengo muy viva la imagen de su risa al escuchar mis palabras. Terminaba llevándome al circo. También asistíamos juntos a los juegos de pelota. Como en el terreno de béisbol de Unión de Reyes no había en esos tiempos gradas, apenas un techo para protegerse del sol, teníamos que llevar sillas para sentarnos. Mi abuelo y yo llevá-bamos las nuestras. Abuelo Antonio, cuando yo enfermaba, venía a casa, se sentaba al lado de mi cama y no se levantaba hasta que yo mejoraba. Otra cosa que recuerdo de él es que siempre estaba inventando décimas o poesías, principalmente si por su casa pasaba una mujer guapa.

Aunque después se mudaron también a Unión de Reyes, mi abuelo Antonio tuvo en propiedad una finca o colonia, donde práctica-mente se criaron todos sus hijos, a pocos kilómetros de nuestro pueblo, a la que se llegaba cogiendo la carretera de Bolondrón. Como la extensión de la finca era menor de 2 a 3 caballerías (medida de superficie introducida por España en las colonias, equi-valente a 100 x 200 pies, unos 30 x 61 m), unas 33 hectáreas, no la expropió la dictadura comunista con la Primera ni la Segunda Ley de Reforma Agraria (de las que hablaré más adelante, y que limitaron la propiedad de tierra hasta las 30 caballerías primero, y luego a 5). Mi abuelo no había presentado para marcharse del país (él quería que todos sus hijos se fueran primero), ni había sido un detenido político, y todo ello lo ayudó a conservar la colonia. Pero ya no la podía atender y mi padre, que era quien se había estado ocupando de ella un tiempo ya tampoco podía seguir haciéndolo —primero por el trabajo de la *bodega* y después por su solicitud de salida del país. El régimen siempre estuvo presionando a mi abuelo para que entregara la finca al estado —una medida “disuasoria”

que en muchas ocasiones resultó efectiva para los intereses del gobierno. Al final, en la segunda mitad de la década de los 60, antes del año 1968, decidieron entregarla. No se recibió por ella indemnización alguna.

Mientras mi abuelo conservó la finca, prácticamente la *colonia* se dedicó a cultivar caña de azúcar, y había que contratar a algún obrero que la cortara en época de la zafra, pues ya la familia se había trasladado a vivir al pueblo y tenían otros trabajos. Durante un tiempo se quedó viviendo en la finca, con su familia, un señor que se encargaba de ella y de su vigilancia. La otra actividad de la *colonia* de “papaíto” (como le decían a mi abuelo sus hijos, incluyendo a mi papá), era la venta de la leche de algunas vacas que tenían. Por eso durante todo el año había otro señor que trabajaba allí, ordeñando las vacas y llevando la leche fresca a mi abuelo diariamente en unas *cantinas* grandes de metal. Mi abuelo se encargaba de llenar las botellas de leche, unos litros de cristal típicos de la época, y después las vendía a diferentes familias. Nosotros tomábamos la leche traída cada día de la finca. Esa leche había que hervirla. Me gustaba ir a la finca. Allí monté a caballo y ordeñé vacas.

Aquí debo aprovechar para hacer una reseña de la Compañía Lechera de Cuba, que funcionaba desde mucho antes de la Revolución de 1959. Fundada en el año 1929 por emigrantes canarios,

Me gustaba ir a la finca de mi abuelo Antonio en Bolondrón. En aquella colonia prácticamente se criaron todos sus hijos. Allí monté a caballo y ordeñé vacas. En casa de los abuelos paternos, aún niño, me permitieron participar en las tertulias familiares, muy interesantes y una riqueza de cariño, que se formaban en el amplio portal que estaba lleno de sillones-mecedoras.

fue la pionera de la pasteurización y homogeneización de la leche en el país, creando una institución e instalando una planta que fue la mayor y mejor de las plantas de su especialidad en toda América Latina. Recuerdo se consumía la marca Nestlé para nutrir a los niños en el período que sigue a la lactancia materna y luego para adultos. Otra era la leche Santa Beatriz homogeneizada, para niños y adultos, con la presentación tanto en la botella de cristal tradicional como en envases de cartón similares a los actuales. También la Moralitas. En cada pueblo y ciudad vendían leche fresca de muchas vaquerías, traída en las típicas cantinas de leche y/o en botellas de cristal, bien a las bodegas, bien directamente a domicilios.

Mi mamá disfrutaba mucho de las fiestas como Navidad, cumpleaños, santos, Reyes, Día de los Abuelos (26 de julio, fiesta de Santa Ana y San Joaquín, padres de la Virgen María, según los evangelios apócrifos y la tradición), Día de los Ahijados (que se celebraba el día de la Pascua de Resurrección). Tener presente estas celebraciones mi madre lo “heredó” de la abuela Estrella. Siempre para las Navidades adornó el árbol y así lo aprendí. Nuestro árbol era natural, todos los años nos traían uno. Cubríamos todas sus ramas con algodón, usando pegamento, para simular la nieve. Después colocábamos las guirnalda de *foquitos*, las bolas y abajo en la *lata* de metal que sostenía el árbol, más algodón de nuevo, rematando con escarcha artificial, y adornos como algún trineo y figuras de los Reyes Magos. También se ponía un pequeño *misterio*, *nacimiento* o belén, que en mi casa era de cartón. Los regalos el Día de Reyes eran toda una alegría y acontecimiento. También en casa de algunos amiguitos y de mis abuelos del Conchita me dejaban alguno. A mami le encantaba ver nuestra cara con los regalos. Aunque tenían la costumbre de ponerlos al pie del árbol sin envolverlos, nuestras expresiones y exclamaciones para ella eran de un gran disfrute. Durante mis primeros años de edad, también el

día de Navidad Santa Claus me dejaba algún regalo con algunas personas y en casa, aunque en Cuba no era costumbre los regalos ese día, sino el Día de Reyes. Entre los juguetes que tuve en la infancia recuerdo los trajes de *pelota* (béisbol), de médico, el de indio, los de vaqueros y el de Superman. Juegos de mesa (entre ellos el de *beisbolito*, que aún conservo); el cochecito con pedales; el caballo de cartón pero que podía montar y se rodaba con sus propias ruedas; los guantes, bates y pelotas de béisbol. Con todos ellos jugaba con los amigos en el patio, las aceras e incluso en la calle, principalmente en la calle San Carlos que tenía muy poco tráfico, y en el terreno de pelota cercano.

Mi pasión de niño era la *pelota* (béisbol). Jugué casi a diario hasta los 13 o 14 años. Mi padre y yo simpatizábamos con el equipo de La Habana (mientras en Cuba hubo liga profesional, competían cuatro equipos: Almendares, Cienfuegos, Marianao y La Habana). Por supuesto también era fan del equipo de Unión de Reyes (no profesional): los seguía a todos los pueblos donde fueran a jugar, con mi papá o con algún tío paterno. La primera vez que fui a Jagüey Grande, el pueblo de Lourdes (al que ni idea tenía entonces

Mi pasión de niño era la *pelota* (béisbol). Jugué casi a diario hasta los 13 o 14 años. Mi padre y yo simpatizábamos con el equipo de La Habana (mientras en Cuba hubo liga profesional, competían cuatro equipos: Almendares, Cienfuegos, Marianao y La Habana). Por supuesto también era fan del equipo de Unión de Reyes (no profesional): los seguía a todos los pueblos donde fueran a jugar, con mi papá o con algún tío paterno.

que años después visitaría y querría mucho), fue cuando Unión se enfrentó en un doble juego a Jagüey. Por cierto, ganamos el doble juego y regresamos en una cola de coches (*carros* diríamos en Cuba) pitando o tocando el claxon por todo nuestro pueblo, de la alegría de la victoria.

En una ocasión jugando pelota, mientras estaba esperando mi turno para batear, mi amigo Tony Sabournin, que lo estaba haciendo, al darle a la pelota se le escapó el bate de madera de las manos y me golpeó en el pecho. Caí del dolor, pensando qué habría pasado si me hubiera dado el bate algo más arriba, seguramente de lleno en la cabeza (en la frente) y sabe Dios con qué consecuencias. Este amigo, tiempo después, fue quien me dio la noticia del asesinato del presidente Kennedy: yo llegaba a la *bodega* de papi y él lo había acabado de escuchar en las emisoras de EUA, que en Cuba oíamos muchos los que “no estábamos con el régimen” comunista.

Pero durante años hasta mi pubertad jugaba mucho también solo. Me imaginaba un partido de béisbol en el que jugaba, con gestos y palabras, todas las posiciones, a la vez que lo iba narrando. Con la imaginación, también conducía coches. Me inventaba personajes ficticios, e imitaba las voces y sonido de personas, animales y cosas. Todo ello lo hacía sin vergüenza alguna, lo mismo en el patio de mi casa, como en la de mis abuelos, incluso en el portal. Era consciente que todo aquello era fantasía e imaginación, pero lo disfrutaba.

Otra cosa que me gustaba eran las lecturas. De pequeño, cómics (los *muñequitos*, como diríamos en Cuba) y la colección de cromos o *postalitas*. Ya a partir de la adolescencia, las lecturas de historia, filosofía, religión, ciencia (principalmente la física), política... Revistas de narraciones de acontecimientos, investigación, como la Reader's Digest: llegué a leerme todas las que habían entrado a Cuba, hasta que los comunistas lo prohibieron a principio de la década de los 60, porque mi tío “Neno” Ignacio Sánchez, las tenía

coleccionadas y las guardaba en la casa de mis abuelos, en el central Conchita. Otra cosa que me gustaba era el estudio de mis materias o asignaturas del colegio.

A partir de la pubertad y adolescencia me encantaba la radio. Desde las aventuras (como Los Tres Villalobos) hasta los noticieros y los programas de ciencia e historia. Principalmente oía La Voz de América, que transmitía desde EUA: ya desde aproximadamente los nueve años hacia adelante, en Cuba la dictadura comunista instauró la falta de libertad y la mejor manera de estar informado era escuchar emisoras extranjeras, que oíamos clandestinamente y bajito, para evitar lo advirtieran los vecinos. La señal de La Voz de América era interferida por el gobierno y se oía todo el tiempo con un pitido de fondo, en unas regiones más que en otras. También accedíamos a otras emisoras que eran mucho menos conocidas en el país: Radio Nederland de Holanda, BBC de Gran Bretaña, aunque no tenían programas especiales relacionados con Cuba.

Pero durante años hasta mi pubertad jugaba mucho también solo. Me imaginaba un partido de béisbol en el que jugaba, con gestos y palabras, todas las posiciones, a la vez que lo iba narrando. Con la imaginación, también conducía coches. Me inventaba personajes ficticios, e imitaba las voces y sonido de personas, animales y cosas. Todo ello lo hacía sin vergüenza alguna, lo mismo en el patio de mi casa, como en la de mis abuelos, incluso en el portal. Era consciente que todo aquello era fantasía, pero lo disfrutaba.

8

Evita y el mar

Con mi hermana jugaba mucho, hasta al boxeo –ipobre hermana! Nos divertíamos. Mi hermana era una niña aplicada, buena, sonriente, con muchas amigas y amigos. Le gustaba salir a pasear, leía mucho, tiene muy buena voz para cantar. Si no recuerdo mal, a los seis años comenzó a tocar el piano –lo estudiaba con la Srta. Titi López, hija de los ex dueños del cine-teatro y de la funeraria del pueblo. Mis padres compraron un piano: a mí me encantaba sentarme a oír las piezas que Evita tocaba. Lamento que yo no haya tenido su facilidad para la música y los idiomas.

A partir del nacimiento de mi hermana (15 de septiembre de 1955), mis padres me dan el “cuarto de dormir”, el primero de la casa, con sus muebles de caoba. Ellos se pasaron al segundo cuarto donde, junto a una cama para ellos colocaron al lado, para mi hermana, primero una cuna y luego una cama para estar cerca de ella. Evita nació cuando prácticamente yo tenía cuatro años. De pequeño tuve unos muebles que recuerdo con cariño: la camita y su

inseparable mosquitero (en Cuba tropical hay muchos mosquitos y en la mayoría de los lugares normalmente se duerme con el mosquitero), el *escaparate* (armario), la sillita para comer, que incorporaba un orinal debajo para hacer las necesidades...

Todos los cumpleaños después del nacimiento de mi hermana, mis padres celebraban en una misma fecha para los dos, alternando un año el día 25 de septiembre (día de mi nacimiento) con el 15 de septiembre (el del nacimiento de mi hermana Evita) al siguiente. No faltaban: el *cake* (tarta), de merengue como se hace en Cuba, con sus velitas y adornos encima (muchas veces en realidad dos: uno de color azul y otro de color rosa, aunque en otros años había uno de color blanco para los dos); los bocaditos de pasta, receta muy cubana, con jamón (de York o cocido) y queso crema (lo que hoy en España diríamos queso Philadelphia); los refrescos, los gorros, la piñata (con sus caramelos y regalitos dentro) y los globos. Se armaban algunos juegos, como el de poner el rabo en un burro de papel, pegado en la pared, con los ojos vendados (ganaba el premio quien lo fijara lo más cerca del lugar exacto al que correspondía en el animal). Todos los primos y amiguitos eran invitados.

Especialmente en Varadero disfrutaba no sólo de la arena fina y blanca, sino también nadando por mucho rato, metido en el agua transparente, limpia y con una temperatura tan agradable en el verano. Agosto era el mes en que la mayoría de los cubanos iba a la playa, en todo caso en julio...

Ya en septiembre eran los turistas extranjeros los que llenaban la playa. Para los cubanos el mar estaba picado: mucho oleaje, el agua más fría...

Con mi hermana jugaba mucho, hasta al boxeo –¡pobre hermana! Nos divertíamos. Mi hermana era una niña aplicada, buena, sonriente, con muchas amigas y amigos. Le gustaba salir a pasear, leía mucho, tiene muy buena voz para cantar. Si no recuerdo mal, a los seis años comenzó a tocar el piano –lo estudiaba con la Srta. Titi López, hija de los ex dueños del cine-teatro y de la funeraria del pueblo. Mis padres compraron un piano: a mí me encantaba sentarme a oír las piezas que Evita tocaba. Lamento que yo no haya tenido su facilidad para la música y los idiomas.

Gran parte de las vacaciones las pasaba en el central Conchita con mis abuelos y tíos maternos. Con mis padres íbamos muchas veces a la playa de Buey Vaquita, muy cerca de Varadero, más pequeña que ésta, pero con arena y agua parecidas, y otras veces hasta la misma Varadero. Hay una anécdota de Varadero. Estaba con mi primo Reinaldito (contemporáneo a mí, le llevo apenas 15 días: nació el 10 de octubre de 1951), ya que mis tíos Nena y Reinaldo habían alquilado una casa por un mes. Mi papá me estaba cortando las uñas de los pies y, en ese momento, Reinaldito me hace algo para que yo me molestara. Yo respondo con un gesto de rabia, con ambos brazos hacia abajo, y me clavo en un codo la punta de la tijera. Menos mal que no hubo graves consecuencias, no me llegaron a dar puntos.

En las playas de Cuba solía haber vendedores ambulantes: para mí destacaban los que vendían *pirulí*, unos caramelos de diferentes sabores, envueltos en papel, con su palito para sostenerlo. Los que más me gustaban eran los de sabor a fresa. Al entrar en contacto con los labios mojados del agua de mar y la sal de la playa, sabían a gloria.

Especialmente en Varadero disfrutaba no sólo de la arena fina y blanca, sino también nadando por mucho rato, metido en el agua transparente, limpia y con una temperatura tan agradable en el verano. Agosto era el mes en que la mayoría de los cubanos iba a

la playa, en todo caso en julio. Ya en septiembre eran los turistas extranjeros los que llenaban la playa. Para los cubanos el mar estaba *picado*: mucho oleaje, el agua más fría... Por supuesto que había cubanos que durante el resto del año iban a las diferentes playas, pero eran una minoría. Varadero, desde el punto de vista de la naturaleza (calidad del agua y tan grande extensión de arena), probablemente sea, si no la mejor playa del mundo, una de las tres primeras. En las playas en general, y en Varadero particularmente, había muchas más cosas que el agua y la arena para disfrutar, como el alquiler de bicicletas, de coches de caballos (muy típico de la ciudad de Cárdenas, muy cercana a Varadero) y de coches para niños tirados por *chivos* (macho y cría de la cabra) para el paseo. Muchos iban a pescar o a montar en yates, botes y lanchas (la primera vez que monté en barco fue precisamente en la playa de Varadero), bien alquilados como fue en nuestro caso o que eran propios, así como para hacer esquí acuático; había boleras, espectáculos nocturnos (bailes, música, shows), restaurantes, cafeterías... Para los niños, parques infantiles, ferias con aparatos (entre los que reinaban los *caballitos*) y juegos de golf como los de adultos.

Durante la pubertad y adolescencia, siempre iba de un sitio a otro del pueblo en mi bicicleta, regalo de unos Reyes Magos, ya en tiempo de la dictadura comunista. El régimen mantuvo la festividad de los Reyes Magos el 6 de enero durante unos pocos años: en 1970 prohibieron la celebración pública y luego la recuperaron, pero pasándola para el 6 de julio. Este cambio de fecha conllevó el fracaso de la celebración. Precisamente lo que pretendían: borrar todo vestigio de Fe y tradición.

Cuando empezó la escasez y falta de prácticamente de todos los juguetes, estos también pasaron a estar controlados por la cartilla de racionamiento (sistema de distribución que más adelante comentaré con más detalle). Con mucha suerte se alcanzaba a obtener el juguete deseado de los exhibidos en las vidrieras, porque traían

pocos de cada uno. A cada niño correspondía la opción de comprar tres unidades, en orden de calidad y precio: un juguete que llamaban *básico* (propiamente lo que se dice un juguete que podías desear), otro que era el *dirigido* (ya con este te limitaban bastante el surtido y el carácter) y el *adicional* (una baratija). Dentro de este método, llegué a conseguir uno de los *tops*: una bicicleta, correspondiente como es de imaginar al *básico* de la cartilla de racionamiento. A esta accedimos después de hacer colas de varios días, porque la cartilla no te librabas de las kilométricas, y a veces conflictivas, colas.

Durante la niñez y la pubertad, mientras en Cuba hubo variedad de alimentos, mi desayuno era de leche con Kresto (un chocolate en polvo similar al Cola Cao), aunque la mayoría de los cubanos tomaba leche con café y tenían la costumbre de echarle una pizca de sal, quizás para matarle el sabor dulce. Mis meriendas preferidas era el *pan con timba* (pan con una porción de dulce de guayaba en barra y queso crema, similar al Philadelphia) y el pan con ajo y aceite de oliva... El *jugo* (zumo) de naranja (con la típica mezcla de un poco de zumo de zanahoria), la limonada y la malta con leche condensada... Frutas como mango, mamey (de la familia del zapote), frutabomba (papaya), guayaba, chirimoya, anón, piña... También una yema de huevo con un poco de vino dulce (un alimento que los padres le daban mucho a sus hijos). Deliciosos los granizados o el *durofrío* (hecho de jugo de frutas, o de esencias de distintos sabores, azucarado y congelado en forma de cubos).

Mis comidas más deseadas era el bistec (filete de res); el arroz blanco con garbanzos, lentejas y frijoles (alubias) colorados o blancos: el que menos los negros... La harina de maíz tierno en cazuela o el tamal cubano; las galleticas de plátano macho y aún más el plátano macho maduro frito; el aguacate; la yuca con mojo (al estilo cubano, con aceite, sal y limón o naranja agria); el puré de *guagiú* (así le llamamos en la provincia de Matanzas al tipo de malanga

blanca, la que es más conocida en España) y otros tipos de malangas (blanca y amarilla)...

En cuanto a los postres o dulces: la mermelada, cascós y barra de guayaba con queso crema; los pasteles de guayaba; el dulce de *fruta-bomba* en almíbar; el dulce de coco en almíbar... Pudín al estilo cubano; arroz con leche cubano (muy parecido al asturiano); *torrejas* (torrijas) a la cubana... Batido de mamey, helado de chocolate... Hoy que escribo esto me doy cuenta de lo “sano” (irónicamente) que son estos dulces, por la cantidad de azúcar refinada que los cimenta.

Desde pequeño padecí de los oídos: con frecuencia tapones de cera me llevaban hasta el Centro Médico de Matanzas, primero al mismo edificio donde nací y después a su nuevo enclave, hasta que lo expropió la dictadura comunista el 28 de diciembre de 1961. Allí me atendía el otorrinolaringólogo Dr. Jiménez Ojeda, que pasaba consulta en dicho centro. Todas las semanas venía de La Habana para ello.

Después que el Centro fuera expropiado, asistíamos a su consulta particular que aún conservó en el barrio del Vedado de la Ciudad de La Habana, hasta que se marchó de Cuba. Años después, ya de casado y viviendo en La Habana, conocí y visitaba como médico al Dr. Ojeda, que era tío del Dr. Jiménez Ojeda. El Dr. Ojeda, que ya era mayor, tenía su casa cerca del Hotel Nacional. Había sido preso político por el régimen comunista. En una ocasión me tuvo que hacer un tratamiento de perforarme los huesos de la nariz, para limpiar los senos nasales, por una sinusitis que no curaba.

Todo esto que he descrito sucedía en un pueblito, el segundo más pequeño de la provincia de Matanzas, en aquellos años 50 del siglo XX. Un lugar que vivía fundamentalmente de la industria azucarera, los Talleres Perret, la fábrica de yeso, el ferrocarril y los comercios. Un pueblo de los que nosotros los cubanos llamamos “pueblo de campo”.

¿Cómo era mi querido pueblo de Unión de Reyes, cómo lo que recuerdo durante mis primeros años?

De sus 6.941 habitantes, la mayoría vivía en la zona urbana, ya que el municipio tenía poco terreno que le perteneciera al campo, es decir, tenía pocas fincas o *colonias*. Cuando se viene del norte, desde la ciudad capital de la provincia de Matanzas atravesando Cidra y Sabanilla del Encomendador (hoy Juan Gualberto Gómez), se entra a Unión de Reyes a través de una carretera flanqueada a ambos lados por unas bellas palmeras durante un kilómetro, lo que hace este acceso acogedor y muy agradable. Al usar esta carretera se pasa también cerca del río (arroyo más bien) y puente de San Andrés. Hay otra entrada a Unión de Reyes por el suroeste, la que está al lado del cementerio, que es la que lo une con Alacranes

(antiguo Alfonso XII), el pueblo que, recordemos, había que pasar para ir al Conchita. Después tenemos una tercera entrada al sureste, la carretera que comunica con Bolondrón, cerca de la zona donde viví de pequeño, la calle San Carlos, donde estuvieron situados el cuartel militar de la Guardia Rural y la gasolinera Shell de los hermanos Martín. A mi querido Unión, los comunistas después le agregaron otras porciones aledañas, con los antiguos pueblos vecinos: Alacranes, Bermejas, Cabezas, Sabanilla y Cidra.

En mi pueblo había un Teatro-Cine López, donde venían estrellas de Cuba y del extranjero a actuar. Allí se estrenaban las películas, diariamente dos películas (doble sesión) y al final de la noche repetían la primera. Había una función de matiné para los niños, en la tarde de los fines de semana. En su cafetería se podía comprar esos bombones pequeñitos Hershey's Kisses, café, refrescos y otras cosas. Las películas se anunciaban por todo el pueblo con un carro y altavoces (*bocinas* diríamos en Cuba), que se encargaba de manejar el yerno de los López, que se llamaba Rafaelito Santacana (después del año 1959, luego de la expropiación del cine, esta misma persona se comprometió con la dictadura y se dedicó a anunciar con el *carro* y los altavoces, por todo el pueblo, los actos y movilizaciones del régimen). Los letreros de propaganda, pinturas con escenas de las películas y los actores, tanto los que iban colgados del *carro* como los que pegaban en las paredes y columnas del cine, antes de la expropiación los pintaba José Raúl López, uno de los hijos de los dueños del cine (por cierto, José Raúl tocaba muy bien el piano). En ese Teatro- Cine López vi muchas películas, y allí disfruté de programas artísticos. Uno de ellos lo recuerdo con gran claridad, cuando se presentó en una actuación un matrimonio de artistas cubanos cantantes muy conocidos de la radio, teatro y televisión: Olga Chorens Menéndez y Tony Álvarez de la Mata. Ese día rifaron, entre todos los que fuimos al teatro, un muñeco de Olga y otro de Tony. Con mi número de entrada me saqué

Ya en los años 60, mientras aún vivía en Unión de Reyes, fui testigo del comienzo de su destrucción progresiva: la desaparición de tantas cosas, la marcha al exilio de personas queridas y conocidas... En los 70 se instauró la involución total. En la actualidad, mi pueblo es un fantasma de lo que fue.

el muñeco de Tony: una reproducción exacta de su persona, con su traje de cuello y corbata tipo pajarita y su bigote. Tuve que subir al escenario para recibirlo de manos de los mismos Tony y Olga. El muñeco lo conservé durante muchos años con gran cariño. En ese cine-teatro, cuando se llamaba todavía Unión, debutaron actuando mis primos segundos la actriz Eloísa y el actor Guillermo Álvarez Guedes. Estos hermanos eran oriundos de Unión de Reyes y con el tiempo se hicieron famosos en la televisión cubana. Eloísa, que se había casado con un militante del antiguo Partido Socialista Popular (PSP, que así se camuflaba el Partido Comunista, legalizado, antes de la Revolución), se quedó, trabajó y murió en Cuba en 1993. Sin embargo, Guillermo, en el año 1960, se exilió, se hizo famoso y muy reconocido por los chistes, y murió en Miami en 2013. En ese cine-teatro, siendo joven, mi tío Reinaldo González hizo sus actuaciones teatrales junto a Eloísa.

Mi pueblo tenía cinco médicos: nuestro Dr. Sabournin, el Dr. M. Bazán Levi, el Dr. Orestes Milián, Dr. Ángel y el Dr. Francisco Mirabent; tres dentistas: la Dra. Carmela Fernández Gil (quien, aunque vivía en el pueblo de Sabanilla en aquel entonces tenía su consulta en Unión de Reyes, era la dentista de la familia y por tanto mía), el Dr. Celaya y el Dr. Oharriz (cuyo hijo mayor fue compañero mío de la primaria y secundaria); y tres farmacias:

la farmacia Tellot, la de Piro y la farmacia Unión de Oscar Fernández, situada en la esquina de mi casa, entre la calle General Betancourt (Rey) y la calle Antonio Maceo (Castillo). Había en el pueblo un laboratorio clínico, que se encontraba situado en la calle Israel Cabrera (antes Unión). Recuerdo que al principio, cuando yo era pequeño, iba el técnico del laboratorio a casa para la extracción de la sangre o recogida de las muestras: en los primeros años de edad me pinchaban en el lóbulo de la oreja para extraer una gota de sangre, que vertían en un portaobjeto para analizarlo en el microscopio. Existía una casa de socorro (atención médica primaria y de urgencias, con su ambulancia), también en la calle Unión. Un hospital público, el Centro Médico, y otras clínicas mutualistas, a media hora de camino, en la ciudad de Matanzas, con buen transporte y buena carretera.

Unión tenía varias academias de estudio privadas para enseñanza general: la escuela de Ernestina Alfonso (donde estudié mi segundo grado); la Academia Mercurio, de la familia Travieso; la escuela del profesor Domingo Gálvez... Academias para estudiar idiomas, mecanografía, etc. También la escuela pública primaria Felipe Poey y la secundaria (o primaria superior) Diego Vicente Tejera. El Bachillerato se estudiaba en la ciudad de Matanzas, como dije a media hora de viaje. Tres bandas musicales: la Municipal (que tocaba en la glorieta del parque los domingos) y las de la Escuela Primaria y Escuela Primaria Superior.

En cuanto a la actividad comercial, en Unión de Reyes había tres ferreterías: La Bomba (de H. Piloto y Fabián), la de Tino Fagundo y Hermanos Ruiz. Varias carnicerías, dos especializadas en carne de cerdo y *chicharrones* (cortezas o torreznos), de una de las cuales era dueño mi tío Alfredo Guedes —la tenía al lado de la *bodega* de su hermano Armando. Tintorerías entre las que estaban la de Saturnino Cruz (Matovelle) y la de los chinos, que estos tenían en su propio Casino. Mueblerías como la de Alberto Abdemur, “El Moro”.

Más de treinta *bodegas*. De mi familia eran: la Casa Níco de mi padre; la de mi tío Armando Guedes, en la esquina donde vivían mis abuelos paternos; la *bodega* de mi tío Israel Guedes y finalmente mi tío Enrique “Quique” tenía otra. También estaban, entre otras, la *bodega* de Ignacio Padrón; la de Pacho Alfonso; La Ferroviaria (de José Antonio Seife); la de Ángel Lisión, de origen chino; la de Carlito Seife; la de Darío Rivera; la de Bruno Ezquieta; la de Francisco Pérez. La de Israel Olivera, casado con una prima de papi, Laudelina de León Guedes. Las bodegas de los chinos Alberto Lee y Rafael Luis Chonming. Virgilio Bon tenía una que vendía también leche, situada en la esquina de mi primera casa, en calles San José y San Carlos. La bodega de Manuel Fernández estaba en la esquina de mi otra dirección, calle General Betancourt (Rey).

Entre los *quiosquitos* estaban el de la calle Asunción (Independencia) con la esquina de la calle Barreras y, al final, la huerta de Julio el chino. El puesto de Martell con la venta de hielo —por cierto, estaba en la esquina de la casa de mi tío Reinaldo, en la calle Asunción (Independencia). Martell tenía teléfono y, como mis tíos no, ese era el que se usaba para llamar a Nena Guedes o a Reinaldo.

Muchos de los comercios de Unión de Reyes, principalmente las *bodegas* (es decir, los de alimentación) pertenecían a españoles y chinos.

Mi tío paterno Rafael (“Rafita”), penúltimo de los hijos de mis abuelos, tenía un *carro* para vender y distribuir galletitas marca Siré; mi tío Gonzalo, el más joven, ayudaba en el *carro* de ventas a mi tío Rafa; mi tía paterna Angelina (“Nena”), la segunda de los hijos de mis abuelos, después de mi papá, estaba casada con Reinaldo, que en los años 50 fue alcalde del pueblo. Mi otra tía, María Julia, que trabajaba en el Ayuntamiento, estaba casada con Reniel Peña, que tenía una pollería, una de las dos que había en Unión, donde también vendían los pollos tanto asados como vivos. La otra era de Epifanio y Pedro Vera, el abuelo y el padre de un amigo de la infancia y adolescencia de la Parroquia y del colegio, Pedrito Vera. Los Vera vendían también unos ricos dulces caseros.

Unión de Reyes tenía también una fábrica de dulces y conservas y panaderías como Las Julias, El Esfuerzo y La Especial.

Como venta ambulante recuerdo los carros con frutas: mango, plátano de fruta, mamey, chirimoya, zapote (de la familia del mamey), anón, guayaba, papaya (*frutabomba*), mamoncillos, limones, piña... y *viandas* (vegetales): *papa* (patatas), boniato, yuca, malanga blanca y amarilla, plátanos machos, calabaza. También estaban los que pregonaban *maní* (cacahuete) tostado, que envasaban en un *cucurucho* (cono alargado hecho de papel de estraza). Otros vendían tamal de maíz o pasteles de guayaba que mantenían igualmente calentitos. Y puestos de *fritas* (una especie de hamburguesas). También pasaban el carro con helados marca Guarina y el carro de *rasco-rasco* (granizado) en verano y churros en invierno, que el dueño vivía en la acera de mi casa de San Carlos.

Además de los vendedores, eran ambulantes los afiladores de tijeras y cuchillos, los arregladores de bastidores de cama... Limpiadores

Mi pueblo ha sido y es conocido en toda la isla, también gracias a José Rosario Oviedo, bailador de rumba cubana que con el tiempo se convertiría en “Malanga”. Bailando con un vaso de ron en la cabeza y seis botellas en el suelo que no tocaba durante sus evoluciones, se acompañaba para la percusión con cajones, y así formaba la rumba en cualquier lugar. Lo hizo famoso una letra señala que “Unión de Reyes llora / porque Malanga murió”. Lo envenenaron en una fiesta en la provincia de Camagüey y no se sabe con seguridad por qué motivo.

de zapatos y reparadores de calzado los había tanto que trabajaban en sus locales como callejeros. También existía una especie de reciclaje de botellas vacías (el *botellero*), que las cambiaba a los niños por globos o bien se llevaban a las *bodegas*. Ambulantes eran también quienes distribuían los billetes de la lotería nacional.

Para la venta de todos los efectos electrodomésticos, dos casas: White Westinghouse y General Electric; para otras marcas, representantes. Dos hoteles: Unión” y Louvre; y un hostel, el Machito, propiedad de Machito Guedes, primo de mí papá.

Las imprentas-papelerías La Central y El Relámpago, para comprar cartas, lápices, bolígrafos, pegamentos, papeles... Se publicaban dos semanarios: El Pueblo y La Hora.

De nuestro pueblo eran muchos de los trabajadores del ingenio Santo Domingo (fundado por Domingo Aldama a principios del siglo XIX en el entonces *partido* de Sabanilla, ya en aquella década dentro de nuestro municipio) y los del central Conchita (en Alacranes), los Talleres Perret y los de la fábrica de yeso situada en la calle San Carlos, cruzando la línea de ferrocarril que se dirigía al central Santo Domingo.

Entre los restaurantes, cafeterías y bares estaban: la *cantina* o cafetería de la estación de trenes; la cafetería del hotel Unión; el Bar Recreo de Alberto Delgado; el Topeka, de los hermanos Moisés y Eladio Silva; la Caficola, el bar de Bernardo Sosa; el de Los Periquitos; el Bar Manolo... La cafetería Oquendo, en el lugar desde donde salía la *guagua* para el central Conchita; La Reguladora; La Gaseosa... Fondas de comida casera como la de Vizcaíno. Alguna de estas cafeterías vendía manzanas acarameladas, y todas por supuesto helados, batidos de fruta, cafés.

Diferentes tiendas de ropa: las tres de los hermanos Hernández-Piloto: El Encanto, La Moratoria y Mi Tienda; Casa Pacho; La Francia, de Luis Díaz —donde trabajaba Polo, casado con la hermana mayor de mi tía Haydée, esposa de mi tío Armando Guedes—, en la que vendían una variedad de telas maravillosas... La mercería de Los Polacos (los dueños tenían ese origen); la Quincalla de Teté;

El Escándalo, la tienda de ropa que Tota Tello tenía en su propia casa; La Revoltosa, sastrería de Máximo Gutiérrez. La talabartería de Fata el Italiano; Los Mejías, para muebles...

Varios almacenes de refrescos, cervezas y maltas: los de la firma Cristal (su dueño, Elpidio Marrero); los de la Hatuey (su dueño, Enrique Toraño); y el de la Polar, de Marcos García.

Entre las varias peluquerías de caballeros (a las que en Cuba llaman *barberías*), mi padre y yo nos pelábamos con Paco, hijo del dueño Panchitín, que estaba situada en la calle Antonio Maceo, en los bajos del Hotel Louvre. Cuando yo era más pequeño, Paco iba a mi casa para cortarme el pelo: papi, para que yo estuviera tranquilo mientras me pelaban, me ponía en los labios pedacitos de hielo, una cosa que me encantaba. Cuando vivíamos en la calle San Carlos, casi frente a la casa había una peluquería de señoras, de una vecina nuestra: Niña Hiedra (su hija, amiga de mi hermana, se llama Sara), que en aquella época era donde iba mami. La barbería donde se cortaba el pelo mi primo Reinaldito era la de Fabián, que estaba situada en la esquina de mi casa, en calle General Betancourt y Antonio Maceo.

El cementerio, donde están enterrados los restos mortales de mis abuelos y algunos tíos. La Funeraria López, de los mismos dueños del cine-teatro. Tres bancos; un cuartel de bomberos; acueducto con su depósito o tanque de agua que se visualizaba desde la distancia; calles pavimentadas, electrificación y alcantarillado del pueblo. Había en Unión de Reyes una Cámara de Comercio y una Asociación de Colonos.

La estación de ferrocarril de Unión de Reyes era en ese tiempo importante: la situación geográfica del municipio, en el centro de la provincia, la convertían en un centro por donde pasaban trenes que iban para el occidente, hasta la capital de Cuba, La Habana, para la ciudad de Matanzas y para las zonas centrales y orientales de la isla. Esta estación con su cafetería, que era un lugar casi obli-

gado de paseo, tanto para recibir y despedir a los viajeros, como para verlos pasar, tenía también un almacén de mercancías. En la estación, podían estacionar al mismo tiempo hasta 15 trenes en paralelo.

El transporte por carretera no se quedaba atrás. Aparte de las *guaguas* de cada hora para el pueblo de Alacranes y el central Conchita, y las que iban al Santo Domingo, había autobuses con gran frecuencia para la ciudad de Matanzas, capital de la provincia, y para otros pueblos como Bolondrón y Pedro Betancourt, y las *guaguas* para ir hasta La Habana.

Otro lugar que fue reformado (prácticamente hecho de nuevo), por cierto durante la época en que mi tío Reinaldo fue alcalde, es el Paseo de Unión, que trató de imitar (salvando las distancias) el Paseo del Prado de La Habana, que a su vez es una imitación (con diferencias) del Paseo del Prado de Madrid. Comenzaba este Paseo en una intersección con la calle de salida hacia Sabanilla, Cidra y la ciudad de Matanzas y terminaba en la calle para salir hacia Alacranes, por la zona del cementerio.

Destacaba en Unión de Reyes el parque de La Libertad, donde íbamos a pasear los chicos y chicas con sus parejas o con los amigos. Y en el centro del parque, la iglesia católica de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, que en ese momento estaba atendida por los padres franciscanos (entre ellos Ángel Pérez del Palomar, el padre Pellejero y José María Martínez de Ilárduya, todos españoles). Muy cerca, a eso de una *cuadra* (una calle) de distancia, estaba la Iglesia Presbiteriana, muy parecida por fuera a las iglesias católicas de los pueblos. La patrona de Unión de Reyes es la Virgen de la Caridad del Cobre, la misma que en toda Cuba. El 8 de septiembre se celebra su fiesta con una procesión por todo el pueblo. Recuerdo haber participado en esas procesiones donde sacaban a la Virgen. Alrededor de ese día se celebraban las fiestas, para todo el pueblo, con verbenas, las más importantes en el parque. También se cele-

braba el Día del Unionense Ausente, por aquellos que se habían marchado del pueblo a vivir a otra parte. Muchos regresaban a Unión de Reyes para el día 8 de septiembre, para participar en las fiestas, buena parte de ellos por el tren a esa estación donde eran recibidos por familiares, amigos y coterráneos. También había templos para los bautistas y los testigos de Jehová. Los practicantes de las religiones afro-cubanas se saben no tienen templo específico, celebran sus ritos en casas particulares.

Había aún otro parque, el de La Bandera, donde íbamos a los actos estudiantiles y patrióticos. Antes de la nacionalización de los colegios y de la ideologización de la enseñanza, el día 24 de febrero, aniversario del llamado Grito de Baire, el levantamiento final contra España en 1895, que inició la Guerra de Independencia, era festivo. Participaba en la conmemoración la Banda de Música de la Escuela Superior, y los unionenses acompañaban al desfile la Banda hasta este parque. Después, con el comunismo, todo era muy

L Destacaba en Unión de Reyes el parque de La Libertad, donde íbamos a pasear los chicos y chicas con sus parejas o con los amigos. Y en el centro del parque, la iglesia católica de Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, que en ese momento estaba atendida por los padres franciscanos. Muy cerca, a eso de una *cuadra* (una calle) de distancia, estaba la Iglesia Presbiteriana, muy parecida por fuera a la anterior. La patrona de Unión de Reyes es la Virgen de la Caridad del Cobre, la misma que en toda Cuba. El 8 de septiembre se celebraba su fiesta con una procesión por todo el pueblo.

diferente: seguíamos yendo los estudiantes, pero el día ya no era festivo, faltaban la banda y toda vistosidad, y por supuesto se alargaron las consignas y los discursos políticos marxistas.

En Unión de Reyes, durante esta etapa de mis primeros siete años y medio, existían un Liceo y un Casino Español, sociedades para fiestas, reuniones de amigos, juegos de mesa y de billar, y celebraciones varias. También los residentes chinos que habían recalado allí huyendo del comunismo en su país, tenían su propio casino para sus actividades sociales. Otro liceo, conocido como La Sociedad La Unión agrupaba (y segregaba) a los ciudadanos negros. En el pueblo funcionaban tres logias fraternales: la Independent Order of Odd Fellows (a la que perteneció papi), que se encontraba en una de las esquinas de nuestra casa, en Antonio Maceo y General Betancourt; la logia masónica Víctor Hugo (a la que perteneció mi abuelo materno Rafael y mi tío materno Rafael, “Fito”); y la logia Orden Caballero de la Luz.

Teníamos un campo para los juegos de béisbol, una cancha de baloncesto y también un cuadrilátero para boxeo. En el terreno de la pelota se instalaban las carpas de los circos que nos visitaban. Existía una central telefónica, donde trabajaba mi tía política Claribel (aunque ella había estudiado para maestra): en esa época había que hacer la conexión entre las líneas a través de una operadora que estaba en la central telefónica. Ya este sistema estaba cayendo en desuso en Cuba, y se estaba evolucionando al enlace automático. La oficina de correos caía, por cierto, al lado de la casa de mis abuelos paternos, en la calle Union y el Ayuntamiento, frente a la iglesia católica y el parque principal.

Mi pueblo ha sido y es conocido en toda la isla, también gracias a José Rosario Oviedo, bailarín de rumba cubana que con el tiempo se convertiría en “Malanga”. Bailando con un vaso de ron en la cabeza y seis botellas en el suelo que no tocaba durante sus evoluciones, “Malanga” se acompañaba para la percusión con

cajones, y formaba la rumba en cualquier lugar. Lo hizo famoso una canción-rumba de la variante columbia (guaguancó), cuya letra señala, entre otras cosas, que “Unión de Reyes llora / porque Malanga murió”. Lo envenenaron en una fiesta en la provincia de Camagüey y no se sabe con seguridad por qué motivo.

Todo esto que he descrito sucedía en un pueblito que tenía alrededor de 6.900 habitantes, el segundo más pequeño de la provincia de Matanzas, en aquellos años 50 del siglo XX. Un lugar que vivía fundamentalmente de la industria azucarera, los Talleres Perret, la fábrica de yeso, el ferrocarril y los comercios. Un pueblo de los que nosotros los cubanos llamamos “pueblo de campo” tenía calles asfaltadas, luz eléctrica, alcantarillado, acueducto, estación de bomberos, ambulancia... Ya en los años 60, mientras aún vivía allí, fui testigo del comienzo de su destrucción progresiva: la desaparición de tantas cosas, la marcha al exilio de personas queridas y conocidas... En los 70 se instauró la involución total. En la actualidad, Unión de Reyes es un fantasma de lo que fue.

De Unión de Reyes tengo un resumen de datos históricos: el origen de su nombre y una copia impresa del escudo, que guardo en un álbum familiar. También poseo un texto que hice sobre mi pueblo, de toda esta etapa de los años 50, y que sirvió de Prólogo a un libro breve que recopila testimonios e historias personales: *Unión de Reyes: las crónicas del terror. Volumen I*, publicado a finales del año 2014 por el municipio de Unión de Reyes en el exilio. Este año se ha editado en Amazon el libro *Contigo en la Distancia. Unión de Reyes en los años 50s del siglo XX*, que he escrito con Julio Estorino.

Parte Segunda

Llegó el Comandante y mandó a parar

IO Escenario

El primero de enero de 1959 comienza una nueva etapa desoladora, trágica de la historia de Cuba, lo que se llama el “Triunfo de la Revolución”, que en realidad fue el comienzo de una dictadura totalitaria comunista.

Antes de continuar sobre la vivencia y el desastre del régimen comunista cubano es importante conocer la realidad socio-económica de Cuba en los años previos al régimen. Cuba era un país en despegue económico muy próximo al éxito de las sociedades desarrolladas. Otra cosa era su situación política, la corrupción y las desigualdades que existían, aunque en menor medida que la mayoría de naciones, no sólo de su entorno, sino también del resto del mundo. Por aquella dictadura de Batista, los abusos y corrupción, por todo ello la mayoría del pueblo apoyó a la llamada “Revolución cubana”.

Sobre la realidad de Cuba antes de la Revolución, hay resúmenes en mis trabajos *La Sanidad Silenciada* y *La Sanidad y sus contradicciones. Mito y realidad*. Y recomiendo tres libros, uno de ellos pequeño, donde se resume muy bien, de una manera sintética, la cronología de la historia de Cuba y los acontecimientos de la dictadura co-

munista. Conservo estos textos para que mis hijas y nietos puedan seguir esos acontecimientos fundamentales de la historia de una manera resumida. Ellos son: *El Sol tapado con un dedo*, fue editado por la Fundación Liberal José Martí en Madrid y coordinado por Carlos Alberto Montaner; *Cuba, cronología de cinco siglos de historia. Política y Cultura*, escrito por Leopoldo Fornés-Bonavía Dolz y editado por Verbum en Madrid; y *Cronología Histórica de Cuba (1492-2000)*, de Manuel Fernández Santalices. Los tres autores muy buenos amigos míos.

El primero de enero de 1959 comienza una nueva etapa desoladora, trágica de la historia de Cuba, lo que se llama el “Triunfo de la Revolución”, que en realidad fue el comienzo de una dictadura totalitaria comunista, que empezó precisamente ocultando la filiación comunista de sus principales dirigentes. O sea, engañando. Este período me “robó” el final de la niñez, la pubertad, adolescencia y juventud, hasta que salimos de Cuba. Un tiempo que nos ha marcado significativamente para siempre, por el sufrimiento, aunque a su vez nos ha servido para darnos cuenta, sin ninguna duda, de la estafa de las ideas comunistas.

Prometían acabar con la dictadura de Batista, con los robos de los políticos, mayor justicia, que se harían elecciones a los 18 meses del triunfo... Poco tiempo después, el dictador Fidel Castro dijo ya (en uno de esos larguísimos discursos de hasta ocho y nueve horas seguidas) aquello de “¿elecciones para qué?” (discurso del 1 de mayo de 1960) y, por supuesto, nunca bajo la dictadura comunista se han hecho elecciones libres, pluralistas y democráticas.

Fulgencio Batista se había presentado como candidato a las elecciones presidenciales del año 1952, pero, sin esperanza de ganarlas, se aseguró el poder con un golpe militar. Lo dio, junto con un grupo de oficiales sediciosos, en el mayor campamento de Cuba,

el Columbia de La Habana, y logró deponer al presidente electo Carlos Prío Socarras. El golpe obtuvo escasa resistencia. Batista ya había llegado al poder una primera vez, con otro golpe de Estado, en el año 1933. Después, con el rango de Coronel, mantuvo un control sobre los diferentes presidentes hasta 1940, cuando fue elegido Presidente de Cuba con una candidatura. Ese mismo año se aprobó una nueva Constitución para el país, considerada progresista para la época. Batista se mantuvo en el cargo hasta 1944. En su gobierno hubo comunistas sin cartera, como Carlos Rafael Rodríguez. Tras el fin de ese mandato vivió en Estados Unidos y regresó a la isla caribeña como candidato para las elecciones de 1952. Su origen era humilde y mulato (mestizo).

Fue una dictadura corrupta que robó y dejó robar, en la que el gobierno cometió unos centenares de asesinatos. La lucha contra Batista fue esencialmente obra del Partido Ortodoxo dirigido por

La resistencia en las ciudades y pueblos fue lo que realmente derrocó a Batista. No fueron la lucha en las montañas del Escambray –en el centro de Cuba, donde la lucha fue más feroz que en la Sierra Maestra–, ni en la Sierra Maestra –en la provincia de Oriente, donde estaba Fidel Castro– las que hicieron huir a Batista: el ejército de Batista no peleó, ni perdió, sino se desplomó. Hubo alzados en todas las provincias de Cuba, pero en las ciudades no solo había más riesgo, sino fue más efectiva la lucha. La propaganda del régimen cubano ha escrito otra historia falsa.

Eduardo Chibás, quien se suicidó pocos meses antes del golpe de 1952. Fidel Castro perteneció a este partido.

La lucha contra Batista fue principalmente llevada a cabo en los pueblos y ciudades. El total de muertos, desde 1952 al 1 de enero de 1959, fue un poco más de 2.700 (según Registro de la Memoria Cubana/Cuba Archive), aunque el régimen de Castro inventó la cifra de los 20.000. La resistencia cívica, los atentados, la hábil campaña propagandística del Movimiento 26 de Julio (M-26-7) principalmente por dirigentes como Frank País (joven cristiano, que integró la dirección del Movimiento en Oriente, y en 1956 fue designado Jefe de Acción y Sabotaje del M-26-7 en todo el país y que fue asesinado por la dictadura de Batista) y, entre otros movimientos, el Directorio Revolucionario dirigido por José Antonio Echeverría (joven católico, que murió asesinado por la dictadura de Batista). Esa resistencia en las ciudades y pueblos fue lo que realmente derrocó a Batista. No fueron la lucha en las montañas del Escambray –en el centro de Cuba, donde la lucha fue más feroz que en la Sierra Maestra– ni en la Sierra Maestra –en la provincia de Oriente, donde estaba Fidel Castro. No fueron estas luchas en las montañas las que hicieron huir a Batista: el ejército de Batista no peleó, ni perdió, sino se desplomó. Hubo alzados en todas las provincias de Cuba, pero en las ciudades no solo había más riesgo, sino fue más efectiva la lucha. La propaganda del régimen cubano ha escrito otra historia falsa.

El Movimiento 26 de Julio se llamó así por el fracasado intento de ataque al Cuartel Moncada en Santiago de Cuba, el 26 de julio de 1953. Los integrantes de este asalto salieron prácticamente todos de las bases del Partido Ortodoxo que había fundado Eduardo Chibás. El programa de los atacantes, básicamente, era de ideas reformistas –las del partido de Chibás, liberal y más o menos progresista. El Moncada fue una estupidez táctica. Hubo muchos muertos y heridos (por ambas partes), y detenidos. Los

que no murieron en el ataque al cuartel, fueron puestos prisioneros, entre ellos Fidel Castro y su hermano Raúl Castro. La vida de Fidel Castro fue protegida y salvada por Monseñor Enrique Pérez Serantes, Arzobispo de Santiago de Cuba, después del ataque al Cuartel Moncada, cuando lo estaba buscando el ejército de Batista.

Fidel y Raúl Castro, con el resto de los asaltantes detenidos, cumplieron solamente 22 meses de condena, pues fueron amnistiados en mayo de 1955. Estuvieron en la cárcel de Isla de Pinos, y ocurrió con ellos todo lo contrario de lo que haría después el régimen comunista que, por cosas mucho menores, fusiló miles de cubanos e hizo cumplir, a muchos, condenas de 20 y 30 años de cárcel.

Los amnistiados se exiliaron en Méjico y prepararon, con Fidel Castro a la cabeza, el desembarco del yate Granma en diciembre del año 1956. Fidel Castro, preparando el viaje a Cuba, conoció al “Che” (Ernesto Guevara), parece ser que a través del cubano comunista Níco López, y partieron juntos desde Méjico para Cuba. Este desembarco fue realmente un naufragio y otra estupidez táctica. No desembarcaron, sino naufragaron, y quedaron unos pocos sobrevivientes que marcharon después a la Sierra Maestra, en el Oriente de Cuba. Pero esto favoreció para crear el mito de Castro y la Revolución. Fidel Castro pudo y supo imponer su jerarquía a los otros grupos revolucionarios, manejó muy bien la propaganda y se fue deshaciendo de otros sectores de la oposición. Batista, con su apego al poder, ayudó a eliminar la vía de las elecciones que otros pedían para el país. Finalmente, parte de la prensa internacional (especialmente el New York Times) lo engrandeció, cayendo en el hábil engaño de Fidel Castro.

II El descenso

Estando aún en Santiago de Cuba, el 1 de enero de 1959, Fidel Castro manifiesta no desear el poder y añade: “Puedo asegurar que no tengo el propósito de posesionarme de él. Nosotros únicamente deseamos asegurar la libertad del pueblo”.

Para apoyar esta excusa, designa para el cargo de Presidente al Dr. Manuel Urrutia Lleó, mientras él “se contenta” con ser el jefe del ejército de Cuba. Ya en La Habana, el día 8 de enero, Castro dio, en el entonces campamento militar Columbia, su primer gran discurso, donde lanzó, entre otras, las consignas de “¿Armas para qué?” y “Elecciones en 18 meses”. En un discurso del primero de mayo de 1960, ya cambió la consigna a “¿Elecciones para qué?”

La llamada “Revolución cubana”, fue apoyada por la clase media y alta de Cuba con entusiasmo, con el compromiso de las personas, con propaganda y económicamente. La mayoría de la Iglesia Católica dio su apoyo (desde dinero, escondites... y participación de personas cristianas en la clandestinidad, e incluso en la lucha

armada). Dieron su apoyo los exiliados cubanos (unos miles), muchos gobiernos latinoamericanos y hasta el gobierno de EUA, que dejó de sostener a Batista en los últimos tiempos de esa dictadura. Por supuesto recibió la Revolución el respaldo de gran parte de la prensa internacional, especialmente de EUA.

Los que estaban en la Sierra Maestra, los del Escambray en la provincia de Las Villas, el primero de enero de 1959, después de la huida de Batista en la madrugada, venían en desfile hacia La Habana en sus tanques militares (tomados del ejército de Batista), en *carros* y *jeeps* (“yipis”), vestidos de verde olivo, con sus rosarios, medallas y collares en el cuello.

Fidel Castro salió de la provincia de Oriente el dos de enero de 1959 en un tanque militar y pasó por todas las provincias hasta llegar a La Habana, el ocho de enero, probablemente con dos objetivos: provocar el delirio con el baño de multitudes, y por otra parte garantizar la seguridad, que todo estaba bajo control y sin peligro. Fidel Castro llevaba en el pecho una medalla de la Virgen de la Caridad, patrona de Cuba. La entrada de Fidel Castro en la Habana forma parte de la mitología. El poder se construye también sobre la base de mitos que se van formando en torno a una figura que adquiere cada vez una mayor dimensión.

Estando aún en Santiago de Cuba, el 1 de enero de 1959, Fidel Castro manifiesta no desear el poder y añade: “Puedo asegurar que no tengo el propósito de posesionarme de él. Nosotros únicamente deseamos asegurar la libertad del pueblo”. Para apoyar esta excusa, antes de salir de Santiago de Cuba, ese primero de enero de 1959, Fidel Castro designa para el cargo de Presidente de Cuba al Dr. Manuel Urrutia Lleó, mientras él “se contenta” con ser el jefe del ejército de Cuba (el que controla las armas). Urrutia, un abogado que se encontraba entonces exiliado en Venezuela, regresa inmediatamente y toma posesión de la presidencia el 2 de enero de 1959.

Ya en La Habana, el día 8 de enero de 1959, Fidel Castro dio, en el entonces campamento militar Columbia, su primer gran discurso, donde lanzó, entre otras, sus consignas de “¿Armas para qué?” y “Elecciones en 18 meses”. Después, el país se convirtió en uno de los más militarizados del mundo, incluso con armas ofensivas e intervención en decenas de países del mundo (Yemen, Etiopía, Angola, etc.), que además suministraría entrenamiento, apoyo y refugio a guerrilleros y terroristas del mundo entero (de esto hablaré más adelante). En un discurso del primero de mayo de 1960, ya Fidel Castro cambió la consigna a “¿Elecciones para qué?”

Muchos cubanos, principalmente cubanas, decían que Fidel Castro era “como Jesucristo”, por su barba y su edad de 33 años. En la prensa cubana se calificó como “apóstoles” a los 12 sobrevivientes del desembarco del yate Granma. Desde los primeros momentos era crear el mito. La sociedad cubana fue permisiva, indolente, irresponsable, poco analítica en su mayoría, y aplaudió a ese régimen como focas amaestradas.

En las primeras horas del primero de enero de 1959, en todos los pueblos y ciudades, el control pasó a manos de todos los que militaban en los grupos que apoyaban clandestinamente a la Revolución,

Muchos cubanos decían que Fidel Castro era “como Jesucristo”, por su barba y su edad de 33 años. En la prensa se calificó como “apóstoles” a los 12 sobrevivientes del desembarco del yate Granma. Desde los primeros momentos el afán era crear el mito. La sociedad cubana fue permisiva, indolente, irresponsable, poco analítica en su mayoría, y aplaudió a ese régimen como focas amaestradas.

fundamentalmente los miembros del Movimiento 26 de Julio. Se desmovilizó el ejército y la policía de la República de Cuba, hubieran cometido o no sus miembros delitos con la anterior dictadura, y el control de cualquier fuerza armada pasó a manos del ejército revolucionario, bajo el pretexto que todo el anterior ejército y policía eran cómplices del dictador Batista. Muy pocos militares y policías de la República, en los primeros meses de la Revolución, fueron integrados en el nuevo ejército.

Entre las imágenes vivas que tengo del año de la caída (más bien huida) de Batista y triunfo de la Revolución, es que estábamos, como en todas las fiestas de Navidades y Año Nuevo, en casa de mis abuelos en Conchita. La mayoría de las personas apoyaba ese triunfo. Estaban muy entusiasmadas por la huida de Batista y por la nueva etapa que comenzaba: era todo un delirio, empezando por mis tíos. Pero no todos: mis padres y mi tía Nena y su esposo Reinaldo (recordemos, en ese momento el alcalde de Unión de Reyes) tenían sospechas que aquello era una farsa, una mentira y que era comunismo. Al poco tiempo la historia les dio la razón, aunque nunca se imaginaron la proporción del engaño y del sufrimiento que vendría.

La Noche Vieja en Cuba la celebrábamos comiendo las doce uvas y tomando sidra El Gaitero, al igual que en España... a pesar que las uvas eran de importación. Los mayores y jóvenes asistían esa noche a las sociedades (liceos, casinos, etc.), a los salones de baile de hoteles y otros sitios para despedir el año, con cenas, adornos, gorros, *matasuegras*, bailes. Esta celebración, como la de la Nochebuena, se mantuvo hasta que, en el año 1969, la dictadura las prohibió a ambas. Por supuesto, ya en los últimos años, cuando aún celebrábamos estas fiestas, no contábamos con las uvas, la sidra y otras muchas cosas.

Las fechas del 31 de diciembre y el primero de enero el régimen las convirtió en algo político: conmemoraban el “Triunfo de la

Revolución”. En la televisión, ya en manos del estado, se ponía el himno nacional y después el locutor Manolo Ortega –quien, cuando aún existía la TV privada en Cuba, presentaba el noticiero de la noche del canal CMQ con una copa de cerveza al lado de la marca Hatuey, que era la patrocinadora del noticiero– salía, con el nuevo régimen, leyendo unas palabras de contenido político en defensa del gobierno.

Recuerdo que mis tíos Ubaldo y Rafael (“Fito”) Sánchez, que pertenecían clandestinamente al Movimiento 26 de Julio, se convirtieron el 1º de enero de 1959. Ubaldo como el *comisionado* (jefe) del central Conchita y Fito hacía guardias para cuidar el puente que unía el pueblo de Alacranes con el central, donde pasaba un arroyo. Así ocurrió en todos los pueblos y ciudades: el ejército de Batista se desplomó, desapareció, y los que ocupaban los puestos de mando durante las primeras semanas y meses eran en su mayoría civiles, que no tenían experiencias militares, pero estaban muy fanatizados y creían en la “iluminación” del nuevo régimen. Fueron dirigidos por aquellos que integraron las guerrillas (unos centenares de personas). Así controlaban el poder desde un inicio. Por supuesto, una gran parte de los que ocuparon estas responsabilidades iniciales con el tiempo se desencantaron: muchos fueron puestos presos, otros fusilados, otros se marcharon del país. Pero la mayoría calló y se sometieron por miedo, aunque no simpatizaran ya. En este último estado quedó mi tío Fito, que pocos meses después ya “no estaba” con lo que se veía: que la Revolución era una dictadura comunista.

12

El huevo de la serpiente

■ Mi tío, a pesar de lo que estaba ocurriendo, le dice a mi padre en las primeras semanas de la Revolución: “¿Ñico, si estas gentes hacen política, participamos?” Mi padre le contestó a mi tío “Reynaldo, vamos a esperar, aunque yo creo que estos no van por la democracia”.

Con el pretexto de acabar con el juego y la prostitución en los burdeles, ya el 7 de enero de 1959 se comienza a limitar libertades. Con una agresividad irracional, centenares de cubanos se lanzan en las primeras horas de la Revolución a destruir los parquímetros para los *carros* (coches) en las ciudades, porque decían que era una explotación –sin tener en cuenta que el transporte en Cuba estaba muy desarrollado y había una enorme cantidad de coches, y que de alguna manera había que regular el *parqueo* (los aparcamientos) en las calles, tal como se hace en todas las grandes ciudades. Se implanta oficialmente la pena de muerte el 10 de enero de 1959 (legalizada cuatro días después) y se pone a funcionar a los “tribunales revolucionarios”, sin garantía alguna. Fidel Castro ordena depurar la Confederación de Trabajadores de Cuba.

Se nombra un gobierno (con Primer Ministro) de reconocido prestigio democrático. La mayoría de sus miembros, muy tempranamente, se dan cuenta de la estafa de Fidel Castro, Raúl Castro, Ernesto “Che” Guevara y otros, y sufren las consecuencias de su oposición al nuevo régimen. Se modifica la Constitución del año 1940, una de las más adelantadas de la época, y se delegan todos los poderes en el Consejo de Ministros.

Se confiscan muchas propiedades privadas por “delitos políticos”. Fidel Castro declara repetidamente no ser comunista. Una de las tantas veces, lo hizo el 16 de enero de 1959 ante la tumba del líder político ortodoxo Eduardo Chibás.

Mi tío político Reinaldo González Medina fue el último alcalde de mi pueblo Unión de Reyes antes del triunfo del nuevo régimen, y mi papá concejal. Por supuesto, ellos —y todos los alcaldes y concejales, estuvieran o no con la anterior dictadura de Batista— fueron destituidos *ipso facto* el mismo 1.º de enero de 1959. En el caso de mi tío y mi papá, no estaban con Batista. En los primeros días del triunfo de la Revolución mi tío Reinaldo se va para La Habana y así evitar ser visto en el pueblo y que no existiera la tentación de detenerlo. A mi tío, las nuevas autoridades le confiscan su automóvil desde los primeros días de enero, con la excusa que era del Ayuntamiento, cuando no era así, sino un coche particular. Lo pudo recuperar semanas después, tras muchas gestiones y comprobaciones de que él era el dueño del vehículo. La arbitrariedad y la inseguridad jurídica fueron lo normal desde las primeras horas, con la indolencia de la mayoría, que más tarde se iría arrepintiendo, progresivamente.

Mi tío, a pesar de lo que estaba ocurriendo, le dice a mi padre en las primeras semanas de la Revolución: “¿Ñico, si estas gentes hacen política, participamos?” Mi padre le contestó a mi tío “Reinaldo, vamos a esperar, aunque yo creo que estos no van por la democracia”.

A medida que las personas se daban cuenta que el régimen era un engaño y que se consolidaba en una dictadura comunista, comenzaban “el viraje”. En Cuba se usaba la expresión “le pisaron el callo” o “se viró” para aludir a los que dejaban de simpatizar con el nuevo régimen. Mi hermana, que era pequeña, cuando oía en la casa que tal persona o la otra “se viró” no entendía qué querían decir y pensaba, en su mente de niña, que la persona giraba su cuerpo: es decir, que la espalda pasaba para delante y la parte frontal para detrás. Lo confesó tiempo más tarde.

Mi tío Reinaldo encontró un trabajo en las oficinas del central Conchita, donde su papá Pablo González era el jefe de la carpintería. Aunque Pablo vivía en Unión de Reyes, con su esposa Angelina, con Reinaldo, mi tía Nena y mis primos —primero Reinaldito y después, cuando nacieron, los *jimaguas* (mellizos) Cristina y Jorge. Pablo trabajó allí hasta que se jubiló, por eso tenía una

A medida que las personas se daban cuenta que el régimen era un engaño y que se consolidaba en una dictadura comunista, comenzaban “el viraje”. En Cuba se usaba la expresión “le pisaron el callo” o “se viró” para aludir a los que dejaban de simpatizar con el nuevo régimen. Mi hermana, que era pequeña, cuando oía en la casa que tal persona o la otra “se viró” no entendía qué querían decir y pensaba, en su mente de niña, que la persona giraba su cuerpo: es decir, que la espalda pasaba para delante y la parte frontal para detrás. Lo confesó tiempo más tarde.

gran amistad con mi abuelo Rafael Sánchez, que era el jefe de locomotoras. Reinaldo siguió trabajando en Conchita después que nacionalizaron el central: tenía muy buena formación, magnífico carácter, se llevaba muy bien con todo el mundo y era muy querido. Dejó de trabajar allí cuando presentó la solicitud de salida de Cuba, en los llamados Vuelos de la Libertad (puente aéreo de Varadero a Miami), y tuvo que ir al campo de trabajos forzados hasta su salida definitiva del país, en julio de 1968. De estos vuelos y trabajos forzados hablaré extensamente más adelante.

Cuando falleció Pablo González en el año 1961, su entierro fue el que vi con mayor asistencia en el pueblo: varias calles llenas de personas. Por diferentes motivos: era muy buena persona, tenía buen carácter y era muy querido; además, por el cariño y el reconocimiento que se le tenía a su hijo Reinaldo, para la gran mayoría “el alcalde”.

Reinaldo fue un gran orador desde muy temprana edad, y especialmente mientras trabajó como alcalde de Unión de Reyes. Incluso después del nuevo régimen comunista, durante estas diferentes etapas de su vida en el pueblo, era la persona que más hacía despedidas de duelos por un fallecido. En Cuba está la costumbre que, en los cementerios, inmediatamente después del enterramiento del cadáver, alguien “despida el duelo”, diciendo algunas palabras sobre el fallecido, dirigidas no solo a la familia sino a todos los congregados allí. Esto es aparte del responso y/o misa que celebre un sacerdote o ministro de la palabra.

El 20 de enero de 1959, Fidel Castro dio un discurso largo —excesivamente largo, algo que adoptó como costumbre—, en el entonces Palacio Presidencial, para apoyar con un mitin masivo los juicios revolucionarios y las ejecuciones. Recuerdo que muchos de esos juicios eran televisados en Cuba, seguramente con el objetivo de dar escarmiento. Un espectáculo que, hay que decir claramente, la mayoría del pueblo cubano aplaudía y casi nadie en el mundo

Los juicios de La Habana se hicieron en el Palacio de los Deportes y, como he dicho, fueron televisados. Los jueces revolucionarios presentaban a los imputados ante una vociferante masa castrista que llenaba las gradas. Aquí tengo que manifestar el rechazo y la repugnancia que mi madre tenía por esos juicios y por la pena de muerte. Decía que “una Revolución que hablaba de justicia, igualdad, derechos humanos y democracia a la vez que comenzaba con esos juicios y fusilando masivamente, nada bueno era”.

condenaba, ni por la falta de garantías, ni por el hecho mismo de convertir tales actos en espectáculo. En mi memoria quedan algunos de esos juicios que vi por la TV cubana: parecían un circo romano, sin garantías y con el objetivo de atemorizar a la población. Casi observaba eso como películas de policías o del oeste: los canales de TV los ponían incluso antes de que fueran expropiados y pasaran a manos del estado. Hoy me pregunto cómo un niño de ocho o nueve años podía ver esas cosas. Por supuesto, mi madre no se enteraba, pero toda la TV estaba en eso, casi imposible no enterarse. Me pregunto cómo lo analizaba la mayoría de las personas adultas y cómo podían aprobar y aplaudir un espectáculo de esa naturaleza.

Los juicios de La Habana se hicieron en el Palacio de los Deportes y, como he dicho, fueron televisados. Los jueces revolucionarios presentaban a los imputados ante una vociferante masa castrista que llenaba las gradas. Aquí tengo que manifestar el rechazo y la repugnancia que mi madre tenía por esos juicios y por la pena de

muerte. Decía que “una Revolución que hablaba de justicia, igualdad, derechos humanos y democracia a la vez que comenzaba con esos juicios y fusilando masivamente, nada bueno era”. Siempre mami estuvo en contra de la pena de muerte en cualquier lugar, fue uno de los valores que me inculcó. Fue esta una de las razones por la que ella rechazó la Revolución.

El 30 de enero de 1959 se suspende el hábeas corpus (institución jurídica que evita los arrestos y detenciones arbitrarias) y las garantías constitucionales para los sometidos a juicios. Ya a finales de enero se calcula que alrededor de 500 cubanos habían sido fusilados, principalmente en la prisión de La Cabaña en La Habana, declarados culpables por los tribunales revolucionarios.

Se reorganizó la administración municipal y provincial supeditándolas al gobierno central, desde las primeras semanas del año 1959. El 16 de febrero de 1959, ya siendo no sólo el jefe de las Fuerzas Armadas sino también Primer Ministro —luego de que José Miró Cardona, quien había ocupado ese cargo nombrado por el Presidente Urrutia el 5 de enero de 1959, hubiera renunciado al mismo— Fidel Castro, con la anuencia del Presidente Manuel Urrutia Lleó, anunció la supresión del juego de la Lotería Nacional. Muchos cubanos han seguido jugando (ya ilegalmente) a una lotería que llaman en Cuba *la bolita* o *la charada*. Una lista o tabla que se compone con números consecutivos del 1 al 100, de los cuales los 36 primeros fueron tomados de la charada china o *chiffá*, mientras que los 64 restantes fueron creados, introducidos y enriquecidos por la imaginación y cultura popular a lo largo del tiempo, asociando a cada número un nombre. Por ejemplo, al número 1 le llaman “caballo”, al 2 “mariposa”, y así sucesivamente. A través de un verso publicado como adivinanza, los jugadores debían descubrir la figura a que se refería y así seleccionar el número correspondiente. A pesar de que tampoco se permite legalmente, hay muchísimos jugadores que se han guiado durante estos años por

los sorteos que escuchan de emisoras del extranjero, fundamentalmente las loterías de Venezuela y Miami.

Recuerdo la alegría de muchos porque en el mes de mayo de 1959 se había promulgado la Primera Ley de Reforma Agraria, donde expropiaban la tierra a los grandes latifundios de cubanos y norteamericanos. Se consideraban tales quienes eran dueños de más de 30 caballerías de tierra (unas 402 hectáreas). Hasta la Conferencia de Obispos cubanos apoyó la medida. Debo decir que no se compensó justamente a ningún dueño por estas expropiaciones, aunque así lo habían prometido. Crearon el 14 de mayo de 1959 el Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA), que comenzó a controlar todo lo relacionado con la tierra (propiedad, cultivo, etc.), y se convirtió en el administrador y dueño de casi toda la tierra y la agricultura, en nombre del aparato del estado. Ya el 2 de octubre de 1963 aprobaron una Segunda Ley de Reforma Agraria, con la que limitaban la posesión de tierras de 30 a 5 caballerías. Ahora el máximo de extensión de la tierra permitida eran 5 caballerías (unas 67 hectáreas). Tampoco a los nuevos expropiados, que ya fueron miles, se le indemnizó justamente.

Aquí ya muchos cubanos estaban en contra del régimen y se preocupaban por lo que estaba pasando. Pero era tarde: los controles y la propaganda eran casi totales. En Cuba, a los campesinos todos se les dice *guajiros*, sean propietarios o asalariados. Los *guajiros* iban cada vez más desmotivados, ya que sufrían la falta de estímulos, los controles, el desorden administrativo y los planes colectivos, cada vez más descabellados, para las granjas estatales.

Cubierto por el mito de la reforma agraria, de dos plumazos, uno en mayo de 1959 y otro en octubre de 1963, el castrismo hizo estatales 7.893.603 hectáreas, el 92,6% de la tierra agropecuaria y forestal de Cuba.

Las granjas colectivas estatales cubanas son improductivas, administradas generalmente por personas inexpertas e ideologizadas, miembros del PCC (Partido Comunista Cubano).

El pueblo uniformado

Para celebrar el llamado “triunfo de la revolución”, en la mayoría de las casas pusieron en las puertas un letrero en una especie de placa donde podía leerse: “Esta es tu casa Fidel”. Mayoritariamente el pueblo cubano aplaudió la Revolución de una manera irracional, porque ni se planteaban las aberraciones que ya hacía meses se venían cometiendo: los fusilamientos arbitrarios, las expropiaciones cada vez mayores, los controles progresivos de los medios de comunicación, la imposibilidad de la crítica a no ser que estuvieras dispuesto a ser marginado o acusado de simpatizar con la anterior dictadura.

La primera deserción de importancia del gobierno revolucionario fue la del comandante Pedro Luis Díaz Lanz, jefe de las Fuerzas Aéreas Revolucionarias (FAR). Renuncia al cargo y se exilia, alegando infiltración comunista en el Ejército Rebelde, el 29 de junio de 1959. Su actitud es condenada por el presidente Urrutia. No es creído por la inmensa mayoría del pueblo cubano ni por la opinión pública internacional. Sus razones no fueron prácticamente

ni tan siquiera escuchadas. Años después, trabajando en el sanatorio de los Hermanos de San Juan de Dios (de ello contaré más adelante), conocí al hermano de Pedro Luis Díaz Lanz, que estaba ingresado allí. Había estado preso unos años y a partir de ahí se desencadenó su enfermedad psiquiátrica. Lo habían detenido porque encontraron en su casa una proclama de Pedro Luis. Este había volado en una avioneta el 21 de octubre de 1959, y había lanzado sobre el territorio de la capital de Cuba su escrito denunciando la traición de la Revolución.

Menos de un mes después del exilio de Díaz Lanz, el 17 de julio de 1959, el Presidente Urrutia renunció a su cargo como presidente. Urrutia había criticado públicamente más de una vez a los comunistas y Fidel Castro, en una comparecencia en televisión, había anunciado el día antes, el 16 de julio, que “dejaba de ser Primer Ministro”. Cuando Urrutia renuncia el 17 de julio, forzado por la opinión ciega de las gentes y con presión de Fidel, en ese momento Castro retoma el cargo de Primer Ministro y nombra como Presidente de Cuba a Osvaldo Dorticós Torrado, un comunista (que en el año 1983 terminaría suicidándose). El Dr. Manuel Urrutia Lleó, al renunciar, tuvo que refugiarse en la embajada de Méjico, donde estuvo protegido durante dos años, hasta que el gobierno cubano autorizó un salvoconducto para que pudiera salir del país. El 20 de octubre de 1959 presentó su dimisión el comandante Huber Matos Benítez, jefe militar de la provincia de Camagüey, en protesta por la penetración comunista en el Ejército Rebelde. Fue arrestado y acusado de contrarrevolucionario.

Desde el inicio, existe ya un desprecio por el Derecho, una indiferencia generalizada del pueblo por lo que pasaba y en particular de gran parte de la intelectualidad y de la prensa ante las graves acusaciones de que la Revolución se desviaba hacia la dictadura comunista. Nadie escuchaba, nadie creía lo que estaba sucediendo y peor aún las consecuencias nefastas para el futuro. Mejor dicho, casi nadie quería creer, a pesar de estos avisos y otras muchas señales más.

El 26 de octubre de 1959, Fidel Castro, en uno de sus interminables discursos, crea las Milicias Nacionales Revolucionarias, integradas de personas de todas las profesiones. De aquí se nutre, en gran medida, el Ejército y el Ministerio del Interior. Constantemente las ponen a marchar por todas las calles de los pueblos y ciudades de Cuba, hacen preparación militar en cuarteles y campos... Las milicias son utilizadas para perseguir a toda persona que se enfrenta al régimen, sea en el campo, las montañas o las ciudades. Las integraban todo tipo de personas: en los primeros tiempos, da la impresión que la mayoría se creía la “borrachera” de la Revolución, o sea, eran simpatizantes... aunque había otros que, ante la presión o el miedo, formaban parte de ellas. Así, de una forma u otra, fueron comprometiéndose, incluso en las detenciones, los gritos de “paredón, paredón” y hasta las persecuciones, fusilamientos o asesinatos. En el año 1980, estas tropas civiles se convierten en las Milicias de Tropas Territoriales.

Mis padres nunca pertenecieron a la Milicias, como tampoco integraron, ni hicieron actividades, en los Comités de Defensa de la Revolución (CDR). Ellos nunca flaquearon, ni simulon, tampoco formaron parte de grupos en contra de la Revolución. Sabían los del gobierno y sus chivatos que ellos no simpatizaban, es decir, que eran “gusanos” (hablamos de esta palabra más adelante), pero no tuvieron grandes problemas por ello. Eso sí, tampoco aspiraban a un puesto destacado: mi padre mantuvo la *bodega* (ya muy mermada de productos) hasta que se la expropió el gobierno. Y mi madre fue maestra de primaria hasta que la expulsaron, por pedir salir del país.

A papi, que siempre padeció de gastritis y después de úlcera de estómago, en el año 1959 se le presentó un dolor tremendo en la “boca del estómago” (epigastrio) que resultó ser una úlcera gástrica perforada. Lo trasladaron de urgencia al Centro Médico de la ciudad de Matanzas, donde lo intervino el Dr. Jorge Salazar Silvestre,

magnífico cirujano. Recuerdo perfectamente cuando me llevaron de visita a ver a papi a la clínica: riéndose, me decía que “no había pasado nada” —yo en ese momento no era muy consciente de lo que estaba ocurriendo. Dejó de fumar por un tiempo, porque papi era fumador, de *tabacos* (puros) principalmente, aunque también a veces, por temporada, fumaba cigarros. Esto de no fumar duró pocos meses, porque después, desgraciadamente, volvió a fumar y durante el resto de su vida pasaba temporadas sin el hábito y otras que sí. En los últimos años de su vida ya no fumaba, pero el daño estaba hecho.

Como constantemente Fidel Castro y otros dirigentes estaban dando discursos y actos masivos en plazas, los convocaban por todos los medios, entre ellos en coches con altavoces (*bocinas* diríamos en Cuba). Yo, que todavía tenía de siete a ocho años y los Reyes me habían traído un cochecito de color rojo con pedales, salía por toda la acera, primero de la calle San Carlos y después en la casa de General Betancourt, anunciando los actos que se iban a celebrar y con la propaganda en papeles y en fotos que hacía el nuevo régimen. Los ponía en el cochecito y por toda la acera anunciaba el acto. Al fin y al cabo, imitaba toda aquella locura de propaganda y concentraciones. A mi tía abuela Josefina Guedes le preocupó que yo saliera por las aceras con el cochecito repitiendo los llamados y las consignas de la Revolución. Se lo dijo a papi y él a mí que no lo hiciera más.

El Centro Médico de Matanzas, del que nuestros padres eran socios, era una de las tantas clínicas mutualistas de Cuba. Cuando yo nací estaba situada en la calle Tello Lamar 29, esquina a calle Jovellanos –después la trasladaron a un edificio nuevo y mejor equipado, entre las calles Santa Isabel, Salamanca, América y Compostela. Mis padres pagaban todos los meses dos pesos y cincuenta centavos cubanos de aquel entonces (equivalentes a dos dólares y medio): con esto se cubrían todos los servicios de asistencias médica y quirúrgica, con los medicamentos, incluidos los ingresos. Si pagabas dos pesos, se cubría todo menos los medicamentos. Fue intervenida, al igual que todas las clínicas mutualistas, por el estado comunista, el 28 de diciembre de 1961.

Desde el primero de la Revolución, comienzan a bautizar cada uno de los años sucesivos con nombres alusivos a las acciones e ideas del régimen. 1959 pasó a ser el “Año de la Liberación”. Durante este primer año se restablece la pena de muerte, que estaba derogada en Cuba y así se pudo establecer una continuidad de fusilamientos todos los días. Se depura a muchos profesores de la Universidad y se convierte el arte en un arma política, creando, el 23 de marzo de 1959, el Instituto Cubano de Arte e Industria cinematográficos (ICAIC) y el 4 de enero de 1961, el Consejo Nacional de Cultura.

Como constantemente Fidel Castro y otros dirigentes estaban dando discursos y actos masivos en plazas, los convocaban por todos los medios, entre ellos en coches con altavoces (*bocinas* diríamos en Cuba). Yo, que todavía tenía de siete a ocho años y los Reyes me habían traído un cochecito de color rojo con pedales, salía por toda la acera, primero de la calle San Carlos y después en la casa de General Betancourt, anunciando los actos que se iban a celebrar y con la propaganda en papeles y en fotos que hacía el nuevo régimen. Los ponía en el cochecito y por toda la acera anunciaba el acto. Al fin y al cabo, imitaba toda aquella locura de pro-

paganda y concentraciones. A mi tía abuela Josefina Guedes le preocupó que yo saliera por las aceras con el cochecito y repitiendo los llamados y las consignas de la Revolución. Mi tía –que era soltera y hermana de mi abuelo Antonio, y siempre estuvo viviendo en casa de los abuelos hasta que se marchó de Cuba– se lo dijo a papi y él a mí que no lo hiciera más.

Una de esos actos masivos fue el del 26 de julio de 1959, para conmemorar el aniversario del ataque al Cuartel Moncada, en la Plaza Cívica José Martí (nombre que poco después Castro cambiaría por el de Plaza de la Revolución) de La Habana. Allí llevaron, desde todas las provincias –principalmente de las orientales: Oriente y Camagüey–, a cubanos en trenes y camiones repletos.

En mi memoria están las imágenes de aquellos hombres, muchos barbudos, sin bañarse, hambrientos, que atravesaban en trenes por mi pueblo, como si fueran ganado, y bajaban para comprar lo que sea. Se agolpaban en el mostrador de la *bodega* de mi papá, que no daba abasto con ellos, a pesar de que lo ayudaban varios clientes del pueblo voluntariamente y yo mismo. Así ocurrió en todos los comercios cercanos a las líneas del ferrocarril, y pasó durante los primeros meses y años de la Revolución infinidad de veces.

Otra de esas imágenes del principio de la Revolución es la desaparición del comandante Camilo Cienfuegos, el 25 de octubre de 1959, cuando regresaba a La Habana en un vuelo desde la provincia de Camagüey. Se me quedó grabado no sólo por el comentario de todo el mundo, la radio y la televisión, sino porque una joven que vivía cerca de nuestra casa de la calle San Carlos, ante un anuncio en falso de que había aparecido, dio un salto muy grande en medio de la calle, llevada por su alegría, y aquello me impresionó. Hoy sospechamos que en esa desaparición tuvo que ver el dictador Fidel Castro y su gente, ya que Camilo quizás era algo independiente y había celos hacia él, porque también arrastraba en las simpatías populares.

Durante la experiencia de los años vividos bajo ese régimen, hemos visto como los que se oponían, o hacían una simple crítica, eran apartados, detenidos, fusilados o, en el mejor de los casos, empujados al exilio. Parece ser, según declaraciones que hizo Huber Matos después de los 20 años en que estuvo preso y pudo salir de Cuba, que Camilo Cienfuegos, cuando fue a la provincia de Camagüey, por orden de Fidel Castro, para detenerlo, no se creyó que Huber estuviera conspirando y mucho menos hubiera una sublevación. Esto lo supo el comandante Matos por una conversación/discusión por teléfono que se produjo entre Camilo y Fidel, que él presenció.

Nos mudamos el 30 de diciembre de 1959 de la calle San Carlos, donde había vivido durante ocho años y tres meses. Dejé atrás esa casa alquilada, que era de ladrillos anchos y gruesos (*de cantos* decíamos en Cuba), con techo o *puntal* alto, con un portal al estilo de las casas de los pueblos, con sala, saleta, tres dormitorios, comedor, el baño y la cocina (al final, como hacían estas casas en aquel entonces), un patio de cemento y otro de tierra. Allí tuvimos cría de cerdos, gallinas, pajaritos y hasta dos perros, aunque no a la vez: primero uno grande que al nacer yo, mami quiso que papi

Desde el primero de la Revolución, comienzan a bautizar cada uno de los años sucesivos con nombres alusivos a las acciones e ideas del régimen. 1959 pasó a ser el “Año de la Liberación”. Durante este primer año se restablece la pena de muerte, que estaba derogada en Cuba y así se pudo organizar una continuidad de fusilamientos todos los días.

se lo llevara a la finca de mi abuelo y trajo después uno pequeño al que le pusimos Motica, porque tenía unos lunares blancos y negros en su pelo. Cuando mi hermana había nacido y estaba en su *corral* (parque), este perrito con su lengua gustaba de lamer la cara de la pequeña. Cuando mami lo sorprendió, le dijo a mi padre que inmediatamente se lo llevara a la finca de mi abuelo paterno. La nueva casa estaba situada en la calle General Betancourt 73 (antes llamada calle Rey), paralela a la calle Independencia, la principal del pueblo (antes llamada Asunción), entre las calles Antonio Maceo (antes Castillo) e Israel Cabrera (antes Unión). En esta última, al doblar de mi casa, vivían mis abuelos paternos. Nuestra casa estaba hecha en una parte de *cantos* y otra de madera. Tenía su portal, sala, saleta, dos dormitorios, comedor, cocina, baño y otro cuarto o dormitorio al final. Un patio de cemento y otro de tierra. En general era una vivienda algo más pequeña que la anterior, pero mucho más céntrica. También era alquilada: los dueños, la familia Álvarez, vivían en la esquina. Esto hasta que expropiaron las casas con la Ley de Reforma Urbana de octubre de 1960. Se pasó a pagar el alquiler al estado cubano, que se hace dueño de todas las viviendas expropiadas. Más adelante, la familia de Primitivo Álvarez se marchó del país. Tanto en la casa de la calle San Carlos como en la de General Betancourt, que tenían patio de tierra, había sembradas plantas y árboles (en Cuba llamábamos *matas* tanto a unas como a otros) de aguacate, de limón... A los que se sumaron, en General Betancourt, un árbol de la fruta mamoncillo y otro de chirimoya.

En ambas casas había en la sala, un cuadro grande del Sagrado Corazón de Jesús. La mayoría de los cubanos que eran al menos de tradición católica, consagraban sus casas al Sagrado Corazón como Señor del hogar y al mismo tiempo para bendecir a todos los que llegaban a ella. Siempre que entraba o salía de mi casa, invocaba al Corazón (Amor) de Jesús. Ya pasados pocos años del triunfo del nuevo régimen, muchas familias cubanas habían retirado, con cualquier otro símbolo religioso, al Sagrado Corazón de

las salas de las casas: no fue el caso de mis padres. La razón de ese ocultamiento de los signos religiosos fue fundamentalmente el miedo ante lo mal visto que estaba ser religioso. Esto trajo también la división en las familias: unos mantenían la fe y otros, al menos de cara al exterior, decían no creer. Incluso muchos se convirtieron en adversarios de la religión, contribuyendo a la marginación, discriminación, y a veces a la abierta persecución de las personas con creencias religiosas. Muchos fueron sustituyendo los signos religiosos por símbolos y fotos de los revolucionarios.

Como pensábamos mudarnos el 30 de diciembre, en mi casa de la calle San Carlos no se había puesto el árbol de Navidad. El mismo día que llegamos a la nueva casa en la calle General Betancourt le insistí a mi madre hacerlo. Como a ella lo del árbol le gustaba mucho, además de complacerme, se hizo el árbol y se puso el belén de cartón esa misma tarde del 30 de diciembre de 1959. Faltaba la celebración del Día de Reyes. Cuba era uno de los pocos países donde se celebraba el Día de Reyes, tradición española. Por supuesto, ese día en todas la Iglesias del mundo cristiano se celebra el día de la Epifanía, pero me refiero a la celebración no sólo en las iglesias, sino en las casas, calles, tiendas, con adornos y vacaciones escolares...

Frente a nuestra casa vivía Matilde Valladares, todo un personaje, una señora que tenía un trastorno mental. Se arreglaba muy bien y le gustaba pasear, pero fue perdiendo ese hábito hasta que casi no salía de su casa y finalmente se encerró allí con una cantidad enorme de gatos. Enterró algunos de ellos con arena dentro de su domicilio, en los salones. Siempre estaba enfadada con todos los niños y adolescentes que jugábamos en las aceras y la calle, porque no quería que lo hiciéramos. El gobierno la obligó a ir a una residencia de ancianos en los años 70, en contra de su voluntad. En parte lo hicieron por su estado de salud y el abandono en que vivía, en parte porque al régimen le interesaba coger su casa, que era grande. De hecho, pusieron allí las oficinas municipales de la organización gubernamental Federación de Mujeres Cubanas (FMC).

Para celebrar el llamado “triumfo de la revolución”, en la mayoría de las casas pusieron en las puertas un letrero impreso en una especie de placa donde podía leerse: “Esta es tu casa Fidel”. Mis padres y abuelos nunca autorizaron ponerlo, como tampoco adornaron los portales con banderitas y otras cosas para celebrar los aniversarios del triunfo de la Revolución u otras fechas del régimen, como sí hicieron durante los primeros tiempos la mayoría de las familias, bien porque simpatizaban o porque sucumbían a la presión del medio. Mayoritariamente, el pueblo cubano aplaudía la Revolución de una manera irracional. Ni se planteaban las aberraciones que ya hacía meses se venían cometiendo: los fusilamientos arbitrarios, las expropiaciones cada vez mayores, los controles progresivos de los medios de comunicación, la imposibilidad de la crítica a no ser que estuvieras dispuesto a ser marginado o acusado de estar con la anterior dictadura.

Mis padres nunca pertenecieron a la Milicias, como tampoco integraron, ni hicieron actividades, en los Comités de Defensa de la Revolución (CDR). Ellos nunca flaquearon, ni simulaban, aunque tampoco formaran parte de grupos en contra de la Revolución.

14 El “guerrillero heroico”

Recuerdo haber conocido personalmente a “Che” Guevara, en un viaje que hacía por la Isla. Paró para almorzar en Unión de Reyes, en una fonda (aún existían esos restaurantes pequeños de comida familiar: poco tiempo después esta, como prácticamente todo, fue expropiada). Se formó un revuelo y yo, como estaba cerca, lo pude ver: vestido con su traje militar verde olivo, con barba, fumando un tabaco (puro) y de aspecto algo asqueroso en cuanto a la higiene.

Fidel Castro, desde las primeras semanas del año 1959, designó como responsable de la prisión de La Cabaña en La Habana a Ernesto “Che” Guevara de la Serna. Allí este comandó, junto con Raúl Castro, el fusilamiento de centenares de cubanos, desde los primeros días de la Revolución. Aunque la mayoría de los prisioneros de los primeros meses habían tenido vínculos con el régimen de Batista —y algunos eran responsables de execrables crímenes—, luego se añadieron otras personas que, aunque hubieran incluso combatido contra Batista, cayeron presos por dudar, criticar o luchar

contra el régimen comunista que se avecinaba. De lo que no cabe duda es que todos los fusilados lo fueron sin las más mínimas garantías procesales, con terror y con gran rapidez. Pero, aunque la gran mayoría de los cubanos no se enteraban, o no querían enterarse, de alguna forma hubo una complicidad en todo ello, producto de las emociones irracionales del momento, la mentalidad de la época, las justificaciones, el miedo de algunos y la ingenuidad de todos. En definitiva, una barbaridad consentida.

Al Che Guevara se le pueden imputar, como ejecutor o responsable directo, durante la guerrilla en Sierra Maestra, ya antes del triunfo de la Revolución, unos 14 asesinatos y/o fusilamientos, tal como confiesa él mismo en sus diarios. En la provincia de Santa Clara, 23 asesinatos cometidos a traición, y 175 en la prisión de La Cabaña. Todos estos casos no ocurrieron en enfrentamientos armados. En una comparecencia por el canal 6 de la TV, en febrero de 1959, el Che declaró que “en La Cabaña todos los fusilamientos se hacen por órdenes expresas mías”. En la provincia de Oriente, ya desde las primeras horas del primero de enero de 1959, habían comenzado los fusilamientos. Hay algunos cálculos que afirman que, en los primeros años de la llamada Revolución, hubo cerca de unos cinco mil fusilados y/o asesinados por el régimen.

Recuerdo haber conocido personalmente a “Che” Guevara, en un viaje que hacía por la Isla. Paró para almorzar en Unión de Reyes, en una fonda (aún existían esos restaurantes pequeños de comida familiar: poco tiempo después como prácticamente todo, fue expropiada). Se formó un revuelo y yo, como estaba cerca, lo pude ver, vestido con su traje militar verde olivo, con barba, fumando un *tabaco* (puro) y de aspecto algo asqueroso en cuanto a la higiene. Otro momento que tengo presente, fue en uno de esas largas comparecencias de Fidel Castro (octubre 1967), anunciando la muerte de Guevara en Bolivia. Después en Cuba se publicó un *Diario del Che en Bolivia*. Sobre esto tengo una anécdota que contaré más adelante.

Ernesto Guevara ocupó diferentes cargos oficiales en Cuba: Presidente del Banco Nacional (la unidad de moneda cubana, los *pesos*, en billetes de papel, llevaban su firma); jefe de la Milicia; director del Instituto Nacional de Reforma Agraria (1959); ministro de Economía (1960) y, finalmente, ministro de Industria (1961). No tenía formación, ni capacidad, ni organización para ninguna de esas responsabilidades y, por supuesto, su ideología comunista y autoritarismo empeoraban aún más las cosas. En definitiva, sus gestiones fueron un verdadero desastre.

Claro, después que lo mataran en Bolivia se creó un mito de su persona. Desde declaraciones y adhesiones de muchos que no lo conocieron realmente, hasta las simbologías de su persona en camisetas, estatuas, llaveros, carteles, banderas... que se convirtieron en mercancías de “comercio capitalista”, algo muy contrario a lo que él defendía y representaba, y que combatió sin tregua. Algo contradictorio e inconcebible es el uso de la camiseta del “Che” por miembros de colectivos homosexuales y de algunos cristianos practicantes o miembros de grupos u organizaciones de la Iglesia, cuando Ernesto Guevara, en sus ideas, discursos, lenguaje y acción práctica, demostró un odio claro a los homosexuales y a los creyentes.

Una persona como el “Che”, que dijo:

¡El odio es el elemento central de nuestra lucha! El odio tan violento que impulsa al ser humano más allá de sus limitaciones naturales, convirtiéndolo en una máquina de matar violenta y de sangre fría. Nuestros soldados tienen que ser así.

Mensaje a la Organización de Solidaridad con los Pueblos de Asia, África y América Latina. Abril de 1967.

Una persona como el “Che”, que dijo, entre otras cosas:

¡El odio es el elemento central de nuestra lucha! El odio tan violento que impulsa al ser humano más allá de sus limitaciones naturales, convirtiéndolo en una máquina de matar violenta y de sangre fría. Nuestros soldados tienen que ser así.

Mensaje a la Organización de Solidaridad con los Pueblos de Asia, África y América Latina. Abril de 1967.

Fusilamientos sí. Hemos fusilado. Fusilamos y seguiremos fusilando mientras sea necesario

En la Asamblea General de las Naciones Unidas. 11 de diciembre de 1964.

Y, en alguna otra ocasión:

los negros, esos magníficos ejemplares de la raza africana que han mantenido su pureza racial gracias al poco apego que le tienen al baño, han visto invadidos sus reales por un nuevo ejemplar de esclavo: el portugués. El desprecio y la pobreza los une en la lucha cotidiana, pero el diferente modo de encarar la vida los separa completamente; el negro indolente y soñador, se gasta sus *pesitos* en cualquier frivolidad o en *pegar unos palos* (emborracharse), el europeo tiene una tradición de trabajo y de ahorro que lo persigue hasta este rincón de América y lo impulsa a progresar, aun independientemente de sus propias aspiraciones individuales.

Diario de viaje (con Alberto Granado). 1952.

De los homosexuales, exactamente igual que Fidel Castro, decía que eran unos “pervertidos sexuales”. (*Diarios de motocicleta*. Grupo Editorial Planeta. 3ª. edición argentina, 2005; pp. 203, 231).

Ernesto Guevara escribió también:

Tengo que confesarte, papá, que en ese momento descubrí que realmente me gusta matar.

Carta a su padre, febrero de 1957, refiriéndose a la ejecución del campesino Eutimio Guerra.

A los habitantes hay que cazarlos para poder hablar con ellos pues son como animalitos.

Anotación en el *Diario*... el 19 de junio de 1967, refiriéndose a los campesinos bolivianos.

Yo me quedé afuera con una negrita que me había levantado, Socorro, más puta que las gallinas, con 16 años a cuestas.

Otra vez: el diario inédito del segundo viaje por América Latina, 1953-1956.

Hay que acabar con todos los periódicos, pues no se puede hacer una revolución con libertad de prensa. Los periódicos son instrumentos de la oligarquía.

Frase recogida en el libro *Fidel y el Che*, de José Pardo Llada (1923-2009), periodista, político y ex revolucionario cubano. Acompañó a Guevara en sus viajes a Egipto y a la Unión Soviética.

Los trabajadores cubanos tienen que irse acostumbrando a vivir en un régimen de colectivismo y de ninguna manera pueden ir a la huelga.

Alocución televisiva del 26 de junio 1961, cuando era Ministro de Industria.

La indiada analfabeta de México.

Carta a Hilda Gadea.

Ernesto Guevara no sólo persiguió a quienes consideraba sus enemigos políticos con cárcel y fusilamientos, sino también a homosexuales, religiosos, etc. Tuvo un papel fundamental en la creación del primer campo de trabajos forzados en la península de Guanahacabibes, en el oeste de Cuba, que se puso en marcha a finales de 1960 para confinar a personas que no habían cometido delito sujeto a castigo por la ley –revolucionaria o de otro tipo– pero que aun así fueron reclusos en esos campos para “ser corregidos”, porque la “moral” que tenían no era acorde con “los principios de la Revolución”. El “Che” defendió dicha iniciativa con estas palabras:

Nosotros solamente enviamos a Guanahacabibes a aquellos casos dudosos de los que no estamos seguros que deban ser encarcelados.... Nosotros mandamos a Guanahacabibes a la gente que no debería ir a la cárcel, gente que ha cometido crímenes contra la moral revolucionaria, en mayor o menor grado.

Estos campos de Guanahacabibes fueron precursores de los que fueron después, a partir de finales de 1965, los campos de trabajos forzados de la Unidad Militar de Ayuda a la Producción (UMAP), que se establecieron principal pero no únicamente en la provincia de Camagüey.

La homofobia de “Che” se manifiesta en el cartel colocado a la entrada del campo de trabajos forzados donde confinaron a los homosexuales, donde se leía “El trabajo os hará hombres”. El lema era réplica de “El trabajo os hará libres”, utilizado en los campos de concentración nazis. Pretendía corregir el comportamiento homosexual aplicando castigos rigurosos, con el objeto de modificar dicha “desviación social” –en los comportamientos machistas, como ha sido siempre el de la “nomenclatura” militar cubana (y hitleriana), se supone que los homosexuales masculinos pierden todos su género: no son dignos de él.

En las décadas de los 80 y 90, este sistema extra judicial de confinamiento forzado, fue también aplicado a las víctimas de SIDA. Aunque se fuera solamente un portador, sin padecer la enfermedad, se los internaba y aislaba del resto de la población. Cuando los dejaban visitar a la familia, tenían que hacerlo acompañados por una persona designada por el régimen, usualmente un militante de la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC) o del Partido Comunista Cubano.

Ernesto Guevara no sólo persiguió a quienes consideraba sus enemigos políticos con cárcel y fusilamientos, sino también a homosexuales, religiosos, etc. Tuvo un papel fundamental en la creación del primer campo de trabajos forzados en la península de Guanahacabibes, en el oeste de Cuba, que se puso en marcha a finales de 1960 para confinar a personas que no habían cometido delito sujeto a castigo por la ley –revolucionaria o de otro tipo– pero que aun así fueron recluidas en esos campos para “ser corregidos”, porque la “moral” que tenían no era acorde con “los principios de la Revolución”.

15 Las fórmulas del discurso

El 5 de marzo de 1960 Castro acuña la frase que se transformó en la base de la “liturgia” política de su régimen: “¡Patria o Muerte!”. Una expresión que quedó completada tres meses después con la palabra “Venceremos”. Todos los discursos de Fidel Castro y de cualquier dirigente del gobierno, terminaban y terminan diciendo esas palabras. Siempre los gritos de la muerte, plagados con la connotación militar y de agresividad.

En el año 1960, el gobierno confiscó la mayoría de los periódicos. Antes de 1959, de 112 países analizados por Norton Ginsburg, Cuba ocupaba el rango 33, con una circulación diaria de 101 ejemplares de periódicos por cada mil habitantes. En Latinoamérica solamente Uruguay, Argentina y Panamá superaban a Cuba. Existía prensa escrita diaria de venta nacional como el Diario de la Marina, El Mundo, Prensa Libre, El País, Información, El Crisol, Hoy (de tendencia comunista). Revistas semanales como Bohemia o Carteles.

Más las por lo menos 270 estaciones de radio (tercer lugar de Latinoamérica) y la televisión, con un televisor por cada 25 habitantes, con varias estaciones, apartado en el que ocupábamos el primer lugar de Latinoamérica.

En el año 1960 expropiaron la banca. Se estatizaron industrias, centrales azucareros, fábricas, principalmente a partir del 13 de octubre de 1960, aunque antes muchas también habían pasado a manos del estado.

El 15 de octubre de 1960 se promulga la Ley de Reforma Urbana, que despoja de sus propiedades inmobiliarias a quienes posean más de una vivienda. La Ley fija indemnización, que en más de una ocasión no se llegó a cumplir; y a quienes se indemnizó no recibieron lo justo, ni remotamente. Por supuesto, los que se iban del país, los presos políticos, etc., no recibían ninguna compensación. A quienes vivían en esas casas de alquiler antes de la expropiación, la Ley establecía que deberían de pagar de ahora en adelante el alquiler al estado cubano. Estas expropiaciones fueron un factor más que contribuyó a que la falta de vivienda se agudizara: no había estímulo, ni posibilidades para la construcción de nuevas viviendas, ni libertad en el mercado. De la vivienda hablaré más tarde.

En los próximos meses comienzan a escasear los productos de consumo. Recuerdo que los clientes de la *bodega*, con la ingenuidad e ignorancia de la mayoría de los cubanos sobre lo que ya tenían encima, le decían a mi padre: “Ñico, cómo no traes los productos, por qué no le dices a los representantes o visitantes que te traigan productos”. Muchos llegaban a pensar que era un boicot, que los propios comerciantes le hacían al gobierno (quizás eran bulos que el propio régimen hacía circular).

La realidad era que ya la mayoría de la tierra estaba en manos del estado y se habían implantado las granjas colectivas: muchos trabajadores con experiencias no eran lo que se dedicaban a esos menesteres y los cultivos, la planificación, el transporte, etc. estaban

controlados por el gobierno. Los administrados estatales nombrados eran militantes del partido comunista, que no sabían nada de las cosas que administraban y estaban el día entero en reuniones, burócratas con su libreta debajo del brazo y su bolígrafo o lápiz. La industria, también en manos del estado, cada vez producía menos, no solo por la falta de materias primas (como decía y dice el régimen), sino también por la malísima planificación, falta de estímulos, carencia de competencia, en definitiva, por la administración comunista centralizada. Todo esto llevó y lleva a la escasez total.

Crearon, con las *colonias* o fincas que conservaban los pequeños agricultores, la ANAP (Asociación Nacional de Agricultores Pequeños), para fiscalizar todo lo relacionado con los pequeños agricultores. Controlaban qué hacían, les decían qué producir, qué vender y cuánto. Controlaban las herramientas a utilizar en el campo, los abonos (si los había). Decidían qué vender (a los almacenes del Estado básicamente): para ello crearon los Centros de acopio: los campesinos tenían que vender la mayor parte de su producción a estos almacenes del estado, con el precio que fijara el gobierno, bajo las condiciones que les dijeran; se podían quedar con una pequeña cantidad de los productos que cosecharan, siempre lo justificaran como consumo familiar. Es decir, entre las grandes granjas colectivas estatales administradas por el gobierno (generalmente con unos inexpertos políticos del partido comunista al frente), los planes generales disparatados de cultivo y de producción teledirigidos desde las más altas instancias, principalmente por Fidel Castro, más los pequeños campesinos que quedaban, pero a su vez estaban controlados por la ANAP y los “acopios”, se daban todas las condiciones para la total escasez, improductividad y mala calidad.

A principios de la década de los 60 mi tío Ubaldo se casa con Claribel Trujillo. Al tener el primer hijo, el primo Rafael Félix, mi tía Betty Sánchez va a su casa para ayudarles, porque ambos trabaja-

¿Cuándo mintió, al pueblo cubano y al mundo entero, Fidel Castro: cuando el 2 de diciembre de 1961, en una entrevista por televisión, dijo: “soy y he sido siempre marxista-leninista”, o cuando, el 15 de abril de 1959, declaró a los medios de prensa que “la Revolución es más verde que las palmas” y que “querían teñir de rojo a la Revolución”? Estas declaraciones las emite con pocos meses de diferencia entre sí, ya desde el comienzo del proceso. Sin que la mayoría del pueblo cubano, muchos intelectuales —y por supuesto el mundo— se escandalicen, ni se preocupen del camino comunista que va tomando la llamada Revolución cubana. No fue el comunismo una consecuencia, como después ha vendido el régimen —y ha comprado el mundo—, forzada por la postura de los EUA. Los hechos, la historia real nos dice que no: la perpetuación en el poder estaba planificada, a través de una dictadura comunista, por Fidel Castro, Raúl Castro, Ernesto Guevara...

ban: Claribel en la central telefónica de Unión de Reyes (aunque había estudiado como mamá, para maestra). Ellos fueron a vivir al principio en los altos del Cine López de Unión de Reyes, donde había apartamentos para vivienda y allí recuerdo a mi tía Betty sentada con su novio “Mongo” (su familia y él eran del pueblo de Bolondrón), que al poco tiempo cogieron preso por conspirar contra el comunismo; le dijo a mi tía que no lo visitara más en la cárcel, para que ella no sufriera, porque le habían impuesto una larga

condena. Pasados unos meses, las autoridades del gobierno le comunican a la familia de Mongo que se había ahorcado en la cárcel. Nunca se supo si fue eso verdad o lo mataron con torturas. Siempre existirá la duda, porque no enseñaron el cadáver a la familia, lo entregaron en una caja cerrada y así fue enterrado. Esto no era raro en las primeras décadas del régimen, le ocurrió a muchas familias. La oposición al régimen había comenzado ya desde los primeros días de la Revolución, aunque la mayoría de la población (y por supuesto el gobierno) consideraban a los primeros que se manifestaron en contra, opositores batistianos. Pero casi inmediatamente ya se unían a la oposición muchos que habían peleado en la sublevación revolucionaria y veían la traición que se estaba gestando para instaurar el comunismo. Mi tía Betty se casó años después con Miguel Mejías y de su unión nacieron los primos Miguel (“Miguelito”) y Ubaldo (“Ubaldito”).

El 5 de marzo de 1960 Castro acuña la frase que se transformó en la base de la “liturgia” política de su régimen: “¡Patria o Muerte!”. Una expresión que quedó completada tres meses después con la palabra “Venceremos”. Todos los discursos de Fidel Castro y de cualquier dirigente del gobierno, terminaban y terminan diciendo esas palabras. Siempre los gritos de la muerte, plagados con la connotación militar y de agresividad.

Desde los primeros tiempos de la Revolución, comienzan a dirigirse a todo el mundo con la palabra “compañero”. Casi desaparecen en el trato a las personas palabras como señoras, señores, señoritas, etc. Consideraban que eran palabras burguesas. Antes, entre compañeros de trabajo, como en el gremio de profesores, se decían compañeros; pero ahora, a todas las personas y en cualquier trabajo y lugar, las llaman así. Excepto a los que se iban del país, a los presos políticos o personas que consideraban enemigos: para estos se asignó el término “ciudadano”. El comunismo cambia hasta el lenguaje y el significado de muchas cosas.

Progresivamente fueron eliminando fechas festivas patrióticas o religiosas. Desaparece el 20 de mayo, como día en el que se conmemoraba el inicio de la República de Cuba en el año 1902. El 24 de febrero, día del Grito de Baire. Las fiestas religiosas –Semana Santa, Navidad, Reyes Magos y patronales– solamente se podían celebrar dentro de los templos.

Modifican el significado de la historia y hacen una relectura a partir de la visión marxista. Cambian el sentido del primero de enero, para conmemorar el Triunfo de la Revolución. Instauran fechas como el 19 de abril, Victoria de Playa Girón (contra la incursión en Bahía de Cochinos, en 1961)); el 26 de julio, en homenaje al Ataque al Cuartel Moncada; o el 8 de octubre, Aniversario de la muerte del “Che” Guevara.

Fidel Castro casi a diario hablaba en un mitin que se transmitía en directo por todas las emisoras de televisión y radio, aun cuando eran todavía de propiedad privadas. El 31 de marzo de 1960 fueron nacionalizadas todas las emisoras de televisión y radio. El estado creó El Frente Independiente de Emisoras Libres (FIEL), al frente del cual pusieron al periodista José Pardo Llada, que poco tiempo después desertó, en un viaje a Méjico.

El año 1961 fue proclamado por el gobierno como “Año de la Educación” y el primero de enero oficialmente comienza la Campaña Nacional de Alfabetización, que dieron por terminada el 22 de diciembre de 1961. Movilizaron no sólo a todos los profesores, sino a muchos otros para que enseñaran. Mi madre tuvo que ir también en horario de tarde a la escuela de Alacranes, donde impartía las clases regulares a los niños por las mañanas. En 12 meses proclamaron que se había erradicado el analfabetismo. En esa campaña el ingrediente principal era la propaganda y el adoctrinamiento, solo hay que pensar que en las cartillas de alfabetización se iden-

En realidad, cuando triunfó la Revolución cubana, del 80% al 85% de la población estaba alfabetizada: sólo del 15% al 20% era analfabeta, cuando en el mundo el promedio del analfabetismo en esa época estaba en torno al 40%.

tificaba la F con “el fusil de Fidel”, la CH con “Che” y la R con “Raúl”. Por otra parte, aunque ya al año informaron que no había quedado ningún analfabeto, todos conocíamos a alguien que aún no sabía leer ni escribir. Realmente muchos siguieron siendo analfabetos funcionales en la práctica.

En realidad, cuando triunfó la Revolución cubana, del 80% al 85% de la población estaba alfabetizada: sólo del 15% al 20% era analfabeta, cuando en el mundo el promedio del analfabetismo en esa época estaba en torno al 40%. Cuba, según el estudio de Ginsburg, ocupaba la posición 35 entre 136 países analizados. En América Latina solamente era superada por Argentina (85-90% de población alfabetizada) y Uruguay (80-85%). El dato es impresionante, si sabemos que, al terminar el régimen colonial español en 1898, solamente 28 de cada 100 cubanos sabían leer y escribir.

Más tarde, el propio gobierno reconoció que sólo habían quedado verdaderamente alfabetizados un poco más de 700.000 analfabetos, y que el resto, hasta completar el millón, había fracasado en los esfuerzos por adquirir algún nivel educativo. De todo esto se deduce que las mismas cifras dadas por el gobierno confirmaron que en Cuba, en realidad, había solamente alrededor de un 15% de analfabetos, ya que la campaña alcanzó sólo a un millón en una población que se estimaba entonces alrededor de los 7 millones de habitantes. De la educación hablaré más adelante, en más de una ocasión.

El 4 de enero de 1961 se publicó una ley para poder fusilar en 72 horas, aunque en la práctica ya lo llevaban haciendo desde el principio. En un régimen como el comunista, la vida del que se enfrenta al gobierno o simplemente disiente corre un grave peligro. En Cuba se violan la dignidad y en general los Derechos Humanos, y hay que pensar que ese gobierno es signatario (firmante) de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Todo esto nos producía y nos produce tristeza, indignación y al mismo tiempo temor por las consecuencias y el daño antropológico que ha hecho y hace a nuestro pueblo.

El 15 de abril de 1961 se proclama oficialmente el carácter socialista (comunista) de la Revolución. Esto ya venía correspondiendo con la práctica desde los primeros tiempos y había sido denunciado por dirigentes de la propia Revolución como el Primer Ministro José Miró Cardona, el comandante Pedro Luis Díaz Lanz (jefe de las Fuerzas Aéreas Revolucionarias), el Presidente Urrutia, o el comandante Huber Matos.

Y como si todo esto fuera poco, el 2 de diciembre de 1961 Fidel Castro, en una entrevista por televisión, va y espeta que él “es y ha sido siempre marxista-leninista”, contradiciendo sus propias palabras y promesas cuando había afirmado antes, en repetidas ocasiones, lo contrario: que “no era comunista”. Por ejemplo: el 16 de enero de 1959, ante la tumba del líder ortodoxo Eduardo Chibás; el 23 de enero de 1959, en Caracas, Venezuela; el 15 de abril 1959, mientras estaba de viaje en EUA, cuando aseguró que “la Revolución es humanista, no comunista”.

¿Cuándo mintió, al pueblo y al mundo, Fidel Castro: cuando, el 2 de diciembre de 1961, en una entrevista por televisión, dijo que “soy y he sido siempre marxista-leninista”, o cuando, el 15 de abril de 1959, declaró a los medios de prensa que “la Revolución es más

verde que las palmas” y que “querían teñir de rojo a la Revolución”? Todos estas declaraciones las emite con pocos meses de diferencia entre sí, ya desde el comienzo del proceso, sin que la mayoría del pueblo cubano, muchos intelectuales –y por supuesto el mundo– se escandalicen, ni se preocupen del camino comunista que va tomando la llamada Revolución cubana. No fue el comunismo una consecuencia, como después ha vendido el régimen –y ha comprado el mundo–, forzada por la postura de los EUA. Los hechos, la historia real nos dice que no: la perpetuación en el poder estaba planificada, a través de una dictadura comunista, por Fidel Castro, Raúl Castro, Ernesto Guevara...

En el año 1961 tengo muy vivas las imágenes de los cubanos (se calcula que unos 250.000) que cogieron presos por la fracasada invasión de Bahía de Cochinos, en abril –esto fue un antecedente de lo que años después, en 1973, hizo en Chile el dictador Augusto Pinochet. Y que los cubanos contrarios a la dictadura comunista, tantos los que vivíamos en Cuba como los del exilio, responsabilizamos de ese fracaso al presidente Kennedy, por no apoyar claramente a los cubanos que iban en esa invasión. Esa tibieza de EUA hizo, a su vez, que el gobierno cubano se sintiera libre para efectuar detenciones masivas, como “medida preventiva”, sin consecuencias internacionales para el régimen: al contrario, favoreció a la dictadura para afirmar su imagen de “pequeño David” enfrentado al “gigante Goliath”, y ha dejado se perpetúe más de 60 años ya, con su secuela de miles de fusilados, desaparecidos, presos, exilio e involución en todos los sectores del país.

Era el mes de abril de 1961. Con mis nueve años de edad, recuerdo el miedo en las caras y las conversaciones de mis padres y algunos familiares y amigos: estaban cogiendo presos a muchos y los internaban provisionalmente en estadios y teatros. Entre los detenidos, dos tíos míos (“Rafita” Rafael Guedes y “Quique” Enrique Guedes, hermanos de mi papá). Los internaron varios días en el estadio de béisbol del pueblo de Pedro Betancourt, a unos kilómetros de Unión de Reyes, en unas condiciones infrahumanas. No se conocía el motivo en los primeros momentos. Después se comenzó a saber que eran “medidas preventivas”, ya que se avecinaba una invasión, la que luego fue llamada “de Bahía de Cochino” o “Playa Girón”, que comenzó con el desembarco el 17 de abril de 1961 de centenares de cubanos exiliados, después de recibir entrenamiento en Guatemala y Nicaragua, con el objetivo de derrocar a la que ya era evidente dictadura comunista. Hasta que no derrotaron a estos invasores, mataron a algunos y detuvieron a más dos mil que habían llegado por barcos, muchos civiles estuvieron presos. Incluso fueron amenazados que serían eliminados con explosivos o tiroteados si la Invasión tenía cierto éxito. Se ha sabido que el cálculo de los detenidos de esa forma en aquellos momentos fue de unos 250.000 cubanos en todo el país, encerrados en estadios deportivos y otros centros. Además de los miles de presos políticos que había en ese momento en las cárceles cubanas. Esto fue un antecedente de lo que años después hizo en Chile el dictador Augusto Pinochet: la diferencia está en que el mundo conoce mucho más lo que sucedió en Chile en el año 1973 que lo ocurrido en Cuba en abril 1961. Estos tíos míos, precisamente habían sido, dentro de la familia Guedes, de los que más apoyaron a la Revolución cubana contra Batista, principalmente “Rafita”.

En el año 1961 tengo muy vivas las imágenes de los cubanos que cogieron presos por la fracasada invasión de Bahía de Cochinos, en abril. Y que los cubanos contrarios de la dictadura comunista,

tantos los que vivíamos en Cuba como los del exilio, responsabilizamos de ese fracaso al presidente Kennedy, por no apoyar claramente a los cubanos que iban en esa invasión, que querían crear en territorio cubano una “cabeza de playa” que provocara el inicio de un cambio de régimen, con el apoyo de los muchos opositores de dentro del país. Esa tibieza de EUA hizo, a su vez, que el gobierno cubano se sintiera libre para detener a miles de cubanos internamente como “medida preventiva”, sin consecuencias internacionales para el régimen. Por el contrario, todo esto favoreció a la dictadura para afirmar su imagen. Tanto dentro de la Isla como hacia afuera crearon la propaganda de ser víctimas y, a la vez, una Revolución victoriosa contra lo que llaman “imperialismo yanqui”, buscando la simpatía hacia lo que presentaron como un pequeño David enfrentándose a un feroz Goliat. Ese fracaso ha llevado aparejado que la dictadura comunista dure más de 60 años ya, con su secuela de miles de fusilados, desaparecidos, presos, exilio e involución en todos los sectores del país.

Desgraciadamente aún en aquel entonces una parte sustancial del pueblo cubano apoyaba ciegamente ese régimen. Muchos de los que después fueron a las cárceles, perdieron la vida en el mar tratando de escapar o como fusilados... Otros simplemente, cuando pudieron, se marcharon de Cuba o se quedaron sin remedio en el país y hoy están fallecidos o han envejecido sin esperanza y con

Años después, Lourdes me contó cómo —en los días de la Invasión de Playa Girón— ella, sus hermanos y algunos primos, como vivían cerca de Bahía de Cochinos, cuando sentían los aviones pasar se metían debajo de una mesa por si caían bombas. Formaba parte casi de “un juego de niños”.

miles de penurias y de sufrimientos. Finalmente, la mayoría de los detenidos que vinieron en la invasión de Bahía de Cochinos fueron canjeados a los EUA, en diciembre del año 1962, por medicamentos y alimentos, como parte del desenlace de la Crisis de los Misiles (de esto hablaré más adelante), canje que efectuó Fidel Castro con un doble objetivo: humillación y propaganda.

Entre las anécdotas está una de Lourdes. Años después me contó cómo —en los días de la Invasión de Playa Girón— ella, sus hermanos y algunos primos, como vivían cerca de Bahía de Cochinos, cuando sentían los aviones pasar se metían debajo de una mesa por si caían bombas. Formaba parte casi de “un juego de niños”.

Mi tío Rafa, a las pocas semanas de haber sido puesto en libertad del internamiento en el estadio, luego del fracaso de la invasión de Bahía de Cochinos o Playa Girón y después, preparó su salida del país junto a su esposa, tía Luly Fernández, y su hijo “Rafita”, todavía muy pequeño. Más tarde, en Miami, tuvieron otra hija, mi prima Evelyn, la única de todos los primos que nació fuera de Cuba. Mi tío se aterrorizó de lo que le podía pasar más adelante porque, sin hacer nada, ya lo habían metido preso y amenazado de muerte. En mis recuerdos está la imagen de mi tío Rafa, en su furgoneta del reparto de las galletas Siré que aún conservaba (el *carro* se lo quedó el gobierno, sin que pudiera venderlo o dejarlo a familiares). Lo veo dirigiéndose a mi casa y a la de mis abuelos, que estaba situada al doblar de mi calle. Al verme en la calle, paró la furgoneta y me dio una caja con un *quiquirito*, (un gallo pequeño que no crece y que es muy bonito): era de su hijo “Rafita” y me lo regaló. A partir de ahí crié varios *quiquiritos*, y también gallinas y gallos, en el patio de tierra de mi casa.

La salida de Rafa de Cuba hacia EUA, fue la primera de una serie de partidas de familiares de los Guedes. La última noche normal-

mente la pasaban en casa de mis abuelos, por dos razones: una, porque las casas de los que salían de Cuba eran decomisadas por el gobierno, con todo lo que tenían dentro (más adelante relato experiencias personales y familiares sobre ello); la otra, que dormían en casa de mis abuelos paternos las últimas 24 horas de estancia en Unión de Reyes, para compartir con ellos. Se salía para La Habana desde allí.

Esas despedidas eran terribles, llenas de sufrimiento y lágrimas, con abrazos y besos. No se sabía cuándo se volverían a ver... Y, efectivamente, mis abuelos en los años que vivieron nunca más vieron ni a Rafa ni a su familia. Tampoco a los otros hijos ni a los nietos de los que se exiliaron después. Mis abuelos no tenían teléfono en su casa y por tanto las llamadas desde EUA eran esporádicas y a casa de un vecino, Carlos Toraño, ex dueño (hasta que lo

La salida de mi tío Rafa hacia EUA fue la primera de una serie de partidas de familiares de los Guedes. La última noche estancia en Unión de Reyes la pasaban en casa de mis abuelos, por dos razones: una, porque las casas de los que salían de Cuba eran decomisadas por el gobierno, con todo lo que tenían dentro; la otra, para compartir con ellos. Se salía para La Habana desde allí.

Esas despedidas eran terribles, llenas de sufrimiento y lágrimas, con abrazos y besos. No se sabía cuándo se volverían a ver... Y, efectivamente, mis abuelos, en los años que vivieron, nunca más vieron ni a Rafa ni a su familia. Tampoco a los otros hijos ni a los nietos de los que se exiliaron después.

expropió la dictadura comunista) de los almacenes del refresco Ironbeer. Las cartas, en el mejor de los casos, tardaban un mes desde EUA. Era una época que no había internet, Skype, video-llamadas, correos electrónicos y ninguna de las tecnologías de hoy. Es más, cuando escribo esta memoria, aún en Cuba está muy limitado el uso de todas estas herramientas contemporáneas, bien porque no las hay o son muy escasas y además son censuradas por el gobierno.

Semanas después le tocó la salida a mi tío Gonzalo, que era soltero y trabajaba con Rafa en la distribución de productos Siré. Rafa llevó a Gonzalo a EUA. Una de las últimas imágenes en Cuba de Gonzalo que recuerdo, es comiendo juntos en el comedor de mis abuelos. Él comía ávidamente las galleticas o *chicharritas* de plátano verde, que le gustaban, como me gustan a mí. Aún vivía con mis abuelos. La casa de los abuelos paternos era una casa grande de *cantos*, de techo o puntal alto, un portal largo (con su banco para sentarse y la baranda con su puertecita, como todos los portales de Cuba de los pueblos), con sala, saleta, tres dormitorios grandes, comedor, cocina, un baño al final de la casa, un patio de suelo de cemento, con tres *canteros* (espacios de jardín) para sembrar flores, que a mi abuela le encantaban. A mi abuela todos sus hijos le decían “mamaíta”.

El pueblo adoctrinado

La dictadura comunista, desde el comienzo, acabó con los modelos educativos heredados de los más destacados maestros educadores del siglo XIX. Eliminó lo creativo, lo original, lo diverso, la libertad de cátedra y de enseñanza en la educación.

El 6 de junio de 1961 publican y hacen efectiva la nacionalización de todos los centros de enseñanza, fueran religiosos o no. Todos quedaron en manos del estado y la educación dirigida por el régimen “revolucionario”. Cientos de religiosas y religiosos se vieron forzados, en horas, a salir del país, porque ya no tenían ni literalmente lugar donde vivir, además del terror que sufrían. Muchos superiores de las órdenes religiosas, que estaban fuera de Cuba, temiendo que sucediera como en España antes y durante la Guerra Civil y en países del Este de Europa, donde fusilaron a muchos religiosos, dieron órdenes a los religiosos de salir de Cuba. Fidel Castro fue más astuto que en aquellos otros lugares y corrigió un poco su política. En la mayoría de los casos, empujó a los religiosos a marcharse por sí mismos, tendiéndoles un puente de plata. Así se quitaba un problema de arriba y no tenía que luchar con la ima-

gen de que fusilaba o ponía prisioneros a centenares de religiosos. Por supuesto, la nacionalización-expropiación de los colegios, incluyendo las Universidades, no sólo se hizo a los de la Iglesia, sino a los de cualquier origen o dueño, y sin compensación alguna. Comienza así una etapa de ideologización marxista de la educación: control del estudiantado, adoctrinamiento, eliminación de valores tradicionales, de efemérides patrióticas, de fiestas religiosas, erradicación de todo signo que no sean los comunistas. Empieza un período, que aún dura, de uso sistemático de la educación como propaganda.

El régimen comunista acabó con los modelos educativos heredados de los más destacados maestros educadores del siglo XIX: el filósofo José de la Luz y Caballero; el historiador y periodista Antonio Bachiller y Morales; el sacerdote, escritor, filósofo y político Félix Varela, quien tuvo un importante desempeño en la vida intelectual, política y religiosa en Cuba en la primera mitad del siglo XIX y es considerado uno de los forjadores de la nación cubana; el escritor, filósofo, pedagogo, militar y político Enrique José Varona, cuyas obras y pensamiento quedarán como lo mejor en el ámbito filosófico y pedagógico del continente americano en toda la primera mitad del siglo XX... Además de tantos otros pensadores y pedagogos.

La dictadura comunista elimina desde el comienzo de la década de 1960 lo creativo, lo original, lo diverso, la libertad de cátedra y de enseñanza en la educación. Comenzaron con la formación de los maestros *makarenkos*, según el estilo del pedagogo ruso Antón Semiónovich Makarenko. Los primeros graduados lo fueron en el año 1963, con una especie de formación para creer no para formar. Los *makarenkos* fueron incondicionales al sistema cubano.

Pero la generación de profesores y maestros aún más ideologizada y peor preparados se ha venido produciendo en décadas posteriores. La dictadura ha estado, desde los primeros momentos, analizando y purgando a los profesores que no estuvieran “integrados” en el régimen, que no respondieran a los patrones oficiales, porque

el sistema político concibe la educación como adoctrinamiento y patrimonio del estado. La patria potestad (el derecho de los padres a decidir la educación y formación de sus hijos) se pierde en un régimen comunista, porque hay un solo modelo de escuela que ejerce un adoctrinamiento sistemático. La falsedad del gobierno llega hasta los límites de purgar y/o castigar de algún modo a los profesores que suspenden a muchos estudiantes: el sistema vive obsesionado con la imagen y las falsas estadísticas, con exportar su modelo como el “mejor” del mundo, como si todos aprendieran, estudiaran y sacaran las mejores notas. La mentira de “la perfección”.

En mi caso, por la edad, gracias a Dios, pude recibir formación en primaria y gran parte de la enseñanza secundaria por profesores que habían estudiado en modelos educativos de gran prestigio y que ellos a su vez eran personas no ideologizadas o lo estaban en menor medida, no fanática. Ya en parte de los profesores que tuve en Secundaria, Bachillerato y la Universidad, existía el adoctrinamiento (o al menos fingían que “creían” en el sistema) y, por supuesto, tenían la obligación de enseñar el enfoque político y filosófico oficial del comunismo en cualquier asignatura que impartieran. Pero en general, como habían sido formados antes del actual régimen, o muy al principio de su inicio (como los médicos profesores que tuve en la carrera de Medicina) eran de la antigua escuela, con gran influencia norteamericana: aunque no se habían ido del país (por decisión o porque no hubieran podido hacerlo), algunos no habían sido purgados.

En Cuba, antes de la Revolución, –según estudio del Dr. Leví Marrero, el notable geógrafo e historiador– funcionaban 30.000 aulas primarias con más de 34.000 maestros. La matrícula ascendía a 1.300.000 alumnos. La educación privada (laica y religiosa) tenía más de 1.000 escuelas, que servían a más de 200.000 estudiantes, bajo la orientación oficial del Estado.

Existían en Cuba, antes de 1959, escuelas públicas de formación profesional y técnica. Como las Normales de Maestros (fundadas en 1915); la Normal de *kindergarten* (preescolar); el Instituto Nacional de Educación Física; la Escuela de Artes y Oficios; Centros Tecnológicos... Escuelas de Periodismo, de Artes Plásticas, de Comercio; escuelas Técnicas Industriales; escuela de Aeronáutica... Universidades en las provincias de La Habana, Las Villas y Oriente.

Escuelas y universidades privadas, en diferentes ciudades del país, como las de los Hermanos Maristas, las de La Salle, las de los Escolapios, las Ursulinas, el colegio La Inmaculada (de las Hijas de la Caridad) y el de las Dominicas Francesas. El colegio Belén, de los Jesuitas (donde estudió el Bachillerato Fidel Castro). El Instituto Edison, las Escuelas Baldor... y un largo etc. Los *Lyceum* y los Ateneos para la enseñanza y la cultura. Las universidades de Villanueva (católica), la Central de Las Villas, la Universidad Social Católica San Juan Bautista, la Universidad José Martí...

Algunas de las escuelas privadas de Cuba estaban completamente dedicadas a brindar enseñanza gratuita a los estudiantes pobres, y en casi todas las demás existía una apropiada cantidad de becas y medias becas para los alumnos cuya economía no les permitía pagar su matrícula (ya fuera en todo o en parte). En ninguna de ellas se discriminaba a ningún estudiante por razones de raza, posición social, religión u otro motivo.

Desde 1940 todos los maestros cubanos, en el nivel primario y de secundaria, poseían títulos de normalista o universitarios. Era el único país de Latinoamérica que había alcanzado ese logro.

La calidad de los textos cubanos solía ser alta. En 1959 Cuba exportó libros de texto por valor de 10 millones de dólares. Según el Anuario Estadístico de las Naciones Unidas de 1959, Cuba, junto con Argentina, Uruguay y Méjico, ocupaba los primeros lugares de Latinoamérica con 3,8 universitarios por cada 1.000 habitantes. Es cierto que existían algunos males de la educación en Cuba antes de la Revolución. En la educación pública primaria, la concentra-

ción de las escuelas en las áreas urbanas y alguna administración irregular de fondos. A pesar de que, en 1958, según un informe de la UNESCO, Cuba era el primer país latinoamericano en cuanto al por ciento del total de presupuesto nacional que se dedicaba a la educación, es preciso señalar que estos fondos no siempre se aplicaban a resolver los problemas de la enseñanza, ya que muchas veces eran objeto de despilfarro y malversación. La necesidad de mejorar esto no justificaba el control férreo y la ideologización de la educación.

El 26 de julio de 1961, año que bautizaron como “Año de la Educación”, el gobierno comunista cubano creó también unas Organizaciones Revolucionarias Integrales (ORI), con el propósito de aglutinar (y por tanto controlar aún más) a todas las organizaciones revolucionarias –como el Movimiento 26 de julio y el Directorio Revolucionario– y a los viejos comunistas (que antes de la Revolución estaban afiliados en el Partido Socialista Popular). Había una canción que cantaban en todos los pueblos de Cuba y tenía el estribillo “la ORI, la ORI es la candela”. Y así era, porque controlaba políticamente todo: fue el embrión del futuro Partido Comunista cubano. Por cierto, antes de la Revolución, Fidel Castro, que había militado en el partido Ortodoxo que dirigía Eduardo Chibás, ya había roto formalmente con esa organización, en enero de 1956, declarando que “el Movimiento 26 de julio es la única oposición real a la dictadura de Batista”.

El 5 de agosto de 1961, un día laborable, hacen un cambio de la moneda en Cuba y bloquean todas las cuentas bancarias. Solamente se podía cambiar hasta 400 pesos. El peso cubano, hasta ese momento, tenía una equivalencia con el dólar de uno a uno aproximadamente: es decir, un peso era igual a un dólar. Con este cambio por un nuevo peso que no tiene valor internacional, ahogaban aún más la economía y al ciudadano cubano. La nueva mo-

neda, fabricada en la antigua Checoslovaquia, fue la firmada por Ernesto Guevara, “Che”. Era también un paso más de control de la economía y de los cubanos por parte del régimen comunista. Después de presionar y purgar a los sindicatos independientes de Cuba, proclaman por ley un sindicato único, la Central de Trabajadores de Cuba (CTC), el 16 de agosto de 1961, para acabar de consumir y legalizar los controles a los trabajadores. Se termina definitivamente en Cuba la posibilidad de hacer huelgas y de crear sindicatos independientes y libres.

El 17 de septiembre de 1961, expulsan de Cuba, a bordo de la nave española Covadonga, a decenas de religiosos, incluido el Obispo Auxiliar de La Habana, Eduardo Boza Masvidal. Durante las semanas previas y un tiempo después, en las Iglesias provocaban disturbios, actos de repudio (el aquí llamado *escrache*), en los que increpan a los sacerdotes de “falangistas”, aunque la inmensa mayoría ni lo eran, ni tenían nada que ver con ello, es más, muchos sacerdotes y religiosos apoyaron a la Revolución. La Iglesia perdió la mayoría de las capillas de los centrales azucareros, cuando los nacionalizaron. Una de las pocas capillas que se conservaron fue la del central Conchita, donde vivían mis abuelos maternos. A partir de esta época las procesiones no se podían hacer. Las Iglesias (fundamentalmente la católica, mayoritaria en Cuba) habían perdido a centenares de pastores, de religiosos y religiosas, los medios de comunicación, los colegios y muchos laicos que se estaban marchando del país, más otros muchos que los tenían presos y después el miedo de ir a la Iglesia de la inmensa mayoría de la población... Y estamos hablando del año 1961, es decir, a los dos años escasos del triunfo de la Revolución, lo que provocó todo ello una merma enorme de la práctica religiosa.

Se extiende el rumor de una posible ley que prive a los padres de la patria potestad para los niños entre los 5 y 16 años. Esto provoca

un éxodo masivo de familias enteras y de niños menores, saliendo solos sin su familia, lo que se conoce por la Operación (o Éxodo) Peter Pan, básicamente entre el 26 de diciembre de 1960 y 23 de octubre de 1963. La “operación” fue diseñada para transportar a los niños de padres cubanos preocupados, que temían la ideología comunista del gobierno cubano y que conocían lo sucedido con los “niños de Rusia” enviados por la Segunda República Española a la Unión Soviética. Fue coordinada esta emigración por la Iglesia católica de EUA: salieron más de 14,000 niños. De lo que se sabe poco es que muchos niños también emigraron a España, en esa época y años después, principalmente entre 1966 y 1970. De estos grupos formaron parte mi primo Reinaldito y mi amigo Alex Medina. A mí la dictadura me prohibió la salida durante aquella época, por eso no estuve en esa emigración. La mayoría de ellos tardaron años en reencontrarse con sus padres (o familia inmediata) de nuevo: otros jamás volvieron a verles.

En el curso escolar del año 1961-1962, mi hermana comienza su primer grado de primaria, también con mami, en el colegio de Alacranes Emilio Sorondo. Evita continuó cursando segundo y tercero de primaria en ese mismo colegio, hasta que mami fue a trabajar a Unión de Reyes.

Mi hermana era muy buena estudiante: sacaba magníficas notas y, en segundo y tercero, fue el número uno de su clase. En un año le quitan ese puesto, para no darle de premio una bicicleta: a última hora cambiaron el letrero con su nombre que ya estaba puesto en la bicicleta. Al año siguiente mami le pide a una compañera, profesora de Evita, que le baje unas décimas la nota, para que no se ganara un viaje a la República de Checoslovaquia —así se llamaba en la época del socialismo o comunismo en el Este de Europa, a la nación que fusionaba Chequia y Eslovaquia. Mis padres no querían que fuera allá porque era un país comunista, factor que agravaría el peligro que hiciera un viaje tan largo siendo

Entre los ocho y diez años viví, en medio de esta etapa del régimen comunista (la llamada “Revolución cubana”) de los primeros años, un tiempo delirante y arbitrario donde la mayoría de la prensa aplaudía: la nacional, todavía privada antes de la intervención, y los medios de comunicación extranjeros. La gran mayoría del pueblo aprobaba todo lo que ocurría y un Consejo de Ministros, integrado por personas demócratas, aprobaba leyes o decretos con la conformidad —o incluso siguiendo las órdenes— de Fidel Castro. Existía la complicidad de la intelectualidad, los artistas, profesionales, obreros, campesinos... Todo se justificaba en aras de la Revolución y de los nuevos tiempos. Muy pocos cubanos recelaban o estaban en contra, al menos públicamente, entre otros motivos porque temían que fueran tachados de batis-tianos (afines a la anterior dictadura de Fulgencio Batista), porque “los revolucionarios” acusaban de eso a todos los que se les oponían.

tan pequeña, con personas ajenas y del gobierno. En estos primeros años, en algunos colegios dieron premios a los niños, principalmente viajes a países comunistas de Europa. Eso se acabó rápidamente.

Entre los ocho y diez años viví, en medio de esta etapa del régimen comunista (la llamada “Revolución cubana”) de los primeros años, un tiempo delirante y arbitrario donde la mayoría de la prensa

aplaudía: la nacional, todavía privada antes de la intervención, y los medios de comunicación extranjeros. La gran mayoría del pueblo aprobaba todo lo que ocurría y un Consejo de Ministros, integrado por personas demócratas, aprobaba leyes o decretos con la conformidad –o incluso siguiendo las órdenes– de Fidel Castro. Existía la complicidad de la intelectualidad, los artistas, profesionales, obreros, campesinos... Todo se justificaba en aras de la Revolución y de los nuevos tiempos. Muy pocos cubanos recelaban o estaban en contra, al menos públicamente, entre otros motivos porque temían que fueran tachados de *batistianos* (afines a la anterior dictadura de Fulgencio Batista), porque “los revolucionarios” acusaban de eso a todos los que se les oponían. Hay que pensar que, sólo en el primer mes de la Revolución (enero de 1959) y, según un resumen rápido, se puede decir que: se suspenden garantías; se hacen discursos larguísimos (de seis u ocho horas, la marca de Fidel Castro), intimidatorios y estúpidos. Desde esas tribunas irracionales era donde realmente se trazaba la política, el rumbo del país, no desde un consejo de Ministros, con discusiones serias y documentadas. Desde los primeros días de la Revolución se controla el ejército y la policía; se atacan las propiedades sin dar garantías. Se grita en todas las plazas de Cuba, y frente a muchas casas: “paredón, paredón”; se hacen juicios sumarísimos y efectivamente se fusila a miles, con espectáculo televisivo incluido. Se calcula que la dictadura comunista había fusilado ya, a finales del año 1961, a unas 4.000 personas. A mi favor tenía que mis padres analizaban y veían que aquella Revolución era una estafa y un peligro, y eso me ayudó desde el primer momento a poder captar muchas cosas que otros no percibían... o quizá, viviendo en esa vorágine, no lo querían ver y se engañaban a sí mismos.

Espero que mis hijas y nietos aprendan esta lección de los falsos mesías, de los que quieren acabar con todo lo anterior en aras de los “nuevos tiempos”. Los pueblos muchas veces son ciegos y tam-

bién se equivocan, no sólo en Cuba: en la Europa civilizada y culta, durante el siglo XX, surgieron el comunismo, el fascismo, el nazismo, con sus millones de muertos y cautivos en los campos de concentración nazis y comunistas; se sufrieron dos guerras mundiales y, a principios de este siglo XXI, el surgimiento de populismos que son totalitarios. Siempre en el contexto de las diferentes crisis (políticas, económicas, de corrupción, etc.) como en Cuba (en este caso con la corrupción y la crisis política, no la económica), pero contando con la ceguera, la ignorancia, la irracionalidad, la ira, la “enfermedad de corazón y mente” de muchas personas. Y la desidia o indolencia de otros muchos.

E Espero que mis hijas y nietos aprendan esta lección de los falsos mesías, de los que quieren acabar con todo lo anterior en aras de los “nuevos tiempos”. Los pueblos muchas veces son ciegos y también se equivocan, no sólo en Cuba: en la Europa civilizada y culta, durante el siglo XX, surgieron el comunismo, el fascismo, el nazismo; se sufrieron dos guerras mundiales y, a principios de este siglo XXI, surgen populismos que son totalitarios. Siempre en el contexto de las diferentes crisis (políticas, económicas, de corrupción...), pero contando con la ceguera, la ignorancia, la irracionalidad, la ira, la “enfermedad de corazón y mente” de muchas personas. Y la desidia o indolencia de otros muchos.

A cada cual según lo que haya

Durante más de medio siglo, todos los cubanos han recibido, con la libreta de abastecimiento, su “cuota de colas” (la mayoría de las veces de varias horas y hasta de días enteros). A correr a la *bodega* cuando llegaba la cuota de 12 onzas (unos 340 gramos) de chícharos (guisantes secos) para una familia, para todo el mes.

En marzo de 1962 el régimen cubano anuncia el establecimiento del sistema de racionamiento en el país: nacía la *libreta de abastecimiento*, que desde entonces acompañaría a los cubanos hasta el día de hoy. Fue en una época en que no había casi nada o escaseaba prácticamente todo, inclusive los productos agrícolas de cosecha en Cuba. La excusa del régimen cubano fue que era necesario y provocado por las sanciones de los EUA. Así todos tendrían garantizado lo necesario o imprescindible, en distribución equitativa. Pero las dos cosas eran falsas. Por un lado, la causa real de la falta de todo fue y sigue siendo, un régimen sin libertades en ningún campo, lo minuciosamente ineficaz que es el sistema comunista

para producir (como lo demuestra su fracaso en todos los países del mundo donde se ha intentado aplicar), la socialización (colectivización) de toda la economía y sociedad, la falta de estímulos, la burocratización, la dirección política/económica/social ineficaz y los planes disparatados del gobierno. Por otra parte, tampoco el objetivo de que tuvieran lo necesario se ha cumplido, porque con los productos que da “el derecho” a comprar la *libreta de abastecimiento*, en la *bodega* o en las tiendas de ropa, no pueden vivir los cubanos. La *libreta* (cartilla) de racionamiento puede ser lo más justo del mundo, que lo que haya se reparta entre todos, como en momentos de crisis (la Europa de la guerra y la posguerra, los naufragos de un barco); sólo que una crisis no puede durar indefinidamente sin que se cuestione la capacidad de los responsables de gestionarla. En este caso, el gobierno cubano.

Con la *libreta* nació la Oficina de Control de Distribución de Alimentos (OFICODA): ni la KGB (policía secreta) soviética hubiera podido imaginar el alcance represivo que significarían la OFICODA y la *libreta de abastecimiento* (los cubanos la conocen como la *libreta de racionamiento* o simplemente la *libreta*). Con ella se controla cada ciudadano, cada familia: dónde viven, qué comen, cuántos son. A cada “núcleo familiar” sólo le corresponde comprar en una *única* tienda de comestibles. Te pueden retirar la *libreta* si te trasladas temporalmente a otro sitio o, de lo contrario, tienes que pedir el traslado, aunque fuera durante los días de vacaciones, para poder tener derecho de compra en el destino (si no, cómo comías tú o la familia en el tiempo que pasabas de vacaciones con ellos). Por supuesto, si estás preso o te marchas del país, pierdes el derecho de poseerla: tu familia no puede disponer de la cuota que te correspondería si estabas ausente una temporada larga, a no ser que estuvieras en una “misión internacionalista” del régimen.

Durante más de medio siglo, todos los cubanos han recibido, con este método, su “cuota de colas” (la mayoría de las veces de varias horas y hasta de días enteros). A correr a la *bodega* cuando llegaba la cuota de 12 onzas (unos 340 gramos) de chícharos (guisantes secos)

para una familia para todo el mes. O cuando llegaban a la farmacia las compresas de mujer para su menstruación (en Cuba son conocidas por su marca, *Íntimas*). Los recién nacidos tenían derecho a comprar *por la libreta* una cuota de café y todos los mayores de 17 años una de cigarrillos: aunque no fumaran, ni tomaran café. Las raciones de azúcar, arroz, café, aceite, huevos, frijoles... son cantidades magras que no alcanzan ni remotamente para cubrir la dieta de un mes. Por poner un simple ejemplo, si había 1.000 cartillas de racionamiento inscritas en una *bodega*, quizás traían para vender “por la *libreta*” 100 botes de mayonesa: por tanto, muchas familias se quedaban sin poder comprar en ese período de tiempo. Así podemos decir que pasaba con las patatas, arroz, frijoles... Lo que daban *derecho a* comprar (no *te lo dan*, no te lo regalan) de comestibles y productos higiénicos no alcanzaba ni para medio mes. En esa *libreta* iban anotando los productos que hubiera disponibles –dentro de los que te tocaran en ese mes– y llegabas a adquirir. Recordar que podías comprar en *una sola bodega* (tienda de comestibles o de alimentación): la que te correspondía por estar cercana a tu domicilio. Recuerdo una anécdota de mi tía política Nila Core: cuando le vendieron la ración de arroz que le tocaba, alzó la bolsita y le dijo a mi tía Nena: “mira, para el quiquirito” (recordar, el gallito pequeño). Nena replicó: “ay Nila, por Dios, baja la voz... La tía Nila, caray”.

Las cubanas que trabajaban fuera de casa tenían derecho a comprar antes que las mujeres que no trabajaba fuera de casa o antes que los hombres, aunque estos trabajasen. Si había mujeres que no trabajaran fuera de casa comprando en la bodega, y en ese momento llegaba una mujer trabajadora, aunque hubiera llegado después, tenía derecho de comprar antes. Pensar que, si había pocas unidades de uno o varios productos, se podían acabar en esa ocasión, antes que llegara tu turno según la cola. Esto lo promocionó el gobierno como “el plan *jaba*” (bolsa), que era destinado a “la mujer trabajadora”, que así se etiquetó a la que trabajaba fuera de casa.

La *libreta* tiene validez anual –como hemos señalado, ha sido prorrogada perpetuamente–: contiene una página para cada mes y se asigna por grupo familiar. Al comienzo aparecen los nombres, apellidos, edad... de los inscritos en la vivienda, y si alguno tiene necesidades médicas que su dieta deba cubrir –esto ha de ser cumplimentado con un certificado médico, debidamente aprobado y constatado en las OFICODAS, las oficinas que controlan y regula la comercialización y venta de alimentos, también para estos casos.

El racionamiento con la *libreta* llegó también a las pastelerías que, como todos los establecimientos comerciales, pasaron a manos del estado cubano. Muchos de estos sitios, así como *bodegas* y otros tipos de tiendas, desaparecieron: se redujo enormemente el número y, en los que quedaron abiertos, por supuesto, la cantidad de productos y su calidad. Contaré después cómo hasta los *cakes* (tartas) de cumpleaños o de bodas, y los refrescos o cervezas para estas ocasiones, también las teníamos racionadas y controladas sus ventas. Como también mencioné anteriormente, llegó el racionamiento y la *libreta* a los juguetes de los niños, cuando los había y con sus correspondientes colas.

La *libreta de abastecimiento* también se usaba para los productos de ropa y los efectos eléctricos (si los había, aunque para ellos imponían otros requisitos particulares, que comentaré más adelante). Con relación a la ropa, se podía comprar en cualquier tienda de tu municipio o ciudad, pero a través de una serie de cupones, muy complicados de entender hasta para los que la vivimos. Por ejemplo: un cupón podía ser para un calzoncillo y al mismo tiempo una camiseta; o para pantalón o camisa... y así para infinitudes de prendas. Si lo utilizaba para comprar el calzoncillo, ya no tenías derecho para la camiseta, y así. La cartilla tenía los cupones A1, A2, A3, B1, B2, B3, C1, C2, C3... para la ropa. Siempre con la condición de si había el producto y, por supuesto siempre para comprar había colas de horas o días. Luego quizás no te tocaba el producto,

porque ya habías utilizado el cupón para otra cosa; por eso los cubanos, de *juego* (guasa) le llamaban el “plan Camarioca: hay, pero no te toca” o el “plan Escambray: te toca, pero no hay”.

Cuando la libreta se renovaba cada año, muchas veces los cupones quedaban sin usar, porque bien nunca hubo el producto anunciado, bien el que había no te servía o bien no lo alcanzabas. Habría que decir que nos teníamos que olvidar de la variedad, gustos, color, modas, etc.

También existía la planificación por parte del Estado cubano de que, en determinados días de la semana, le tocaba comprar solamente a “la mujer trabajadora” y otros días de la semana, de lo que sobraba, si es que quedaba el producto o tu talla, le tocaba comprar a las mujeres que no trabajaban fuera de casa. Para las madres embarazadas, se añadía a la libreta de racionamiento la Canastilla Prenatal, para regular los productos que encuentres y que puedas comprar: aquí, como en todos los casos, hay escasez, nula variedad, falta de calidad y el acompañamiento siempre presente de colas.

Con relación a los efectos eléctricos (lavadora, ventilador, televisor, radio, refrigerador, etc.) no sólo se distribuían “por la *libreta*” y podrías comprar alguno cada año, como la ropa, sino que, dentro de la libreta, se asignaban a los “trabajadores vanguardias” (según el régimen, los que cumplían las metas no sólo de su trabajo remunerado, sino también de los que llamaban “trabajos productivos” o “voluntarios”; asistían a los actos políticos y pertenecían a las organizaciones como el Comité de Defensa de la Revolución, la Federación de Mujeres Cubanas, etc.). La elección de los “trabajadores vanguardias” se realizaba normalmente en los centros de trabajo, con la presencia y la aprobación de la Administración (representante del estado cubano), del sindicato único (y por tanto vertical y obediente) y del *núcleo* o miembros del Partido Comunista que había en todos los centros. Si sobraba algún artículo, después

El sometimiento, el control por la falta de todo, el estar resolviendo el día entero, dedicar horas y horas cada día a conseguir alimentos o satisfacer una necesidad básica, el estar de un lado para otro con la *jabita* (bolsa) debajo del brazo... Todo eso hace que el cubano, normalmente, no pueda pensar en casi nada más. Estás sometido a un Estado que controla tus necesidades elementales y, por tanto, puede marcar todos tus movimientos. No podrás dedicarte a otros menesteres si pasas el día agotado tratando de sobrevivir. En definitiva, es un medio eficaz de represión y control de la vida del ciudadano normal, además de la demostración palpable del fracaso absoluto de un sistema para generar riqueza a su pueblo. O sea, lo minuciosamente ineficaz que es el comunismo.

de toda esa selección, en alguna ocasión “le tocaba” al resto de la población o de los trabajadores. Lo más terrible era la escasez o simplemente falta de todos los equipos, que, durante años venían de la antigua Unión Soviética, donde la calidad de fabricación era deplorable. Las cartillas de abastecimiento han existido, con diferentes modalidades en otros países, pero siempre después de una guerra o una situación de cataclismo; con una duración limitada en el tiempo, mientras existiera la situación que lo había provocado; en el caso de Cuba, la “libreta” existe hace décadas, en mayor o menor medida, porque la razón fundamental de su existencia es la catástrofe del sistema comunista y el control de la población.

En Cuba, un país agrícola, con la inmensa variedad de productos de la tierra que siempre había, con la facilidad para su sembrado y cultivo, su tierra fértil, la capacidad de sus trabajadores... ¿cómo fue posible la desaparición de casi todo lo propio? ¿Cómo son posibles esas dificultades inmensas para conseguir yuca, malanga, patatas, plátanos, aguacates, papayas, piña, mangos, limones, guayabas, chirimoyas, *ajíes* (pimientos), cebollas, ajos, zanahorias, naranjas, tomates, lechugas, *mamey*, boniato... y una enorme lista de frutas, verduras y *viandas* tan fáciles de cultivar en la Isla? Solamente tiene una explicación: lo minucioso que es el comunismo para acabar con todo y además echarle la responsabilidad del desastre a cualquier suceso, país o personas, siempre que no sea el propio sistema comunista ineficaz. En los momentos que toleraban la existencia de los Mercados Libres Campesinos, a pesar de los límites y de la poca tierra que habían dejado en manos privadas, algo mejoraba la situación, porque había algo de estímulo y de cierta libertad. De estos mercados hablaré más adelante.

Pero ¿cómo subsistir, durante todas estas decenas de años, en Cuba? ¿Cómo vivir con menos mercados, con estanterías vacías? ¿Cómo subsistir sin que la mayoría de los productos de alimentación, higiene, efectos eléctricos, materiales de reparación, ropa, etc. no existan o casi no los haya? La respuesta está en el contrabando, la *bolsa negra* generalizada. El robo en los almacenes, tiendas, fábricas, trabajos, todos del Estado cubano, cuando aparece algún producto. La respuesta está en los que los cubanos llaman el *sociolismo*: “resolver” unos a otros. El intercambio: “socio, tú me *resuelves* a mí y yo a ti”. Quizás el verbo más usado en Cuba sea *resolver*.

Principalmente a partir del año 1979, las remesas de dinero de las familias en el exterior, fundamentalmente las que viven en los EUA, permiten subsistir a gran parte de la población cubana. Esto lo refuerzan aún más las visitas a Cuba de los cubanos “de afuera”. Es decir, el regreso de “los *gusanos* convertidos en *mariposas*”, como dice el cubano de cachondeo.

El sometimiento, el control por la falta de todo, el estar resolviendo el día entero, dedicar horas y horas cada día a conseguir alimentos o satisfacer una necesidad básica, el estar de un lado para otro con la *jabita* (bolsa) debajo del brazo... Todo eso hace que el cubano, normalmente, no pueda pensar en casi nada más. Estás sometido a un Estado que controla tus necesidades elementales y, por tanto, puede marcar todos tus movimientos. No podrás dedicarte a otros menesteres si pasas el día agotado tratando de sobrevivir. En definitiva, es un medio eficaz de represión y control de la vida del ciudadano normal, además de la demostración palpable del fracaso absoluto de un sistema para generar riqueza a su pueblo. O sea, lo minuciosamente ineficaz que es el comunismo.

Como había desaparecido todo de los mercados, en casa, como en muchos hogares cubanos, para hacer vasos para beber o para el cristal de los faroles para dar luz, teníamos que buscar botellas de cristal de base ancha. Con una cuerda fina, sujetábamos la botella en la esquina de una caja de madera y la cuerda la movíamos rápidamente alrededor de ella, a la altura que quisiéramos cortar. Cuando ya estaba caliente, metíamos la botella en un cubo de agua fría: así se rompía y obteníamos el vaso o la pantalla de cristal para los faroles de queroseno. Estos los utilizábamos para darnos luz cuando se nos iba la corriente eléctrica, cosa muy frecuente en Cuba en toda la Isla, a partir de la Revolución, como comentaré más adelante.

Otro de los “inventos” cubanos, consistía en que, cuando venía el aceite a las tiendas por la cartilla de racionamiento, ese líquido, que se suponía aceite vegetal, pero no tenía ningún sabor, para que su sabor se pareciera en algo al aceite de oliva, se trataba de conseguir naranjas. Se les quitaba la corteza, se dejaba solamente con la piel blanca, sin que se rompiera, y se introducían en el aceite durante unos días. Después se sacaban las naranjas y el sabor del aceite cambiaba.

En Cuba antes de la Revolución, por citar algún ejemplo relacionado con los “inventos”, entre los aceites de oliva que se vendían en todos los pueblos del país se encontraban los españoles Sensat, Carbonell y Soberano, y el aceite vegetal (de *maní*, cacahuete) cubano El Cocinero.

Al referirme a mi pueblo Unión de Reyes, relaté la variedad de comercios y productos que había antes de la Revolución; pero quisiera mencionar aquí algunos datos interesantes, donde se aprecia el nivel de desarrollo que tenía Cuba en el plano de los comercios. Un país mucho más avanzado que la mayoría de su entorno y, por supuesto, que países africanos, asiáticos e incluso de la Europa de los años 1950s.

Entre las tiendas por departamentos que existían en Cuba antes de la Revolución, estaban El Encanto, que se había convertido en una cadena por todo el país (hasta en la playa de Varadero había una sucursal); La Época, Flogar (nombre en honor a su fundador Florentino García), Fin de Siglo, Almacenes Ultra, Sears, etc. Como también La Ópera, para la mujer, y JVallés, para moda de hombres y jóvenes. Otra, la tienda de telas La Filosofía. Para un país de unos seis millones de habitantes, en los años 40 y 50 del siglo XX, creo que no es poco; es más, estaba a la cabecera junto con Nueva York. No solamente La Habana y las principales ciudades, sino cualquier pueblo, como reseñé al hablar de Unión de Reyes, poseía muchos comercios de este tipo o similares, teniendo en cuenta la proporción del lugar.

La tienda por departamentos El Encanto, que había expansionado por todo el territorio cubano con sucursales en las principales ciudades, con su fama, en el año 1952 consigue la exclusiva de la marca Dior en Norteamérica, y se convierte en uno de los establecimientos favoritos de las estrellas de Hollywood, teniendo entre sus clientes a John Wayne, César Romero, María Félix o Tyrone Power, protagonista este último de un anuncio del almacén. En El Encanto aprendieron el oficio Pepín Fernández, fundador en España de Galerías Preciados (absorbidas actualmente por El

Corte Inglés) y Ramón Areces, fundador de El Corte Inglés. Areces y Pepín utilizaron el modelo de la tienda El Encanto de La Habana, y los modelos de grandes almacenes anglosajones, distribuyendo las ventas por departamentos.

Los primeros billetes de papel para jugar que tuve me los compró mi tío Reinaldo, en una visita que hicimos, también con Reinaldito, al *Tencén* (Ten-Cents) de la ciudad de Matanzas. Otro tipo de tienda y al mismo tiempo con su cafetería eran los Ten-Cents, creación de FW Woolworth Co. Con gran variedad de productos, existían por toda la Isla. Recuerdo haberlos visitados no sólo en la ciudad de Matanzas, en nuestros viajes desde el pueblo, sino también en La Habana.

En La Habana ya en los años 50, existía un gran centro comercial, el Mercado de Carlos III, abierto las 24 horas del día, con gran diversidad de departamentos distribuidos en cuatro plantas. Con ascensores y rampas que facilitaban la visita, con su *parqueo* (aparcamiento) para coches.

También existía la cadena de Minimax, distribuidos en diferentes zonas, con precios mínimos y máxima calidad. Para la mayoría de ellos, aparcamientos al aire libre, alrededor del mercado.

Cuba desde muy temprano estuvo en condiciones de fabricar por sí misma detergentes sintéticos. Crusellas y Sabatés, las dos mayores empresas de aseo y perfumería del país, pusieron en funciona-

En la tabla relativa al nivel calórico de las dietas de 93 países (Norton Ginsburg: *Atlas of Economic Development*, 1961) Cuba ocupaba el rango 26 con 2.730 calorías diarias (según la FAO, 2.870 calorías). En América, en los años 1950s, sólo superaban a Cuba: Argentina (3.600), Estados Unidos (3.100), Canadá (3.070) y Uruguay (2.945).

miento sendas fábricas de detergente sintético con la capacidad necesaria para cubrir la demanda del país. En mi relato de la *bodega* de mi papá conté muchos artículos que se vendían en Cuba de estas firmas.

La década de 1950 está muy bien resumida por Leví Marrero en *Geografía de Cuba* (Editorial Minerva, 1966). Leví Marrero es, probablemente, nuestro mejor geógrafo. Fue catedrático en Historia Económica de Cuba. De sus trabajos he tomado los datos que a continuación expondré, y que reflejan la situación socio económica de Cuba inmediatamente antes de la Revolución:

- El ingreso nacional per cápita de los cubanos, en los años 50 del siglo XX, era el tercero de Iberoamérica.
- En cuanto a las estructuras sociales, Noyola (economista marxista mexicano), en conferencias pronunciadas en el Banco Nacional de Cuba por invitación del actual régimen comunista, al principio de la Revolución, afirmó que “Cuba [en los años 50] es uno de los países, con excepción, tal vez, de Costa Rica y Uruguay, donde está menos mal distribuido el ingreso de América Latina”. En Cuba había una fuerte clase media en crecimiento, aún más si lo comparamos al resto de América Latina.
- El sector comercial de Cuba en el año 1958 era de 65.000 establecimientos comerciales, es decir, 1 por cada 100 habitantes, aproximadamente.
- Según el texto de Yves Lacoste, geógrafo y geopolítico francés, en 1959 la población obrera mundial alcanzaba los siguientes porcentajes: África 11%, Asia 10%, Latinoamérica 17%, EUA y Canadá 37%, Europa Occidental 42%. En Cuba, en el año 1953, ya era del 24%. La producción industrial no azucarera en esa fecha era mayor que la azucarera (25% del ingreso).

- Hay una relación entre la producción de la población dedicada a la agricultura y el índice de desarrollo. En 1955 la Europa meridional empleaba el 58%; África del Norte el 73%; el resto de África el 76%; Asia del Sudoeste el 70%; Asia meridional del Norte el 74%; Estados Unidos y Canadá el 13%. Cuba empleaba el 30,5%.
- En cuanto al consumo de energía, entre 124 países analizados por Ginsburg (Norton Ginsburg: *Atlas of Economic Development*, 1961), Cuba ocupaba el rango 25. Era el primer país de Latinoamérica, seguido de Venezuela.
- En la tabla relativa al nivel calórico de las dietas de 93 países, computada a nivel mundial por Ginsburg, Cuba ocupaba el rango 26 con 2.730 calorías diarias (según la FAO, 2.870 calorías). En América, en los años 50, sólo superaban a Cuba: Argentina (3.600), Estados Unidos (3.100), Canadá (3.070) y Uruguay (2.945).
- En cuanto a fuentes de proteínas de origen animal, Cuba era uno de los países proporcionalmente mejor abastecidos, con 6.000.000 de cabezas de ganado vacuno, equivalentes a una res por habitante. El sacrificio de reses y cerdos en 1957 arrojaba un per cápita anual de 34 kilogramos de carne roja, sin incluir la de aves y pescados. La producción de leche de 1958 alcanzó 8.000.000 toneladas y se produjeron 315 millones de huevos.
- Niveles de vida:
 - Automóviles: Uno por cada 40 habitantes, tercer lugar de América Latina.
 - Teléfonos: Uno por cada 38 habitantes, cuarto país en Latinoamérica.
 - Radorreceptores: Uno por cada 6,5 habitantes, tercer lugar en Latinoamérica. Funcionaban 270 estaciones transmisoras.

Televisión: Un televisor por cada 25 habitantes, primer lugar de América Latina. 5 canales de televisión, uno de ellos en colores, el canal 12, que empezó a transmitir la señal el 19 de marzo de 1958 a las 6 am. La instrumentó Gaspar Puma-rejo, quien había traído la televisión a Cuba.

La televisión llegó a Cuba el 24 de octubre de 1950 (en España, las emisiones comenzaron oficialmente en octubre de 1956). En Cuba, el primero fue el canal 4 o Unión Radio Televisión. Dos meses después se inauguró el canal 6 de la CMQ, en un edificio a la manera del Radio City Music Hall newyorkino. Más tarde llegó canal 2 o Telemundo. Estas tres transmitían a nivel nacional: luego estaban otras que cubrían las ciudades de La Habana y Camagüey.

Cuba exportaba técnicos de televisión y libretos de telenovelas a todo el continente (Delia Fiallo, autora de tantas telenovelas de éxito, es cubana). Se reconocen como las primeras obras en la historia del género la cubana *Senderos de Amor* y la mexicana *Ángeles de la Calle* —escrita por el cubano Félix B. Caignet, el creador en la radio de *El Derecho de Nacer*—, emitidas ambas en 1951.

La Habana se convirtió en la capital de la música popular. Nat King Cole vendría a grabar con la orquesta de Armando Romeu. Édith Piaf, Frankie Laine, Johnny Ray, Pedro Vargas, Katyna Ranieri... las estrellas de la música internacional colmarían los cabarets cubanos como Montmartre, Tropicana y Sans Souci, gracias a la influencia de la televisión.

Y teníamos, antes de la dictadura comunista, programas norteamericanos como *Patrulla de Caminos*, *Perry Mason*, *I Love Lucy*, *Lassie*, *Rin Tin Tin*... mientras veíamos a “los payasos de la tele”, los españoles Gaby, Fofó y Miliki; al argentino Pepe Biondi; al legendario *cowboy* Hopalong Cassidy y a los Tex-Mex.

19 Después de los misiles rusos

Un día del mes de octubre de 1962, estando con papi en la cafetería del hotel Unión, oímos comentarios en voz baja, vimos caras preocupadas y entonces se escuchó en la televisión que había un conflicto serio con los Estados Unidos de América. Lo que se llamó la Crisis de los misiles en Cuba, generada a raíz del descubrimiento por parte de Estados Unidos de bases de misiles nucleares de alcance medio soviéticos en territorio cubano.

Un día del mes de octubre de 1962, estando con papi en la cafetería del hotel Unión, oímos comentarios en voz baja, vimos caras preocupadas y entonces se escucha en la televisión que había un conflicto serio con los Estados Unidos de América. Lo que se llamó la Crisis de los misiles en Cuba, el famoso conflicto entre los EUA, la antigua Unión Soviética y Cuba, generado a raíz del descubrimiento por parte de Estados Unidos de bases de misiles nucleares de alcance medio soviéticos en territorio cubano.

Mi padre y yo inmediatamente salimos para nuestra casa, pero, en vez de coger el camino más recto, nos fuimos por otro más

largo, para evitar caminar el “centro del pueblo” y no pasar por frente de la comisaría de policía. Ya la habían situado en la esquina de nuestra casa, en la calle Israel Cabrera (Unión), la de mis abuelos paternos, y la calle General Betancourt, la nuestra. Esta comisaría la habían ubicado en una casa de dos plantas cuyos dueños se habían marchado del país. Tenían su vivienda en el piso superior y, en el bajo, el bufete de uno de los hijos, el notario público Dr. Primitivo Álvarez López (quien, por cierto, había casado a mis padres por lo civil) y la bodega de uno de los yernos. Al tener buen tamaño la casa, que hace esquina, la cogen para la policía. Nuestro recorrido era, en definitiva, para evitar ser visto por la mayor cantidad posible de personas y, por supuesto, por la policía, en un momento tan sumamente delicado. En la mente nuestra estaba lo que había sucedido recientemente cuando la Invasión fallida de Bahía de Cochinos, cuando detuvieron a miles de cubanos y los internaron en cárceles, teatros y estadios deportivos, para evitar levantamientos y/o protestas dentro del país, y como medio de chantaje y presión.

Inmediatamente al llegar a casa, sintonizamos la emisora de EUA, La Voz de América (con las interferencias habituales que el gobierno le ponía a la señal, para que se escuchara con dificultad). En ese tiempo tenía noticieros y programas específicos dedicados a la situación de Cuba. Ese día, las noticias continuamente giraban en torno a que EUA había descubierto, a través de unos aviones espías modelo U-2, misiles de la Unión Soviética en territorio cubano. Esta crisis duró semanas. Los EUA exigieron a los soviéticos que retiraran esos misiles. Finalmente se los llevaron, con un acuerdo que tuvo la oposición de los comunistas cubanos, especialmente de Fidel Castro, que estaba muy irritado porque lo dejaron fuera de los acuerdos entre EUA y los soviéticos. Fidel Castro ordenó poner cargas de dinamita en las cárceles para que, si se producía una invasión, explotaran y murieran los 50.000 presos políticos que se calcula había en ese momento. Estas cargas no se desactivaron hasta años después, aunque EUA, a raíz del acuerdo con la

Unión Soviética, se había comprometido a no invadir, ni provocar o ayudar seriamente a un derrocamiento por la fuerza del comunismo en Cuba. Esta crisis fue de las más graves ocurridas durante la etapa conocida como Guerra Fría, entre los dos bloques, el comunista y el democrático. A nosotros nos generaba gran preocupación no sólo una guerra, sino que, sin llegar hasta ahí, nuestros padres, familiares y amigos fueran detenidos.

Mi tío “Quique” estaba en ese instante con su familia en La Habana, esperando para marchar ya a Norteamérica, cuando suspenden todas las salidas de los vuelos de la compañía de Pan América y de cualquier otra compañía de aviación, excepto la española Iberia y KLM, que continuaron volando a Madrid y Europa. La suspensión la motivó, claro, la Crisis de los Misiles de octubre de 1962. Entonces, mi tío y familia tuvieron que regresar a Unión de Reyes. Ya mi tío había perdido en manos del gobierno su *bodega*, porque los que decían marcharse del país perdían a manos del Estado todas sus propiedades (casa, coche, negocio) o su trabajo... lo que tuvieran. Después lo recuerdo trabajando obligado (forzado), como muchos de los que se querían marchar en aquellos momentos, en un almacén que pertenecía a los ferrocarriles del pueblo, ya en manos del régimen, cargando sacos y cajas que pesaban. Fueron a vivir de nuevo todos, mi tío, sus tres hijos “Quiquito” (Enrique), Alida y Albita, y mi tía política Rosita, con un familiar suyo, Rosalía, esperando llegara la oportunidad de salir al fin al exilio. No pudieron hacerlo hasta el año 1967, a través de los llamados Vuelos de la Libertad entre Varadero y Miami. De ello hablaré más adelante.

Durante todo este tiempo, mis padres, mi hermana y yo vivimos inmersos en esa Cuba desastrosa. Mi padre conservaba la *bodega*, con una falta casi total de productos. Mami continuaba como

maestra de primer grado –ya en el año 1963 había podido trasladarse a Unión de Reyes al colegio Marcelo Salado y dejar el pueblo de Alacranes. Y yo comenzaba, de nuevo, el sexto grado. Mis padres, como muchos cubanos, tenían la ilusión de que el régimen no se podría sostener. Se decía “en seis meses cae la Revolución”. De seis meses en seis meses, así pasaba el tiempo. Siempre mis padres, algunos familiares y amigos, mantuvieron esa esperanza ingenua, durante varios años. Los cubanos que no estaban con el régimen pensaban, al principio de la Revolución, que no se podía instaurar una dictadura comunista a 90 millas de EUA. Después decían que, cuando el gobierno norteamericano suspendiera la cuota azucarera (la compra de azúcar por parte de EUA a Cuba), como ocurrió en diciembre de 1960, la dictadura se acababa. Muchos años más tarde se pensó que, con la caída del Muro de Berlín y la perestroika soviética, o con la visita del Papa Juan Pablo II, se derrumbaba el régimen. Nada de eso ocurrió en una Isla donde la mayoría simula, tiene miedo, no presenta esperanza de cambio real. El régimen, desde los primeros momentos, instauró la represión y el control absoluto de la sociedad con el manejo de las armas, el desarrollo de la Seguridad del Estado como una de las más represivas del mundo, y centralización total de la economía, cultura, medios de comunicación, educación, etc.

En las tertulias de los años 60, recuerdo a un vecino nuestro de pared con pared (mirando nuestra casa de frente, la suya quedaba a la derecha): Amado Pérez. Todos los días en su casa se reunían para hablar de lo que pasaba en Cuba, Amado y dos hermanos suyos. Uno de ellos, el “Señor Víctor” le llamaban, fue profesor de sexto grado (se había jubilado en el año en que entré a sexto grado por primera vez). Mi padre se unía a la tertulia casi a diario, y yo la mayoría de las veces, a pesar de mi corta edad, desde más o menos los 9 años hasta los 15 o 16. Amado Pérez le decía a mi padre: “Ñico, estos revolucionarios, están profanando la religión”;

se refería al uso que hacían, durante las primeras semanas o meses, de las medallas y escapularios, que se ponían por fuera de la camisa los “barbudos”.

Amado Pérez tenía dos hijas Victoria (“Victorita”) y Mercedes (“Merceditas”). Merceditas, aunque mayor que yo, era la más cercana a mi edad. Muchas veces jugábamos y compartíamos, también en la Iglesia, incluso hasta los primeros años de la Revolución, hasta que dejó la práctica religiosa. Aunque su hermana Victoria sí continuó asistiendo después, ya casada. Recuerdo que, una vez, me dejé cortar el pelo por Merceditas y me hizo muchas *cucarachas* (trasquilones). Nos divertíamos mucho. Más tarde contaré como se casó después con un oficial de la Seguridad del Estado.

Los otros vecinos pared con pared, pero a la izquierda de nuestra casa de la calle General Betancourt, eran la familia de Saturnino Cruz (Matovelle), que era gallego. Tenía un negocio, una *tintorería* (comercio de lavar y planchar ropa) en la sala de su propia casa, que en la época de la “ofensiva revolucionaria” (año 1968), se le expropiaron. Recuerdo que, a comienzos de 1966, había viajado a España, a Galicia, después de muchos años, a visitar a su familia. Había vuelto gordo (él siempre tendía a la gordura, pero había bajado de peso en los últimos tiempos en Cuba, por la falta de alimentos: a él le gustaba mucho comer, como plato usaba bandejas, parecido a como pueden hacer en el norte de España). Además de regresar de la visita a España con más peso, me llamó la atención lo roja que traía la cara. Estuvo seis meses de visita en Galicia. Lo primero que me dijo, cuando nos encontramos de nuevo, fue que pensaba que no me iba a ver más, porque creía que me habían autorizado a marcharme de Cuba –mis padres habían solicitado al gobierno la autorización de la salida del país, algo que comentaré detenidamente más adelante... En ese entonces, ya Matovelle no estaba con la dictadura. Aunque sus dos hijas, Dalia y Elvira Cruz Enrique, aún simpatizaban con el gobierno, comenzaban a dudar y criticar, y tiempo después se convirtieron en contrarias a la dictadura. En cambio, su hermano Antonio “Tony” Matovelle,

Muchos tíos paternos se reunían en casa de mis abuelos paternos, bien los fines de semana o incluso algún día entre semana, allí en el portal o en la sala o saleta. Se conversaba de todo, pero el tema dominante era la situación de Cuba. La mayoría de las veces me incorporaba a estas conversaciones y participaba activamente. Excepto los tíos que se habían ido de Cuba, todos o casi todos mantenían este punto de encuentro. Como era el nieto mayor y me gustaban los temas de política, estaba en ello, prefería estar con ellos que en otro sitio.

según se decía (y así parecía ser) era miembro de la Seguridad del Estado, aunque no vivía con sus padres (las hermanas sí vivían ahí, incluso una de ella casada y con un hijo). Nosotros tuvimos, durante muchos años, que hablar aún más bajo y escuchar las emisoras del extranjero con mucho sigilo, porque se oía todo a través del patio nuestro que daba para su casa.

Muchos tíos paternos se reunían en casa de mis abuelos paternos, bien los fines de semana o incluso algún día entre semana, allí en el portal o en la sala o saleta. Se conversaba de todo, pero el tema dominante era la situación de Cuba. La mayoría de las veces me incorporaba a estas conversaciones y participaba activamente. Excepto los tíos que se habían ido de Cuba, todos o casi todos mantenían este punto de encuentro. Como era el nieto mayor y me gustaban los temas de política, estaba en ello, prefería estar con ellos que en otro sitio. Con mis tíos paternos Angelina “Nena”, casada con Reinaldo González, y sus hijos Reinaldito y los mellizos

Cristina y Jorge. Armando Guedes, casado con Haydée Hernández, y mis primos Haydecita, Armandito y Mayra. María Julia, con Reniel Peña, que no tuvieron descendencia. Alfredo, casado con Julia Cobo, y su hijo Alfredito. Israel, casado con Nila Core, y sus hijos Israelito y Ana María. Enrique “Quique”, casado con Rosa “Rosita” López, y sus hijos Enrique “Quiquito”, Alida y Alba “Albita”. Rafa, casado con Luly Fernández, y su hijo Rafita. Y el tío Gonzalo, que no tuvo descendencia y que se casó en Miami con Noemí, de origen colombiano. Todos muy pronto estuvieron en contra del régimen.

Recuerdo que cuando comenzaron a escasear los productos en general (alimentación, vestido, productos higiénicos), muchas personas intentaban guardar en sus casas sacos de arroz, frijoles, latas de conservas, etc. Uno de ellos fue mi tío Reniel, casado con mi tía María Julia Guedes. Mi padre le dijo en una ocasión “Reniel ¿tú crees que con eso vas a tener para mucho tiempo?, porque esto seguirá peor y rápidamente se te acabará, no es una cosa coyuntural”. En múltiples ocasiones hacía la policía registros en los domicilios y se llevaba los productos guardados, que el gobierno decía estaban “acaparados”. Si los productos ya pasaban de una cantidad, o creían que a esa persona (y a sus vecinos, de paso) había que darle un escarmiento, se lo llevaban preso. Muchos cumplieron condenas por tener en sus casas productos de alimentación e higiénicos de reserva, comprados por ellos.

A uno de los que registraron en una ocasión fue a un vecino que vivía en nuestra calle, en la acera del frente, Elpidio Marrero, quien fue dueño del almacén, en Unión de Reyes, de la cerveza Cristal y de algunos refrescos (ya le habían expropiado su negocio). Le quitaron algunas pocas cajas de alimentos: al no ser muchas, no cogió cárcel, pero sí fue detenido. Al día siguiente, uno de los que fueron a registrar su casa, le dijo a mí papá que le habían requisado muchas cajas de productos, cosa que sabíamos era mentira porque

Recuerdo que cuando comenzaron a escasear los productos en general (alimentación, vestido, productos higiénicos), muchas personas intentaban guardar en sus casas sacos de arroz, frijoles, latas de conservas, etc. Uno de ellos fue mi tío Reniel, casado con mi tía María Julia Guedes. Mi padre le dijo en una ocasión “Reniel ¿tú crees que con eso vas a tener para mucho tiempo?, porque esto seguirá peor y rápidamente se te acabará. No es una cosa coyuntural”.

En múltiples ocasiones hacía la policía registros en los domicilios y se llevaba los productos guardados, que el gobierno decía estaban “acaparados”. Si los productos ya pasaban de una cantidad, o creían que a esa persona (y a sus vecinos, de paso) había que darle un escarmiento, se lo llevaban preso. Muchos cumplieron condenas por tener en sus casas productos de alimentación e higiénicos de reserva, comprados por ellos.

lo habíamos visto todo por una rendija de la pared de madera de nuestra vivienda.

Estando en el portal de mis abuelos paternos, veíamos por la calle, en horas de la noche, marchando, a los milicianos, mientras gritaban “un, dos, tres, cuatro”. Muchos (no los que estaban marchando), al paso de los pelotones, sin que los oyeran, decían: “un, dos, tres, cuatro / comiendo mierda y rompiendo zapato”.

Cuando había concentración política (cosa que ocurría muy frecuentemente, todas las semanas), en la calle principal o en el centro del pueblo, en las llamadas cuatro esquinas que ellos renombraron la Plaza Roja de Unión de Reyes, oíamos, desde casa de mis abuelos paternos y de la nuestra también, los gritos de “paredón, paredón”, dirigidos a aquellos que estaban presos por razones políticas, fueran esos presos del pueblo o de otros sitios. En Cuba los gritos, las consignas políticas, el fanatismo eran el pan diario.

Otras de las tertulias de los años 60, eran las de casa de mi tía abuela Concepción Guedes Fernández, que vivía frente al parque y la Iglesia Católica. Muchos domingos pasábamos por su casa. Normalmente estaba sentada en el portal, en uno de los balancines grandes, como era costumbre de muchas familias cubanas. Allí muchas veces nos encontrábamos con sus hijas Laudelina (y su esposo Israel Olivera), Angelina “Angelinita” (y su esposo José “Pepe” de León), Consuelo “Cuca” (y su esposo Gonzalo de Armas), Georgina “Gina” (y su esposo Rolando Pérez-Prado). Las conversaciones iban desde los temas familiares hasta la situación de Cuba. Estas últimas predominaban: el totalitarismo comunista abarca toda tu vida, te asfixia de tal manera que no hay rincón de las personas que no sea invadido. En estas tertulias iba disminuyendo paulatinamente la presencia de familiares, a medida que, a lo largo de la década del 60, se les presentaba la oportunidad de marcharse de Cuba. A casa de Gina iba con más frecuencia, por estar ella muy vinculada a la Iglesia. Fue la última que pudo salir, ya que Rolandito (mi primo tercero), cumplió la edad militar (a los varones no les dejaban marchar de Cuba mientras tenían entre 15 y 27 años). Se había ido su hija Georgina “Gina”, hermana de Rolandito; pero sus padres y hermano se quedaron en Cuba. Pudieron marchar definitivamente de Cuba años después, incluso ya había fallecido Rolando Pérez Prado. Rolandito se fue, ya casado, con sus hijos y su mamá Gina.

Íbamos con cierta frecuencia por casa de mi otro tío abuelo Néstor Guedes Fernández, que vivía con su esposa Mercedes Herrera y sus hijos Delia, Néstor (“Machito”) y Mario. Ya en los años 60, en casa de mi tío abuelo Néstor la única que vivía era Delia, que en ese momento era soltera; se casó ya mayor y continuó residiendo con sus padres. Delia trabajaba en la taquilla del Cine López. Cada vez que íbamos a ver una película conversábamos. Era muy sociable y simpática, con buen carácter y muy contraria al régimen comunista (“gusana”, palabra que explicaré más adelante, y que el régimen usa para dirigirse a sus adversarios políticos). Después de la expropiación del cine continuó trabajando allí, hasta que se jubiló. Los otros dos hijos de mi tío abuelo Néstor se habían casado y vivían aparte con su familia. En el caso de “Machito”, en su propio hostel. También eran momentos muy agradables el poder compartir con ellos: el cariño estaba presente. Las conversaciones también en gran medida giraban en torno a la situación pésima de Cuba.

Cada vez que podíamos ir al pueblo de Alacranes, había una cita obligada en casa de mi tía abuela Balbina Guedes Fernández, casada con Abraham Morejón Delgado. Allí compartíamos con sus hijos: Dolores (“Lolita”), su esposo José Bode, sus hijos y primos terceros míos José Eugenio y Abraham. Balbina (“Man”), su esposo Orlando Cepero y sus hijas Olga y Ana María. Con Enriqueta (“Cucha”), casada con Enelio Enríquez, y mis primos terceros Nancy y Enelio (“Enelito”). Finalmente, con Abraham (“Tito”), casado con Marta Noalart, y con su hijo Abraham.

Mi tío abuelo político Abraham Morejón era Dr. en Farmacia y tenía en propiedad una farmacia en el pueblo de Alacranes. Aunque vivía en este municipio, estuvo antes radicado en Unión de Reyes y fue allí donde conoció a mi tía abuela Balbina y se casaron en el año 1924. Abraham fue militante del Partido Liberal, igual que mi abuelo materno: ese fue uno de los motivos de su estrecha

relación de amistad. Abraham llegó a ser alcalde de Alacranes. Hombre inteligente, bueno, familiar y culto. Las conversaciones aquí eran entrañables, sobre la familia, la Iglesia, la vida diaria y tampoco se escapaba el tema de la realidad triste en que estaba inmersa Cuba. Abraham Morejón tenía una casa que hacía esquina, de doble planta. La parte de arriba la había hecho para su hija Man cuando se casó. Al principio del matrimonio vivieron allí, pero después, por asuntos de trabajo de su esposo Orlando, tuvieron que trasladarse a la playa de Varadero. Como el otro hijo de Abraham, Tito, se había casado ya con Marta, se fueron a vivir en la casa de los altos, que habían dejado Man y su esposo. Abraham había hecho otra casita al lado para su primera hija Lolita y familia, que vivían allí. Cucha, Enelio e hijos vivían con Balbina y Abraham. Él había realizado esas construcciones para que pudieran habitar sus hijos y familia, como así ocurrió.

Progresivamente, en los años 60, se fueron marchando de Cuba casi todos. Los primeros, Man y Tito con sus respectivas familias, en el año 1967, por lo que se llamó El puente aéreo de Varadero-Miami (comentaré más adelante en que consistió). En el caso de Lolita, su esposo José Bode y su hijo menor Abraham, se fueron por el mismo puente aéreo, pero en el año 1972. Su otro hijo José Eugenio se tuvo que quedar con sus abuelos y la tía Cucha, porque ya tenía la edad militar de los 15 años y no lo dejaban viajar. Los padres, para que el otro hijo menor no le cumpliera la edad militar en Cuba, optaron por marcharse con él y dejar a José Eugenio con los abuelos, esperando poder sacarlo de Cuba más tarde. Esto nunca ocurrió. En la casa se quedaron Balbina, Abraham, Cucha, Enelio, Nancy y Enelito. Y, por supuesto, en su apartamento de al lado, José Eugenio. En otro momento contaré una anécdota increíble que le ocurrió a mis tíos abuelos (Balbina y Abraham) y a su hija Cucha y familia, que fueron los últimos en marcharse definitivamente del país. Sólo José Eugenio nunca lo hizo, e incluso se “integró” en el régimen cubano.

Cuando tenía unos doce o trece años comencé a padecer de asma. Como en Cuba no había casi medicamentos, y mucho menos inhaladores, mi tío Rafa me empieza a enviar, desde EUA, el inhalador Alupent. Gracias a eso se me cortaban inmediatamente las crisis respiratorias. Muchas veces tuve que ir al policlínico de Unión de Reyes para que me pusieran oxígeno. Como a los 15 años de edad (después que el gobierno no autorizara mi salida de Cuba), comencé a fumar, “contagiado” en casa de mi amigo Jorge Laguillo. El hábito duró unos meses, si acaso un año, porque me afectaba aún más para el asma. Como en Cuba estaban racionados el tabaco y los cigarrillos, la mayoría de fumadores tenía que comprarlos de contrabando. Yo me los agenciaba recogiendo todos los que tenía la familia derecho a comprar por la cartilla de racionamiento, incluyendo a mi abuela Estrella Sánchez, que me cedía también su cajetilla. Un día, cogí todas las que tenía en casa y se las llevé a la enfermera que me ponía los aerosoles en el policlínico y ese día dejé de fumar. Gracias a Dios.

20

Proletarios de todo el país: uníos (o disparo)

Nadie se escapa a la lupa. Nadie carece de un expediente político. Nadie está exento de un funcionario que revisa periódicamente la ficha del ciudadano más inofensivo, porque según la dictadura nunca se sabe dónde puede esconderse un enemigo de la patria. Ese nadie incluye a los menores, pues el expediente es acumulativo: comienza en el momento en que el niño es matriculado en la escuela.

Las organizaciones creadas en los años 60 por el Estado meten a todos los cubanos como en establos o jaulas, para su control, adoctrinamiento e instrumento represivo. A estas el gobierno las llama “organizaciones de masas”. Describiendo la mayoría a continuación, quiero ayudar a que se entienda mejor nuestra vida en la Cuba totalitaria comunista.

El 23 de agosto de 1960, fue creada la Federación de Mujeres Cubanas (FMC), otra organización más de control sobre la sociedad.

En este caso, específicamente sobre la mujer. En todas las *cuadras* (calles) de Cuba, como en todo centro de trabajo, el estado organizó en la FMC a un núcleo de mujeres dirigentes (y dirigidas). Realizaban reuniones políticas, organizaban trabajos extra (llamados “voluntarios” y “productivos”). Más adelante, cuando surge la cartilla o tarjeta de racionamiento de comida, productos higiénicos y ropa, las integrantes de la FMC tenían la posibilidad de comprar primero el producto racionado cuando llegaba al comercio, si lo había, y si aún tenían el cupón correspondiente, porque si lo habían usado, tampoco era posible adquirirlo. Al igual que en los CDR y en el sindicato estatal único, pagaban una cuota de dinero por pertenecer.

Tampoco de esta organización mi madre formó parte, cosa que se atrevió a hacer una minoría de cubanas, no sólo porque al principio “creyeran” más en el régimen, sino también por miedo, presiones, prebendas, por obtener un puesto de responsabilidad en el trabajo o acceder a determinados empleos o a una carrera universitaria.

Es importante detenerme en la explicación de la creación y funcionamiento de los Comités de Defensa de la Revolución (CDR), para poder entender muchas cosas que nos ocurrieron en Cuba. El 28 de septiembre de 1960 se crean los dichos Comités de Defensa de la Revolución (CDR), organismos de control y vigilancia en cada *cuadra*, cada manzana, cada calle, de toda Cuba. Con servicios paramilitares y policíacos diurnos y nocturnos. Unos vecinos vigilan a otros.

Nadie se escapa a su lupa. Nadie carece de un expediente político. Nadie está exento de un funcionario que revisa periódicamente la ficha del ciudadano más inofensivo, porque según la dictadura nunca se sabe dónde puede esconderse un enemigo de la patria. Ese nadie incluye a los menores, pues el expediente es acumulativo: comienza en el momento en que el niño es matriculado en la escuela, que ya sabemos todas son del estado.

Recuerdo estar sentado delante del televisor y ver y oír a Fidel Castro proclamando la creación de los CDR. Con nueve años de edad, ya pensaba en el horror del control del régimen: me hacían mayor los acontecimientos —y gracias a que tenía unos padres muy claros con respecto a lo que estaba ocurriendo. Ellos me “abrían los ojos”, y así estaba informado y podía pensar por mí mismo. Ellos confiaron en mi persona: mil gracias por ello, queridos padres. Otros muchos padres, por miedo, para evitarles traumas o porque creían aún en la Revolución, no le decían nada a sus hijos. En todo caso, los animaban, voluntariamente o involuntariamente, a participar en todo ese mundo de farsa y dictadura.

La estructura de esos CDR es centralizada: cada *cuadra* (de unos 100 metros aproximadamente) tiene su propio CDR. En realidad, los Comités de Defensa de la Revolución se fundaron antes de que en Cuba se hiciera mención oficial pública al socialismo. Para ello, Fidel Castro se valió de la etapa de efervescencia popular de los inicios de su llamada Revolución. El nivel raso de los CDR se ubica en cada *cuadra*. El siguiente en la estructura es el Comité de Zona, que puede abarcar desde unos pocos hasta unos diez, veinte o más CDR, de acuerdo con las características urbanas y demográficas. El próximo nivel es la Circunscripción. Después vienen el Municipal, el Provincial y, por último, el Nacional.

Cada Comité tiene un Presidente del CDR, y en la puerta de su casa se puede leer un cartel que así lo indica. La selección de este Presidente o Presidenta se basa en su compromiso con el régimen. Cada comité tiene además un Responsable de Vigilancia, un Responsable Ideológico, un Responsable de Trabajos Voluntarios y un Responsable de los aspectos Sanitarios (para charlas, control de la vacunación, etc), porque también en esto te controlan.

El Presidente es quien suministra información sobre cada ciudadano que reside en su cuadra, ya sea al jefe de Sector de la Policía, a investigadores de organizaciones políticas como la Unión de Jóvenes Comunistas o el Partido Comunista de Cuba y es un pilar fundamental de información regular para los investigadores del

Departamento de Seguridad del Estado o G2 (policía política) del Ministerio del Interior. El Responsable de Vigilancia o cualquier miembro dirigente participa también de estas actividades. Son grandes responsables de *purgas* (expulsiones) en las escuelas (principalmente Universidad), centros de trabajo, etc. con sus informaciones. Fueron parte responsable indispensable de la selección de los jóvenes que llevaron a las que llamaban Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP), y otros campos de trabajos forzados.

En el Comité de cada cuadra, existe un libro conocido como Registro de Direcciones. En este libro deben ser anotadas todas las personas que residan en la cuadra. Cada ciudadano que se muda a una nueva dirección, está obligado a pasar por el Comité para ser registrado junto a su familia en ese Libro de Registro. Cualquier huésped temporal del ciudadano debe ser también informado al CDR.

El Responsable de Vigilancia es el encargado de organizar, entre otras tareas, la llamada “guardia revolucionaria”. Es decir, cita a cada ciudadano cada vez que le corresponda, para efectuar vigilancia en la cuadra. Estas guardias nocturnas se organizan por parejas, en dos turnos: de 11:00 a 2:00 am y de 2:00 a 5:00 am. Los vigilantes se colocan de pie o sentados, y a ratos pasean, en las afueras de los locales comerciales, el correo, cafeterías, colegios o simplemente a lo largo de las calles del vecindario o de la *cuadra*. También, como el Presidente, el responsable de Vigilancia deberá tomar nota de cada situación que le parezca fuera de lo común: entrada y salida de varias personas de una misma casa, ciudadanos llevando bolsos o paquetes, coches que no se conozcan aparcados en la zona, extranjeros que visiten a algún vecino, si se realizan prácticas religiosas, los contactos que tengan con familiares que vivan en el extranjero, si detectan que compran productos “de contrabando” (fuera del tráfico autorizado por la cartilla de racionamiento en las tiendas estatales), sus actitudes ante la Revolución, sus relaciones personales, sus tendencias sexuales... Todo lo posible.

El responsable Ideológico es el que se encarga de citar a los ciudadanos a algún local de la *cuadra*, o al pie de las escaleras de alguno de los edificios, para leer allí material político orientado por el Partido Comunista (los discursos de Fidel Castro en lugar destacado) o “bajar” (desde las altas instancias del Partido Comunista) cualquier orientación política que deberá ser ejecutada en ese momento. Reuniones similares a estas se repiten por parte de todas las organizaciones “de masa” (políticas). Son, como es de esperar, doctrinarias, aburridas, tediosas y obligadas –so pena de resultar “marcados” por el régimen.

El responsable de Trabajo “Voluntario” es el encargado de citar a los ciudadanos de la cuadra para realizar diversos trabajos los días de descanso: domingos o festivos. Estos trabajos pueden ser barrer las calles o terrenos cercanos, cortar hierba o hacer limpieza.

Los que dirigen el CDR movilizan y controlan a los vecinos para que vayan a los actos políticos, a los recibimientos de las personalidades del extranjero y a los *actos de repudio* (los llamados en otras latitudes escraches). Todo esto principalmente los días festivos, cuando los vecinos no están en el centro de trabajo o en las escuelas, porque de esta forma pueden controlarlos mejor.

La efectividad de la policía política cubana y el Departamento Técnico de Investigaciones de la Seguridad del Estado descansan en gran parte en la existencia de los CDR, que les ofrecen información detallada de los objetivos de vigilancia: todos los ciudadanos.

Por supuesto, algunos de los mayores informantes a la Seguridad del Estado quizás no sean los dirigentes visibles de los CDR, sino aquellos que aparenten cierta apatía o incluso desafección con el régimen, pero que, bien por miedo, prebendas o convicción son en realidad delatores y tiene puesta una máscara de otra apariencia, la “doble”.

El CDR es un elemento represor que no existía en los países comunistas del Este europeo, sino que fue tomado de la organización civil de los nazis en Alemania.

Como escribiera en *Informe secreto sobre la revolución cubana* (1976) nuestro amigo Carlos Alberto Montaner acerca de los Comités de Defensa de la Revolución:

Según el propio régimen —muy orondo con sus policías— hay más de doscientos mil de estos pequeños cuartelillos domésticos. Se trata de grupos adictos que se encargan de husmearlo todo, de inventariarlo todo, de saber vida y milagros (con perdón) de cuanto bípedo respira en el país. Son los que instrumentan las orientaciones que “bajan” de lo alto. Nada humano les es ajeno: con quién se acuesta la señora del quinto, cuándo se baña el calvo del primero, por qué Zutano no fue a cortar caña. La represión y la vigilancia existen —obviamente— en razón directa a la posible desobediencia (...) Es obvio que los Comités de Defensa no están defendiendo a la revolución de los marines yanquis, sino de los propios cubanos; es elocuente que si existen doscientos mil minicuarteles es porque existen millones de posibles transgresores de la ley.

El 4 de abril de 1961 se crea en Cuba la Unión de Pioneros Rebeldes, que en el año siguiente pasa a llamarse Unión de Pioneros de Cuba (UPC). Está creada para que *todos* los niños, desde que entran en la escuela hasta terminar la primaria, formen parte de ella. Todos los niños visten su uniforme escolar y, al pertenecer a esta organización, le ponen un pañuelo rojo al cuello. Su lema —que todos los niños constantemente tienen que repetir, en los actos escolares u otras actividades que asistan— es: “Pioneros por el Comunismo, seremos como el Che”.

El 4 de abril de 1962, fundó el régimen cubano la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC), para los comprendidos entre los 15 y los 27 años de edad. Aquí intentan que se integren los jóvenes cubanos. Se supone que los que forman parte pasarán a integrar luego las filas del Partido Comunista de Cuba. En cada centro de trabajo,

centro de estudio o unidad militar, existe un núcleo de personas de la UJC. Dirigidos por los que se supone más fieles o “integrados” a la Revolución comunista, hacen reuniones para estudiar material político, discursos de los dirigentes —especialmente los de Fidel Castro—, etc. Los preparan para la defensa ideológica del régimen, los adoctrinan, les dan misiones que van desde la delación o servicio de información, a infiltrarse en determinados grupos o hacerse amigos de personas para saber qué hacen, piensan, etc. Tratan de “apadrinar” a otros jóvenes para que se “conviertan” al régimen o en muchos casos para que se integren en la propia UJC. Se supone que estos jóvenes son “la Vanguardia de la Revolución”, los que tienen que “dar un paso al frente”, es decir, comprometerse con todos los llamados del régimen comunista.

El 3 de octubre de 1965 se funda el Partido Comunista de Cuba (PCC), único partido político legalizado y permitido en Cuba. Surge del Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba (PURSC), creado en 1962 como sucesor de las ORI —donde, como mencioné anteriormente, el 26 de julio de 1961, fusionaron el Movimiento 26 de Julio, el Partido Socialista Popular (PSP) y el Directorio Revolucionario 13 de Marzo.

Como en el caso de la UJC, en cada centro de trabajo, escuela o unidad militar, hay un *núcleo* del PCC. Ellos son quienes realmente controlan y dirigen. Todos los líderes políticos de Cuba, así como los principales directores o dirigentes de cualquier sector o centro público del país, tienen que ser miembros del PCC. Por supuesto, tiene que hacer sus reuniones políticas, de estudio ideológico, asistir a las movilizaciones de trabajos “voluntarios”, guardias de milicias que se le asigne, actos políticos, etc. Contribuyen a ser informantes de la Seguridad del Estado, como los de la UJC, y participan en todas las tareas que le asigne la dirigencia máxima del régimen.

El 17 de mayo de 1961 fundan la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP). Aquí tienen que pertenecer todos los

I Todos los miembros de estas organizaciones “de masas”, incluyendo el PCC, tienen que recibir las órdenes de las instancias superiores, es decir, del Comité Central del Partido Comunista, y dentro de ese Comité, del pequeño “núcleo duro” constituido por la “crema” de los dirigentes, principalmente militares, la “columna vertebral” del sistema comunista cubano que durante muchos años estuvo manejada con poder absoluto por Fidel Castro y después por su hermano Raúl Castro.

agricultores que aún poseen pequeñas cantidades de tierra. Regulan lo que tienen que producir, la cantidad que deben vender al estado (a los ACOPIOS) al precio estipulado, lo que pueden dejar para consumo familiar y les controlan los insumos (si los hubiera). En el año 1961 crearon la Central de Trabajadores de Cuba (CTC), sindicato vertical, único, sin derecho a huelgas, ni a poder asociarse independientemente, estableciendo el pago de una cuota y la afiliación obligatoria para todos los trabajadores del país. Después, la CTC tenía diferentes ramas según el tipo de trabajo: por ejemplo, la CTC de los trabajadores de Educación, los de la Salud, etc.

El 13 de noviembre de 1963, se instaura en Cuba el Servicio Militar Obligatorio (SMO), para todos los varones a partir de los 18 años de edad –aunque ya desde los 15, se es considerado un pre-recluta. La duración fue durante décadas de 3 años, hasta que lo han dejado en 2 de cumplimiento. Cuando se termina el SMO, el varón pasa a la reserva miliar, por lo menos hasta los 45 años de edad, lo que consideran “período de reserva”. Los que están

en Servicio Militar, tanto en activo como en la reserva, han sido llamados en infinidad de ocasiones a participar en guerras en el extranjero (Angola, Etiopía, Mozambique, Yemen y un largo etc.), las llamadas “misiones internacionalistas”. Los jóvenes que rehúsen cumplir con el Servicio, y no digamos ya los que intentan escapar de la Unidades Militares, son llevados presos durante varios años y luego deben cumplir el SMO. El hermano de Lourdes, José Humberto Ojeda González (“Pepín”) tuvo que pasar 3 años de SMO (1965-1968). Me contaron años después, cuando los conocí, que cuando a Pepín le daban pase (permiso) de un fin de semana para ir a visitar a su familia, cuando estaba llegando a su casa, aún por la acera, se iba quitando la gorra, desabrochando la camisa: era como si le diera urticaria o salpullido el traje militar. En su expediente pusieron que “tuvo buena conducta, pero tiene creencia religiosa”. Al llegar al término del SMO, lo dejaron dos meses más cortando caña de azúcar.

Pasada ya su primera década, el 6 de diciembre de 1970, crean la Federación de Estudiantes de la Enseñanza Media (FEEM), donde todos los estudiantes de secundaria básica –desde séptimo grado hasta finalizar el Bachillerato, u obtener un grado de técnico medio (Formación Profesional)– tienen que pertenecer obligatoriamente para poder estudiar. Fue precedida por la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) y las Brigadas Estudiantiles José Antonio Echeverría (BEJAE.). En la FEEM también hacen sus reuniones para “estudiar” los materiales políticos, movilizan a los jóvenes para los trabajos “productivos” “voluntarios”, para que asistan a los actos políticos (como los discursos en plazas, teatros, etc. de los dirigentes del régimen), así como en el recibimiento de un dignatario extranjero cuando esté señalado y en general asistir a cualquier evento que determinen la UJC y/o el PCC, que son los que, en definitiva, controlan a la FEEM y a cualquier otra organización del Estado. Por supuesto, en la Universidad todos los estudiantes para estudiar

tienen que pertenecer a la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU). Como en la FEEM u otras organizaciones, aquí también hay que asistir a los trabajos y actos políticos organizados por la Universidad y/o la UJC y el PCC.

Todos los miembros de estas organizaciones “de masas”, incluyendo el PCC, tienen que recibir las órdenes de las instancias superiores, es decir, del Comité Central del Partido Comunista y, dentro de ese Comité, del pequeño “núcleo duro” constituido por la “crema” de los dirigentes, principalmente militares, la “columna vertebral” del sistema comunista cubano que durante muchos años estuvo manejada con poder absoluto por Fidel Castro y después por su hermano Raúl Castro.

Hasta tal punto son minuciosos en el control y hay que llevar a cabo los mensajes y consignas del máximo poder, que en algo tan nimio como es escribir en una pared de una calle una consigna, si no es literalmente la que han ordenado ese año, no se puede escribir, aunque lo que se ponga en la pared sea una frase de apoyo a la Revolución. Orlando, el hermano de Lourdes, en los años 60, como a él se le da bien el dibujar y hacer letreros, fue designado y autorizado por el CDR de su *cuadra* para ese cometido. Estaba escribiendo una consigna revolucionaria en una pared y por allí pasó un dirigente del PCC o del Ministerio del Interior y le advirtió que esa frase “no la podía escribir porque no era la que estaba *orientada* ese año”.

En más de una ocasión he mencionado los famosos trabajos “productivos” o “voluntarios”, que de productivo tiene poco o nada y de voluntario menos. A los cubanos nos hacen asistir a esos trabajos bien desde la escuela, centros de trabajo, unidades militares o desde los CDR (puede ser, a veces, que desde varios de ellos consecutiva o simultáneamente). Los convocan el PCC, la UJC o la dirigencia del país a través de alguna organización política “de

masas”, correspondiente al nivel escolar o al sector o tipo de trabajo que se esté desempeñando, donde te puedan localizar. ¿En qué consisten? En cualquier tipo de trabajo que consideren oportuno o que, para ser más preciso, “orienten desde arriba”. Puede ser desde simplemente barrer las calles, recoger objetos, cortar hierba, trabajar en el campo (cortando caña, recogiendo tabaco, café, papas, cítricos, etc.)... o cualquier otra cosa absurda. Por supuesto, no sólo es para contar con una mano de obra barata o gratuita, sino sobre todo porque esa es una manera de controlarte, tenerte ocupado para y por el régimen, alejarte de la influencia de familiares y de amigos, que no puedas asistir a otros lugares o actividades si tú lo prefieres. Se pueden hacer estos trabajos extra en el propio centro de trabajo habitual, en la escuela o sencillamente trasladándote al campo, siempre en horas extraordinarias o en los días de descanso. Y, claro, sin remuneración económica a cambio. Por su parte, los CDR convocan otros en tu propia calle o *cuadra*. Tiene que asistir desde un cirujano hasta un trabajador del campo o un estudiante de primaria, secundaria o universitario. La asistencia se controla y se tiene en cuenta después para tu expediente estudiantil o laboral y por supuesto para evaluar tu interés en el régimen o integración al sistema.

Parte Tercera

Tiempos oscuros

21 Apestados

El régimen cubano y de una manera especial Fidel Castro, despreciando a todos a aquellos que no simpatizaban con la dictadura comunista, nos llama “gusanos” (exactamente como Hitler se expresaba de los judíos), expresión que se acuñó en la década de los sesenta. Más tarde, en el año 1980, cuando los sucesos de la Embajada de Perú y el Mariel, añadió la palabra “escoria”. También usaba otros epítetos: “mala hierba”, “vendidos al imperia-lismo”, “lumpen”. ¡Un jefe de Estado y gobierno refiriéndose de esa manera a una parte de la pobla-ción, y los demás vinculados al régimen repitién-dolo constantemente! Los que no estábamos con ellos fuimos asumiendo esa categoría de “gusanos” y la usábamos regularmente y casi sin complejos. Decíamos, hablando de alguna persona: “este es un gusano”, “se viró y se convirtió (o se hizo) un gusano”, etc.

El régimen cubano y de una manera especial Fidel Castro, des-
preciando a todos a aquellos que no simpatizaban con la dictadura
comunista, nos llama “gusanos” (exactamente como Hitler se ex-

presaba de los judíos), expresión que se acuñó en la década de los sesenta. Más tarde, en el año 1980, cuando los sucesos de la Embajada de Perú y el Mariel, añadió la palabra “escoria”. También usaba otros epítetos: “mala hierba”, “vendidos al imperialismo”, “lumpen”. ¡Un jefe de Estado y gobierno refiriéndose de esa manera a una parte de la población, y los demás vinculados al régimen repitiéndolo constantemente! Los que no estábamos con ellos fuimos asumiendo esa categoría de “gusanos” y la usábamos regularmente y casi sin complejos. Decíamos, hablando de alguna persona: “este es un *gusano*”, “se viró y se convirtió (o se hizo) un *gusano*”, etc.

En septiembre de 1965 se habilita el Puerto de Camarioca, cerca de la playa de Varadero, en la provincia de Matanzas, para la salida, en pequeñas embarcaciones privadas, de miles de cubanos con el fin de reunirse con sus familiares en Miami. Esas embarcaciones venían desde EUA, conducidas o alquiladas por esos familiares que vivían allí. Las salidas directas desde Cuba a EUA estaban suspendidas desde hacía unos años (desde la crisis de 1962, cuando mi tío “Quique” Guedes, estando en el aeropuerto de La Habana ya para coger su vuelo, tuvo que dar vuelta atrás). Entonces, en septiembre de 1965, Fidel Castro dice de pronto que “pueden venir a buscar a todos los familiares que quieran”, desde EUA, y tienen que hacerlo sólo por este puerto. Tenía una razón de “válvula de escape”: cuando dentro de Cuba había crecido el descontento, la dictadura dejaba salir a un buen grupo de “conflictivos” poco reductibles, y así disminuir la presión social. Muchos de esos que han decidido marcharse, van a dejar en manos del estado sus casas, puestos de trabajo y sobretodo no llegarán a pensar en hacer oposición dentro de Cuba. Cuando el régimen cubano vio la cantidad enorme de personas que quería marcharse, inmediatamente comienza a poner obstáculos. Impone la norma que los varones de 15 a 27 años no se pueden marchar con la excusa que “están en la

edad militar”. Ciertos profesionales o los que ocupan determinados puestos de trabajo que al parecer se consideran significativos, tampoco pueden usar esa vía. En definitiva, ya no era que todo el mundo que quisiera se marchara. De esta forma impedía la salida no sólo a esas personas señaladas, sino creaban límites a los familiares, que se veían abocados a una separación forzosa o a rechazar la salida del país.

Mi tío Rafa llamó por teléfono a mi abuela María desde EUA (la llamada se recibió en casa del vecino Carlos Toraño), ofreciéndose para ir a buscar, al menos, a algunos de la familia, pero mi abuela le contestó que “de ninguna manera”, por el riesgo que representaría ese viaje. Hay que recordar que eran embarcaciones generalmente pequeñas. Mi tío finalmente no fue, no quiso disgustar a mi abuela. A las pocas semanas, el Presidente de EUA Lyndon B. Johnson autorizó la entrada de estas embarcaciones a su país.

Ya en noviembre del mismo año 1965, el régimen cubano suspendió los viajes por Camarioca, aludiendo al “mal tiempo en el Estrecho de la Florida”. En el mes de noviembre, a causa de ese riesgo y del poco control que estaba teniendo el gobierno norteamericano de los que llegaban al país, se firmó un acuerdo entre la dictadura cubana y el gobierno de EUA, para la autorización de la salida definitiva de Cuba a través de la vía aérea: los llamados Vuelos de la Libertad, entre la playa de Varadero y Miami. Se calcula que unos 300.000 cubanos salieron a través de esa vía. Los vuelos duraron hasta el 6 de abril de 1973. Durante ese tiempo, los varones de 15 a 27 años siguieron sin poder salir. A los médicos les fue casi imposible: se les castigaba por años, durante períodos indefinidos en los que eran trasladados a puestos de trabajo inferiores y ubicados a veces a bastante distancia de la familia, esperando una autorización del Ministerio de Salud Pública (MINSAP) y el Departamento de Inmigración del Ministerio del Interior. Por supuesto, tampoco podían solicitar permiso de salida los trabajadores que tuvieran cargos de cierta responsabilidad y no digamos a militares o a miembros del Partido Comunista (el único existente en el país).

Durante el tiempo que duró la salida por esta vía, la mayoría de los adultos que se iban a marchar, luego de presentar la solicitud, debían esperar la autorización (siempre sin un plazo fijo) internados en unos campos de trabajos forzados. Los cubanos los llamaban “becarios de Johnson”, por el nombre del Presidente que firmó el acuerdo con el régimen cubano. Los internaban para realizar trabajos en la agricultura: corte de caña, limpieza de campos, recogidas de frutas u hortalizas, café, tabaco, etc. Vivían en barracones, en unas condiciones infrahumanas, con muy poca higiene, comida mediocre o mala. Estaban obligados a permanecer en ellos durante toda la semana laboral, y los dejaban a ir a sus casas los fines de semanas o cada quince días. Muchos de estos campos estaban situados en otras provincias y prácticamente siempre en otros municipios distintos a donde se residía. La autorización de salida definitiva del país podía demorar en llegar meses o años. A todos se les expulsaba antes del centro y puesto de trabajo o, si acaso aún hacían algún trabajo por cuenta propia, se los expropiaba el Estado cubano (en ese momento solo quedaban medianos o pequeños negocios particulares, el resto habían pasado a manos del Estado cubano, la dictadura los había expropiado sin dar indemnización).

A estos campos fueron familiares y amigos. Allí estuvieron “Quique” Guedes, Israel Guedes; Alfredo Guedes y Reinaldo González (mi tío político, casado con Angelina “Nena” Guedes) hasta que les llegó la autorización del gobierno para salir del país. Hasta mi padre estuvo en esos campos forzados. A pesar de que yo había cumplido los 15 años de edad y entraba en la franja prohibida, corría el bulo popular de que nos dejarían salir de Cuba y mi padre, sin perder las esperanzas, aguantó en esos campos durante varios años por si así sucedía. Estuvo en la provincia de Camagüey y en otros municipios. Al menos papi de joven había trabajado en el campo de mi abuelo, en la *colonia*, y le resultaba más llevadero,

pero muchos no estaban preparados para ese tipo de trabajo y se veían obligados a cumplir unas metas y llevar una disciplina, de lo contrario podían desautorizarles la salida. Además, mi papá no quería renunciar a la salida para evitar que más adelante le negaran viajar, si se presentaba la oportunidad. A mi padre, que conservaba aún entonces la *bodega*, se la quitaban antes de enviarlo a los campos de trabajo. Esto fue un tiempo antes de la llamada Ofensiva Revolucionaria, donde terminaron de expropiar todo tipo de actividad mercantil, incluso los oficios individuales.

A estos campos de trabajo forzado tuvieron que ir familiares de Lourdes; años después cuando la conocí lo supe. Entre esos familiares de Lourdes en esa situación estuvieron María Laura Ojeda, la hija de Ruperto Ojeda, y Marta (“Martica”) Curbelo González, la hija de Mirta González. Ambas sufrieron las vejaciones, el internado obligatorio, los trabajos extenuantes, la alimentación

■ Todos mis tíos se quedaban la última noche en casa de mis abuelos paternos y allí mis abuelos tenían que pasar por el dolor terrible de ver marcharse unos hijos y nietos, con grandes posibilidades no verlos jamás. Como ocurrió realmente. El día que viajaban, sin variar, a mi abuela María le subía la tensión arterial y mi abuelo iba por la noche a casa, a buscar a mi papá. Abuelo Antonio tocaba la ventana de madera de mi cuarto, el primero de la casa, que daba para el portal, y ya yo sabía lo que ocurría. Esto estuvo pasando hasta que, en una ocasión, a mi abuela le dio un ictus y quedó en un sillón de ruedas, sin poder hablar.

deficiente, los calores insoportables en el campo, el transporte peligroso en carretas y camiones atestados de personas por caminos de tierra sin condiciones, el ver pasar cangrejos cerca de sus camas (por la zona donde estaban sus albergues) y muchas cosas más hasta que les llegó la salida de Cuba.

Entre los hechos que recuerdo, antes que mi padre perdiera la *bodega*, es cómo Saúl Laguillo (amigo de la familia y padre de Jorge Laguillo, el amigo mío de la infancia y de la Iglesia), al perder su trabajo en las oficinas del banco (ya los bancos eran del Estado cubano) por haber presentado para marcharse del país, él, su esposa Esther y su suegra preparaban unas croquetas para vender y así subsistir. Le pidieron a papi que los dejara vender las croquetas en la *bodega*. Semanas después envían a Laguillo a los campos forzados y, un tiempo después, a papi.

A mami la expulsan de su trabajo de maestra el 7 de enero de 1966, a mitad de curso, por haber solicitado la salida del país. Una Resolución de la Dirección Regional de Educación de Unión de Reyes, firmada por María T. González Tejo –guardo la constancia escrita de esta condena–, expresa, entre otras cosas:

(...) por cuanto: la conducta contrarrevolucionaria (...) por cuanto resulta improcedente que continúe impartiendo la enseñanza (...) por cuanto no puede ser educadora de los hijos del Pueblo (...) resuelve expulsar deshonorosamente de la docencia a Eva Sánchez Ruiz.

Sin embargo, a ella no se la llevaron al campo, como hicieron con muchas otras mujeres, quizás porque tenía una hija menor (mi hermana) y a mí a su cargo, y a papi ya lo habían llevado al trabajo forzado. Fue una época que pasamos mucha estrechez económica, no sólo por la situación general del país, sino por la particularmente precaria en que quedaron mis padres: el único dinero que entraba era un salario mísero que recibía papi. La expulsión de su trabajo le produjo a mami un gran sufrimiento. No sabía cómo

explicarle a su padre por lo que estaba pasando. Abuelo Rafael, siempre tuvo una gran ilusión que ella fuera maestra, esto lo sentía ella a pesar de que no era responsable de esa injusticia.

Durante este período del puente aéreo de Varadero a Miami, se marcharon todos estos tíos míos y sus familias: Enrique Guedes y Rosa López con mis primos Alida, Albita y Enríque (“Quiquito”). Israel Guedes y Nila Cores sus hijos Israel (“Israelito”) y Ana María. Alfredo Guedes y Julia Cobo y el primo Alfredito. Los últimos, el 15 de julio de 1968, Angelina (“Nena”) Guedes y Reinaldo González con mis primos mellizos Cristina y Jorge, acompañados por la mamá de Reinaldo, Angelina, ya que Pablo González había fallecido años antes. Mi primo Reinaldito, se había ido solo antes, vía España, en agosto de 1966. También se marchó por este puente aéreo mi tía abuela Josefina Guedes. La tía Josefina fue antes a La Habana para despedirse de la familia que vivía en la capital.

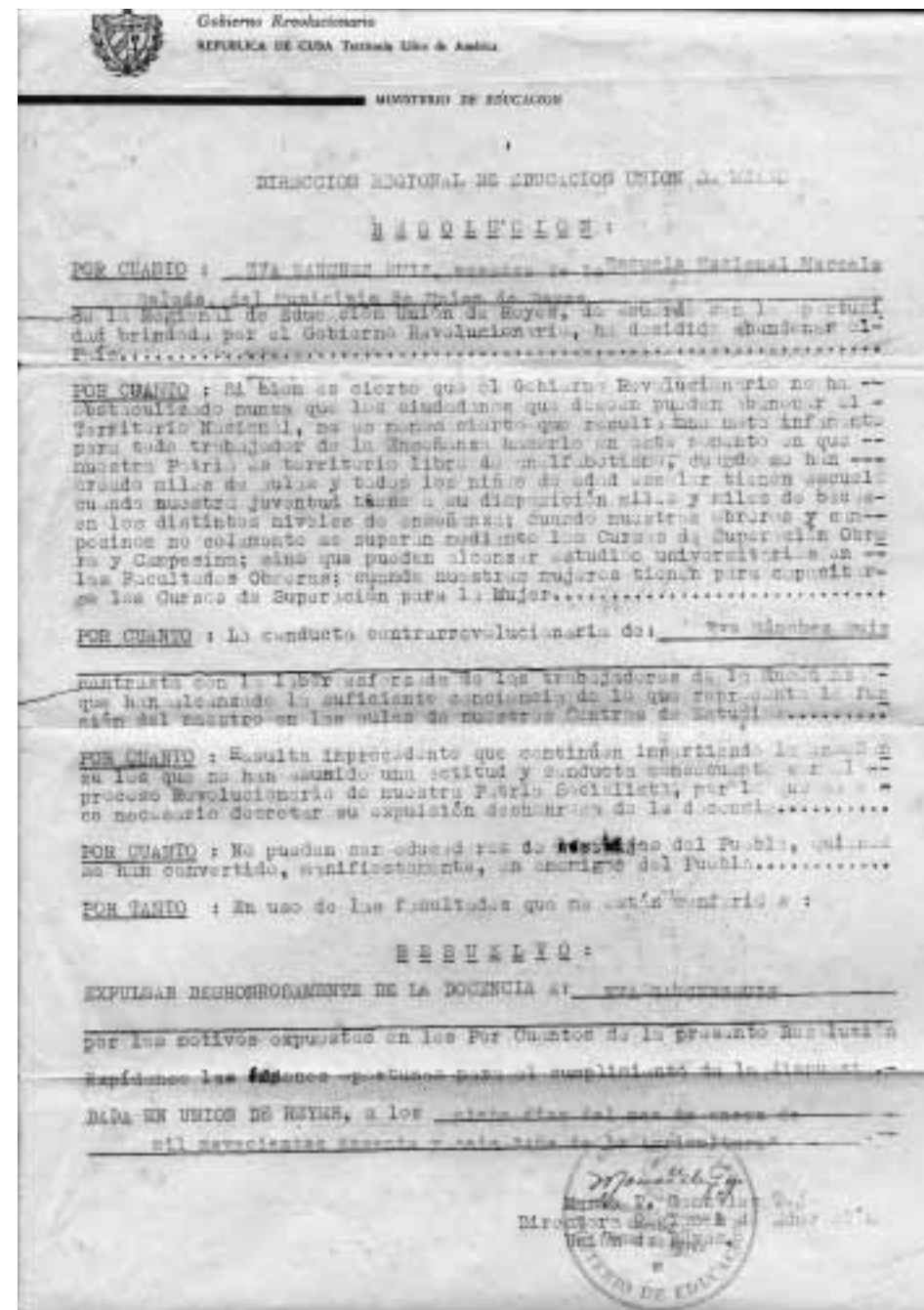
Entre ellos se encontraba Eloísa Álvarez Guedes, artista que simpatizaba con el régimen. Cuando la tía abuela fue a despedirse, Eloísa le pide que no se marche de Cuba, que incluso “venga a vivir a su casa, que le deja poner su altarcito con la Virgen y los Santos”, como Josefina tenía en su cuarto en casa de mis abuelos. Entre las razones que le dio Eloísa para que se quedara en Cuba fue el hecho que “ella cada vez se quedaba más sola” –la familia en su mayoría se había ido del país. El hermano de Eloísa, Guillermo Álvarez Guedes, también artista, ya se había exiliado.

Todos mis tíos se quedaban, como dije anteriormente, la última noche en casa de mis abuelos paternos y allí mis abuelos tenían que pasar por el dolor terrible de ver marcharse unos hijos y nietos, con grandes posibilidades de no verlos jamás. Como ocurrió realmente. El día que viajaban, sin variar, a mi abuela María (que padecía de hipertensión arterial), le subía la presión y mi abuelo iba por la noche a casa, a buscar a mi papá. Abuelo Antonio tocaba

la ventana de madera de mi cuarto, el primero de la casa, que daba para el portal, y ya yo sabía lo que ocurría. Esto estuvo pasando hasta que, en una ocasión, a mi abuela le dio un ictus y quedó en un sillón de ruedas, sin poder hablar.

De los Guedes, se quedaron y fallecieron en Cuba María Julia y Armando. Mis padres pudieron salir al fin el 23 de noviembre de 1994 y llegaron a Madrid el 24 de noviembre.

Página siguiente (derecha): facsímil de la “Resolución de expulsión deshonorosa de la docencia” a mi madre, emitida por el Ministerio de Educación del Gobierno Revolucionario, en enero de 1969.



Recuerdo que el primer fin de semana en la Escuela al Campo, un domingo cuando recibimos la visita de nuestros padres, mi tía “Nena” Guedes, mamá de Reinaldito, al levantar el saco de yute de nuestro albergue para poder entrar, le expresó a papi: “Nico, yo me voy de Cuba, aunque sea en un orinal”.

Estando en la Secundaria Básica Diego Vicente Tejera, en segundo curso (1965-1966), con catorce años de edad, nos mandan durante quince días internados al campo, para los llamados “trabajos productivos” o “voluntarios”. Era el primer año que nuestra escuela (del estado, por supuesto, como todas en esa fecha) nos enviaba internados a un campo, ese año perteneciente al pueblo Juan Gualberto Gómez (antes Sabanilla). Pero no estábamos solos los varones: había chicas también. Nuestro albergue estaba en abrevaderos de ganado vacuno. No exagero: literalmente eran estos sitios, que tenían algo de techo, pero no paredes. Lo adaptaron colocando sacos de yute. El suelo era de tierra. Dormíamos en hamacas de yute, muy estrechas, donde fácilmente podíamos dar la vuelta y caer al suelo –de hecho, mi primo Reinaldito Guedes González, que aún estaba en Cuba, en mi mismo curso, no pudo dormir en ellas, por-

que estaba muy grueso: tuvo que hacerlo directamente en el suelo de tierra, encima de unos sacos de yute.

A este internado de la Escuela en el Campo tenían que traer el agua potable para beber y para cocinar, y la de ducharnos, en unos camiones cisterna (en Cuba los llamamos *pipas*). Alrededor de esos camiones, el agua que caía de los grifos se formaba un tremendo fango. Para *bañarnos* (como decimos allí), se prepararon unas duchas improvisadas al aire libre, limitadas con “paredes” que eran, cómo no, sacos de yute. Nos echábamos encima el agua fría, sacándola con unos jarros de unas latas de metal. Estos depósitos teníamos que traerlos de nuestras casas. Como en Cuba ya faltaban muchas cosas, algunos compañeros calentaban el agua con unos “calentadores” improvisados, unos dispositivos hechos con una lata de leche condensada a la que se ataban dos cables de luz separados (positivo y negativo) en un extremo; el otro extremo del cable se enganchaba a la toma de corriente. Aunque había modificaciones en la forma de hacer este tipo de calentadores, había que tener mucho cuidado de no meter la mano en el agua mientras estaban ahí, de lo contrario te cogía la corriente eléctrica... Y menos mal que en Cuba en esa época la corriente era de 120 voltios y no 230. Igualmente, defecar y orinar se hacía al aire libre, con los sacos de yute a modo de pared. En la tierra habían hecho unos huecos y encima habían puesto cemento, excepto en el orificio donde depositábamos nuestras necesidades.

Comíamos en unas bandejas de metal grasientas (las limpiaban sumergiéndolas en unos tanques o depósitos de agua casi sin detergente). La alimentación, pésima: harina de maíz, a veces patatas o arroz, alguna carne (cuando la había) de no sabíamos qué procedencia. En el desayuno una “leche” en polvo, pastosa y de mal sabor (hecha Dios sabe de qué), algún pan duro... y así prácticamente toda la dieta. Por la noche, la luz era mortecina, de unas bombillas amarillas con poco vigor.

El trabajo en el campo debía cumplir con unas metas. Recordar que éramos adolescentes, sin costumbre de hacer esos trabajos y sin condiciones creadas para hacerlos. Nos trasladaban en carretas tiradas por bueyes o tractores. Por la noche muchos chicos se dedicaban a mirar a través de las paredes de los sacos de yute, que a veces casi caían o traslucían con la luz interior, a las chicas que dormían o se cambiaban de ropa en sus albergues vecinos o cuando se duchaban.

No puedo dejar de mencionar una anécdota de una compañera de clase, no recuerdo su nombre, pero sí su reacción cuando nos dieron la noticia de que íbamos esos quince días internados al campo. Ella saltó de alegría. Para mí eso fue un símbolo de la frivolidad de gran parte del pueblo cubano, ante todo aquello que ocurría y lo que se avecinaba. Nunca sabré cómo siguió pensando esa compañera de estudios después de pasado el tiempo y ver los resultados, en degradación de valores, involución económica, cultural, política y familiar, que ha implicado ese régimen. Y, entre los hechos vividos, qué pensará ahora de aquellos “trabajos productivos” o “voluntarios”. En mi caso, recibí la noticia de ir al campo con gran tristeza, angustia y desasosiego, por lo que implicaba. Dejar mi casa, a los míos, e ir a hacer algo en lo que no creía y sabía que sería un desastre, un sufrimiento inútil.

Recuerdo que el primer fin de semana, un domingo cuando recibimos la visita de nuestros padres, mi tía “Nena” Guedes, mamá de Reinaldito, al levantar el saco de yute de nuestro albergue para poder entrar, le expresó a papi: “Nico, yo me voy de Cuba, aunque sea en un orinal”.

Los objetivos de estos internados en el campo realmente no eran que conociéramos románticamente el trabajo en el campo y nos formáramos como personas integrales, etc. Eran una manera de adoctrinarnos, alejarnos de la familia y nuestros ambientes, de nuestros valores, costumbres. Nos llevaban a la degradación moral, nos deshumanizaban, entre ellos en el plano de la sexualidad. Por supuesto, éramos también mano de obra barata, aunque la mayoría de las veces dejásemos más pérdida que otra cosa. Mentíamos al dar las metas cumplidas y no sabíamos hacer ese trabajo de campo: todo constituía una pérdida económica y de tiempo. Por eso el objetivo de estos planes de la “escuela al campo”, eran básicamente ideológicos, para inducir cambios de la persona: en su ética, valores, cultura, etc.

No puedo dejar de mencionar una anécdota de una compañera de clase, no recuerdo su nombre, pero sí su reacción, cuando nos dieron la noticia de que íbamos esos quince días internados al campo. Ella saltó de alegría. Para mí eso fue un símbolo de la frivolidad de gran parte del pueblo cubano, ante todo aquello que ocurría y lo que se avecinaba. Nunca sabré cómo siguió pensando esa compañera de estudios después de pasado el tiempo y ver los resultados, en degradación de valores, involución económica, cultural, política y familiar, que ha implicado ese régimen. Y, entre los hechos vividos, qué pensará ahora de aquellos “trabajos productivos” o “voluntarios”. En mi caso, recibí esa noticia de ir al campo con gran tristeza, angustia y desasosiego, por lo que implicaba. Dejar mi casa, a los míos e ir a hacer algo en lo que no creía y sabía que sería un desastre, un sufrimiento inútil.

Planes de fuga

De Cuba se han marchado definitivamente personas de todas las razas, regiones, edades, religiones, profesiones, niveles económicos y culturales –e incluso de diferentes ideologías. Escritores, políticos, intelectuales, diplomáticos, militares, campesinos, obreros, estudiantes... durante todas estas décadas y por todos los medios y lugares posibles, se han marchado. Se calcula que el 20% de la población vive fuera del país. Escaparon del “paraíso socialista”, es decir, “votaron con los pies”.

En el año 1965 y, viendo que tanto mi primo Reinaldito como yo íbamos a cumplir los 15 años próximamente (el cumpleaños de Rey es el 10 de octubre y el mío el 25 de septiembre, nacimos en el mismo año 1951), y que la dictadura había establecido que los varones de 15 a 27 años no podíamos emigrar, nuestros padres, con ayuda de nuestros tíos Rafa y Gonzalo, que ya vivían en los EUA, trataron de sacarnos por España, ya que directamente a América no había vuelos. El objetivo era esperar el tiempo que pudiera faltar para que nos concedieran entrada en EUA, ya a

salvo en España. Nuestros tíos pusieron el pasaje a través de un *money order* (porque desde Cuba uno podía comprar el boleto, pero el dinero cubano en curso no tenía valor de cambio). Se pidió a Inmigración la autorización de salida y para sacar los pasaportes. En aquellos tiempos, para dar la visa, España pedía que los viajeros tuvieran la firma de tres personas como avales, uno que fuera un sacerdote y dos ciudadanos españoles. Como había en Cuba muchos ciudadanos españoles, en el caso nuestro nos dieron los avales Enrique Toraño (el antiguo dueño en Unión de Reyes del almacén de la Hatuey) y Carlos Toraño (que fue el dueño del almacén del refresco Ironbeer en nuestro pueblo), además de nuestro párroco Adolfo Guerra. A nosotros dos, nos hacen el famoso “inventario” (explico después en que consiste) para salir del país. El día de mi inventario, el militar que viene a realizarlo, saluda muy amigablemente a Tony Matovelle, el hijo de nuestro vecino, que estaba planchando en ese momento en su tintorería, que aún conservaban. Este Tony Matovelle –como mencioné anteriormente– sospechábamos que era de la Seguridad del Estado.

A Rey le llega la autorización para marchar a España en agosto de 1966, con 14 años (casi los 15) de edad. Sin tener familiares en este país, lo recibe en el aeropuerto una persona conocida de la familia, que lo lleva a un hostel que existía en la calle de Alcalá 81, frente al Retiro, en Madrid. Rey estuvo tres meses en España, hasta que le llegó la salida para EUA, y en Miami estuvo viviendo con mi tío Rafa y su familia hasta 1968, que llegaron sus padres. En mi caso nunca me llegó la salida.

Entre las tantas dificultades que tuvimos que enfrentar, una fue encontrar con qué maleta podríamos viajar. En Cuba había una escasez total, era muy difícil adquirir una, o un maletín. En Unión de Reyes había un señor que hacía maletas tejidas de mimbre –de momento se lo toleraban, ya que no tenía una tienda ni lugar para vender. En definitiva, que nos mandan hacer una maleta para Rey

y otra para mí. Con una viajó mi primo; la mía, como no me dieron la salida, la conservé un tiempo. Era muy endeble y, para un viaje por avión, sumamente frágil.

En Cuba, si las autoridades tenían noticias de que algún joven no deseaba irse del país con sus padres, visitaban a la familia y al joven y les advertían que la Revolución se haría cargo del menor y los padres se podían ir. Así fue el caso de una adolescente de Jagüey Grande, de la que se decía que, por tener un novio, no quería marcharse con los padres. El que era Ministro de Educación en ese momento, José Llanusa (cuya profesión era entrenador de baloncesto), fue a visitar a la chica. Menos mal que finalmente ella dijo que se iría con los padres, de lo contrario no se hubiera marchado y los padres sí, o hubieran tenido que quedarse todos en el país. En Cuba, en la práctica, la patria potestad de los menores no funciona cuando al régimen le interesa. Existían en Cuba las “casas de los hijos de la patria” para casos como estos, o para hijos de personas del régimen que habían fallecido, o estaban en situaciones que no los podían atender, porque estaban cumpliendo “misiones” del gobierno y no tenían otros familiares que podían hacerse cargo, o sencillamente porque consideraban que era mejor para su “educación comunista”.

Mi salida, es decir, la autorización de Inmigración, como mencioné antes, no me llegó. No supimos jamás por qué. Hicimos múltiples especulaciones. Mi padre hizo muchas gestiones, incluso fue estafado por alguien que se personó en mi casa vestido de militar, diciendo ser miembro del Ministerio del Interior y que habían hablado con mi tío Armando Guedes. Aseguró que “podía ayudarme a marchar de Cuba”, previo pago de una cantidad de dinero. Seguramente a otros muchos cubanos también les sacaron dinero, haciéndoles falsas promesas que sabían que no iban a cumplir. Un tiempo después, a pesar de que yo “había cumplido la edad militar”, los 15 años, cuando le expropiaron la *bodega* a mi padre para

llevarlo a los trabajos forzados por haber pedido la salida de Cuba, él decidió ir a hacer esos trabajos. Como dije anteriormente, con la esperanza de que me autorizarían la salida en algún momento. Un día, sin previo aviso, se presentaron unos militares/milicianos en la *bodega* de mi padre. Lo hicieron salir, sin dejarle sacar ningún papel: ni personal ni los de propiedad. Esto es lo que hacían normalmente cuando les quitaban los negocios a los cubanos. En todos los casos.

Esto ocurrió meses antes de lo que se llamó Ofensiva Revolucionaria. Tiempo después, cuando a mis padres y hermana les llega la autorización para marcharse definitivamente de Cuba, mi padre dice que “él sin mí no se va”, “si no me dejan ir con ellos”. Como le decían que a mí no, mi padre respondía que “él había pedido salida para cuatro, con sus dos hijos, y no para tres”. Entonces le proponían que renunciara a la salida. Papi respondía a su vez que no, y así hasta por lo menos en tres ocasiones que lo citaron a Inmigración. Incluso, en uno de ellas, oyó que los militares de Inmigración de Matanzas comentaban: “este es el que no sale, pero tampoco renuncia a la salida”. Mi padre no quería renunciar a la salida, porque era un derecho de él y, si había la posibilidad de más adelante de marcharnos todos, no fueran a decir las autoridades: “usted renunció a la salida”.

Muchas familias dejaron en Cuba a sus hijos varones con “edad militar” de 15 a 27 años, a cargo de familiares. Otros decidieron no hacerlo, y quedarse en Cuba para no dejar atrás a sus hijos, menos en la realidad cubana. Mis padres fueron de esta forma de proceder. Pensaban que lo peor estaba dentro de Cuba y que ellos se debían quedar hasta que yo pudiera salir. Siempre opinaban que “los hijos por delante”, es decir, que se marcharan primero que los padres o lo ideal al mismo tiempo que ellos. Claro, muchos tenían la disyuntiva de sacar de Cuba a un varón que aún no había cumplido la edad militar y dejar otro. La realidad es que muchos jóvenes que conocí que tuvieron que quedarse en Cuba con algún familiar mientras sus padres habían partido para el extranjero.

A estos jóvenes les afectó psicológicamente la separación. Algunos se sintieron abandonados, aunque esa no fuera la intención de sus padres. Otros hicieron un cambio radical y se comprometieron con el régimen comunista, quizás como reacción a su situación familiar... Y así una larga lista de situaciones diferentes.

También muchos de los que se quedaron asumieron bien su situación. Incluso años después han logrado marchar al exilio, solos o con una familia formada. Todo esto me provoca pena y tristeza, porque es un daño humano profundo que el comunismo ha provocado a muchas familias, personas que he conocido. La separación de las familias y de amigos es uno de los sufrimientos que mayores daños ha provocado y provoca ese sistema político. En mi caso me alegré que mis padres tomaran la decisión de quedarse con Evita y conmigo, es cierto que no era lo mismo si hubiera tenido un hermano varón, pero esa decisión de mis padres nos ayudó para sentirnos apoyados dentro de lo que es toda Cuba, una prisión.

“El Inventario” se producía cuando toda persona solicitaba a las autoridades cubanas la salida del país. En ese mismo momento, ellos se presentaban en el domicilio para hacer un inventario. Una lista de todas las cosas que había allí: tazas de café, muebles, efectos electrodomésticos, ropa... Cuando, pasado un tiempo –que podían ser meses o años–, te autorizaban la salida, volvían a la casa y revisaban el inventario que habían hecho tiempo atrás. Teníamos que conservar *todo* lo que se había incluido en el inventario: aunque se hubieran roto, digamos las tazas, había que guardar los trozos, o el equipo eléctrico inservible. De lo contrario, se corría el serio riesgo de perder la salida del país. No podías vender, o regalar a familiares o amigos, *ningún* objeto de la casa, todos de tu propiedad. Si querías hacerlo, tenías que haber sacado de tu domicilio, con un tiempo anterior y prudencial a la solicitud del permiso de salida del país, el objeto que querías dejar a un familiar, o quizás poder

vender –esto no era fácil, porque los Comités de Defensa de la Revolución, y otros organismos estatales, estaban siempre alertas para controlar cuando uno sacaba cualquier cosa de su casa. Si asociaban la salida de algo (de tu propiedad) que hubieras sacado de tu casa antes de hacer el inventario, ponías también gravemente en peligro la salida tuya del país. Hay que recordar que todo cubano, y aún más alguien que no está con el régimen o que piensa marcharse de Cuba, está siempre vigilado por los CDR. Y que un miembro del Comité que corresponde a tu domicilio ha acompañado al militar de Inmigración en el momento de hacer el inventario, y después lo hará de nuevo al revisarlo en el momento de la salida. En el caso mío y de mi primo Reinaldito, en el año 1966, como la salida sería para nosotros solos –y en nuestras casas continuaría viviendo el resto de la familia–, nuestro inventario consistió en cosas personales, principalmente ropa, libros, prendas de valor (como anillos o cadenas), nuestros muebles (como la cama), entre otros objetos. En el momento de la salida, revisarían de nuevo el listado.

Cuando toda una familia marchaba de Cuba perdían la propiedad de su casa, si la tuvieran. Al menos el día antes del vuelo tenían que dejar el domicilio e irse a otro lugar. La vivienda la precintaban y, en un tiempo, la dictadura disponía de ella según su conveniencia. Las mejores casas –y/o las situadas en los barrios destacados de la capital– podían convertirlas en oficinas del régimen o alquilarlas como embajadas u oficinas de empresas extranjeras, o viviendas para técnicos o funcionarios extranjeros –o para que las ocuparan dirigentes del gobierno. Las menos solicitadas, podían pasar a personas del pueblo o de la ciudad, siempre dando prioridad y teniendo en cuenta su “integración” al régimen. Es decir, si demostraban apoyo o no al sistema comunista. Al menos aparentemente.

La “salida definitiva” fue otro concepto aberrante del régimen comunista. A todos los que podían salir de Cuba, desde 1959, y

durante las décadas de los 60, 70 y 80, la única posibilidad de salir de Cuba era la “salida definitiva”. Incluso actualmente, aunque existan otras, todavía se mantiene esa fórmula de “salida definitiva”. O sea, si decidías salir de Cuba tenía que ser sin posibilidad de regresar.

A finales de los años 70, cuando empiezan a autorizar a los cubanos que viven en el extranjero – que se hubieran marchado luego de la dictadura– a viajar para visitar la isla, los permisos son sólo para eso: visitas por unos días. Aun así, a muchos no los dejan entrar, aunque quieran, bien por sus pronunciamientos políticos en el extranjero, bien por castigo. Por supuesto otros, como yo, aunque nos dejaran entrar –no parece probable a mí me autorizaran, dadas mis implicaciones en la oposición a la dictadura, de manera pública y notoria–, pues a otros no nos interesa ir de visita. Mientras esté la dictadura comunista, nos sentimos exiliados políticos. Los cubanos que nos hemos marchado definitivamente, también perdimos nuestros trabajos, la vivienda, los coches los que lo tuvieran, nuestras cosas personales, hasta nuestro derecho de cobrar pensión de jubilados en el extranjero o el reconocimiento de los años trabajados en Cuba. Antes de salir, en dependencias del aeropuerto, éramos registrados minuciosamente, así como los equipajes (fuera de nuestra presencia). Ciertas cosas (algunas prendas, documentos, fotos...) había que buscar la manera de mandarlas al extranjero de manera clandestina, bien sea a través de una embajada o de alguien que fuera de visita a Cuba y al que tuviéramos confianza, con la seguridad que esa persona tuviera posibilidad de hacerlo llegar fuera del país.

Los que hemos salido de Cuba definitivamente, con autorización de la dictadura, después de mucho trabajo, tiempo, sufrimiento, dejando atrás familiares, amigos, cosas, trabajo, vivienda, patria, etc. nos podíamos llevar una cantidad limitada de ropa, no podíamos viajar con anillos, cadenas, prendas, libros, títulos (de estudios o de propiedad), fotos personales... Si lo intentábamos, nos los decomisaban en el aeropuerto. Tampoco podíamos traer dinero: la

Cuando ya había cumplido los 15 años y me habían denegado la salida por la “edad militar”, junto con mi amigo Tito Méndez, que vivía al doblar de casa y estaba en las mismas, aunque sus padres sí habían salido, hicimos también nuestro intento clandestino. Una noche, desesperados, nos fuimos a la playa de Varadero, para robar una lancha e irnos a EUA. Una locura total: no teníamos idea de navegación, no teníamos condiciones para llevar agua y alimentos. Íbamos simplemente a arriesgarnos a perdernos, en las terribles condiciones del Estrecho de la Florida, sin contar el riesgo de que nos detuvieran las autoridades cubanas. Por “suerte” no encontramos una lancha con condiciones y no nos cogió la policía. Esto durante años no lo contamos a la familia, ni a nadie, por temor. El solo hecho de pensarlo y de intentar hacerlo, nos podía costar cárcel.

moneda cubana no vale en ninguna parte del mundo; la tenencia de dólares o cualquier moneda extranjera, durante décadas fue castigada en Cuba con pena de cárcel (y la inmediata anulación del permiso de salida, claro).

Muchos cubanos han tenido que salir de Cuba con lo puesto. Bien porque los expulsaban rápidamente, bien porque lograban hacerlo, con grave riesgo de sus vidas, sin autorización, principalmente a través de balsas improvisadas (pateras)... Pero también

con otros métodos sorprendentes, como saltando el muro de alguna embajada u ocultos en el tren de aterrizaje de un avión: alguno llegó con vida, aunque la mayoría de los que lo intentaron de esa forma han fallecido. Algunos, después del largo viaje a España, llegaron muertos. Por congelación y víctimas de la presión atmosférica en las alturas.

Se calcula que miles de cubanos, durante décadas, han fallecido tratando de cubrir las 90 millas (unos 120 km) que nos separan del sur de EUA, atravesando el Estrecho de la Florida, por causa de la corriente del Golfo, naufragos de las abundantes tormentas, devorados por tiburones o tiroteados por los navíos guardacostas de la dictadura. A los que cogen en este intento les toca la prisión —y aún más en las décadas de los años 60, 70, 80 y 90. Esta tragedia de los cubanos la prensa internacional, excepto en algunos momentos específicos, no la menciona, pero la salida de los *balseros* en pateras rudimentarias (hechas a mano clandestinamente con neumáticos, madera, tanques de metal...), estas salidas ilegales han sido y son una realidad constante, de un gran coste humano.

Juan Francisco “Paquito” Arencibia, un joven amigo de mi pueblo y de la Iglesia, estuvo preso en el año 1967 por el “delito” de salida ilegal de Cuba. Fue condenado, junto con otros cinco, a tres años de cárcel. El grupo de Paquito preparó la *balsa* o patera de la siguiente manera: nueve tanques de metal de 55 galones, distribuidos en líneas de tres cada una. En el tanque central hicieron un hoyo en el cual iba el motor, que se habían llevado de una vaquería. Encima de los tanques atornillaron una plataforma de madera, y encima de ella iban todos. Otras balsas eran de neumáticos y cuerdas. Las hay de diferentes materiales improvisados y de una enorme fragilidad.

La crueldad del régimen comunista cubano se manifestó en lo ocurrido en la madrugada del 13 de julio de 1994 (ya vivía yo en España) con el Remolcador 13 de Marzo, una nave vieja y deteriorada que intentaba huir de Cuba llevando 72 personas a bordo. Aún estaba en aguas territoriales cubanas, cuando varios remol-

cadores del gobierno, equipados con mangueras de agua a presión, lo embistieron para detenerlo. La acción se convirtió en criminal cuando el 13 de Marzo terminó hundiéndose, dejando un saldo de 41 ciudadanos muertos —de ellos, 10 eran niños. Las madres enseñaban los niños que llevaban en brazos a los atacantes del gobierno, para que no continuaran echando los chorros de agua a presión, sin conseguir detener el ensañamiento. El régimen cubano, hasta el día de hoy continúa afirmando que todo fue un accidente. En su momento, Fidel Castro calificó ese acto criminal como “un esfuerzo verdaderamente patriótico”.

Una anécdota de lo que me pasó con relación a las salidas ilegales de Cuba, por *balsas* o lanchas clandestinas. Ocurrió cuando ya había cumplido los 15 años y me habían denegado la salida, junto con mi amigo Tito Méndez, que vivía al doblar de casa y estaba en las mismas, aunque sus padres sí habían salido y también su hermana Olguita. Tito se quedó en su casa junto con su tío Colo, su esposa Mery y su hija Vivian, que se habían mudado desde el central azucarero Santo Domingo.

Pues Tito y yo un día, desesperados —creo que tendría 15 o 16 años—, nos fuimos a la playa de Varadero, de noche, para coger una lancha e irnos a EUA. Una locura total: no teníamos idea de navegación, no teníamos condiciones para llevar cosas (agua y alimentos para la travesía). Íbamos simplemente a robar una lancha y arriesgarnos a perdernos, en las terribles condiciones del Estrecho de la Florida —sin contar con el riesgo de que nos cogieran las autoridades cubanas. Por “suerte” no encontramos una lancha con condiciones y no nos cogió la policía. Esto durante años no lo contamos a la familia, ni a nadie, por temor. El solo hecho de pensarlo y de intentar hacerlo, nos podía costar cárcel. Sé del caso de un joven que soñó que mataba a Fidel Castro, su mamá lo comentó con una “amiga” en el mercado, lo cogieron preso y cumplió condena por el sueño. Con el tiempo, Tito se marchó de Cuba y, como

su tío Colo ya estaba viviendo en el domicilio de él hacía varios años, por eso pudieron quedarse en la casa, hasta que pasado el tiempo Colo y familia también se marcharon de Cuba.

De Cuba se han marchado definitivamente personas de todas las razas, regiones, edades, religiones, profesiones, niveles económicos, culturales e incluso de diferentes ideologías. Entre ellos, los actores cómicos se largaron de la Isla prácticamente corriendo: Guillermo Álvarez Guedes (primo segundo mío), Garrido y Piñero, Leopoldo Fernández (“Tres Patines”) con su Tremenda Corte, Lita Romano, Luis Echegoyen (“Mamacusa Alambrito”), Manela Bustamante (“Cachucha”), Lilia Lazo. También escaparon los más famosos cantantes cubanos, como Olga Guillot, Celia Cruz, Fernando Albuerne, Blanca Rosa Gil, La Lupe, Freddy, Vicentico Valdés. Los musicales continuaron, sin estrellas extranjeras, con pocas estrellas cubanas, con mucha autocensura y siempre pendientes de “qué les pasará”. Escritores, políticos, intelectuales, diplomáticos, militares, campesinos, obreros, estudiantes... durante todas estas décadas y por todos los medios y lugares posibles, se han marchado. Se calcula que el 20% de la población vive fuera del país. Escaparon del “paraíso socialista”, es decir, “votaron con los pies”. La inmensa mayoría de las personas que se marcharon de Cuba en los años 60, 70 y 80, de todas las edades (desde recién nacidos hasta muy mayores), lo hacían sin posibilidad de volver. Sólo décadas después se les permitió regresar de visita (de esto hablaré más adelante, es decir, de los “gusanos” convertidos en “mariposas”). Personas que llegaron al exilio a diferentes países, principalmente EUA, sin dinero, sin bienes, muchos incluso sin sus seres queridos. Miles de cubanos se han marchado sin familia o con una parte de ella, dejando atrás al resto, sin saber si algún día se reunirían de nuevo. Esos reencuentros de la familia no siempre se han podido dar. Al llegar a otro país han tenido que comenzar de cero, trabajando de cualquier cosa: limpiando casas, en la agricultura,

lavando platos en cafeterías, cuidando enfermos, en industrias (en EUA conocidas como *factorías*), repartidores ambulantes, etc. Hasta los muy mayores, ya pasada la edad de jubilación, han tenido que trabajar, esto con más posibilidades en EUA. Con los años, la inmensa mayoría han salido adelante, principalmente en EUA. Así la ciudad de Miami es hoy la que es, gracias fundamentalmente a los cubanos.

La creatividad, la pujanza, la diversidad, la laboriosidad y el éxito de los cubanos fuera de Cuba... son una prueba más del fracaso del sistema comunista cubano. La Isla se perdió estas oportunidades y el desarrollo a que hubieran contribuido los cubanos que han podido marchar fuera. A los que se quedaron o no han podido irse, les han cortado las alas y les han impedido que hagan lo mismo. Cuando años después conocí a Lourdes, supe que, en los años 60, sus padres habían hecho gestiones para que ella sola saliera de Cuba y viniera a España a estudiar en un internado de monjas, para sacarla del comunismo. Esperaría en España la autorización de entrada a EUA, por reclamación de algún familiar residente allá. Le hicieron también el inventario de sus objetos personales. Nunca le llegó la salida y no supieron cuál fue el motivo. En su caso, por ser mujer, no podía ser lo de la edad militar.

También supe que Orlando Ojeda, su hermano, estaba muy deseoso de irse de Cuba. Había hecho gestiones para marcharse directamente a EUA, años antes de las gestiones que le estaban haciendo a Lourdes, en la época que aún existían los vuelos directos. Ya le habían enviado desde EUA una de las llamadas Visas Waiver (exención de visado de entrada), pero los vuelos se cancelaron por la Crisis de los Misiles, como sucedió con mi tío. Sus padres no querían en aquel momento que se fuera solo, por lo joven que era. Cuando Orlando vio que no podía marchar de Cuba, sufrió mucho, lloraba desconsoladamente.

Caza de almas

Las UMAP (Unidades Militares de Ayuda a la Producción) fueron campos de trabajo forzado establecidos en la provincia de Camagüey, que funcionaron entre noviembre de 1965 y julio de 1968. Un estimado hecho por dos antiguos agentes de la inteligencia cubana eleva a 35.000 el número de reclusos. La mayoría, religiosos y homosexuales. Religiosos de diversos credos: Testigos de Jehová, abakuás, adventistas del Séptimo Día, católicos, bautistas, metodistas, pentecostales, episcopalianos, santeros, gedeonistas. Pero incluso jóvenes por utilizar ropas “sospechosas”, leer libros “raros” o no ser respetuosos con los símbolos de la Revolución. Eran los Comités de Defensa de la Revolución (CDR) los encargados de facilitar candidatos, y podía ser internado cualquiera que fuese considerado “antisocial” o “contrarrevolucionario”.

Las UMAP (Unidades Militares de Ayuda a la Producción) fueron campos de trabajo forzado establecidos en la provincia de Camagüey, que funcionaron entre noviembre de 1965 y julio de 1968. Un estimado hecho por dos antiguos agentes de la inteligencia cubana eleva a 35.000 el número de reclusos. La mayoría, religiosos y homosexuales. Religiosos de diversos credos: Testigos de Jehová, abakuás, adventistas del Séptimo Día, católicos, bautistas, metodistas, pentecostales, episcopalianos, santeros, gedeonistas. Pero incluso jóvenes que vistieran ropas “sospechosas”, leyeran “libros raros” o no fueran respetuosos con los símbolos de la Revolución. Eran los Comités de Defensa de la Revolución (CDR) los encargados de facilitar candidatos: podía ser internado cualquiera que fuese considerado “antisocial” o “contrarrevolucionario”.

Los reclusos trabajaban largas jornadas en la agricultura, de lunes a sábado, desde el amanecer hasta el anochecer, durante la zafra azucarera. Se les negaba la comida en el caso de que no cumplieran las cuotas de producción y recibían el mismo pago que los movilizados por el Servicio Militar Obligatorio: 7 pesos cubanos al mes. Tenían libres aquellos domingos en los que no estuviese programado trabajo voluntario. En cada uno de los campamentos, el político a cargo se ocupaba de la reeducación de los reclusos, y las sesiones de concientización solían ser más largas los domingos. En ocasiones, sobre todo cuando recibían permiso de visita, los hacían marchar vestidos de uniforme. Seguramente con el fin de hacer creíble la versión de que aquello era una suerte de servicio militar.

Existía toda variedad de trato por parte de los guardas, desde el abuso hasta la compasión. Pero quienes recibieron el peor fueron, indudablemente, los Testigos de Jehová: también fueron los que más resistencia hacían para no doblegarse. El resto, en su inmensa mayoría, fueron sometidos por la presión y el miedo. Los Testigos de Jehová fueron golpeados, pasados por falsas ejecuciones, enterrados hasta el cuello en la tierra, atados desnudos con alambre de púas sin comida ni agua, hundidos en la mierda de las letrinas,

colgados por los brazos del asta de la bandera. No les permitían recibir visitas o correspondencia, y no gozaban de pase fuera del campamento.

Las UMAP constituyeron parte de una política sanitaria de erradicación de la homosexualidad, entendida como enfermedad prevenible. Un lema que colgaba de los campos, y que el gobierno no se cansaba de repetir, era “El trabajo los hará hombres”. Hay un informe del ministro de Salud Pública que, en 1965, llamaba a la prevención temprana de esos casos. Existe un artículo del Dr. Eduardo Gutiérrez Agramonte, director de la Revista del Hospital Psiquiátrico, que abogaba por tratamientos de la homosexualidad a base de descargas eléctricas y hormonas. Los cubanos, *a sotto voce*, le decían a estos campos: “Humillados, Maltratados y Además Presos”, agregando una h (muda) a la palabra Unidades.

En estos campos forzados estuvo Orlando Ojeda, hermano de Lourdes, por ser católico practicante. De mi pueblo Unión de Reyes, también se llevaron a muchos, entre ellos a Manolo Brándón, de nuestra Iglesia. Yo no estuve entre ellos porque tenía 14 años cuando comenzaron –y cuando cerraron estos campos, al menos los de la provincia de Camagüey, por la presión internacional, yo tenía 17 años (no había llegado a la edad del SMO activo, la que marcaba la “aptitud” para ser internado allí). Algunos sacerdotes estuvieron, entre ellos el padre Armando Martínez (de la Diócesis de Matanzas); monseñor Alfredo Petit (años después Obispo auxiliar de La Habana); el padre Jaime Lucas Ortega Alaminó (natural del pueblo de Lourdes, Jagüey Grande, que estaba de sacerdote en la ciudad de Cárdenas; después de la UMAP fue párroco, primero de Jagüey Grande y luego de la Catedral de Matanzas; años más tarde, Obispo de la Diócesis de Pinar del Río, Arzobispo de La Habana y finalmente Cardenal, el segundo Cardenal de la historia de Cuba –el primero fue Manuel Arteaga Bétancourt). El Cardenal Arteaga, ya con el régimen comunista, fue

Ante la presión internacional, principalmente de intelectuales que criticaron los internamientos de homosexuales –el filósofo y escritor francés Jean Paul Sartre llegó a decir que “los homosexuales son a Castro lo que los judíos a Hitler”–, Castro ordena el desmantelamiento de las UMAP. En realidad, se trató de una operación cosmética porque, con uniformes distintos para los internados, el 3 de agosto de 1968 ya habían creado la Columna Juvenil del Centenario (CJC) y, en 1973, el Ejército Juvenil del Trabajo (EJT), que también sirvieron para enviar a todos aquellos que consideraba tenían “debilidades” y no eran “merecedores” del Servicio Militar Obligatorio. Aunque en otros sitios de Cuba de alguna manera continuó la estructura de las UMAP, camuflada. Entre unos campos y otros, han pasado por el trabajo forzado miles y miles de jóvenes cubanos.

perseguido, se refugió en la embajada de Argentina en La Habana y después en la Nunciatura Apostólica (Embajada del Vaticano) desde 1961 hasta 1962, cuando fue hospitalizado en el Hospital de San Juan de Dios, en La Habana. Allí falleció un año más tarde, el 20 de marzo de 1963, a la edad de 83 años.

Ante la presión internacional, principalmente de intelectuales que criticaron los internamientos de homosexuales –el filósofo y escritor francés Jean Paul Sartre llegó a decir que “los homosexuales

son a Castro lo que los judíos a Hitler”—, Castro ordena el desmantelamiento de las UMAP. En realidad, se trató de una operación cosmética porque, con uniformes distintos para los internados en los campos, el 3 de agosto de 1968 ya habían creado la Columna Juvenil del Centenario (CJC) y, en 1973, el Ejército Juvenil del Trabajo (EJT), que también sirvieron para enviar a todos aquellos que consideraban tenían “debilidades” y no eran “merecedores” del Servicio Militar Obligatorio. Aunque en otros sitios de Cuba de alguna manera continuó la UMAP, camuflada. Entre unos campos y otros, han pasado por el trabajo forzado miles y miles de jóvenes cubanos.

Nosotros —mi madre, mi hermana, mi primo Rey (hasta que pudo marcharse de Cuba) y yo— continuamos en la Iglesia, en los años 1960s. Me hice monaguillo y me gustaba ayudar en las Eucaristías. La mayoría de las veces intentaba ir a la misa diaria y así hacía de acólito. Los padres franciscanos habían sido expulsados de Unión de Reyes por la dictadura comunista. Entre ellos, el padre que me bautizó, Ángel Palomar. Después pudo regresar el padre José María Ilarduya y a él lo ayudaba en misa.

El día 17 de junio de 1962 (Día de los Padres en Cuba, que se celebra el tercer domingo de junio), tomé, junto con mi primo Reinaldito, la Primera Comunión, de manos del padre José María Martínez Ilarduya. Mi hermana estaba vestida de Angelito. El 8 de septiembre del mismo año 1962 (fiesta de la patrona de Unión de Reyes y de Cuba, La Virgen de la Caridad del Cobre), mi hermana Evita tomó su Primera Comunión, de manos también del padre franciscano José María —yo funcioné de monaguillo (acólito).

Fui confirmado en la parroquia Nuestra Señora de la Caridad de Unión de Reyes, el día 8 de septiembre de 1963, por el padre José María Martínez Ilarduya, por delegación del Obispo de la Diócesis de Matanzas, que se encontraba en Roma participando en el Concilio Vaticano II. Por tanto, mis primeros sacramentos recibidos

Nosotros —mi madre, mi hermana, mi primo Rey (hasta que pudo marcharse de Cuba) y yo— continuamos en la Iglesia, en los años 1960s. Me hice monaguillo y me gustaba ayudar en las Eucaristías. La mayoría de las veces intentaba ir a la misa diaria y así hacía de acólito.

(bautizo, confesión, primera comunión y confirmación), fueron a manos de dos sacerdotes franciscanos.

En la parroquia de Unión de Reyes, pertenecía a los aspirantes de la Juventud Católica, del movimiento de Acción Católica —que se había fundado en Cuba en el año 1928, para preparar y organizar para el apostolado a los seglares católicos. Había diferentes ramas de la Acción Católica: Juventud Universitaria Católica (JUC), Juventud Obrera Católica (JOC), Juventud Estudiantil Católica (JEC) y Juventud de Acción Católica (JAC), caballeros y damas a nivel parroquial. Muchos miembros de la Acción Católica se manifestaron contra el golpe de Estado encabezado por Fulgencio Batista y años después lucharon por la democracia, al ser testigos del giro totalitario de la Revolución Cubana. No fueron pocos los mártires asesinados en el paredón de fusilamiento. Con el comunismo, la Acción Católica dejó de existir en la práctica, al poco tiempo del nuevo régimen, pero no fue declarada disuelta por los Obispos cubanos hasta 1967. Siendo yo aspirante, la formación que recibía, estaba a cargo del laico Aurelio Najarro, que venía desde la ciudad de Matanzas para darnos la formación. Años más tarde, Aurelio y yo nos convertimos en compañeros de estudio en el Seminario de La Habana San Carlos y San Ambrosio. Aurelio se ordenó de sacerdote y ejerció su ministerio en la Diócesis de Matanzas, hasta que falleció. En nuestro pueblo de Unión de

Reyes, la Acción Católica tenía una casa para reuniones y encuentros, frente al parque y a la Iglesia Católica. La dictadura comunista la expuló en los primeros años de la década de 1960s.

Otra de las cosas que disfrutaba era tocar las campanas de la Iglesia. Todavía recuerdo perfectamente el ritmo y el sonido de esas campanas. En esa etapa entre 1961-1966, a la Iglesia íbamos un grupito de amigos y amigas que nuestras familias eran de una manera de ser y pensar similar y desafiaban de alguna forma al régimen, venciendo el miedo y dejando que los hijos fuéramos a la Iglesia. Pensar que las Iglesias están situadas normalmente en el parque y en el centro de los pueblos y, en nuestro caso, no era una ciudad. A finales de los 60 ya se habían ido de Cuba algunos de esos amigos, como Olguita Méndez, hermana de mi amigo Tito (con el que intenté salir de Cuba ilegalmente), y Regla y Gustavo Ochotorena. Otros nos pudimos marchar más tarde, ya a finales de los años 70, o al principio de los 80, como en el caso de Ana María Estorino (1979) o en mi caso (23 de diciembre de 1981, y llegamos a España, por la diferencia de hora, el día 24 de diciembre, a las 7:10 de la mañana). Blanca Álvarez (“Blancucita”), salió en los años 80. Jorge Laguillo se había quedado en Cuba, por la edad militar, mientras que sus padres, su hermana Mayra y su abuela materna se habían ido para Miami por el Puente Aéreo Varadero- Miami; la casa de Unión de Reyes se la quedó el gobierno y él se fue para la ciudad de Matanzas a vivir con familiares. Pudo salir de Cuba en el año 1980, por el éxodo del Mariel (relataré más tarde en qué consistió este éxodo). Otras de las amigas de la Iglesia era Pura Portilla, que aún continúa en la parroquia de Unión de Reyes cooperando; Marta Silva (“Martica”) y Mirta Vera (“Mirtica”, la hermana de Pedrito Vera), también siguen en Cuba vinculadas a la Iglesia cubana, ya en otras poblaciones.

En las décadas de los 60 y 70, había encuentros y retiros, en las Vicarías y en la Diócesis de Matanzas, para jóvenes, matrimonios, catequistas, etc. Generalmente se celebraban en la parroquia de La Milagrosa, en la playa de la ciudad de Matanzas, porque había más espacio. No éramos muchos pero, al ser a nivel vicarial o diocesano, formábamos un grupito en el que nos apoyábamos y nos daba ánimos. Lo pasábamos muy bien. Eran formativos y espirituales y, dentro de la realidad de Cuba, obteníamos una experiencia excepcional. En algunas ocasiones, antes de ser novios y siéndolos, Lourdes y yo fuimos a esos encuentros.

En la parroquia había una serie de personas activas, entre ellas Teresita Lanz, que tocaba el órgano y que se pudo marchar del país junto con su esposo Humberto Granda, su cuñado Gerardo Granda y otros familiares, a finales de los años 60. Caridad Enriquez, después de casada, a su esposo lo cogieron preso —comentaré algo más adelante. Otras de las muy activas era Dinora Estorino, prima de Julio (“Julito”) Estorino, quien tuvo, en los primeros años de la Revolución, que esconderse y salir después al exilio a través de la embajada de Uruguay. Recuerdo a mí prima segunda Gina de León Guedes, muy activa en la parroquia, pero muy preocupada porque, con la reforma del Concilio Vaticano II, le quitaran la imagen de Santa Teresita del Niño Jesús, de la cual era muy devota. Se dejó su imagen puesta en la parroquia. Un amigo de la infancia y adolescencia, compañero de colegio que también participaba en la Iglesia, era Pedro Vera (“Pedrito”).

Organizaba representaciones teatrales en la parroquia, de motivación religiosa y, otras veces, hasta la coronación de la Reina. Sin embargo, Pedrito Vera se fue separando de la Iglesia y quizás hasta de la Fe. Se fue vinculando al régimen comunista y lo convirtieron en responsable de Cultura del Municipio de Unión de Reyes, que para esto hay que estar “integrado” al régimen, ser del gobierno o muy vinculado. A él se le da muy bien el montaje de obras de teatro, exposiciones. Le encantaba hacer el árbol de Navidad, cuando todavía en Cuba se hacía habitualmente, y se quedaba contemplando el árbol terminado. Como las obras y exposiciones que se hicieron en los años 60 en la parroquia, en las que participó activamente.

Alrededor del mes de agosto de 1964 llegó a Unión de Reyes de párroco el padre Adolfo Guerra Vegas, sacerdote franciscano también, cuando se marchó el padre José María Martínez Ilárduya. Aún recuerdo que lo acompañé hasta la salida del pueblo, iba en dirección de La Habana; yo no podía contener las lágrimas de mis ojos, le tenía un gran cariño. Era un ejemplar sacerdote, que me confesaba, me dio la primera comunión y me confirmó, a quien prácticamente todos los días ayudaba en la misa. Pero llegó a sustituirlo un sacerdote sabio y humilde, que se ganó pronto mi corazón y admiración. El padre Adolfo o.f.m., había acabado de llegar a Cuba y los franciscanos lo destinaron a nuestro pueblo. Había terminado estudios de Teología en el extranjero. Llegó a Cuba en compañía de un extraordinario sacerdote, que poco tiempo después fue encarcelado por la dictadura comunista, el padre Miguel Ángel Loredo (hablaré de él más adelante).

En la etapa del padre Adolfo, que duró desde 1964 hasta el 2 de enero de 1971, pasamos momentos de alegría en la Iglesia, con representaciones teatrales, exposiciones, celebraciones de fiestas. Avanzamos en las reformas litúrgicas traídas por el Concilio Vaticano II. Pude acrecentar la formación. Todo ello dentro de los

locales de la Iglesia, nunca fuera, porque ya no lo permitían... Pero también compartimos acerca de los sufrimientos, presiones y miedos impuestos por el hostigamiento del régimen cubano y sobre tantas personas que dejaban de ir a la Iglesia. Por las consecuencias que venir pudiera acarrearles: pérdidas de trabajo, dificultad de los jóvenes para entrar en la Universidad o en la escuela, miedo por sus familias. O bien porque se integraban o se comprometían con el sistema comunista y no podían compatibilizar eso con la práctica de la Fe, porque se lo prohibían. Otros muchos se iban yendo de Cuba, cuando y como podían. Aunque esta disminución de la práctica religiosa ya comenzó, en general, años antes, al principio de la década de 1960, coincidiendo con la pérdida para la Iglesia Católica de centros de estudio (colegios y universidad), medios de comunicación, prohibición de cualquier manifestación pública religiosa, como las procesiones y toda una ofensiva general contra todo lo religioso: expulsión de Cuba de religiosos y religiosas, marginación de los laicos de cargos públicos y de ciertas responsabilidades en escuelas y trabajos de todo aquel que manifestara una creencia... A los pocos meses de la llegada del padre Adolfo a Unión de Reyes, surge el campo de concentración de la UMAP, que tanto daño hizo, no sólo a los que lo internaron allí, sino también para el otro objetivo que cumple todas esas medidas de terror: contagiar el miedo al resto de la población.

En las décadas de los 60 y 70, había encuentros y retiros, en las Vicarías y en la Diócesis de Matanzas, para jóvenes, matrimonios, catequistas, etc. Generalmente se celebraban en la parroquia de La Milagrosa, en la playa de la ciudad de Matanzas, porque había más espacio. No éramos muchos pero, al ser a nivel vicarial o diocesano, formábamos un grupito en el que nos apoyábamos y nos daba ánimos. Lo pasábamos muy bien. Eran formativos y espirituales y, dentro de la realidad de Cuba, teníamos una experiencia excepcional. En algunas ocasiones, antes de ser novios y siéndolos, Lourdes y yo fuimos a esos encuentros.

En cada cuadra un Comité

Los niños y adolescentes que íbamos a la Iglesia, también teníamos que vencer ese miedo, esas tentaciones y esas presiones. Los que teníamos una familia con convicciones religiosas o, al menos, con coraje y determinación de no dejarse vencer por el miedo y las consecuencias, contamos con un apoyo grande. Pero muchos niños y jóvenes, a pesar de tener padres y/o familia que eran creyentes (practicantes o no), no asistían a la Iglesia. El adoctrinamiento en escuelas, en nuestras calles, medios de comunicación, la presión social, era y es muy grande. La propia familia no los dejaba a veces asistir a la Iglesia, no les hablaba de las cosas religiosas para “evitarles” lo que llamaban “el trauma” de vivir en un régimen donde “esas cosas”, que se identificaban como “debilidades ideológicas” o “alienaciones”, eran prohibidas o, cuanto menos, marginadas.

A mediados de los años 60 la dictadura comunista comienza lo que se llamó El Plan de la Calle, organizado por los CDR, las autoridades municipales del régimen (lo que sería el Poder Popular), la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC), el Partido Comunista (PCC), el Instituto Nacional de Deporte (INDER) y otras organizaciones controladas por el castrismo. Con estas actividades en las calles de Cuba promueven, en las diferentes *cuadras* o calles, juegos para niños y adolescentes, con los aparentes objetivos de diversión, confraternidad, aprendizaje, entretenimiento, educación física... buscando mostrar las bondades del régimen con los niños y una aparente preocupación por la infancia y juventud. Los niños y adolescentes realizarán esas actividades en horarios y días de descanso: domingos, festivos, vacaciones. Pero en un régimen totalitario comunista todo responde a algo más allá de los objetivos aparentes: el fin verdadero es ideológico: adoctrinamiento, alejamiento (el mayor tiempo posible) de la influencia de la familia o de otros valores (como lo religioso). Los niños y adolescentes, en general, seguramente que disfrutaron allí muchas veces. No tenían, ni tienen, conciencia de la manipulación que se hace de sus personas. Y, lo más lamentable, muchas familias, muchos adultos tampoco se dan cuenta de esa utilización de los niños y jóvenes: sencillamente se dejan llevar por la presión social y política, y/o por el miedo. Siempre todos, en todo momento y lugar, tienen que estar a la disposición del gobierno. Esas actividades no son espontáneas: son organizadas, dirigidas y orientadas por el sistema político, por la autoridad del Partido Comunista que tiene en su poder a todas las organizaciones sociales, económicas, culturales y políticas del país, es decir, por poder vertical donde toda “orientación” viene dada “de arriba a abajo”.

Saco a relucir el Plan de la Calle, porque, en los años 60, comienzan a organizar esas actividades también en las calles aledañas y

aun a las puertas de las Iglesias –y, qué “casualidad”, los días y a las horas de catequesis para los niños y jóvenes, y durante las misas. Los objetivos eran varios. Tentaban a los niños que los padres enviaban a la Iglesia con juegos y diversión en la calle. Molestaban las celebraciones litúrgicas con el escándalo: en ocasiones había niños que entraban en los templos haciendo ruido e interrumpiendo las celebraciones –¿espontáneamente o dirigidos por los adultos que estaban al frente de las actividades? Y, por supuesto, era una manera de presionar para que los padres no enviaran a sus niños y adolescentes a las Iglesias, que no fueran vistos de manera evidente, ante todos, participando en las actividades religiosas.

Los niños y adolescentes que íbamos a la Iglesia también teníamos que vencer ese miedo, esas tentaciones y esas presiones. Los que teníamos una familia con convicciones religiosas o, al menos, con coraje y determinación de no dejarse vencer por el miedo a las consecuencias, contamos con un apoyo grande y con una educación familiar que nos ayudaba. Pero también debo decir que muchos niños y jóvenes, a pesar de tener padres y/o familia que eran creyentes (practicantes o no), no asistían a la Iglesia. La presión social con el adoctrinamiento en escuelas, en nuestras calles, por los medios de comunicación... era y es muy grande. Por tanto, bien por convicción en los métodos y razones de ese sistema, bien por el miedo ante la presión, bien por aprovechar las oportunidades de prebendas o ventajas sociales y/o políticas, se alejaban de la Iglesia. Si la propia familia no los dejaba explícitamente asistir a la Iglesia, lo que hacía era que no les hablaba de las cosas religiosas, para evitarles lo que llamaban “el trauma” de vivir en un régimen donde “esas cosas”, que se identificaban como “debilidades ideológicas” o “alienaciones”, estaban prohibidas o, cuanto menos, marginadas.

Como la mayoría de los padres no querían verse comprometidos llevando a sus hijos a las Iglesias –ya que en los trabajos u otros sitios podían pagar las consecuencias de acercarlos a los templos–, para que los niños no dejaran de asistir a las catequesis y otras

celebraciones de las parroquias, en la década del 60 las Iglesias organizan, a través de las catequistas u otras personas de las parroquias, que vayan a buscar a los niños a sus casas para acompañarlos a las Iglesias. Poco tiempo después, el régimen prohíbe que esto se haga –otro obstáculo más para dificultar la asistencia de los niños a los templos y a la participación comunitaria de la Fe.

En julio de 1965, la dictadura comunista dio por terminada lo que ellos denominaron la “lucha contra bandidos”, en las montañas del Escambray, en el centro de Cuba. Realmente se trataba de la mayor insurgencia anticomunista llevada a cabo por campesinos. Para sofocarla, se habían necesitado cuatro años de combates incesantes: el doble de lo que duró la lucha guerrillera de Castro contra Batista, entre 1957 y 1958, en la Sierra Maestra. En el Escambray, Fidel Castro necesitó movilizar 60.000 milicianos, y se alcanzaron 300 bajas en los militares del gobierno y 4.000 en la guerrilla anticastrista (entre los muertos en batalla y los fusilados en los muros del paredón). Aparte, se condenó al destierro a miles de familias campesinas, que fueron relocalizadas en regiones remotas de la provincia de Pinar del Río. Allí debieron iniciar una nueva vida, y hasta fabricar sus propias viviendas. Ya en 1964, este plan se había comenzado a llevar a efecto, en las comunidades López Peña y Sandino. Entre los que mandaron a residir obligatoriamente a Sandino estuvieron unos primos de Marina, mi suegra, que vivían en el campo de Jagüey Grande. También en Sandino construyeron una cárcel, donde estuvieron presos familiares de Lourdes, entre ellos los tíos Ruperto y Julio Ojeda, hermanos de Segundo, su padre. Los capturaron el 25 de febrero de 1963. A Ruperto, cuando lo detienen, le quitan su *bodega* y el trozo de tierra donde estaba la casa de sus padres y hermanas. Ya la ferretería de los Ojeda la habían expropiado antes. El costo social, humano y económico de esta guerra es muchas veces superior al pagado por Cuba durante la rebelión castrista contra Batista.

Otra de las insurgencias anticomunistas, muy poco conocida, fue la de los llamados alzados de Jagüey Grande, en los alrededores del pueblo. Su figura principal fue Pedro Sánchez, conocido como “Perico”. Cuando cae abatido por las balas de los comunistas, después de varios años de lucha valiente (entre 1961 y 1963), al darse cuenta los milicianos del régimen de quien era el cadáver, lo montan en un camión y lo llevan a Jagüey Grande para pasearlo por todo el pueblo. Los últimos cuatro alzados (Ramiro Socarrás, Ramón Morejón, Pita y Sergio Espina) que habían quedado de la guerrilla de Perico fueron capturados vivos. Los llevaron al pueblo, le hicieron un juicio sumario en el teatro y los condenaron a muerte. Fueron fusilados en el paredón. Como en el caso de Perico, exhibieron otros cadáveres, en el cementerio de Jagüey Grande –entre ellos, el de Wilfredo Rodríguez Ojeda, primo de Lourdes. El pueblo desfilaba dando una vuelta a los cadáveres que estaban sobre una mesa de madera, pero sin poder detenerse. Su esposa Hildelisa sólo fue así como lo pudo ver: intentó abrochar la camisa de su esposo muerto y los milicianos comunistas no la dejaron.

En el pueblo de Jagüey Grande hicieron varios Juicios Populares, en una carpa que montaron para eso, y en el teatro, para que todo el pueblo pudiera asistir. En el año 1963, muchos familiares y amigos de los alzados, aunque no participaron en la insurgencia, fueron considerados implicados. Perdieron todas sus propiedades: casa, negocios, lo que tuvieran. Fue el caso de Marcela Ojeda, tía de Lourdes y madre de Wilfredo Rodríguez Ojeda. La echaron de su casa, junto a una nieta con discapacidad, Hilda María, y tuvieron que ir a vivir a casa de una nuera. Las autoridades argumentaron que, al vivir ella en el campo y tener un hijo alzado, le estaba suministrando alimentos a todos los alzados. No presentaron pruebas (reales o falsas) para esa acusación.

¿Por qué esa exhibición de cadáveres? ¿Por qué esos juicios en un teatro o en una carpa como si fuera un circo, delante de todo el

pueblo? ¿Por qué les quitan todas las propiedades no sólo a los presos, sino muchas veces a sus familiares? ¿Por qué, como mencioné anteriormente, relocalizaban a los familiares de los alzados en zonas remotas, como el pueblo de Sandino, creado por la dictadura comunista en el año 1964, precisamente con ese objetivo? En primer lugar, por satisfacer el sadismo que demuestra ese sistema con todos sus adversarios o los que considera sus enemigos. En segundo lugar, como escarmiento y para transmitir el terror a todos: con eso mostraban claramente lo que les podía pasar a las personas y familiares, si se atrevían a desafiar al régimen comunista.

Durante casi toda la década de los 60, viviendo ya en la calle General Betancourt 73, mi vida consistía en ir a la escuela en Unión de Reyes, en el internado obligatorio del pueblo de Cidra, y en el Preuniversitario (Bachillerato) o la escuela Pedagógica de la ciudad de Matanzas –como describiré después. Pasaba los días asistiendo a la Iglesia: misas, acolitado, catequesis, la formación, reuniones. Mis salidas, aparte de estas pocas relacionadas con la práctica religiosa, eran las visitas a mi familia: a mis abuelos maternos, en su casa del central Conchita, los fines de semana, vacaciones o Navidad. A los abuelos paternos, en su casa al doblar de la nuestra. Me gustaba ir a jugar con Reinaldito. A partir de 1966, cuando Rey se había marchado del país, con frecuencia iba a ver a mi tío Israel Guedes, y compartía con mis primos Israelito y Ana María, y con su mamá Nila Core: allí también veía mucho béisbol en la televisión, hasta que ellos también se marcharon de Cuba por el puente aéreo Varadero- Miami. También hacía visitas a familiares de Unión de Reyes y Alacranes, como mencioné anteriormente. El resto del tiempo me lo pasaba en casa, jugando solo, con mi hermana o con algunos amigos. Leyendo mucho, escuchando sobretodo programas de radio del extranjero (noticias, programas de historia, análisis político, de curiosidades). No asistía prácticamente a ninguna fiesta, ni a pasear por el pueblo. Principalmente

Durante los años 60, en el patio de casa organicé un ring de boxeo, improvisado con cuerdas o cordeles, donde hacía que mi hermana luchara conmigo. También montábamos una especie de carpa de circo y, con los amigos, primos, tío Reinaldo, mi hermana y yo organizamos actuaciones –recuerdo hacer “magia”, aunque no sabía nada de ello; otros participantes presentaban diferentes números. En el patio fue también donde pude criar los quiquiritos, descendientes del que me dejó mi tío Rafa. También crié gallinas, pollos y gallos. En la granja de pollos que había en el pueblo de Cidra te regalaban los pollitos que nacían con defectos en las patas. En casa, con un bombillo les daba calor.

después de cumplir los 15 años, quería saber lo menos posible del régimen y de las cosas que organizaba.

Me interesaban mucho las lecturas críticas con el régimen comunista. Había que hacerlo con libros que te prestaban clandestinamente: si te cogían en eso, tú o tu familia podían ir a prisión o tener graves consecuencias en los estudios o los trabajos. En esta etapa leí: *La Gran Estafa*, de Eudocio Ravines; *La Nueva Clase*, de Milovan Djilas; *1984* y *Rebelión en la Granja*, de George Orwell. Leía las revistas prohibidas que se podían conseguir, o las publicadas años antes de la etapa comunista. También todos los folletos publicados por la Agrupación Católica Universitaria (ACU), sobre diversos temas de gran interés y calado. Estos folletos estaban en nuestra parroquia. Y así mucha más literatura. Por supuesto, me dediqué

a la lectura de muchos libros religiosos, de historia, filosofía y también de ciencia, de una manera especial de Cosmología.

Durante los años 60, en el patio de casa organicé diferentes juegos. Como un ring de boxeo, improvisado con cuerdas o cordeles, donde hacía que mi hermana luchara conmigo. Una actividad, que repetimos en varias ocasiones, fue poner una especie de carpa de circo y, con los amigos, primos, tío Reinaldo, mi hermana y yo, organizar actuaciones. Recuerdo hacer “magia”, aunque no sabía nada de ello. Otros participantes presentaban diferentes números de circo. Con estos juegos y actividades nos entreteníamos y divertíamos. Aunque los juegos que más practicaba en el patio de casa los realizaba solo. Simulaba partidos de béisbol y conducía coches de carrera con la imaginación. Mientras iba narrando en alta voz los detalles y reacciones de la “competición”.

En el patio fue también donde pude criar los *quiquiritos* (gallos pequeños), descendientes del que me dejó mi tío Rafa cuando se marchó de Cuba. También crié gallinas, pollos y gallos. Al principio de la década –poco tiempo después, por la escasez crónica, lo suspendieron–, en la granja de pollos que había en el pueblo de Cidra te regalaban los pollitos que nacían con defectos en las patas. En casa, con un bombillo les daba calor a los pequeños. Al principio –después, como todo en Cuba, ya no fue posible comprarlo–, les conseguía pienso para la alimentación. Así los criaba y después se reproducían. Cuando ponían huevos, estos nos servían de alimentación para la casa. Por supuesto, las gallinas y pollos, cuando ya eran grandes, también se sacrificaban para poder comerlos.

Mami siempre celebraba nuestros cumpleaños con el *cake* (tarta). Cada vez los iban haciendo de inferior calidad y, con el sistema de racionamiento tenías derecho de encargar a la pastelería del estado y de pagar un cake de cierto tamaño por tu cumpleaños, y un nú-

mero determinado de refrescos, que llamaban “de cola”, pero no era la Coca-Cola ni nada parecido, sino un invento malo del régimen cubano.

Desde que nos mudamos a General Betancourt. Como era una calle paralela a la principal —la calle Independencia, antes Asunción— y vivíamos muy cerca de la mayoría de las cafeterías y bares, desde casa escuchábamos las *vitrolas* (o *victrolas*, una especie de tocadiscos grandes donde las personas, echando una moneda, escogía las canciones que deseaban). Se oían cantantes que iban desapareciendo a medida en que se marchaban del país —y los silenciaba el gobierno. Las *vitrolas* callaron definitivamente cuando llegó la expropiación de todos los bares y cafeterías que aún quedaban en manos privadas. Entre los cantantes que podía escuchar estaban: Olga Guillot, Beny Moré, Barbarito Diez, Dámaso Pérez-Prado, Elvis Presley, Blanca Rosa Gil, Celeste Mendoza, Níco Membiela, La Lupe, la Orquesta Riverside, la Orquesta Aragón y un largo etc. Después de 1968, las cafeterías que quedaron abiertas, administradas por el estado, no tenían prácticamente nada que ofrecer, salvo su deterioro. La desidia y la tristeza acompañaban su realidad.

26

Por los campos del Tercer Mundo

En una ocasión, quizás entre 1966-1967, mi padre y yo estamos sentados en el comedor de la casa, en horas de la tarde, cuando sentimos un ruido fuerte en la zona de nuestro patio de tierra. Inmediatamente nos dirigimos a ver qué pasaba. Nos encontramos con un señor de unos cuarenta años, con aspecto normal, algo asustado, que había entrado saltando el muro que dividía nuestro patio con el de Amado Pérez.

Nos dijo que se había acabado de escapar del calabozo que tenía la jefatura de policía en la esquina de casa. Que él no era un delincuente, que la policía lo había detenido para interrogarlo. El señor no era de nuestro pueblo, no lo conocíamos. Mi padre y yo nos miramos y le dijimos que atravesara por dentro de nuestra casa —patio de cemento, saleta y sala—, que levantara el gancho de la puerta de la calle y saliera a través del portal.

En el mes de enero de 1966, en la escuela, la televisión, la radio y todos los sitios imaginables, el gobierno, como siempre ante un acontecimiento nacional o internacional relacionado con los intereses del régimen, hacía propaganda. En este caso, de la celebración en La Habana de la Conferencia Tricontinental, en la que participaban delegaciones de Asia, África y América Latina con el fin de coordinar los movimientos revolucionarios y guerrilleros en esas regiones.

La Tricontinental convirtió a Cuba en la capital de la revolución en el Tercer Mundo. Así se establecen o aumentan los lazos de colaboración con el IRA irlandés, la ETA española, los Tupamaros uruguayos, los Montoneros argentinos y prácticamente todas las guerrillas de América Latina. La dictadura cubana inicia y establece la colaboración con terroristas del mundo entero, incluidos, entre otros: palestinos, norcoreanos, libios, chilenos, brasileños, venezolanos y colombianos. También los grupos radicales afroamericanos y los independentistas violentos puertorriqueños. Todos los extremistas encuentran en Cuba santuario, adiestramiento militar, pertrechos, dinero y formación política. Cuba es el centro de coordinación. El gobierno, y particularmente Fidel Castro, se preparan para conquistar el Tercer Mundo. Cuba será la base desde la cual ese grandioso proyecto se llevará a cabo. De este tema contaré más adelante mi experiencia al ir a vivir a La Habana, ya casado.

En una ocasión, quizás entre 1966-1967, mi padre y yo estamos sentados en el comedor de la casa, en horas de la tarde, cuando sentimos un ruido fuerte en la zona de nuestro patio de tierra. Inmediatamente nos dirigimos a ver qué pasaba. Resultó que nos encontramos con un señor de unos cuarenta años, con aspecto normal, algo asustado, que había entrado, saltando el muro que dividía nuestro patio con el de Amado Pérez. Nos dijo que se había acabado de escapar del calabozo que tenía la jefatura de policía

en la esquina de casa. Cruzó primero por el patio de Amado y después por el nuestro. Nos dijo que él no era un delincuente, que la policía lo había detenido para interrogarlo. El señor no era de nuestro pueblo, no lo conocíamos. Mi padre y yo nos miramos y le dijimos que atravesara por dentro nuestra casa –patio de cemento, saleta y sala–, levantara el gancho de la puerta de la calle y saliera a través del portal. Le advertimos que a los 10 o 15 minutos lo íbamos a denunciar a la policía, como si hubiera ocurrido en ese momento. Nos parecía que era cierto por lo que contó, por su aspecto, por lo asustado que estaba. No se le veían intenciones de robar –y además conocíamos cómo actuaba el régimen muchas veces. Tampoco creo tuvimos muchas opciones: si hubiera tenido otras intenciones, nos habría agredido ya. Ese señor se marchó, nunca más supimos de él. A los diez minutos llegaron a nuestra casa la prima de papi, Gina de León y su esposo Rolando. Les contamos que el señor se había escapado y que había atravesado corriendo la casa –no comentamos lo que habíamos hablado con él, ni que le dejamos marchar, ya que todas las cautelas eran pocas en Cuba. Mientras menos supieran las personas, mejor para todos. Los primos nos aconsejaron que fuéramos a la comisaría, por si detenían al señor y comentaba algo. Papi fue a la comisaría y le contó a la policía lo mismo que le había dicho a su prima Gina. Los policías aún no se habían percatado que el detenido se había escapado.

En tercer curso de la Secundaria Básica (1966-1967), había ya cumplido los quince años –y por tanto había perdido la posibilidad para marcharme del país. El gobierno, a través del Ministerio de Educación y otros organismos estatales, decide internar a los estudiantes de mi curso de la Secundaria de Unión de Reyes durante todo el año escolar –dejándonos con salidas para visitar nuestras casas los fines de semana o cada quince días. A los varones nos envían a una escuela que estaba en la salida del pueblo de Cidra hacia la ciudad de Matanzas, a unos 14 km de Unión de Reyes.

Allí iríamos para combinar el estudio con trabajo en el campo. Y, por supuesto, hacer los trabajos no cualificados para el mantenimiento de esos internados-escuelas: comedor, limpieza... Media jornada de estudio y media jornada de trabajo, con una disciplina semi-militar. A las chicas las llevaron al pueblo de Bolondrón, que está saliendo de Unión de Reyes, en dirección opuesta a Cidra. Estos internados eran obligatorios: de lo contrario no podías estudiar. Ya nosotros y la familia estábamos “señalados” como no simpatizantes con la Revolución –con todo lo que implicaba eso en Cuba, donde toda escuela y la inmensa mayoría de los trabajos eran ya del gobierno. Y no digamos de los controles sociales y políticos, atados por el sistema comunista.

En un centro que tendría capacidad para albergar unas 80 a 100 personas metieron a unos 200 estudiantes: trajeron también alumnos de otros cursos de otras Secundarias, desde distintos municipios de la provincia de Matanzas. La masificación, la desorganización y la falta de medios provocaron, entre otras cosas: en los dormitorios, literas pegadas unas con otras, con mínimo espacio entre ellas. Colas y demoras para entrar al comedor; tardanza para entrar a los baños.

Pero lo peor fue la inmensa falta de higiene: sin exagerar, los inodoros estaban constantemente desbordados de mierda y orina. Teníamos que salir al campo que quedaba detrás de la escuela para orinar y defecar. El suelo de las duchas se mantenía siempre anegado de agua, con el riesgo constante de coger hongos y una asquerosidad general. Al mismo tiempo, las cisternas de agua –colocadas en los jardines del centro, se supone que tapadas–, que servían como depósito de agua potable para beber y cocinar –a la vez que para las duchas y limpieza de los locales–, siempre estaban llenas de palos, papeles, desechos que los propios estudiantes depositaban allí en las cisternas. Continuamente, los motores que debían llevar el agua hasta esas cisternas y a los grifos (*llaves* diríamos en Cuba) se estropeaban y nos quedábamos sin agua. Entonces teníamos que atravesar la carretera que pasaba por el frente del

Continuamente, los motores que debían llevar el agua hasta las cisternas y a los grifos se estropeaban y nos quedábamos sin agua. Entonces teníamos que atravesar la carretera que pasaba por el frente del internado, la que iba hacia la ciudad de Matanzas, para poder coger agua de unos grifos que había en una granja de pollos. Recuerdo el tiempo que perdíamos en ello, la larga cola para llenar las latas y de esa forma poder ducharnos con un jarrito de agua fría. Luego teníamos que recoger de esa agua para poder beber y limpiar. Limpieza es un decir: los suelos mantenían una suciedad tremenda, tal que muchas veces los zapatos se pegaban. Era todo degradación: una inutilidad, un sufrimiento enorme.

internado –la que iba hacia la ciudad de Matanzas– para coger agua de unos grifos que había en una granja de pollos. Recuerdo el tiempo que perdíamos en ello, la larga cola para llenar las *latas* que nos habían traído la familia de casa y poder llegar a ducharnos con un jarrito de agua fría. Luego teníamos que recoger de esa agua para poder beber y limpiar. Limpieza es un decir: los suelos mantenían una suciedad tremenda, tal que muchas veces los zapatos se pegaban. Era todo degradación: una inutilidad, un sufrimiento enorme.

Pasado un breve tiempo, comencé a padecer un estreñimiento tremendo en el internado, por la combinación de la mala alimentación, la falta de higiene en los baños y porque tenía que defecar casi siempre en el campo, en un terreno fuera del recinto. Por cierto,

durante esta estancia en Cidra y en otros internados en el campo, prácticamente nunca había papel higiénico. Para limpiarnos al defecar teníamos que buscar trozos de papel de periódico —el escaso que había allí era incluso más inconveniente que el usado por la prensa. En algunas ocasiones tampoco había papel de periódico y tenía que limpiarme con una *tusa* de maíz (la mazorca después de quitarle los granos). Hasta tal punto que mis padres tuvieron que hablar con la dirección del centro, y llevarme al médico: el Dr. Sabournin, médico de nuestra familia y amigo de casa. Él me hizo todo tipo de reconocimientos, en Unión de Reyes y en el hospital de la ciudad de Matanzas: un tránsito intestinal, un colon por enema (enema opaco) y analíticas de todo tipo. En definitiva, que el estreñimiento no estaba causado por una etiología orgánica, sino por todo lo descrito anteriormente. Mis padres lograron, mediante un certificado médico, que todos los días fuera a dormir a mi casa de Unión de Reyes y mi madre, a la hora de la comida, me llevaba al colegio de Cidra el almuerzo del día. Yo lo cogía a través de la cerca de metal. No tenía que ir al comedor del centro, porque estaba justificado por el certificado médico. Todavía en ese tiempo funcionaban (algo) los autobuses de Unión de Reyes a la ciudad de Matanzas, que pasaban por Cidra, por la carretera del frente del colegio. Aunque se habían presentado ya los problemas de transporte que tanto se agravarían con el tiempo: rotura sin reparación de los vehículos, falta de combustible, carencia de piezas de repuesto, mala planificación, indiferencia de los trabajadores y directivos, carreteras que comenzaban con baches sin reparar...

Estando en el internado obligatorio en Cidra —por culpa de la dictadura comunista—, le llegó la salida definitiva del país a Tony Sabournin, el hijo del doctor. Era un año, o meses, menor que yo. Recuerdo que, estando en el exterior del colegio de Cidra, lo vi pasar en el autobús para la ciudad de Matanzas. Supe después por mis padres que él iba para inmigración, a las gestiones de su salida.

Comenté que la disciplina del colegio-internado de Cidra, era semi-militar. Se formaba en pelotones en el patio para el matutino de las mañanas. En las aulas. Para entrar al comedor. Cuando pasábamos al lado de alguien que tenía un grado militar superior (fuese compañero, profesor o un directivo), teníamos que hacer un saludo militar con la mano en la frente. También teníamos que hacer el saludo militar y mantener esa disciplina en los trabajos en el campo, en los albergues para dormir... En definitiva, en todos los sitios teníamos que saludar y ponernos en fila como soldados, y luego marchar en el patio, etc. Pasaban revisiones de nuestras literas y pertenencias. Las aulas de alumnos se llamaban destacamentos. Los responsables (nuestros propios compañeros), eran jefe de brigada, jefe de destacamento, jefe de pelotón... según la estructura que correspondiera, como en las unidades militares. Si —al saludar a un superior, en las filas o marchas, preparando las camas, organizando las pertenencias y no digamos con una tardanza en hacer algo o llegar a una actividad— cometíamos una falta, o algo que se considerara una falta, el superior anotaba un *demérito* en una cartilla que cada uno tenía. Al final de la semana, teníamos que ir a una corte de estilo militar, formada por la dirección del centro o directivos políticos, y, si habíamos acumulado un número determinado de *deméritos* o faltas, como en un ejército, perdíamos el pase para estar con la familia, desde el sábado por la mañana hasta el domingo en la mañana —no todas las semanas, a veces cada quince días. Nos quedábamos en el internado para limpiar, vigilar o hacer lo que nos mandaran. En definitiva, prácticamente como en un cuartel.

A los internados en Cuba los llamaron Escuela en el Campo, y llevaban esa disciplina semi-militar —y a veces más dura. Hubo zonas, como la de Jagüey Grande, donde todos los centros de secundaria básica y Bachillerato (*preuniversitario*, como les puso la dictadura) pasaron a ser internados en el campo, en edificaciones habilitadas en zonas agrícolas. Todo el año escolar se cursaba en estas condiciones cuasi militares. En la zona de Jagüey Grande, el trabajo

Entre las cosas que nos correspondía hacer estaban: Practicar cómo íbamos a marchar en los ejercicios militares. Realizar guardias de milicia en el centro escolar por las noches o los fines de semana. Asistir a las charlas o círculos políticos, donde nos hablaban para adoctrinamiento ideológico. Dependiendo del lugar y del momento, nos podía trasladar, bien caminado o bien montados en camiones o carretas, a una plaza de la ciudad o del pueblo para escuchar en directo el discurso de un dirigente político o visitante. También nos movilizaban si necesitaban que fuésemos al recibimiento de un dignatario extranjero: ya en esto estaba fijado dónde debíamos colocarnos, qué consignas decir o cantar y el texto exacto de las pancartas o letreros que debíamos sostener o agitar.

agrícola se hacía con los cítricos, durante media jornada (bien por la mañana o bien por la tarde).

Por las mañanas temprano, tocaban diana para levantarnos. Teníamos un corto tiempo para el aseo –recordar las dificultades por la falta de agua e higiene, en los espacios reducidos– y para arreglar las camas de litera. Entonces el superior –el jefe de brigada, de destacamento o de pelotón, fuese un directivo del centro o político o fuese un compañero elegido por la dirección de las escuelas entre los militantes de la UJC– pasaba revista, mientras nosotros teníamos que permanecer firmes al lado de las literas, con todo recogido y las camas hechas. Si había algo que no les parecía bien, nos hacían un reporte de deméritos. Después nos dirigíamos al patio para formar

en pelotones y entrar al comedor. Terminado el desayuno, volvíamos a los patios para formar de nuevo en pelotones y brigadas. Comenzaba el matutino, que consistía en: izado de la bandera, canto del himno nacional y escucha de la lectura que correspondía al día –un trozo de un discurso o un mensaje político de un directivo del partido, de la UJC u otra organización. Y se terminaba recibiendo los avisos. De la formación militar paralizados pasábamos al movimiento: marchando nos dirigíamos a las aulas o, si correspondía, a montarnos en las carretas o camiones para ir al campo. En el momento del *almuerzo* (como decimos en Cuba), en la *comida* (cena), durante otras actividades que surgieran, o si recibíamos en el centro una visita especial, también teníamos que formar en pelotones, destacamentos o brigadas. Entre las cosas que nos correspondía hacer estaban: Practicar cómo íbamos a marchar en los ejercicios militares. Realizar guardias de milicia en el centro escolar por las noches o los fines de semana. Asistir a las charlas o círculos políticos, donde nos hablaban para adoctrinamiento ideológico. Dependiendo del lugar y del momento, nos podía trasladar, bien caminado o bien montados en camiones o carretas, a una plaza de la ciudad o del pueblo para escuchar en directo el discurso de un dirigente político o visitante. También nos movilizaban si necesitaban que fuésemos al recibimiento de un dignatario extranjero: ya en esto estaba fijado dónde debíamos colocarnos, qué consignas decir o cantar y el texto exacto de las pancartas o letreros que debíamos sostener o agitar.

Para no llegar ir a la Escuela en el Campo, la única solución era obtener un certificado médico por algún problema de salud, justificado y serio que impidiera hacerlo. Entonces podías estudiar en un centro de la ciudad o de un pueblo cercano que no fuera internado y, en el caso de la Escuela *al Campo* –no Escuela *en el Campo*–, te podían dejar en el pueblo haciendo otro tipo de trabajo.

El Bachillerato

Estando estudiando el primer año de preuniversitario (curso 1966-1967), el “padrino” que me asignaron intentó, con conversaciones y la sugerencia de lecturas, que yo me integrara en la UJC. Me pusieron dentro del Plan de Preparación de Ingreso (PPI). Es más, como cada año proponían aspirantes para integrarse en las Juventudes Comunistas, pues ese año me proponen en la asamblea. Yo entonces me puse de pie en el aula, delante de todos mis compañeros y de los dirigentes de la UJC y del PCC del centro, y les dije que “no podía integrarme en la UJC porque era católico practicante y eso no lo permitía la organización”. Me dejaron y no me propusieron más, aunque el “padrino” que me correspondía seguía acercándose, para intentar influir... y de paso enterarse de mis actos y pensamientos. En definitiva, de mi vida.

Mi tía Alicia Sánchez Ruiz había conocido en el central Conchita, porque trabajaba allí, a Aldo Rivero, con quien se casó. Por el grave problema de la vivienda que ya había en Cuba, ellos tuvieron que fabricar un dormitorio y baño, que se comunicaba por dentro con la casa de mis abuelos en el central, para poder formar allí su familia. Recién después de tener a mi prima “Alicita” (Alicia Rivero Sánchez), fallece Aldo, que padecía sin saberlo de una cirrosis hepática. Al hacer un esfuerzo grande en su trabajo, se produjo una rotura de várices esofágicas y una importante hemorragia. Estuvo ingresado unos días, hasta que finalmente falleció el 23 de octubre de 1966. Esto fue un golpe tremendo para Alicia y toda la familia. Mi tía Alicia estuvo varios años vestida de luto, sin salir de la casa del central, con una depresión importante. Alicita se crio en el central, junto a su mamá, nuestras tías y mis abuelos. Años después mi tía Alicia se casó con Francisco Roberto López Pita, conocido como “Piti”.

El día del entierro de Aldo, papi nos contó que abuelo Sánchez, en el coche de regreso del cementerio, le había dicho: “ahora lo único que me falta es que se vayan ustedes también”, refiriéndose a nuestra solicitud de salida de Cuba. Abuelo no quería que nadie de la familia se marchara del país. Creo que eso, entre otros factores, influyó para que ninguno de mis tíos y tías Sánchez decidieran jamás salir de Cuba. Excepto mami, porque papi y yo “estábamos locos” para que se diera la salida.

Unos tres años antes había fallecido el novio de mi tía “Pupo” (Amalia Sánchez Ruiz) por la caída de un rayo. Él trabajaba en el campo con ganado y montaba el caballo con espuelas. Ese día estaba lloviendo y tronando, y parece que el metal de la espuela atrajo la descarga eléctrica. Ellos estaban a punto de casarse, tenían todo el ajuar de la boda hecho o comprado: toallas, cubiertos, sábanas, manteles. Tengo en mi memoria grabado el momento cuando la noticia llegó a casa de mis abuelos, pues nosotros estábamos allí.

Mi tía Amalia estuvo muy mal, aunque no cayó en una depresión tan grande como Alicia. Sin embargo, nunca más tuvo novio y no llegó a casarse.

El primer curso de Bachillerato, que tomé en 1967-1968, en el preuniversitario José Luis Dubrocq –que era antes el Instituto de la ciudad de Matanzas. Como todos los colegios de Cuba, en la época en que yo cursaba los estudios allí, estaba en manos del Estado. Este no era internado: todos los días daba los viajes de ida y vuelta desde Unión de Reyes a la ciudad de Matanzas, a unos 34 km de distancia, pasando por los pueblos de Juan Gualberto Gómez (Sabanilla) y Cidra. El transporte, como dije anteriormente, ya había comenzado a estar mal, pero aún funcionaba más o menos... eso sí, con demora, mucho tiempo de espera en las terminales de ómnibus. La mayoría de las veces viajaba de pie, con el riesgo aumentado de accidentes, por la mala situación habitual del vehículo y de la carretera –años después, mi hermana tuvo un accidente en esa línea de autobús, regresando del Bachillerato de Matanzas para Unión de Reyes.

Del tiempo del preuniversitario guardo un grato recuerdo de algunos compañeros. Había más de uno con una buena cultura y nada de acuerdo con la dictadura. Cuando el profesor, principalmente de filosofía, daba sus clases, tenía un compañero que lo ponía en aprietos con sus preguntas y dudas. No se me olvida un día, en la clase de filosofía, que le dijo al profesor que el marxismo era “el estiércol del pensamiento humano”. Casi nadie se atrevía a este tipo de pronunciamientos, por temor a las consecuencias, pero a este compañero no le importaba nada. Estaba dispuesto a que lo expulsaran. Lamento haber perdido el contacto con aquel grupito.

En Cuba, en todas las asignaturas, de todos los niveles, empezando por la primaria y aún más en la Universidad, el adoctrinamiento era y es obligatorio. La enseñanza está ideologizada, sea en la asignatura de matemática, física, química o educación física. Y no digamos

en literatura, historia o filosofía. Desde que comenzamos las clases, los profesores escriben en la pizarra, la consigna de cómo se llama el año –recordad que la dictadura comunista, desde 1959, a cada año le pone un nombre, con connotación política siempre. El profesor, si se celebra una festividad ese día o uno cercano, relacionada con el gobierno o con un país de los que consideraban “amigos” (la antigua Unión Soviética y sus aliados del bloque del Este), o cuando pasaba algo con relación al gobierno de EUA, tenía que mencionarlo en clase, en un caso como alabanza y en otro como reprobación. Si se hablaba de ciencia era para destacar los “avances” del Socialismo y el Comunismo en la materia. Si de historia, ahí estaban la manipulación, el ocultamiento y el sentido único válido en ese régimen: la interpretación marxista de la Historia. Si es en filosofía, llegaba la exclusiva interpretación del marxismo: determinados autores no se mencionaban o se reinterpretaban. Hasta la educación física o el deporte tiene fines políticos, bien sea para estar LPV (“listos para vencer”), bien cuando un logro personal se presenta como de la Revolución. Por tanto, siempre alabanzas y agradecimiento eterno al Socialismo cubano, por ese privilegio y oportunidad, bien sea para permitirnos exhibir, al país o al extranjero, los logros alcanzados por la Revolución. Por supuesto, religión –o una ética independiente– no se pueden impartir en la escuela. Cuando se habla de lo religioso, normalmente es para decir que “es el opio de los pueblos”, una “alienación” o un atraso. La asignatura de Marxismo, en todas sus vertientes: filosófica, económica o social, estaba presente desde los años 60 en toda la educación, con más insistencia cuanto más se avanzaba. En el preuniversitario y universidad, una asignatura que había que aprobar. Por todo ello, las purgas y expulsiones de profesores fueron unas de los primeros recursos que se aplicaron en Cuba, principalmente en la Universidad y en la enseñanza media. La formación de los nuevos profesores ha sido una prioridad, seleccionando a los candidatos, primeramente, en las filas de la Unión de Jóvenes Comunistas. Es más, a los jóvenes, el Ministerio de Educación, el

Partido Comunista o los dirigentes de la UJC, muchas veces, les han presionado para que cojan la carrera de magisterio. El “filtro” ideológico es mayor entre los que se forman para profesores, y si manifiestan dudas los purgan. No se les permitía que fueran a las Iglesias, que tuvieran creencias religiosas o que contactaran con familiares en el extranjero, ni con extranjeros que vivieran o pasaran por Cuba. Tenían que evitar usar ropas que se identificaran con modas “capitalistas” y, por supuesto, no podían ser homosexuales, ni tener alguna otra de las llamadas “desviaciones ideológicas”. De la formación para profesores hablaré más adelante, con relación a una mala decisión que tomé en una ocasión.

Estando en el primer año de Bachillerato, nos llevan otra vez a la agricultura, a lo que llaman Escuela al Campo: las escuelas que estaban en las ciudades y pueblos y no eran internados, tenían que ir a hacer “trabajos productivos” o “voluntarios” en el campo, durante un período de 45 días seguidos cada año —período que, en alguna ocasión posterior, llegó a extenderse hasta 3 meses. Los centros que eran de internados, que se llamaban Escuelas en el Campo, como relaté antes, estaban sometidos a esta organización de estudio-trabajo agrícola todo el curso.

Así, a nosotros nos internaron en campamentos situados en terrenos agrícolas. Era obligatorio ir, si querías seguir estudiando. Los campamentos no tenían condiciones higiénicas y, como siempre, la alimentación pésima: a base principalmente de harina de maíz, arroz —muchas veces con gorgojos), algún boniato o patata, alguna carne de lata rusa, una “leche” en polvo pastosa e imposible de tragar, con muy mala preparación, muchas veces fría y con polvo o tierra que le caía, sobretodo, si la comida había que comerla en medio del campo (porque no se instrumentaba volver al comedor durante el breve descanso), siempre servida en las bandejas de metal grasientas que describí. Nos trasladaban desde los campamentos a los campos de trabajo en carretas tiradas por bueyes o

tractores, otras veces en camiones, con el riesgo de accidente, por las condiciones de los caminos de tierra, el hacinamiento y lo inexpertos que éramos. En esos campamentos nos ponían metas para cumplir en los surcos de trabajo, para recoger patata, verduras, cítricos, tabaco o cortar caña de azúcar o hacer cualquier cosa imaginable. El responsable de campo decía la cantidad y el tiempo en que debíamos hacerla, individualmente o en grupos con compañeros. Siempre que se podía, la mayoría de los estudiantes mentían sobre la meta cumplida. Por ejemplo, se llenaba de patatas, o de lo que fuera, un saco de yute y se avisaba al jefe de campo para que viniera a cerrarlo y lo contabilizara como hecho por uno o por la pareja de trabajo. Entonces, los que iban en el surco de al lado, en un descuido del jefe de campo, sacaban ese saco contabilizado, lo ponían en otro surco y le retiraban el cierre con la cuerda. Llamaban al jefe de campo, para que lo contabilizara como terminado por él o ellos. Es posible que el mismo saco se contara varias veces. Al final las metas se cumplían o sobrecumplían. Es el ejercicio del sistema de “la máscara”, del disimulo: todos hacen que trabajan y todos se engañan unos a otros. Otro ejemplo era cuando los estudiantes sembraban al revés, o saltándose tramos en el surco, la semilla o la planta de patatas, boniato o lo que fuese.

Hay que imaginarse lo que es vivir a la fuerza en estos campamentos, de barracones con luz mortecina. La falta de agua en muchas ocasiones. El calor, los mosquitos (en Cuba hay que dormir muchas veces con mosquitero y aún más en el campo en estas condiciones), las literas incómodas, aunque ahora eran de una colchoneta fina. Los ratones pasando por encima del techo y el interior de los barracones; la suciedad. El agua fría para el baño, muchas veces manipulada con latas y jarros porque no había agua corriente en las duchas, o simplemente no había duchas. Los baños asquerosos, con los suelos llenos de agua jabonosa. Los orificios en el suelo de tierra para orinar y defecar, con el correspondiente mal olor y el mosquerío. La formación en pelotones militares para los actos matutinos con los que se daba comienzo el día, para entrar a cenar

—o, si correspondía, a comer— en la escuela o en el albergue o a las actividades políticas que se presentaban muchas veces.

Todo esto no eximía de los posibles trabajos extra que hubiera que hacer, obligatoriamente, durante el curso, mientras estábamos en la escuela en las ciudades o pueblos. Estos podían ser la limpieza del colegio, recogida de basuras, corte de hierbas... Bien sea organizados por el colegio o, los fines de semana o festivos, por el CDR de tu *cuadra*.

En las Escuelas en el Campo, y en las Escuelas al Campo, los que éramos católicos, tanto si nos conocíamos de antes o si nos presentaba algún conocido, nosotros los domingos, cuando estábamos en el campo y recibíamos visitas de familiares o amistades, tratábamos de reunirnos, alejados del resto de compañeros, nos sentábamos en la hierba, o en la tierra, y orábamos. Al mismo tiempo, alguien nos traía, de las parroquias cercanas, la comunión en cajas de *fósforos* (cerillas), para poder pasarlas dentro, disimuladas. Se consumían en el mismo día: no podíamos arriesgarnos a guardarlas.

Durante todo el curso en los centros escolares, además de los matutinos con su connotación política y las clases que mencioné llenas

Del tiempo del preuniversitario guardo un grato recuerdo de algunos compañeros. Más de uno, con una buena cultura y nada de acuerdo a la dictadura, cuando el profesor daba sus clases, lo ponía en aprieto con sus preguntas y dudas. No se me olvida que uno de ellos, en la clase de filosofía, le dijo al profesor que “el marxismo era el estiércol del pensamiento humano”. Casi nadie se atrevía a este tipo de pronunciamientos.

de manipulación, demagogia y adoctrinamiento, también había que estar visualizando y leyendo los murales o carteles, siempre con lemas y mensajes ideológicos. Nos llevaban a los actos políticos de los dirigentes de la Revolución y nos movilizaban para recibir cualquier visitante extranjero. Por supuesto, había que asistir a los círculos o charlas políticas que se organizaran, sea a través de la FEEM o por medio de la UJC, todas dirigidas verticalmente de arriba hacia abajo por el PCC. Para citarnos a estas actividades o movilizaciones nos pasaban una lista donde teníamos que firmar: con la firma nos comprometíamos a asistir. Después, los dirigentes de las diferentes organizaciones controlaban la asistencia. Siempre había quien intentaba escabullirse y se buscaba sus maneras, pero realmente eran la minoría, porque eso implicaba riesgo de sufrir con posibles consecuencias. Por ejemplo, no poder estudiar una carrera o la formación profesional como técnico medio que se deseara.

A los integrantes de la UJC les asignaban un “ahijado”, del que ellos eran los “padrinos”, entre los estudiantes que aún no eran militantes de la organización. Como he dicho en algún momento, todo estudiante de la Secundaria Básica y del Bachillerato, tenía que pertenecer a la FEEM y asistir a sus actividades, pero no todos eran militantes de la UJC. Estando estudiando este primer año de preuniversitario, el “padrino” que me asignaron intentó, con conversaciones y la sugerencia de lecturas, que yo me integrara en la UJC. Me pusieron dentro del Plan de Preparación de Ingreso (PPI) a la UJC. Es más, como cada año proponían aspirantes para integrarse en las Juventudes Comunistas, pues ese año me proponen en la asamblea. Yo entonces me puse de pie en el aula, delante de todos mis compañeros y de los dirigentes de la UJC y del PCC del centro que estaban presentes, les dije que “no podía integrarme en la UJC porque era católico practicante y eso no lo permitía la organización”. Me dejaron y no me propusieron más, aunque el “padrino” que me correspondía seguía acercándose, para intentar influir... y de paso enterarse de mis hechos y pensamientos. En definitiva, de mi vida.

La aberración de ese gobierno es tal como la demostrada con el primo de papi, Néstor “Machito” Guedes, alrededor del año 1968. Lo cogen preso, porque, como todos los domingos invitaba a sus hijos a comer en su casa, lo acusan de “comercio ilegal”, ya que entendían que la comida por la cuota de racionamiento no alcanzaba para hacer esos almuerzos con su familia y por tanto estaba comprando en contrabando.

A principio del año 1967 hacen una redada en Unión de Reyes y detienen a una serie de personas, siguiendo las delaciones de los CDR, que indicaban a la policía a quienes tenían que arrestar. Entre los presos en esta ocasión estuvieron Delia Guedes, prima de papi y hermana de Machito; Saúl Laguillo, Angelito Alfonso, Margot Guardado, Manolo el chofer. Los arrestados fueron acusados de todo tipo de actividades “contrarrevolucionarias”: comunicación con el extranjero, pintar letreros contra el gobierno, tenencia de dólares... Les aplicaron torturas psicológicas, los amenazaban con largas condenas de cárcel si no “confesaban”. De esta manera lograron que algunos firmaran “confesiones” falsas que los incriminaban y los harían sujetos de chantaje por parte del

régimen, de ahí en adelante. Esto es común en un régimen comunista: las “confesiones” y los “arrepentimientos”, que provocan terror y complicidad culpable.

A mediados del año 1967 se instauraron los Tribunales Populares en el centro del pueblo de Unión de Reyes, en las llamadas *cuatro esquinas*: el cruce de las calles Israel Cabrera (Unión) e Independencia (Asunción) —lugar que el régimen dio en llamar la Plaza Roja. Allí llevaban a acusados de delitos menores. Los jueces eran los más fieles al régimen, y carecían de preparación jurídica: con la “chusmería” en su apogeo, las condenas eran generalmente a trabajos forzados. En estas *cuatro esquinas* fue donde habían pedido a gritos “paredón, paredón” para los que eran detenidos por motivos políticos, desde los primeros días de la Revolución —sin provocar la alarma de muchos del pueblo, es decir, con la complicidad de una buena parte de los unionenses. Tanto la petición de “paredón” como los juicios populares se hacían en todos los pueblos y ciudades del país. De estos Tribunales Populares hablaré más tarde.

La aberración de ese gobierno es tal como la demostrada con el primo de papi, Néstor “Machito” Guedes, alrededor del año 1968. Lo cogen preso, porque, como todos los domingos invitaba a sus hijas a comer en su casa, lo acusan de “comercio ilegal”, ya que entendían que la comida por la cuota de racionamiento no le alcanzaba para hacer esos almuerzos con su familia y por tanto estaba comprando en contrabando. Unos días después, Machito y otros que habían corrido la misma suerte, fueron excarcelados sin más explicaciones. Como este caso, durante años han ocurrido y siguen ocurriendo en Cuba situaciones similares. Por supuesto, además de atemorizar a los detenidos, el objetivo es extender el miedo y la inseguridad al resto de la población. El domingo que detienen a Machito, lo que estaban *almorzando* (comiendo) era *chícharos* (guisantes secos), ninguna comida especial, ni diferente a la del resto de la población.

Estos guisantes secos (*chicharos*) en Cuba, con el nuevo régimen comunista, también se tostaban y se mezclaban con los granos del café, para que aumentara la magra cantidad de la cuota que vendían por la cartilla de racionamiento. En un país de toda la vida cafetero, consumidor de mucha variedad de marcas de café, el producto ya estaba desapareciendo.

Estando internado en el campo, en este curso del primero de preuniversitario, en marzo de 1968, nos forman en los pelotones de disciplina semi-militar, para escuchar el discurso de Fidel Castro anunciando lo que presentó como la Ofensiva Revolucionaria. Un proceso para incautar los últimos humildes negocios que habían subsistido hasta la fecha. Muchos unos meros *chiringitos* (la mayoría eran pequeñísimos e individuales): desde un puesto para vender *fritas*, algodón de azúcar o pan con tortilla, a los de arreglar zapatos o equipos eléctricos. Desde quioscos para venta ambulante o de periódicos, hasta cafeterías de barrio. Prácticamente todo pasó a manos del estado cubano, sin indemnización alguna para sus dueños. Todo esto provocó en el país una agudización aún mayor de la escasez: la población queda en una situación penosa. Prohíben toda actividad por cuenta propia: no podrán ya ejercer su oficio peluqueros, modistas, cerrajeros, mecánicos, fontaneros, albañiles, zapateros remendones... Todo ello en una ofensiva de “socialización total”. Se cierran todos los bares y cualquier otro establecimiento, para acabar con todo tipo de propiedad privada comercial.

La inflación es enorme y escasea casi todo. El desorden administrativo crecerá cada vez más, en la medida que se abandonan los registros contables, con la excusa de la lucha contra la burocracia, cuando lo que lograrán a corto, medio y largo plazo, es aumentarla exponencialmente en el país. La nacionalización y la expropiación ya habían comenzado desde los primeros tiempos de la Revolución. Primero afectó a los grandes, después a los medianos. En octubre de 1960, la gran propiedad industrial y comercial, nacional y extran-

jera, fue confiscada en 24 horas mediante un decreto fulminante —entre ellos se incautó el negocio y todas las propiedades de la familia Bacardí. En 1961, fueron expropiadas las propiedades de la familia de Ramón Arechabala (ellos eran del pueblo de Cárdenas, en la provincia de Matanzas, y dueños del ron Havana Club). Ya durante los cinco primeros años, los grandes y medianos negocios (medianos como los hoteles de pueblo, los cines, ferreterías, zapaterías, restaurantes...), culminando en diciembre de 1962, fueron expropiados. Finalmente, tocó el turno a todos los pequeños (individuales o familiares), con la Ofensiva Revolucionaria de marzo de 1968. Podemos añadir a esto que, cada vez que una persona era detenida o se marchaba del país, su negocio, oficina o empleo lo perdía y pasaba a manos del estado, sin que los familiares se pudieran quedar con el negocio, casa, coche o lo que fuera. Por ejemplo, la ferretería de Segundo Ojeda, el padre de Lourdes, y de algunos de sus hermanos (Ruperto y Julio), que tenían en el pueblo de Jagüey Grande, fue expropiada en el año 1962.

Cada vez que iban a intervenir y expropiar un negocio, una empresa, un almacén o lo que fuese, llegaban dos o más milicianos con armas largas —a veces, en vez de gorras traían cascos—, como si fueran a detener a un delincuente peligroso o a un terrorista. No dejaban al dueño hacer un inventario de lo que había, ni sacar papeles y, por supuesto, tampoco le daban ningún documento escrito de lo que expropiaban. A estos dueños no se les indemnizó. Así ocurrió desde las primeras nacionalizaciones hasta las últimas.

Cada vez que iban a intervenir y expropiar un negocio, una empresa, un almacén o lo que fuese, llegaban dos o más milicianos con armas largas, y a veces, en vez de sus gorras traían cascos, como si fueran a detener a un delincuente peligroso o a un terrorista. No dejaban hacer un inventario de lo que había, ni sacar papeles y por supuesto tampoco te daban ningún documento escrito de lo que te expropiaban. A estos dueños no se les indemnizó. Así ocurrió desde las primeras nacionalizaciones hasta las últimas. Siempre estaba presente por parte de la dictadura comunista, junto con la confiscación (expropiación), la “demonización” de los dueños o de los empresarios. El objetivo era desprestigiar, denigrar e infundir miedo. En múltiples ocasiones inventaban causas falsas, excusas irreales, detenían a muchos dueños y empresarios, a otros los obligaban a marchar al exilio. En definitiva, destruyeron todo el tejido empresarial, la creación de riqueza, coartaron las libertades, empobrecieron a la población y convirtieron a Cuba, de un país que se consideraba en despegue económico, en otro más subdesarrollado. De un país receptor de inmigrantes a otro del que todos los que se pueden marchar lo hacen.

Ya en el año 1968 todo estaba en manos del estado cubano, excepto algunas cosas como las fincas o colonias que tenían menos de unas 67 hectáreas de tierra, algunas consultas de médicos privados (de los graduados antes de la Revolución) y poca cosa más. Por supuesto, como he dicho anteriormente, los que se marchaban del país definitivamente, así como los que detenían o a los que consideraban unos enemigos “peligrosos”, les expropiaban y ni tan siquiera la familia se podía quedar con sus propiedades, por muy pequeña que fuera. Por tanto, prácticamente todos tenían que trabajar para el estado cubano, lo que implicaba mayor control de los ciudadanos por un estado que planificaba y dirigía con total ineficacia, con gran ideologización, excesiva burocratización y una falta de estímulos total. Todas estas expropiaciones provocaron un éxodo masivo de la clase empresarial y de profesionales que veían como se reducían su libertad y oportunidades. A todos los que ponían

en la administración de granjas colectivas, de industria, banca, talleres, oficinas, etc. todas del Estado cubano, los que estaban dirigiendo, no eran técnicos que supieran, sino políticos: por tanto, la ineficacia estaba garantizada.

En 1959, Cuba tenía 6.000.500 habitantes. Al margen de 1.800.00 viviendas, existían 38.384 fábricas, 65.872 comercios y 150.958 establecimientos agrícolas. Todo eso fue estatizado sin compensación real, provocando el súbito empobrecimiento de la sociedad cubana. ¿A cuánto asciende el despojo?

Además, habría que añadir la creación, en septiembre del año 1969, de los Expedientes Acumulativos de los Trabajadores, donde aparecían toda tu trayectoria laboral, tus opiniones políticas o religiosas, si tenías contacto con familiares o amigos en el extranjero, a cuáles organizaciones del gobierno pertenecías, si asistías a las actividades políticas o a los mal llamados “trabajos productivos” o “voluntarios”, si hacías guardias de milicia, etc. Era lo que los cubanos llamaban de broma, en cachondeo, un “cuéntame tu vida” que te perseguía a todos los sitios en que fueras a trabajar (era enviado a todos los trabajos para que te acompañara con un seguimiento de tu historial laboral, personal, político). Lo controlaba la administración estatal y, por supuesto el núcleo, del Partido Comunista de allí.

La invasión de Checoslovaquia por las tropas de cinco de los países socialistas firmantes del Pacto de Varsovia fue una guerra no declarada. En la noche del 20 al 21 de agosto de 1968, liderados por la Unión Soviética, ocuparon la República Socialista de Checoslovaquia. Su objetivo era frenar las reformas de liberalización económica y política, impulsadas por el presidente Alexander Dubček, que habían conducido al movimiento social pacífico conocido en todo el mundo como la Primavera de Praga: un período de cierta liberalización política, de protesta y de esperanza para los ciudadanos del país.

En septiembre 1968, Ryszard Siwiec, excombatiente polaco de la Segunda Guerra Mundial, se quemó a lo bonzo en protesta por esa invasión. Cuatro meses más tarde, el 16 de enero de 1969, el estudiante checo Jan Palach se inmoló de la misma manera en la plaza de Wenceslao de Praga. Fidel Castro, el 23 de agosto de 1968, comparece en una de sus habitualmente exhaustivos pronunciamientos para apoyar la Invasión de Checoslovaquia por parte de los países comunistas. Recuerdo perfectamente estar frente al televisor oyendo esa comparecencia. De esa manera, Castro no sólo se aliaba a un acto criminal de violación de los Derechos Humanos, sino se aseguraba el apoyo de la Unión Soviética para perpetuarse en el poder. Los intelectuales del mundo criticaron la Invasión, e indirectamente el apoyo de la dictadura cubana. Para mí era triste comprobar que, aún en el año 1968, el régimen cubano recibía apoyos de muchos escritores, artistas, periodistas, políticos... de todo el mundo, a pesar de todo lo que había pasado en nuestro país. Los prejuicios y la ignorancia fueron cómplices de considerar “progresismo” lo que no era más que un engranaje de ideas y prácticas reaccionarias. Creerse los mitos de la Revolución —y principalmente el antiyanquismo— ciega las inteligencias... porque pienso que en esas personas habrá honestidad. Después, con los años, he comprobado que, aunque hoy el apoyo a la dictadura cubana haya disminuido mucho, durante muchas décadas siguió recibiendo apoyos y simpatías, a pesar de las reiteradas violaciones de los Derechos Humanos y el atraso progresivo exponencial en el que estaba y está sumida Cuba. Todo esto me produce “pena” e irritación al mismo tiempo. Los años me han confirmado que, tanto mis padres como yo, hemos tenido razón en pensar que ese sistema comunista es una estafa, un retroceso y una negación de todos los Derechos de las personas.

El segundo año del Bachillerato (preuniversitario), 1968-1969, lo comencé en el mismo Instituto y allí cursé el primer trimestre. Todo en Cuba seguía peor. Como relaté, en el internado en que

estuve en Cidra a las aulas, como en lo militar, las llamaban destacamento. En este curso yo estaba en el destacamento 13. Nos llevan a la Escuela al Campo: esta vez lo habían planificado para 3 meses, en el corte de caña de azúcar al igual que en el año anterior. Estando internado en el campo, llegó una visita auspiciada por el Ministerio de Educación, por supuesto y como siempre, con las indicaciones u “orientaciones” del PCC. La visita fue para convencer y presionar, no sólo a los militantes de la UJC, sino a los estudiantes en general, para que se hicieran profesores de diferentes niveles. Decían que “por la necesidad que había” de ellos. Cometí el error de decir que sí a esa proposición. Una decisión equivocada por mi parte, por varias razones. Una, porque no tuve en cuenta que, para ser profesor en Cuba, tendrías que estar “integrado” en el régimen, o saber aparentarlo. Otra, que la dictadura, a través de sus mecanismos, vigilaba en ese momento aún más a los que se dedicaran a la enseñanza. Y aun un tercer error: dejé el Bachillerato, que me hubiera sido más útil para continuar estudios en la Universidad o cualquier centro superior. Con más razón, teniendo en cuenta que me estaba planteando ya en ese momento, muy seriamente, entrar al Seminario para formarme como sacerdote. En fin, que salí del Instituto a principio del año 1969, para ir a matricularme en la Escuela de Pedagogía de la ciudad de Matanzas. Teniendo en el preuniversitario buenas notas y, como dije antes, con un grupito de buenos compañeros... Las razones que me impulsaron a cambiar fueron que pensaba que podía tener una formación como profesor, si terminaba (guardaba la esperanza estéril de que me dejarían llegar a hacerlo). Por otra parte, pensaba que, como ya estaba decidido a entrar al Seminario, estos conocimientos me serían más útiles en el futuro.

En Cuba antes de la Revolución, desde 1940, todos los maestros, en los niveles primario y secundario, poseían títulos de normalistas o universitarios. De hecho, para ser director de colegio, era un plus haber terminado la carrera de pedagogía en la Universidad. Era

In septiembre de 1969, quedan establecidos los Expedientes Acumulativos de los Trabajadores, que contenían los datos de toda tu trayectoria laboral, tus opiniones políticas o religiosas, si tenías contacto con familiares o amigos en el extranjero, a cuáles organizaciones del gobierno pertenecías, si asistías a las actividades políticas o a los “trabajos productivos” o “voluntarios”, si hacías guardias de milicia, etc. Era lo que los cubanos llamaban, de cachondeo, un “cuéntame tu vida” que te perseguía a todos los sitios a los que fueras.

el único país de América Latina que había alcanzado tal logro. En la Escuela Normalista de la ciudad de Matanzas habían estudiado mami y Claribel Trujillo, la esposa de mi tío Ubaldo. El padre Solana, antes de entrar para sacerdote, también habían terminado sus estudios allí.

Estando en la Escuela de Pedagogía de Matanzas –un internado del régimen, fórmula que se abandonó cuando hicieron luego el Instituto Pedagógico de Matanzas–, pues, lo que restaba del curso de 1969, nos llevaron a otra Escuela al Campo, para el corte de caña otra vez. Nos situaron en un campamento, en este caso con paredes de ladrillos y techo de fibrocemento, que estaba situado en las afueras del pueblo de Canasí –en aquel momento, el municipio más pequeño de la provincia de Matanzas. Recuerdo que llegamos de noche y el albergue no tenía ni literas ni colchonetas. Había desparramado por el suelo restos de un abono para la agricultura –seguramente aquel sitio había sido un almacén hasta entonces. Como teníamos sueño y era medianoche, nos acostamos sobre la tierra fuera del albergue. Cuando en mitad de la noche me

levanté para ir a orinar, vi varias parejas de chicos y chicas realizando el acto sexual, y tomé conciencia aún más de la degradación acelerada a que nos llevaba el comunismo, especialmente a través de estos internados en el campo. Finalmente, de madrugada llegaron las colchonetas. Las pusieron encima de los suelos llenos de abono y en ellas terminamos de dormir esa noche. Al día siguiente trajeron las literas.

Al cabo de unos días se presentaron en el albergue unas diarreas muy serias para gran parte de nosotros, parece que producidas por una carne enlatada rusa en mal estado. Llegaron al campamento militares de la seguridad del estado, para investigar si se trataba de un sabotaje, si hubo alguien que quiso hacer daño. Eso es producto del delirio de ese régimen y de su militarización. Sencillamente, la carne rusa –que era de malísima calidad– estaba descompuesta o estropeada, dadas las malas condiciones del campo –y de Cuba en general. A un grupo de nosotros nos tuvieron que llevar al hospital y después nos trasladaron al internado de la escuela en la ciudad de Matanzas. Querían que permaneciéramos allí, sintiéndonos mal, sin prácticamente asistencia y sobre todo sin líquidos y alimentos adecuados para la situación. Al igual que otros, lo que hice fue marcharme: como pude, cogí un autobús para Unión de Reyes. En mi recuerdo está clarísimo lo mal que iba en el viaje: una persona me dio su asiento, ya que me iba a tocar ir de pie durante todo el viaje. Otras personas me asistieron dándome algo de beber. Cuando llegué al pueblo, alguien me acompañó hasta mi casa. Como era costumbre en Cuba en los pueblos, la puerta estaba con un gancho puesto, entreabierta. Entré, me acosté en la primera cama con que me topé y no pude ni llamar a mi mamá, aunque estaba en casa. Me encontraba en un estado de semi conciencia, causado por la deshidratación. Mami, cuando entró en el cuarto y me vio, se asustó.

La trampa de los espías

Cuando se retira el director, el miembro de la Seguridad del Estado se presenta como “Radamés” y me dice que le han informado que soy un buen estudiante, que participo en las actividades, que tengo méritos... Pregunta qué me gustaría estudiar y si voy a la Iglesia. Suelta alabanzas a mi persona para reforzar mi ego. No había dicho el motivo de su visita... todavía. Pero enseguida expresa que “yo tengo condiciones y que sería un honor que trabajara como miembro de la Seguridad del Estado cubano” y que, al mismo tiempo, “no habría problemas para que continuara estudiando lo que quisiera e incluso que mantuviera mis vínculos con la Iglesia”. Le respondí que no, que “de ninguna manera trabajaría para la Seguridad del Estado”, que “yo continuaría cooperando y participando en otras tareas de la Revolución: trabajos, guardias y otras actividades como los trabajos productivos, pero no en eso que me proponía”. Enseguida, su trato hacia mí varió. Comenzó con amenazas: que “no iba a poder estudiar lo que

quisiera”, que “tendría problemas en los trabajos y en la sociedad en general”, que “iría inmediatamente para el Servicio Militar Obligatorio cuando cumpliera los 18 años de edad”. Le insistí que no, que de ninguna manera. Recuerdo que el sudor salía de mis axilas con gran profusión y tenía mucho nerviosismo. Le llegué a decir: “mira como sudo pero, aunque esté así, no seré de la Seguridad del Estado”.

Se marchó, y antes me advirtió que “esa conversación no se la contara a nadie”. Lo que primero hice fue hablarlo con mi padre y sacerdotes de confianza. Lo que ellos quieren es el secretismo y que las cosas queden entre ellos y la persona. De esta forma pueden presionar más y, sobre todo, atemorizar y chantajear.

En la escuela pedagógica había una profesora con experiencia que, a veces, muy sutilmente, hacía comentarios críticos sobre la situación de Cuba —y principalmente sobre la formación que estaban recibiendo los futuros profesores. Un día me llamaron a la dirección del centro. Me dijeron que estaban haciendo averiguaciones sobre los comentarios de la profesora y me preguntan por cosas concretas que ella expresó. Yo intenté matizar el asunto para que no le dieran importancia, pero me di cuenta que tenían ya la intención de expulsarla. Aunque, al menos durante el tiempo que estuve en ese centro, no lo hicieron. Algo como esto no es nada

raro: había alumnos que informaban de cualquier comentario de profesores y alumnos, bien porque eran informantes de la Seguridad del Estado o militantes de la UJC.

Un fin de semana, me tengo que quedar en el internado de la Escuela Pedagógica para hacer “trabajos productivos” o “voluntarios”. Ese sábado recuerdo que, bajando unas escaleras, veo entrar a un señor vestido de militar. No sé cómo, pero me vino a la mente (una fugaz impresión), que era del Ministerio del Interior (de la Seguridad, es decir, del G2 cubano), no sólo del ejército, y que debería estar preparado por si venía hablar conmigo. Ya con los 17 años que tenía en ese momento, estaba informado de cómo trabajaba la Seguridad del Estado en Cuba, mucho más con los católicos. Al cabo de una media hora, me llaman a la dirección del centro y, a través de una puerta que tenía un cristal, veo al director hablando con el militar. El director expresa que “este compañero” (así llaman en el régimen comunista a todos los que no sean “enemigos” de la Revolución o “gusanos”), que “este compañero quería hablar conmigo”.

Cuando se retira el director, el miembro de la Seguridad del Estado se presenta como “Radamés” (probablemente no haya sido su verdadero nombre, sino el que usaba como miembro del G2) y me dice que “le han informado que soy un buen estudiante, que participo en las actividades, que tengo méritos...” Pregunta “qué me gustaría estudiar, si voy a la Iglesia y que, por supuesto, podía continuar con mi presencia allí”. Es decir, suelta alabanzas a mi persona para reforzar mi ego. No había dicho el motivo de su visita... todavía. Pero inmediatamente después expresa que “yo tenía condiciones y que sería un honor que yo trabajara como miembro de la Seguridad del Estado cubano” y que, al mismo tiempo, “no habría problemas para que continuara estudiando lo que quisiera, e incluso que mantuviera mis vínculos con la Iglesia”. Le respondí que no, que “de ninguna manera trabajaría para la Seguridad del Estado”, que “yo continuaría cooperando y participando en otras tareas de

la Revolución: trabajos, guardias y otras actividades como los trabajos productivos, pero no en eso que me proponía”.

Enseguida, su trato hacia mí varió. Ya no intentó satisfacer mi ego, sino comenzó con amenazas, como que “no iba a poder estudiar lo que quisiera”, que “tendría problemas en los trabajos y en la sociedad en general”, que “iría inmediatamente para el Servicio Militar Obligatorio cuando cumpliera los 18 años de edad”. Le insistí que no, que de ninguna manera. Recuerdo que estaba sudando en grandes cantidades, el sudor salía de mis axilas con gran profusión y tenía mucho nerviosismo. Le llegué a decir: “mira como sudo, pero, aunque esté así, no seré de la Seguridad del Estado”.

Se marchó y antes me advirtió que “esa conversación no se la contara a nadie”. Lo que primero hice fue hablarlo con mi padre y otros de confianza. Lo que ellos quieren es el secretismo y que las cosas queden entre ellos y la persona, de esta forma pueden presionar más y, sobre todo, atemorizar y chantajear.

Al día siguiente, que era domingo, mi padre me fue a visitar a Matanzas y yo salí del internado para verlo. Conversamos en la Iglesia de Pueblo Nuevo, que está en un barrio de la ciudad de Matanzas. Inmediatamente le conté a papi lo ocurrido y le pedí por favor que, cuando llegara a Unión de Reyes, además de comunicarlo a mami, también se los transmitiera al padre Adolfo Guerra, que era nuestro párroco y mi confesor. Además de con mi padre, ese domingo hablé con el párroco de la Iglesia de Pueblo Nuevo, padre Armando Martínez (el que años antes estuvo internado en UMAP) y que a su vez le pedí se lo transmitiera al Obispo de Matanzas, Monseñor Maximino Domínguez.

El fin de semana siguiente fui a La Habana, al Seminario San Carlos y San Ambrosio, que estaba al lado de la Catedral de La Habana, y allí conversé con su rector en ese momento, el padre Carlos Manuel de Céspedes García y Menocal. Le conté toda la conversación, desagradable y tensa, que tuve con el militar de la Seguridad del Estado. Yo estaba viajando al Seminario porque pensaba entrar en él desde hacía un tiempo.

Al cabo de unas semanas, el miembro de la Seguridad del Estado volvió a ir a la escuela —y así como tres veces más, que yo lo haya visto. Algunas veces, el militar hablaba con otros compañeros de estudio. En otras, volvía a hacerlo conmigo. Continúo con las amenazas e incluso me dijo que “lo llamara a un número de teléfono si cambiaba de opinión”. Yo seguí repitiendo lo mismo, que no trabajaría para ellos. Como el acoso persistía y él seguía visitando el colegio —y por tanto, su insistencia señalada también era motivo de temor—, le dije al padre Carlos Manuel que, “como yo ya había decidido entrar en el Seminario, era mejor que dejara esa escuela”. Sin embargo, el padre Carlos, me dijo que no, que “terminara el curso y me mantuviera firme”. Así lo hice, hasta el final del año lectivo. Siempre sospeché que habían ido a verme y tratar de que trabajara para la Seguridad del Estado porque sabían que yo estaba pensando entrar en el Seminario, a estudiar para sacerdote. Nunca el llamado Radamés se dio por enterado de eso, pero había tocado desde el primer momento el tema de la Iglesia. Nunca, antes ni después de esa vez estudiando magisterio, me repitieron la propuesta de formar parte de la Seguridad del Estado. Para ellos hubiera sido muy importante tener a alguien dentro del Seminario, como hacían en todos los sitios, incluyendo las iglesias y logias, para que les informara. También para cuando les conviniera crear conflictos, dudas, desconfianza. Unos dos años después, estando con mami en la Terminal de Ómnibus de Unión de Reyes, esperando un autobús para ir para La Habana, al Seminario, vi que venía por una acera el militar Radamés. Se lo dije a mami para que se fijara y estuviera atenta, por cualquier cosa que ocurriera. Probablemente estaba en mi pueblo por algo relacionado con su tenebroso trabajo, pero en esa ocasión no se dirigió a mí. No pudieron negarme carrera o trabajo, porque entré al Seminario en septiembre de 1969 y ya el gobierno no podía hacer nada, al no ir a estudiar o trabajar a un centro del estado.

Cuando tiempo después conocí a Lourdes y a su hermano Orlando, supe que a él le había ocurrido algo parecido. Estando trabajando en el pueblo de Colón, cercano a Jagüey Grande, estudiaba en lo que llaman en Cuba Facultad Obrera y Campesina, para que los trabajadores completen el Bachillerato. A Orlando lo presionó constantemente la Seguridad del Estado: en varias ocasiones lo visitaron en su trabajo. Otra vez paseando por la calle con un amigo, un coche de la policía secreta paró, lo hizo montar a la fuerza y lo paseó por todo el pueblo de Colón buscando intimidarlo. El acoso llegó hasta que un militar llegó a presentarse en su trabajo, lo encerró en una habitación y se sentó frente a él. Sacó su pistola y la colocó sobre la mesa, con el cañón apuntando hacia Orlando, como método de intimidación, para apoyar con intimidación su propuesta y que al fin accediera a trabajar para la Seguridad del Estado (G2). Como se negó hacerlo una vez más, el militar cogió un teléfono que había en esa oficina y llamó a alguna persona para decirle: “Orlando Pastor Ojeda González no puede estudiar Medicina”, “no se lo permitan”. Esa era la carrera que él hubiera querido estudiar, y ya nunca pudo. Después, llegó a terminar Bioquímica en La Habana. El objetivo fundamental de la Seguridad del Estado era que Orlando fuera del Ministerio del Interior e informara sobre las actividades, opiniones y actitudes de las personas que asistían a la Iglesia y de los sacerdotes. Como Orlando era un miembro de siempre de la Iglesia y además había estado en la UMAP por ser católico, las personas confiarían más en él. La Seguridad cubana no tenía que introducir a nadie nuevo en la Iglesia, ya Orlando estaba dentro. En Cuba decíamos “pescar en la propia pecera”. A una compañera del Bachillerato y católica de la ciudad de Matanzas, Libertad Arnol, la Seguridad del Estado la subió más de una vez en un coche para presionarla a que perteneciera a la policía política. Pero lo hacían de una manera pública para, a su vez, crear desconfianza hacia ella, cuando los demás lo vieran paseando en el coche del G2. Libertad sufrió, pero se mantuvo firme y digna.

Otro caso fue el del padre José Juan Quijano. Llegamos a coincidir en el Seminario San Carlos y San Ambrosio años después. Ya siendo sacerdote, la Seguridad lo interrogaba y presionaba con frecuencia para que trabajara para la policía secreta. Cuando tuvo la oportunidad que le dio su Obispo de estudiar una licenciatura en Roma, la aprovechó y no regresó a Cuba. La presión que soportaba era mucha. Lo iban a visitar donde era párroco, en Guantánamo, especialmente Miguel Sautié Medero (del PCC y agente de la policía secreta de la dictadura). Después, cuando hable de mi etapa de Seminario, volveré a mencionar a este Miguel Sautié Medero. En una ocasión Miguel llevó, para que hablara también con el padre Quijano, al que se hacía llamar “Benigno” (Dariel Alarcón Ramírez), que fue uno de los colaboradores estrechos del “Che” Guevara en Bolivia. Este “Benigno”, años después se quedó en un viaje que dio fuera de Cuba y escribió un libro: *Memorias de un Soldado Cubano*. También otro militar que visitó a Quijano, insistía en que lo “acompañara a un sitio”. Como el padre se negó, sacó una pistola y la puso sobre una mesa, como señal de amenaza y fuerza. Quijano no cedió y, como el militar de la Seguridad del Estado parecía no tener orden de llevárselo preso, lo dejó tranquilo. Pero se ve que ellos intentan por todos los medios la intimidación. En una sociedad totalitaria, desgraciadamente, muchas personas se sienten acorraladas y terminan colaborando con el régimen.

Desde el mismo primero de enero de 1959, el régimen comunista cubano intentó hacer miembros de la Seguridad del Estado a todos los que podía. Bien a través de prebendas (buenos trabajos o carreras, dándole facilidades en coches, casas, con ventajas para su familia, con buenas vacaciones), bien a través de levantarle el ego y haciéndole ver de que cumplían una misión importante para el país y la Revolución, que para ellos es lo mismo. Bien con el chantaje: si eras homosexual y no lo sabía nadie; si tenías un amante y amenazaban con decirlo públicamente; si te habían cogido come-

tiendo algún delito y no querías cumplir condena o disminuirla. Aprovechaban tu miedo. Todo le vale al régimen. Los objetivos son el control de la población: saberlo todo, tener el máximo de información de los propios del gobierno y por supuesto de los “gu- sanos” o presos.

La infiltración se hace en cada Iglesia, en cada centro de trabajo. En las propias organizaciones del estado, en las escuelas, en los grupos de amigos, en la familia (había casos de hijos vigilando a padres o hermanos a hermanos). Penetra la Seguridad del Estado a las reuniones o fiestas, en los grupos de oposición y en cualquier sitio imaginable. Muchas veces, la persona que más aparenta ser crítica con el gobierno, ése es el miembro de la seguridad. En más de una ocasión, al cabo de los años, cuando ya no es útil en esa función, lo hacen público e incluso le dan un homenaje, con medallas de condecoración del Ministerio del Interior incluidas. En algunas películas, como la alemana *La vida de los otros*, se ve reflejada esta tragedia humana. No es un delirio, no es paranoia, es la realidad del comunismo. Por eso, en gran medida, se sostiene ese régimen. Muchas personas sufren un gran desgarramiento psicológico personal. Sobreviene una tragedia humana cuando las personas se dan cuenta de lo que hacen, del daño que infligen a personas buenas, a compañeros de trabajo, a familiares, a amigos, a vecinos. Hay muchos que terminan en la depresión e incluso el suicidio.

Los métodos de vigilancia que usan son múltiples. Desde los electrónicos: la escucha de todas las llamadas telefónicas y también con los teléfonos colgados que actúan como verdaderos micrófonos. A través de las opiniones vertidas en conversaciones con conocidos y desconocidos. Infiltrando a miembros de la policía secreta en todas las organizaciones y administraciones del estado cubano. Por medio del correo: dispone el gobierno de un verdadero ejército de personas que revisan las cartas que vienen del extranjero o las de las personas que el gobierno quiere vigilar especialmente. Estando

ya nosotros en España en 1982, en los primeros meses, todas las cartas que escribía a mis padres y hermana, que estaban en Cuba, las recibían en Unión de Reyes abiertas o rotas. No disimulaban que las habían revisado. Mi padre fue al correo a preguntar por qué todas llegaban así desde España, y le contestaron que “ellos en el pueblo no eran los que la abrían, que venían de esa forma desde La Habana”. En dichas cartas jamás les hablé de política —tampoco en esa época yo estaba implicado en la oposición contra la dictadura cubana. Dejé de escribir por correo postal y lo hacía cuando podía enviar la carta en mano, con alguna persona que viajaba a Cuba. El correo en Cuba está en manos del Ministerio del Interior.

Los miembros de la Seguridad del Estado cubana se formaron con la Stasi (*Ministerium für Staatssicherheit*), la policía política de la Alemania del Este —la parte de Alemania que era comunista, la RDA o DDR— y con el KGB (*Komitet gosudárstvennoi bezopásnosti*) de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS o CCCP). Hay una cantidad enorme de cubanos que han vigilado y continúan vigilando a otros cubanos, dentro y fuera de Cuba, y a extranjeros vinculados con Cuba (diplomáticos, periodistas, artistas, empresarios). Empresas en el extranjero, universidades, bancos, centros de investigación, fuera de Cuba y que no son cubanas. En el Ministerio del Interior tienen diferentes departamentos para la vigilancia, para coleccionar información y crear expedientes de todas las profesiones o dedicación de las personas, sean cubanas o no. Estos datos pueden ser utilizados como chantaje o para la detención cuando convenga. La información es fundamental y quizás lo mejor que funcione en la dictadura comunista cubana, para su mantenimiento en el poder. Genera los servicios de inteligencia y contrainteligencia no sólo información, sino también terror, sensación de que no se puede hacer nada y que todo lo sabe el “Gran Hermano”.

Estando ya nosotros en España en 1982, en los primeros meses, todas las cartas que escribía a mis padres y hermana, que estaban en Cuba, las recibían en Unión de Reyes abiertas o rotas. No disimulaban que las habían revisado. Mi padre fue al correo a preguntar por qué todas llegaban así desde España, y le contestaron que “ellos en el pueblo no eran los que la abrían, que venían de esa forma desde La Habana”.

Los miembros de la Seguridad del Estado cubana se formaron con la Stasi (*Ministerium für Staatssicherheit*), la policía política de la Alemania del Este y con el KGB (*Komitet gosudárstvennoi bezopásnosti*) de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS o CCCP). Hay una cantidad enorme de cubanos que han vigilado y continúan vigilando a otros cubanos, dentro y fuera de Cuba, y a extranjeros vinculados con el país (diplomáticos, periodistas, artistas, empresarios). Empresas en el extranjero, universidades, bancos, centros de investigación, fuera de Cuba y que no son cubanas. La información es quizás lo mejor que funcione en la dictadura comunista cubana: es fundamental para su mantenimiento en el poder. Los servicios de inteligencia y contrainteligencia generan también terror: una sensación de que no se puede hacer nada y que todo lo sabe el “Gran Hermano”.

Parte Cuarta

La vocación

30

La vida en el Seminario

La vida del Seminario me resulto agradable, positiva, formadora y de crecimiento espiritual y en la Fe. Además de las clases con sus asignaturas, teníamos diariamente las diferentes Liturgias de las Horas, que hacíamos comunitariamente en la Capilla principal del Seminario, fundamentalmente Laudes, Sexta, Vísperas y Completas. También la misa diaria y momentos de meditación personal y oración. Tiempo de estudio y tiempo de trabajo en las diferentes responsabilidades: limpieza de los baños y habitaciones, ayuda de preparación y de servicio del desayuno, almuerzo y comida y otras muchas responsabilidades, como la preparación de la liturgia de la misa y otras celebraciones. Ratos de ocio personal o de grupo dentro del Seminario. En el recreo después de la cena paseábamos por los alrededores del Seminario, que estaba ubicado al lado de la Catedral y en la Avenida del Puerto.

Desde primero de Bachillerato estaba reflexionando sobre mi vocación, si estaba llamado o no al sacerdocio. Lo hablaba con el padre

Adolfo Guerra; después con el Obispo de la Diócesis de Matanzas, Monseñor Maximino Domínguez. Lo conversé con el padre Machado, que era el Vicario General de la Diócesis. Él me hizo test mentales, que interpretaría algún psicólogo al que tuviera confianza. También fui a La Habana para entrevistarme con el padre Carlos Manuel de Céspedes, rector del Seminario. En esa ocasión fue cuando lo conocí personalmente: después, tuve varias entrevistas con él antes de incorporarme al Seminario. También conocí y conversaba con los seminaristas de Matanzas y de otras Diócesis que se encontraban en el Seminario de La Habana. No era fácil la decisión. No sólo por el paso importante y el compromiso en la vida, sino también teniendo en cuenta la situación de Cuba.

Cuando lo decidí y ya era seguro, en el año 1969, se lo comuniqué a mis padres. Mami, que era de siempre católica practicante, lo acogió con satisfacción. Papi, que era creyente, pero nunca practicante hasta ese momento, tomó la noticia con más desconcierto. Aunque no se opuso ni me hizo resistencia. Con mi entrada al Seminario, y en los meses venideros, mi padre estaba feliz, hasta el punto que eso fue un motivo para que él comenzara su práctica de Fe. Al cabo de un año, el padre Juan Manuel Machado, Vicario y responsable de liturgia de la Diócesis de Matanzas, le propuso a papi para que se formara como Diácono Permanente de la Iglesia —comenzaba en Cuba esa posibilidad. Papi tuvo dos años de formación, incluyendo exámenes. Pero, como tantas cosas en la Cuba comunista, en ese momento no pudo la Iglesia ordenar a los Diáconos Permanentes, por oposición del régimen cubano. Años después sí que permitieron el Diaconado, pero ya era tarde para papi: no tanto por la edad, como porque también ya había la posibilidad de que ellos en algún momento se marcharan definitivamente de Cuba.

El 20 de julio de 1969, estando en Unión de Reyes escuchando la radio, en la sintonía de La Voz de América, oigo con atención y emoción la retransmisión del alunizaje de la nave espacial Apolo XI.

En un momento dado, enciendo la televisión de mi casa para ver si captaba alguna estación de TV de EUA —a veces con dificultad se veía algún canal *americano*, en algunas zonas del país y algunos días. Con gran alegría puedo divisar la nave Apolo XI en la luna. Por un lado, escuchaba la trasmisión de la radio y por otra, veía el canal de la TV de EUA. El régimen cubano no transmitió este acontecimiento histórico por ningún medio de comunicación radial o televisivo. Omitía infinidad de noticias y programas del mundo, excepto los que daban el enfoque de las peores noticias, que servían para reafirmar la interpretación ideologizada de la dictadura. Los cubanos vivíamos de espaldas al progreso, a la información social, económica, cultural, religiosa y política del mundo, menos a lo que les convenía a las autoridades enseñar. Un país que los comunistas tenían y tienen bloqueado. Otra emoción de esas transmisiones radiales fue escuchar al astronauta Buzz Aldrin leer el Salmo 8, en esa misión.

Por fin entré al Seminario San Carlos y San Ambrosio, situado en la Avenida del Puerto de la Ciudad de La Habana, en el mes de septiembre de 1969, con 17 años de edad y a los pocos días de cumplir los 18. El Seminario fue la cuna donde se formaron muy importantes intelectuales y políticos del siglo XIX como: el padre José Agustín Caballero; el padre Félix Varela (quien nos enseñó a pensar); José de la Luz y Caballero (padre de la pedagogía cubana); José Antonio Saco (gran político de su tiempo); Rafael María de Mendive (formador de José Martí).

La vida del Seminario me resultó agradable, positiva, formadora y de crecimiento espiritual y en la Fe. Además de las clases con sus asignaturas, teníamos diariamente las diferentes Liturgias de las Horas, que hacíamos comunitariamente en la Capilla principal del Seminario, fundamentalmente Laudes, Sexta, Vísperas y Completas. También la misa diaria y momentos de meditación personal y oración. Tiempo de estudio y tiempo de trabajo en las diferentes responsabilidades: limpieza de los baños y habitaciones, ayuda de

preparación y de servicio del desayuno, almuerzo y comida y otras muchas responsabilidades, como la preparación de la liturgia de la misa y otras celebraciones. Ratos de ocio personal o de grupo dentro del Seminario. En el recreo después de la cena paseábamos por los alrededores del Seminario, que estaba ubicado al lado de la Catedral y en la Avenida del Puerto.

Participábamos por grupos, al menos una vez a la semana, en la revisión de vida. Los fines de semana, trabajo pastoral en una parroquia asignada para uno o dos seminaristas, en la Diócesis de La Habana. A determinadas horas y días podíamos recibir visitas en el Seminario. Teníamos una tarde a la semana libre para salir y también una noche a la semana, con permiso del Rector o del Prefecto de Disciplina —cuando yo entré, el Rector era el padre Carlos Manuel de Céspedes; el Prefecto de Disciplina, el padre Arnaldo Fernández. Los viernes por la noche íbamos al cine o al teatro. Con frecuencia, en el Salón de Actos del Seminario teníamos a algún invitado, que podía ser un profesor, un experto en alguna materia, un sacerdote u Obispo, un teólogo... lo mismo fuese de Cuba como extranjero, bien viniera invitado o estuviera de paso como turista.

También algunos de los seminaristas íbamos, una tarde de la semana, a realizar trabajos de ayuda en la residencia de ancianos de las Hermanitas de los Desamparados de Teresa de Jesús Jornet. El estado cubano dejó sin expropiar muy pocas residencias de la Iglesia católica: esta fue una de ellas. Prácticamente todos los hogares de ancianos, de la Iglesia o no, fueron nacionalizados sin compensación por la dictadura. En el Seminario había también una capilla más pequeña, como un oratorio, donde me gustaba ir para meditar, orar o hacer lecturas espirituales. En esa capilla fue donde leí, por primera vez, las obras de Santa Teresa de Ávila.

En Cuba, por la falta de alimentos —y en general de todos los productos—, para poder desayunar y hacer las comidas, la mayoría

de los seminaristas tenían puesta como dirección en la cartilla de racionamiento la del Seminario. Pero con eso solo era imposible alimentarse: por eso necesitábamos ayuda de las hermanas religiosas de los Ancianos Desamparados de Teresa de Jesús Jornet. A ellas les suministraban más alimentos, los podían conseguir con más facilidad y nos ayudaban compartiendo con nosotros. Pero también se conseguían suministros por otras vías: de personas que ayudaban y haciendo “milagros” en la cocina.

La tarde de los jueves, que era la que habitualmente tenía libre, iba a casa de mi tío abuelo Eloy Ruiz Sánchez, hermano de mi abuela Estrella. Estaba casado con Hortensia Boitel. Su hijo Eloy Ruiz Boitel, ya se había ido para Argentina y estaba casado con Rina Ruiz, de esa nacionalidad. Eloy hijo salió prácticamente huyendo del comunismo. Recuerdo que, cuando yo tendría unos doce años, se fue al central para despedirse de mis abuelos y del resto de la familia. Antes de marcharse me regaló una pistola de perdigones (balines) pequeños y redondos. Por supuesto mis padres, en cuanto se fue el primo Eloy, me desaparecieron esa pistola. Yo la buscaba y ellos me decían que “de eso nada”, por lo peligroso que era.

Ya en mis visitas a los tíos abuelos en La Habana, siendo seminarista, ellos entre los temas que me hablaban estaba el del sobrino de Hortensia, Pedro Luis Boitel, preso político. Murió el 25 de mayo de 1972, en una de sus huelgas de hambre, después de 53 días sin asistencia médica. Fue sepultado en una tumba sin nombre en el cementerio Cristóbal Colon de La Habana —de esta variable de tortura para las familias, hablaré más adelante. Pedro Luis luchó primero contra la dictadura de Batista y después contra la del comunismo. Años más tarde, el 23 de febrero de 2010, después de 86 días sin ingerir alimentos, haciendo una huelga de hambre, murió Orlando Zapata Tamayo. Exigía el cese de las golpizas por parte de oficiales del orden interior de las cárceles y vestir uniforme de preso político y no de preso común. Lo dejaron morir.

De esas visitas a mi tío abuelo Eloy y a Hortensia, recuerdo el pan tostado que él tenía guardado en botes (*latas* decimos allá) de metal.

Comiendo ese pan y compartiendo con ellos, pasaba la tarde conversando. Siempre al irme, con esa bondad que lo caracterizaba, Eloy me daba algún dinero para mis gastos. Aunque me negaba a aceptarlo, me perseguía con él hasta la escalera o el ascensor.

Todos los años teníamos un retiro de una semana y, en algunos momentos litúrgicos del año, un retiro más corto. Cuando los había, asistíamos a una ordenación de sacerdote o de diácono; a un encuentro de importancia de la Iglesia; a una celebración en alguna comunidad de La Habana que fuera de interés; y, en nuestras vacaciones, íbamos durante un mes a nuestras respectivas Diócesis de origen –en mi caso, Matanzas– para realizar trabajo pastoral en una parroquia que nos asignara nuestro Obispo, mientras podíamos compartir con nuestras familias y amigos. También, al menos un fin de semana al mes –si vivíamos cerca de La Habana, como era mi caso–, íbamos a estar con la familia.

De una manera especial, recuerdo algunos de los retiros en que participé, por su calidad espiritual. Uno que dirigió el padre Miyares, sacerdote jesuita de La Habana, quien años más tarde sería Rector del Seminario, –aunque ya yo había salido del Seminario para entonces. Otro que fue dirigido por el padre Pastor González, sacerdote Escolapio, que había sido gran profesor y pedagogo en los años cuando en Cuba había colegios sin expropiar –e incluso, antes de ordenarse sacerdote, fue militante de un partido político llamado ABC y ocupó responsabilidades de gobierno en la Secretaría de Agricultura. Fue un gran pastor, muy querido, respetado y culto. Tuve la gracia de poderlo ver de nuevo, aquí en Madrid, unos meses antes de fallecer, en una visita que hizo ya sabiendo que estaba enfermo grave. Otro retiro de gran riqueza espiritual fue el que dirigió Monseñor Eduardo Pironio, argentino, a quien tiempo después hicieron Cardenal, y llegó a ser Prefecto de la Vida Consagrada y presidente del Pontificio Consejo de los Laicos. También fue confesor de Juan Pablo II. Monseñor Pironio dejó en Cuba una frase

que describía al católico cubano en la realidad del comunismo: “La Fe nace en el silencio, madura en la cruz y se expresa en la Alegría Pascual”. Cuando lo encontré en Madrid, le recordé la frase. Eso le resultó grato y me dijo al instante: “Cuba”.

Estuvo como profesor, y director espiritual de muchos seminaristas, el padre Louis Pageau, canadiense, de la Sociedad de las Misiones Extranjeras. Siempre con su cachimba y su sonrisa socarrona. Un sacerdote de gran formación y espiritualidad. Fue mi director espiritual, hasta casi mi salida del Seminario. Me ayudó mucho a discernir y en el crecimiento de la Fe. Aunque no era obligatorio tenerlo a él como director espiritual, en el Seminario contaba también como tal con otro sacerdote canadiense de la Sociedad de las Misiones Extranjeras, Roland Laneuville, que formaba parte del equipo directivo.

Entre las asignaturas y profesores que tuve estuvieron:

- Literatura e Historia, con el profesor Julio Morales Gómez, un laico muy comprometido, que fue profesor de la asignatura de Derecho Romano en la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana, hasta que lo expulsó el gobierno por ser católico. Un tiempo después, estando todavía yo en el Seminario, lo ordenaron sacerdote. Me quería mucho y fui el maestro de ceremonia en su ordenación de Diácono Temporal.
- Latín, con el profesor el padre Ramón Marimón, un español Escolapio.
- Griego Clásico, con el profesor Rafael Giordano, sacerdote Salesiano.
- Lógica, con el profesor Luis Peláez, sacerdote Jesuita.
- Historia de la Filosofía, con Monseñor Evelio Ramos, que fue ordenado Obispo Auxiliar de La Habana.
- Cosmología, con el padre italiano Bruno Roccaro, un Salesiano que acababa de llegar al Seminario y a Cuba.

- Introducción a la Teología, con el padre Rene David, sacerdote francés, que había acabado de llegar junto con el padre Bruno.
- Introducción a la Historia de la Iglesia, que impartía el padre Franciscano Frank Dumois, quien tenía una memoria prodigiosa.
- Psicología y materias relacionadas, que impartían (entre otros) el padre Marciano García, Carmelita Descalzo, y el padre Higinio Paoli, Salesiano.

Algunas otras asignaturas impartidas y que recibí fueron: Crítica, Fisiología Psicológica, Psicología Infantil y de la Adolescencia, Psicología General, Sociología, Introducción a la Vida Espiritual (por el padre Louis Pageau), Introducción al Misterio de Cristo, Introducción a la Liturgia.

En el Seminario estudiábamos ocho años, cuatro de Filosofía y cuatro de Teología. Yo estuve tres cursos completos, hasta el año 1972. Para nuestra formación, los que quisiéramos teníamos acceso a estudios complementarios —por ejemplo, en los salones del Instituto María Reina, que estaba en la Iglesia de Reina, de los Jesuitas. Había muchos cursos para laicos, religiosas, sacerdotes y seminaristas. Yo asistía a algunos, entre ellos el de Psicología, de dos años de duración, que estaba a cargo del Dr. Plasencia —magnífico psicólogo cubano, que no estaba con el régimen y tenía dificultades con las autoridades. Había otros profesores invitados que también participaban de la formación.

En el Seminario, además de contar con unos privilegiados profesores y magníficos visitantes que nos impartían conferencias, teníamos una biblioteca muy buena —sobre todo si la comparamos con las del resto del país, incluyendo las universidades. En la biblioteca del Seminario se podía encontrar no sólo libros de espiritualidad, teología, moral, liturgia, sino también de filosofía, sociología, antropología, literatura, historia, teatro, poesía e incluso algunos de ciencia. Muchos de los libros llegaban a través de la Nunciatura

Apostólica (Embajada del Vaticano). Allí descubrí las obras de Teresa de Ávila: las leí prácticamente todas y me hice un admirador de esa mujer santa, doctora de la Iglesia, escritora, reformadora de su orden y fundadora de conventos. Una mujer mística y muy adelantada para su época.

En la biblioteca del Seminario encontré el libro *Pensamiento de Carlos Marx*, de Jean Ives Calvez, sacerdote Jesuita francés, que es la mejor crítica seria al marxismo, a partir desde las propias contradicciones del pensamiento de Carlos Marx. Lo leí en dos ocasiones e hice un resumen de él, que me sirvió para dar algunas conferencias en parroquias. En Cuba, el marxismo era el “pan de cada día” en colegios, universidades, medios de comunicación y en todo sitio. Una doctrina contraria a las esencias más elementales del ser humano, no sólo cuando lo han puesto en práctica en diferentes países, sino también en la propia teoría, plagada de contradicciones. Al cabo de los años viviendo en España, compré un ejemplar que conservo.

Cuando entré al Seminario me ubicaron en un dormitorio que compartíamos tres seminaristas. Uno, que había sido preso político, posteriormente salió del Seminario, porque tenía un trastorno psicológico como consecuencia de la cárcel. El otro, llamado Miguelito, sospechaban que fuese informante de la policía secreta. El Rector (padre Carlos Manuel de Céspedes) y el Prefecto de Disciplina (padre Arnaldo Fernández), me dijeron que Miguelito era con bastante seguridad agente del gobierno. Me lo comunicaron para que tuviera cuidado, y además para observarlo. Este seminarista continuamente hacía fotos de todos y de todo. Realmente simulaba mal o estaba buscando que lo echaran del Seminario, porque entraba a la capilla con la radio en el oído y tenía otros comportamientos raros en cuanto a la actitud que debe tener alguien con vocación. Por estas actitudes negativas de disciplina lo expulsaron —sin decir que el otro motivo era que sospechaban de él. Tiempo después, otro seminarista se lo encontró en la calle en su Diócesis de Pinar del Río, vestido de militar.

Entre mis compañeros del curso que se ordenaron sacerdotes y con quienes he mantenido contacto —con la mayoría esporádico—, están Gerardito, Carlos Balandrón (llegaron a ordenarlo Obispo), Emilio Aranguren (Obispo actualmente), Juan de Dios (que se hizo Jesuita y también ordenado Obispo), Ramón Suarez Polcari, José Conrado (sacerdote que ha denunciado públicamente al gobierno y ha tenido grandes problemas), Norberto López López (sacerdote que se convirtió en monje Benedictino y es con el que mantengo una estrecha relación de amistad —en nuestra boda ejerció de acólito y en el bautismo de Beatriz de Diácono, porque aún no estaba ordenado— y Sabino Estrada, gran amigo nuestro (que ordenaron luego). Quedaron de laicos Raúl Méndez (del pueblo de Pedro Betancourt), Reynol Guillén (ordenado sacerdote, después dejó el ministerio), Reinaldo Payá (quien se hizo médico y es hermano del valiente opositor cubano Oswaldo Payá) y otros.

Durante el primer curso, en la Semana Santa del año 1970, mi Obispo, Monseñor Maximino Domínguez, me designó durante unos días trabajo pastoral, junto con otro seminarista mayor y que estaba ya en Teología: José Félix Pérez (“Pepe”), en el pueblo de Jagüey Grande, de donde es Lourdes. Allí trabajamos pastoralmente, en visitas a domicilios de católicos y de aquellas personas que lo pidieran, acompañados normalmente por algún laico de la parroquia de Jagüey Grande. Otra de las actividades pastorales fue hacer las liturgias de esa semana, menos lo específico de los sacerdotes, que iban una vez a la semana para la celebración de la Eucaristía. Hay que pensar que, dada la escasez enorme de sacerdotes en Cuba —y no sólo por la pobreza de vocaciones, sino también por las expulsiones que se sufrieron y porque permitían la entrada al país de muy pocos: lo hacían “a cuentagotas”, poniendo muchos obstáculos, dando largas para las autorizaciones— era necesario que los seminaristas realizaran las celebraciones litúrgicas, y las religiosas cuando las hubiera —también ellas escaseaban. Se

Supé cómo Lourdes, a los 11 años de edad, tuvo que enfrentarse un día a la provocación de un militar que fue de visita a su aula en el colegio de Jagüey Grande. Al llegar al aula, ese señor pidió que levantasen las manos los niños que asistían a la Iglesia. Solamente Lourdes la levantó. El militar, dirigiéndose a ella, comenzó a decir que “la religión era un oscurantismo”, “cosa del pasado”, creencias antiguas. Lourdes le rebatió espontáneamente, diciéndole que “los rebeldes que bajaron con Fidel Castro de la Sierra Maestra venían mayoritariamente con rosarios y medallas de la Virgen colgadas en el cuello” y agregó una pregunta: “¿para qué venían con los rosarios al cuello, para engañar al pueblo?” Acto seguido se marchó del aula llorando y fue a ver al párroco de la iglesia de Jagüey Grande, que en ese momento era Jaime Ortega Alamino. Con once años de edad pasó esa experiencia: con miedo, pero con valentía, defendió su fe y sus valores.

dejaba a algún laico presidir celebraciones: desde una de la Palabra, con predicación y administración de la comunión incluidas, hasta bautizar y visitar enfermos.

En esa Semana Santa, el último día de mi estancia en el pueblo, conocí a Lourdes, cuando ella fue de permiso a su casa por un día y medio. Le habían dado un pase de fin de semana de la Escuela en el Campo. La recuerdo tocando la guitarra, junto a Sonia Socorro —una laica muy comprometida de la parroquia, que se había bau-

tizado ya de joven: sus padres no se habían ocupado de ello, porque su papá era un comunista “de la Vieja Guardia” (de antes de la Revolución); aunque después se puso en contra del régimen cubano, cuando vio de verdad qué era el comunismo.

Durante esa semana estuve durmiendo en casa de Lourdes, de lunes a viernes. Ya que ella estaba en la escuela en el campo internada, me habían dado su cama. Como Orlando tenía una vinculación estrecha con la parroquia, me ofrecieron dormir allí –algo similar ocurría en muchos sitios con los seminaristas que iban de trabajo pastoral, cuando no había condiciones para alojarlos en las parroquias. En esa ocasión, conocí a Marina y Segundo, los padres de Lourdes, y a José Humberto (“Pepín”), su hermano mayor. Segundo estaba trabajando para una *bodega* del estado –la ferretería que era de él, con sus hermanos Ruperto y Julio, la habían expropiado. Un tiempo después se jubiló.

Supe cómo Lourdes, a los 11 años de edad, tuvo que enfrentarse un día a la provocación de un militar que fue de visita a su aula en el colegio de Jagüey Grande. Al llegar al aula, ese señor pidió que levantasen las manos los niños que asistían a la Iglesia. Solamente Lourdes la levantó. El militar, dirigiéndose a ella, comenzó a decir que “la religión era un oscurantismo”, “cosa del pasado”, creencias antiguas. Lourdes le rebatió espontáneamente, diciéndoles que “los *rebeldes* que bajaron con Fidel Castro de la Sierra Maestra venían mayoritariamente con rosarios y medallas de la Virgen colgadas en el cuello” y agregó una pregunta: “¿para qué venían con los rosarios al cuello, para engañar al pueblo?” Acto seguido se marchó del aula llorando y fue a ver al párroco de la iglesia de Jagüey Grande, que en ese momento era Jaime Ortega Alamino. Con once años de edad pasó esa experiencia: con miedo, pero con valentía, defendió su fe y sus valores.

A la iglesia de Jagüey Grande se le había caído el techo. Las misas y diferentes celebraciones se hacían en un local al lado del templo.

Allí mismo estaban los salones parroquiales y la habitación para dormir, que no se estaba utilizando por las malas condiciones y la falta de seguridad. Muchas veces entraban a robar o a molestar; se sospechaba que todo organizado por la Seguridad del Estado, o al menos era permitido por las autoridades, para molestar y amedrentar.

El sacerdote que estaba asistiendo en ese momento en la parroquia de Jagüey Grande era el padre Naranjo, que venía los domingos para la misa desde Pedro Betancourt. El padre Naranjo antes había estado en Cárdenas: allí el régimen lo estuvo amenazando. En la iglesia de Jagüey Grande sustituyó a Jaime Ortega, cuando el Obispo lo trasladó para la Catedral de Matanzas. Años después, el padre Naranjo estuvo de párroco en mi pueblo de Unión de Reyes. Mis padres tuvieron una relación estrecha con él.

En ese año ya se habían marchado de Cuba muchos familiares de Lourdes y por tanto no los pude conocer personalmente hasta años después, ya en el exilio. Excepto a Pedro que murió sin habernos conocido, y a Elisa y Martica que fueron de visita a Cuba, cuando el régimen lo permitió –de esto hablaré más adelante. Entre los que se pudieron marchar de Cuba estaban: Ruperto Ojeda y su familia (Laura y su hija María Laura); Gloria Ojeda y su familia (Juan González, que trabajaba en la farmacia del central Tinguaro, perteneciente al municipio de Perico, también en la provincia de Matanzas, y su hija Gloria Teresa); Julio (a quien le habían expropiado hacía años la ferretería de los hermanos Ojeda); y Edilia “Lala” (su hijo Julio César nació en los EUA).

También algunos familiares por parte de madre: Elisa González (era profesora y la expulsaron al pedir la salida del país) con su esposo Juan Hernández (telegrafista del correo de Jagüey) y sus hijos Pedro Luis y Juan José. Además, se había marchado Fermín Curbelo (quien tuvo una panadería en Jagüey Grande que el gobierno había expropiado sin indemnización), con su hija Martica: su esposa

Mirta González se había quedado atrás con el hijo varón Emilito, que no se podía marchar por estar en la edad militar. Martica tuvo que ir a los campos de trabajos forzados, fue de las llamadas Becarias de Johnson. Otro hermano de Marina que se había marchado y tampoco conocí personalmente hasta años después en EUA, era Sabino González, con su esposa Trina e hijos. El tío Pedro González (trabajador del campo), hermano mayor de Marina, en ese tiempo también se había marchado, después de su esposa Zoraida y su hijo Pedro Ángel, para que este primo de Lourdes no cumpliera en Cuba la dichosa edad militar de los 15 años. Zoraida y Pedro Ángel pasaron antes por España, como tantos cubanos, porque era uno de los pocos países donde poder hacer tránsito para después seguir viaje a EUA.

Todos estos familiares vivían en Jagüey Grande antes de salir de Cuba. El tío de Lourdes, Pedro, que fue el último que se marchó de la familia de Marina, en el momento de despedirse de la abuela de Lourdes, Juana, se puso a llorar. La abuela de Lourdes le dijo a su hijo: “anda, vete, que tu lugar es junto a tu mujer e hijo”. Delante de Pedro no echó ni una sola lágrima, pero después no se pudo contener. El sufrimiento de una madre, que no llegó a verlo nunca más.

Un día, estando en mi casa de Unión de Reyes, mi tío Ubaldo me llama a mí solo para el patio y me pregunta que si yo trabajaba para la Seguridad del Estado. Un joven que él conocía y que había estado en la Escuela Pedagógica, en la época que yo estudié allí, me había visto hablar con un militar del Ministerio del Interior y quizás yo estuviera vinculado en eso. Le dije rotundamente que no, que era cierto que habían ido a verme para proponerlo, casi exigirlo. Le conté lo que me pasó en esa escuela y lo que le dije al funcionario de la policía secreta. Eso que le dijeron a mi tío y que le creó dudas a él, era unos de los objetivos colaterales del comunismo cubano cuando se te acercaban: sembrar las dudas, crearte una

imagen falsa ante los demás, para de todas las formas intentar desprestigiarte y provocar en tu persona temores, angustia y conflictos.

Mi abuelo Antonio Guedes pensaba, y así lo decía a muchas personas del pueblo, que yo estaba en el Seminario para irme del país. Pienso que por dos razones: una porque le era difícil entender que estuviera formándome para cura y otra porque seguramente creía que yo seguía empeñado en encontrar cualquier forma de marcharme, y que me mandarían al extranjero a estudiar. Yo le decía que no era así, que de verdad yo pensaba que tenía vocación y que, por otro lado, todo el estudio para sacerdote se hacía en Cuba. Además, le pedí que tuviera cuidado con sus comentarios, porque con la dictadura cubana me podía perjudicar. Aun así, continuó diciéndolo.

Mi otro abuelo, Rafael Sánchez, no quería que yo estuviera en el Seminario. Cada vez que iba al central Conchita conversaba conmigo como siempre, pero ahora introducía como tema su objetivo de que yo dejara mis estudios y cambiara a los de Medicina –aunque, por otra parte, me daba la impresión de que tenía un cierto orgullo de que yo estuviera en el Seminario. Aquella Semana Santa me destinaron a Jagüey Grande, y teníamos que ir al trabajo pastoral también a los pueblos cercanos de Torriente y Agramonte. En este último pueblo, durante su juventud, mi abuelo materno fue uno de los fundadores de la Logia Masónica. Al saber que iría a Agramonte, me pidió que visitara a un amigo suyo que era el Maestro (grado de la masonería). Este amigo me llevó a la logia, me la enseñó y me explicó las simbologías y otras cosas que habitualmente no se hacen públicas a una persona que no sea miembro de esa sociedad secreta. Por ser el nieto de Sánchez, hizo una excepción conmigo.

Los diez millones van al desastre

En un discurso de los suyos, el 26 de julio de 1970, Fidel Castro se ve forzado a reconocer el fracaso de su zafra y, sobre todo, enumera el daño que hizo a la economía, como si él no hubiera sido el máximo responsable de ese disparatado plan, de su coste social y productivo devastador.

Al año 1969, como a todos, el gobierno le asigna un nombre: “Año del Esfuerzo Decisivo”. Moviliza y prácticamente militariza a toda la población, para lo que llamaron la Zafra de los Diez Millones (de toneladas de azúcar). Todo el país se puso en función de una zafra azucarera gigante que debía comenzar a finales de año y culminar con un récord histórico de producción que nos sacaría de la miseria. A pesar de no haber logrado ninguna de las metas anuales en las anteriores, Fidel Castro insiste en que los 10 millones se harán una realidad en la zafra del año 1970 y hace de eso una cuestión de “honor revolucionario”.

Envía a cientos de miles de personas de las ciudades a cortar caña. Cierra oficinas y talleres, casi paraliza el país, excepto en lo relacionado con la zafra. El gobierno acuñó un nuevo lema: “¡Los diez millones van!”, con el colofón: “¡Y de que van, van!”. De ahí surgió el nombre de un grupo de música popular que se hizo famoso: Los

Van Van. Finalmente, al terminar la recogida de 1970, no lograron la meta —a pesar de que en la práctica se contabilizó la producción de dos zafras: la del año 1969 y la del propio 1970, como si se tratara de una sola. Pero ni con esa artimaña: apenas se superaron los 8 millones. Con ese audaz desvarío de dimensiones megalómanas, tan necio como pretencioso, se acabó de destruir el resto de la economía, que, ya muy debilitada, quedó abandonada durante todo “el esfuerzo decisivo”. El año 1970 se había declarado “Año de la Zafra de los Diez Millones”, para afianzar el presunto logro. En un discurso de los suyos, el 26 de julio de 1970, Fidel Castro se ve forzado a reconocer el fracaso de su zafra y, sobre todo, enumera el daño que hizo a la economía, como si él no hubiera sido el máximo responsable de ese disparatado plan, de su coste social y productivo devastador. Todo el país había sido forzado a girar en torno a aquello durante más de un año. Se ideó también una terminología que se empleaba según el concepto militar: por ejemplo, se llamaba a los grupos de cortadores de caña “brigada millonaria”, “héroes del trabajo”...

Como siempre, hablaba de todos los temas con mi abuelo Sánchez, cada vez que iba al central. Como él tenía mucho conocimiento de la industria azucarera, recuerdo que, en esos meses, siendo ya Seminarista, en una de esas visitas le pregunto si piensa que se llegue a los diez millones de toneladas de azúcar en la zafra. Él me contesta que de ninguna manera. Por su capacidad industrial, los ingenios azucareros —es decir, la industria—, no eran capaces de poder de llegar a cumplir con ese objetivo.

Muchos planes desequilibrados del régimen, emprendidos según las ideas calamitosas de Fidel Castro, contribuyeron a empobrecer a Cuba, a que el pueblo cubano realizara multitud de sacrificios y trabajos inútiles, basados en un sistema ideologizado y sin libertad para las personas. Entre esos planes se encuentran:

— La Zafra de los Diez Millones, ya mencionada.

- Los planes arroceros, que pretendían convertir la Ciénaga de Zapata (cerca de Jagüey Grande), desecándola, en una gran plantación de arroz de miles de hectáreas. Ni la condiciones ni la organización eran las apropiadas. Los expertos vieron el daño que se haría al ecosistema, el riesgo de incendios forestales, la disminución de la reserva de agua... pero nadie era capaz de contradecir al Comandante en Jefe Fidel Castro. Finalmente, después de una inversión millonaria, de la contratación de muchos técnicos extranjeros, de varios años de “sueños” y trabajo, fracasó estrepitosamente.
- El Cordón de La Habana, que pensaba convertir todos los alrededores de la Ciudad de La Habana en una gran zona cafetalera. El plan echó a andar y Fidel Castro estableció un Puesto de Mando, similar a las de las Fuerzas Armadas, desde donde se impartían las órdenes. Como apoyo, creó una estación radial, Radio Cordón de La Habana, y un boletín impreso, Noti-Cordón. El proyecto se derrumbó después que se descubrió que las plantas de café no progresaban debido a que otra planta de crecimiento rápido, el gandul, que se había sembrado paralela a las de café y destinada a darle sombra, absorbía todo el oxígeno de la tierra y mataba al cafeto. Para hacer espacio al Cordón de La Habana, se arrancaron de la zona plantaciones de árboles frutales como el mango o el aguacate, que no se recuperaron nunca más después del fracaso y abandono del Cordón.
- El Plan Citrícola de Isla de Pinos (después llamada Isla de la Juventud): se llegó a decir que se triplicaría la producción de frutas que cultivaba Israel. Allí se establecieron Escuelas en el Campo para proporcionar la mano de obra. Otro fracaso por problemas de infraestructuras, falta de insumos, varias plagas...
- El Plan Lechero de los años 70, que después continuó con el de la Cuenca Lechera, en los años 80. Para estos contaban,

como estrella, a una vaca llamada Ubre Blanca. Diariamente, el periódico Granma, órgano oficial del PCC —y los otros pocos periódicos de Cuba, todos del Estado—, en su primera página publicaba una foto de Ubre Blanca y el dato de la cantidad de leche que habían ordeñado de la vaca. La cifra rompía todos los récords del mundo. Una vez fallecida, al animal le hicieron un monumento: una reproducción suya en mármol, de dos colores como los que tenía viva: blanco y negro.

- Años después continuaron con otros planes varios, todos fracasados, como el de los Plátanos Microjet.

La economía cubana existente hasta 1958, fue radicalmente transformada por la dictadura comunista desde 1960, aunque ya prácticamente habían dado los primeros pasos (hacia atrás y hacia el fondo) en el mismo 1959. Convirtieron la economía en un sistema de planificación centralizada, colectivista, con un predominio cuasi total de la empresa estatal, que se coronó en 1968, con la llamada Ofensiva Revolucionaria. El mercado real desapareció y quedó supeditado a los planes descabellados y a la economía estatal. Este modelo ha fracasado en todos los países del mundo donde se ha aplicado, desde el antiguo “bloque del Este” de Europa —regido por la URSS, con miembros como Alemania Comunista, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Rumanía, Bulgaria o Albania— hasta Angola, Mozambique, Congo, Libia, Siria, Corea del Norte, Vietnam o Camboya. Es decir, en todas las culturas y hemisferios. Porque niega la libertad, la iniciativa personal, genera ineficiencia, crea gran burocratización, falta de estímulos y carencia de compromiso real. En definitiva, una economía minuciosamente ineficiente, que daña gravemente el crecimiento y aún hoy es la que predomina en Cuba.

Navidades rojas

El 31 de diciembre de 1967, año en que murió Ernesto Guevara, Lourdes estaba en La Escuela en el Campo de Jagüey Grande. No tenían ese año vacaciones ni tan siquiera el 1 de enero –fecha en que, como dijimos, era festivo porque celebraban el Aniversario del “Triunfo de la Revolución”. Como los estudiantes no habían podido ir a sus casas, a las doce de la noche, un grupo grande de ellos comienza a usar jarros, cubos, etc., como instrumentos musicales para armar una especie de conga que “animara” la escena de fin de año, una manera de celebrar la fiesta tradicional de recibir el Año Nuevo y despedir el Viejo. Entonces, la dirección de la escuela y los dirigentes políticos, airados, hicieron salir a todos los estudiantes fuera de los albergues, a la intemperie de la madrugada, y formar en filas los pelotones de disciplina militar. Así los dejaron durante horas, como castigo por haber querido hacer una celebración, una fiesta, cuando “el país estaba de luto por la muerte del Che Guevara”.

En el año 1969 Fidel Castro prohíbe las celebraciones de Navidad. O sea, el 25 de diciembre dejó de ser festivo, así como el 6 de enero, día de Reyes, y los estudiantes dejaron de tener vacaciones por Navidad. Las razones que dieron fueron el período especial, casi de guerra, por La Zafra de los Diez Millones y la muerte reciente del “Che” Guevara. En definitiva, en Cuba se dejaron de celebrar públicamente, y en los centros de estudio y trabajo, las fiestas navideñas. Por una concesión que hicieron cuando el papa Juan Pablo II visitó Cuba en 1998, se pudo recuperar el 25 de diciembre como festivo, casi 30 años después –ya nosotros llevábamos en España más de 15. En Cuba, durante todos estos años hubo que asistir a la escuela y al trabajo los días navideños, excepto el primero de enero, porque ese día se conmemoraba el Triunfo de la Revolución del año 1959. A los estudiantes que estaban en la Escuela en el Campo y los que estaban en las escuelas de los pueblos y ciudades, durante mucho tiempo los estuvieron llevando (“movilizando”, como dice el régimen) a la Escuela al Campo en esas fechas. En Cuba, el 31 de diciembre a las doce de la noche, el gobierno, en todos los medios de comunicación de radio y televisión, nos ponían el Himno Nacional y un locutor diciendo unas palabras de índole política.

Una anécdota sobre el 31 de diciembre de 1967, año en que murió Ernesto Guevara en el mes de octubre. Lourdes estaba en La Escuela en el Campo de Jagüey Grande y no tenían ese año vacaciones ni tan siquiera el 1 de enero – fecha en que, como dijimos, era festivo porque celebraban el Aniversario del “Triunfo de la Revolución”. Como los estudiantes no habían podido ir a sus casas, a las doce de la noche, un grupo grande de ellos comienza a usar jarros, cubos, etc., como instrumentos musicales para armar una especie de conga que “animara” la escena de fin de año, una manera

de celebrar la fiesta tradicional de recibir el Año Nuevo y despedir el Viejo. Entonces, la dirección de la escuela y los dirigentes políticos, airados, hicieron salir a todos los estudiantes fuera de los albergues, a la intemperie de la madrugada y formar en filas los pelotones de disciplina miliar. Así los dejaron durante horas, como castigo de haber querido hacer una celebración, cuando “el país estaba de luto por la muerte del Che Guevara”.

El gobierno cubano, ya desde el primer año, y completamente a partir del año 1961, había desatado una represión contra las Iglesias —en particular la Católica, que era la predominante. Entre los ataques, estuvo el cierre de programas radiales de contenido religioso. Se suspendieron las procesiones, en una prohibición que duró más de 30 años. Igualmente pasó con la Semana Santa: se anuló como festivo el Viernes Santo y las vacaciones de los estudiantes por esa fecha se cancelaron, desde los primeros años de la década de los 60. El Viernes Santo fue considerado festivo de nuevo en el año 2012, con la visita del Papa Benedicto VI. Cuando los estudiantes estábamos en la Escuela en el Campo o al Campo, el Viernes Santo nos ponían algún tipo de carne para provocar —cuando muy pocas veces había carne en el menú. A pesar de que los católicos cubanos, por la situación de escasez, estábamos exentos de la abstinencia de carne por parte de la Iglesia, los católicos practicantes, cuando nos ponían carne ese día, no la comíamos, como signo de protesta y dignidad.

Supe de varios casos de sacerdotes, aunque también de laicos, a quienes la dictadura les situaba muy cerca, en las parroquias y en el círculo de sus relaciones personales, a mujeres o a hombres que eran miembros del Ministerio del Interior (G2 o policía política), para intentar de que “cayeran” como amantes o que llegaran a tener relaciones de pareja, sea de tipo heterosexual u homosexual. En alguna ocasión, cuando no lo lograban y querían chantajear, desprestigiar o deshacerse del sacerdote, religiosa o laico, le inven-

I Supe de varios casos de sacerdotes, aunque también de laicos, a quienes la dictadura les situaba muy cerca, en las parroquias y en el círculo de sus relaciones personales, a mujeres o a hombres que eran miembros del Ministerio del Interior (G2 o policía política), para intentar de que “cayeran” como amantes o que llegaran a tener relaciones de pareja, sea de tipo heterosexual u homosexual. En alguna ocasión, cuando no lo lograban y querían chantajear, desprestigiar o deshacerse del sacerdote, religiosa o laico, le inventaban un conflicto.

Creo que en todas las parroquias siempre hay más de un miembro de la policía política informando de todo lo que se haga y se diga, incluyendo las predicaciones de las celebraciones.

taban un conflicto. Contaré algunos casos, como ejemplos. Estando el sacerdote en el cine, sentaban a su lado a una persona del gobierno que, en un momento en medio de la proyección de la película, empezaba a gritar que ese sacerdote le estaba haciendo tocamientos indebidos. Encendían las luces del cine y todo el mundo era espectador de un hecho escandaloso que después era muy difícil desmentir. En otros casos, hacían que personas los visitaran constantemente, para sugerir una situación embarazosa, de que algo ocultaban. En otros, preparaban un montaje con fotos, cartas, murmuraciones (*chismes*) propias de los pueblos. Por supuesto, hubo sacerdotes y laicos, mujeres y hombres, que llegaron a caer en la tentación. Después que ya estaban atrapados en la relación —que les estaba produciendo conflictos personales, emo-

cionales y espirituales—, el miembro de la Seguridad rompía el vínculo, sin explicaciones o revelándoles toda la verdad. Algunos religiosos tuvieron que salir del país por el hostigamiento y para evitar problemas mayores. También se provocaron rupturas de parejas, casadas y solteras.

Estando ya en Madrid supe de un caso, por boca de la propia señora implicada, que ya había dejado Cuba. Ella había sido de la Seguridad del Estado y logró estar como pareja con un sacerdote (que yo conocí muy bien). La mujer, por supuesto, informaba de todos los detalles del caso a sus jefes de la policía política. Trasmitía lo que el sacerdote —y todos aquellos que lo rodeaban— decían y hacían. Esta señora aseguraba que el sacerdote había sido captado por la Seguridad del Estado antes de conocerla a ella. Esto no me ha sido posible contrastarlo con el sacerdote, porque ya había fallecido cuando me enteré del turbio asunto. Personalmente pienso que este caso, lamentablemente, fue cierto, hasta en el último dato. Siempre han intentado penetrar en el medio religioso, y particularmente introducirse en la vida íntima de sacerdotes, religiosas y laicos comprometidos. Creo que en todas las parroquias siempre hay más de un miembro de la policía política informando de todo lo que se haga y se diga, incluyendo las predicaciones de las celebraciones.

33

De cómo no llegué a ser un militar forzado

Al cumplir los 18 años de edad, el Ministerio de Defensa comienza a enviarme telegramas de citación para ir a cumplir el Servicio Militar Obligatorio (SMO). Como yo estaba en el Seminario en La Habana, al llegar a mi casa el telegrama, mi mamá les dijo que “yo estaba estudiando becado en La Habana” —sin aclarar al mensajero del ejército el tipo de estudio que era. Se marcharon y no repitieron esa convocatoria, aunque sí lo siguieron haciendo varias veces. Mami siempre decía lo mismo. En una ocasión, yo estaba de visita en Unión de Reyes, en mi casa, cuando vinieron con la citación. Mami, con tremendo valor, le dice al militar que “yo no me encontraba, que seguía becado”. Mi mamá estaba tan tensa y apretó tanto los dientes que se le cayó una muela. Nunca supimos si el militar emisario sabía que yo me encontraba en casa y no quiso presionar, o sólo pasó del tema.

Al cumplir en septiembre de 1969 los 18 años de edad, el Ministerio de Defensa comienza a enviarme telegramas de citación para ir a cumplir el Servicio Militar Obligatorio (SMO). Yo no quería ni remotamente verme en eso, no sólo porque no me gustaba el ejército, sino porque era el de un régimen comunista. Añadiendo el riesgo real de ser enviado a guerras en el extranjero, las llamadas Misiones Internacionalistas. En una ocasión pasé la revisión médica, que me hicieron en el mismo Unión de Reyes, a través de unos autobuses con sanitarios pertenecientes al ejército, que ubicaron en las afueras del policlínico. Como yo estaba en el Seminario en La Habana, al llegar a mi casa el telegrama al que me referí arriba, mi mamá les dijo que yo estaba estudiando becado en La Habana, sin aclarar al mensajero del ejército el tipo de estudio que era. Se marcharon y no repitieron esa convocatoria, aunque sí lo siguieron haciendo varias veces. Mami siempre decía lo mismo. En una ocasión, yo estaba de visita en Unión de Reyes, en mi casa, cuando vinieron con la citación. Mami, con tremendo valor, le dijo al militar que yo no me encontraba, que seguía becado. Mi mamá estaba tan tensa y apretó tanto los dientes que se le cayó un diente. Nunca supimos si el militar emisario sabía que yo me encontraba en casa y no quiso presionar, o sólo pasó del tema. Como quiera que fuera, fue pasando el tiempo y no me llamaron al SMO. Nunca supe, al igual que cuando no me autorizaron a salir del país a los 14 años, por qué no lo hicieron, a pesar de los telegramas. Ellos tenían que conocer que estaba en el Seminario, por mucho que mi madre afirmara con ambigüedad que estaba becado en La Habana. Pasados unos años, al entrar a la Universidad a estudiar Medicina, tuve que pasar entrenamiento y una asignatura militar. Eso hizo que no me volvieran a llamar para el SMO, que me consideraran de la reserva. Ya había cambiado de domicilio para La Habana y allí nunca me llegó otro telegrama para ir al SMO. También es cierto que ya tenía más edad y estaba casado, además de estar estudiando en la Universidad.

En enero de 1970, nombran Arzobispo de la Diócesis de La Habana a Monseñor Francisco M. Oves, hasta ese momento Obispo Auxiliar de Cienfuegos. Monseñor Evelio Díaz había renunciado al cargo. Monseñor Oves había sido expulsado por el régimen cubano de la Diócesis de Camagüey siendo sacerdote, después del fracaso de la Invasión de Playa Girón. Fue para La Habana y estuvo en la Iglesia de la Caridad del Cobre, junto a Monseñor Eduardo Boza Masvidal, que era Obispo Auxiliar de La Habana. Los dos fueron desterrados y, juntos a otros sacerdotes, en septiembre de 1961 salieron para España en el vapor Covadonga. Después, Oves fue a Roma y allí estudió, entre otras cosas, Sociología. Logró regresar a Cuba en 1965. Al poco tiempo de llegar a La Habana como arzobispo, Monseñor Oves sustituye como Rector del Seminario San Carlos y San Ambrosio al padre Carlos Manuel de Céspedes, y lo envía como párroco a la Iglesia del Buen Pastor de Jesús del Monte, en la Calzada de Diez de Octubre, en La Habana — más adelante hablaré más del padre Carlos y de esta Iglesia donde viví con él durante tres años, y donde luego nos casamos Lourdes y yo. Nombran Rector del Seminario a un sacerdote de la Diócesis de Las Villas, el padre Froilán Domínguez, quien años más tarde dejó Cuba y el sacerdocio, y hoy vive en Miami.

Durante el mes de agosto del primer año de Seminario (1970), el Obispo de Matanzas me encomendó el trabajo pastoral en mi propia parroquia de Unión de Reyes. Todavía era párroco el padre franciscano Adolfo Guerra, el que me presentó para el Seminario. En las vacaciones de verano, después de haber cursado el primer año, un grupo de Seminaristas vamos de visita a la Diócesis de Santiago de Cuba, y visitamos el Santuario de la Virgen del Cobre. En el templo descubrí la enorme cantidad de cubanos que asistían, la mayoría no practicante: muchos le llevaban desde medallas y títulos que habían obtenido hasta ofrendas o exvotos de agradeci-

miento variopintos. Visitamos la ciudad de Santiago de Cuba y estuvimos en la parroquia de la ciudad de Guantánamo donde estaba de párroco el padre Pastor González. En esa comunidad había mucha vida, principalmente de jóvenes, cosa difícil en ese momento en Cuba. Creo que se debía en gran medida a la labor pastoral de Pastor González.

Mi hermana tiene una bonita voz y le gusta cantar. Esto lo heredó de nuestro padre. En el curso 1969-1970, cuando tenía de 14 a 15 años, cantó para los niños de Educación Infantil de Unión de Reyes, en el antiguo Casino del pueblo –que habían convertido en Casa de la Cultura– y en el cine-teatro de Unión de Reyes. Entre las canciones que cantó estaban una de Rocío Dúrcal en *Las Leandras* y otras de la película de Massiel *Cantando a la vida*, que ambas las habían recién estrenado en Cuba. Evita disfrutó de todo esto, ya que le gustaba cantar, lo hacía bien y las personas lo reconocían.

Mi hermana tiene una bonita voz y le gusta cantar. Esto lo heredó de nuestro padre. Estando en el último año del Bachillerato, a algunas que tenían esta habilidad como ella las llevaron a La Habana, al Teatro Julio Antonio Mella (antes Cine-Teatro Rodi), en la calle Línea, en el reparto del Vedado. Las hospedaron en una casa y les llevaron a Silvio Rodríguez, el cantautor, para que cantara para ellas. Silvio acompañó con la guitarra a mi hermana que cantó La era está pariendo un corazón. Silvio le dijo a Evita que tenía una voz bonita y le preguntó si conocía las canciones de Tony Rubí, joven matancero católico y compositor.

La preocupación para mis padres y para mí estaba que pensábamos que, si seguía ese camino en la Cuba comunista, la obligarían a integrarse más en el sistema o de lo contrario fracasaría.

Después pudo cantar en el Teatro Sauto de Matanzas. Al terminar la función, funcionarios de la EGREM (Empresa de Grabaciones y Ediciones Musicales, que es la compañía discográfica del gobierno cubano) se acercan a mi hermana y a mis padres, para proponerles que mi hermana se dedicara al canto y grabara un disco. Esto quedó ahí, por varias razones. Una, por la dictadura comunista, de la cual dependía todo: y mis padres temían que, al enterarse lo que pensaba nuestra familia, pudiera Evita tener problemas o que la intentaran controlar. Otra, por la edad de mi hermana, no muy apta para moverse en el mundo artístico que es “complicado”. Por último, que eso podría afectar sus estudios, al no poder dedicarse bien a ellos en favor de un futuro mucho más inseguro.

El teatro Sauto de la ciudad de Matanzas fue fundado en el año 1863. Famoso por su extraordinaria acústica, en ese escenario se han presentado grandes figuras artísticas, tanto cubanas como extranjeras.

El 15 de septiembre de 1970, mi hermana cumplió los 15 años de edad. En Cuba es costumbre celebrar “los quince” años de las jóvenes con una fiesta, “puesta de largo” (en el vestido) y baile. Como en el país la falta de todo era tremenda, y además en ese año el régimen estaba inmerso en la Zafra de los Diez Millones y todo estaba obligatoriamente volcado en eso, se dificultaba especialmente hacer la fiesta de costumbre. A Evita se le organizó, en el patio de casa, una merienda-cena con lo que se consiguió y lo que mami pudo hacer. Se reunieron amigos, fundamentalmente de la Iglesia. Se puso música y se bailó. Como en Cuba los *cakes* (tartas) estaban racionados, para los cumpleaños y las bodas había que llevar a la pastelería la cartilla de racionamiento, donde aparecían registrados todos los miembros del núcleo familiar, con su nombre y edad. Por eso con la cartilla sabían si correspondía hacer y comprar un *cake*

o no. Así fue en el caso de Evita. Por supuesto, hacía años que se habían acabado en Cuba la variedad en *cakes* y dulces, y la calidad de ellos no era como las había antes de la Revolución. Cuando desaparecieron las decenas de refrescos, maltas y cervezas de buena calidad, aparecieron como sustitutos nuevos refrescos de cola, alguna malta y cervezas, pero jamás con la variedad y calidad que tenían antes. También las bebidas se distribuían por la cartilla de racionamiento y sólo para acontecimientos, como cumpleaños y bodas. En esos casos, había que llevar la *libreta* a la bodega que nos correspondía, para que te vendieran una cantidad determinada de bebida. Todo en Cuba era una carrera contra obstáculos.

Estando mi hermana en el último año del Bachillerato, a algunas que cantaban las llevaron a La Habana al Teatro Julio Antonio Mella (antes Cine-Teatro Rodi, inaugurado en el año 1952), situado en la calle Línea, en el reparto del Vedado, en La Habana. Las hospedaron en una casa de la 5ª. Avenida de Miramar y les llevaron a Silvio Rodríguez, el cantautor, para que cantara para ellas. Silvio acompañó con la guitarra a mi hermana, que cantó *La era está pariendo un corazón*. Silvio le dijo a Evita que tenía una voz bonita y le preguntó si conocía las canciones de Tony Rubí, joven matancero católico y compositor. Mi hermana sospechó que Silvio sabía que ella era católica, porque solamente a Evita le habló de Tony, delante del resto de sus compañeras. No es raro que lo supiera, porque en Cuba cada vez que venía o iba alguien a visitar a una persona o grupo le informaban quiénes y cómo eran los que iba a conocer. Principalmente todo lo que pueda estar relacionado en lo que llama el gobierno “problemas ideológicos”. Probablemente a Silvio la Seguridad cubana, a través del funcionario de cultura, lo mantuviera al tanto.

En la playa de Guanabo había un joven que, aunque no asistía a la parroquia, yo iba a su casa a hablar con él. Tenía un problema psicológico que se atendía en la ciudad de La Habana. Cuando le comentaba a su psicóloga lo que yo le decía, ella lamentaba que “era una pena que yo no estudiara psicología, porque servía para eso”.

En septiembre de 1970, comienzo mi segundo curso del Seminario, siendo Rector el padre Froilán Domínguez. Mi trabajo pastoral de los fines de semana – sábado hasta el domingo después del almuerzo– lo hacía en la parroquia de Nuestra Señora del Carmen en Guanabo, una playa de arena blanca del este de la provincia de La Habana. También tenía que asistir pastoralmente a la parroquia Santa Ana, del pueblo cercano de Campo Florido. En esa zona y en ese momento había un sacerdote canadiense de la Sociedad de las Misiones Extranjeras, el padre Roque Audet. Siempre sonriendo, algo burlón y gran pastor, lo recuerdo con gran cariño. En una ocasión se iban a casar dos jóvenes de la parroquia de Campo Florido y me dice que predique en la boda, pero con la condición de que la homilía durara media hora. Quería gastar una broma a los novios

que eran de su confianza. Así lo hice y, para mantener atentos a todos, me movía por el pasillo central de la Iglesia. Había personas de pie afuera del templo y un calor tremendo. Al final de la boda le dije a los novios: “cumplí el mandato de Roque”. En la playa de Guanabo había un joven que, aunque no asistía a la parroquia, yo iba a su casa a hablar con él. Tenía un problema psicológico que se atendía en la ciudad de La Habana. Cuando le comentaba a su psicóloga lo que yo le decía, ella lamentaba que “era una *pena* que yo no estudiara psicología, porque servía para eso”. Esa profesional se llamaba Alelí Jordán. Comento esta anécdota por algo que ocurrió dos años después y que relataré más adelante.

A principio del año de 1971, a los seminaristas nos dicen de ir a la Escuela en el Campo. Los obispos y la directiva del Seminario pensaban que, de esa forma, no sólo los seminaristas contribuían con los trabajos del país, sino que también seríamos considerados iguales al resto de estudiantes cubanos. Los campamentos a los que nos llevaron y que dispuso el gobierno cubano, eran algo mejores que aquellos donde mandaban al resto de los estudiantes y trabajadores. Me refiero a las condiciones materiales y la comida. Junto a los seminaristas, el régimen enviaba a militantes de la UJC y el PCC escogidos, y a algún funcionario del Ministerio del Interior —usualmente iba Miguel Sautié Mederos. Él y su hermano en otra época habían sido católicos —y ahora su hermano Félix había regresado, aparentemente, a la práctica religiosa. Ese envío de miembros del estado cubano se hacía con la excusa de compartir e intercambiar, pero realmente las razones eran recopilar información, conocer los problemas o debilidades de seminaristas, con el fin de lograr que alguno pasara a aumentar sus filas. Siempre tenían actividades culturales: invitaban una tarde-noche algún grupo musical, traían invitados e invitadas... Todo con el objetivo de ver si captaban en los seminaristas con alguna “debilidad” y cuál era nuestro comportamiento en esas circunstancias. Como parte de la

propaganda, nos visitaban periodistas de la revista Cuba Internacional, para hacer entrevistas y reportajes. La revista no se distribuía dentro de Cuba, se publicaba para el extranjero: querían exportar la imagen de seminaristas “colaborando” con la Revolución. Creo que fue un error llevarnos a esas actividades, porque ni eran productivas, ni la mayoría del pueblo iba voluntario y servían de alguna manera como verdadera colaboración con la imagen que exportaba de la dictadura. Tiempo después —ya no estaba en el Seminario— estos trabajos se dejaron de hacer. El campo al que fuimos ese año estaba en la Provincia de Pinar del Río.

Mientras estuvimos involucrados en esas actividades, algunos miembros del gobierno que nos acompañaban se acercaron a un seminarista de la Diócesis de Camagüey llamado Cambra. Llegaron a amenazarlo de muerte si no colaboraba con la Seguridad del Estado. Él se opuso, pero no era fácil liberarse de los temores.

Estos trabajos del campo eran de corte de caña de azúcar y, al igual que cuando fui con el Preuniversitario o la Escuela de Pedagogía, la caña de azúcar quemada. La quemaban las autoridades intencionadamente, porque decían que era más fácil de cortar y daba más rendimiento. Pero la manipulación se convertía en un problema, porque nos tiznábamos y la caña nos costaba cortarla, ya que éramos personas nada expertas en esos menesteres. El aire que respirábamos en esos campos quemados estaba muy contaminado, y a la larga se destruía la fertilidad del terreno. Un día en el campo me corté con el machete en la rodilla derecha —como soy zurdo, usaba el machete con la mano izquierda. Me llevaron a un *policlínico* (Centro de Salud), pero no limpiaron bien el tizne de la herida y se infectó. Me trasladaron entonces al Seminario y, como tenía la rodilla con dolor e inflamada, debía mantenerme en reposo. La mayoría de los seminaristas seguían en el campo, excepto unos pocos que se habían quedado en el Seminario, porque no quisieron o no podían ir. Entonces me dijeron que “si quería ir a mi casa a Unión de Reyes a pasar la convalecencia”, y eso hice. Quien me trajo del campo al Seminario y después me llevó a mi casa fue

Joaquín (“Joaquinito”) Pérez Pupo, seminarista de la Diócesis de La Villas —años después fue ordenado sacerdote. Él conducía, en mi época de seminarista, un *carro* del Seminario. Estando en mi casa, la rodilla cosida con puntos no mejoraba. En ese momento, el párroco de Unión de Reyes era Roberto Solana Campanería, quien había sido mi compañero en el Seminario —hablaré de él más adelante. Ya los Franciscanos habían tenido que dejar nuestra parroquia, por falta de sacerdotes. Solana me llevó al *policlínico* del pueblo. Allí me tuvieron que abrir la herida, sin anestesia, pasando un dolor tremendo. Durante la estancia en mi casa, recibí a muchos amigos, personas del pueblo y de la parroquia. Me sirvió para el intercambio de impresiones y experiencias, y para dar ayuda religiosa a otras personas.

En el campo, nos visitó y trabajó con nosotros el padre Julian Viau, sacerdote canadiense de la Sociedad de las Misiones Extranjeras, que estaba en Cuba con la responsabilidad de ser secretario de la Nunciatura Apostólica. A Julian fue a quien le escuché mencionar por primera vez la novela del ruso Aleksandr Solzhenitsyn —Premio Nobel de Literatura en 1970 que estuvo en los campos de concentración soviéticos, los gulags, entre 1945 y 1956— *Un día en la vida de Iván Denisovich*, que describe, en una jornada del protagonista, las terribles condiciones de los presos en un campo de trabajo estalinista. El padre Julian me prestó la novela después que regresamos al Seminario.

En la Semana Santa del año 1971, cursando mi segundo año de Seminario, el Obispo me designa a la parroquia de Unión de Reyes. También Solana, que estaba de párroco desde el 3 de enero de 1971, quería que fuera para ayudarlo en las celebraciones.

Desde el Seminario, mantenía una estrecha amistad con el padre Solana y sentía por él cariño. Me llamaba “Joyita”, porque el padre Marimón, profesor de Latín, me lo comenzó a decir en el Seminario y después nuestro Obispo Domínguez también. Roberto

Solana comía prácticamente todos los días en mi casa, muchas veces hasta dormía. Como coincidió con el tiempo en que a papi no le daban trabajo. Ya había salido de los “campos de trabajos forzados” para los que se iban del país y le habían propuesto que se preparara para el Diaconado Permanente. Solana prefería que papi estuviera en la parroquia, por ser una persona de confianza, para realizar determinados trabajos, como ayudar en las celebraciones. Y para acompañarlo en los viajes a los pueblos que había que atender, como Alacranes, y a las visitas de las casas. El padre Solana se sentía más acompañado y seguro con él. Mami, por su parte, tampoco estaba trabajando, porque la habían expulsado del magisterio años antes, también por lo de la salida de Cuba. Se entregó a la parroquia: hacía murales, las letras de los mensajes, llevaba los libros de registros. Mami hacía comida para todos los sacerdotes, seminaristas, religiosas o laicos que pasaban por Unión de Reyes. La comida se conseguía, no del racionamiento que no

Estos trabajos del campo eran de corte de caña de azúcar y, al igual que cuando fui con el Preuniversitario o la Escuela de Pedagogía, la caña de azúcar quemada. La quemaban las autoridades intencionadamente, porque decían que era más fácil de cortar y daba más rendimiento. Pero la manipulación se convertía en un problema, porque nos tiznábamos y la caña nos costaba cortarla, ya que éramos personas nada expertas en esos menesteres. El aire que respirábamos en esos campos quemados estaba muy contaminado, y a la larga se destruía la fertilidad del terreno.

alcanzaba, sino de los amigos y/o de contrabando. Se compartía lo que hubiera, se hacían “milagros”. A papi la parroquia lo ayudaba económicamente, como pago por su trabajo permanente.

Entre los que conocí y mantuve una estrecha relación en el Seminario estaba Alberto Cros, quien estudiaba Medicina, pero iba mucho por el Seminario y asistía, con los padres Carmelitas, en la parroquia del Carmen de La Habana. En una ocasión lo invité a Unión de Reyes a dar una charla a los laicos sobre los métodos anticonceptivos, el aborto y otros temas médicos. En Unión de Reyes conoció a mis padres y a toda mi familia, también las del central. Por supuesto, por su carácter abierto, se acercó también a mucha gente del pueblo. Meses después fue asignado a Unión de Reyes, ya estando en el sexto y último curso de la carrera, para trabajos de práctica médica. Allí acabó de hacer amistad con muchísimas personas. Se quedaba en mi casa. Cuando a Cros le tocaba guardia en el *policlínico*, papi le llevaba batidos o la comida. Entre las muchas cosas que hizo fue asistir a mi abuela María Padrón, a quien le había dado un ictus. La visitaba diariamente.

Una vez asistió a un parto en el propio *carro* en el que había traído a la embarazada hasta el policlínico de Unión de Reyes. Hizo que pusieran unas sábanas alrededor del coche, para que las personas accedieran a la privacidad debida al acto. La señora parió con su ayuda. A Cros lo expulsaron de la carrera de Medicina faltándole una asignatura para terminar, por ser católico. Nunca pudo ser médico. Después consiguió un trabajo en la Industria Siderúrgica, en la Antillana de Acero de La Habana –una fábrica en el estilo de los antiguos Talleres Perret de Unión de Reyes. Estuvo trabajando allí hasta que se marchó del país con su mamá. Su padre, español, había fallecido de un infarto cardíaco cuando él tenía 12 años. Se fue a Venezuela a principios de 1982 y años después a EUA, donde vive ahora. Sacó allí el título de técnico en laboratorio.

En este mi segundo curso de seminario, vuelven a entrar algunos seminaristas que habían estado anteriormente y el gobierno había enviado a los campos de trabajos forzados de Isla de Pinos (Isla de la Juventud). Aunque decían que ya en julio de 1968 se habían cerrado las UMAP, realmente fueron sólo los campos forzados más conocidos de la provincia de Camagüey los que habían dejado de funcionar. Cuando a estos seminaristas se los llevan en junio 1968 a los campos de la Isla de Pinos, el letrado de la entrada decía todavía UMAP. Duraron hasta 1971, pero a los seminaristas reclusos, por la mediación de la Nunciatura Apostólica (Embajada del Vaticano), los dejaron marchar en el año 1970. Así pudieron volver a comenzar, en el curso en septiembre. El trabajo que realizaban en esos campamentos era el de picar piedras en una cantera, muchas veces 18 horas al día. Si no habían cumplido la meta, los podían dejar más tiempo hasta que lo hicieran. Entre los seminaristas que regresaron estaban Troadeo Hernández Aleyeto, Ramón Suarez Polcarí y Norberto López López, quien se llegó a enfermar con silicosis pulmonar, provocada por aquel trabajo con la piedra.

También se reincorporó al Seminario Santiago Matheu, que había llegado de otro tipo de campamento de trabajo obligatorio, la llamada Columna Juvenil del Centenario –creada por el régimen el 3 de agosto de 1968. Entre los trabajos que hacían estaban el corte de caña de azúcar y la construcción de escuelas y albergues en el campo. Después de mi salida del Seminario, supe que cuando el gobierno creó el Ejército Juvenil del Trabajo (EJT) en el año 1973, este fue otro tipo de campo de trabajos forzados, destinado para los que no llamaban al Servicio Militar Obligatorio. Enviaron a algunos seminaristas como Willy Pino, de la Diócesis de Camagüey, hoy Obispo de esa misma Diócesis.

En los campamentos de Isla de Pinos también había otros muchos cubanos de diferentes maneras de pensar y vivir. Internaron a laicos de la Iglesia, como Oswaldo Payá Sardiñas, que lo llevaron con

16 años de edad. Oswaldo, años después, fue un gran opositor pacífico al comunismo, y creó el Movimiento Cristiano de Liberación, probablemente el más importante de los grupos de oposición a partir de los finales de los 1980s. Oswaldo murió aparentemente en un accidente –con toda seguridad provocado por el régimen, dada las características de los hechos y lo que cuentan los testigos. Por supuesto, hasta el día de hoy no se ha efectuado una investigación independiente para esclarecer el asunto.

En estos campamentos también había otros muchos cubanos de diferentes maneras de pensar y vivir. Internaron a laicos de la Iglesia, como Oswaldo Payá Sardiñas, que lo llevaron con 16 años de edad. Oswaldo, años después, fue un gran opositor pacífico al comunismo, y creó el Movimiento Cristiano de Liberación, probablemente el más importante de los grupos de oposición a partir de los finales de los 1980s. Oswaldo murió aparentemente en un accidente –con toda seguridad provocado por el régimen, dadas las características de los hechos y lo que cuentan los testigos. Por supuesto, hasta el día de hoy, no se ha efectuado una investigación independiente para esclarecer el asunto.

35 Diferentes

Estando en el Seminario en La Habana, vi de cerca la represión a gran escala con los homosexuales y heterosexuales jóvenes que vestían “al estilo de otros países”, aquellos que llevaban pantalones apretados, los que se dejaban cabello largo, los que escribían poemas “raros”, a los que le gustaba la música rock. El gobierno hacía “recogidas” de estos jóvenes en camiones, coches o autobuses con cierta frecuencia. A la mayoría los detenían unas horas en las comisarías de policías, pero a otros, si tenían antecedentes, los juzgaban y cumplían condenas en la cárcel o en algún campo. En su época, los internaban en alguna de las UMAP; en otros momentos, en el Ejército Juvenil del Trabajo o en el campo con trabajos forzados de la Isla de Pinos. En Cuba, por ser homosexuales, escritores y artistas como Virgilio Piñera, José Lezama Lima, Antón Arrufat, Ana María Simo o José Rodríguez Feo sufrieron vejaciones y detenciones. Muchos soportaron discriminaciones en los trabajos y la Universidad.

Estando en el Seminario y por tanto en La Habana, vi de cerca la represión a gran escala con los homosexuales y heterosexuales jóvenes que vestían “al estilo de otros países”, aquellos que llevaban pantalones apretados, los que se dejaban cabello largo, los que escribían poemas “raros”, a los que le gustaba la música rock. En la ciudad de La Habana había zonas del Vedado, como La Rampa, donde se reunían. El gobierno hacía “recogidas” de estos jóvenes en camiones, coches o autobuses con cierta frecuencia. A la mayoría los detenían unas horas en las comisarías de policía, pero a otros, si tenían antecedentes, los juzgaban y cumplían condenas en la cárcel o en algún campo. En su época, los internaban en alguna de las UMAP; en otros momentos, en el Ejército Juvenil del Trabajo o en el campo con trabajos forzados de la Isla de Pinos (Isla de la Juventud). En Cuba, por ser homosexuales, escritores y artistas como Virgilio Piñera, José Lezama Lima, Antón Arrufat, Ana María Simo, José Rodríguez Feo y muchos otros, sufrieron vejaciones y detenciones. Muchos soportaron discriminaciones en los trabajos y la Universidad, por parte del Partido Comunista, la UJC, el cuerpo de profesores.

Estas “redadas” de jóvenes homosexuales y heterosexuales que se consideraban “raros”, ocurrían también en el resto de la Isla. Por lo general denunciados por los CDR, UJC, PCC y, encima de todos, por la Seguridad del Estado.

Entre los artistas cubanos a los que les destruyeron su carrera profesional, cuando ya tenían éxito popular, estuvo Meme Solís, cantante, compositor y pianista que había fundado el afamado y popular cuarteto Los Meme. Cuando en el año 1969 decidió exiliarse con su familia, no lo dejaron. En cambio, el régimen tomó represalias: cortó toda difusión de sus trabajos en los medios y no le permitió abandonar Cuba hasta 1987, casi 20 años después, y

así llegó a España. A Marta Strada, la baladista preferida de los años 60, un empresario francés quiso contratarla y llevarla a Francia. El régimen se lo negó y la marginaron totalmente. No pudo salir de Cuba hasta 1992: solicitó entonces asilo político, que le concedieron.

El estado cubano evaluaba y clasificaba a los artistas según las letras A, B o C. El resultado de esta clasificación indicaba si se les permitiría trabajar en la televisión, grabar un disco, o presentarse en un cabaré. Nadie escapó de la evaluación, por muy larga o reconocida que fuera su trayectoria. Ni Barbarito Diez, la voz del danzón.

En Cuba durante décadas estuvo prohibido transmitir por la radio o televisión la música de una gran lista de artistas populares. Era, además “problemático” poseer, comprar o vender sus discos. Una declaración de José Feliciano sobre la Autonomía de Puerto Rico le cerró las puertas de Cuba en 1970. La versión de Miguel Ríos del *Himno a la Alegría* fue repudiada porque, según las autoridades cubanas, tenía “una connotación religiosa”. Julio Iglesias y Raphael fueron prohibidos porque cantaron en el Festival de Viña del Mar, en Chile, en la época de la dictadura de Pinochet –se le suponía que eran amigos de la dictadura y, por tanto, “enemigos de Cuba”. Luis Aguilé, por su canción *Cuando salí de Cuba*. Los artistas cubanos que marchaban al exilio eran desmaterializados, no existían ni existieron nunca. Hay generaciones de cubanos que no conocen quiénes son Celia Cruz, Olga Guillot, Meme Solís, Luisa María Güell, Blanca Rosa Gil, Willy Chirino, Rolando Laserie, Bebo Valdés padre o Paquito D’Rivera con su saxo. Cualquier motivo era suficiente para que el Instituto Cubano de Radio y Televisión (ICRT) decidiera dejar a un artista sin posibilidad de ser visto u oído en Cuba. Aunque en los últimos años, después de más de 50 años de prohibiciones, estos y muchos más artistas se han sacado de la “lista negra”, otros entran, como el colombiano Maluma con

Del 23 al 30 de abril de 1971 se celebró un Congreso Nacional de Educación y Cultura, donde se presentaron los parámetros para la represión e intolerancia. Entre las palabras de Fidel Castro: “El arte es un arma de la Revolución”.

Ya el dictador había expresado, en el Discurso de Conclusión de unas Reuniones con los Intelectuales Cubanos, efectuadas en la Biblioteca Nacional los días 16, 23 y 30 de junio de 1961, su consigna al respecto: “Dentro de la Revolución todo, contra la Revolución nada”.

Felices los cuatro. En definitiva, está en la esencia del régimen la negación de la libertad. Cuando algo molesta a los cánones establecidos o lo interpretan así, lo que hacen es prohibir.

Otra de las manifestaciones de la ausencia de libertad con la que tuvimos que lidiar prácticamente desde el inicio de la Revolución, fue la falta de libros, literatura, escritos... sobre temas políticos, sociales, económicos o religiosos, pero también de muchos en el campo de la ficción cultural (pintura, escultura, poesía, novela, teatro) e incluso de literatura científica y técnica. Todo aquello contemporáneo que no viniera del “campo socialista” (comunista) o no pudiera entenderse dentro de parámetros de crítica al “capitalismo”, no era publicado —y no se encontraba en las librerías, ni en las bibliotecas. Infinidad de autores no eran mencionados en ningún sitio. Siempre achacaban la falta de libros y de hojas en los periódicos al llamado “bloqueo comercial de EUA”, pero cuando imprimían algo o lo compraban, sistemáticamente era de adoctrina-

namiento, de ideología comunista o sencillamente inocuo para el régimen. La literatura de temas políticos o filosóficos de crítica al comunismo solamente la podías encontrar en la clandestinidad. Otra literatura (novelas, poesías, religión, arquitectura) cuya lectura no estuviera autorizada tenía que ser conseguida en el mercado negro o que alguien que la tuviera te la prestara. La oscuridad y las dificultades para la formación e información eran grandes. Por eso mi etapa del Seminario, de 1969-1972, fue un oasis en medio del desierto literario y formativo de Cuba. Pude leer y escuchar a profesores y visitantes que no hubiera sido posible conocer en otros lugares del país. Toda esta etapa y en general mi vivencia en la Iglesia cubana me ayudaron a mi formación no sólo religiosa, sino también filosófica, social, histórica y cultural.

En Cuba todos los centros de enseñanza pertenecían y eran administrados por el estado comunista, y desarrollaban una educación muy ideologizada, según la interpretación marxista-leninista. El Seminario católico era la excepción. Había otro Seminario Católico, aunque no se estudiaban todos los años, en la Diócesis de Santiago de Cuba. Y algunos en iglesias protestantes, pero hay que decir que en estos seminarios protestantes la política cubana influía más y tenía el estado cubano mayor penetración.

Del 23 al 30 de abril del 1971 se celebró un Congreso Nacional de Educación y Cultura, donde se presentaron los parámetros para la represión e intolerancia cultural. Entre las palabras de Fidel Castro: “El arte es un arma de la Revolución”. Ya el dictador había expresado, en el Discurso de Conclusión de unas Reuniones con los Intelectuales Cubanos, efectuadas en la Biblioteca Nacional los días 16, 23 y 30 de junio de 1961, su consigna al respecto: “Dentro de la Revolución todo, contra la Revolución nada”. Impone el régimen comunista los límites a la creación artística. Entre las conclusiones del Congreso de abril de 1971 estuvo restringir la edición de literatura de ficción. Arremeten contra lo que

llaman “pseudo intelectuales extranjeros que pretenden chantajear a la Revolución”, abogan por el eclipse de escritores y artistas que, según sus conclusiones, puedan convertirse en “hechiceros de la cultura” y trazan la política a seguir con relación a la religión, el homosexualismo y otras “blandenguerías intolerables o aberraciones sociales” inadmisibles en el seno de la Cuba Revolucionaria. Estas directrices fueron las que marcaron una ruptura definitiva entre muchos grandes intelectuales del mundo y la Revolución cubana. A continuación instrumentaron lo que se conoció como la “parametración”: fueron expulsados de sus trabajos más de 300 actores y directores de teatro, radio y televisión, considerados como “carentes de calificación moral e ideológica”. Ya hacía muchos años que las publicaciones, ediciones de libros, revistas, y por supuesto los grandes medios de comunicación estaban en manos del estado. Monopolio cuya tónica eran la censura, los límites y las prohibiciones.

36

El trabajo os hará prisioneros

El 2 de febrero de 1972 falleció mi abuelo Rafael Sánchez, de un cáncer de pulmón con metástasis en los huesos. Pasó muchos dolores. No había fumado jamás, pero siempre trabajó en centrales azucareros y en ellos hay mucho hollín de las chimeneas. Fui a su velatorio en la casa del central. Mis tías me pidieron que hiciera una oración. Lo hice, y leí un texto bíblico.

Ese día los masones realizaron un ceremonial. Dieron tres toques con un mazo en el ataúd, llamándolo por su nombre en cada toque. Se agarraron formando una cadena con los brazos, haciendo un círculo. Pronunciaron una palabra en secreto y al final se soltaron, como señal de que un eslabón de la cadena se había ido o perdido.

La década de los 70 fue también muy represiva en Cuba, no sólo por las redadas de homosexuales y de jóvenes que querían tener un estilo de vida diferente, en su peinado o ropa. Una de las me-

didat arbitrarias dictadas en esos años, exactamente el 16 de marzo de 1971, fue la llamada Ley contra la Vagancia. Por ella, miles de cubanos que estaban sin trabajar fueron obligados a realizar labores que nadie quería hacer, como peones en la agricultura, cazadores de cocodrilos en la Ciénaga de Zapata, enterradores... El inmenso grupo que el gobierno consideró *vagos* y delincuentes fue muy heterogéneo. Había los que por diferentes razones llevaban tiempo sin trabajo fijo, otros fueron llevados a estos trabajos porque fueron sorprendidos por la ley en tránsito de una ocupación a otra, muchos eran los que se iban del país y también estaban los que no habían conseguido un trabajo apropiado en las oficinas estatales de empleo. Se reclutó obligatoriamente municipio por municipio. Los CDR y otras organizaciones políticas fueron las encargadas de suministrar la información de quienes podían ser llamados. Los que abandonasen un puesto de trabajo sin autorización eran detenidos, juzgados, y podían ser condenados a cumplir cinco años en prisión. Los albergues, la comida, los traslados se hacían en condiciones parecidas a las de los presos comunes. También corrían el peligro de ser juzgados “por absentismo” –y privados de libertad– quienes perdían un número determinado de jornadas laborales.

En el régimen comunista la población simula que trabaja y el gobierno que paga porque trabajen. La falta de estímulos, la desidia, la carencia de valores, la escasez casi total de materias primas e insumos, los planes estatales descabellados, el sistema ineficiente... todo lleva a que las personas trabajen lo menos posible. Si uno iba a una cafetería, restaurante, comercio, oficina, industria (todos estatales), podía desesperar por las tardanzas, desinterés y mal trato del personal hacia los consumidores. La gran mayoría de los empleados sustrae materiales, comida o lo que sea que tenga a mano en sus trabajos, para venderlo en la “bolsa negra” o intercambiarlo por otros productos necesarios para consumo familiar.

La propaganda del régimen comunista dice que, antes de la Revolución, el desempleo era enorme. En parte eso es real, aunque hay que contar con que muchos hacían trabajos informales que

no se declaraban: vendedores ambulantes, trabajadores por horas, servicios domésticos, agricultores, trabajos manuales como los de carpinteros, albañiles o fontaneros (en Cuba, *plomeros*). La falta de una programación económica nacional contribuyó a la perpetuación de la alta tasa de desempleo y subempleo, a pesar de las relativas bonanzas de los precios azucareros desde la Segunda Guerra Mundial, que favorecieron la economía cubana. El Consejo Nacional de Economía admitía, en 1957, que había una tasa del 16,4% de desempleo crónico. Sin embargo, en la práctica, el comunismo no solucionó el problema: lo agravó, por mucha Ley contra la Vagancia que hicieran, por mucha obligatoriedad que impusieran. En esos trabajos, muchos forzados y ejecutados en pésimas condiciones, los empleados cubanos no producen realmente: simulan, y el estado les asigna unos sueldos que no corresponden a la realidad económica. Después, el gobierno miente al informar sobre el cumplimiento de los objetivos de producción, desplegando una propaganda sistemática a favor del régimen.

El 15 de junio de 1971, se pone en marcha de manera generalizada –porque un tiempo atrás había comenzado como experimento en ciertas zonas, como en la provincia de Matanzas–, el Carnet de Identidad Obligatorio, que no fue una tarjeta o carnet, como en la mayoría de los países donde funciona, sino una especie de pasaporte, una libreta. En él aparecían los datos personales generales de nombre, fecha de nacimiento, lugar de residencia, foto y número del carnet. Pero también recogía qué nivel escolar uno tenía, dónde estudiaba, qué trabajo desempeñaba y dónde, los sitios anteriores donde había trabajado... Y algunas anotaciones “especiales”, que podían indicar a las autoridades que lo pidieran, qué “integración” tenías al régimen, si eras una persona que había estado presa, si pensabas marcharte del país o habías solicitado alguna vez ese trámite. Datos sobre los hijos, el matrimonio, el divorcio, las notas escolares, el grupo sanguíneo. Era una especie

de “cuéntame tu vida”, como decían jocosamente los cubanos. En todos los centros de estudio, de trabajo, en los CDR, en cualquier organización o gestión te lo podían pedir y sabían al momento los parámetros de tu vida y tus actitudes. En definitiva, un método de control expedito. Más adelante comentaré una anécdota que nos ocurrió con Lourdes. Por 24 años este tipo de carnet permaneció con el formato de un librito: fue sustituido por una tarjeta, cuando ya nosotros no estábamos en Cuba. Aunque los controles continuaban de diferentes maneras: el proceso de identificación se realiza de forma automatizada. Esto sí que funciona: en pocos segundos, se ejecuta la búsqueda sobre una base de millones de impresiones dactilares y rostros previamente registrados.

La represión se manifestaba también en la Ley de Peligrosidad Social (predelictiva). Según el código penal socialista, el régimen puede detener arbitrariamente a cualquier ciudadano antes de que cometa un delito o incumpla las normas de la moral socialista, para “prevenir la consumación del delito”. Una sospecha de que alguien pudiera cometer una falta, principalmente de índole política, basta para separarlo de la sociedad. Una ley a semejanza de las de Alemania Nazi, de donde también se copian los trabajos forzados, los CDR, los actos de repudio (pródromos). La “embriaguez habitual”, “la “narcomanía” y la “conducta antisocial” son calificadas como “estados peligrosos”. O, lo que es lo mismo, “la especial proclividad en que se halla una persona para cometer delitos, en contradicción manifiesta con las normas socialistas”, pueden dar lugar a medidas de “seguridad predelictivas”. Un reincidente puede ver su segunda condena incrementada en un 50%. Se reprime hasta el delito cuando hay una posibilidad de cometerlo. Existe un castigo preventivo ante “conductas antisociales”: incluso los que mantengan relaciones con algunos “antisociales” pueden ser objeto de alguna “advertencia”, mediante un acta que debe firmar ante la policía.

La represión se manifestaba también en la Ley de Peligrosidad Social (predelictiva). Según el código penal socialista, el régimen puede detener arbitrariamente a cualquier ciudadano antes de que cometa un delito o incumpla las normas de la moral socialista, para “prevenir la consumación del delito”. La “embriaguez habitual”, la “narcomanía”, la “conducta antisocial” son calificadas como “estados peligrosos”. O, lo que es lo mismo, “la especial proclividad en que se halla una persona para cometer delitos, en contradicción manifiesta con las normas socialistas”.

En septiembre de 1971 comienzo el tercer curso del Seminario (1971-1972). Durante este año continuamos con la formación de las diferentes asignaturas, los retiros, horas de meditación, misa diaria, conferencias de invitados, nuestros trabajos pastorales de fines de semana, nuestras salidas los jueves en la tarde y los viernes de la noche. Con relación a estas salidas de los viernes, en múltiples ocasiones aprovechaba con algunos seminaristas para ir a ver el Ballet Nacional de Cuba y las películas que proyectaban en el cine —aunque sobre esto hay que decir que había películas extranjeras que no se proyectaban en Cuba, por motivos ideológicos o absurdos. En este curso fuimos de nuevo al internado a los trabajos del campo. Nos llevaron a un campamento llamado Las Ninfas, en el pueblo de Güines, provincia de La Habana. El trabajo nuevamente fue con la caña quemada. Como la otra vez, pusieron junto a nosotros en los campamentos a militantes de la Juventud Comunista, a miembros del Partido Comunista y la presencia de Miguel

Sautié Medero, como representante oficial del régimen: pero sabíamos que su función era de miembro del Ministerio del Interior —lo que no quiere decir que otros no fueran también funcionarios de la Seguridad del Estado. Es más, todos los del régimen informaban al gobierno. Un día recibimos la visita de Césare Zacchi, Embajador del Vaticano en Cuba. Los dirigentes políticos del gobierno hicieron una fiesta, para la que trajeron hasta una bailarina —la desfachatez y la falta de respeto muchas veces no la disimulan. En ese año, de nuevo nos visitan los periodistas de la revista Cuba Internacional. Todo planificado por el gobierno, como forma de propaganda para el exterior. Previamente el Rector, el padre Froilán Domínguez, me dice que cuando vengán a entrevistar va a sugerir que me hagan la entrevista a mí, ya que era el de menos edad y estaba cursando Filosofía. El día que iba a venir por la tarde Monseñor Césare Zacchi, estando yo en el campo cortando la caña, se me acerca el periodista oficial del régimen y me pregunta: “¿Es usted el menor del Seminario?” Rápidamente le contesté que “cursando ya tercero de Filosofía, era el de menos edad” —aunque conocía, y obviamente no lo dije, que había otros menores que yo en los cursos de primero y segundo. Como sabía que el rector confiaba en mi persona para esto, lo acepté con ese juego de palabras. En definitiva, me hicieron la entrevista con unas nueve preguntas, pero al publicarlo, como siempre, lo manipularon todo. Mezclaron varias respuestas en un párrafo, como si yo lo hubiera dicho todo seguido. No publicaron todo lo expresado por mí, y escribieron como mi nombre Antonio Sánchez, usando el segundo apellido. Aparecí en una foto, con el machete en la mano, todo tiznado de negro por la caña quemada. Mi mamá guardó el recorte de la revista. Cuando regresamos al Seminario, José Quijano, otro de los seminaristas que habían entrevistado para la revista, el primer día que entramos al comedor, recién comenzado el *almuerzo*, decide llamar la atención de todos. Lo hace tocando la misma campanita que usaban el Rector, el Prefecto de Disciplina o cualquier superior, para señalar el comienzo y el final de desayuno y comidas —mo-

mentos que siempre se acompañaban con una oración de acción de gracias. Pues Quijano agarró la campanita para contarnos que su entrevista había sido manipulada y explicarnos en qué consistió el manejo.

El 2 de febrero de 1972 falleció mi abuelo Rafael Sánchez, de un cáncer de pulmón con metástasis en los huesos. Pasó muchos dolores. No había fumado jamás, pero siempre trabajó en centrales azucareros y en ellos hay mucho hollín de las chimeneas. Fui a su velatorio en la casa del central. Mis tías me pidieron que hiciera una oración. Lo hice, y leí un texto bíblico.

Ese día los masones realizaron un ceremonial. Dieron tres toques con un mazo en la caja donde estaba mi abuelo, llamándolo por su nombre en cada toque. Se agarraron formando una cadena con los brazos, haciendo un círculo. Pronunciaron una palabra en secreto y al final se soltaron, como señal de que un eslabón de la cadena se había ido o perdido. Era mi primer abuelo que fallecía: con él tuve una relación muy estrecha. Hablábamos mucho cada vez que iba al central. Era un hombre culto, recto, trabajador y amante de la familia. Todos los días de mi vida lo tengo presente y oro por él. Ojalá mis nietos tengan un recuerdo de mí igual o similar al que tengo de mis abuelos.

Era mi primer abuelo que fallecía: con él tuve una relación muy estrecha. Hablábamos mucho cada vez que iba al central. Era un hombre culto, recto, trabajador y amante de la familia. Todos los días de mi vida lo tengo presente y oro por él. Ojalá mis nietos tengan un recuerdo de mí igual o similar al que tengo de mis abuelos.

En este viaje conocí mejor a Lourdes. No estaba ya en la Escuela en el Campo. Había salido, después de terminar la Secundaria Básica: no quería hacer el Bachillerato internada allí, por las malas condiciones, la separación de la familia y el ambiente que cada vez era más degradante en valores. Como ella estaba en el pueblo y muy vinculada a la Iglesia, nos acompañaba a todos los sitios, principalmente en las visitas a las casas.

Fue entonces cuando me fijé en ella, y algo extraño me pasó. Comencé a enamorarme de su belleza, de su sonrisa, de su bondad, de su persona. Además, tenía la condición de ser una muchacha católica. Durante esa semana, mi interés por ella aumentó cada vez más. Cuando iba a su casa a comer, cuando fuimos un día al cine con un grupo de la parroquia, cuando me acompañaba a las visitas. Cuando me separaba de ella, sentía que tenía necesidad de su presencia y deseaba volver a verla. Nunca antes me había pasado algo así.

Recuerdo que al padre Solana, siendo párroco de Unión de Reyes, un día lo llama la Seguridad del Estado cubana a sus oficinas centrales en la ciudad de Matanzas. Allí le ponen la grabación de una conversación —una consulta espiritual o como director espiritual— que Solana había mantenido en su cuarto de la parroquia con un feligrés. Solana le había aconsejado “que se desvinculara de eso, porque podría costarle muy caro: ir a prisión o algo peor”. Entonces le piden a Solana que comente lo que han oído. El padre advierte a la Seguridad del Estado que “él no puede hablar de una consulta espiritual privada” y que “tiene que consultar con su Obispo acerca de ello”. Las autoridades enseguida le respondieron que no se preocupara, que él no iba a quedar implicado. En el fondo tampoco querían un problema en ese momento con la Iglesia. Pero esto significaba que en la Iglesia había un micrófono de la Seguridad del Estado o alguien cercano que lo estaba grabando. Querían atemorizar a Solana y enviar el mensaje de que todo el mundo está vigilado.

En la Semana Santa de este tercer curso del Seminario, mi obispo Domínguez me designa de nuevo para realizar trabajos pastorales en la parroquia de Jagüey Grande, junto al seminarista Felícito Rodríguez, que estaba terminando Teología. Felícito, que era de la ciudad de Cárdenas, de mi Diócesis de Matanzas, había salido en una ocasión del Seminario porque se había enamorado de una joven de la Iglesia, Fina Tur, católica y activa en la Diócesis de La Habana. Pero Felícito había regresado al Seminario. Allí en Jagüey Grande estuvimos haciendo las celebraciones de Semana Santa, algo que podíamos hacer los seminaristas. La misa del Domingo de Resurrección iba el sacerdote a presidirla. En ese momento el párroco era “Ernestico” Ernesto Santana, que había sido compañero nuestro del Seminario. También visitábamos

pueblos cercanos, entre ellos el municipio de Torriente. En este pueblo vivía, con su familia, una religiosa de las Oblatas, Teresa Barquet, muy activa y entregada, que era prima de mi tía política Nila Core. También hacíamos muchas visitas a las casas de los miembros de la parroquia o de aquellos –principalmente enfermos– que querían, y se atrevían a permitir, que nosotros les visitáramos.

Como en todas las ocasiones de los trabajos pastorales de los seminaristas, las comidas y desayunos las hacíamos en casa de feligreses. Pocas veces en cafeterías o restaurantes, entre otras cosas por la falta de ellos y sobre todo las ausencias de comidas. Las personas de las parroquias estaban comprometidas con la ayuda a la Iglesia: no sólo con la alimentación de seminaristas, sino también en múltiples ocasiones con la de los sacerdotes. Se rotaban entre las familias para darnos comida o desayuno. Con la cartilla de racionamiento era imposible comer en estos pueblos, además que no teníamos derecho porque no estábamos inscritos en esos sitios. Los feligreses, como todo el mundo, se lo agenciaban con el contrabando, con amigos, con personas que aún conservaban pequeños terrenos. Y así podíamos comer, lo mismo que tenían las familias. Esto ocurría en toda la Iglesia de Cuba.

Otras actividades comunes entre los feligreses, aunque fuera muy reducido su número –en ese momento se calculaba que alrededor del 1 al 2 % de los cubanos mantenían una práctica regular dominical en las Iglesias– los miembros de las comunidades participaban muy activamente en la liturgia –misas, celebraciones de la Palabra, bautizos–, así como en la catequesis, grupos de formación, encuentros en las parroquias, Vicarías y Diócesis. En las visitas a enfermos, organizando actividades lúdicas y hasta en la limpieza de los templos, haciendo equipos o grupos de trabajo. Por supuesto todas estas actividades, menos las visitas a ciertos domicilios, se hacía dentro de los templos, que era donde estaba autorizado.

En este viaje conocí mejor a Lourdes. No estaba en la Escuela en el Campo. Había salido, después de terminar la Secundaria Básica: no quería hacer el Bachillerato internado en el campo, por las malas condiciones, la separación de la familia y el ambiente que cada vez era más degradante en valores. Como ella estaba en el pueblo y muy vinculada a la Iglesia, nos acompañaba a todos los sitios, principalmente en las visitas a las casas.

Fue entonces cuando me fijé en ella, y algo extraño me pasó. Comencé a enamorarme de su belleza, de su sonrisa, de su bondad, de su persona. Además, tenía la condición de ser una muchacha católica. Durante esa semana, mi interés por ella aumentó cada vez más. Cuando iba a su casa a comer, cuando fuimos un día al cine con un grupo de la parroquia, cuando me acompañaba a las visitas. Cuando me separaba de ella, sentía que tenía necesidad de su presencia y deseaba volver a verla. Nunca antes me había pasado algo así.

En esta ocasión Felícito Rodríguez y yo nos quedábamos en la habitación de los salones/casa de la Iglesia. El día que nos íbamos a marchar de Jagüey Grande, al amanecer, le digo que tengo que ir a casa de Orlando y Lourdes para decirles una cosa. Felícito me dijo posteriormente que pensó en ese momento que algo me pasaba y que estuvo a punto de decirme que no fuera. Pero se contuvo y no mencionó nada.

Me dirigí a casa de Lourdes. Al tocar la puerta, salió su mamá. Era temprano en la mañana. Le dije que tenía que decirle algo a Lourdes. Marina fue a su cuarto, la levantó y le dijo “ahí está el seminarista que quiere decirte algo”. Lourdes se levantó con su bata de andar en casa y fue a la sala para hablar conmigo. Le dije que yo pensaba que estaba enamorado de ella, pero que lo tenía que pensar durante un tiempo, para ver si tenían fundamento esos sentimientos y pensamientos. Le pedí que no debía comentarlo con nadie y que nos veríamos en alguna oportunidad que hubiera.

A ella todo eso la cogió de sorpresa. Me fui para la Iglesia y regresamos al Seminario. Es cierto que Lourdes con el tiempo me comentó que, por momentos durante esa semana, tenía la impresión de que yo la había estado mirando de una manera extraña, como si me hubiera fijado en ella. Pero ella rechazaba esos pensamientos como algo imposible, al ser yo un seminarista.

En las próximas semanas continúe en el Seminario reflexionando sobre ello y cada vez pensando más en Lourdes y en la posibilidad de que fuéramos novios. Lo consultaba en la oración, en las meditaciones y, por supuesto, con el Director espiritual que en ese momento ya era el padre Carlos Manuel de Céspedes —el que había sido Rector del Seminario y estaba de párroco en la iglesia de Jesús del Monte. A las pocas semanas, Orlando y Lourdes fueron a La Habana con su tía Barbarita y pasan a visitar el Seminario. A Lourdes su hermano Orlando desde pequeña le decía un sobrenombre: “mijina” —como *mi hijita*. En un momento oportuno le pude decir a Lourdes que continuaba pensando lo mismo. Ella creyó que lo que le iba a decir era justamente lo contrario: que aquello había sido algo pasajero.

Ese viaje que dieron a La Habana, fue gracias a que Orlando reservó en el Hotel Habana Libre (antes Habana Hilton) aludiendo méritos por los trabajos que había realizado con la Zafra de los Diez Millones, y con eso le permitieron reservar unos días. En este hotel, al principio del régimen, se hospedó Fidel Castro con su comitiva durante un tiempo, cuando llegó a La Habana el 8 de enero de 1959.

Semanas más tarde, en la parroquia de la Virgen de la Caridad de Unión de Reyes, donde el padre Solana estaba de párroco, se iba a celebrar una fiesta en la terraza (en el techo del último piso) de la parte de vivienda de la casa parroquial. En el tiempo de Solana

se hicieron representaciones teatrales, exposiciones y fiestas en la Iglesia, dentro de las posibilidades de Cuba.

Le digo a Lourdes que vaya a Unión de Reyes y ella vino con su tía María Ojeda, hermana de Segundo. A ella no la dejaban salir fácilmente sola. Se quedaron en casa de mis padres, para poder asistir a esa actividad. Allí la pude ver y hablarle de nuevo. Recuerdo que, estando en la fiesta, la vi hablar con un joven de la parroquia, de quien había fundadas sospechas que trabajaba para la Seguridad del Estado. Le hice una señal con la cabeza —principalmente con los ojos—, como diciendo “no hables nada”. Luego le expliqué qué pasaba.

En otra ocasión nos vimos en Jagüey Grande. Esa vez fui de visita con Alberto Cros, aunque él no sabía nada de lo que me estaba pasando. Buscaba ocasiones para verla: no sólo porque necesitaba conversar con ella, sino también para conocerla y estar seguro de lo que me sucedía. Por supuesto, nunca tuvimos durante todo ese tiempo, ningún contacto que no fuera el compartir, conversar y vernos simplemente.

Pasadas unas semanas del fallecimiento de Juana, Lourdes le dice a su mamá que había un joven que estaba interesado por ella para el noviazgo.

Marina no sospechaba de quien se trataba, aunque le extrañaban mi salida del Seminario y las visitas a Jagüey Grande. Sí le dijo a Lourdes que ella se merecía una buena persona y de paso le reiteró que estaba orgullosa de cómo Lourdes se había portado en las últimas semanas con la abuela. Por supuesto que Lourdes le dijo de quién se trataba. Ella se sorprendió, pero no se opuso. En ese momento no se lo dijeron a Segundo: esperaron unos días. Yo aún estaba buscando qué hacer: es decir, en qué y donde trabajar, y por otro lado en continuar mis estudios.

El 12 de julio de 1972, Cuba pasa a ser miembro de pleno derecho del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME o COMECON), el mercado común de los países de Europa del Este (la URSS y demás naciones comunistas de Europa). Se estrechan aún más los lazos económicos, principalmente entre el azúcar cubano y el pe-

tróleo soviético. El 70% de las exportaciones de Cuba se realizan al bloque socialista. La dependencia de Cuba era casi total de ellos. Cuando a Cuba llegaban televisores, refrigeradores o ventiladores, venían de ese mundo. Como ya he dicho, el acceso a cualquier producto era siempre por la cartilla de racionamiento y, para el caso de los electrodomésticos, teniendo en cuenta muchas veces el historial laboral y político de los trabajadores. Estos equipos eran de una calidad bastante mala, y mucho más después de la comparación que podíamos hacer los cubanos con los que se vendían antes, fabricados en Cuba, EUA o Europa Occidental. Los ventiladores eran plásticos, con aspas que no tenían protección y que se quemaban fácilmente. A las lavadoras había que echarles el agua con una manguera o un cubo desde afuera, y no exprimían prácticamente la ropa. Estamos hablando de los años 1970s, cuando en Cuba, decenas de años atrás, los había de una calidad infinitamente superior. De esos países socialistas venían unas carnes en lata horribles —aunque después cuando no las había ya se extrañaban, porque al menos “resolvían” algo. Los autobuses y los pocos coches que venían —todos vendidos a los llamados dirigentes del gobierno, a personas de confianza del régimen, a aquellos que iban a “misiones” del estado cubano al extranjero o a ciertos profesionales clave— eran de una calidad muy mala: su duración y servicio eran pésimos. En un país por el que circulaban, antes del régimen comunista, una cantidad enorme de autobuses y coches, de una calidad tan buena, que es de admiración general cómo todavía en Cuba corren coches norteamericanos de los años 40 y 50. Puedo continuar poniendo ejemplos, pero sería interminable.

Producto de la integración de Cuba al COMECON, la Unión Soviética le vendía a Cuba petróleo a un precio inferior al del mercado internacional. El régimen cubano revendía la mayor parte de ese petróleo al precio de mercado, es decir, más caro que como lo había pagado. El precio lo pagaba la población sufriendo apagones de luz constantes en toda la Isla, a las horas que las viviendas más precisaban la electricidad. La maltrecha industria era casti-

gada por la falta de combustible. De esta forma el régimen dejaba petróleo para vender. Por su parte, Cuba vendía a los países comunistas del Este el azúcar a un precio mayor que el del mercado internacional.

Según la economista rusa Irina Zorina, los subsidios de la URSS a Cuba, sin contar las cuantiosas donaciones de armamentos, excedieron los 100.000 millones de dólares, durante un período de 20 años. Cuba recibió unas ocho veces más de ayuda en ese período que toda Europa con el Plan Marshall, después de la Segunda Guerra Mundial.

A finales del tercer curso del Seminario, hablé con el Rector padre Froilán Domínguez. Expresé mi intención de salir del Seminario, porque creía que debía estar fuera para valorar mejor mi vocación, ya que sentía estar enamorado. Así hice: al terminar ese curso me fui para mi casa de Unión de Reyes, donde estuve unas semanas. También visitaba Jagüey Grande, en un tiempo que coincide con el fallecimiento de Juana Martínez, la abuela de Lourdes por parte de madre, que vivía en la calle paralela a su casa, pero por detrás: las dos casas se comunicaban a través del patio. La abuela de Lourdes vivía con su hija Barbarita González, que en ese momento era soltera. A esta abuela la conocí viajando de seminarista en el año 1970.

Según la economista rusa Irina Zorina, los subsidios de la URSS a Cuba, sin contar las cuantiosas donaciones de armamentos, excedieron los 100.000 millones de dólares, durante un período de 20 años. Cuba recibió unas ocho veces más de ayuda en ese tiempo que toda Europa con el Plan Marshall, después de la Segunda Guerra Mundial.

Antes había fallecido el abuelo materno, Venancio González. No llegué a conocerlo.

En el mes de septiembre de 1972, viajé a Isla de Pinos desde La Habana. Ahí vivía en ese momento un primo tercero, por parte de mi abuela María Padrón. La primera vez que monté un avión fue esta, para ir a Isla de Pinos. Regresé en barco: sentado en el suelo porque no alcancé asiento.

Pasadas unas semanas del fallecimiento de Juana, Lourdes le dice a su mamá que había un joven que estaba interesado por ella, para el noviazgo. Marina no sospechaba de quien se trataba, aunque le extrañaban mi salida del Seminario y las visitas a Jagüey Grande. Sí le dijo a Lourdes que ella se merecía una buena persona y de paso le reiteró que estaba orgullosa de cómo Lourdes se había portado en las últimas semanas con la abuela. Por supuesto que Lourdes le dijo de quién se trataba. Ella se sorprendió, pero no se opuso. En ese momento no se lo dijeron a Segundo: esperaron unos días. Yo aún estaba buscando qué hacer: es decir, en qué y donde trabajar, y por otro lado en continuar mis estudios.

El padre Carlos Manuel de Céspedes me dijo que fuera a vivir con él y con Máximo, un señor que era como un sacristán y que vivía en esa parroquia desde que estaba el anterior párroco. Máximo era un hombre soltero, sin familia allegada. Fui a vivir para la parroquia de Jesús del Monte, en el barrio de Diez de Octubre, en La Habana. Tenía que alejarme de Unión de Reyes, porque en un pueblo relativamente pequeño, en el comunismo, un joven acabado de salir del Seminario corría múltiples riesgos. Desde multiplicar al máximo las probabilidades de ser reclutado finalmente por el Servicio Militar Obligatorio, hasta más dificultades de conseguir trabajo y un aumento de las presiones políticas. La vida en Cuba es sumamente limitada y muy difícil, aún más en un pueblo. Me fui a vivir a la casa parroquial, en un cuarto, allí estuve hasta que nos casamos por la Iglesia, en esa misma parroquia, el 18 de

julio de 1975.

A las pocas semanas de que Lourdes hablara con Marina de nuestro noviazgo, fui a Jagüey Grande para hablar con Segundo, a “pedir la mano de Lourdes”. Claro, Marina ya había previamente conversado con él.

En La Habana, tampoco era fácil conseguir un empleo. A los que salíamos del Seminario, normalmente nos ofrecían trabajo de enterrador, cazador de cocodrilos, en la agricultura y cosas similares.

Estando en el Seminario mantenía contacto con otros laicos católicos como Walfredo Piñera, que era un gran crítico en cine y más adelante fue uno de los testigos de nuestra boda por la Iglesia. Con un exsacerdote católico colombiano, Óscar Maldonado Torres, que había sido colaborador del sacerdote guerrillero Camilo Torres. Este exsacerdote decía que estaba en Cuba haciendo un estudio sociológico de la realidad del país, y en particular de la Iglesia. Estaba casado con una francesa, Marguerite-Marie (“Guitemie”) Olivieri —hija de uno de los médicos del Santuario de Lourdes—, que fue a su vez secretaria y amiga del mencionado Camilo Torres. El matrimonio vivía hacía tiempo en el Hotel Nacional. Él tenía muchos contactos con figuras del gobierno, por su procedencia. A este colombiano le gustaba conversar con seminaristas y ciertos laicos. A mí me lo presentaron estando en el Seminario, y lo veía de vez en cuando. Imaginaba que había venido a averiguar sobre la realidad de la Iglesia cubana, pero ¿con qué objetivo?

Cuando salí del Seminario, viendo la dificultad de conseguir trabajo, él me dice que hablará con el Ministro de Sanidad, que lo conocía. Así hizo, y me consiguió tres diferentes trabajos en sanidad, que era el campo que yo quería, pensando en el futuro y en estudiar Medicina. Yo después no acepté ninguno de los trabajos, porque temía un compromiso con el régimen: no creía que eso fuera “gratis”, dada la realidad cubana.

39

Ergoterapeuta

Preferí trabajar aquí y no en un centro del gobierno: el Sanatorio, tal como lo fue el Seminario, era un oasis en medio del desierto donde debían desarrollar una labor el resto de las empresas controladas por el régimen. Allí no teníamos que cumplir con guardias de milicias, ni con reuniones para el estudio del material político, ni con “trabajos productivos” o “voluntarios”.

En ese tiempo apareció un trabajo como ergoterapeuta psiquiátrico (terapia ocupacional) en el Sanatorio de San Juan de Dios del reparto de Los Pinos, en La Habana. Lo conseguí a través de la Iglesia, particularmente por medio del padre Carlos Manuel de Céspedes, con quien vivía hacía unos meses. Comencé a trabajar en el Sanatorio en enero de 1973. Me sirvieron como formación los conocimientos de Psicología que había recibido en los años de Seminario.

Preferí trabajar aquí y no en un centro del gobierno: el Sanatorio, tal como lo fue el Seminario, era un oasis en medio del desierto donde debían desarrollar una labor el resto de las empresas controladas por el régimen. Allí no teníamos que cumplir con guardias

de milicias, ni con reuniones para el estudio del material político, ni con “trabajos productivos” o “voluntarios”. No imponían asistir a movilizaciones para los actos políticos del gobierno o el recibimiento obligatorio de algún dignatario extranjero, como gravaban la jornada en cualquier centro laboral o educativo del país.

En el trabajo con los Hermanos de San Juan de Dios funcionaba un sindicato, por supuesto dependiente del estado, pero de una forma muy diferente a los del resto: no lo hacía bajo las presiones, los controles, ni la obligatoriedad de participar en todas las actividades que te imponían los del gobierno. El sindicato era más bien un formulismo de apariencia: debido a que la administración no dependía directamente del régimen, todo resultaba diferente.

El único hospital que no expropió el estado cubano fue este. Realmente nunca los Hermanos supieron a ciencia cierta –o al menos a mí no me lo comentaron– por qué no lo habían nacionalizado como al resto de los sanatorios, clínicas y hospitales del país que habían sido privados.

Aquí en el Sanatorio coincidí, en el trabajo de ergoterapeuta, con Rogelio Zelada. Habíamos sido compañeros de seminario durante un año, pero él había salido y se casó con Paquita. También trabajaba Heriberto Ortiz, laico católico, que posteriormente se casó con Mayda. Tanto con Rogelio como con Heriberto, he mantenido con los años una estrecha y gran amistad. Allí conocí a Armando Calderón, que era el responsable de la ergoterapia: su padre era muy conocido, se llamaba igual y ponía voz en la televisión cubana a las comedias silentes. Trabajé en ese departamento con su hermano (no recuerdo su nombre), a quien sustituyó posteriormente un joven llamado Agustín. Todos pensábamos de forma similar y contrarios al comunismo.

El director médico del Sanatorio era el psiquiatra Ricardo Mora. Además, estaban en plantilla el Dr. Trespalacios y, como psicólogas, Cristina Cunnil, magnífica profesional, casada con Armando Calderón, y Carmen Ortiz, una laica católica.

El superior de los hermanos de San Juan de Dios en el Sanatorio

era el hermano Zenón Janariz. Con buen olfato de gestor, me animó para que yo estudiara Medicina. Entre los hermanos: Ramiro Berrade, Melchor Nievas, Domingo, Carmelo y Juan Goñi, que fue administrador.

Allí estuve trabajando, y aumentando la amistad, principalmente con Zelada y Heriberto (y sus familias), hasta agosto del año 1976, cuando fui a estudiar Medicina. En este período se casó Heriberto y nos casamos nosotros, en julio de 1975. Zelada lo había hecho con Paquita en octubre de 1972, unos meses antes de que yo entrara al Sanatorio.

Dividíamos a los pacientes en diferentes grupos, para organizar las actividades. Comenzábamos todas las mañanas con gimnasia en una cancha de squash. Después otros deportes, principalmente béisbol. Trabajos manuales, juegos de mesa. Formábamos grupos de literatura, teatro o musicales, teniendo en cuenta su nivel cultural, patologías, etc. Hacíamos salidas en grupo con algunos pacientes al cine o a un parque cercano que el régimen había hecho, el Parque Lenin.

Esta etapa trabajando en San Juan de Dios constituyó un privilegio dentro de la Cuba comunista, por el ambiente religioso –tenía una capilla donde podía ir a orar todos los días–, las condiciones laborales favorables, los compañeros de trabajo y las infraestructuras del centro. El Sanatorio había pertenecido al rico cubano Gómez Mena que, en los años 1940s vendió la propiedad a los Hermanos por un bajo precio. Era una especie de finca con casitas individuales, para sus hijos y familias, en un terreno que servía como campo de golf. Un entorno muy agradable que no se parecía al de un hospital clásico.

Mientras trabajaba en el Sanatorio, vivía con el padre Carlos Manuel de Céspedes. En Cuba era casi imposible conseguir una vivienda, aunque fuera compartida. El padre me decía que no me

preocupara y que así lo podía acompañar. Hablábamos mucho, cuando coincidíamos en el desayuno o comidas. En una ocasión que él iba a viajar al extranjero, me llegó a pedir que, si yo conseguía otro sitio donde vivir durante ese período que él estaba fuera, que no me mudara, para que cuidara la Iglesia y acompañara a Máximo en su ausencia. De la parroquia no me fui hasta que nos casamos, en julio de 1975, entre otros motivos porque nunca encontré otro lugar donde ir.

La familia del padre Carlos Manuel de Céspedes García Menocal, tanto por la línea paterna como por la materna, se había instalado en Cuba desde los inicios de la colonización española y estuvo involucrada en la vida política, económica y cultural en diversas etapas de la historia nacional. Era tataranieta de Carlos Manuel de Céspedes, iniciador de las luchas por la independencia de la Isla. El tatarabuelo Carlos Manuel de Céspedes y Loynaz del

Mientras trabajaba en el Sanatorio, vivía con el padre Carlos Manuel de Céspedes. En Cuba era casi imposible conseguir una vivienda, aunque fuera compartida. El padre me decía que no me preocupara y que así lo podía acompañar. Hablábamos mucho, cuando coincidíamos en el desayuno o comidas. En una ocasión que él iba a viajar al extranjero, me llegó a pedir que, si yo conseguía otro sitio donde vivir durante ese período que él estaba fuera, que no me mudara, para que cuidara la Iglesia y acompañara a Máximo en su ausencia. De la parroquia no me fui hasta que nos casamos, en julio de 1975, entre otros motivos porque nunca encontré otro lugar donde ir.

Castillo, hacendado bayamés, el 10 de octubre de 1868 concedió la libertad a los esclavos de la plantación La Demajagua y los invitó a sumarse a la lucha por la libertad de Cuba —dando inicio a las guerras de Independencia de Cuba, que tardaron 30 años en fructificar. El padre Carlos es sobrino nieto y sobrino bisnieto de dos presidentes de la etapa republicana. Mario García Menocal, que nació en el central Australia, en el pueblo de Jagüey Grande, Matanzas, había alcanzado el grado de Mayor General del Ejército Libertador cubano en la lucha por la Independencia. Fue elegido presidente durante dos períodos: 1913-1917 y 1917-1921. Y Carlos Manuel de Céspedes y Quesada, que fue presidente provisional en el año 1933; era hijo del “Padre de la Patria”, el iniciador de las luchas de Independencia.

Las puertas del despacho del padre Carlos Manuel, durante el tiempo que viví con él, siempre estaban abiertas a todo el que deseaba hablar:

Las puertas del despacho del padre Carlos Manuel de Céspedes, durante el tiempo que viví con él, siempre estaban abiertas a todo el que deseaba hablar: personas sencillas, ateos, santeros, disidentes, militantes comunistas, intelectuales, diplomáticos, extranjeros, personas de la Iglesia. Todos los días rezaba el rosario, hacía las lecturas de las horas y meditación, celebraba la misa. Estudiaba y leía —siempre acompañado, en estas últimas actividades, por una de sus pasiones: la música clásica, de fondo. Cada vez que podía, iba al cine y al teatro, principalmente a funciones de ballet clásico o conciertos de la Orquesta Sinfónica Nacional. Era un hombre austero y sencillo.

personas sencillas, ateos, santeros, disidentes, militantes comunistas, intelectuales, diplomáticos, extranjeros, personas de la Iglesia. Allí en su casa se quedaban algunos Obispos y sacerdotes de la Isla cuando venían a La Habana. Todos los días rezaba el rosario, hacía las lecturas de las horas y meditación, celebraba la misa. Estudiaba y leía —siempre acompañado, en estas últimas actividades, por una de sus pasiones: la música clásica, de fondo. Cada vez que podía, iba al cine y al teatro, principalmente a funciones de ballet clásico o conciertos de la Orquesta Sinfónica Nacional. Era un hombre austero y sencillo.

Cuando iba a Unión de Reyes y viajaba a Jagüey Grande para ver a Lourdes, siempre papi y Segundo me daban una caja de los alimentos que se conseguían más en los pueblos. Segundo, en el patio de su casa, que se comunicaba con el de la abuela materna de Lourdes, cosechaba muchas cosas para la subsistencia de la familia.

En una ocasión que regresaba de Jagüey Grande a La Habana, de ver a Lourdes, viajando esa vez en un *carro* que compartíamos varios pasajeros, como era costumbre en múltiples ocasiones, la policía paraba los coches en la carretera y registraba lo que llevábamos, buscando comida u otras cosas que transportáramos y que consideraban que pudieran ser contrabando o una cantidad no justificada. Al registrar el maletero, el policía encontró la caja de alimentos (malanga, calabaza, arroz) que Segundo me había dado, para poder comer en La Habana y compartir con el padre Carlos Manuel. Preguntó de quién era la caja. Tuve que bajar del coche y responder a un interrogatorio: de dónde la había sacado, para dónde la llevaba, etc. Tenía la intención de quitarme la caja y llevarme ya retenido a la comisaría de policía. Pero en el automóvil viajaba un señor de Jagüey Grande que parece que era del Ministerio del Interior. Se bajó del coche, habló aparte con el policía y entonces me dejaron continuar el viaje. Si no hubiera ido en ese viaje alguien con cierto rango de la policía secreta y no hubiera

querido ayudar, yo habría tenido un problema serio. A muchos cubanos los podían sancionar con años de cárcel por comprar en contrabando o tener unos productos que no pudiera justificar que fuesen de la cartilla de racionamiento.

En esos momentos me entero que en la Academia de Ciencias de Cuba —que en aquella época tenía su sede en el antiguo Capitolio Nacional— había la posibilidad de estudiar un curso de Psicología, en el Instituto de Neurofisiología y Psiquiatría que dirigía el Dr. Bustamente. El curso lo dirigía la psicóloga Alelí Jordán, la misma que años atrás trató al joven de la parroquia de la playa de Guanabo y que había dicho, al conocer de mí por medio de su paciente: “qué *pena* que yo no estudiara Psicología, porque tenía condiciones”. Asisto a la convocatoria para el curso, tengo una entrevista con la directora, la Dra. Jordán. Me hacen los test mentales, la famosa entrevista del “cuéntame tu vida” y me rellenan la *planilla* (instancia o formulario) con los datos políticos, etc. Después, tengo otra entrevista con la misma Dra. Jordán para recibir los resultados de los test y saber si iba a poder o no ingresar para estudiar. Me comunica que, a pesar de haber pasado los test satisfactoriamente y de tener la capacidad académica, no podía matricular la carrera “porque era un católico practicante. A no ser que dejara de serlo, es decir, que no fuera a la Iglesia...” Por supuesto, le respondí que no, que yo era católico militante y lo seguiría siendo. Finalmente me dijo que no podía ser que yo estudiara esa carrera. En ese momento, le recordé las palabras que años antes le había dicho ella al joven de Guanabo. Quedó callada. No pude estudiar Psicología y ahí terminó todo. Por otra parte, fue mejor que no hiciera esa carrera, porque seguramente hubiera representado un mayor problema: no habría llegado a terminarla. Y, al no haber entrado en Psicología, pude más adelante iniciar la carrera de Medicina.

Parte Quinta

Dos

40 Viajes a Jagüey Grande

En la comisaría, después de un tiempo de espera, me llevan a la parte de atrás y registran mi maletín. Recuerdo que sacaron mi inhalador de Alupent para el asma y me preguntan para qué era eso. Llevaba un libro religioso y comenzaron a mofarse de mi Fe y poner en duda que se tuviera esas creencias en un país revolucionario y marxista como Cuba. Se me ocurrió contestar que Camilo Torres, que había sido un guerrillero colombiano y sacerdote, demostraba que los revolucionarios podían ser cristianos. A eso no contestaron: no estaba en el “guión” de ellos.

El primer año de noviazgo, desde 1972 hasta agosto de 1973, viajaba prácticamente todos los fines de semana a Jagüey Grande. Llegaba el viernes en la noche o el sábado en la mañana y me regresaba a La Habana el domingo en la tarde. Aproximadamente un fin de semana al mes viajaba por Unión de Reyes, estaba un día y después para Jagüey Grande. Algún fin de semana era Lourdes quien iba a Unión de Reyes, acompañada de su tía María Ojeda,

para seguir manteniendo la misma frecuencia de encuentros. Esto implicaba un esfuerzo y un sacrificio enormes, por las condiciones pésimas del transporte y de las carreteras.

Cuando viajaba a Unión de Reyes, tenía que hacerlo primero hasta el pueblo de Madruga, el último (junto a Nueva Paz) de la provincia de La Habana, y de allí ir hasta el mío. Los autobuses directos a Unión eran casi imposibles, por la poca cantidad, las demoras, lo llenos que iban, las dificultades para obtener reservas. A Madruga iba en unas *guaguas* que salían de La Habana. También eran pocas para la cantidad de viajeros: generalmente, hacía todo el viaje de pie o sentado en el suelo. Después, hasta mi pueblo llegaba como podía, en algún autobús o coche que pasara o saliera de allí. Cuando no encontraba alguien que fuera directo, muchas veces debía ir parando de pueblo en pueblo, haciendo escalas en Nueva Paz, Cabezas, Bermeja y Alacranes hasta llegar a Unión de Reyes. Un viaje de dos horas se podía convertir en medio día, pasando un trabajo y corriendo un peligro descomunal. Así fue durante la época del Seminario y después durante todos los años hasta que nos fuimos de Cuba.

Los viajes directos a Jagüey Grande los hacía en unos autobuses que salían desde la terminal de ómnibus de La Habana hasta allí. Tenía que sacar el pasaje el lunes muy temprano, en una agencia estatal que los vendía. Para eso tenía que hacer cola, sin garantías que alcanzara asientos en los pocos horarios del sábado o el viernes en la tarde, siguientes. Después, al llegar a la terminal para tomar el autobús, nunca salían en tiempo: los retrasos de horas eran normales. En otras ocasiones Lourdes me sacaba el pasaje desde la semana anterior, en el mismo Jagüey. Se levantaba temprano para hacer la cola y a veces nos ayudaba a conseguir los pasajes Marbelino, un vecino suyo que trabajaba en la terminal del pueblo. En más de una ocasión tuve que dormir un viernes en la noche en la terminal de La Habana esperando la salida del autobús. Lo mismo ocurrió muchas veces en la terminal de Jagüey Grande para salir para La Habana, que tuve que dormir en los bancos o

en el suelo, porque el autobús de la tarde o noche del domingo no había llegado al pueblo o venía con retrasos o con rotura.

En este primer año de nuestro noviazgo, como viajaba casi todos los fines semana y días festivos a Jagüey, si podía hacerlo, no tenía más remedio que quedarme a dormir en el cuarto de la Iglesia, que, aunque no era muy seguro, porque a veces entraban ladrones u otras personas no conocidas... ¿Seguridad del Estado? No podía hacer otra cosa, ya que en el pueblo no había hostel u hotel: los que existían desde antes de la Revolución, los hoteles Mendía y Vista Alegre, fueron expropiados en los primeros años del régimen, funcionaron después un corto tiempo como hoteles del estado, pero posteriormente los convirtieron en viviendas: cada habitación era para vivir una familia, y dejaron al pueblo sin hoteles. El párrroco Ernestico me permitía dormir en la parroquia y las llaves me las prestaba María Ojeda, la tía de Lourdes que las tenía o Zolia Reyes, una feligresa muy generosa, trabajadora, servicial y comprometida: los seminaristas y sacerdotes muchas veces comían en las casas de ellas.

Un sábado en la noche, estando en la terminal de ómnibus de Jagüey Grande esperando (con mucha paciencia) para ir a Unión de Reyes a visitar a mis padres, veo a un señor que hace una señal con el dedo para que me acercara a él. Inmediatamente “se me encendió el *bombillo*” (bombilla) y pensé que podía ser de la Seguridad del Estado cubano, con esa desconfianza en que uno vivía. Me dijo que debía acompañarlo a la Comisaría de Policía. Le contesté que se identificara y pude leer en su carnet de policía secreto que decía DTI (Departamento Técnico de Inteligencia). Durante el trayecto caminando hasta la comisaria me iba haciendo muchísimas preguntas: quién era, dónde vivía, qué hacía en el pueblo, hacía dónde me dirigía, si estudiaba o trabajaba... Por supuesto que las respuestas a todas esas preguntas seguramente ya las conocía, pero ese era el método: no sólo de confirmación a su infor-

mación y saber si mentía en algo, sino también para que sepamos que estamos controlados. En la comisaría, después de un tiempo de espera, me llevan a la parte de atrás y registran mi maletín. Recuerdo que sacaron mi inhalador de Alupent para el asma y me preguntan para qué era eso. Llevaba un libro religioso y comienzan a mofarse de mi Fe y poner en duda que se tuviera esas creencias en un país revolucionario y marxista como Cuba. Se me ocurrió contestar que Camilo Torres, que había sido un guerrillero colombiano y sacerdote, demostraba que los revolucionarios podían ser cristianos. A eso no contestaron: no estaba en el “guión” de ellos. Aunque lo más importante vino después, casi al final de la detención, cuando me preguntaron por qué me quedaba en la Iglesia a dormir y por qué al entrar por la noche miraba para todos los lados. Les expliqué por qué me quedaba y les dije que miraba para todos los lados porque, como ellos debían saber, allí entraban a robar o simplemente para hacer fechorías algunas personas y yo tomaba mis precauciones a esa hora de la noche, por el riesgo de ser agredido. Este hecho demuestra que ellos controlaban o mandaban a entrar en la Iglesia a otros, porque lo vigilan todo, al igual que estaban haciendo conmigo. Por supuesto esto no se los dije. Me dejaron ir, porque ya habían cumplido su misión, que era avisarme a mí y a mi entorno que estábamos vigilados. En vez de ir a la terminal, me fui para casa de Lourdes. Ella, que iba a salir con Marina, al verme se sorprende y me pregunta qué pasa. Vamos para la sala de su casa y le cuento. Le digo que estuviera preparada si me pasaba algo en el trayecto para Unión de Reyes. Seguramente la policía me siguió hasta casa de Lourdes, pero yo consideraba que era muy importante que ella lo supiera y estuviera la familia al tanto de lo ocurrido. Cuando llegué a la terminal aún no había llegado el autobús.

A partir de esta detención, Lourdes y su familia piensan que es más seguro para mí quedarme en otro sitio. Entonces la tía María

Era triste cómo conseguían las naranjas, en un país como Cuba donde se supone que cosechar la tierra no era difícil. La casa que aún conservaban estaba en las afueras del pueblo, cerca del antiguo campo de pelota, dentro de los terrenos de una pequeña finca que había sido propiedad de su familia, pero la dictadura expropió cuando detuvieron, años antes, a Ruperto Ojeda, su hermano mayor. María y Clotilde cogían desde la ventana de su casa las naranjas del árbol que sabían que era el que más dulces las daba. El árbol prácticamente estaba dentro de su casa, pero ellas no podían tomar nada de allí, aunque fuera una fruta que estuviera en el suelo, si no era con la autorización expresa del administrador estatal. O sea, tenían que pedir permiso para tomar unas naranjas, incluso si se encontraban en el suelo, del árbol de una pequeña finca familiar contigua que el gobierno las había arrebatado, sin darles siquiera una indemnización. Tenían prohibido hacer uso de algo que era realmente propiedad de ellas.

y Clotilde Ojeda me dicen que, a partir de ahora, me quede en su casa. Así lo hice, hasta que Lourdes y yo nos casamos, cada vez que iba a Jagüey Grande. Ya habían fallecido los abuelos paternos de Lourdes, Teresa Alfonso y Guadalupe Ojeda. En casa de las tías vivía también el tío político Fidel Sánchez, casado con Clotilde. Con ellas me sentía como en familia, porque

eso eran. Fueron siempre cariñosas, serviciales, trabajadoras, sacrificadas. Cocinaban muy rico, especialmente los dulces. En los pueblos, a través de las personas que aún conservaban un trocito de tierra se conseguía algo de comida. Además, estaba lo que cosechaba Segundo en su patio. Con lo que se compraba por la cartilla de racionamiento era imposible subsistir decentemente y, mucho menos si se había agregado una boca más. Ellas me preparaban un vaso de *jugo* (zumo) de naranja, recién exprimido. Era triste cómo conseguían las naranjas, en un país como Cuba donde se supone que cosechar la tierra no era difícil. La casa que aún conservaban estaba en las afueras del pueblo, cerca del antiguo campo de pelota, dentro de los terrenos de una pequeña finca que había sido propiedad de su familia, pero la dictadura expropió cuando detuvieron, años antes, a Ruperto Ojeda, su hermano mayor. Ya en esa época que yo era novio de Lourdes, Ruperto se había podido marchar del país con su esposa Laura y con María Laura. María y Clotilde cogían, desde la puerta que daba al patio, las naranjas del árbol que sabían que era el que más dulces las daba. El árbol prácticamente estaba dentro de su casa, pero ellas no podían tomar nada de allí, aunque fuera una fruta que estuviera en el suelo, si no era con la autorización expresa del administrador estatal. O sea, en todo caso tenían que pedir permiso para tomar unas naranjas, incluso si se encontraban en el suelo, del árbol de una pequeña finca familiar contigua, que el gobierno las había arrebatado, sin darles siquiera una indemnización. Tenían prohibido hacer uso de algo que era realmente propiedad de ellas.

Para comunicarnos por teléfono durante la semana, o cuando no podíamos vernos, teníamos que hacerlo a través del aparato de la casa de Marbelino. Yo utilizaba el de la parroquia de Carlos Manuel o el del Sanatorio de San Juan de Dios. En Cuba otro drama era conseguir una línea de teléfono, que te lo autorizaran, si no la conservabas “de antes”. Casi siempre el uso de nuevas líneas, o las

que quedaban vacantes, eran autorizadas para dirigentes del gobierno, personas muy comprometidas con el régimen o extranjeros residentes en el país. En mi casa de Unión de Reyes tampoco teníamos línea: familias consideradas claramente “gusanas” no estaban autorizadas a poner una. Lourdes y yo, a partir de entonces, hablábamos por teléfono casi a diario. Cuando ya más adelante ella fue a estudiar a La Habana, yo la llamaba desde el Sanatorio San Juan de Dios a los lugares donde ella estuviera haciendo prácticas o ella me llamaba desde un teléfono público. A partir de estar casados, lo hacíamos desde nuestros respectivos trabajos o a nuestra casa –la de Eladia, que hablaré de ello más adelante.

Otro grave problema de Cuba (hay que recordar que también el estado es el dueño de toda empresa de comunicación del país) no era solamente conseguir un teléfono fijo para tu casa sino encontrar una cabina de teléfono pública que funcionara. Muchas veces no tenía línea operativa; otras, faltaba una parte o por completo el auricular. Otras, había desaparecido todo el teléfono o la carcasa estaba vacía. En Cuba todo es ineficiente o desapareció, menos la Seguridad del Estado, la propaganda y aquello que sirve de exportación de imagen al régimen. Durante unos años al gobierno le dio porque deberían ser gratuitos los teléfonos, así como las entradas a los estadios, las guarderías y otros servicios. Esta medida contribuyó a aumentar el desastre, el descuido, la desmotivación y la escasez.

Prendas de amor

Por la celebración del 14 de febrero, Día de los Enamorados, de 1973, Lourdes me regaló el anillo de compromiso, que había pertenecido a Juanito González, el esposo de Gloria Ojeda –como los que se iban del país no podían viajar con sus joyas, él tuvo que dejar su anillo de compromiso en la casa de María y Clotilde Ojeda. Fue una sorpresa para mí. El anillo no lo pudo recuperar Juanito hasta años después se logró sacar de Cuba, a través de un amigo extranjero. Gloria y Juanito, al ver el anillo, quisieron recuperarlo. Ya en España, Lourdes me regaló otro anillo, parecido al de Juan.

Mi padre, entre finales 1972 y principios de 1973, consigue un trabajo del estado cubano. Hasta ese momento estaba en la parroquia ayudando en todo lo que podía, porque no le habían facilitado empleo –después de haber estado en las granjas como lo que llamaban “becarios de Johnson”, al parecer había quedado “señalado”. El trabajo era en una granja de pollos que habían hecho cerca de Unión de Reyes, y consistía en la limpieza de la defecación de las aves. Al cabo de unos meses, le piden que se haga cargo

de la oficina, pero papi prefiere llamar a mami para que ocupe el puesto –ella no había podido trabajar más desde que la expulsaron del magisterio, por la salida “definitiva” de Cuba, y tenía más preparación que él para llevar asuntos de papeles. Un día, al llegar del trabajo, papi deja las llaves de la oficina de la granja encima de la mesa donde estaba mami, y le dice: “para que mañana empieces a trabajar”. Por fin, los dos comienzan en el mismo lugar: mi madre llevando la oficina y papi limpiando los desechos de los pollos. Al cabo de un tiempo, como el administrador casi no sabía cómo administrar una granja de pollos –y probablemente cómo hacer nada, pero “era del partido”– le pide a papi que sea “como el responsable de la granja”, aunque figurara que quien la dirigía era el administrador del estado. A partir de entonces, papi ya no limpiaba las defecaciones... de pollos, y tenía que ir a muchas reuniones donde la mayoría de los asistentes formaba parte del PCC, pero como mi padre sabía más del campo, por su origen y porque había tenido un comercio, a ellos les era útil. Finalmente, cuando mami cumplió la edad de jubilación, los dos lo hicieron juntos. Ya para esa fecha yo me encontraba en España.

Una de las cosas peores para mi madre, en ese trabajo de la granja, era tener que oír las conversaciones y los chistes soeces de los trabajadores. Y eso que ellos se contenían delante de ella. Mami, por su educación, por su forma de ser y porque cuando trabajó fue en otro ambiente y con otros tipos de compañeros, le parecía todo eso de un mal gusto tremendo y sufría. También le molestaba que, cuando vuelve a trabajar, no fuera usando los conocimientos con los que se había formado y para lo que tenía una vocación: es decir, como maestra. Estas fueron otras cosas que tuvieron que pasar mis padres, por responsabilidad del comunismo.

Por la celebración del 14 de febrero, Día de los Enamorados, de 1973, Lourdes me regaló el anillo de compromiso. Aunque exactamente me lo entregó el fin de semana siguiente, que fue cuando pude

viajar a Jagüey Grande. El anillo había pertenecido a Juanito González, el esposo de Gloria Ojeda: como los que se iban del país no podían viajar con sus anillos, cadenas u otras joyas, él tuvo que dejar su anillo de compromiso en la casa de María y Clotilde Ojeda. La familia Ojeda se lo dio a Lourdes para me lo regalara. Fue una sorpresa para mí. El anillo no lo pudo recuperar Juanito hasta años después cuando, junto con otros objetos, se logró sacar de Cuba, a través de un amigo extranjero. Gloria y Juanito, al ver el anillo, quisieron recuperarlo. Años después, en España, Lourdes me regaló otro anillo, parecido al de Juan.

Ese fin de semana al llegar a la parroquia de Carlos Manuel y enseñar al padre el anillo que me regaló Lourdes, Carlos se levantó del *sillón* (balancín) y me llamó que viniera a su cuarto con él. Sacó del armario (*escaparate* decimos en Cuba) una cajita donde guardaba anillos, pendientes, cadenas, que habían pertenecido a miembros de su familia, algunos fallecidos y otros que se habían ido del país. Me entregó un anillo que había pertenecido a su abuela materna, María Damiana Molina y Gallo, para que se lo regalara a Lourdes como alianza, diciéndome: “ojalá sean tan felices como fueron mis abuelos”. La alianza tenía una inscripción por dentro: nosotros la dejamos, pero con el tiempo se ha borrado parcialmente —además que tuvimos que achicar el anillo. Para sacar de Cuba la alianza, como tantas otras cosas únicas e importantes, contamos con la ayuda de nuestro amigo. Es un objeto con un gran valor, no sólo por haber acompañado y ser símbolo de nuestro amor, sino también por ser un regalo de Carlos Manuel y por a quién perteneció antes. Una prenda que tiene mucha historia.

Durante mis viajes a Jagüey Grande, siendo seminarista y después como novio de Lourdes, tal como relaté anteriormente, conocí a Mirta y a Emilio “Emilito” Curbelo, primo de Lourdes. Cuando su padre Curbelo partió con su hermana Martica a EUA, él se había tenido que quedar en Cuba por lo de la edad militar, y su

madre se quedó también para acompañarlo. Mirta tenía en su casa filtraciones de agua en grandes áreas del techo: casi llovía más dentro que fuera de la casa. Tenía humedades y el repello se caía a trozos, pero no le autorizaban comprar materiales para hacer la reparación porque antes había presentado una solicitud para marcharse del país y no había renunciado a la salida, sólo esperaba que a su hijo se lo permitieran o cumpliera los 28 años de edad. Siempre le decían: si usted renuncia a su salida, le damos el permiso y le facilitamos acceso a la compra de materiales para que pueda reparar su vivienda. Era un trato cruel con los que pensaban salir del país, como también con los que tenían familiares presos o lo habían estado. Pero la situación no le importa al régimen. Una cosa más del absurdo sistema comunista: la casa que iba a quedar cuando Mirta se fuera, para uso del régimen. Obviamente no se podía llevar con ella, tampoco le permitían venderla o regalarla: sin embargo, preferían castigar a las personas que vivían en ella, antes que cuidarla para el futuro.

En Cuba todo material para reparación, construcción o reformas, están en manos del estado. Cuando hay existencias de esos materiales (son escasos, sin variedad y casi siempre parecen desaparecidos),

Ese fin de semana, al llegar a la parroquia de Carlos Manuel y enseñar al padre el anillo que me regaló Lourdes, se levantó del sillón y me llamó que viniera a su cuarto con él. Sacó del armario (*escaparate* decimos en Cuba) una cajita donde guardaba prendas que habían pertenecido a miembros de su familia, algunos fallecidos y otros que se habían ido del país. Me entregó un anillo de su abuela materna, para que se lo regalara a Lourdes como alianza, diciéndome: “ojalá sean tan felices como fueron mis abuelos”.

son los *consolidados* (una especie de talleres o almacenes del estado) los que los tienen, y controlan su distribución, y vuelve a ser necesario un permiso expreso previo de las autoridades locales, que se otorga según las prioridades políticas convenientes.

El 6 de abril de 1973, se pone fin a los Vuelos de la Libertad entre Varadero y Miami, vía por la que emigró casi un cuarto de millón de cubanos. En ese mismo mes, el régimen prohíbe aún más, en la radio y televisión, lo que llaman “música decadente”: dejan de

Lourdes, en sus viajes a Unión de Reyes ya siendo novios nosotros, conoce al resto de mi familia que quedaba en Cuba, entre ellos mis abuelos paternos. Ya mi abuela María había padecido el ictus que la había dejado con hemiplejía y sin poder hablar. Aunque reconocía a las personas, el día entero debía pasarlo en un sillón de ruedas y había que hacerle todo. El ictus la sobrevino con una de sus subidas de la tensión arterial, luego de despedir a uno de mis tíos y su familia. Sabía, por las características con que el estado controlaba el exilio, que no los iba a volver a ver jamás. El sábado 12 de mayo de 1973 mi abuela María fallece. La abuela de la sonrisa, del amor a las flores y la que crio y educó a nueve hijos: Antonio mi padre, Angelina “Nena”, Armando, María Julia, Alfredo, Israel, Enrique “Quique”, Rafael “Rafa” y Gonzalo. Como mi abuelo Sánchez había fallecido el año anterior, esta de mi abuela era la segunda gran pérdida de un ser que ha representado mucho en mi vida.

programar a muchos cantantes y canciones, sobre todo extranjeros. Es el año de constitución del Ejército Juvenil del Trabajo, del que antes hemos hablado.

Como Lourdes no estaba estudiando —porque no quería seguir internada en el campo para hacer el Bachillerato— y era conveniente para su formación, trabajo y futuro que lo hiciera, pensamos que podía estudiar en La Habana. Así, además, podíamos estar más cerca nosotros. Supimos del curso de Formación Profesional para Técnico Medio Optometrista. Solicitó una plaza entre las que el gobierno asignó a la provincia de Matanzas y luego fue a estudiar en La Habana, en el curso 1973- 1974. Los estudios durarían dos años: uno teórico y otro teórico-práctico.

Lourdes, en sus viajes a Unión de Reyes ya siendo novios nosotros, conoce al resto de mi familia que quedaba en Cuba, entre ellos mis abuelos paternos. Ya mi abuela María había padecido el ictus que la había dejado con hemiplejía y sin poder hablar. Aunque reconocía a las personas, el día entero debía pasarlo en un sillón de ruedas y había que hacerle todo. El ictus la sobrevino, como antes conté, con una de sus subidas de la tensión arterial, luego de despedir a uno de mis tíos y su familia. Sabía, por las características con que el estado controlaba el exilio, que no los iba a volver a ver jamás. El sábado 12 de mayo de 1973, víspera del Día de la Madre —en Cuba, segundo domingo de mayo; el Día del Padre se celebra el tercer domingo de junio—, mi abuela María fallece. La abuela de la sonrisa, del amor a las flores y la que crio y educó a nueve hijos: Antonio mi padre, Angelina “Nena”, Armando, María Julia, Alfredo, Israel, Enrique “Quique”, Rafael “Rafa” y Gonzalo. Como mi abuelo Sánchez había fallecido el año anterior, esta de mi abuela era la segunda gran pérdida de un ser que ha representado mucho en mi vida.

En el mes de septiembre de 1973 entré a estudiar en la Facultad Obrero Campesina Antonio Guiteras Holmes, que estaba situada en el barrio habanero de la Víbora. Por la misma fecha, Lourdes consiguiera comenzar el primer curso de optometrista, no sin dificultades. Como era de Jagüey Grande y no tenía dónde quedarse en La Habana, el gobierno le asigna una beca, como a todos los que se encontraban en una situación similar. Ser becario en Cuba no es lo mismo que en otras partes: allí la ayuda consiste en darte un alojamiento público como interna. A Lourdes le tocó compartir con un buen número de chicas una casa grande en la zona del Vedado, de las que habían pertenecido a personas que se habían marchado del país. Allí dormían en la mayor cantidad de literas que cupieran en una habitación. Muchas de las compañeras que se amontonaban allí tenían una educación y una ética negativas, y unas maneras que contenían dosis importantes de *chusmería* (condición de personas soeces, groseras y vulgares).

En agosto de 1973, otra ley establece el Servicio Social Obligatorio para los profesionales, una vez han concluido sus estudios. Dispone que tenga una duración de tres años, y se prestará en el lugar y ocupando el puesto (con el salario correspondiente) que dispongan las autoridades. Todos están obligados a ir, con la excusa ideológica que van a servir en las zonas más necesitadas y el período debe entenderse un final de la propia formación, un último taller práctico. Pero no explican que serán usados como una mano de obra especializada muy barata, en lugares que probablemente no serían aceptados voluntariamente, ni que con la diferencia del sueldo que debían ciertamente percibir por su tipo de trabajo van a contribuir a pagar una educación, que el estado ha “vendido” y promocionado que es gratuita. Toda la operación se pretende, una vez más, una forma de propaganda. Muchas veces estos trabajos sociales deben hacerse en otros países —africanos y latinoamericanos—, bajo pésimas condiciones y, en múltiples ocasiones, en zonas de guerra. Ya desde los años 60 se había establecido un servicio social para profesionales, especialmente del mundo sanitario, que duraba entre seis meses y un año (a veces más), imponiendo igualmente el estado las condiciones y el lugar donde realizarlo.

En el mes de septiembre de 1973 entré a estudiar en la Facultad Obrero Campesina Antonio Guiteras Holmes, que estaba situada en el barrio de la Víbora de La Habana. Como no había terminado el Preuniversitario (Bachillerato), al entrar en la Escuela Pedagógica en 1969, y después los cursos del Seminario no los reconoce el régimen, tenía que terminar el nivel medio, si quería hacer estudios universitarios. Esta Facultad era para los que trabajaban y querían sacar el nivel preuniversitario. Matriculé Ciencias, pensando en poder estudiar después Medicina. En esta escuela, como en todas del país, estaba presente la ideologización perma-

nente. Desde la simbología (letreros, fotos, lemas), hasta el adoctrinamiento en las clases: la asignatura de marxismo, las celebraciones de los días festivos de la Revolución, los *núcleos* (miembros) de la UJC y del PCC presentes por todas partes.

Continúe trabajando en el Sanatorio de San Juan de Dios. Terminaba la jornada a las 16:00 horas. Hablé con los hermanos, para poder cenar temprano en el Sanatorio y así, de lunes a viernes, a eso de las 17:00 horas estaba sentado a la mesa del comedor y el cocinero de la tarde, con amabilidad, me servía la cena. Me duchaba (me *bañaba* diríamos en Cuba) en el aseo de la oficina que teníamos para los ergoterapeutas –realmente era un dormitorio para enfermos que habían asignado para nuestro uso. Si no lo hacía así, hubiera tenido que ir a la Facultad Obrera Campesina sin ingerir alimentos y sin duchar, porque a las 18:00 horas ya tenía que estar sentado en el aula. Terminábamos a las 21:00 o 22:00 horas. Añádase que el traslado de un lugar a otro en Cuba era toda una Odisea. Aunque tenía la ventaja que frente al Sanatorio tenía un *paradero* (cabecera de línea, donde guardaban y salían las *guaguas*) de una ruta que me llevaba hasta la facultad –que estaba luego a poca distancia de la Iglesia de Jesús del Monte, donde estaba viviendo con el padre Carlos Manuel de Céspedes. En esta escuela estuve hasta finalizar los estudios de preuniversitario en el año 1976.

En septiembre de 1973, Lourdes consigue comenzar el primer curso de optometrista, no sin dificultades, por el número de las plazas que el estado asignaba a cada provincia. Como era de Jagüey Grande y no tenía dónde quedarse en La Habana, el gobierno le asigna una beca, como a todos los que se encontraban en una situación similar. Ser becario en Cuba, no es lo mismo que en otras partes: allí la ayuda consiste en internarte en un albergue o casa donde duermes, comes, te duchas, etc. En esas *becas* vivía también una responsable a cuenta de la administración, a las que

llamaban “la tía”. A Lourdes le tocó compartir con un buen número de chicas una casa grande en la zona del Vedado de La Habana, de las que habían pertenecido a personas que se habían marchado del país. Allí dormían en la mayor cantidad de literas que cupieran en una habitación. Muchas de las compañeras que se amontonaban allí tenían una educación y una ética negativas, y unas maneras que contenían dosis importantes de “chusmería” (condición de personas soeces, groseras y vulgares).

En muchas ocasiones el motor para subir el agua al tanque de arriba de la casa, desde la cisterna, se estropeaba y tardaban días en arreglarlo: había, durante la espera, que recoger y almacenar el agua en latas de metal o en cubos. El agua tenía que alcanzar para que todas pudieran ducharse, beber, limpiar. En las cisternas de agua se podía encontrar un perchero de metal, una lata, un trozo de madera o cualquier otra “sorpresa”. El cubo de agua que se cogía para ducharse tenía que alcanzar para lavar después la ropa interior. Esta experiencia es prácticamente la misma que yo viví en el internado de Cidra unos años atrás, y ya describí antes.

Como las duchas casi siempre estaban rotas y no funcionaba el calentador del agua, más eran las veces que había que ducharse con el agua de una lata o cubo, porque el motor no funcionaba. Entonces se utilizaba para calentar el agua una especie de dispositivo improvisado, hecho rudimentariamente –porque no había calentadores en el mercado. Se hacía de diferentes formas. Una era con dos *latas*, una de diámetro algo más grande que la otra. Se les quitaban la tapas de arriba y de abajo, de forma que de ambas latas quedara un cilindro abierto arriba y debajo. Una *lata* iba dentro de la otra, separadas por tacos de madera a todo lo largo, para que no se pegaran una con otra y no hubiera un cortocircuito. Después se cogía el extremo de un cable de corriente eléctrica y se conectaba el polo positivo a una de las *latas* y el negativo a la otra *lata*. Ese “calentador” se metía en el cubo o una *lata* más grande con agua para calentarla y se enchufaba el otro extremo del cable a la corriente eléctrica. Por supuesto, para saber si el agua se había

calentado, primero había que desenchufarlo de la corriente. No todas las chicas tenían este “calentador”: se hacía cola entre ellas para cuando les tocara calentar su agua. Muchas no lo tenían porque no era fácil en Cuba ni conseguir las latas o el enchufe para hacer este “invento”. En todos los albergues de Cuba, este tipo de “calentador” se usaba con mucha frecuencia y provocaban apagones de luz: cuando había varias calentando agua se producía una sobrecarga.

Todas sus clases teóricas, durante este primer curso, debía recibirlas en otro sitio lejano de allí. Las dificultades para trasladarse con las *guaguas* eran grandes, tanto por la poca cantidad que había, como por su frecuencia escasa con que pasaba, que venían abarrotadas.

Un día, esperando a Lourdes en las afueras de su albergue, me encuentro con un amigo, Rafael Calvo, que vivía al lado. Él, su esposa Vivian y sus hijas, miembros de la Iglesia. Me pregunta qué hago allí y le explico que estoy esperando a mi novia, que “está becada en esa casa/albergue”. Se sorprende y me pregunta “si yo sabía el tipo de mujeres que estaban allí becadadas”, y comenta que “cómo tenía una novia ahí”. Le tengo que explicar quién era la novia, su procedencia, que era católica, etc. La fama de las muchachas de la beca era mala —de jóvenes que estaban con cualquier chico, de mala educación. Claro, la única forma de estudiar en Cuba, cuando no eres del lugar donde radique el centro docente o cuando te llevan a un “internado *al campo*” o “*en el campo*”, es de esa forma, y allí convives con todo tipo de personas. Eso hay que añadirlo a todas las situaciones ideológicas y las precarias condiciones de habitabilidad del lugar.

43 Encuentros

Los fines de semana íbamos a misa, la mayoría de las veces a la parroquia de Jesús del Monte, con el padre Carlos Manuel. Cuando había una película que valiera la pena, intentábamos ir; así como al teatro cuando conseguíamos alguna entrada. A veces íbamos a una cafetería situada cerca del malecón de La Habana, donde vendían ancas de rana y eso era casi un lujo; realmente allí las preparaban bien. En otras ocasiones intentábamos reservar una mesa en restaurantes de cierta calidad. Los turnos eran difíciles de conseguir y, cuando lo lográbamos, ese día era un verdadero regalo, y de privilegio en el contexto de Cuba, si lo comparamos con lo que le esperaba a la mayoría de la población. Podías pasarte días llamando al restaurante o ir allí a hacer una cola para ver si acaso accedías a una mesa.

Algunas noches entre semana, intentaba ir a ver a Lourdes, después que salía de la Facultad Obrera Campesina para estar con ella, aunque fuera un corto tiempo. Ya que vivía lejos del Vedado, la zona donde estaba el albergue, usar el transporte público lo dificultaba

todo. El sacrificio era enorme. Otra cosa era que no podíamos ir a prácticamente a ningún sitio, ya que, hasta en la capital de Cuba, habían cerrado muchas cafeterías, restaurantes, lugares de ocio... Y en los que había, había también colas, demoras en el servicio y muy pocos productos. Casi siempre nos quedábamos en el parque cerca del albergue, al menos entre semana.

Los fines de semana íbamos a misa, la mayoría de las veces a la parroquia de Jesús del Monte, con el padre Carlos Manuel. Cuando había una película que valiera la pena, intentábamos ir; así como al teatro cuando conseguíamos alguna entrada, bien comprándola o bien porque alguien nos la conseguía. En una ocasión fuimos a ver en directo un concierto de Joan Manuel Serrat al Teatro Amadeo Roldán, una sala con muy buena acústica. Pudimos ir porque conocíamos a una persona que trabajaba allí y nos consiguió la entrada. Incluso nos hizo pasar por el escenario, antes de empezar la actuación, y vimos de cerca Joan Manuel, ensayando con una guitarra. En otras ocasiones pudimos asistir al Ballet Nacional de Cuba, en el Gran Teatro Nacional Federico García Lorca (antiguo Centro Gallego), que albergaba no sólo el teatro, sino otras instalaciones también. Allí podíamos ir principalmente porque el padre Carlos Manuel de Céspedes, a quien le gustaba y sabía mucho de ballet clásico, nos conseguía entradas. En alguna ocasión fuimos con él.

En La Habana, antes de la Revolución, funcionaban muchos cines: Payret, América, Radiocine, Radiocentro, Atlantic, Duplex, Rex Cinema, La Rampa, Rialto, City Hall, Edison, Coloso, México, Maravillas, Principal, Arenal, Lido, Metropolitan, Moderno, Los Ángeles, Florida, Mónaco, Marta, Apolo, San Francisco, Gran Cinema, Ambassador... Poco a poco primero, abruptamente después, casi todos ellos se convirtieron en fantasmas. Esto ha ocurrido por la falta de mantenimiento, el atraso tecnológico, la falta de recursos, la desidia y la ideologización. De otras ciudades de América,

solamente Nueva York, Buenos Aires o México DF, pudieran compararse con La Habana en este apartado, durante los años 1950s. Pero en el resto del país también existían abundante cantidad de cines, como el de mi pueblo, el Cine-Teatro López o los que había en Jagüey Grande, Cine-Teatro General Antonio y Cine-Teatro Mendía, que incorporó la pantalla de Cinemascope desde que se creó en los años 50. Todos esos, con el nuevo régimen, desaparecieron y los que quedan se han deteriorado hasta el extremo.

A veces íbamos a una cafetería situada cerca del malecón de La Habana, donde vendían ancas de rana y eso en Cuba era casi un lujo: realmente allí las preparaban bien. En otras ocasiones, intentábamos reservar una mesa en restaurantes de cierta calidad. Los turnos eran difíciles de conseguir y, cuando lo lográbamos, ese día era un verdadero regalo, y de privilegio en el contexto de Cuba, si lo comparamos con lo que le esperaba a la mayoría de la población. Podías pasarte días llamando al restaurante o ir allí a hacer una cola para ver si acaso accedías a una mesa. Lo de los restaurantes y cafeterías en el comunismo es incomprensible para una persona que viva en un contexto normal. Muchas veces llegabas a esos sitios y te encontrabas muchas mesas vacías, pero no las podías ocupar, no porque estuvieran reservadas, sino porque no tenían servicio, mientras había una cola de personas esperando fuera. Sencillamente, si llegabas e ibas a sentarte en una de esas mesas te decían que no podía ser. La falta de productos, la nula variedad en las cartas de los platos era lo normal. La mayoría de nuestro tiempo juntos lo empleábamos en caminar, visitar algún sitio de La Habana y estar en los parques.

Según el Directorio Telefónico de 1958, existían en La Habana más de 150 restaurantes de una gran calidad, del tipo del Emperador, Monseigneur, Castillo de Jagua, Chez Merito, El Carmelo o Potin. Pero también había otros cientos que no llegaban a ese nivel, y los muchos más que se conocían como *fondas*, las “criollas”

y las “de chino”: estas sí estaban al alcance de casi todos los bolsillos de los habaneros. En una fonda de barrio podías comerte una “completa”, que consistía en un plato hondo lleno de arroz, potaje y un pedazo de carne, por 5 o 10 centavos del peso, según el lugar. Había sitios ajustados a las diferentes posibilidades económicas. También vendían comidas preparadas para llevar, en los envases conocidos como *cantinas*. Existían muchas cafeterías que se dedicaban a la preparación y venta de sándwiches y *medianoche*s; otras a empanadas, *puerco* asado, el pollo frito o asado, etc. Cafeterías como Kimboo o las de los Ten Cents. Hasta en mi pueblo y en todos los que conocí había muchos lugares para comer, tanto cafeterías, como restaurante, fondas caseras o puestos ambulantes como los de *fritas* y las *cantinas* que repartían la comida hecha a domicilio. Lejos quedaron los tiempos de ir Monseigneur y escuchar a Bola de Nieve al piano. Tan lejano como El Chori tocando en los bares de Playa. La antigua red de restaurantes que había en La Habana

Las cafeterías, restaurantes, bares, fondas caseras, heladerías, la comercialización de toda la variedad de productos y comidas, así como los cines de Cuba, se convirtieron en fantasmas. Los que no desaparecieron, quedaron con una calidad pésima: infraestructuras, productos y el servicio de categorías lamentables. A finales de la década de los 2000 han permitido algunos restaurantes privados en las ciudades turísticas, muy limitados en el número de licencias y capacidad de mesas. Los llaman *paladares*. Los dueños llegan a mantenerlos con grandes dificultades, pero funcionan mucho mejor que los pocos establecimientos estatales.

ya no existe. Algunos de los sobrevivientes solo conservan el nombre, pero no su alma. El Polinesio, El Mandarín, La Torre, El Conejito, El Emperador... sólo habitan en la nostalgia. Distantes están Las Sombrillitas de Prado. La conversación y la música tenían una cita cada noche, sin estridencias, en una zona de confort que han perdido los espacios públicos más populares.

Cuando íbamos al cine Yara (antes Radiocentro) en la calle 23 y L del Vedado, intentábamos pasar por la heladería Coppelía, que se había inaugurado con la Revolución, en el año 1967. Al principio ofrecían gran variedad de helados de buena calidad, aunque siempre las colas acompañaron al acceso, con esperas que podía llegar a una hora para tomarse el helado. Ya en los últimos tiempos la calidad y la variedad era inferior. Hay que imaginarse unos novios jóvenes, cuya distracción podía ser las colas de Coppelía.

De heladerías estaba llena Cuba antes de la Revolución, algunas famosas y, por supuesto, los helados se vendían en los comercios, cafeterías, bares, restaurantes, puestos o quiscos y carros ambulantes. De marcas como Guarina, Hatuey, El Gallito o San Bernardo. En Cuba, antes de la Revolución, se distribuían ampliamente otros productos lácteos: quesos, mantequillas y sus variedades podían pasar de 200 tipos. Las marcas: Nela, La Lechera, La Vaquita, Guarina, Proceso, Otero, La Hacienda.

Las cafeterías, restaurantes, bares, fondas caseras, heladerías, la comercialización de toda la variedad de productos y comidas, así como los cines de Cuba, se convirtieron en fantasmas. Los que no desaparecieron, quedaron con una calidad pésima: infraestructuras, productos y el servicio de categorías lamentables. A finales de la década de los 2000 han permitido algunos restaurantes privados en las ciudades turísticas, muy limitados en el número de licencias y capacidad de mesas. Los llaman Paladares. Los dueños llegan a mantenerlos con grandes dificultades, pero funcionan mucho mejor que los pocos establecimientos estatales.

En los años 70, el ocio en Cuba era –y sigue siendo hoy– muy limitado. Quizás sea esa una de las causas del alcoholismo galopante de los cubanos, consumiendo bebidas de mala calidad la mayor parte de las veces. En Cuba vimos cómo se “destilaba” clandestinamente bebidas alcohólicas a las que llamaban Chispa de Tren, Diente de Tigre, Saltapatrás, El Hombre y la Tierra, Tres Pasos. Se fabricaban en las casas, cuando tenían alcohol común o de combustible para *reverbero* (pequeño hornillo) –de venta en las tiendas por la cartilla de racionamiento– o cuando venía el alcohol de farmacia, que filtraban –entre otras cosas con cenizas–, pretendiendo que perdiera algunas sustancias tóxicas. Este tipo de alcohol es altamente dañino y si se consumía más allá de cierta cantidad podía producir alucinaciones. Es increíble que en el país donde surgió la tradición del buen ron (Bacardí, Havana Club y otros) sea tan complicado conseguir una botella de una buena bebida alcohólica, sin antes tener los dólares salvadores.

En el curso escolar que comienza en el año 1973, mi hermana Evita es internada obligatoriamente por el régimen en la Escuela en el Campo de Jagüey Grande, para dar su último año de Bachillerato. Si no aceptaba hacerlo así, no podría acabar estos estudios y por tanto aspirar a ir a la Universidad. Allí pasó los trabajos –que antes he reseñado– de un centro donde la mitad del día se dan clases y la otra mitad se trabaja en el campo, bajo disciplina semi militar, el ambiente ideologizado con el marxismo, las condiciones en comida y ambientales deplorables. La diferencia con respecto a los que me tocaron a mí es que, para entonces, ya establecido este sistema de estudios, en Jagüey Grande habían construido, con paneles prefabricados, edificios para las Escuelas en el Campo.

Prácticamente todos los que se casan tienen que vivir en las mismas casas de sus padres, ir a la casa de sus suegros o de algún familiar o amigo. No hay viviendas vacías, no sólo para cuando estamos solteros y queremos independizarnos, sino tampoco cuando ya estamos casados, ni cuando ya tenemos hijos. Lo normal en toda Cuba es que convivan en la misma casa varias generaciones: abuelos, padres, hijos y nietos. Con una frecuencia enorme de hacinamiento.

Ya en este segundo año de nuestro noviazgo, empezamos a pensar en el posible matrimonio, pero existía un grandísimo obstáculo en Cuba que es la vivienda. ¿Dónde habitar? ¿En Unión de Reyes con mis padres? ¿En Jagüey Grande con los padres y hermanos de Lourdes? ¿En La Habana? pero ¿dónde?

Si regresábamos a nuestros pueblos, además de las dificultades de convivir con la familia estando ya casados y deseando tener hijos, ¿dónde trabajar o en qué? Porque se reducían las posibilidades, bajo un control y una presión política que era aún mayor que en la capital del país. Tendría que dejar el buen trabajo del Sanatorio

con los Hermanos de San Juan de Dios, que en Cuba, como he dicho, era un “privilegio”. Por su parte, Lourdes, que aparecía oficialmente como residente en Matanzas, al graduarse iba a ser ubicada por el Estado en algún lugar de esa provincia. Lourdes estaba obligada a volver a la provincia de Matanzas para trabajar como optometrista, porque su beca se la habían asignado en la provincia de Matanzas –de esto hablaré más adelante.

Comenzamos la búsqueda de una vivienda, más exactamente de una familia o persona que estuviera dispuesta a acogernos en su casa para vivir, principalmente entre las que se encontraban solas y disponían de una vivienda con habitaciones que lo permitieran. Principalmente varios sacerdotes nos ayudaban en ello, con el concurso de los feligreses –también nosotros hacíamos gestiones, con algunas personas que conocíamos.

El padre Julien Viau, de los sacerdotes canadienses, secretario de la Nunciatura Apostólica, celebraba misa todos los domingos en la capilla del cementerio Cristóbal Colón de La Habana y nos invitaba a ir a verlo allí. En varias ocasiones preguntó, después de misa, a los feligreses “si conocían a alguien que quisiera acoger en su casa un futuro matrimonio católico” y que él “respondía por ellos”. Nosotros pasábamos una gran *pena* (vergüenza) en medio de tantas personas –la capilla se llenaba de los familiares y amigos de todos los fallecidos durante esa semana. Aunque nunca allí apareció nadie que se ofreciera –o que conociera a alguien–, había que intentarlo por todos los medios.

Gracias a nuestras visitas durante muchos domingos a la capilla del cementerio, pudimos apreciar más de cerca las tumbas, monumentos y lápidas de un cementerio considerado como uno de los más importantes del mundo, en cuanto a su valor arquitectónico. Al mismo tiempo de conocer a personas famosas de diferentes épocas que están enterrados allí –los escritores Dulce María Loynaz, José Lezama Lima, Eliseo Diego, Juan Chabás y Alejo

Carpentier, el campeón mundial de ajedrez José Raúl Capablanca, los artistas Rita Montaner, Rosita Fornés y Germán Pinelli, los músicos Hubert de Blanck y Chano Pozo, los políticos José Miguel Gómez, Eduardo Chibás, Quintín Banderas y Carlos Manuel de Céspedes y Quesada, entre otros. La Necrópolis de Cristóbal Colón es Monumento Nacional de Cuba. El cementerio data del año 1854. En las puertas hay un conjunto estatuario en mármol de Carrara, de 34 m de largo y 21 de alto, en el que se encuentran representadas las virtudes teologales de la Caridad, la Fe y la Esperanza. Es un lugar de visita, también turístico.

¿Qué sucede con la vivienda en Cuba?

Prácticamente todos los que se casan tienen que vivir en las propias casas de sus padres, ir a la casa de sus suegros o de algún familiar o amigo. No hay viviendas vacías, no sólo para cuando estamos solteros y queremos independizarnos, sino tampoco cuando ya estamos casados ni cuando ya tenemos hijos. Lo normal en toda Cuba es que convivan en la misma casa varias generaciones: abuelos, padres, hijos y nietos. Con una frecuencia enorme en situación de hacinamiento.

En muchas casas, principalmente las que tienen un techo alto (*puntal alto* diríamos en Cuba), se fabrica lo que llaman una *barbacoa*: se agrega una especie de altillo o segundo piso, construido según inspiración con los materiales que puedan conseguirse –muchas veces sólo madera y cartón. En la mitad del salón u otra habitación, te encuentras una escalera improvisada que te lleva a un nuevo espacio para dormir. Otra solución, cuando no hay espacio suficiente hacia arriba, es dividir el que hay con una pared interior que puede ser de cartón o de tela.

Lo peor no es lo descrito, sino cuando se divorcian o separan las parejas o se ha generado un conflicto interno entre los integrantes de la familia –algo comprensible con la presión del hacinamiento y la falta de intimidad, en un contexto general tan hostil. Lo común

Lo peor no es la precariedad, sino cuando se divorcian o separan las parejas o se ha generado un conflicto interno entre los integrantes de la familia –algo comprensible con la presión del hacinamiento y la falta de intimidad, en un contexto general tan hostil. Lo común es que no se pueden separar también en espacio vital de residencia, ninguno se puede marchar para ningún otro sitio: no hay *otro sitio*. A veces, se puede retornar a casa de los padres o algún hermano los acoge. Pero como esto no siempre se puede, tenemos personas con problemas, separados y muchas veces con grandes conflictos declarados, conviviendo bajo el mismo techo y además con el resto de la familia de uno de los contendientes. Si esto ya parece complicado y difícil de sobrellevar, se puede liar aún más, cuando uno de la ex-pareja –o los dos– se unen o se quieren casar con otra persona, y llevan o quieren llevar a esta nueva compañía a vivir también en la misma vivienda.

es que no se pueden separar en espacio vital de residencia, ninguno se puede marchar para ningún otro sitio: no hay *otro sitio*. A veces, se puede retornar a casa de los padres o algún hermano los acoge. Pero como esto no siempre se puede, tenemos personas con problemas, separados y muchas veces con grandes conflictos declarados, conviviendo bajo el mismo techo y además con el resto de la familia de uno de los contendientes. Si esto ya parece complicado y difícil

de sobrellevar, se puede liar aún más, es cuando uno de la ex-pareja –o los dos– se une o se quiere casar con otra persona, y llevan o quieren llevar a esta nueva compañía a vivir también en la misma vivienda. Conocí a personas que, para estar íntimamente con su nueva pareja, tenía que darse cita en lo que en Cuba se conoce como una *posada*, una especie de hostel, hotelito o motel, que alquilaba habitaciones por horas. Eran por supuesto propiedad del estado y la mayoría habían sido, antes de las expropiaciones, hostales y pequeños hoteles de uso habitual, no este señaladamente sexual. Por la falta de medios, las parejas estables –tanto si estaban casadas como si no–, en infinidad de ocasiones, para intimar van a descampados o a los parques que tengan vegetación, como ocurría en el que había frente al Seminario San Carlos y San Ambrosio, en la Avenida del Puerto, al que llamábamos “el parque del *mate*” (esta palabra se usa en Cuba para referirse al roce íntimo).

Mientras la casa se mantenga en pie, no amenace ruina o no se haya derrumbado ya, a pesar del problema grave de la convivencia, se va llevando la vida. La situación se puede agravar cuando sobrevenga un derrumbe, cosa muy frecuente debido a la total falta de mantenimiento, la acción de fuertes lluvias y huracanes o el envejecimiento de las casas. El incumplimiento sistemático de los planes del estado cubano para construir las nuevas viviendas necesarias (es el gobierno quien tiene el monopolio de esa actividad, como el de tantas otras) deja como solución para las personas que quedan en la calle sin vivienda la reubicación en un albergue colectivo, en muchos aspectos similares a las estructuras de las Escuelas en el Campo. Hay personas que viven en estos albergues décadas, sin exagerar.

Toda esta situación de convivencia provoca cada vez más conflictos: discusiones, trastornos emocionales, mucha promiscuidad, problemas de salud, aumento enorme de los divorcios y abortos. Vivir en una casa con un mínimo de confort, en Cuba, es un reto a la imaginación. Así como fundar un hogar y crear una familia es casi un desafío utópico.

El déficit de vivienda de la Isla, durante todos los años de la dictadura comunista, ha superado con creces cualquier otro que hubiera antes de la Revolución. Por no poner los datos de todos estos años, mencionaré los que diera a conocer, en julio de 2019, el Ministro de la Construcción de Cuba. René Mesa Villafañá admitió que la Isla padece un déficit de 929.695 (casi un millón) de viviendas. En La Habana, alrededor de 200.000. Y eso es lo que reconocen públicamente.

El Granma, órgano oficial del PCC, publicó, el 25 de enero del 2018, que el 47 % de las viviendas resultan inadecuadas. Este dato sólo es superado en América Latina por Brasil (64 %). Muy lejos quedan las cifras de Argentina (22 %) y Chile (23 %).

En *La historia me absolverá*, la versión escrita del alegato que hizo Fidel Castro en su defensa en el juicio al que fue sometido después del ataque al Cuartel Moncada —una especie de *Mein Kampf*—, se puede leer: “Un gobierno revolucionario resolvería el problema de la vivienda (...) Hay piedra suficiente y brazos de sobra para hacerle a cada familia cubana una vivienda decorosa”.

Después de más de 65 años de haber dicho eso y que su régimen comunista haya ejercido el poder (absoluto) desde el 1 de enero de 1959, la crisis de la vivienda es muchísimo más grave que la que hubiera podido haber entonces. La Revolución la ha convertido en endémica y se acerca a los niveles de los peores países africanos. Más de medio millón de cubanos viven en casas tipo chabolas, infraviviendas y barrios insalubres.

La Revolución prometió acabar con todos los barrios marginales como Palo Cagao, El Fanguito, La Timba, La Jata, Las Yaguas, El Hueco, Indaya, Los Mangos, Alturas del Diezmero, Carraguao, Jesús María o La Corea. Pero hoy siguen existiendo y aumentan más.

En los años 60, casi se dejó de fabricar viviendas en el país. El mantenimiento de las que había fue toda una odisea. El gobierno decidió siempre el destino de los negocios y las viviendas expropiadas, y centralizó, con sus métodos inoperantes, cualquier servicio de este tipo, dejándolo fuera del alcance de los particulares. Cualquier

gestión particular topaba con la falta casi total de acceso a materiales y rozaba la ilegalidad, ya que se consideraba (como así era) que los materiales se habían conseguido “de contrabando” producto de algún hurto o escamoteo.

Para ofrecer vivienda a la población, en alquiler, el sindicato vertical (controlado por el estado) y la administración local (estatal también, claro), confeccionan primero un listado, de acuerdo con las necesidades de los trabajadores o de las familias, pero lo ordenan en escalafón según la “actitud revolucionaria”. Tampoco todas las casas que confiscaban a las personas que abandonaran el país eran entregadas a la población: ya desde el principio de la Revolución, se declararon “zonas congeladas” las mejores de la ciudad y a ellas sólo se mudaban personas autorizadas por el gobierno. Muchas de esas casas permanecían cerradas durante años y otras se quedaban en esa situación, alegando pertenecían a una reserva para casos de desastres. Muchas otras viviendas de los que abandonaban el país eran dedicadas a uso estatal, para oficinas y residencia de becarios, por ejemplo, o se entregaban como residencia a altos funcionarios del estado cubano. Por otra parte, muchas familias que partían del país no lo hacían en su totalidad: quedaban algún o algunos ocupantes dentro, a los que no se desalojaba, por lo que no eran entregadas a nuevos inquilinos. En más de una ocasión, el familiar que quedaba en la vivienda recibía presiones y ofertas del gobierno para que cambiara de casa a una más pequeña. Había personas o familias que por miedo u otras razones abandonaban su casa e iban a una de peores condiciones ofrecida por las autoridades, sin indemnización a cambio.

En el año 1971, ante el desastre de la falta de vivienda en el país, Fidel Castro tuvo la idea de crear las “microbrigadas”, con el objetivo de construir viviendas. Estas pequeñas brigadas estaban formadas por un grupo reducido de personas, la mayoría de ellas sin ninguna experiencia en la construcción. Tenían un régimen de tra-

bajo de diez horas diarias de lunes a sábados. Era obligatorio para los miembros de las “microbrigadas” la participación en las diferentes concentraciones, marchas y reuniones políticas llevadas a cabo por el gobierno, como le pasa al resto de la población. Esas viviendas se repartían luego de acuerdo con las cualidades revolucionarias o comunistas de las personas. No era lo importante que un simple trabajador viviera hacinado en un cuarto con varios hijos, poco interesaba si una madre divorciada se encontraba en iguales condiciones o tal vez peores, lo que le importaba al sistema era satisfacer las necesidades de los incondicionales, unos realmente convencidos por la propaganda y otros oportunistas. No contaba si el incondicional iba a ir a vivir solo o no: lo importante es que estuviera “integrado” o que en apariencia fuese convincentemente “revolucionario”. Era ese el requisito que facilitaba la posibilidad de acceder a la vivienda. Trabajar en la “microbrigada” no lo garantizaba, si no se cumplía con los requisitos políticos, aunque podía ser considerado un punto de ventaja.

Aquellos que tuvieron la suerte de adquirir un apartamento hecho por una “micro” hacían y hacen gestiones para cambiar su inmueble por otro construido en el pasado capitalista que, aunque carece de mantenimiento por parte del Estado, se conserva mucho mejor. Los edificios de las “microbrigadas” parecen jaulas y su diseño siempre es igual. Son prefabricados, copias traídas de la antigua URSS y ex países socialistas del Este de Europa. Los materiales, que son de mala calidad, muchas veces tardan en llegar, por lo que el edificio puede demorar mucho tiempo en terminarse. Al poco tiempo de estar habitado (y, en casos, antes de llegar a eso) comienzan a tener problemas: las persianas se desprenden, hay filtraciones, la pintura se cae, los inodoros se obstruyen, el ruido dentro es insoportable. Sin contar que durante muchos años tienen que pagar con dinero al estado cubano por la vivienda, a la que han llegado después de tantos sacrificios, tanta espera y que tiene tan mala calidad.

En Cuba existe otra figura: “la permuta”. Es un trueque, un intercambio de casas. Si tengo la propiedad de una vivienda y me conviene hacerlo, puedo cambiarla legalmente por otra, situada en otra zona mejor o más conveniente para mí, que puede ser en otra provincia del territorio nacional. O por otras dos diferentes, lo que solucionaría los conflictos de convivencia referidos antes. También estas permutas pueden hacerse como negocio, recibiendo dinero a cambio: el dinero, por supuesto, pasará de mano “en negro”, sin dar cuenta oficialmente. Este acuerdo entre ambos propietarios debe hacerse muy en secreto, con todos los cuidados del mundo, porque cualquiera te puede delatar. La permuta tiene que estar autorizada y confirmada por la oficina de la Reforma Urbana, administración del estado.

El traslado de una provincia a otra, sin embargo, muchas veces está restringido, principalmente a los que quieren hacerlo desde zonas orientales hacia La Habana. Siempre el gobierno tiene que autorizar los cambios, y cualquier movimiento queda registrado en el organismo de la vivienda Reforma Urbana, la OFICODA (oficina de la “cartilla de racionamiento”) y los CDR.

En el pasado de Cuba consta magnífico desarrollo urbanístico y arquitectónico. Solamente con ver las ciudades y pueblos del país se comprueba esta afirmación. A pesar de las décadas de desgaste, abandono y desidia, se puede apreciar, debajo de la falta de mantenimiento –o incluso en los derrumbes– la belleza y el grado de desarrollo que tenían las construcciones cubanas. Nos percatamos al pasear por las calles y contemplar lo que queda de viviendas, avenidas, parques, edificios públicos, cementerios, museos, cines, teatros.

La ley de Reforma Urbana del año 1960 despojó de sus propiedades inmobiliarias a los que tenían más de una. Fue un factor más que contribuyó a que la falta de vivienda se agudizara: dejó de haber estímulo, o libertad en el mercado.

Sin embargo, en el pasado de Cuba consta magnífico desarrollo urbanístico y arquitectónico. Solamente con ver las ciudades y pueblos del país se comprueba esta afirmación. A pesar de las décadas de desgaste, abandono y desidia, se puede apreciar, debajo de la falta de mantenimiento o incluso en los derrumbes, la belleza y el grado de desarrollo que tenían las construcciones cubanas. Nos percataremos al pasear por las calles y contemplar lo que queda de viviendas, avenidas, parques, edificios públicos, cementerios, museos, cines, teatros. La Plaza José Martí (que la dictadura renombró 6 años más tarde como “Plaza de la Revolución”) y los edificios que la rodean. El túnel que atraviesa la Bahía de La Habana). Los modernos edificios de apartamentos, con más de diez pisos de altura, a lo largo de la franja costera bordeada por el Malecón. Los hoteles de lujo, como los de las capitales más prósperas. Clínicas equipadas con la mejor tecnología médica, cómodas peluquerías y barberías, restaurantes de alta cocina criolla y extranjera, cafeterías. No sólo en la capital del país, sino en cualquier ciudad y, aunque más modestamente, en los pueblos, todos hechos antes de la Revolución.

Lo trágico y vergonzoso es que ese régimen que habla de los humildes, de los pobres y del bienestar de las mayorías con tanta hipocresía y cinismo —y al que aún hoy muchos en el mundo siguen y apoyan—, este mismo gobierno, alrededor del 30% de las viviendas que cada año planifica construir las dedica a los Miembros de la Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y el Ministerio del Interior (MININT). Brigadas especiales del estado cubano fabrican edificios y barrios sólo para militares. Son zonas privilegiadas y reservadas, con clínicas, escuelas, centros deportivos, parques, centros comerciales, cines. Como el caso del Reparto Maravilla, en la zona de Alta Habana.

45

Peligros cotidianos

Una de esas veces cuando Lourdes estaba esperando, junto a otras compañeras de estudios, que pasara el presidente visitante de turno con Fidel Castro, una de las alumnas se encontró un perrito y lo sujetó en brazos. Se acercó a ella un policía y le advirtió: “procura que no se te escape el perro mientras pase la comitiva, porque no respondo de lo que te pueda pasar”. Temían que el perro pudiera ser una señal para atacar al cortejo oficial.

En el año 1974 continuábamos en La Habana. Lourdes estudiando para optometrista y yo trabajando en el Sanatorio de San Juan de Dios y asistiendo a las clases de la Facultad Obrera Campesina. Seguí viviendo en la Iglesia de Jesús del Monte con el padre Carlos Manuel de Céspedes. Continuamos la búsqueda de la vivienda, tal como conté anteriormente. Viajábamos los fines de semana a nuestros pueblos, cuando podíamos, ya que entre otras cosas el transporte se ponía cada vez peor.

Como siempre ocurría cada vez que se recibía la visita de un dignatario extranjero a Cuba —en este año llegaron varios—, a todos

los trabajadores y estudiantes, más a los militares, los movilizaban desde los centros de trabajo, estudio o unidades militares, para ir a recibirlos. Si era un fin de semana, la movilización se organizaba fundamentalmente a través de los CDR.

Una de esas veces cuando Lourdes estaba esperando, junto a otras compañeras de estudios, que pasara el presidente visitante con Fidel Castro, una de las alumnas se encontró un perrito y lo sujetó en brazos. Se acercó un policía y le advirtió: “procura que no se te escape el perro mientras pase la comitiva, porque no respondo de lo que te pueda pasar” Temían que el perro pudiera ser una señal para atacar al cortejo oficial.

Cuando por las escuelas, trabajos, CDR u otra organización te movilizaban para asistir a recibir a alguien, lo hacían todo muy planificado. Antes de salir, sacaban una lista ya confeccionada para que firmáramos nuestro compromiso de asistencia. Luego nos informaban cuándo teníamos que salir; cómo teníamos que llegar al sitio –podía ser caminando si era cerca, o en camiones y autobuses dispuestos para la ocasión–; dónde nos situaríamos exactamente –lugar, calle o esquina–; qué consigna había que gritar o proclamar –no la que quisiéramos–; si teníamos que llevar algún mensaje escrito –nos lo traían hecho o lo teníamos que confeccionar previamente, siguiendo literalmente lo que nos orientaran. Una vez en el lugar de concentración, los miembros del núcleo de la UJC, PCC y/o la dirección de nuestro centro (que era del estado) controlaban la asistencia, según la lista.

Mientras estuve en el Sanatorio –como expresé antes, este era “un mundo aparte” dentro de la locura cubana–, no estuve obligado a asistir a estos recibimientos, como tampoco a los actos políticos. Sin embargo, en una ocasión que Lourdes tuvo que asistir a uno de estos actos en la “Plaza de la Revolución” (antes Plaza Cívica José Martí), para estar con ella, la acompañé. Estuvimos allí horas, esperando al sol a que comenzara el evento. En medio del discurso

interminable de Fidel Castro –como era su costumbre, de horas de duración–, pudimos escabullirnos entre tanta gente y nos marchamos de la Plaza antes que acabara. No supimos si algún compañero de ella se percató –quizás sí, pero no hubo consecuencias. Aunque siempre uno actuaba con mucha precaución y miedo.

En los días que había actos en la plaza (conmemoraciones, anuncios, celebraciones como el desfile del Primero de Mayo), así como cuando teníamos que recibir a algún mandatario extranjero, toda la ciudad se paralizaba y se ponía en función de eso. Se suspendían las clases de los colegios y cerraban los centros de trabajos. Prácticamente todo el transporte se dedicaba a trasladar a los movilizados que vinieran de lejos y no pudieran desplazarse a pie. Un país en función de la política única comunista. Hoy las cosas básicamente no han variado para el pueblo cubano, y continúan las mismas movilizaciones: a pesar de que el desinterés es grande, el miedo, el pensamiento cautivo, la simulación, son aún mayores.

En este curso escolar llevan a Lourdes a la Escuela al Campo en la provincia de Pinar del Río, durante unas semanas, junto a las compañeras que estaban estudiando para optometrista. Era para trabajar en el tabaco. Tenían que arrancar las hojas sin guantes –porque no los había. Las manos se manchaban de tabaco, con una especie de baba que costaba trabajo limpiar. Como en todos estos trabajos, las condiciones de higiene, alimentación, los albergues, el transporte... eran pésimos.

En el año 1974, entre mayo y junio, comienzan a funcionar, en la provincia de Matanzas, los órganos del Poder Popular, que se extenderán después por el resto de la Isla, a partir del 24 de febrero de 1976, con la promulgación de la nueva Constitución Socialista. De esta mascarada de los Poderes Populares y de la Constitución hablaré más adelante.

Mientras estuve en el Sanatorio –como expresé antes, este era “un mundo aparte” dentro de la locura cubana–, no estuve obligado a asistir a estos recibimientos, como tampoco a los actos políticos. Sin embargo, en una ocasión que Lourdes tuvo que ir a uno de esos actos en la “Plaza de la Revolución” (antes Plaza Cívica José Martí), para estar con ella, la acompañé. Estuvimos allí horas, esperando al sol a que comenzara el evento. En medio del discurso interminable de Fidel Castro, –como era su costumbre, de varias horas de duración–, pudimos escabullirnos entre tanta gente y nos marchamos de la Plaza antes que acabara. No supimos si algún compañero de ella se percató –quizás sí, pero no hubo consecuencias. Aunque siempre uno actuaba con mucha precaución y miedo.

El 1 de Julio del año 1974, un decreto del gobierno declara ilegal la congregación de los Testigos de Jehová. Sus lugares de reunión, los Salones del Reino fueron cerrados y estas fueron prohibidas. Ya desde el principio del régimen, ellos habían sido muy perseguidos. Cuando relaté sobre la UMAP, expliqué cómo sufrieron particularmente las consecuencias en los campos de trabajos forzados. Los comunistas tenían razones especiales para intentar eliminarlos: Sus ideas contrarias a toda religión se acentuaban mucho contra la de los Testigos, que hacían resistencia a varios aspectos de la organización social, y esto los comunistas lo interpretaban como un ataque frontal. Se negaban a saludar la bandera y no estaban dispuestos a pasar el SMO, porque cualquier tipo de violencia u

organización militar iba en contra de sus principios. El gobierno no estaba dispuesto a tolerar ese desafío a sus métodos de control absoluto. No estuvieron dispuestos a darles otras alternativas, para evitar que se extendiera el ejemplo en el resto de la población, principalmente el punto de no ir al SMO. En la esquina de casa de mis abuelos paternos, al lado de la bodega de tío Armando, había un Salón del Reino, que cerraron.

Barbarita González, la hermana de Marina, que era soltera y que vivía en la casa de sus padres y abuelos de Lourdes, ya fallecidos, conoció a Roberto Guerra. Él había sido preso político, había estado casado por lo civil y tenía dos hijas de ese matrimonio. Cuando Roberto comenzó a enamorar a Barbarita, ya llevaba divorciado bastante tiempo. En el mes de mayo de 1974 se casaron por la Iglesia y, por supuesto, por lo civil.

En el curso escolar que comienza en el año 1974, mi hermana Evita empezó la carrera de Medicina Veterinaria. No porque le gustara, sino porque para la carrera que ella quería, Historia del Arte, el gobierno ofreció, para toda la provincia de Matanzas, tres plazas, y ella tenía el cuarto lugar en la lista de toda la provincia. El estado cubano es el único que puede ofrecer una carrera o cualquier tipo de estudio, como he dicho anteriormente.

Mi hermana tuvo que hacer ese curso internada en el campo, en Valles de Picadura, entonces dentro del territorio de la provincia de La Habana. El responsable de aquella zona del campo era Ramón Castro, hermano mayor de Fidel Castro. A los que estudiaban esta carrera, no le quedaba más remedio que hacerlo en ese lugar. En Cuba solamente te dejaban pedir cambio de carrera a otra de tu misma rama, al terminar de cursar el segundo año. Por tanto, Evita tenía muy pocas esperanzas de un cambio para una de Letras. En otro contexto diferente al de Cuba, quizás mi

hermana hubiera esperado otro año a ver si la dejaban entrar o conseguía matrícula para la carrera que tenía vocación —o alguna similar de Letras. Pero, en esas circunstancias, dejar de estudiar un curso podía representar no sólo que ya nunca le dejaran acceder a una de las que quería, sino que se quedara sin carrera alguna. Aparte, estaban las presiones del gobierno para casi dirigir los estudios de los cubanos hacia lo que ellos llamaban “las necesidades del país”. Evita pasó mucho trabajo allí en Valles de Picadura y sufrió por estudiar algo alejado de su vocación.

En 1974, un decreto del gobierno declara ilegal la congregación de los Testigos de Jehová. Sus reuniones fueron prohibidas y sus centros de culto, los Salones del Reino, fueron cerrados. Cuando relaté sobre la UMAP, expliqué cómo sufrieron particularmente en los campos de trabajos forzados. Los comunistas tenían razones especiales para intentar eliminarlos: su resistencia a varios aspectos de la organización social la interpretaban como un ataque frontal, un desafío a los métodos de control absoluto del régimen. No estaban dispuestos a tolerar su negativa a saludar la bandera o a pasar el SMO, porque cualquier tipo de violencia u organización militar iba en contra de sus principios. En la esquina de casa de mis abuelos paternos, al lado de la bodega de tío Armando, había un Salón del Reino, que cerraron.

46

Con ayuda de la familia y amigos

El padre Arnaldo, en este viaje que dio a La Habana, habló como había pensado con Eladia para ver si ella estaba dispuesta a aceptarnos a vivir en su apartamento. Eladia había acabado de pasar una mala experiencia con una madre y su hija que había acogido en su casa y, sobre todo la niña, habían tenido un comportamiento lamentable con ella. A pesar de esa experiencia, Eladia tuvo la generosidad y corrió el riesgo de acogernos en su apartamento, como familia.

El apartamento constaba de un pasillito de entrada, a mano izquierda una puerta para entrar a una cocina pequeña, que detrás tenía una habitación pequeñísima y un aseo. Siguiendo el pasillito de entrada estaba el salón comedor. A su izquierda, dos dormitorios, con un baño intercalado y después del salón comedor una pequeña terraza. Antes de la boda, se pudo conseguir algo de pintura y pintar nuestro dormitorio.

En su segundo curso de optometrista, Lourdes comienza a realizar prácticas en el Hospital Calixto García, un buen centro que estaba funcionando desde mucho antes de la Revolución. Allí tuvo buenos profesores, porque aún quedaban de la “vieja escuela”, con conocimientos de la medicina norteamericana y gran experiencia. Se le daba bien, principalmente, la campimetría. Estuvo aquí hasta finalizar los estudios de Técnico Medio (Formación Profesional en Óptica). Seguía internada en la beca, pero en otra casa del Vedado, cerca del Teatro Amadeo Roldán y frente a un parque. Esta casa, como la del curso anterior, también había pertenecido a alguien que se había marchado del país. Las condiciones de higiene, comida, falta de agua, ambiente, eran las mismas que las de la anterior.

Los fines de semana, principalmente el sábado, Lourdes iba a casa de su tía “Macusa” (Juana Rosa, hermana de Marina), de su esposo “Mimo” (Elsa Roig) y el primo “Pepito” (José Elsa). Allí se daba una ducha decente, lavaba su ropa y comer algo distinto y bien cocinado. Y podía compartir con parte de su familia. Mimo estaba jubilado desde el principio de la Revolución: había sido telegrafista del Ejército de Cuba y, al llegar el nuevo régimen, lo licenció, como hizo con muchos funcionarios de los cuerpos del ejército y de la policía, aunque tuvieran capacidad y no hubieran estado relacionados directamente con ningún delito. Los comunistas no confiaban.

La otra tía de Lourdes que vivía en La Habana, “Neya” (Oneida González), hermana de Marina, se había marchado del país años antes, por el Puente Aéreo de Varadero- Miami, con su esposo Medardo y sus hijos “Medardito” y Sergio. No los conocí personalmente en Cuba, sino tiempo después en los EUA –no al esposo de Neya, porque había fallecido al poco tiempo de llegar a EUA. Esto hizo que Oneida tuvieran que “salir adelante” en un país extraño, sola con dos hijos pequeños. Medardo tenía una *bodega* que le expropiaron, como a todos en Cuba.

Por mi parte, también en septiembre, comencé el nuevo curso en la Facultad Obrera Campesina, mientras seguía trabajando en el Sanatorio de San Juan de Dios y viviendo con el padre Carlos Manuel, en la parroquia de Jesús del Monte.

Nuestra vida en La Habana continuó similar a como he referido en el capítulo anterior: algunas visitas a Lourdes entre semana, cuando me lo permitía el transporte y que eran pasar el tiempo básicamente en el parque frente a su internado. Los fines de semana a algún cine, si podíamos al teatro. Los domingos a la Iglesia y a alguna casa de amigos. Intentábamos reservar para almorzar o cenar en alguna cafetería o restaurante, lo que, como ya dije, era difícil y limitado.

Entre las visitas en La Habana, estaba la que hacíamos a casa de mi tío abuelo Francisco Guedes Fernández, la tía política Josefa “Fefa” Delgado y sus hijos Haydée, Silvia, Amalia y Rubén. En la casa vivía Amalia casada con Mario Salesa “el Polaco”, que había sido preso político, y su hija María Ángeles. Al lado vivían Silvia, casada con Israel Acosta, y sus hijas Isabel Cristina y Juliette. Rubén vivía en otro sitio. Nuestras visitas a casa del tío abuelo Francisco también eran una experiencia llena de amor, alegría y confianza, no sólo como familia, sino además en personas con valores, educadas y que pensábamos muy similar –en el contexto de Cuba, un valor añadido.

Durante todos estos años que vivimos en La Habana, primero de novios y después de casados, cada vez que había una ordenación de Diáconos temporales, sacerdotes o visitas de algún eclesiástico del extranjero, asistíamos a la misa o celebraciones en La Catedral. Así fue en el caso de la visita a Cuba del entonces Encargado de las Relaciones Exteriores del Vaticano (“Ministro de Exteriores”),

Monseñor Agostino Casaroli, en marzo de 1974. También asistíamos a algunas fiestas patronales en las iglesias de La Habana. En estas celebraciones nos encontrábamos con amigos de diferentes sitios de la Diócesis y ello era muy reconfortante, ya que los católicos practicantes no éramos muchos y siempre estábamos rodeado de un ambiente hostil, de propaganda sistemática, en medios de comunicación y centros de enseñanza o trabajo, en contra de la Fe —y por supuesto de otras convicciones morales e ideológicas.

La vida se te hacía difícil, vivíamos en un mundo de presiones, discriminaciones e hipocresía. Con el miedo real de dónde o cuándo podías pagar el precio de perder la carrera o el trabajo. Esta preocupación era común prácticamente para todos los cubanos: casi todos trabajaban para el estado. Se nos discriminaba de ciertos puestos de trabajo por ser creyentes practicantes. Por supuesto, sé que otras muchas personas, sin ser religiosas, sufrían también la marginación de responsabilidades, carreras o de determinados trabajos. Los cristianos además éramos mal vistos, un grupo de ciudadanos “de tercera categoría”, como los familiares y amigos de presos políticos o las personas que estaban esperando para marcharse del país.

El gobierno “bautiza” el año 1975 como Año del Primer Congreso (del Partido Comunista) y adopta con gran reticencia una reforma económica moderada similar a la que ensaya la URSS, que se va a conocer como Sistema de Dirección y Planificación de la economía (SDPE) —todo en Cuba lleva nombres esperpénticos, cuando no son de connotación militar, y todos llevan su versión en siglas. El SDPE consistía básicamente en descentralización de los mecanismos de toma de decisiones, incorporando algunas características de la economía de mercado e incentivos económicos. Siguiendo el modelo soviético, se entrega la economía a planificadores formados en la URSS (recordar que la economía del país la sustentaba la “ayuda soviética”), que aconsejan poner el acento en las remuneraciones materiales. Se permite entonces que los campesinos

propietarios que quedaron después de las expropiaciones puedan vender no solo a los ACOPIOS estatales, sino también cierta parte de las cosechas en Mercados Libres Campesinos, instrumentados a partir de 1976-1977. Con esto mejora notablemente el abastecimiento. Se permite también la práctica de ciertos oficios por cuenta propia, como peluquería o fontanería. Estas reformas que hicieron que mejoraran algunas cosas en el país, fueron eliminadas 10 años después, cuando Fidel Castro dio un cambio hacia la ortodoxia marxista-leninista.

Durante los primeros meses de 1975, visitó La Habana el padre Arnaldo Fernández, que fue Prefecto de Disciplina del Seminario, cuando yo entré. Pertenecía a la Diócesis de Santa Clara (Las Villas) y, como siempre hacía en esa época, se quedaba unos días en la parroquia de Carlos Manuel, en Jesús del Monte. Hablando con el padre Carlos y conmigo, sabiendo de nuestra preocupación para encontrar una vivienda y poder casarnos y vivir, se acordó de Eladia Iglesias y del Valle, una señorita mayor que vivía sola. Pensó ir a hablar con ella para ver si estaba dispuesta acogernos, aunque en ese momento no me dijo nada para no hacerme ilusiones, prefirió esperar a consultarlo con Eladia.

Eladia Iglesias, en su juventud y de adulta, trabajó con la Congregación de las Damas Catequistas en el Instituto Catequista Dolores Sopena. Llegó a ser directora de uno de sus colegios, antes de la Revolución. Cuando, en la década del 60, las Damas Catequistas tuvieron que abandonar Cuba, como la mayoría de las religiosas y religiosos, Eladia se quedó en la casa principal de las religiosas, que tenía la Congregación en el barrio de Miramar, para que no se perdiera, pensando que “quizás las cosas cambiarían pronto” y las religiosas podrían regresar al país. Eladia, para ello, abandonó su casa natal, donde se quedó viviendo su sobrina casada —luego esa casa familiar se perdió cuando la sobrina, que se llamaba Ana Lourdes del Valle, se marchó de Cuba.

Quizás con cierta ingenuidad, Eladia todos los días tocaba la campana de la capilla de la Congregación e intentaba abrir y cerrar las ventanas, tal como hacían las religiosas, para despistar a los vecinos haciéndoles pensar que todavía residían allí las religiosas de la Comunidad. Pero es seguro que los principales del gobierno —y los miembros del CDR que tenían que controlar la casa— estaban informados de lo que pasaba. Por eso, cuando al gobierno le convino apropiarse de esa casa, se lo dijo a la Iglesia: que retirara todo lo que había dentro que fuese religioso, porque iban a ocupar la propiedad. En el año 1969, estando yo en el Seminario, el Obispo de La Habana Monseñor Evelio Díaz designó al padre Arnaldo Fernández como encargado para sacar de la casa de las religiosas todo lo posible. Ahí es cuando Arnaldo lleva a un grupo de seminaristas para que le ayudasen con esto, y entre ellos fui yo. En ese tiempo fue cuando el padre Arnaldo estableció un contacto estrecho con Eladia.

Como Eladia se iba a quedar sin vivienda, porque su casa familiar se había perdido y ella en poco tiempo ya tenía que abandonar la residencia de las religiosas, había que buscarle donde vivir. El padre

En la calle del edificio, la 1ª Avenida, había unas siete casas chalets que estaban vacías. Habían pertenecido a personas que se marcharon de Cuba. Ya no tenían puertas ni ventanas, tampoco las piezas del baño (inodoro, bañera, lavamanos) ni todas las instalaciones de la cocina. Cuando llovía entraba el agua por todos los lados, la hierba había crecido dentro y la humedad impregnaba las paredes. Por todo el barrio de Miramar había decenas de casas en esa situación.

Arnaldo la acompañó a ver muchas casas que le ofrecía el gobierno, casi todas en malas condiciones. Como fueron varias y todas por el estilo, Eladia se iba cansando y en más de una ocasión estuvo por aceptar una cualquiera, pero Arnaldo le decía que no, y pedía que le ofrecieran algo mejor y con teléfono. Al fin apareció el apartamento (piso) de la calle 3ª, primera planta, letra A, entre 96 y 96 A, del barrio de Miramar, en el municipio Playa de La Habana —al que años después fuimos a vivir Lourdes y yo, cuando nos casamos. El edificio formaba dúo con otro igual que estaba al lado, y ambos pertenecieron a “Chicharito”, Alberto Garrido, hasta que el gobierno se los expropió. Garrido los tenía para alquilar, por estar en zona de playa, una de las que el régimen tendría como “zona congelada”: para vivir allí tenías que tener un permiso especial del gobierno. Pero una gran cantidad de casas estaban deshabitadas y estropeándose. La que controlaba todas esas “zonas congeladas” y las viviendas en general, era una señora del régimen llamada “Pastorita” Nuñez González, que dirigía el Instituto Nacional de Ahorro y Vivienda (INAV). Eladia tuvo que lidiar con ella y su oficina, que era la que designaba las casas de las personas que se habían marchado del país.

Alberto Garrido “Chicharito” fue un personaje cómico en la televisión cubana. Hacía el personaje vernáculo del negrito, y aparecía junto con otro actor, Federico Piñeiro, que hacía el del gallego, y se llamaba “Sopeira”. El dúo, muy conocido, era, pues, “Chicharito y Sopeira”. Otros programas cómicos eran los de Manela Bustamante “Cachucha” e Idalberto Delgado “Ramón”, que fingían ser un matrimonio excéntrico. Y el de Luis Echegoyen con su personaje femenino “Mamacusa Alambrito”. Ellos todos —menos Idalberto Delgado—, como muchos actores cubanos, se exiliaron al principio de la década de los 60.

En ese viaje que dio a La Habana, el padre Arnaldo, tal como había pensado, habló con Eladia para ver si ella estaba dispuesta

a aceptarnos a vivir en su apartamento. Eladia había acabado de pasar una mala experiencia con una madre y su hija que había acogido en su casa y, sobre todo la niña, habían tenido un comportamiento lamentable con ella. Después de mucho pensarlo y consultarlo con un sacerdote Dominico, el padre Domingo, de la Iglesia de San Juan de Letrán en el Vedado, Eladia decidió sacarlas. Hasta del CDR al que pertenecía la casa habían ido a advertirle que ella debería sacar a esas dos mujeres de allí, o de lo contrario el CDR tomaría cartas en el asunto.

A pesar de esa experiencia, Eladia tuvo la generosidad y corrió el riesgo de acogernos en su apartamento, como familia. También lo consultó con el padre Domingo. Fuimos a su casa para conocerla personalmente.

El apartamento constaba de un pasillito de entrada, a mano izquierda una puerta para entrar a una cocina pequeña, que detrás tenía una habitación pequeñísima y un aseo. Siguiendo el pasillito de entrada estaba el salón comedor. A su izquierda, dos dormitorios, con un baño intercalado y después del salón comedor una pequeña terraza. Antes de la boda, se pudo conseguir algo de pintura y pintar nuestro dormitorio. Quien hizo este trabajo fue Orlando Ojeda.

La parte de atrás de ambos edificios –los dos que eran iguales y que pertenecieron a “Chicharito”– daba para unos árboles de pino, después una calle (calle 1ª.) donde estaba el club Cubanaleco, hecho antes de la Revolución, al que con la expropiación cambiaron el nombre por Círculo Social Obrero (CSO) Otto Parellada. Al lado de este club, había otro que antes se llamaba Hijas de Galicia y ahora era el CSO José Luis Tassende; y como a dos *cuadras*, el antiguo Miramar Yacht Club, que ahora era el CSO Patricio Lumumba, exclusivo para el uso de militares del ejército cubano (FAR) y sus familiares.

Antes de la Revolución, toda la costa oeste de la Ciudad de La Habana, se llenó de clubes-balnearios, para bañarse en la playa y practicar deportes, instalaciones que tenían piscinas, cafeterías,

áreas de juegos, salones de baile... Estos clubes, pertenecían a sociedades y gremios con socios que los financiaban mediante el pago de cuotas mensuales. A partir del año 1959 fueron expropiados y le rebautizaron como Círculos Sociales Obreros y pasaron la administración de cada uno de ellos a las diferentes ramas de la Central de Trabajadores de Cuba (CTC), ahora el único sindicato, controlado por el estado. Con el pasar del tiempo se fueron deteriorando, y la mayoría están hoy abandonados. Cuando lo conocimos en el año 1975, que fuimos a vivir con Eladia, estaban muy estropeados, mal cuidados y con una administración ineficaz. Hasta la arena se había perdido en gran medida: la zona era de costa de piedras (como el Malecón) y la arena había sido traída de otras partes para convertirla en “playa artificial”. Había que ir reponiendo la capa superficial de arena, pero esto había dejado de hacerse desde que fueron nacionalizadas.

En la calle del edificio, la 3ª Avenida, había unas siete casas chalets que estaban vacías. Habían pertenecido a personas que se marcharon de Cuba. Ya no tenían puertas ni ventanas, tampoco las piezas del baño (inodoro, bañera, lavamanos) ni todas las instalaciones de la cocina. Cuando llovía entraba el agua por todos los lados, la hierba creció dentro de las casas y la humedad impregnaba las paredes. Por todo el barrio de Miramar había decenas de casas en esa situación. Algunas eran casas habitadas por personal de embajadas, algunos propietarios originales que no se habían marchado del país y otras las habían asignado a altos funcionarios del régimen.

Al principio de la década de los 60, a medida que se exiliaban las familias del barrio de Miramar, muchas de las casas las llenaban de jóvenes becadas que traían desde las provincias orientales para estudiar. En cada casa ubicaban a muchas becadas, prácticamente hacinadas. Muchas de ellas no habían visto casas de ese tipo, con baños y cocinas tan bien equipados. Destruían todo lo que encon-

traban. Como comenzó a faltar el suministro de gas en botellas para cocinar (el sistema que usaban esas casas), para poder preparar comida, las jóvenes lo que hacían muchas veces era fuego de leña en los patios de las casas y la leña la tomaban de la madera de ventanas y puertas de los chalets. En definitiva, al cabo de pocos años acabaron con las casas. Eladia fue testigo: al mudarse para allí a finales de 1969, todavía había becas en esa zona.

Cuando nosotros llegamos a ese barrio en el año 1975, ya esas casas estaban totalmente abandonadas. No pusieron a vivir allí a más becas. Esto mismo ocurre en los momentos que escribo estas líneas (año 2019), en otro barrio de playa del Este de La Habana, llamado Tarará. Una zona que en seis décadas pasó de ser un barrio residencial de personas de clase media y media alta a una escuela para maestros, un campamento de niños pioneros, un centro para internar afectados por la radioactividad de Chernóbil y un lugar para personas traídas desde Venezuela y otros países latinoamericanos para ser atendidos oftalmológicamente con dinero pagado por el chavismo. Actualmente, algunas decenas de casas se han convertido en una Villa turística para extranjeros. Pero lo más triste es que la mayoría de las zonas y casas de Tarará, en estos momentos están como aquellas de la 3ª Avenida de Miramar, las que encontramos cuando fuimos a vivir con Eladia: totalmente abandonadas, sin puertas ni ventanas, sin piezas de baño o de cocina, con humedad, con hierbas... 40 años después de nuestra experiencia en el barrio de Miramar, en Tarará se repite el abandono. Una cuestión de la patología del sistema comunista.

47

Día de boda

Los padrinos de nuestra boda religiosa fueron nuestros padres, Segundo Ojeda Alfonso y Eva Caritina Sánchez Ruiz. Los testigos, Rogelio Zelada, Manuel “Manolito” Ortega y Walfredo Piñera. El sacerdote que hizo de testigo principal en la boda –el que nos interrogó– fue el padre Carlos Manuel de Céspedes García Menocal. El padre Roberto Solana presidió la celebración de la Eucaristía. Ese día llovió y, como la Iglesia tenía desperfectos en el techo, se mojaba mucho dentro. Menos mal que empezó la lluvia después de comenzar la celebración y terminó cuando finalizamos la Eucaristía.

Pudimos planificar nuestra boda en la Iglesia de Jesús del Monte, para el viernes 18 de julio de 1975. Ese año Lourdes se graduó de Técnico Medio de Oftalmología.

En nuestra boda religiosa, fueron padrinos nuestros padres Segundo Ojeda Alfonso y Eva Caritina Sánchez Ruiz. Los testigos principales: Rogelio Zelada y Manuel “Manolito” Ortega –a quien luego ordenaron sacerdote. También firmó de testigo Walfredo Piñera.

Rogelio y Manolito habían sido compañeros míos del seminario. El sacerdote que hizo de testigo principal en la boda (el que nos interrogó) fue el padre Carlos Manuel de Céspedes García Menocal. Celebraron también la Eucaristía de la boda: el padre Roberto Solana, que la presidió, y los sacerdotes Vicente Abreu (fuimos compañeros del Seminario), José Miyares (Jesuita), René David (profesor del Seminario), Benigno González (párroco de la parroquia de La Virgen de la Caridad de La Habana), Julio Morales Gómez (también profesor del Seminario, lo habían ordenado ya mayor), Julian Viau (de los canadienses). Fueron acólitos los seminaristas (hoy sacerdotes) Carlos Piedra y Norberto López. Cantando en el coro estaba el padre Pedro García (“Pelli”) de la Diócesis de Matanzas. El padre Benigno participó en el intercambio de anillos.

La música y la dirección del coro estuvieron a cargo de Rogelio Zelada, que incluso hizo unas carpetas con los cantos y lecturas, para el seguimiento de la celebración. Conservamos una copia. Las lecturas las proclamaron Mayra y Heriberto Ortiz. Las ofrendas de pan y vino las llevamos nosotros y mutuamente nos dimos la comunión bajo las dos especies.

Ese día llovió y, como la Iglesia tenía desperfectos en el techo, se mojaba mucho dentro. Menos mal que empezó la lluvia después de comenzar la celebración y terminó cuando finalizamos la Eucaristía.

De la familia, además de nuestros padres y hermanos, estuvieron en la boda por la iglesia el 18 de julio la tía Barbarita González con su esposo Roberto Guerra, Macusa y Mimo con el primo Pepito y la tía María Ojeda.

En Cuba se dificultaba enormemente trasladarse y mucho más de una provincia a otra –no digamos si tenían que quedarse a dormir en algún sitio: si no había una familia o amigo que lo facilitara era muy difícil–, por ello la mayoría de nuestros familiares y algunos amigos, de los que no se habían marchado del país, que vivían en Unión de Reyes o en Jagüey Grande, no pudieron asistir ni a la boda religiosa, ni a la civil.

Ante la situación de que a Lourdes la iban a poner a trabajar en la provincia de Matanzas, porque era allí donde la habían concedido la beca (ya mencioné el tema antes), comenzamos a hacer gestiones en el Ministerio de Salud Pública (MINSAP), tanto en Matanzas como en La Habana. Resultó más fácil que en La Habana aceptaran que Lourdes fuera a trabajar allí, porque lo necesitaban, que Matanzas cediera. Ante el problema, hasta una tía mía, Uline Sánchez –la que se quedaba conmigo cuando yo era pequeño, mientras mami impartía las clases como maestra–, que en esa época estaba trabajando en la Ciudad de Matanzas y conocía a personas del MINSAP, hizo gestiones con conocidos para que “liberaran” (termino que usa el gobierno) a Lourdes. Mi tía lo logró y a Lourdes la ubicaron en el Hospital Diez de Octubre, en la calzada del mismo nombre, en el barrio del Cerro, en La Habana. Este hospital había sido antes de la Revolución, el hospital La Dependiente, de la antigua Asociación de Dependientes del Comercio.

Para poder ubicar a Lourdes en La Habana había que hacer muchas gestiones, como la inscripción en el Registro de Direcciones de la Vivienda, en el Registro del CDR de la *cuadra* o incluirla en la *libreta* de abastecimientos de Eladia, como parte del núcleo familiar. Como todo teníamos que hacerlo con anticipación, Lourdes fue ya a vivir con Eladia las semanas previas a la boda. Esas gestiones, y otras que tuvimos que hacer con el MINSAP, nos obligaron a adelantar la boda civil.

En Cuba hay que realizar la boda civil y religiosa en ceremonias independientes, aunque se hagan en el mismo día. No se pueden celebrar las dos en la Iglesia, con la dictadura comunista. Antes de la Revolución, el notario podía asistir a la Iglesia el día de la boda religiosa, y llevar a cabo allí mismo la civil. En Cuba, ya la República, desde 1902, había marcado una separación entre la Iglesia y el Estado y para los efectos legales debía tomarse la ceremonia civil. Bueno, que tuvimos que adelantar la boda civil para el día

Un amigo de la familia de Lourdes, sin decirnos nada, consiguió que le hicieran un cake para la boda —por supuesto, a través de conocidos o de contrabando. Nos lo dijo sólo al terminar la ceremonia, que fuéramos a su casa un momento con la familia para partir el cake y hacernos unas fotos. Lamentablemente, tuvimos que decirle que no, porque a su vez la señora del trabajador del hotel que nos había conseguido una reserva de dos semanas para la Luna de Miel en el Hotel Riviera, nos advertía constantemente que no podíamos tardar más, o de lo contrario su marido, que trabajaba en la *carpeta* (recepción), acababa el turno y con eso la posibilidad de acceso. Con gran vergüenza, tuvimos que rehusar la invitación del señor. Hasta Marina, la madre de Lourdes, no entendía muy bien por qué no íbamos allí, pero la realidad era que debíamos optar por la tarta o quedarnos quince días sin hotel y sin Luna de Miel.

9 de julio de 1975. Se celebró en la Notaria de la calle Tejadillo, en el barrio de Centro Habana, muy cerca del Arzobispado.

A esta boda civil del 9 de julio, además de nuestros padres y hermanos, asistieron, por la familia, la tía de Lourdes Macusa y su esposo Mimo, su primo Pepito, María Ojeda, Barbarita González y mis tíos abuelos Eloy Ruiz y Hortensia Boitel. De los amigos, entre otros, estuvieron el padre Roberto Solana y el seminarista Carlos Piedra (“Carlito”).

En Cuba, como casi todo está en falta, existe una cartilla de racionamiento hasta para los pocos productos que vendían a los que se iban a casar. Estos se despachaban en una tienda específica en cada provincia, según donde tuviéramos *la libreta* registrada. Teníamos que llevar *la libreta* y la documentación de la boda, entonces te daban derecho a comprar ciertas cosas, si las había en ese momento y si tenías el cupón correspondiente de la cartilla sin usar ese año. Por ejemplo, a nosotros nos correspondía comprar en esa tienda (La Casa de los Matrimonios) un par de zapatos, alguna camisa o pantalón, algún objeto para la casa, alguna toalla o sábana y poco más. Nunca se podía hacer un ajuar de boda, ni remotamente poder comprar las cosas necesarias para una familia. Los trajes de novia tenían que ser alquilados, no se podían comprar: así fue con el de Lourdes. En definitiva, si uno no tenía con quien vivir, y en esa casa no había ya un mínimo de condiciones, era prácticamente imposible casarse y vivir juntos. Otra solución para obtener las cosas de una casa, a no ser que fueras alto dignatario del gobierno o extranjero, era el contrabando o el robo.

Existía un problema añadido: como habíamos celebrado la boda civil el 9 de julio de 1975, para esa fecha es que el gobierno te autorizaba la compra del *cake*, refrescos, cervezas, el derecho del alquilar un *carro*, la posibilidad que te facilitaran un fotógrafo y la reserva de una semana en un hotel —el que te asignaran, porque en el mejor de los casos había pocas posibilidades para escoger, y con las condiciones que te pusieran. Todo eso lo perdimos y no pudimos hacer uso de ello para la boda religiosa, porque no la tenían en cuenta para esas reservas y venta de cosas.

Para la boda por la Iglesia el 18 de julio de 1975, tuvimos que buscar un fotógrafo que no era profesional: así, no se pudo garantizar la cantidad ni la calidad de las fotos. En cuanto a la Luna de Miel, conseguimos una habitación de un hotel, por quince días, a través de una señora que iba a la Iglesia, que su esposo trabajaba en la

recepción del hotel Riviera, construido antes de la Revolución en la calle Malecón con Paseo de La Habana. También nos vimos obligados de conseguir un *carro* para que nos llevara al hotel de la Luna de Miel. No habíamos pensado en fiesta, por las dificultades de conseguir las cosas, pero además porque teníamos que salir de prisa con la señora, después de la celebración, para llegar a tiempo al hotel, antes de que su esposo terminara el turno de trabajo de ese día, de lo contrario perdíamos la oportunidad de ocupar la habitación.

Un amigo de la familia de Lourdes, sin decirnos nada, consiguió que le hicieran un *cake* para la boda –por supuesto, a través de conocidos o de contrabando. Nos lo dijo al terminar la boda, que fuéramos a su casa, un momento con la familia para partir el *cake* y hacernos unas fotos. Lamentablemente, tuvimos que decirle que no, porque a su vez la señora del trabajador del hotel, me decía constantemente, que no podíamos tardar más, de lo contrario se

Estando al fin en el Hotel Riviera, conocimos en la piscina a Margarita, la esposa de Ricardo Alarcón de Quesada, que era el embajador de Cuba en las Naciones Unidas en aquel momento. Todos los días nos encontrábamos con ella en la piscina. Uno de esos días, el agua estaba en mal estado: Margarita llamó y limpiaron enseguida la piscina –cosa nada habitual en Cuba, donde todo es hecho, si acaso, con desidia. La señora nos hablaba de las compras en Nueva York, de sus zapatos que había traído de allí... Llevaban una vida privilegiada: pertenecían a “la nueva clase”, la élite del poder que ya estaba asignada.

perdía el hotel. Con gran *pena* (vergüenza), tuvimos que rehusar la invitación del señor. Hasta Marina, la madre de Lourdes, no entendía muy bien por qué no íbamos allí, pero la realidad era que debíamos optar por la tarta o quedarnos quince días sin hotel y sin Luna de Miel.

Estando en el Hotel Riviera, conocimos en la piscina a Margarita, la esposa de Ricardo Alarcón de Quesada, que era el embajador de Cuba en las Naciones Unidas en aquel momento, a la hija adolescente y una abuela de la hija. Cada vez que Ricardo Alarcón y su familia llegaban a Cuba, se hospedaban en un hotel. Todos los días nos encontrábamos con la señora en la piscina. Uno de esos días, la piscina tenía el agua en mal estado: inmediatamente Margarita llamó y limpiaron enseguida la piscina –cosa nada habitual en Cuba, donde todo es hecho con desidia, causada por la falta de estímulos. A su vez, en el restaurante del hotel veíamos desayunar o comer a su hija con la abuela. Era la adolescente la que firmaba los cheques. La señora nos hablaba de las compras en Nueva York, de sus zapatos que había traído de allí... Llevaban una vida privilegiada: pertenecían a “la nueva clase”, la élite del poder que ya estaba asignada.

Mientras estábamos de Luna de Miel, enfermó gravemente Armando Calderón, con quien trabajaba en el Sanatorio de San Juan de Dios. Lo ingresaron en el hospital Calixto García y allí fuimos a verlo, Lourdes y yo. Falleció joven, del Síndrome de Guillain Barre.

Después de hospedarnos en el Hotel Riviera por esos quince días, conseguimos otra habitación por una semana en el Hotel Nacional, construido desde 1930. Esto fue a través del esposo de una amiga, Margarita, del pueblo de Torriente. Cuando pasaron esos días nos marchamos una semana a Jagüey Grande.

Cuba exporta carne de cañón

Cuba es un país relativamente pequeño y se suponía que el ejército comunista se había organizado para defenderse del ataque del gigante que era el “imperialismo yanqui”. Sin embargo, el país llegó a tener entre el sexto y noveno ejército del mundo, mayor que el de Brasil, Canadá o España. En Cuba, un gobierno que es incapaz de producir en sus granjas colectivas malanga, logra superproducción de soldados. Cuando Castro llegó al poder prometió: “convertiremos los cuarteles en escuelas”. Al principio, como tantas otras cosas que hizo para embaucar y ganar adeptos, convirtió efectivamente algo más de 60 cuarteles de la dictadura de Batista en escuelas. Pero terminó entrenando todo un país militarizado, con una población entera que podía convertir en un ejército a conveniencia.

Al regresar a La Habana, yo continué trabajando en el Sanatorio de San Juan de Dios y estudiando en la Facultad Obrera Campesina. Lourdes comenzó a trabajar en el hospital Diez de Octubre. A pesar

que el MINSAP la había autorizado para trabajar en La Habana porque se suponía que hacía falta un optometrista, Lourdes se pasó un año entero sin contenido de trabajo en el hospital. Pasaba ocho horas diarias sentada en la recepción del departamento de Oftalmología. Al año de estar allí, le dieron contenido de trabajo. Esto no es raro en Cuba, ni en los países comunistas, por la ineficacia, la burocratización, la falta de estímulo, la mala planificación que campan a sus anchas.

Nosotros no habíamos pertenecido, ni participado, de las actividades en los CDR de nuestros pueblos, por varias razones. Porque nuestras familias no pertenecían —eran de las pocas que se atrevían. Porque aún no teníamos un estudio universitario, ni un trabajo de cierta responsabilidad que lo exigiera. En el caso de Lourdes, había estudiado los dos últimos años becada en La Habana y eso diluía la pertenencia y actividad en el CDR de su casa de Jagüey Grande. En mi caso, porque desde muy pronto estuve fuera de casa, desde los 17 años comencé en la Escuela Pedagógica internado y después en el Seminario en La Habana, y pasaba más inadvertida la no asistencia a estas actividades.

Al ir a vivir con Eladia, tuvimos que trasladar la dirección de la cartilla de abastecimientos en la OFICODA: ir con ella al Registro de la Vivienda para inscribirnos allí y, por su supuesto, en el libro Registro de Direcciones del CDR. Aquí en la nueva dirección, ambos nos incorporamos para pertenecer al CDR de la *cuadra*. Lourdes debía evitar más problemas en su trabajo en el hospital y yo, si quería estudiar en la Universidad, era la mínima organización que tenía que pertenecer. Todos los trabajos y centros de enseñanza de Cuba reciben información de los CDR y estos siempre saben dónde uno estudia o trabaja. Lourdes se integró además en la FMC, ya que las mujeres tenían que pertenecer al menos a estas dos organizaciones si no querían problemas en sus centros de trabajo o estudio. Hay que destacar que éramos nuevos para todos estos

vecinos y vivíamos en una calle y en dos edificios que estaba plagados de personas muy integradas al gobierno: varios militantes del PCC, militares y miembros de la Seguridad del Estado. Es decir, estábamos rodeados de muchos comunistas dispuestos a todo.

Puerta con puerta con nosotros teníamos una familia: ella se llamaba Lourdes Veiga, su mamá, sus hijos y su esposo. Este señor, miembro del PCC, al poco tiempo de estar nosotros viviendo ahí, desapareció. No decían dónde estaba. Al cabo de los meses supimos que se encontraba recibiendo entrenamiento militar, como parte de la reserva militar, para ir a la guerra de Angola. De hecho, fue. Al principio, en Cuba no se hablaba oficialmente de la participación de Cuba en esa guerra: después lo expresaban abiertamente, y lo destacaban.

El régimen apoyó al Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA) fundado por Agostinho Neto. Este movimiento era abastecido y financiado por los soviéticos y los cubanos. En Angola había otro ejército irregular, la Unión Nacional por la Independencia Total de Angola (UNITA), bajo el mando de Jonas Savimbi, que recibió ayuda de China comunista y luego de Sudáfrica. También tenían allí el Frente Nacional para la Liberación de Angola (FNLA), creado por Holden Roberto, el más pequeño de esos ejércitos, respaldado por la CIA de Estados Unidos y por China comunista. Sudáfrica temía la instalación de un régimen comunista en la región. La URSS, China y EUA buscaban influencia en el Atlántico Sur. El régimen cubano (y particularmente Fidel Castro) se siente la punta de lanza de la causa comunista en el Tercer Mundo, y procuran la gloria de una gran victoria militar. Cuba es un pequeño país, pero desarrolla una política exterior imperialista de gran potencia. El régimen utilizó la coartada de que parte de la población de Cuba provenía de ese continente: un débil pretexto. También el régimen cubano mandó soldados a Yemen y en Cuba apenas hay árabes o musulmanes. Tampoco es cierta la excusa de

que enviaron tropas a África para evitar el atropello de los racistas sudafricanos blancos. No fue más que una excusa: eso se verá en Etiopía, a continuación (1977-1978), cuando el ejército cubano derrote a unos negros en beneficio de otros. Fidel Castro tenía en La Habana una sala especial de guerra, llena de mapas y parafernalia, desde donde dirigirá las batallas. Cuba intervino militarmente también en Mozambique y Namibia. Hasta en la guerra del Yom Kippur, los israelíes descubrieron en el frente sirio una brigada de tanquistas cubanos.

A partir de 1975, Cuba trasladó unos 70.000 hombres a Angola, en la llamada Operación Carlota, cifra que después se estabiliza con unos 40.000 soldados y 6.000 civiles, que permanecen en ese país durante unos 16 años. Se calculan que los cubanos sufrieron miles de bajas. Muchos quedaron enterrados en Angola. Años más tarde, el régimen regresa a los cadáveres, al menos los que la dictadura reconoce. Los soldados cubanos no solo eran militares de profesión: el grueso de las tropas estaba formado por jóvenes del SMO –los que se negaban a ir los llevaban a prisión– y miles de civiles de hasta 45 años, que formaban parte de la reserva militar después de haber cumplido el SMO. Enviaban a profesionales y técnicos civiles: médicos, dentistas, ingenieros, laboratoristas, profesores. Los que se negaban tenían consecuencias en sus trabajos, si ocupaban algún cargo de responsabilidad, sus hijos debían afrontar contratiempos en sus carreras y muchas otras represalias. Muchos, atrapados en la red de ese sistema, eran incapaces de decir que no. Otros por supuesto, estaban convencidos que cumplían una “misión internacionalista” por la Revolución y en beneficio de esos países.

José Ojeda, “Pepín”, el hermano de Lourdes, que ya había hecho el SMO y estaba en la reserva militar, fue citado en esos meses, en Jagüey Grande, para que concurriera a un encuentro con fun-

El gobierno cubano, y particularmente Fidel Castro, se alió activamente con las campañas militares de la URSS. Los soldados cubanos servían de “carne de cañón” y los soviéticos ponían armamento, petróleo y dinero. En su momento cumbre, cuando la URSS los financiaba, los armó hasta los dientes con más de 70.000 toneladas anuales de equipos y municiones. Entonces, Cuba contabilizaba, según algunos cálculos, unos 225.000 soldados y oficiales de infantería, más de 190.000 reservistas, 500.000 milicianos, 1.400 tanques de guerra, 4 submarinos, 400 aviones y helicópteros de combate.

cionarios del ejército y allí le dijeron que sería llamado para el entrenamiento para ir a la guerra de Angola. Pepín se negó. En la entrevista le dijeron de todo: que “era un burgués hijo de un explotador” y que esa negativa “tendría consecuencias para él”. A Pepe, ya terminado el período reglamentario de SMO, lo habían llevado dos meses más a cortar caña de azúcar a la provincia de Camagüey: contaba cómo el agua le daba por encima de los tobillos mientras trabajaban en el campo. Cuando cumplió el SMO y los dos meses de trabajo en la caña, al llegar al pueblo de Jagüey Grande, el único trabajo que le ofrecieron fue obrero de la construcción, a través del Ministerio de la Construcción (MICONS). Después estudió (1972-1973) para tornero, como técnico medio (ciclo profesional medio) en el pueblo de Colón y pudo trabajar un poco en eso, porque lo habían dejaron excedente sin trabajo. El estado le facilitó un empleo en los almacenes de ACOPIO del pueblo. Ahí estuvo hasta que años después, en 1982, se pudo ir del país. Pepín nunca llegó ni a pertenecer al CDR. Siempre fue re-

nente al régimen, además de católico y eso hizo que lo estuvieran castigando con los peores trabajos.

Cuba es un país relativamente pequeño y se suponía que su ejército se había organizado para defenderse del ataque del gigante que era el “imperialismo yanqui”, como constantemente repite la propaganda. Sin embargo, el país llegó a tener entre el sexto y noveno ejército del mundo, mayor que el de Brasil, Canadá o España. En Cuba, el gobierno es incapaz de suministrar o producir en sus granjas colectivas malanga, pero hay superproducción de soldados. Cuando Fidel Castro llegó al poder prometió: “convertiremos los cuarteles en escuelas”. Al principio, como tantas otras cosas que hizo para embaucar y ganar adeptos, convirtió efectivamente algo más de 60 cuarteles de la dictadura de Batista en escuelas. Pero terminó creando todo un país militarizado, una población entera que podía convertir en ejército. El número de unidades militares y cuarteles es hoy infinitamente mayor al que había antes que llegaran al poder.

En su momento cumbre, cuando la URSS los financiaba, los armó hasta los dientes, con más de 70.000 toneladas anuales de equipos y municiones. Entonces, Cuba contabilizaba, según algunos cálculos, unos 225.000 soldados y oficiales de infantería, más de 190.000 reservistas, 500.000 milicianos, 1.400 tanques de guerra, 4 submarinos, 400 aviones y helicópteros de combate.

El régimen comunista cubano, y particularmente Fidel Castro, comenzó su “misión internacionalista” invasora mucho antes, cuando, en abril de 1959 envió la primera guerrilla a otro país latinoamericano: una expedición lanzada contra Panamá que terminó en un desastre. En el verano de 1959 desembarcan unos guerrilleros cubanos en Nicaragua, mientras otros comienzan la subversión en Venezuela, que tenía un gobierno democrático. Estos ejemplos demuestran que Cuba no interviene en otros países

como respuesta a las agresiones yanquis en medio de la Guerra Fría”, ni para liberar a los pueblos de gobiernos dictatoriales. Las intervenciones de Cuba comunista, de diferentes intensidades y modalidades, comenzaron en 1959 y, durante las dos décadas siguientes, llegaron a República Dominicana, Colombia, Perú y Argentina, apoyaron las tiranías de Idi Amín en Uganda o la de Francisco Macías en Guinea Ecuatorial. Se alió y apoyó a terroristas como los tupamaros uruguayos. Bolivia con la guerrilla del “Che” Guevara (aunque con poco apoyo de Fidel Castro en este caso, como se deduce del propio *Diario del Che en Bolivia*). En 1979, apoyó al Movimiento de la Nueva Joya de Maurice Bishop, en la isla caribeña de Granada, con tropas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) bajo la jefatura del coronel Pedro Tortoló. En julio de 1979 la presencia de militares cubanos en la Nicaragua sandinista era ostensible –el apoyo cubano fue grande y fundamental para el triunfo de la Revolución guerrillera que, siguiendo el ejemplo castrista, muy pronto se traicionó para “comunizarse”. El gobierno cubano, y particularmente Fidel Castro, se alió activamente con las campañas militares de la URSS. Los soldados cubanos sirven de “carne de cañón” y los soviéticos ponen armamento, petróleo y dinero. Castro se siente el “Napoleón del Caribe” y la URSS ve Cuba como un portaaviones para intervenir en América Latina y presionar directamente a los EUA en su zona de influencia. Castro y el régimen apoyaron la invasión soviética a Afganistán en 1979. Cuba, el “país pequeño” que en un momento se había proclamado defensor y líder del Tercer Mundo “no alineado” y oprimido entre el conflicto de las grandes potencias explotadoras, estaba asimilado y servía de ejecutor a los planes expansionistas del Imperio comunista soviético.

49

Evita universitaria

Para llegar a hablar con el viceministro de Educación, Evita usó una artimaña: con atrevimiento, anunció que tenía una carta que entregarle, de parte del Director de Medicina Veterinaria. Era cierto que tenía una carta de quien decía, pero estaba dirigida a otra persona de la Universidad. Cuando el viceministro comenzó a leer la carta le dijo lo obvio: “pero esta carta no va dirigida a mí.” Evita se sinceró y le dijo que era la única forma que había encontrado para que la recibiera. Le explicó su vocación por las Letras y muchas más cosas. Aunque le decían que, según los reglamentos, ella no tenía derecho de estudiar una de las carreras de Letras, le soltó, envuelta en la conversación, que a veces las leyes no se cumplen o se hacen excepciones.

Evita había hecho un año (1974-1975) de Veterinaria. Como dije antes, parecía casi imposible que consiguiera un traslado a una carrera de Letras. Oficialmente, se necesitaban dos años para que te dejaran cambiar de carrera, si consideraban correcto y había plazas.

Tampoco tenía esperanza del traslado, porque Veterinaria era una carrera de Ciencias y había que cambiar, en todo caso, a otra de su propia rama. A pesar de ello, como dice mi hermana, “Dios estaba ahí ayudándola”. Pidió una entrevista personal con el vicerrector de la Universidad de La Habana, Dr. Carlos García. Habló con él, que estuvo muy amable con ella. Después fue a una “entrevista” con el viceministro de Educación. Para llegar a hablar con él usó una artimaña: con atrevimiento, anunció que tenía una carta que entregarle, de parte del Director de Medicina Veterinaria. Era cierto que tenía una carta de quien decía, pero estaba dirigida a otra persona de la Universidad. Cuando el viceministro comenzó a leer la carta le dijo lo obvio: “pero esta carta no va dirigida a mí.” Evita se sinceró y le dijo que era la única forma que había encontrado para que la recibiera. Le explicó su vocación por las Letras y muchas más cosas. Aunque le decían que, según los reglamentos, ella no tenía derecho de estudiar una de las carreras de Letras, le soltó, envuelta en la conversación, que a veces las leyes no se cumplen o se hacen excepciones. Finalmente, logró que la autorizaran a matricular la carrera de Literatura Hispánica: la que ella quería, Historia del Arte, no pudo ser, entre otros motivos porque ese año no admitieron a nadie. La habían cerrado por ese curso. Pero al menos comenzó una de Letras en el curso 1975-1976.

Le indicó el vicerrector que pasara unos test mentales, para saber si era su vocación y si tenía capacidad para estudiarla. En las siguientes semanas, a Evita, en la Facultad de Letras le hacen “la entrevista” que nosotros los cubanos llamamos el “cuéntame tu vida”. La *planilla* (una especie de instancia esencialmente política) la rellena casi siempre un militante de la UJC. Te preguntan por las organizaciones políticas a que perteneces —lo que menos puedes hacer estar afiliado a los CDR y, en el caso de las mujeres, también a la FMC, que son agrupaciones no selectivas. Otras preguntas son: si te escribes con un familiar en el extranjero, si tienes familiares presos, si tienes creencias religiosas y si las practicas, los estudios o trabajos que has hecho, los centros donde has estado, tus

intereses... Esta *planilla* se adjunta al expediente estudiantil que tienes desde preescolar. Si lo consideran, verifican tus respuestas con el CDR a que perteneces, con la Seguridad del Estado, compañeros de la UJC que te conozcan, etc.

Aquí puedo intercalar un resumen y una reflexión sobre los controles del “Gran Hermano Estado”, que son prácticamente totales y asfixiantes, lo que explica la casi imposibilidad de sublevarse, protestar u organizarse como oposición, y también trae como consecuencia el sometimiento de las personas, la “dobleza”: dicen y hacen una cosa; piensan y sienten otra. Explica el daño antropológico a la persona, que aprende hábitos negativos como la mentira, el robo, la desidia, la falta de compromiso.

En el relato de mi vida he ido contando distintos métodos de control del aparato del estado sobre la población:

- cartilla de racionamiento de la OFICODA
- registro y controles del CDR
- Carnet de Identidad
- Expediente de Trabajo
- Expediente Estudiantil
- los núcleos de la UJC y PCC que hay en todos los centros de trabajo, estudio y unidades militares
- las administraciones de todo o casi todo el sector económico, social, cultural, medios de comunicación, transporte, trabajos y escuela, que están en manos estatales
- la mayoría de la población que se obligada a pertenecer a organizaciones políticas de masa: CDR, FMC, Pioneros, FEEM, FEU, ANAP, CTC
- el inmenso aparato militar, policial y de la Seguridad del Estado

A partir de la *planilla* para ingresar en la Universidad, se dan cuenta que mi hermana es católica, por eso estuvieron a punto de

sacarla de la carrera, cuando ya en la práctica la habían admitido. Evita se enteró más tarde, con una amiga, que habían barajado esa posibilidad. Finalmente la dejaron matricular, pero enseguida le pusieron un “padrino” militante de la UJC y la integraron en el Plan de Preparación de Ingreso a la UJC (PPI). El protocolo consistía en tratar de convencerla y prepararla con formación comunista e ideológica para entrar en la organización: en el caso de mi hermana el objetivo principal era tratar de convencerla de la

A partir de la *planilla* “cuéntame tu vida” que le llenan para adjuntar al Expediente Escolar, se dan cuenta que mi hermana es católica, y por eso estuvieron a punto de sacarla de la carrera, cuando ya en la práctica la habían admitido. Evita se enteró más tarde, con una amiga, que habían barajado esa posibilidad. Finalmente la dejaron matricular, pero enseguida le pusieron un “padrino” militante de la UJC y la integraron en el Plan de Preparación de Ingreso (PPI) a la UJC. El protocolo consistía en tratar de convencerla y prepararla con formación comunista e ideológica para entrar en la organización: en el caso de mi hermana el objetivo principal era tratar de convencerla de la falsedad de la Fe. Evita supo rebatir al joven militante comunista sus argumentos y no se sabe cómo, ni por qué, al cabo de un tiempo la dejó tranquila. Sobre todo, después de una de las respuestas que ella le dio, una explicación sobre Jesús y el monoteísmo.

falsedad de la Fe. Evita supo rebatir al joven militante comunista sus argumentos y no se sabe cómo, ni por qué, al cabo del tiempo la dejó tranquila. Sobre todo después de una de las respuestas que ella le dio, una explicación sobre Jesús y el monoteísmo.

Mi hermana estuvo estudiando hasta el año 1980, que se graduó de Literatura Hispánica. Durante todo este tiempo vivió internada en una *beca* en un edificio del reparto Vedado, en la calle F y 3ª. También durante todos los años de la carrera cantó con grupos musicales de la Universidad en los Festivales organizados por la Juventud Comunista, aunque ella no pertenecía a la UJC, como vimos, solamente a la FEU, lo que era obligatorio para todos los universitarios. Actuó cantando en el Teatro Julio Antonio Mella. Incluso un año de la carrera la eligieron una de las “Alumnas Vanguardia”, porque había alcanzado el máximo en las notas y porque iba a los “trabajos productivos” o “voluntarios” —ese curso fue al campo llevando unas botas que se le calaban con el agua y pasando tremendo trabajo. Todos los años, en las escuelas de Cuba nombran “Alumnos Vanguardias”, al igual que en los trabajos a “Trabajadores Vanguardia”, si cumplen sus metas y además asisten a los “trabajos voluntarios” y actividades políticas como los “círculos de estudio”, concentraciones con discursos de los dirigentes, recibimientos de cualquier personalidad extranjera. En definitiva, en todo aquello que organice el estado a través de sus organizaciones y siempre orientados por el PCC.

Orlando Ojeda comenzó su carrera de bioquímica en La Habana, en el año 1974, con 27 años, y terminó en 1979. A él por fin no le dejaron estudiar Medicina y por eso tuvo que solicitar Bioquímica. La manera de evitar que estudiara la carrera de Medicina fue que, estando en la administración de la Clínica Dental de Colón (pueblo de Matanzas cercano a Jagüey Grande), cuando tuvo oportunidad

de pasar a técnico de Nefrología en el Hospital de Colon, no lo autorizaron y lo pusieron en el almacén de medicamentos de Colón. Para que te dejaran estudiar Medicina estando en el Preuniversitario de la Facultad Obrera Campesina, tenías obligatoriamente que estar trabajando como técnico medio de algo relacionado con el campo sanitario: enfermero, auxiliar sanitario o algo que requiriera un nivel de estudio similar. Trabajar en el almacén del Hospital era un puesto meramente administrativo. Le cerraron las puertas, porque Orlando no se había prestado a trabajar para la Seguridad del Estado como delator o infiltrado.

A Orlando, después de salir del campo de concentración de la UMAP, años antes, lo habían expulsado de un trabajo en Correos de Jagüey Grande por ser católico practicante: consideraron que trabajar en Correos era ocupar un puesto “sensible” desde el punto de vista político. Le permiten trabajar como administrativo en el Consolidado de piezas de repuesto de automóviles en su pueblo. De aquí fue que pasó a trabajar en Colón.

Orlando estuvo internado como becado en el Vedado en un edificio de apartamentos, de muchas plantas, similar y cercano al de mi hermana, en 12 y Malecón. Tenía, al igual que todos los estudiantes universitarios entonces, una disciplina semi militar, con organización en destacamentos y brigadas. Hacían guardias de noche en el edificio, tenía que ir a los trabajos “productivos” o “voluntarios”, los círculos políticos, las concentraciones en las plazas o el recibimiento de dignatarios extranjeros. La comida era pésima, con las bandejas grasientas y mal lavadas. Los ascensores del edificio se estropeaban a menudo y a los que vivían en plantas altas, no les quedaba más remedio que subir por las escaleras 10, 15 o más pisos. Otro problema constante era la falta de agua: el motor que la impulsaba tantos pisos, sin recibir mantenimiento adecuado, se rompía mucho. Y cuando funcionaban los motores, no siempre había suministro de agua: llegaba durante unas dos

horas al día. Tenían que subir por las escaleras el agua en depósitos de lata o en cubos, que se llenaban abajo con una manguera. El agua quedaba fría o tenían que calentarla con los “calentadores” de latas que en otro momento he descrito. Nunca salía el agua del grifo (la *llave* decimos en Cuba). Muchas veces los “calentadores” hacían saltar los fusibles.

La higiene de los baños era nula: la pestilencia, la cantidad de orina y de defecación que rebosaba en los inodoros era tremenda, por la falta de agua corriente. Los alumnos iban muchas veces a defecar a los baños públicos de la recepción del Hotel Riviera. Algún alumno manifestaba, cuando terminaban de cenar: “caballero, vamos a cagar al Riviera”. Orlando cuenta esta anécdota. Una vez un compañero llegó a la beca preguntando: “¿ya hicieron la reunión del mojón?”. Se refería a que la dirección de la beca quería que estuvieran limpios los baños y que buscaran el agua como sea. Si hacían alguna defecación, que tantas veces no es planeada, muchas veces se encontraban que no tenían el agua que le diera curso sanitario y no querían subir todos los pisos cargando el cubo de agua, y ahí quedaba. Entonces convocaban una reunión con los becados para saber quién fue el sucio culpable. De ahí lo de “la reunión del mojón”.

Otra expresión de los alumnos era “morir mirando el mar”: el comedor, que estaba en el último piso, tenía una vista preciosa del mar; pero la comida que daban era horrible, podía acabar con uno.

Durante algunos años, la Universidad tuvo media jornada de estudio por la mañana y media por las tardes de trabajo. Los compañeros de Orlando iban a alguna fábrica, pero él no tuvo que ir a la fábrica. Como antes, en Jagüey Grande, trabajó 10 años de oficinista, la vicedecana de la Facultad de Bioquímica, lo tenía como mecanógrafo en su oficina. A partir del tercer curso de la carrera, el trabajo se hacía en algún laboratorio. Orlando fue al del Hospital Manuel Fajardo (antes Hospital Nuestra Señora de las Mercedes).

Después que le hicieran la entrevista “cuéntame tu vida” para el expediente estudiantil, Orlando se dejó de escribir con la familia de EUA. Recordemos que un punto problemático era si te pillaban en eso. El contacto pasó a ser indirecto, a través de la correspondencia de sus padres y tíos.

Estos dos edificios del Vedado, el internado de mi hermana y el de Orlando, fueron construidos antes de la Revolución, como apartamentos para vender o alquilar. Eran muy bonitos, con cocina, dos baños, buena ubicación, buenas vistas. El régimen los estaba deteriorando, al poner allí a vivir tantos becados, con los desastres con el agua corriente y los ascensores, se acumulaban el déficit de higiene con la falta de limpieza y de mantenimiento.

A Evita y Orlando les tocaron unos años de Universidad, durante lo que conocemos como “la parte baja de la curva para religiosos”, cuando ya las purgas para los creyentes eran menos. Esto no era así para los homosexuales o los que consideraban “raros” por sus manifestaciones externas: la forma de vestir, de arreglarse el cabello, por sus expresiones que los hacían fáciles de detectar. Convocaban una “Asamblea Comunista” con los dirigentes del PCC y de la UJC y con todos los alumnos y eran expulsados con escarnio público y usando los más variopintos y absurdos argumentos.

Como Orlando entró con 27 años, ya no estaba en edad para el proceso de Preparación para Ingreso (PPI) para la Juventud Comunista, pero eso no lo eximió de que alguna profesora o compañero de la UJC intentara decirle algo que lo provocara o molestara, pero ya no le pusieron un “padrino” como a Evita y no le iniciaron el proceso del PPI.

Parte Sexta

Escenas de un matrimonio

50

Cultivar la Fe

Desde que nos casamos, salvo raras excepciones, diariamente, cada vez que vamos a dormir al término del día, Lourdes y yo oramos juntos dando gracias al Señor por el día vivido. También oramos en el momento de ingerir los alimentos, pidiendo su bendición y dando gracias al Señor por lo bienes que tenemos, los que los han preparado y que nosotros procuremos alimentos a aquellos que tienen menos. La oración diaria y la participación en la Eucaristía, al menos la dominical, es vital para el cristiano, aparte de la participación en otros sacramentos y en la vida comunitaria de la iglesia. Para mantener la Fe viva, superar nuestras dificultades, pedir perdón por nuestros pecados, dar un pleno sentido a nuestras vidas, es necesario que nos alimentemos con la oración, los sacramentos y con la comunidad eclesial. Como sería imposible nuestra vida biológica y social si no nos alimentamos, compartimos con los demás y nos desarrollamos con nuestro esfuerzo y trabajo.

Cuando empezamos a vivir en casa de Eladia, después de casados, comenzamos asistir a la iglesia de San Agustín en la calle 35, en el barrio de Playa, cerca de Miramar. Esta no era la parroquia que nos correspondía por cercanía, pero nos pidieron que fuéramos allí para ayudar. Su párroco, el padre Luis Domínguez, tenía dificultades de salud. Allí nos encontramos con un buen grupo de laicos jóvenes, con los que nos reuníamos después de cada misa dominical. Entre ellos estaban: Ana María y su hermana Clara, Abelardo, Melchor, Gisela (a quien tiempo después metieron presa junto a una tía suya), Amparo Childs. También conocimos al Dr. Childs, que después de nacer Beatriz fue su pediatra, durante todo el tiempo que vivimos en Cuba. Orlando Ojeda comenzó a ir regularmente y, en ocasiones, mi hermana, que ese año había comenzado la carrera de Literatura Hispánica en La Habana.

A San Agustín comenzó a asistir, para colaborar como sacerdote, Monseñor Sambí, que había llegado unos meses antes a la Nunciatura Apostólica como Secretario. La Nunciatura estaba cerca de la parroquia. Con el padre Sambí tuvimos una estrecha relación, y volverá a aparecer más adelante. A esta parroquia estuvimos asistiendo durante un año, hasta que nació Beatriz y las dificultades de transporte imposibilitaban nuestro desplazamiento hasta allí.

Desde que nos casamos, salvo raras excepciones, diariamente, cada vez que vamos a dormir al término del día, Lourdes y yo siempre oramos juntos dando gracias al Señor por el día vivido. Pedimos que nos perdone nuestras ofensas e incluimos en las plegarias aquellas necesidades o personas que lo requieran de una manera especial. También oramos en el momento de ingerir los alimentos pidiendo su bendición y dando gracias al Señor por lo bienes que tenemos, los que los han preparado y que nosotros le procuremos alimentos a aquellos que tienen menos. La oración diaria y la participación en

la Eucaristía, al menos la dominical, es vital para el cristiano, aparte de la participación en otros sacramentos y en la vida comunitaria de la iglesia. Para mantener la Fe viva, superar nuestras dificultades, pedir perdón por nuestros pecados, dar un pleno sentido a nuestras vidas, es necesario que nos alimentemos con la oración, los sacramentos y con la comunidad eclesial. Como sería imposible nuestra vida biológica y social si no nos alimentamos, compartimos con los demás y nos desarrollamos con nuestro esfuerzo y trabajo.

Monseñor Pietro Sambí (por título Monseñor, porque aún no era Obispo en ese momento, sino años más tarde) llegó a Cuba en el año 1974 y terminó su servicio en la Nunciatura Apostólica en el 1978. Era un magnífico sacerdote, activo, franco, determinante, atento, sonriente, con buen carácter, de gran simpatía y “poco diplomático”, a pesar de que su servicio era de diplomático. Coincidió en la Nunciatura con Monseñor Mario Tagliaferri, el Pronuncio del Vaticano. Era Pronuncio (embajador), porque la Iglesia llama Nuncio solamente cuando es el Decano del Cuerpo Diplomático en el país, pero el régimen cubano no reconoce al embajador del Vaticano como decano. El gobierno no admite la tradición occidental, que viene desde el Congreso de Viena de 1815, y sólo le permite al embajador ser el Decano del Cuerpo Diplomático si es el más antiguo de los diplomáticos en el país. Mario Tagliaferri estuvo en Cuba desde 1975 hasta 1978, y fue muy querido por todos los de la Iglesia. Un gran pastor, sencillo, cercano al pueblo, amable, hacía incansables visitas pastorales por toda la isla. En una ocasión visitó la parroquia de Jagüey Grande: fuimos con él en su coche, que conducía personalmente. El gobierno no lo veía con buenos ojos, ya que era firme. Obtuvo la libertad del sacerdote franciscano Miguel A. Loredó, gestionada antes por su antecesor Cesare Zacchi. Monseñor Tagliaferri, en su labor apostólica apoyó al Episcopado en la recuperación de su papel rector de la Iglesia cubana. La Conferencia Episcopal Cubana asumió sin intermediarios la

dirección de la Iglesia, pues Monseñor Tagliaferri se limitó en sus funciones diplomáticas a una distante relación con el Gobierno.

Aproximadamente en el mes de noviembre de 1975 supimos que Lourdes estaba embarazada. Entonces fue al Policlínico que nos correspondía por la zona y la derivaron al ginecólogo. Una de las preguntas que le hizo el médico fue si lo iba a tener o quería abortar. Esto le causó a Lourdes una sorpresa, al ver con qué ligereza trataban la vida humana y las facilidades que daban para abortar. No es que la paciente lo pidiera: ya lo ofrecían directamente. Sabíamos la enorme cantidad de abortos que se estaban haciendo en Cuba a jóvenes adolescentes. La interrupción del embarazo se usa en la práctica como método anticonceptivo. En la calle donde vivíamos con Eladía, había una vecina casada que me dijo que se había

Aproximadamente en noviembre de 1975 supimos que Lourdes estaba embarazada. Fuimos al Policlínico, y una de las preguntas que le hizo el ginecólogo fue “si lo iba a tener o quería abortar”. Esto le causó a Lourdes una sorpresa, al ver con qué ligereza trataban la vida humana y las facilidades que daban para abortar. No es que la paciente lo pidiera: ya lo ofrecían directamente. La interrupción del embarazo se usa en Cuba, en la práctica, como método anticonceptivo. Una vecina de nuestra la calle, casada, que me dijo que se había hecho once abortos, y todos hijos de su marido. El promedio de edad para practicar un aborto en Cuba estaba en 14 años.

hecho once abortos y todos hijos de su marido. Las chicas de secundaria básica y del preuniversitario hacían colas en las consultas de los hospitales con los ginecólogos para una interrupción de embarazo. No sólo lo vimos sino, además, el ginecólogo que atendió a Lourdes en el parto —no era el mismo de la consulta—, el Dr. Israel Acevedo, que fue compañero de estudios de un tío materno de Pedro Ángel, primo de Lourdes, nos lo dijo que él mismo hacía decenas de abortos a jóvenes. El promedio de edad para un aborto en Cuba estaba en 14 años.

En las Navidades de 1975, preparamos una cena a la que invitamos al padre Carlos Manuel de Céspedes. También vinieron mis padres, que trajeron pollo y otras cosas para comer. No podíamos cenar todas las cosas que eran tradición, porque no las había o se dificultaba mucho encontrarlas. Ya no había los dulces típicos de Nochebuena: turrónes, mazapanes, higos, nueces, avellanas... y era difícil encontrar todos los ingredientes de los buñuelos cubanos. La cena no la podíamos hacer el mismo día 24 o el 25, porque eran laborables cuando caían entre semana. En Cuba se habían abolido oficialmente estas fiestas. Además, esos días el padre Carlos Manuel tenía celebraciones en la Iglesia. Durante el resto de los años que permanecemos en Cuba, hicimos exactamente igual. Queríamos mantener la tradición religiosa de alguna manera y el compartir con la familia y amigos. Nosotros íbamos el 24 y el 25 a la parroquia para participar en la Eucaristía. En las Navidades de 1975 asistimos a San Agustín.

Un cruel paripé institucional

El caso del padre Loredó es otro ejemplo de la arbitrariedad, de la violación de los Derechos Humanos y del terror que genera la dictadura comunista. Al año y ocho meses y medio de llegar a Cuba lo detuvieron, valiéndose una causa “fabricada” que lo implicó en el proceso abierto al ingeniero de vuelo de la Compañía Cubana de Aviación, Ángel María Betancourt. Este decidió forzar el destino de un avión en travesía Santiago-Habana y desviarlo hacia Miami, en 1966. En realidad, a Loredó lo encarcelaron por su éxito pastoral con la juventud.

En la cárcel descubrió una realidad ignorada por gran parte de la opinión pública mundial: miles de hombres indefensos, a merced de la arbitrariedad de una tiranía absoluta. El padre Loredó participó en cuatro huelgas de hambre, no atentando contra su vida, sino defendiéndola frente a una condición inhumana. Vio y sufrió tortura: golpes, el sonido de las descargas de los fusilamientos en la noche, requisas, humillaciones, vejaciones... sin claudicar.

Vio correr la sangre de muchos. A los 9 años y 10 meses fue excarcelado.

Se vio obligado salir de Cuba en el año 1984. Publicó el libro *Después del Silencio* en 1988.

Nosotros tenemos un ejemplar, dedicado por él. Y una carta muy cariñosa que nos remitió desde Puerto Rico, con fecha 29 de septiembre de 1988.

El 2 de febrero de 1976, fue una fecha muy importante para nosotros: ese día Lourdes y yo fuimos invitados a la Nunciatura Apostólica por Monseñor Zambí. Prácticamente al llegar, nos dice: “les tengo una sorpresa” y de buenas a primeras vemos al padre Miguel Ángel Loredó bajando la escalera. Sacerdote franciscano, en 1966 había sido arrestado por la dictadura comunista por una acusación falsa. Fue una alegría inmensa saber que estaba ya fuera de la cárcel y podíamos conversar con él: tuvimos un privilegio enorme.

Gestiones del Vaticano, a través del entonces Secretario de Estado Monseñor Casaroli, durante su visita a Cuba, habían logrado que el gobierno hiciera una promesa a quien era en ese momento Pronuncio en Cuba, Monseñor Zacchi: la libertad de Loredó. Pero no la cumplieron hasta que Monseñor Tagliaferri ocupó ese cargo. Monseñor Francisco Oves, arzobispo de La Habana, y Monseñor Zambí, secretario de la Nunciatura (embajada del Vaticano), lo fueron a buscar a la prisión de La Cabaña. Llevaban con ellos a la madre del padre Loredó. El padre Miguel Ángel estuvo casi un mes en la Nunciatura, hasta que lo asignaron a un convento franciscano de Guanabacoa, un barrio de La Habana.

El caso del padre Loredó es otro ejemplo de la arbitrariedad, de la violación de los Derechos Humanos y del terror que genera la dictadura comunista. Al año y ocho meses y medio de llegar a Cuba lo habían detenido, valiéndose de una causa “fabricada”, aunque en realidad por su éxito pastoral con la juventud.

Atendamos a los antecedentes. El 27 de marzo de 1966, un ingeniero de vuelo de la Compañía Cubana de Aviación, Ángel María Betancourt, decidió forzar el destino de un avión en travesía Santiago-Habana y desviarlo hacia Miami. El intento falló porque el piloto, aprovechando que era de noche, logró engañarlo y el avión no aterriza en Miami, sino en La Habana. Betancourt se percata de la burla cuando ve en la pista aviones soviéticos. Unos militares del régimen —siempre viajan algunos, armados, en cualquier vuelo de las líneas nacionales— aprovechan el momento para lanzarse sobre él con el fin de desarmarlo. En la refriega, un disparo mata al piloto Fernando Álvarez Pérez. Betancourt trata de controlar el avión que se iba fuera de pista y lo detiene. Intenta arrancarlo de nuevo, pero no puede. En ese intento, mata también al escolta y hiere gravemente al copiloto. Betancourt dijo en el juicio que había matado en defensa propia, que había intentado escapar y que le había salido mal. Una gran parte del pueblo cubano dio sus declaraciones como verídicas, y muchos se sintieron solidarios con él. Sus actos representaban un desafío al poder político injusto: lo vieron como un héroe.

Una vez en tierra, Betancourt saltó por una ventanilla del avión, echó a correr, se montó en un tren de carga que pasaba por allí y logró escapar. Se escondió en varios sitios. El gobierno instrumentó una búsqueda intensa. A través de agentes infiltrados de la Seguridad del Estado, han estado siguiendo al hermano de Ángel María Betancourt, que le decían “Magín”. Una vez que lo tiene localizado, preparan una puesta en escena para hacer la captura.

El agente Gerardo Pérez, que había sido seminarista, los conoce porque era, como los hermanos, de la provincia de Pinar del Río.

Pérez, en 1964, se había presentado en el Convento de San Francisco, en La Habana, donde está el padre Loredó destinado como sacerdote, y le pide que lo dirija espiritualmente. El padre Loredó se convirtió en su confesor, director espiritual y Gerardo lo acompañaba a muchos sitios para el trabajo pastoral. Muchas personas de la Iglesia advirtieron al padre Loredó que tuviera cuidado con él, que tenían sospecha que fuera de la Seguridad del Estado. El padre no les hizo caso, porque Loredó, que además había recién regresado a Cuba, era una persona sincera, transparente, buena, sacrificada, generosa... y también algo ingenuo. El gobierno espera para detener a Betancourt y lo vigila para conocer sus posibles contactos y así usarlo para dañar a otras personas.

El lunes de Pascua de Resurrección, el 11 de abril de 1966, el padre Loredó notó, en la misa que celebró, la presencia de mucha más gente que de costumbre. Pensó que era por lo significativo de la fecha. Terminado el rito, se marchó para la playa de Guanabo y, al regresar al Convento San Francisco, ve gente que corre por la zona para la puerta principal de la iglesia. Sin sospechar nada, entra por la puerta lateral y, cuando sube las escaleras al primer piso, en la biblioteca ve libros por el suelo y una estopa *embarrada* (manchada) con algo que parecía sangre, pero el padre estaba seguro que no lo era. Se le acerca un joven de civil con una pistola en la mano, lo encañona y lo detiene. Cuando bajan las escaleras hacia la parte del locutorio, ve sillas volcadas, bombillas de flash rotas y tazas de café desperdigadas por el suelo. Se encuentra con oficiales del ejército y las cámaras de televisión. Lo llevan a su celda del convento, la registran y después lo llevan a las oficinas del G-2. Allí lo interrogan y lo acusan de haber escondido durante una semana a Betancourt en el convento, y de tenencia y ocultación de armas allí. Mientras estaba en la playa de Guanabo, la misma Seguridad del Estado había montado, maquiavélicamente, un “espectáculo”. Gerardo Pérez había engañado a Betancourt di-

ciéndole lo iban a esconder en el convento, y lo había traído allí para “darle refugio”. Una vez llega Betancourt, la Seguridad del Estado lo detiene. Toman fotos “oficiales” y traen consigo a la televisión para que filme la trama, que apoyan con una turba que grita: “¡Paredón, paredón para los curas!”.

Enjuician al padre Loredó y lo condenan a prisión. En la cárcel descubre una realidad ignorada por gran parte de la opinión pública mundial: miles de hombres indefensos, a merced de la arbitrariedad de una tiranía absoluta. El padre Loredó participó en cuatro huelgas de hambre, no atentando contra su vida, sino defendiéndola frente a una condición inhumana. Vio y sufrió tortura: golpes, el sonido de las descargas en los fusilamientos en la noche, requisas, humillaciones, vejaciones, torturas psicológicas... sin claudicar. Vio correr la sangre de muchos. A los 9 años y 10 meses fue excarcelado. El convento y su templo estuvieron cerrados para uso de la Iglesia durante ese período. Sólo recientemente los han devuelto. El padre Loredó se vio obligado salir de Cuba en el año 1984. Publicó el libro *Después del Silencio* en 1988. Nosotros tenemos un ejemplar, dedicado por él. Y una carta muy cariñosa que nos remitió desde Puerto Rico, con fecha 29 de septiembre de 1988.

Relacionado con este caso de Betancourt, estuvo el proceso al matrimonio Teté y Gilberto. Eran familiares de Margarita Rodríguez “Maggie”, quien se convertiría en la esposa de Orlando Ojeda en el año 1979. Mientras estaba Betancourt en fuga, este matrimonio, que lo conocía, recibe una noche una llamada suya. Al escuchar su voz, cuelgan el teléfono. Ni responden: no dicen nada por el terror inmenso a que los estén grabando o siguiendo los pasos de Betancourt. Días después, la Seguridad del Estado cubano detiene a Tete y Gilberto y los condenan a 12 y 15 años de prisión, respectivamente, acusándolos de que “no fueron a la policía a denunciar que Betancourt los había llamado”. No habían siquiera atendido aquella llamada. Finalmente, cumplieron 3 años de cárcel. Cuando

los sacaron de la prisión, las mismas autoridades del gobierno cubano justificaron esa reducción de la pena admitiendo que los habían detenido y condenado porque querían hacer algo “que fuera ejemplarizante”, ya que realmente sabían que no había delito.

En el mes de diciembre de 1975 tuvo lugar el Primer Congreso del Partido Comunista Cubano. La URSS presionaba al régimen de Cuba para que intentara institucionalizar la Revolución y fortaleciera al Partido. Pero realmente quien siguió controlando todos los resortes del poder fue Fidel Castro. La toma de decisiones seguirá estando en sus manos.

Como siempre que el régimen organiza un evento para “vender” imagen, para dar a conocer y promocionar alguna iniciativa, tal como cuando se va recibir a algún alto dignatario, dedica dinero, tiempo y recursos al embellecimiento de calles y edificios, principalmente en la ciudad o calles donde va a acontecer el hecho, para esta celebración lo hizo. En Cuba no hay pintura, adornos ni luces para el uso de la población, pero para apoyar uno de estos acontecimientos sí que aparecen por todas partes.

El gobierno designó 1976 como el Año del XX Aniversario del Granma. El 24 de febrero se promulga la nueva Constitución, que deroga la de 1940 —que, desde el principio de la Revolución, nunca se aplicó, ni de casualidad. La Constitución Socialista está inspirada en la de Bulgaria. Cuando dan a conocer el resultado del referéndum sobre la nueva Constitución, afirman que ha sido aprobada por casi el 99% de los votos. Este tipo de cifras eran comunes en las estadísticas de todos los países comunistas. La Constitución recoge en su texto la gratitud cubana a la URSS. En el capítulo I, artículo 5, expresa que “el Partido Comunista es la fuerza política dirigente superior de la sociedad y del Estado”. Por tanto, no admite pluralidad política.

Comienzan el proceso de elección de los representantes al Poder Popular. Se fija una candidatura única apoyada por un solo partido, el Partido Comunista. Fidel Castro es elegido Presidente del Consejo de Estado. Obviamente, todo ese proceso es controlado por el inmenso aparato del Estado: CDR y el resto organizaciones políticas o “de masas”, Ministerio del Interior, Policía, Militares. Todo el “Gran Hermano”. Más adelante comentaré cómo se hacen las elecciones al Poder Popular.

Cuando fuimos con Eladia a votar en el referéndum de la Constitución, anulamos la papeleta, a pesar de que se decía que te vigilaban: que estaban marcadas las papeletas, que había cámaras ocultas en el reservado. Probablemente esos bulos eran lanzados por el propio estado y de esa forma aumentaban los temores y el control. Los cubanos en su gran mayoría tienen ya en su ADN, inoculados en cada célula, el miedo y la sensación de que no merece la pena hacer nada porque no servirá de nada y sólo podrá buscarte grandes problemas. La población obedece: asiste a todos los actos, reuniones, “elecciones” y manifestaciones convocadas por el gobierno. Han “aprendido” que no se debe oponer resistencia: durante décadas han visto las graves consecuencias que les ha traído a cualquiera osara rebelarse, violenta o pacíficamente. Esas consecuencias van desde fusilamiento a años de cárcel. Pérdidas de los pocos derechos que tiene el resto: trabajos, estudios, salida del país. Además de las complicaciones que extienden a sus familias. Sale caro enfrentarse de alguna manera al régimen. La persona que lo hace se convierte, en el mejor de los casos, en una “paloma”. Cuando no se denigra y se vende al estado.

La Odisea cotidiana

Cada vez que Lourdes se desplazaba al trabajo en autobús era una Odisea: demoras y colas o tumultos de espera, *guaguas* repletas que no paraban en la misma parada, sino media calle antes o después, sólo para bajar pasajeros y no recoger a nadie que estuviera esperando –no cabía ni un alfiler. Lo más peligroso era cuando muchas veces tenía que coger el autobús de pie en el *estribo* (el escalón de acceso) de la *guagua*, y viajar durante un cierto tiempo colgada, con parte del cuerpo fuera, hasta que podía al fin entrar. Durante el embarazo esto sucedió varias veces, arriesgando dos vidas. Pero no quedaba más remedio: de lo contrario podía estar horas sin moverse de la parada, y en definitiva tener que hacer igual cuando apareciese el siguiente bus.

Cada vez que Lourdes se desplazaba al trabajo en autobús era una Odisea: demoras y colas o tumultos de espera, *guaguas* repletas que no paraban en la misma parada, sino media calle antes o después, sólo para bajar pasajeros y no recoger a nadie que estuviera espe-

rando —no cabía ni un alfiler. Lo más peligroso era cuando muchas veces tenía que coger el autobús de pie en el *estribo* (el escalón de acceso) de la *guagua*, y viajar durante un cierto tiempo colgada, con parte del cuerpo fuera, hasta que podía al fin entrar. Durante el embarazo esto sucedió varias veces, arriesgando dos vidas. Pero no quedaba más remedio: de lo contrario podía estar horas sin moverse de la parada, y en definitiva tener que hacer igual cuando apareciese el siguiente bus.

Bajo el régimen comunista, los ministerios cubanos que controlan servicios públicos son encargados a funcionarios a quienes se les mide más por la fidelidad al régimen que por su experiencia o conocimientos en la materia de la que van a ocuparse y sobre la que van a decidir. El sistema comunista es ineficiente. En los autobuses, los empujones dentro del ómnibus repleto de pasajeros, los malos olores, los hurtos y los acosadores sexuales son permanentes. La frecuencia de autobuses es pésima. En la década de los 60 llegaron a comprar *guaguas* Leyland, de fabricación británica, para usarlas en la capital. Había en La Habana *guaguas*, pero no planificación. Tampoco piezas de repuesto suficiente y no se hacía el mantenimiento necesario. Se fueron formando con el tiempo muchos baches en las calles que no se reparaban. En poco tiempo, de nuevo se degradó el transporte en la capital. Con los años, han ensayado múltiples sistemas: ninguno ha funcionado.

Antes de la Revolución, Cuba tenía un parque de coches muy bueno: 1 automóvil por cada 40 personas. Tercer lugar de Latinoamérica, después de Venezuela y Puerto Rico. Tercer lugar mundial en kilómetros de carreteras por miles de vehículos. Cualquier turista que hoy va a Cuba contempla admirado que algunos de esos *carros* circulan todavía gracias a la inventiva del cubano y la propia calidad de esos equipos de los años 30, 40 y 50 del siglo XX. Coches norteamericanos de la Cadillac, Chevrolet, Pontiac, Ford, Dodge o Buick.

Antes de 1959 existía la Cooperativa de Ómnibus Aliados (COA), con sus *guaguas*, fabricadas en EUA, con toda la comodidad y en número suficiente. COA fue el servicio de transporte urbano más amplio y eficiente de La Habana. La Cooperativa la formaban pequeños propietarios, quienes adquirirían una o dos *guaguas* y las ponían a funcionar en las rutas escogidas por ellos. Para una población de alrededor de un millón de habitantes que tenía La Habana en los años 50, además de los 2.000 ómnibus que tenía la COA, había cerca de 800 *guaguas* de la empresa de Autobuses Modernos, conocidas popularmente como *enfermeras* porque estaban pintadas de blanco. El servicio de *guaguas* era impecable. La frecuencia de las rutas con más demanda no excedía los 3 minutos. Después que llegó la Revolución, el Gobierno nunca ha sido capaz de resolver la problemática del transporte público.

A través de Eladia conocimos a varias personas, entre ellas a Beba y Chila, dos señoras que vivían cerca de casa, en la Quinta Avenida de Miramar. Eran unas personas educadas, cultas, católicas, de las pocas con las que, en el contexto, se podía hablar. Cada vez que pasábamos por su casa y podíamos, entrábamos a conversar un rato con ellas. Por Navidad ponían las tarjetas de felicitaciones y algún adorno de Navidad que guardaban de fiestas pasadas. Hacía años que no vendían absolutamente nada de adornos ni tarjetas de Navidad. Tenían un hermano preso político, que soltaron a mediados del año 1979, y al poco tiempo EUA le dio visa para viajar, y pudo llevarse con él a Beba y Chila. A partir de esta salida, nos sentimos un poco más solos y cada vez que pasábamos por su casa, nos entraba nostalgia, por lo bien que nos sentíamos con personas como ellas.

Otras de las personas que conocimos por medio de Eladia, era un matrimonio de origen español, Aurelia y Juan, a quienes el régimen le había matado a su hijo en la cárcel. No los dejaron a ver el cadáver, ni pudieron velarlo: le enseñaron una tumba sin nombre

Otras de las personas que conocimos por medio de Eladia fue un matrimonio de origen español, Aurelia y Juan, a quienes el régimen le había matado a su hijo en la cárcel. No los dejaron ver el cadáver, ni pudieron velarlo: le enseñaron una tumba sin nombre en el Cementerio de Colón y les dijeron que “allí estaba enterrado” su único hijo. Todos los domingos ellos iban a esa tumba, para supuestamente visitar a su hijo.

en el Cementerio de Colón en La Habana y les dijeron que “allí estaba enterrado” su único hijo. Todos los domingos ellos iban a esa tumba, para supuestamente visitar a su hijo. Este caso en Cuba se ha repetido muchas veces, es de un sadismo tremendo.

Viviendo en casa de Eladia, lo que menos podíamos hacer era ser miembros rasos del CDR y hacer las actividades que nos asignaran unos vecinos miembros muy militantes y furibundos comunistas. Lourdes había comenzado a trabajar en el hospital y yo aspiraba a ingresar en el Instituto Superior de Ciencias Médicas, Facultad de Medicina de La Habana, para estudiar.

Incluyo a continuación un resumen de las actividades que tuvimos que hacer, organizadas por el CDR, desde julio de 1975 que comenzamos a vivir allí hasta que me expulsaron de la Universidad en mayo de 1980 –por “ser católico” y “no ser marxista”: más adelante veremos esto con detalle. Es común, más o menos para los ciudadanos de toda Cuba, estar sometidos al cumplimiento de

estas actividades, presionados por los CDR, algunos más activos y beligerantes (como el nuestro) que otros. La presión se acentuaba en ciertas épocas, pero controles y delaciones de los CDR eran omnipresentes.

- Las Patrullas Clic. Los niños de los vecinos de los CDR tienen que integrarlas. Su misión es llegar sin avisar a cada domicilio para ver qué luces están encendidas. Si consideraban que alguna no era necesaria, podían mandar apagarlas o incluso hacerlo ellos mismos. Los niños podían entrar y revisar toda la casa para hacer el control. Anotaban cuáles y cuántas eran las luces encendidas. Tenían otros objetivos de vigilancia, como observar las cosas que había en el domicilio, y el de hacer comprender a las familias que estaban siendo controladas en todo momento por unos “niños ingenuos”.
- Las Guardias. Se hacían de noche, en dos turnos: uno de 11:00 a 2:00 de la madrugada y otro de 2:00 a 5:00 de la madrugada. Los turnos eran rotatorios: unas veces te tocaba el primero, otras veces el segundo, según la cantidad de miembros y de los puestos asignados para vigilar. La frecuencia era semanal o quincenal. Unos recorrían las calles, otros permanecían vigilando el exterior de los comercios, organismos oficiales, correos, parques, un puente o río. En muchas ocasiones te daban un brazalete identificativo con las siglas. En cierta ocasión yo tenía fiebre y me tocaba una guardia, en el turno de 2 a 5 de la madrugada: como estaba en la cama, no me presenté. El Responsable de Vigilancia de nuestro CDR se presentó en nuestro apartamento y le dijo a Lourdes, que fue la quien salió a la puerta cuando tocaron, que “me levantara porque tenía que ir a la guardia”. A pesar de la evidencia de mi enfermedad, me obligaron a hacer la guardia. Fui, porque en ese momento no quería dar excusas para que afectaran mis estudios de Medicina.

- Los Trabajos Productivos y Voluntarios. Se hacían habitualmente los domingos por la mañana y a veces algún día festivo. Consistían en estar dos o tres horas barriendo la calle o *chapear* (cortar) la hierba de algún terreno. En recoger frascos o botellas (*pomos*) y otros desechos como cartones y sellos usados que se consideraban “materia prima”, que después se almacenaban, se estropeaban y humedecían, y nunca iban a otro lugar para ser recicladas: era sencillamente para perder el tiempo y cubrir otro engaño propagandístico. Otros trabajos podían ser adornar las calles o pintar los *contenes* (bordes) de las aceras —si suministraban el material desde otras instancias del estado— con motivo de algún festejo del gobierno, como ocurrió en diciembre de 1975 cuando celebraron el Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba, con grandes fanfarrias. En ocasiones, se organizaban traslados al campo para la recogida de algún producto o el corte de caña de azúcar, según el lugar, la época y las circunstancias. Como nosotros íbamos a la Iglesia y normalmente estos trabajos coincidían con el horario de misas u otras actividades de la parroquia, lo que hacíamos era cumplir nuestra parte lo más temprano posible, pero esto no les gustaba: les molestaba muchísimo que, mientras ellos estaban en su tarea, nosotros fuéramos para la Iglesia, aunque ya hubiéramos cumplimentado con los objetivos que nos habían puesto. Lo que querían es que no asistiéramos a la Iglesia. Éramos los únicos cubanos de aquel CDR que lo hacía. Verdadero desafío para ambos, para nosotros y para ellos, en otro sentido.
- Los Círculos Políticos. Charlas que ellos llamaban “de discusión”, aunque de esto último no tenían nada. Consistían, en la mayoría de casos, en la lectura, íntegra o de un trozo resumen, de un discurso de un dirigente de la Revolución —y entre ellos todos los de Fidel Castro (recordar que eran de horas de duración)—, que adoctrinaban (con “lavado del

cerebro”) o informaban acerca de nuevas normativas, los eventos que se iba a celebrar en el país, alguna “orientación” sobre lo que acontece en el mundo o en Cuba. Los círculos políticos se efectuaban por la noche, una vez a la semana (raramente cada quince días). Los controlaba el Responsable Ideológico u otro dirigente responsable de algún área del

Una noche queríamos ir a visitar a Heriberto y Mayda —cosa que hacíamos muchos viernes o sábados en la noche, para conversar—, pero vimos que había una reunión del CDR al pie de la escalera y que no podríamos pasar sin que nos vieran. Decidimos hacer algo de riesgo: descolgarnos desde nuestro balcón. Vivíamos en la primera planta, y el balcón daba a la parte lateral del edificio. Un muro del chalet de al lado nos tapaba. Atravesamos un pasillo que separaba nuestro edificio de esa casa y salimos sigilosamente hasta la calle. El riesgo era múltiple, porque podíamos haber tenido un accidente o cualquier vecino, en la reunión o no, hubiera podido vernos saltar o alejarnos. Pues resultó que al día siguiente otra cederista le comentó a Lourdes su extrañeza al vernos salir por el pasillo y se preguntó en voz alta “si habíamos bajado por el balcón”. Lourdes le dijo con cara de asombro que no, de ninguna manera. Resultó que, después de tantas peripecias, nos enteramos de que no teníamos obligación de asistir a esa reunión.

CDR. Duraban una hora mínimo. El CDR de nuestra cuadra los hacía al pie de la escalera de nuestro edificio: todos los que bajaban o subían por las escaleras tenían que pasar por medio de los que estaban de pie o sentados, en algunas sillas traídas desde las casas o en los escalones. Así se hacía aún más presión para la asistencia, porque era imposible salir de tu casa sin que te vieran. Una anécdota nuestra fue, cuando una noche queríamos ir a visitar a Heriberto y Mayda –cosa que hacíamos muchos viernes o sábados en la noche, para conversar–, vimos que había una reunión del CDR al pie de la escalera y que no podríamos pasar sin que nos vieran, y decidimos hacer algo de riesgo: descolgarnos desde nuestro balcón. Vivíamos en la primera planta, y el balcón daba a la parte lateral del edificio. Un muro del chalet de al lado nos tapaba. Atravesamos un pasillo que separaba nuestro edificio de esa casa y salimos sigilosamente hasta la calle. El riesgo era múltiple, porque podíamos haber tenido un accidente o cualquier vecino, en la reunión o no, hubiera podido vernos saltar o alejarnos. Resultó que al día siguiente otra cederista le comentó a Lourdes su extrañeza al vernos salir por el pasillo y se preguntó en voz alta “si habíamos bajado por el balcón”. Lourdes le dijo con cara de asombro que no, de ninguna manera. Resultó que, después de tantas peripecias, nos enteramos de que no teníamos obligación de asistir a esa reunión.

- Otras reuniones las hacía el Responsable de los Temas Sanitarios, bien para charlas de información sanitaria, controles de las vacunas o cualquier tema relacionado.
- Movilizaciones. También a través del CDR podían convocarnos para asistir como público a los actos políticos o concentraciones donde daban sus discursos los dirigentes –siempre los de Fidel Castro–, para recibir cualquier dignatario extranjero si eso estuviera “orientado” por el PCC.

Todos estos actos los organizaba el CDR cuando caían en días festivos o los fines de semana, para poder “garantizar” la asistencia de las personas que esos días no estaban controladas en escuelas o centros de trabajo. Por supuesto, a aquellos que no trabajaran, por su edad u otra razón, y que no fueran, al menos aparentemente, contrarios al régimen, también los llevaban a esas actividades los días laborables.

En todas las actividades se pasaba lista para comprobar y controlar la asistencia. Tenías que justificar, si no podías ir, el motivo. Siempre te preguntaban.

Por otra parte, siempre estaban insistiendo con el tema de la “emulación” en los “trabajos productivos y voluntarios” entre el CDR de una *cuadra* y el de la otra, para ver quien terminaba primero o quién lo hacía mejor. La *emulación* también lo utilizaron cuando llegaron las “elecciones” de los Poderes Populares (que comentaré más adelante). Te venían a buscar a tu casa para que fueras a votar, y no a cualquier hora, sino lo más temprano posible, a primera hora, para hacerlo todos antes y ganarle al otro CDR.

Si comprabas algún alimento fuera de la cartilla de racionamiento, de contrabando, además de los extremos cuidados que había que tener para evitar a la policía, también en tu casa tenías que tener precaución para que los vecinos no vieran la entrada en tu domicilio de bultos o *jabas* (bolsas) que les llamaran la atención. Si freías algo o hacías más café de lo normal, tenías que tratar de evitar que el olor llegara a los vecinos, o tener cuidado de hacerlo un día que hubiera llegado a tu bodega algún producto relacionado, vendido por la cartilla de racionamiento. Teníamos mucha precaución cuando veníamos de viaje de nuestros pueblos o cuando nos visitaban nuestros padres y nos traían algún alimento. Había que simularlo con ropa o maletas de viaje. De todas formas, siempre pensábamos que los dirigentes de CDR sospechaban de algunas

cosas o movimientos, pero seguramente algunos “se hacían de la vista gorda”, es decir, lo dejaban pasar. Era más fácil que te perdonaran algo relacionado con la comida que si fuera un comentario político.

Informaban hasta de las personas que visitaban las casas y la ropa que vestían los vecinos. Los CDR vigilaban todo lo que ocurría en la *cuadra* desde un *carro* que no pertenecía a nadie de esa calle, y la patrullaban.

Todos estos actos los organizaba el CDR cuando caían en días festivos o los fines de semana, para poder “garantizar” la asistencia de las personas que esos días no estaban controladas en escuelas o centros de trabajo. Por supuesto, a aquellos que no trabajaran, por su edad u otra razón, y que no fueran, al menos aparentemente, contrarios al régimen, también los llevaban a esas actividades los días laborables. En todas las actividades se pasaba lista para comprobar y controlar la asistencia. Tenías que justificar, si no podías ir, el motivo. Siempre te preguntaban.

53

Visitar el pueblo

Cuando íbamos a Unión de Reyes y nos quedábamos en casa de mis padres, siempre dormíamos en el primer cuarto, el que yo utilizaba cuando vivía allí. Tenía una ventana que daba al portal. Por ahí veíamos colgado el cable de una planta de transmisión de radio, en la casa del vecino Amado Pérez. Mercedita, la hija menor, se había casado con un alto mando del Ministerio del Interior, de la Seguridad del Estado, de apellido Morales. Ya en el año 1975 se habían divorciado y, aunque él se llevó su planta de transmisión de radio, dejó un cable cortado colgando, que nadie quitaba. Mami tenía terror del cable: decía que, aunque estuviera así, podían escuchar y que, por favor, no habláramos nada en el dormitorio. Parece cosa de paranoia y delirio, pero en el contexto de Cuba no solo todo es posible, sino además el miedo es horrible y ya te lo inoculan en tu cerebro.

Cuando íbamos a Unión de Reyes y nos quedábamos en casa de mis padres, siempre dormíamos en el primer cuarto, el que yo uti-

lizaba cuando vivía allí. Tenía una ventana que daba para el portal de la casa. Por ahí veíamos colgado el cable de una planta de transmisión de radio, de los vecinos de la casa de Amado Pérez. Mercedesita, la hija menor, se había casado con un alto mando del Ministerio del Interior, de la Seguridad del Estado, de apellido Morales. Ya en el año 1975 se habían divorciado y, aunque él se llevó su planta de transmisión de radio, dejó un cable cortado colgando, que nadie quitaba. Mami tenía terror del cable, decía que, aunque estuviera así, podían escuchar, y que, por favor, no habláramos nada en el dormitorio. Parece cosa de paranoia y delirio, pero en el contexto de Cuba no solo todo es posible, sino además el miedo es horrible y ya te lo inoculan en tu cerebro. Por supuesto que el esposo de Mercedesita, cuando aún estaba casado con ella y en los días que dormía ahí, en el silencio de la noche se escuchaba lo que hablaba por esa vía. Sabemos que existen sistemas de escucha a través de las paredes, pero nuestra familia no era tan importante para él como para que estuviera oyendo, y menos haciendo uso de un medio tecnológico así. Siempre pensábamos en cómo estaría sufriendo Amado Pérez, al ver cada día a una hija casada con un funcionario de la Seguridad del Estado. Amado nunca simpatizó con ese gobierno, siempre estuvo “claro” del engaño, tanto él como sus hermanos. Había sido propietario de tierras, aunque no de grandes extensiones, que le expropiaron. El pobre Amado, años después, viviendo nosotros ya en España, se suicidó en el patio de su casa. La otra hija de Amado, Victoria, se casó con Pasarón, un joven de Unión. Ellos siguieron vinculados a la Iglesia, pero “Victorita” vivía, desde que se casó, en casa de la familia de su esposo, en el mismo pueblo.

Mami siempre tenía mucho miedo de la realidad cubana, un sufrimiento tremendo, pensando que nos podían coger preso por un comentario o por escuchar una emisora extranjera, cosa que era verdad. Por eso siempre estaba detrás de papi y de mí para que pusiéramos las emisoras de radio muy bajito.

Cuando íbamos a Unión de Reyes para visitar a la familia, a pesar de que en La Habana faltaba mucho la luz, había pocos lugares donde ir —escaseaban la diversión, el transporte o las mesas libres en restaurantes: todo acentuado más para nosotros, que vivíamos en Miramar, alejados del centro de la ciudad—, a pesar de todas esas deficiencias, mi pueblo parecía aún mucho más triste. Las luces (cuando no se cortaba el suministro eléctrico) de las casas apagadas muy temprano, pocas personas en la calle en la noche... Encontrar dónde divertirse o dónde comer fuera era casi imposible. En el pueblo la decadencia era mayor. Una de las pocas casas que podíamos visitar de noche, porque sabíamos que se acostaban más allá de las 8 o las 9, era la de mi tío Ubaldo y Claribel. Allí íbamos a conversar o a ver la televisión con ellos y estábamos hasta las 12 de la noche o más tarde. A mami le causaba terror porque nosotros muchas veces discutíamos con Ubaldo y hablábamos alto

A pesar de todas las deficiencias de la vida en La Habana, mi pueblo parecía aún mucho más triste. Las luces (cuando no se cortaba el suministro eléctrico) de las casas apagadas muy temprano, pocas personas en la calle en la noche... Encontrar dónde divertirse o dónde comer fuera era casi imposible. En el pueblo la decadencia era mayor. Una de las pocas casas que podíamos visitar de noche, porque sabíamos que se acostaban más allá de las 8 o las 9, era la de mi tío Ubaldo y Claribel. Allí íbamos a conversar o a ver la televisión con ellos y estábamos hasta las 12 de la noche o más tarde.

y en la noche “se escuchaba todo”. Ellos vivían en la calle Independencia (Asunción), que era la principal, en una casa que estaba en los altos. Ubaldo defendía o justificaba muchas cosas del régimen, con una ingenuidad tremenda, cuando era evidente todo lo que estaba ocurriendo. María Estrella, su hija, nos confesó años después que su madre le había ocultado que ella “nunca había estado con el régimen cubano”; según le explicó su mamá, para evitar “traumas” y que se “adaptara” a la realidad cubana que le tocaba vivir. Esto ha sido muy común en muchas familias cubanas, lo que ha contribuido al desconocimiento de la historia del país y familiar. Nuestros padres (de Lourdes y míos), como he dicho antes, no hicieron eso, todo lo contrario. Eso facilitó que nosotros estuviéramos más informados e hiciéramos un análisis y lectura de la realidad cubana con mayor claridad: que no nos dejáramos engañar por

Ubaldo defendía o justificaba muchas cosas del régimen, con una ingenuidad tremenda, cuando era evidente todo lo que estaba ocurriendo. María Estrella, su hija, nos confesó años después que su madre le había ocultado que ella “nunca había estado con el régimen cubano”, para evitarle “traumas” y que se “adaptara” a la realidad cubana que le tocaba vivir. Esto ha sido muy común en muchas familias cubanas, lo que ha contribuido al desconocimiento de la historia del país y familiar. Nuestros padres (de Lourdes y míos) no hicieron eso, todo lo contrario. Eso facilitó que nosotros estuviéramos más informados e hiciéramos un análisis y lectura de la realidad cubana con mayor claridad

el régimen. Aunque corrieron riesgo que nosotros cometiéramos imprudencias importantes, que los comprometieran a ellos y a sus hijos.

Cuando íbamos a Jagüey Grande de visita nos quedábamos en casa de Lourdes –tampoco había otras posibilidades. Allí lo que hacíamos era visitar a la familia, a Barbarita, que vivía en la casa de siempre de los abuelos maternos de Lourdes. Íbamos mucho a casa de María, Clotilde y Fidel Sánchez y de Mirta, mientras no se habían ido del país. También visitábamos amistades de Lourdes, y ya mías también, como a Dalia y familia y Hortensita Mendía –su padre había sido dueño de un cine y de uno de los hoteles del pueblo y los había perdido, confiscados por el gobierno. Y la casa de Sonia Socorro y sus padres, aunque ella siempre estaba en casa de Lourdes. Otras muchas amistades y familiares, que incluso yo alcancé a conocer, ya se habían ido del país. Por supuesto, al igual que en Unión asistíamos a la parroquia y participábamos y ayudábamos en todo lo que podíamos.

En julio de 1976 el gobierno reorganiza el territorio de Cuba, el país queda dividido en 14 provincias, anulando la división administrativa de las 6 provincias –Pinar del Río, La Habana, Matanzas, Las Villas, Camagüey y Oriente– que data de 1880. Más adelante, el 1 enero de 2011, entró en vigor otra división administrativa. Actualmente, Cuba está dividida en 15 provincias: Pinar del Río, Artemisa, La Habana, Mayabeque, Matanzas, Cienfuegos, Villa Clara, Sancti Spiritus, Ciego de Ávila, Camagüey, Las Tunas, Granma, Holguín, Santiago de Cuba y Guantánamo, más el “municipio especial Isla de la Juventud”.

54 Beatriz

En Cuba todo se hacía difícil, la leche del niño se distribuía también por la cartilla de racionamiento, tanto la leche en polvo como después la de vaca, que había que hervir. Tampoco vendían cochecitos de bebé para sus paseos. A través de la Iglesia, la esposa del embajador de Perú, nos dio uno, tipo silla, que había usado uno de sus hijos. Fuimos a recogerlo a su casa, en la embajada, que estaba cerca. En esta embajada, en la Semana Santa de 1980 se introdujeron miles de cubanos para marcharse del país, suceso que comentaré más adelante. La ropita para Beatriz era de otros niños, cuando no las que la familia —fundamentalmente su abuela Marina— podía hacer con tela e hilos que conseguían, o tenían guardados de antes de los racionamientos, o modificando otras ropas como pudieron.

Con el curso 1975-1976, terminé los estudios de preuniversitario en la Facultad Obrera Campesina Antonio Guterres Holmes, en la calle Patrocinio número 63, entre Felipe Poey y Heredia, en

el barrio de la Víbora. Municipio Diez de Octubre de la Ciudad de La Habana. Me gradué en Ciencias. A la vez, trabajaba como técnico medio en Ergoterapia, en el Sanatorio de San Juan de Dios. Ya podía solicitar, según las normas, matrícula para estudiar una carrera sanitaria, Medicina o Psicología.

Presenté la solicitud para cursar la carrera de Medicina en el Instituto Superior de Ciencias Médicas de La Habana, que así era el nombre oficial de la Facultad de Medicina número 3, que estaba situada en la calle 140 y 25, número 2505, Reparto Cubanacán, Municipio Playa, Ciudad de La Habana. Cumplía con las condiciones que pedía el gobierno cubano: académicas por mis buenas notas del preuniversitario y “de vinculación” porque estaba trabajando en el mundo sanitario. Si hubiera estado trabajando de algo que no tuviera relación con lo sanitario, por muy buenas notas que hubiera tenido, de entrada no me habrían dejado solicitar Medicina. Antes conté lo que le había pasado a Orlando Ojeda, que no pudo estudiar Medicina y lo que hizo la Seguridad del Estado para bloquearlo.

Pues como yo cumplía los requisitos —aún más, tenía uno de los primeros puestos de la lista por las notas de toda La Habana—, pude obtener una plaza para estudiar. Entonces llegó la entrevista con el “cuéntame tu vida”. Al entrevistador —como correspondía, un militante de la UJC— le dije la verdad: que era católico, que iba a la Iglesia, que no me escribía con la familia del extranjero (recurría al subterfugio de saber de ellos a través de mis padres, abuelos y tíos), que pertenecía al CDR y hacía sus actividades. Como en ese tiempo, en Cuba atravesábamos lo que llamamos “el momento bajo de la curva” para reprimir a los creyentes, pasé la entrevista, no me dijeron nada más y comencé el curso en septiembre de 1976.

Nuestra hija Beatriz Guedes Ojeda nació en el hospital de Maternidad de Marianao, en La Habana, Cuba, el día 12 de agosto de 1976. Una gran alegría por el nacimiento de la primogénita.

A Lourdes, en la tarde-noche del 12 de agosto, se le rompe la bolsa amniótica. Inmediatamente buscamos un taxi, cosa muy difícil en Cuba, pero lo conseguimos. Ingresó en el hospital y, gracias a Dios, estaba esa noche de guardia el Dr. Israel Acevedo. Me dijo que le parecía que todavía no iba a parir, que fuera yo para la casa y viniera más tarde. Como no había terminado de pintar la cuna que nos habían prestado y tenía que poner unos *bombillos* (bombillas) que había conseguido, fui a la casa para hacerlo. Muy temprano en la mañana, me dirigí a la Quinta Avenida, cerca de casa, donde había un *paradero* de autobuses, para irme al hospital.

Como no pasaban *guaguas* o llegaban muy llenas, intentaba coger taxis, pero también pasaban llenos o no se dirigían para esa zona del hospital –comentaré más adelante el mecanismo que tenían para los taxis, es decir, cómo los organizaba el Ministerio de Transporte del gobierno. En un momento dado, por mi ansiedad y desespero para llegar al hospital, estuvo a punto de atropellarme un coche. En la parada estaba un señor que conocíamos de la Iglesia y me gritó para advertirme.

Cuando llegué al hospital busqué al Dr. Israel Acevedo y me dijo que, momentos después de marcharme, me fue a buscar para decirme que había parido Lourdes, pero ya yo no estaba.

Pocos días después fuimos para la casa con Beatriz. Recuerdo que yo estaba muy preocupado por la niña, hasta el punto que, cuando hacía un mero ademán de llorar, ya estaba yo pegado a la cuna, antes que Lourdes. Así estuve varios meses, continuamente observándola o acercándome a la cuna. Lourdes le dio lactancia materna, al menos de los seis a los nueve meses.

En Cuba todo se hacía difícil, la leche del niño se distribuía también por la cartilla de racionamiento, tanto la leche en polvo como después la de vaca, que había que hervir. Tampoco vendían cochecitos de bebé para sus paseos. A través de la Iglesia, la esposa del embajador de Perú, nos dio uno, tipo silla, que había usado uno

de sus hijos. Fuimos a recogerlo a su casa, en la embajada, que estaba cerca. En esta embajada, en la Semana Santa de 1980 se introdujeron miles de cubanos para marcharse del país, suceso que comentaré más adelante. La ropita para Beatriz era de otros niños, cuando no las que la familia –fundamentalmente su abuela Marina– podía hacer con tela e hilos que conseguían o tenían guardados de antes de los racionamientos, o modificando otras ropas como pudieron. Unas pocas se compraron con la cartilla de racionamiento, porque vinieron alguna vez a las tiendas y alcanzamos a hacer la cola correspondiente.

Lourdes disfrutó de la licencia de maternidad –en Cuba desde antes de la Revolución este derecho estaba recogido en la ley y muchas parturientas trabajadoras disfrutaron de él, entre ellas mi mamá.

El período de licencia entonces era de 3 meses. Estábamos preocupados de poner a Beatriz en un Círculo Infantil (guardería), porque queríamos que la niña estableciera un vínculo mayor con la madre. Y por las condiciones materiales, de trato y de adoctrinamiento que había allí. Además, como Lourdes trabajaba lejos, y yo estudiaba y trabajaba, no era sencillo, con el estado del transporte, estar a tiempo para llevar y recoger a la niña de la guardería. Decidimos solicitar una licencia sin sueldo para Lourdes, del máximo que nos permitiera la ley. Así fue que Beatriz no fue al Círculo Infantil hasta los 11 meses de nacida, porque, si llegaba al año todavía en casa, Lourdes perdería su puesto de trabajo.

Cuando el régimen comunista creó los primeros Círculos Infantiles, en el año 1961, eran gratuitos. Estando Beatriz en el Círculo comienzan a cobrar las matrículas. En la década de los 60, dejaron de cobrar otros servicios como las llamadas desde teléfonos públicos y las entradas a los estadios deportivos. Todo eso resultó en otro fracaso de planificación y previsión: los usos abusivos llegaron incluso a la destrucción de los propios medios. El gobierno tuvo que dar marcha atrás, como en tantas otras ocasiones, antes y después.

En el mes de agosto de 1976 se celebra en Colombo, Sri Lanka, una reunión del Movimiento de Países No Alineados (MPNA), que se supone estaban fuera de la influencia de los bloques rivales de la Guerra Fría: los países comunistas y los países democráticos, llamados “capitalistas”. Realmente los países comunistas, y especialmente la antigua URSS, controlaban el MPNA, sobre todo a través de Cuba y Yugoslavia. De una manera evidente, desde la primera reunión en Argelia en septiembre de 1973, a la que asistió Fidel Castro y logró dominar por completo este Movimiento, consiguiendo que lo nombren Presidente del MPNA. Castro hace prevalecer la tesis de que la URSS es el aliado natural del Tercer Mundo.

Una de las asignaturas, invento del régimen cubano para la ideologización de la enseñanza, fue la que llamaron la Unidad El Hombre y su Medio, que se impartía en el primer año de la carrera. Nos sentaban en el aula en un círculo, con un profesor, para hablar de la materia que estaba escrita en un folleto que nos daban. Cada uno se suponía ofrecía su “opinión” después de analizarla. Esa asignatura era una mezcla de elementos de historia, antropología, psicología con enfoque soviético y marxismo. Uno de los temas fue “el origen de la religión”, con el enfoque que el folleto recogía: la interpretación marxista y ninguna más. Ahí se explicaba que el origen de la religión estaba “en la alienación económica”, porque la religión era una superestructura, etc. No sé cómo, pero me atreví a hablar según los datos que recogen la antropología, la arqueología y la paleontología, y expresé cómo la religión se presentaba en todas las culturas, incluyendo en las comunidades primitivas (que ellos llamaban “comunidades comunistas primitivas”).

Añadí que había datos de estas ciencias y descubrimientos que decían claramente que no existía un solo pueblo, por muy primitivo que fuera, y no había ninguna cultura, donde estuviera ausente la religión. El profesor preguntó “quién estaba a favor de lo que yo decía”. La mayoría levantó la mano para apoyar lo que había acabado de comentar. Aproveché y les dije a todos: “pero eso no es lo que dice nuestro material de estudio”. Todo el mundo quedó sorprendido, lo que demuestra que no habían leído ese material y que no tenían idea ni conocimientos de nada.

Comienzo en el curso 1976-1977 el primer año de Medicina, y asisto a las clases en el Instituto Superior de Ciencias Médicas. Me ubican en el grupo III, brigada VI y con expediente 306-003. Hay que fijarse en la terminología militar de *brigada*. La disciplina es semi-militar. Teníamos, como siempre, que ir a las concentraciones cuando había un discurso o acto del gobierno, al recibimiento de dignatarios extranjeros, a los círculos de estudios políticos que convocaba la UJC —aunque no fuéramos militantes de la organización—, integrarnos en la Federación Estudiantil Universitaria (FEU) y hacer guardias de milicia en el propio centro.

En las guardias de milicias nos daban un fusil no cargado. Así como lo digo. Nos tocaba cada vez en diferentes lugares del Instituto o Facultad de Medicina. Recuerdo que, cuando me tocaba hacer la guardia en un almacén que estaba iluminado con una bombilla enorme, sentía más miedo que en otros sitios más oscuros, o cuando me tocaba el “recorrido”: dar vueltas por todo el recinto del centro. Me encontraba sentado o de pie en el exterior de ese

almacén, muy iluminado, con un fusil descargado y frente a mí la noche negra. Pensaba que, si venía alguien para robar o hacer otra cosa, era un blanco perfecto porque me verían a mí y yo no podría distinguir a nadie en la tremenda oscuridad.

Una de las asignaturas, invento del régimen cubano para la ideologización de la enseñanza, fue la que llamaron la Unidad El Hombre y su Medio, que se impartía en los dos primeros años de la carrera. Nos sentaban en el aula en un círculo, con un profesor, para hablar de la materia que estaba escrita en un folleto que nos daban. Cada uno se suponía ofrecía su “opinión” después de analizarla. Esa asignatura era una mezcla de elementos de historia, antropología, psicología con enfoque soviético y marxismo. Recuerdo que uno de los temas fue “el origen de la religión”, por supuesto con el enfoque que el folleto recogía: la interpretación marxista y ninguna más. Ahí se explicaba que el origen de la religión estaba “en la alienación económica”, porque la religión era una superestructura, etc. No sé cómo, pero me atreví a hablar según los datos que recogen la antropología, la arqueología y la paleontología, y expresé cómo la religión se presentaba en todas las culturas, incluyendo en las comunidades primitivas (que ellos llamaban “comunidades comunistas primitivas”). Añadí que había datos de estas ciencias y descubrimientos que decían claramente que no existía un solo pueblo, por muy primitivo que fuera, y no había ninguna cultura, donde estuviera ausente la religión. El profesor preguntó “quién estaba a favor de lo que yo decía”. La mayoría levantó la mano para apoyar lo que había acabado de comentar. Aproveché y les dije a todos: “pero eso no es lo que dice nuestro material de estudio”. Todo el mundo quedó sorprendido, lo que demuestra que no habían leído ese material y que no tenían idea ni conocimientos de nada. Al haber estado en el Seminario y estudiar todas esas asignaturas, más mis lecturas, tenía esa ventaja. Cuando llegué a casa se lo comenté a Lourdes y temí que eso me

costara la expulsión de la carrera. Sin embargo, asombrosamente, en ese momento no me pasó nada. Las cosas de ese sistema son muchas veces arbitrarias y también dependen del momento, lugar y con las personas que ocurran.

En el mes de octubre de 1976 se hacen las “elecciones” de los Poderes Populares. Estas no son, ni remotamente, elecciones democráticas, pluralistas y libres. Fuimos testigos de esta farsa. Lo que hacen es reunir a los vecinos de un CDR, de una *cuadra*, y señalan alzando la mano, por propuesta de algún presente o desde la mesa que preside, a un Delegado. Era notorio que jamás se propondría a alguien que de alguna manera no estuviera vinculado o “simpatizara” con el sistema político. No hay libertad para que algo así prospere: las reuniones son dirigidas y controladas por los miembros del PCC, CDR y la Seguridad del Estado, que muchas veces no sabemos quiénes son. Se hacen las propuestas guiadas y, bajo una atmósfera de miedo y de máscara, se “elige” el Delegado para la Circunscripción. Cada 5 circunscripciones, hay un Consejo Popular Local. Los miembros de estos Consejos se eligen entre los Delegados de las circunscripciones correspondientes. Después, entre los elegidos de los Consejos Populares Locales, salen los candidatos para el Poder Popular Municipal. De los Municipales, salen los delegados Provinciales y después, de estos últimos, los de la Asamblea Nacional. Los ciudadanos sólo participan hasta la segunda ronda de votaciones, de donde va a salir el Delegado al Consejo Popular Local, entre uno de los cinco Delegados de las Circunscripciones. Ya no habrá ninguna votación secreta, ni en urna cerrada, para que la población participe en la selección de los integrantes de los demás niveles: Poderes Populares Municipales, Provinciales, ni mucho menos para la Asamblea Nacional. Partiendo que la Constitución cubana instituye que el PCC es como un ente supraestatal y que es quien dirige y orienta el trabajo de las organizaciones de masas y, a la vez, como las organizaciones

de masas son, a través de las comisiones de candidaturas, son quienes proponen a los candidatos, no se puede hablar de libertad, democracia y pluralismo. En Cuba solamente hay *un partido* y no es posible, ni por la ley ni en la práctica, que haya otros.

Cuando se celebraron las elecciones para nuestro Consejo Popular Local, para seleccionar 1 entre los 5 candidatos, cada uno de una circunscripción diferente, Eladía, Lourdes y yo fuimos al colegio electoral designado. Hicimos como en la elección de la Constitución: anular la papeleta, a pesar de que se decía que te controlaban y lo iban a saber, etc. Tampoco conocíamos a los candidatos de las otras cuatro circunscripciones de nuestro consejo local, sólo el de nuestro CDR o cuadra: no se hacía campaña. Nos fueron a buscar a casa porque, recordar, había que emular entre los CDR y entre las circunscripciones para ver cuál era el CDR que votaban primero todos sus miembros. El ir a buscarte es también una medida de garantizar que la votación sea cerca del 100%. Nosotros también participamos de la “comparsa” de la “mascarada” y lo hicimos bajo presión. El temor, o mejor el miedo, era tremendo y mucho más cuando tenías algo que perder, como yo mis estudios en la Universidad. Los Poderes Populares Municipales son quienes, en teoría, dirigen las empresas estatales y los servicios locales. En la práctica, la administración depende del PCC. Y además que la estructura es cíclica y cerrada: todos, o casi todos, los miembros de los Poderes Populares pertenecen al único Partido y no les queda más remedio que obedecer su disciplina. Esta forma de elegir, y los controles que trae consigo, demuestra que el supuesto “poder legislativo” no es más que una polea de transmisión del Partido Comunista Cubano, aunque pretendan presentarlo como un instrumento de democracia.

Beatriz fue bautizada en la Iglesia Parroquial del Corpus Christi en Marianao, provincia de La Habana, el día 22 de octubre de

1976, por el sacerdote Mons. Pedro Sambí. Sus padrinos fueron Eladia Iglesia y el padre Carlos Manuel de Céspedes. En la Eucaristía estuvieron ayudando los mismos acólitos de nuestra boda: Norberto López, que ya era Diácono temporal, y Carlos Piedra, que era seminarista. Monseñor Sambí, aunque habitualmente iba a ayudar a nuestra parroquia anterior San Agustín, por la gran amistad que nos unía, vino a presidir la Eucaristía y bautizó a Beatriz. Lo celebramos en el Corpus Christi porque esta iglesia era la parroquia que nos correspondía, estaba más cerca de casa y el transporte era malo para estar desplazándonos con la niña, mucho más siendo pequeña. Sin embargo, como teníamos un gran vínculo con la anterior, la mayoría de los que asistieron al bautizo pertenecían a San Agustín. Otros que fueron eran de la parroquia de Jesús del Monte, donde estaba el padre Carlos Manuel y nos habíamos casado. Mis padres y mi hermana estuvieron.

Desde que Beatriz nació comenzamos a participar en la parroquia del Corpus Christi. Allí estaba de párroco el padre Andrés Desilets de los sacerdotes de la Sociedad de las Misiones Extranjeras (Misioneros Canadienses). Allí vivían y trabajaban pastoralmente las Hermanas Misioneras de la Inmaculada Concepción (MIC) de origen canadiense también. Fundadas en Montreal por Délia Tétrault de Marieville, en el año 1948 llegaron a Cuba a la Diócesis de Matanzas y empezaron a trabajar en estrecha colaboración con los padres canadienses de las Misiones Extranjeras, específicamente en la ciudad de Colón, donde estaban el colegio y seminario de los padres. En la parroquia del Corpus Christi conocimos a Osildia García Carbayo –quien años después, ya en España, ha sido la madrina de bautismo de nuestra hija Cecilia– y a sus hijas Ayxa y Amixa. En esta parroquia estuvimos asistiendo a las Eucaristías, las reuniones, a la formación y participábamos en las actividades de la Iglesia. En el Corpus iban muchos diplomáticos y extranjeros que se encontraban en el país, por estar situada en una zona donde se concentraban sus domicilios.

En la Navidad de 1976, nacida ya Beatriz, nos preocupa el hecho que en Cuba no se ponían prácticamente en ningún hogar los signos navideños. Mucho menos en las calles, escuelas, tiendas, trabajos y, en esa época, ni siquiera en los hoteles. Solamente en los templos se colocaba habitualmente el belén o misterio, en alguna iglesia se añadía el árbol. Queríamos que nuestra hija viera y se educara con los signos externos navideños, porque ayudan a los interiores, que son los más importantes. Como no se vendían en ningún sitio, nos dimos a la tarea de buscar y traer para La Habana los que se conservaban en casa de nuestras familias. Los adornos –bombillas, bolas, lágrimas, espumillones– de casa de los padres de Lourdes, mi árbol de Navidad, los de casa de mis abuelos de Conchita. El padre Carlos Manuel de Céspedes nos consiguió un árbol artificial de una señora de la parroquia de Jesús del Monte. Todos los trajimos y lo colocamos para la Navidad de 1976. Eladia tenía un bonito misterio de tamaño media-

no, y también lo pusimos. Cuando Mayra y Heriberto Ortiz se marcharon por el Mariel, en el año 1980, fuimos a la casa donde vivían –la del padre de Mayda– y le pedimos al padre que si no iba a utilizar los adornos nos regalara algunos: así lo hizo, y pudimos aumentar los nuestros y sobre todo tener repuesto cuando se rompieran. Las bolas antiguas eran de cristal muy fino y las bombillas si se fundían no había cómo sustituirlas. Los signos navideños los pusimos todos los años hasta que nos pudimos marchar de Cuba.

A pesar de que a finales de la década de los 70 comenzaron a mejorar algo las posibilidades de la alimentación, al permitir, como reseñé anteriormente, el Mercado Libre Campesino –de aquellos que conservaban algo de tierra, de un 10% al 20 % del total, porque el resto estaba en manos del estado, con sus granjas colectivas improductivas– y permitieron, con carácter limitado, el ejercicio de ciertas profesiones. Aun así, la escasez seguía siendo tremenda; las colas permanentes acompañaban el racionamiento: muchas cosas, de las pocas que teníamos asignadas, no llegaban en el plazo en que se suponía que “tocaban”. Y, si llegaban a los comercios estales, lo hacían en cantidades exiguas que no alcanzaban a todos (que, a su vez, a menudo eran expoliadas en el último eslabón, los propios trabajadores de la *bodega*). Por todo ello el mercado negro y los problemas eran inmensos.

Haré un resumen de lo que sufrimos durante toda la etapa que vivimos en casa de Eladia (1975-1981), y padecía también el resto de la población:

— El suministro de electricidad (“la luz”) se cortaba casi todas las noches (siempre todos los días laborables), de forma programada, durante lo que llamaban “hora pico”, mínimo 2 o 3 de las horas de más demanda, cuando se regresaba al hogar, se disponía de un poco de tiempo libre y para comer o ducharse. El corte podía producirse también durante el día, 2 o 3 veces por semana y había épocas que más. En ocasiones el apagón duraba toda la noche: nos acostábamos a dormir aún sin electricidad. Según el gobierno, “para ahorrar energía”. Pero a Cuba, como he dicho en otro momento, la URSS le vendía el petróleo más barato que el precio de mercado mundial y Cuba revendía el combustible a precio de mercado, para obtener una ganancia. También, todos los tendidos eléctricos, las plantas de producción de energía, los transformadores llevaban colocados por décadas sin recibir mantenimiento adecuado. Imaginar cómo conservar los alimentos en *refrigeradores* sin funcionar, cómo estudiar, cómo –los que lo tenían– no podían usar un ventilador en el calor tropical de Cuba, no se podía ver la televisión, si salías a la calle era en total oscuridad unas calles llenas de socavones...

Nosotros teníamos un único farol antiguo que era de Eladia. Como no había otros que comprar en el mercado, nos adscribimos a la “inventiva” nacional. Fabricamos unos de la siguiente manera: buscamos un *pomo* (frasco de cristal) ancho. Cogimos un tubo de pasta dental –de una marca nueva cubana que no era ni parecida a las pastas dentales de antes– ya vacío y lo rellenamos con una especie de pabilo del algodón que consiguiéramos. Cortamos la parte inferior del tubo para hacer unas “patas” que lo sostuvieran vertical. Sacamos una

porción del pabilo por encima, a través de lo que había sido la salida de la pasta. Después echamos un poco de keroseno en el frasco –sólo los que podían justificar ante las autoridades que cocinaban con keroseno tenían “derecho a comprar” la cuota racionada por la *libreta* y tener legalmente una cantidad de ese combustible en casa: como nosotros usábamos balón de gas, teníamos que “resolverlo” de contrabando. Cuidando que el tubo con el pabilo se mantuviera parado dentro del frasco con combustible, y que la mecha no sobresaliera mucho, la encendíamos. No se debía acercar el “farol” a la pared o al techo, porque los manchaba con tizne.

- Muchas veces no teníamos artículos de aseo, que estaban muy racionados: las cuotas eran particularmente insuficientes y aun así muchas veces no se cubrían las que señala la libreta, no llegaban a la tienda –era común no saber “por dónde iba” la distribución, porque siempre estaba atrasada. Acabada la cuota de pasta dental, nos lavábamos los dientes y la boca con cepillo, agua y bicarbonato –también el bicarbonato era difícil de conseguir en la farmacia. El desodorante, particularmente necesario en el calor de Cuba, cuando desaparecía, lo hacíamos con leche de magnesia –que, como también había dificultades de conseguirla en la farmacia, había que recurrir a la variante de mezclar alcohol con bicarbonato. El papel *sanitario* (higiénico), siempre y en todos los sitios era un grave problema. Usábamos el papel de periódico cortado en trozos: así se encontraban, si acaso, las hojitas enganchadas en un clavo, en gran parte de locales públicos. Los periódicos llevaban muchas menos hojas que los que estamos acostumbrados a ver en Occidente, y la tinta desteñía y manchaba. Y suerte que el periódico, al ser un arma de propaganda, siempre había. Allí no había papel higiénico, pero para las cosas políticas y burocráticas gastaban mucho papel.

Las cuchillas de afeitar, soviéticas: teníamos un vaso para frotarlas cada día y conservarles el filo más tiempo.

- Para arreglar cualquier cosa, estaban los llamados “consolidados” del estado. Había unos para llevar arreglar zapatos, otros para equipos eléctricos, etc. A reparar a domicilio era muy difícil que vinieran de allí: para eso, había que acudir al favor personal de un amigo o al contrabando. En realidad, estos métodos eran los efectivos: a través de los *consolidados* del estado se podía estar esperando meses: nunca llegaba el momento de entrega, indefinido. En estos lugares muchas veces no tenían las piezas de repuesto o los materiales por varias razones: porque no las había ya, porque no llegaban las que había y porque las que llegaban las robaban los mismos que trabajaban allí, para poder ellos guardarlas para su familia o amigos, colocarlas en la “bolsa negra” o venir ellos por su cuenta, de contrabando, a arreglar el equipo a domicilio. O sea, el método establecido: “resolver” y el “socio-lismo” (intercambio de favores).
- Las pocas ferreterías que quedaron en Cuba eran una broma. Sus estanterías o anaqueles estaban totalmente vacíos. No encontrabas clavos, tornillos, cristales, pintura, brochas, piezas de repuesto de *plomería* (fontanería), maderas o herramientas de cualquier tipo. Nada de nada. Hacer una reparación en una casa y/o la autorización para comprar los materiales, tiene que ser autorizada por el Poder Popular. Este consideraba si había materiales para suministrar o si tenían otras prioridades y, siempre, la “actitud” del solicitante: si quería abandonar el país, si era familiar de un preso político, si demostraba “desafección” hacia el régimen.
- El suministro de agua constituía otra odisea permanente. Hay muchos barrios de La Habana, y en muchos pueblos y ciudades de Cuba, donde la falta del agua es crónica. No han

tenido previsión: se han construido muy pocas presas, acueductos o el resto de infraestructuras. El existente no se ha cuidado nunca: no se hacen revisiones, reparaciones ni mantenimiento: las tuberías son viejas y los salideros de agua en las casas y las calles son frecuentes, los motores que impulsan el agua en las edificaciones se estropean constantemente (entre otras cosas porque el flujo de agua es escuálido). El agua también la cortaban a diario, durante tantas horas que podía decirse que “la ponían”, no que “la quitaban”. Cuando llegaba al edificio, el motor que tenía que hacer llegar el agua a los pisos y depósitos en la azotea se rompía con mucha frecuencia. Siempre Eladia estaba “luchando con eso”. Constantemente preocupada por el motor, conseguía que fueran a arreglarlo y estaba al tanto del encendido y apagado para que no se quemara. Ante esa realidad tuvimos que comprar a una persona conocida un *tanque*, un depósito grande y de acero inoxidable, que pusimos en el cuartito pequeño que había al lado de la cocina y aprovechábamos a llenarlo de agua durante el tiempo que salía por la *llave* (grifo). Estos depósitos de agua fueron y siguen siendo la única solución para la generalidad de la población. De esta forma, cuando íbamos a cocinar, lavar, limpiar o *bañarnos*, si no había agua en el grifo, lo frecuente, entonces con cubos sacábamos el agua del depósito y la usábamos según la necesidad. El agua para beber, viniera del grifo o del depósito, la hervíamos en la cocina.

- Cuando pasaba por la farmacia cercana, que estaba en la 5ª Avenida y veía que “habían sacado” algo en ese momento, fuera alcohol, algodón, pastillas para el dolor o compresas para la menstruación, inmediatamente hacía la cola y compraba las que vendieran (siempre una cantidad controlada), no importaba si ese día hiciera falta o no. Había que tener lo que fuera para el momento necesario —que seguro entonces no lo encon-

trabas en la farmacia— o para intercambiarlo por otro objeto o alimento. Muchas mujeres han tenido que usar telas de todo tipo como compresas, que tenían que lavar para reutilizar.

- Igualmente cerca de casa, en la esquina de 5ª Ave. y 96-A, había una cafetería en la que a veces vendían unas croquetas o unos sándwiches de “jamón” (un tipo incierto de embutido) y “queso” (un tipo de aglomerado). Cuando cualquiera de nosotros se enteraba del suceso y allí nos trasladábamos o porque al pasar veíamos que estaba la cola formada, la hacíamos para aprovechar la oportunidad. Comprábamos lo que vendieran. A las croquetas, de cachondeo los cubanos las llamaban “ave y cosmonauta”, el “ave” por lo de averiguar de qué estaban hechas y lo de “cosmonauta” porque “se pegaban al *cielo* de la boca” (el paladar).
- Para hacer una ensalada fría “especial” cuando, por ejemplo, teníamos una reunión de amigos o en la Iglesia para un ágape, unos llevaban el huevo, otros la mayonesa, y así, porque nadie teníamos todos los ingredientes, que no se conseguía nada fácil, ya lo sabemos bien. No porque quisiéramos hacer notar la participación de todos. Quizás algún extranjero, alguien que desconozca la realidad, piense aquello de que “es muy bonito el compartir” y la solidaridad, sin saber las dificultades y lo que se esconde detrás de las apariencias. Se puede compartir de otra forma, voluntariamente y no como único recurso.
- Si vas a la carnicería que corresponde a tu cartilla de racionamiento, además de verla vacía, puedes observar unos letreros que dicen: “carne de embarazada”. Esto quiere señalar cuándo ha llegado una cuota de carne extra y limitada, que solamente venden por la cartilla a las mujeres embarazadas. En otro letrero puede leerse “carne de niño de 0-6 años”, lo que no quiere decir que esté garantizada la cuota del mes para esos

niños. También puede haber uno con el texto “pollo piloto para los faltantes”, eso querrá decir que hay pollo para que, los que no alcanzaron una cuota correspondiente anterior, pueden al fin comprarla porque hay existencias.

- La *bodega* donde te corresponde comprar, *por la libreta*, los alimentos y productos de higiene, además de tener los estantes vacíos y una remesa de algunos productos limitados (unas veces unos, otras veces otros), de los que se supone puedes comprar, siguiendo una clasificación de prioridad a la “mujer trabajadora” (como expliqué ya antes), también encontramos letreros específicos. “Leche para 0-7 años.” Esto es: medio litro por día y niño, pero hasta los siete años, después ya no hay cuota de leche. Esta leche suele ser un polvo para preparar papilla —en tiempos soviéticos, muchos estantes estaban decorados con botes de la “leche” Moloko (*leche*, en ruso), que nadie quería llevarse. La cartilla de racionamiento otorga el derecho de comprar, para los niños hasta los 3 años de edad, una cantidad de compota de frutas, que a veces ha llegado hasta 10 compota al mes, lo que no garantiza de que estén en la bodega para poder comprarlas. ¿Cómo se puede tomar leche a partir de los 7 años? Imposible. A no ser “por la *bolsa negra*” (contrabando), intercambios o, a partir de la década de los 2000, comprándolo en las tiendas especiales (fuera de las de racionamiento), usando la moneda nueva emitida por el gobierno, el CUC.
- Cuanto producto llegaba a las tiendas de ropa se vendía. Por supuesto, por la cartilla de racionamiento y con las condiciones que en otros momentos he relatado. Generalmente no había variedad: ni en modelos, ni en colores. Así, por ejemplo, si llegaba una remesa de camisas o cualquier otra prenda de ropa, todas eran iguales. Los cubanos en guasa las llamaban “24 por segundo”, aludiendo a los fotogramas de cine, que son proyectados a una cadencia de 24 por segundo:

en los lugares aparecían 24 personas por segundo llevando la misma prenda. Otro de los inventos del régimen fue armar una fábrica de zapatos de plástico, los Kikos. Daban un calor tremendo, en aquella temperatura, y resultaban evocadores de los olores más inusitados. Cuando te los quitabas, quedaban grabados en la piel los dibujitos de su superficie.

- La falta de todo ha llevado a las cubanas fabricar sus rulos (*rolos* se diría en Cuba), con trozos de tubería de plástico o de cartón. Aunque lo más triste de todo es cómo veíamos que se iba perdiendo a pasos agigantados el cuidado en la presencia pública de las personas. Las mujeres salían a la calle con los rulos puestos, los hombres comenzaron a pararse en las puertas de sus casas o en las aceras sin camisa o con ella abierta... Los cubanos siempre habían sido muy cuidadosos en su limpieza y presentación en público, aunque se tratara de las personas más humildes o los *guajiros* acostumbrados al campo. Aun siendo analfabetos y sin dinero, nunca olían mal, ni vestían descuidados, aunque su ropa estuviera remendada —a no ser alguien que tuviera un problema mental y viviera como vagabundo. Este descuido ha sido otra consecuencia de la degradación que el comunismo ha llevado al pueblo cubano.
- Todas las personas mayores de edad tenían asignada una cuota de *cigarros* (cigarrillos) al mes, controlados por la cartilla, para comprar en las bodegas, fumaran o no. Los que no fumábamos los utilizábamos para intercambio clandestino por otros productos. A nuestra casa iba una señora mayor todos los meses para que nosotros le diéramos las cajetillas de tabaco y ella nos las cambiaba por latas de leche condensada u otros productos. Era una cadena de trueques. Ella iba a nuestra casa porque tenía confianza, no a otros vecinos que la pudieran denunciar, y se hacía lo más discretamente posible. A veces la señora dejaba de ir a nuestra casa y ya sabíamos

que la policía le había dicho que no podía salir de su domicilio por una cantidad de días, mientras se celebrara el evento político importante en Cuba o durase la visita de un dignatario extranjero. Donde vivíamos era una zona por la que pasaban muchas comitivas oficiales o vivían extranjeros o diplomáticos, y altos dirigentes o funcionarios del estado cubano. Con frecuencia la señora estaba “en prisión domiciliaria”. En definitiva, era para que la “imagen de Cuba” fuera impecable y uniforme (como un ejército): que no había personas pobres o que se comportaran a su manera. No les preocupaba tanto el intercambio en sí: lo más importante era lo político.

— Coger un taxi era un problema grande: había muy pocos estatales y en esa época no estaban permitidos los particulares. Si paraba un taxi te podía decir que no iba para esa zona donde querías viajar, porque ellos tenían una programación oficial que seguir. Desde afuera, el primer contacto era preguntar: “¿para dónde va?” Antes de abrir la puerta o sentarte, tenías que decir para dónde querías ir, a ver si la dirección le convenía al taxista. Otras veces venían ya llenos y no podías montar. Ningún taxi oficial era de uso individual, y era preferente llevara todas las plazas ocupadas, así que podía recoger personas que no se conocieran, siempre que fueran para la misma zona de destino.

— En una ocasión compré carne de res de “bolsa negra” por medio de un cocinero del Sanatorio de San Juan de Dios. Regresaba a casa con la *jaba* en la *guagua* con un miedo terrible. Dispusimos de la carne con cautela para que los vecinos no sospecharan si freíamos o cocinábamos más frecuente de lo normal o si percibían el olor.

— El refrigerador de casa de Eladia era de los de antes de la Revolución. Se le estropeó el cierre y tuvieron que ponerle

uno de “caja de balas” de los militares. Así también le ocurrió al de mi casa de Unión de Reyes, que tenía mi edad: mis padres habían comprado un General Electric cuando yo nací.

— En Cuba no había pañales desechables para niños. Sólo los tenían los extranjeros o quizás algunos privilegiados de nivel muy alto en la Nueva Clase —no cualquier dirigente del gobierno. Por eso había que usar pañales de tela de gasa de algodón, que había que hervir. Esto también era un problema, ya que por la escasez de agua —esta fue una razón importante para instalar el tanque que pusimos en el cuarto pequeño—, ya por la falta de combustible de gas y de detergente. Para hervir los pañales teníamos que usar una *lata* de metal y un *fogón* (cocina) de keroseno. El keroseno no nos correspondía por la cartilla y acudíamos a la “bolsa negra”. También teníamos que hervir el agua para beber y por tanto se añadía más gasto de combustible.

Ya un balón de gas para la cocina era algo prácticamente inasequible. La distribución, en manos del organismo correspondiente del estado cubano, era, como todo, precaria e ineficaz. Por supuesto, los balones estaban racionados. En la cartilla de racionamiento aparece reflejado qué tipo de combustible usas en tu domicilio: gas de balón, keroseno o gas de la calle (por tubería). Cuando no nos alcanzaba el gas, a pesar del ahorro meticuloso que hacíamos de él, solamente podíamos usar la hornilla o *fogón* pequeño que teníamos de keroseno, lo que hacía más lento y trabajoso el proceso.

En la Navidad de 1976, nacida ya Beatriz, nos preocupa el hecho que en Cuba no se ponían prácticamente en ningún hogar los signos navideños. Mucho menos en las calles, escuelas, tiendas, trabajos y en esa época ni tan siquiera en los hoteles. Solamente en los templos se colocaba habitualmente el belén o misterio, en alguna iglesia se añadía el árbol. Queríamos que nuestra hija viera y se edu-

cara con los signos externos navideños, porque ayudan a los interiores, que son los más importantes. Como no se vendían en ningún sitio, nos dimos a la tarea de buscar y traer para La Habana los que se conservaban en casa de nuestras familias. Los adornos –bolas, bombillas, lágrimas, espumillones– de casa de los padres de Lourdes, mi árbol de Navidad, los de casa de mis abuelos de Conchita. El padre Carlos Manuel de Céspedes nos consiguió un árbol artificial de una señora de la parroquia de Jesús del Monte. Todos los trajimos y lo colocamos para la Navidad de 1976. Eladía tenía un bonito Misterio de tamaño mediano, y también lo pusimos. Cuando Mayra y Heriberto Ortiz se marcharon por el Mariel, en el año 1980, fuimos a la casa donde vivían –la del padre de Mayda– y le pedimos al padre que si no iba a utilizar los adornos nos regalara algunos: así lo hizo, y pudimos aumentar los nuestros y sobre todo tener repuesto cuando se rompieran. Las bolas antiguas eran de cristal muy fino y las bombillas si se fundían no había cómo sustituirlas. Los signos navideños los pusimos todos los años hasta que nos pudimos marchar de Cuba.

Los vecinos por supuesto lo supieron: nos imaginamos la irritación de los “come candela” (así se conocía a los más fieros defensores de la dictadura comunista). Sin embargo, la madre de nuestra vecina Lourdes Veiga nos pedía permiso para verlo. Entraba a la sala y se sentaba un rato para contemplarlo. Como era mayor, menos problemas y control tenía ya encima. Suponíamos que a su hija también le hubieran gustado. Un día nos sorprendió un joven que tocó en la casa: era novio de la hija de un Comandante de la Revolución, Faustino Pérez. Estaba en el Servicio Militar Obligatorio y mientras visitaba a la chica, al enterarse de los adornos de Navidad, nos pidió pasar a verlos. Recuerdo una pregunta ingenua del joven: si yo había hecho esas bolas. Esto es una señal de la ignorancia en que está sometida esa población y más los jóvenes que no habían vivido nada anterior al comunismo. Estas visitas sucedieron en los años siguientes hasta que nos fuimos de Cuba. En cada momento histórico el desconocimiento varía: quizás hoy

no hubiera hecho esa pregunta. De cualquier modo, ignoran muchas otras cosas.

En una ocasión queríamos visitar a la familia de Jagüey Grande, ya con Beatriz. Reservamos, con la empresa estatal (la única que había) de transporte de autobuses, los asientos para viajar directamente de La Habana a Jagüey. Nos fuimos para la Terminal de Ómnibus de La Habana a la hora señalada: pasamos un día entero allí y el autobús no salió. Regresamos para la casa sin poder viajar: ni siquiera sabían cuándo saldría alguno, y no podíamos esperar más tiempo con la niña pequeña. En Cuba las terminales, como muchos otros sitios no tienen las condiciones mínimas: las sillas un desastre, todas ocupadas –si nos sentábamos en una no podíamos dejarla porque la perdíamos. Las cafeterías casi vacías, con productos de mala calidad. Los baños públicos con una falta de higiene total. Sumar a todo eso el escándalo general (*gritería*) de las personas y el calor insoportable (era verano), acentuado por el hacinamiento.

La escasez seguía siendo tremenda; las colas permanentes acompañaban el racionamiento: muchas cosas, de las pocas que teníamos asignadas, no llegaban en el plazo en que se suponía que “tocaban” y si llegaban a los comercios estales, lo hacían en cantidades exiguas (a su vez, muchas veces expoliadas en el último eslabón, los trabajadores de la bodega) que no alcanzaban a todos. Por todo ello el mercado negro y los problemas eran inmensos.

Beatriz se divierte

Cada vez que podíamos llevábamos a Beatriz a un parque infantil que había cerca de casa. Allí la montábamos en el *cachumbambé* (sube y baja), la *canal* (tobogán) y los columpios. Otras veces, a lo que quedaba del antiguo parque de diversiones habanero Coney Island, que fue en su momento una de las atracciones más famosas de América Latina.

Cada vez que podíamos llevábamos a Beatriz a un parque infantil que había cerca de casa. Allí la montábamos en el *cachumbambé* (sube y baja), la *canal* (tobogán) y los columpios. Otras veces, a lo que quedaba del antiguo parque de diversiones habanero Coney Island, que fue en su momento una de las atracciones más famosas de América Latina. Pero en los años 70, cuando llevábamos a Beatriz, el deterioro era total y casi no quedaban atracciones. Poco después lo cerraron. Después, 2008, con inversiones chinas, lo reabrieron con otro nombre: Isla del Coco. Ni remotamente se parecía ya al Coney Island. En poco tiempo (según múltiples testimonios), por la falta de mantenimiento, volvió al deterioro. Antes de la Revolución, eran famosas las celebridades que venían a visitar el Coney Island. Extranjeros y personas de otras partes de Cuba quedaban maravillados por la Casa de los Cristales, los

carros locos o la gran Montaña Rusa. Frente al Coney Island estaban el Rumba Palace, La Cocinita, el Mare Aperto y el restaurante Himalaya, que vendían todo tipo de menús. En las aceras, los vendedores ambulantes ofrecían sus fritas. En los alrededores, muchas fondas y bares terminaban de dar a la zona un aspecto cosmopolita. Poco a poco, los aparatos dejaron de funcionar y fueron pasando a ser chatarra; las instalaciones quedaron desiertas e inútiles; los lugares para comer desaparecieron. Cuando nosotros llegamos al barrio en el año 1975, ya no quedaba casi nada que ayudara a imaginar lo que fue.

Antes de la Revolución, existían muchos circos en Cuba. Visitaban todos los pueblos y ciudades, entre ellos Unión de Reyes. Después de la Revolución, a principio de la década de los 60, fueron expropiados y el estado, con su método único de control centralizado, es decir, empezó por renombrarlo e institucionalizarlo como Circo Nacional de Cuba. Pero durante muchos años, se suprimieron las carpas tan típicas de estos espectáculos itinerantes. Durante la niñez que Beatriz pasó en Cuba, no pudimos llevarla a ninguno. Ni en La Habana, ni en nuestros pueblos, como tantas veces habíamos estado nosotros de niños, en nuestros pequeños pueblos, sin necesidad de ir hasta La Habana. Nos han informado que, con los años, ya después de marcharnos, la Escuela de Circo de Cuba forma buenos artistas. Pero siempre, como todo en Cuba, a través de un organismo oficial, el Consolidado de Centros y Atracciones Turísticas, que no autoriza competencia a nadie más. A partir del año 2007, montaron una carpa de circo, el Circo Trompoloco (en honor al famoso payaso que permaneció en Cuba, trabajando por la televisión). Los espectáculos que monta ni se acercan a la calidad que tenían los de 50 años atrás. Tampoco eran itinerantes, y no llegan a otros niños fuera de la capital. No como nosotros en nuestros pequeños pueblos: allí han perdido la posibilidad de conocerlos. Esto, según informaciones e imágenes que llegan de Cuba.

Entre los circos que existían antes de la expropiación, estaban Montalvo, Santos y Artigas, Razzore, Torres, Pubillones, Nelson y La Rosa. Entre los “números” que presentaban en los espectáculos: payasos, ilusionistas, magos, tragafuegos, comevidrios, domadores de animales (leones, tigres, elefantes, perros, gatos, monos), equilibristas sobre cuerdas, trapeceistas, malabaristas, contorsionistas, lanzadores de cuchillos, acróbatas múltiples y bailarinas. Un maestro de ceremonias, con su frac, presentaba las actuaciones, acompañadas por una banda de músicos, con su director. Desde 1951, todas las temporadas hasta la de 1957-1958, llegaba la gira de la célebre compañía norteamericana Ringling Brothers and Barnum & Bailey Circus, el más grande y famoso del momento. En Cuba, si el circo que llegaba al pueblo tenía una calidad que no se acercaba a la de los grandes, se le apodaba Circo Ripiera, rimando con la burla “se entra por la puerta y se sale por donde quiera”.

Entre los circos que existían antes de la expropiación, estaban Montalvo, Santos y Artigas, Razzore, Torres, Pubillones, Nelson y La Rosa. Entre los “números” que presentaban en los espectáculos: payasos, ilusionistas, magos, tragafuegos, comevidrios, domadores de animales (leones, tigres, elefantes, perros, gatos, monos), equilibristas sobre cuerdas, trapeceistas, malabaristas, contorsionistas, lanzadores de cuchillos, acróbatas múltiples y bailarinas. Un maestro

de ceremonias, con su frac, presentaba las actuaciones, acompañadas por una banda de músicos, con su director. Desde 1951, todas las temporadas hasta la de 1957-1958, llegaba la gira de la célebre compañía norteamericana Ringling Brothers and Barnum & Bailey Circus, el más grande y famoso del momento. En Cuba, si el circo que llegaba al pueblo tenía una calidad que no se acercaba a la de los grandes, se le apodaba Circo Ripiera, rimando con la burla “se entra por la puerta y se sale por donde quiera”. Los cubanos son muy *chotas*, se ríen de todo y de todos, hasta en las desgracias.

Visitaban también nuestros pueblos, antes del régimen comunista, muchas ferias que armaban atracciones de caballitos, avioncitos, carros locos, montaña rusa, acrobacias de motos en una bola gigante de metal, juegos para obtener un premio, la *estrella* (noria), a los que acompañaban la venta de algodón de azúcar, bebidas y comidas de llevarse en la mano. En Unión de Reyes, las ubicaban en el terreno de pelota, donde se montaban los circos que iban de gira. Si las atracciones que pasaban eran pocas, se ponían en el Parque Central, el de la iglesia católica. Todos estos negocios de ferias de atracciones, como el resto, fueron expropiados por los comunistas, y también igual desaparecieron.

Sí que pudimos llevar a Beatriz al Zoológico y al Aquarium de La Habana. El Zoológico ya estaba mermado, la instalación falta de mantenimiento y los animales de alimento. Ya no se renovaron especies. Fue inaugurado en 1943, en una zona del reparto del Vedado, en la Ave 26. El Aquarium está en Miramar (calle 3ª esquina calle 60), reparto Playa, más cerca de casa, aunque teníamos que tomar un transporte público para llegar –sobre este lugar, tengo una anécdota que me ocurrió y relataré más adelante.

Extranjeros entre ruinas

Noemí, antes de ver el mar y la arena, me decía que los cubanos, seguro, exageraban sobre la playa de Varadero. Pero recuerdo perfectamente que, al abrir la ventana de la habitación del hotel, expresó: “coño, esto sí es una playa”. Lourdes le preguntó qué es lo que más le impresionaba de Cuba y ella respondió enseguida: “la tristeza de las caras de los cubanos”. A nosotros nos sorprendió esa respuesta porque, al no haber salido de Cuba, no nos percatábamos de ello: es más, siempre habíamos considerado a los cubanos como alegres, siempre haciendo chistes de todo. Sin embargo, Noemí estaba acostumbrada a vivir entre cubanos en Miami y se dio cuenta de esa diferencia entre los “de adentro” y los “de afuera”.

Entre el año 1976 y 1977, el gobierno decide reparar las casas del barrio que no tenían puertas ni ventanas, las que estaban totalmente abandonadas y destruidas, primero por las becas y después

por los años sin que nadie las habitara. Llegan a toda la zona grupos de trabajadores de las diferentes especialidades: albañiles, fontaneros, carpinteros, electricistas, pintores... enviados y dirigidos por el organismo correspondiente del estado cubano, lo que ellos llaman, usando terminología militar, Brigadas de Trabajadores de la Construcción. Escogidos entre los mejores de su especialidad y observados de muy de cerca por la Seguridad del Estado. El objetivo era arreglar esas viviendas para alquilarlas a extranjeros, fundamentalmente diplomáticos, y a algunos “dirigentes”, altos funcionarios del estado comunista. Quedaron como si las hubieran hecho nuevas: tenían los materiales necesarios, de los que no disponía la población. Tardaron un año o más en rehacer esos chalets. Pensábamos en cómo ese estado cubano había dejado, por diferentes razones (o sin ellas), que se destruyeran barrios enteros y cómo ahora se gastaban dinero, materiales y tiempo en reparar un desastre que se pudo evitar. Otro ejemplo más de lo que hace el comunismo con lo que toca.

A las diferentes casas reconstruidas de nuestra *cuadra* comienzan a llegar nuevos vecinos: diplomáticos extranjeros y algunos altos jerarcas del gobierno. Se muda un comandante de la Revolución, Faustino Pérez, con su familia. En la esquina, yendo por nuestra misma acera, uno de esos chalets lo comienza habitar una familia diplomática de Australia que, en alguna ocasión, por conocernos a través de la Iglesia, nos invitó a cenar (a *comer*, diríamos en Cuba). Frente a nuestro edificio, una de las casas la alquilaron a diplomáticos de Canadá. Con estos tuvimos mucho más contacto, no solo porque asistían a la parroquia del Corpus Christi, sino también porque la señora del diplomático padecía de una anemia crónica (megaloblástica) y yo, que sabía inyectar y estudiaba Medicina, iba a su casa para ello. Con estos vecinos diplomáticos compartíamos en ocasiones comidas (*almuerzos*), cenas o meriendas. La primera vez que tomamos refresco de Coca-Cola después de muchos años, y por

primera vez en nuestras vidas en lata, fue en casa de ellos –antes de la dictadura solo se envasaba en botella. Todas estas visitas a los diplomáticos sabíamos que molestaban enormemente al CDR y que estaríamos aún más vigilados por el G2, pero no íbamos a renunciar a esa pequeña parcela de libertad, tanto en la decisión de compartir con ellos, como por el ambiente de su casa y las conversaciones que nos ayudaban a conocer mejor la realidad exterior a Cuba.

De todas formas, siempre había que tener cuidado en las conversaciones y mucho más en esas casas que probablemente estuvieran llenas de micrófonos, colocados por los que las reconstruyeron, por los que iban a reparar algo o por los que trabajaban en ellas brindando cualquier servicio (limpieza, cocina, conducción de coches). Los teléfonos, aunque estuvieran colgados, eran verdaderos micrófonos transmisores. Muchas conversaciones que creíamos que podían ser comprometedoras, las hacíamos muy bajito y prácticamente moviendo los labios, hablando más con los gestos y siempre con música puesta. Otras que fueran muy comprometedoras las evitábamos.

Los trabajadores de las embajadas o el personal de servicio en los domicilios de los diplomáticos y técnicos extranjeros tienen que ser contratados a través del organismo correspondiente del Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba (MINREX). Esto lo fueron exigiendo desde la década de los 60 y no digamos después. Sólo algunos que trabajaban de antes, y que no se habían ido del país o jubilado, siguieron haciéndolo. Conductores, jardineros, servicio doméstico y de mantenimiento, todos estaban bajo control del régimen y son otro recurso de la Seguridad del Estado para obtener información y generar miedo preventivo.

A los diplomáticos, el gobierno cubano les facilita unas *diplotiendas*, donde pueden comprar exclusivamente ellos. Además, pueden adquirir productos en otros comercios de hoteles y/o tiendas que

funcionan con monedas como el dólar o el euro y actualmente con un dinero inventado por el régimen, que puede circular por el país, el CUC, Peso Cubano Convertible. El cambio de esta moneda, sólo válida dentro del territorio nacional, lo fijaron equivalente al dólar (ahora, unas décimas más) y es una manera de controlar cualquier divisa de valor real que entre al país y siempre va a quedar en sus manos, mientras para el trueque comercial usan esos vales que han emitido, que no corresponden a ningún valor real.

Desde los años 60, en Cuba habían estado viviendo miles de ciudadanos de los países del Este de Europa, entonces comunistas. Estos extranjeros estaban en Cuba como asesores militares y técnicos de diferentes ministerios, de distintas profesiones. En general vivían con sus familias. Tenían ciertos privilegios: podían comprar productos en tiendas a las que los cubanos no les era posible acceder y les facilitaban buenas viviendas, si la comparamos con las de los ciudadanos del país. En general, estas personas de países del Este se dedicaban además al contrabando y el intercambio de productos con los cubanos: latas de carne, ropa, calzado y todo tipo de cosas. Ellos estaban más familiarizados que un occidental con esta economía sumergida de trueque y estraperlo, porque venían de otros regímenes comunistas.

Los técnicos o asesores de los antiguos países comunistas eran enviados a Cuba por sus gobiernos. Aunque Cuba tuviera también una dictadura comunista, no podían ellos elegir libremente el lugar ni la duración de su destino. Tampoco los cubanos podían viajar libremente al resto de naciones comunistas. Recuerdo una anécdota que me contó un amigo que conocí años después en España, Joaquín Vergara. Su primera esposa era una búlgara, y se casaron en Cuba. La búlgara recibe la noticia de que su madre está gravemente enferma, ella que era hija única y decide regresar temporalmente a Bulgaria para cuidarla. Cuando, pasado un tiempo, solicitó al gobierno búlgaro autorización para volver a Cuba junto

a su esposo, se lo negaron. Así pasaron los años y finalmente esa separación forzosa afectó al matrimonio.

Tanto los diplomáticos como los técnicos extranjeros y asesores como cualquiera de fuera de Cuba que estuviera trabajando en el país, tenía a sus hijos estudiando en escuelas especiales y siguiendo programas de estudio del extranjero, a los que la población cubana no podía acceder.

Todos estos privilegios de los extranjeros nos hacían sentir como parias, como ciudadanos de tercera categoría, por tener ellos unas posibilidades que ni remotamente podíamos alcanzar en nuestro propio país los que habíamos nacido en él. Unos privilegios por ley que en un país normal no existirían. En otros lugares la diferencia estaría si acaso en tener dinero o no para poder comprar según qué cosas y a las escuelas en principio puede acceder cualquier ciudadano. Si además añadimos que el gobierno de Cuba habla constantemente de un sistema político de igualdad y derechos, aún más cínico y desgarrador resulta constatar esas diferencias.

Desde que conocimos a Monseñor Sambi en la Iglesia de San Agustín, en el 1975, hasta que se marchó de Cuba, en 1978, visitó nuestra casa con frecuencia, principalmente por la noche, cuando finalizaba una recepción en una embajada, que había unas cuantas en la zona de Miramar. Sambi le decía a Lourdes “santa madre” desde que salió embarazada y después continuó llamándole lo mismo. Antes de ponernos a conversar, nos hacía una señal y poníamos en el teléfono, que estaba colgado, una almohada, y reproducíamos música y canciones. De esta forma se generaba interferencia y la Seguridad del Estado tenía más dificultad para escuchar. Nuestras conversaciones nunca fueron de conspiración contra el régimen, pero sí eran críticas: se hablaba de lo que pasaba en el país, especialmente con los cristianos, y no queríamos que

nos oyeran. Sambi que tenía muy buen carácter, se reía de cómo había burlado a los de la Seguridad del Estado que lo estaban siguiendo en un coche cuando salía de las recepciones, cómo siempre hacía la policía secreta para saber dónde se dirigía. Él intentaba con su coche burlar a los que lo seguían, doblaba continuamente por diferentes calles, hasta que lograba en algún momento despistarlos. Se divertía con ello. Por supuesto que sabía

L Monseñor Sambi llamaba a Lourdes “santa madre” desde que salió embarazada. Antes de ponernos a conversar, nos hacía una señal y poníamos sobre el teléfono, que estaba colgado, una almohada, y reproducíamos música. De esta forma se generaba interferencia y la Seguridad del Estado tenía más dificultad para escuchar. Nuestras conversaciones nunca fueron de conspiración contra el régimen, pero sí críticas: se hablaba de lo que pasaba en el país, especialmente con los cristianos, y no queríamos que nos oyeran. Sambi que tenía muy buen carácter, se reía de cómo había burlado a los de la Seguridad del Estado que lo estaban siguiendo en un coche cuando salía de las recepciones y cómo siempre hacía la policía secreta para saber dónde se dirigía. Entre sus ocurrencias y chistes nunca se nos olvida aquel que nos dijo sobre las predicaciones de los sacerdotes: “la predicación tiene que ser como la minifalda: corta, que enseñe y que dé esperanza”.

que se enteraban finalmente dónde visitaba, entre otras cosas porque los CDR de cada *cuadra* siempre están al acecho de cualquier extraño y mucho más si la matrícula (*chapa* decimos en Cuba) es de un *carro* de diplomáticos. Nuestro CDR seguramente estaba al tanto y lo informaba. Entre sus ocurrencias y chistes nunca se nos olvida aquel que nos dijo sobre las predicaciones de los sacerdotes: “la predicación tiene que ser como la minifalda: corta, que enseñe y que dé esperanza”.

En la primavera del año 1977, mi tía política Noemí, de origen colombiana, casada con mi tío Gonzalo Guedes, que vivían en Miami, visitó Cuba. Ella, como no era cubana, en ese momento lo podía hacer con facilidad. No conocía el país, ni a ninguno de la familia que estábamos allí. Fue una gran alegría para todos, el encuentro con alguien de la familia “de afuera”, que nos traía las noticias de primera mano, las historias que no conocíamos. Noemí nos transmitió a todos mucho cariño, alegría y simpatía, como si la conociéramos de toda la vida. Enseguida mantuvo unas excelentes relaciones y empatía con Lourdes y conmigo. Se quedó en un hotel de La Habana, pero fue de visita a Unión de Reyes. Allí aún vivía parte de la familia más allegada: mi abuelo Antonio, mi tía María Julia, mi tío Armando y papi. La pude acompañar a Unión.

Después quiso ir a Varadero, porque Gonzalo y en general los cubanos de Miami le hablaban que era una magnífica playa y mucho mejor que las de EUA y otros sitios. Alquiló por un día una habitación en el hotel, la acompañé también. Lourdes no pudo estar en este viaje porque Beatriz era pequeña, y se quedó en La Habana. Noemí, antes de ver el mar y la arena, me decía que los cubanos, seguro, exageraban sobre la playa de Varadero. Pero recuerdo perfectamente que, al abrir la ventana de la habitación del hotel y observar la playa, expresó: “coño, esto sí es una playa”. Era ya más de las seis de la tarde y quiso que nos metiéramos al mar. Así lo hicimos.

Noemí en este viaje me preguntó si nosotros, Lourdes y yo, no pensábamos en algún momento, cuando se pudiera, irnos de Cuba. Le respondí que nuestra opción en ese momento era permanecer en Cuba como católicos, porque era necesario para la Iglesia y el país. Este deseo nuestro cambió un tiempo después, como contaré más adelante. Lourdes le preguntó a Noemí qué es lo que más le impresionaba de Cuba y ella respondió enseguida: “la tristeza de las caras de los cubanos”. A nosotros nos sorprendió esa respuesta porque, al no haber salido de Cuba, no nos percatábamos de ello: es más, siempre habíamos considerado a los cubanos como alegres, siempre haciendo chistes de todo. Sin embargo, Noemí estaba acostumbrada a vivir entre cubanos en Miami y se dio cuenta de esa diferencia entre los de adentro de Cuba y los de afuera. Ella nos trajo a la familia ropa y otras cosas necesarias. Con Lourdes y conmigo se volcó: me dejó varias camisas, una *guayabera* blanca (camisa fina típica del Caribe) de mangas cortas y también me dejó pantalones *pitusa* (vaqueros), que eran los primeros pantalones de este tipo que pude tener en mi vida. Me llevó a algunas tiendas de los hoteles donde vendían muchas cosas que no había en los mercados de Cuba. En estos comercios los cubanos en ese

En el mes de junio de 1977 los gobiernos de EUA y de Cuba acuerdan restablecer relaciones diplomáticas, rotas oficialmente desde el 3 de enero de 1961. Estas nuevas relaciones serían atenuadas mediante el establecimiento de una “Sección de Intereses de los Estados Unidos en Cuba”, con sede anexa a la embajada suiza en La Habana y “Sección de Intereses de Cuba en los Estados Unidos”, en la embajada checoslovaca en Washington.

momento no podíamos ni tan siquiera entrar, lo teníamos prohibido por el gobierno. Al ir con ella me autorizaron la entrada para acompañarla, aunque con reticencias. Como no teníamos televisor en casa de Eladia, y en Cuba era muy difícil obtenerlo, como he explicado en otros momentos, ella me dijo que nos compraba uno. El televisor fue uno de marca Sony en blanco y negro y de tamaño pequeño, unas 14 pulgadas, pero mucho mejor que no tener ninguno y sin tener esperanza de poderlo comprar. Estos regalos para nuestra familia Noemí los compraba no sólo en su nombre, sino también en el de otros familiares de EUA. La ropa, que se veía perfectamente que era “de afuera” (como decíamos), por su calidad de confección y diseño, y el televisor “capitalista”, molestaron a los dirigentes del CDR de nuestra cuadra. Aunque en ese momento no lo dijeron abiertamente, lo captábamos por comentarios y las caras que ponían. Para ellos eso era “diversionismo ideológico”, lucir cosas que eran “símbolos del enemigo imperialista”.

En el mes de junio de 1977 los gobiernos de EUA y de Cuba acuerdan restablecer relaciones diplomáticas, rotas oficialmente desde el 3 de enero de 1961. Estas nuevas relaciones serían atenuadas mediante el establecimiento de una “Sección de Intereses de los Estados Unidos en Cuba”, con sede anexa a la embajada suiza en La Habana y “Sección de Intereses de Cuba en los Estados Unidos”, en la embajada checoslovaca en Washington. La embajada suiza estaba ubicada en el edificio de la antigua embajada de EUA en La Habana, el que tenían antes de la ruptura de relaciones. Los suizos se habían encargado, desde el momento de la ruptura de las relaciones en el año 1961, de los asuntos de EUA en Cuba. El 1 de septiembre de 1977 se hace efectivo el comienzo operativo de las dos “Secciones de Intereses”, que no tuvieron aún el rango de embajadas, pero permitieron que los asuntos de ambos países se comenzaran a hablar directamente entre ellos.

59 Sobrevivientes

El primer cumpleaños de Beatriz lo celebramos en La Habana comprando un *cake* por la cartilla de racionamiento. Los abuelos estuvieron. Los siguientes que vivimos allí, hasta el quinto, los celebramos en Unión de Reyes. Mami ponía el mantel bordado que tenía de cuando Evita y yo celebrábamos nuestros cumpleaños. Adornaba el cake con figuras que ella había guardado desde entonces –de lo contrario, no hubiéramos tenido otras.

Comencé mi segundo curso de Medicina (1977-1978), en el Instituto Superior de Ciencias Médicas. Me ubicaron en el grupo IV, brigada 2, con el número de expediente 204-203. En este curso, además de las asignaturas relacionadas con Medicina (Aparato Urinario y Reproductor, Digestivo, Metabolismo, Nutrición, Endocrino, Órganos Hematopoyéticos, Hemostasia), tenía que dar la de Preparación Militar, con formación teórica y práctica militar (entrenamientos). Continué con la asignatura del Hombre y su Medio. Otra de las asignaturas obligatorias era Marxismo. Por supuesto había que hacer las actividades de índole político: “círculos

de estudio”, guardias de milicia, “trabajos productivos”, asistencia a los actos o concentraciones... Cuando se finalizaba la carrera tanto médicos, como psicólogos y odontólogos, los consideran tenientes militares de la reserva, lo que quiere decir que en cualquier momento te pueden llamar a entrenamientos militares y hasta guerras que se libran en el extranjero, como ha sucedido en infinidad de ocasiones, es decir, te comprometen como militares.

El primer cumpleaños de Beatriz lo celebramos en La Habana comprando un *cake* por la cartilla de racionamiento. Los abuelos estuvieron. Los siguientes que vivimos allí, hasta el quinto, los celebramos en Unión de Reyes. Mami ponía el mantel bordado que tenía de cuando Evita y yo celebrábamos nuestros cumpleaños. Adornaba el *cake* con figuras que ella había guardado desde entonces –de lo contrario, no hubiéramos tenido otras. También, para comprar un *cake* hecho en Unión para Beatriz, teníamos que hacer otra cosa bien incómoda: primero, los trámites en la OFICODA de La Habana para darnos de baja allí y pasar temporalmente la *libreta* de abastecimiento para Unión; luego los correspondientes, en la OFICODA de Unión para el alta, durante los días que estuviéramos de visita, de esta manera y no de otra tendríamos derecho de comprar en las *bodegas* de Unión de Reyes, el medio litro de leche que vendían por la niña, algo que quizá cayera dentro de la cuota. Lo mismo había que hacer cuando íbamos para Jagüey Grande. Y, claro, repetir los trámites a la inversa, al regresar. También para nosotros era necesario, aunque fuera durante una semana o quince días, para poder comprar algo, si lo había.

Beatriz pudo conocer de pequeña a la bisabuela Estrella Sánchez y el bisabuelo Antonio Guedes. Mis abuelos pudieron compartir y tener en brazos a Beatriz, gracias a los viajes que hacíamos a Unión de Reyes y el Conchita.

A Beatriz la tuvimos que poner en el Círculo Infantil (guardería), en el año 1977. De lo contrario, Lourdes perdía su trabajo. Podíamos llegar al Círculo caminando durante unos 10 a 15 minutos. Habitualmente, Lourdes la llevaba por la mañana y yo la traía de vuelta a casa por la tarde, tan pronto como fuera posible, para evitar que se pasara mucho tiempo allí. Nos costó mucho tomar la decisión de matricularla en la guardería, pero no teníamos otra opción, con nuestros padres lejos y sin nadie de confianza que pudiera ocuparse de ella. Eladia no era diestra para ello y le hubiera resultado prácticamente imposible: lo que más podíamos pedirle, en alguna ocasión, que se quedara con ella un rato si teníamos que salir a algún sitio donde no era posible llevarla, y esto sólo hasta después que Beatriz hubiera cumplido un año. Nos angustiaba tanto lo del Círculo Infantil, que lo consultamos, entre otros, con Monseñor Sambi. Él intentó quitarle importancia, resaltando las ventajas de compartir con otros niños.

En los Círculos Infantiles, como en todos los sitios de Cuba, desde los nombres, carteles, murales y actividades “olían” a los resultados de la “ideologización del comunismo”. Las que trabajaban no eran personas preparadas, la alimentación mediocre o mala. Un día fui a buscarla y estaba llorando. Una de las cuidadoras le había pisado una manito, menos mal que estaba descalza cuando lo hizo –eso nos dijo y la creí, porque la había visto sin zapatos muchas veces antes–, pero era una mujer gruesa, de peso considerable.

Beatriz tardó en caminar: comenzó a andar a los 16 meses. Al advertir ese cierto retraso en la motricidad, Marina, la mamá de Lourdes, nos insistía que la lleváramos a un especialista. Así lo hicimos al fin. El médico afirmó que la niña “no tenía nada”, que “cada persona tiene su propio desarrollo”. A las pocas semanas de haber consultado al facultativo, Beatriz empezó a caminar.

Como Lourdes era quien llevaba a Beatriz al Círculo Infantil por las mañanas y luego, el transporte que tenía que llevarla al Hospital Diez de Octubre era tan pésimo como en el resto de Cuba –y el tramo a cubrir largo–, diariamente llegaba tarde al trabajo. Como

Lourdes tenía que marcar una tarjeta de entrada, su jefa —comprensiva y consciente de su situación en particular y del grave estado del servicio de transporte público—, justificaba con su firma cada día, en la tarjeta de Lourdes, los retrasos. El jefe superior llegó a pedir explicaciones a esta jefa acerca de esto. A pesar de todo, ella continuó justificando con su firma las tardanzas en la tarjeta. Aunque Lourdes saliera con un tiempo suficiente, era muy difícil que llegara a su hora.

Tener un coche propio era y es casi imposible: no se vendían libremente a la ciudadanía. Unos pocos, fabricados en países del Este europeo —dentro del bloque comunista entonces—, se distribuían a altos dirigentes del gobierno, a algunos cubanos que habían cum-

L Como Lourdes era quien llevaba a Beatriz al Círculo Infantil por las mañanas y luego, el transporte que tenía que llevarla al Hospital Diez de Octubre, era tan pésimo como en el resto de Cuba —y el tramo a cubrir largo—, diariamente llegaba tarde al trabajo. Como Lourdes tenía que marcar una tarjeta de entrada, su jefa —comprensiva y consciente de su situación en particular, y lo grave del estado del transporte público—, firmaba todos los días la tarjeta de Lourdes a su hora, en su lugar, para cubrir las tardanzas. El jefe superior llegó a pedir explicaciones a esta jefa, de por qué la justificaba tanto. A pesar de esto, ella continuó firmando la tarjeta de entrada. Aunque Lourdes saliera con tiempo suficiente, era muy difícil que llegara a su hora.

plido “misiones internacionalistas” y a algunos profesionales, según un criterio que atendía al carácter de su función y su “integración” al gobierno. Cuba que fue, antes de la Revolución, un país con una densidad importante de carros, se ha convertido en un desierto de coches. Muchos de los que actualmente circulan, comprados antes de 1959, tienen más de 60 años.

El *apartamento* (piso) que se encontraba encima del nuestro, era propiedad del Ministerio del Interior, que lo utilizaba como residencia temporal para extranjeros. Los últimos ocupantes que conocimos, antes de marcharnos, fueron unos brasileños. No se relacionaban con los vecinos: nos encontrábamos esporádicamente en las escaleras y alguno de ellos, si acaso, nos daba el saludo formal. Evidentemente, se quería que pasaran inadvertidos para la mayor parte de la población en general y para los gobiernos de los países de donde eran originarios —aunque los vecinos de nuestra calle, que conocían de su existencia como lo sabíamos nosotros, fueran personas muy vinculadas al régimen. A estos extranjeros, el gobierno les suministraba todo lo que necesitaban: diariamente les traían la comida y hacían la limpieza del piso. Muy frecuentemente escuchábamos la proyección de películas o documentales. Miembros de la Seguridad del Estado los visitaban continuamente. Por todo lo que se podía escuchar y por los comportamientos que los rodeaban, se intuía que estaban recibiendo entrenamiento teórico. Probablemente fueran guerrilleros y/o simpatizantes del comunismo que estaban preparando para que actuaran en sus países. Conocíamos que, por toda la ciudad, el gobierno tenía más viviendas de ese tipo, con los objetivos de esconder o camuflar y entrenar a extranjeros.

Como he referido antes, el régimen, desde el principio de la Revolución, ha estado interviniendo en guerrillas, guerras y la desestabilización de otros gobiernos en medio mundo. Ha formado con entrenamiento y ha escondido guerrilleros y militantes comunistas

de todos los países posibles: de América Latina, África, Asia, pero también de EUA y otros lugares de Occidente. Les da formación teórica, pero también práctica de tipo militar. El régimen utiliza a estudiantes de muchos países, a quienes facilita hacer su formación técnica o universitaria (médico, ingenieros ...) en Cuba, para luego usarlos como infiltrados, que influyan con información tendenciosa en sus países de origen. Estos estudiantes extranjeros subvencionados son un medio de propaganda para decir al mundo, que Cuba facilita sus estudios “gracias al Socialismo y a la generosidad de la Revolución”.

Recibimos la noticia que mi tía “Pupo” (Amalia Sánchez) estaba mal, que presentaba un cuadro de meningitis. A pesar del tratamiento, el 2 de noviembre de 1977 falleció, a los 55 años de edad. Me produjo gran tristeza perder no sólo a una tía, sino a una persona cariñosa, servicial y sencilla, con la que compartíamos frecuentemente. En vísperas de su matrimonio había perdido a su novio por la descarga eléctrica de rayo, nunca más supo o pudo recobrar un proyecto de pareja. Empezó entonces a dormir en una misma habitación con “tía” Eusebia, a quien considerábamos parte de nuestra familia. Ese mismo año 1977 había fallecido Eusebia. Luego de estas pérdidas, cuando visitaba la casa de los abuelos en Conchita, sentía cada vez un mayor vacío. También por esa época falleció Marta López Curbelo, esposa de mi tío Rafael Sánchez (“Fito”). Padecía asma y tenía EPOC (Enfermedad Pulmonar Crónica), que se fueron complicando hasta un desenlace fatal. De esta enfermedad padecía también mi tía Oneida, por su asma crónica.

Parte Séptima

Buscando la salida

60 Un descubrimiento

L Al principio del año 1978, en un librero en la oficina de la casa de los padres de Abraham Morejón, esposo de mi tía abuela Balbina Guedes, en el pueblo de Alacranes, apareció un “milagroso” certificado de nacimiento que decía que Abraham era ciudadano norteamericano. Conservaban la casa porque allí vivía Mario, su hermano, que fue quien encontró el papel. El padre tenía la ciudadanía norteamericana y lo había inscrito en la Embajada. Nadie de la familia Morejón tuvo conocimiento del hecho hasta el hallazgo providencial. Tan inesperado “tesoro” fue la tabla de salvación para Abraham, Balbina, su hija Cucha, su esposo Enelio y sus hijos Nancy y Enelito, que pudieron todos solicitar visa a los EUA.

Al principio del año 1978, en un librero en la oficina de la casa de los padres de Abraham Morejón, esposo de mi tía abuela Balbina Guedes, en el pueblo de Alacranes, apareció un “milagroso” certificado de nacimiento que decía que Abraham era ciudadano norteamericano. Conservaban la casa porque allí vivía Mario, su hermano,

que fue quien encontró el papel. El padre tenía la ciudadanía norteamericana y lo había inscrito en la Embajada. Nadie de la familia Morejón tuvo conocimiento del hecho hasta el hallazgo providencial. Tan inesperado “tesoro” fue la tabla de salvación para Abraham, Balbina, su hija Cucha, su esposo Enelio y sus hijos Nancy y Enelito, que pudieron todos solicitar visa a los EUA. El gobierno cubano los autorizó, entre otras cosas porque seguramente le interesaba quedarse con una casa de dos plantas que dejaban. Así la familia se salvó de la dictadura y pudieron marchar al exilio el 1 de marzo 1979.

En el año 1978, en La Habana se preparan para celebrar, del 28 de julio al 5 de agosto, el XI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes. Llegaron a participar unos 20.000 jóvenes de todas partes del mundo. Como todo en ese sistema comunista, se organiza y se dirige desde las más altas instancias: el PCC y las llamadas “organizaciones de masa” se encargan de cumplir las órdenes que “bajan” desde la cúpula del poder. En nuestro CDR hacen varias reuniones de preparación: charlas de adoctrinamiento, acerca de lo que íbamos a poder hablar y lo que no, de quiénes eran los que vendrían. O sea, cómo proceder cuando nos topáramos con los visitantes que participarían en el Festival Mundial. En la vecindad quedaban los llamados Círculos Sociales Obreros, los antiguos clubs gremiales de Miramar. El Círculo Social más cerca de nuestro edificio era el antiguo Cubanaleco y ahí iban a traer una tarde-noche, para una fiesta, a los polacos. El gobierno quería que la población participara en esta actividad con los extranjeros, siempre vigilada por los miembros del PCC, UJC y los encargados de la organización del CDR de la *cuadra*. Para esto nos prepararon con estrictas informaciones que advertían que “con los polacos había que tener un cuidado especial”, ya que en su país existían algunos “problemas” y muchos de ellos eran religiosos. Como Lourdes y yo conocíamos lo que estaba sucediendo en Polonia, que era un pueblo muy católico

y había protestas obreras, cuando fuimos a la fiesta nos atrevimos a conversar con uno de los polacos sobre el tema religioso. Usando algunas palabras del inglés y lo que sabía el joven de español, le preguntamos si era católico y nos dijo que su abuela y otros familiares iban a la Iglesia, aunque él no asistía. Todo lo hicimos con mucha discreción.

En 1978-1979 comienzo el tercer curso de la carrera de Medicina, asistiendo ya al Hospital Joaquín Albarrán conocido como Clínico de 26, por su situación en la avenida 26 del Nuevo Vedado. Me ubicaron en el grupo 3B, brigada 5. Además de las asignaturas de Medicina correspondientes a este curso (Anatomía Patológica, Microbiología, Laboratorio Clínico, Radiología, Medicina Interna/Riñón, Cardiovascular), me impartieron la Preparación Militar de marras y teníamos que participar en todas las actividades políticas de siempre y en sus “trabajos productivos” o “voluntarios” —que como he dicho no eran productivos y mucho menos voluntarios—, a través de la FEU, con la “orientación” de los *núcleos* del PCC y la UJC del centro.

Teníamos que ir a un Policlínico para las prácticas ambulatorias, y me tocó hacerlas junto a un compañero chileno, Guillermo, que tenía una moto y me llevaba. En una ocasión resbalamos en una calzada llena de aceite (o petróleo). Caímos al suelo y menos mal que el tráfico era tan escaso en Cuba, porque en otro lugar nos podrían haber atropellado. No llevábamos casco, la autoridad no lo exigía entonces —y no había de dónde sacar uno. El chileno tenía la moto, porque a los extranjeros siempre les autorizaban privilegios a los que los cubanos no tenían acceso. Podían comprar ciertos productos en tiendas especiales, exclusivas para ellos, a las que no podíamos entrar.

Guillermo, compañero desde el primer curso, había llegado a Cuba con parte de su familia, tras la caída del presidente de Chile

En noviembre de 1971, Fidel Castro visita Chile, por unos pocos días que se convierten en un recorrido de 23 de por todo el país. Para muchos, esta visita fue decisiva y provocó el golpe de estado del general Augusto Pinochet en 1973. Castro aprovecha su estancia en Chile para lanzar la idea de que “revolucionarios y cristianos deben unirse”. Aunque ha reprimido con severidad toda manifestación religiosa en Cuba, comprende la importancia de la religión en América Latina y los beneficios que podría obtener si consiguiera derivar su influencia hasta usarla a su servicio. También intenta cautivar a los militares chilenos y les regala metralletas autografiadas. Una de ellas es para el general Pinochet, a quien conoce y con quien se retrata.

Salvador Allende. Allende llegó al poder tras las elecciones de 1970 con el 36% de los sufragios de su partido, la Unidad Popular. Con el 35% quedaron los Liberales de Jorge Alessandri; la Democracia Cristiana de Radomiro Tomic obtuvo el 28%. La falta de entendimiento entre liberales y democristianos permitió la toma del poder de Allende. En noviembre de 1971, Fidel Castro visita Chile, por unos días que se convierten en un recorrido de 23 días por todo el país. Para muchos, esta visita fue decisiva y provocó el golpe de estado del general Augusto Pinochet en 1973. Castro aprovecha su estancia en Chile para lanzar la idea de que “revolucionarios y cristianos deben unirse”. Aunque ha reprimido con severidad toda manifestación religiosa en Cuba, comprende la importancia de la religión en América Latina y los beneficios que podría obtener si

consiguiera derivar su influencia hasta usarla a su servicio. También intenta cautivar a los militares chilenos y les regala metralletas autografiadas. Una de ellas es para el general Pinochet, a quien conoce y con quien se retrata. Salvador Allende poco a poco, con la asesoría y la ayuda material de Cuba, fue llevando al país al desastre económico. Muy pronto comenzaron las protestas del pueblo chileno, ya a partir de finales de 1971, con las llamadas “marchas de las cacerolas”. El gobierno de Cuba fue acusado por la Junta Militar chilena de haber introducido cientos de agentes y toneladas de armas en Chile para respaldar al presidente Allende en el autogolpe que éste, según la dictadura chilena, fraguaba al ser derrocado. El 11 de septiembre de 1973, con un Golpe de Estado armado, contra el gobierno de Salvador Allende, dirigido por el general Augusto Pinochet, Chile cae en una dictadura militar hasta 1989. Allende se suicidará ese mismo día.

Con este compañero chileno tenía cierta confianza. Ya él, como muchos extranjeros que vivían en Cuba, se había percatado de la estafa de ese régimen cubano, de la falta de libertades y del desastre al que llevaban al país en todos los sectores. Intercambiábamos información sobre la situación de Cuba y él, como yo, escuchaba La Voz de América.

Guillermo, compañero desde el primer curso, había llegado a Cuba con parte de su familia, tras la caída del presidente de Chile Salvador Allende. Ya él, como muchos extranjeros que vivían en Cuba, se había percatado de la estafa de ese régimen cubano, de la falta de libertades y del desastre al que llevaban al país en todos los sectores. Intercambiábamos información sobre la situación de Cuba y él, como yo, escuchaba La Voz de América.

Cumplidos los 27 años de edad, y con ellos el tiempo de compromiso con el “período activo” en el SMO, ya podía (teóricamente) solicitar el permiso de salida definitiva de Cuba. A Lourdes y a mí nos preocupaba mucho el futuro en Cuba de nuestra hija y de los posibles que llegaran a continuación. Entonces nos empezamos a plantear la posibilidad de marcharnos del país. Cuando nos casamos, nos habíamos mentalizados ya que nuestro papel, como católicos, era el de quedarnos. Pero el nacimiento de una hija nos empezó a inquietar: al fin y al cabo, esa elección la iba afectar también a ella. Esta decisión era angustiante y difícil. Dar el paso en el contexto de Cuba era radical: si lograbas salir del país no habría vuelta atrás. Y, como creyentes, existía una lucha interior entre quedarnos para trabajar en Cuba y dar el mejor testimonio posible o abandonar, dejando atrás ese compromiso y a la familia, amigos, país. Durante meses estuvimos reflexionando. Lo consultamos con algunos sacerdotes y amigos de confianza. Todos opinaban que la decisión debía ser nuestra, pero la mayoría se inclinaba a pensar que lo mejor para nosotros era marcharnos, que también en el exterior se puede y debe vivir la Fe, con todas sus consecuencias. Y nosotros ya teníamos también que pensar por una hija y los que pudieran venir posteriormente.

Con el fin de obtener dólares, el régimen cubano —particularmente Fidel Castro— conversa, en el mes de noviembre de 1978 con un grupo de exiliados cubanos, el llamado Comité de los 75, representantes de una parte minoritaria del exilio proclive a un encuentro con las autoridades comunistas. Con esta parte de la comunidad cubana en el exterior —principalmente de Miami— Fidel Castro contemporiza y hasta la cubre de elogios. Castro se siente seguro y confiado en su triunfo continental. En diciembre del mismo año continua el diálogo con un grupo de 140 exiliados que concluye, el 8 de diciembre, con la firma de un acuerdo donde el gobierno se compromete a la excarcelación de presos políticos cubanos,

la reunificación de las familias y la posibilidad de la visita a la Isla de personas con origen o nacionalidad cubana que viven en otros países.

A comienzos de 1979 visitó Cuba Monseñor Bernardin Gantin, en ese momento Prefecto de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos. Esta visita fue una inyección de vitalidad para la Iglesia Católica, en todas las Diócesis. En el recorrido que dio, una multitud de cubanos lo saludaban: eso, para la realidad de ese momento, era algo extraordinario, y reflejaba que el sentimiento religioso del pueblo estaba ahí, a pesar de la represión y el miedo. A pesar que estaban prohibidas las manifestaciones públicas y las procesiones, en esta ocasión no fueron reprimidas. Probablemente por la repercusión internacional. Lourdes y yo fuimos a la misa que presidió en la Catedral de La Habana y lo pudimos saludar. Otra oportunidad que tuvimos de compartir una Eucaristía con muchos hermanos que no veíamos hacía tiempo, en el gozo de tener a Monseñor Gantin de visita en Cuba, por la importancia que eso tenía para nuestras comunidades.

En diciembre de 1978, Fidel Castro, con el fin de obtener dólares, luego de conversaciones con el llamado Comité de los 75 —representantes de una parte minoritaria del exilio proclive a un encuentro con las autoridades comunistas, con quienes contemporiza y hasta cubre de elogios— firma un acuerdo donde el gobierno se compromete a la excarcelación de presos políticos cubanos, la reunificación de las familias y la posibilidad de la visita a la Isla de personas con origen o nacionalidad cubana que viven en otros países.

Los presos políticos

Uno de los presos políticos excarcelados a principios de 1979 fue el hermano de Beba y Chila. Lo conocimos personalmente: salía delgado de la prisión que le había costado su matrimonio, con el divorcio. Un hombre bueno, educado y prudente. Cada vez que podíamos pasábamos por la casa donde vivía con sus hermanas: nos encontrábamos con personas excelentes, que pensaban muy parecido a nosotros. El gobierno de EUA concedió visa de entrada, junto a sus familiares, a todos los excarcelados, y los tres se marcharon a EUA.

En los primeros meses de 1979, el gobierno implanta un nuevo Código Penal que redefine como crímenes comunes los actos hasta ese momento considerados delitos políticos. Así “reducen” el número de presos políticos recurriendo a la semántica. El régimen había modificado muchas veces las leyes del Poder Judicial, hasta que pusieron en práctica la Constitución de 1976. La suspensión del habeas corpus (el procedimiento que tiene como fin remediar rápidamente la detención ilegal de un ciudadano), desde los primeros

días de la Revolución, se elevó a rango constitucional. Se mantuvo a todo cubano en una situación de suspensión de garantías constitucionales. La arbitrariedad en las detenciones, acusaciones, proceso judicial y condenas, ha sido la tónica jurídica de la Revolución, siempre. La situación de indefensión, inseguridad y total falta de garantías procesales casi ha “condenado preventivamente” a toda la población cubana. Todo esto contribuye a la perpetuación del sistema comunista. En la Cuba comunista jamás se han cumplido los principios indispensables para la verdadera administración de justicia. Los “tribunales revolucionarios” nunca han admitido la presunción de inocencia ni han sido independientes. Los jueces, fiscales y funcionarios son elegidos, por ley, entre los “muy integrados al régimen”. La inmensa mayoría de ellos, en todas las instancias, son miembros del único partido, el PCC, y seguramente están vinculados a la Seguridad del Estado, a la policía política —si es que no son miembros efectivos de ese cuerpo. Por encima de la ley, como pasa con el Poder Legislativo (Asamblea Nacional del Poder Popular), se encuentra el Poder Político del Partido Comunista, tal como recoge expresamente la propia Constitución cubana.

Necesitado de dinero (como siempre), el gobierno quiere dar otra imagen ante el exterior. Seguro de que su influencia terminaría controlando también a los cubanos del exilio, como resultado de aquellos diálogos, Castro anuncia que va a poner en libertad unos 3.600 de entre los presos políticos, como “gesto de buena voluntad” hacia los exiliados. Más de un centenar de los presos políticos afectados por el indulto rechazan la excarcelación: no quieren formar parte de una maniobra que consideran está manipulando y comprometerá seriamente al exilio. Piden la libertad de todos los presos políticos, sin exclusión, y la reunificación de las familias cubanas. Rechazan cualquier tipo de diálogo o compromiso que signifique libertad al precio de claudicación. Entre esos presos políticos, se encontraba el ex comandante de la Revolución Huber Matos, quien finalmente cumplió íntegramente los 20 años de cárcel a los que lo habían condenado, y no salió de la prisión hasta el 21 de

octubre de 1979. El gobierno de Costa Rica medió para conseguir, para él, el exilio en ese país centroamericano.

Uno de los presos políticos excarcelados a principios de 1979 fue el hermano de Beba y Chila. Lo conocimos personalmente: salía delgado de la prisión que le había costado su matrimonio, con el divorcio. Un hombre bueno, educado y prudente. Cada vez que podíamos pasábamos por la casa donde vivía con sus hermanas: nos encontrábamos con personas excelentes, que pensaban muy parecido a nosotros. El gobierno de EUA concedió visa de entrada, junto a sus familiares, a todos los excarcelados, y los tres se marcharon a EUA. Otro excarcelado que conocimos fue Tony Sowers: una tía suya era muy amiga de Eladia. Tony comenzó asistir a la Iglesia de San Agustín, aunque ya en ese momento nosotros no íbamos a esa parroquia. Al poco tiempo se casó con Ana María, una de las jóvenes con las que compartíamos en los grupos allí. Cuando el gobierno de EUA les facilitó la visa, Tony voló con ella y el resto de su familia a Miami. Ana María, que fue una gran amiga, murió años después allí, por una enfermedad renal crónica.

El régimen es muy hermético como para poder afirmar con seguridad cuál es el número total de presos políticos que han sido detenidos en Cuba. El Archivo Cuba/Cuba Archive ha publicado que, desde el 1 de enero de 1959, unas 500.000 personas han pasado por las cárceles y granjas de trabajos forzados, como presos políticos —incluyendo los que han sufrido detenciones cortas. Durante los años de la anterior dictadura de Batista, se estima que los presos políticos llegaron a computar unos 500.

Con relación a las muertes en Cuba por razones políticas, según informes de Cuba Archive/Archivo Cuba, se calculan más de 7.000, incluyendo las ejecuciones por fusilamiento y las extrajudiciales, así como desapariciones, principalmente durante intentos de salida ilegal del país, aunque también se computan las muertes como consecuencia de huelgas de hambre —y otras causas inciertas— dentro

de las prisiones. Es difícil hacer un recuento de las muertes por razones políticas en Cuba, porque el régimen no facilita información al respecto. Es verdad que los casos de opositores desaparecidos

El régimen cubano ha sido despiadado en la eliminación de la oposición. Principalmente en sus primeras décadas ejerciendo el poder, las condenas de prisión por 20 y 30 años eran muy comunes, aludiendo cualquier motivo, y el fusilamiento estuvo muy presente. El presidio político cubano ha sido grande no sólo por el número de afectados —en proporción con el de habitantes del país—, sino también por lo cruel: torturas, vejaciones, maltrato extendido a las familias. En aquellos primeros años, mientras se consolidaban en el poder, desplegaron sin descanso sus mecanismos represivos de terror y control, que culminaban con el presidio político. Las organizaciones de control han continuado aplicando los métodos coercitivos siempre, con matices y modulaciones según las circunstancias. En los últimos años han logrado que los cubanos ya, en su mayoría, sean una población atemorizada, sin esperanza de cambio real y con muchas menos posibilidades de poder manifestarse masivamente. Existe en el cubano una indefensión, real y aprendida. En su ADN se ha instalado la carga genética del miedo, la imposibilidad de visualizar una perspectiva de cambio y la indiferencia política.

son pocos, al contrario de lo que ha ocurrido en otras dictaduras de América Latina. Esta diferencia estadística se puede explicar con el hecho de que en Cuba es legal asesinar a los opositores, mientras que esos otros países del entorno la ley no lo permitía. ¿Para qué detener a un opositor amparado por la nocturnidad y el anonimato, como ha sido frecuente en otras dictaduras de América Latina, cuando es perfectamente legal apresarlos, juzgarlos y fusilarlos en 24 horas, como se ha hecho en Cuba durante decenios? El régimen cubano ha sido despiadado en la eliminación de la oposición. Principalmente en sus primeras décadas ejerciendo el poder, durante los 60 y 70, las condenas de prisión por 20 y 30 años eran muy comunes, aludiendo cualquier motivo, y el fusilamiento estuvo muy presente. El presidio político cubano ha sido grande no sólo por el número de afectados –en proporción con el de habitantes del país–, sino también por lo cruel: torturas, vejaciones, maltrato extendido a las familias –a quienes, en muchas ocasiones, no dejaban ver los cadáveres de sus seres queridos asesinados, ni saber dónde estaban verdaderamente enterrados. En aquellos primeros años, mientras se consolidaban en el poder, desplegaron sin descanso sus mecanismos represivos de terror y control, que culminaban con el presidio político. Las organizaciones de control han continuado aplicando los métodos coercitivos siempre, con matices y modulaciones según las circunstancias. En los últimos años han logrado que los cubanos ya, en su mayoría, sean una población atemorizada, sin esperanza de cambio real y con muchas menos posibilidades de poder manifestarse masivamente. Existe en el cubano una indefensión real y aprendida, en su ADN está instalada la carga genética del miedo, la imposibilidad de visualizar una perspectiva de cambio y la indiferencia política.

De gusanos a mariposas

El objetivo de estos viajes, para el gobierno cubano, es básicamente económico. En buena parte, el sistema se sostiene con dinero de los exiliados, de los *gusanos*: los gastos que hagan en Cuba van a parar a manos del estado. Los cubanos empezaron a aludir, en *choteo*, que “los *gusanos* se habían convertido en *mariposas*”.

El 31 de marzo de 1979 Orlando Ojeda se casa con Margarita “Maggie” Rodríguez Pérez. Se conocieron en la Iglesia de San Juan de Letrán, en el Vedado, cuando estaban en el coro de la parroquia. Orlando terminaba la carrera de Bioquímica y Maggie trabajaba impartiendo clases de francés en el colegio La Alianza Francesa, que dependía de la embajada de ese país, con unas condiciones de trabajo muy diferentes al resto de los centros de enseñanza. Antes de contraer matrimonio, Orlando sabía que unas de las condiciones para casarse con Maggie era aceptar marcharse del país, cuando se dieran las condiciones. Él tenía muchas dudas –como nos pasó a nosotros–, por el hecho de ser católico y la necesidad de permanecer en Cuba para trabajar en y por la Iglesia.

Ante esta disyuntiva, un día Orlando me va a ver a la casa. Sentados en el dormitorio (para alejarnos del teléfono que estaba en la sala), me plantea sus dudas y angustias en relación con la salida de Cuba. Mi respuesta fue, en resumen, que un buen cristiano podía dar testimonio y trabajar como miembro de la Iglesia en cualquier lugar del mundo. Que, si quería a Maggie para iniciar un proyecto en común con ella, no la podía forzar a quedarse en Cuba, ya que desde hacía muchos años ella deseaba marcharse del país junto al resto de su familia. Por supuesto, le hice ver los pros y contras. Razoné mi respuesta con detalles. Orlando me confesó tiempo después que esa noche no pudo dormir en la beca, pensando en lo que le había dicho y en la posible decisión a tomar –todavía se encontraba internado en el Vedado, porque estaba terminando su carrera. Obviamente, la decisión que tomó fue que se iría de Cuba con Maggie y la familia, cuando fuera posible. El hermano de Margarita, Jesús René “Chuchi”, que era médico radiólogo, estaba casado con Asela, enfermera, y tenían dos hijas, Margarita y Lourdes. Ellos pudieron salir de Cuba años antes que Orlando, vía España: vivieron en Madrid un tiempo, esperando una autorización de entrada a EUA. Maggie, su mamá María Pérez y una tía, Luisa, vivían juntas en un apartamento del Vedado, y esperaban la primera oportunidad para salir de Cuba.

Con el curso de 1979, Orlando termina la carrera. No le dan trabajo hasta febrero de 1980, unos siete meses después, en el Laboratorio de Contaminación de Aguas de la Bahía de La Habana, que pertenecía al Centro para el Desarrollo Portuario.

A partir del 1 de julio de 1979, se permiten que los odiados y despreciados antiguos “gusanos” visiten Cuba con regularidad. Para poder hacerlo, se les obliga a recuperar la nacionalidad cubana, de la que ellos mismos le habían despojado al partir, y a obtener nuevos pasaportes, expedidos por los delegados de la autoridad de la isla en su lugar de residencia actual. Esto queda establecido

entonces para cualquier nacido en Cuba que quiera entrar al país, desde cualquier lugar del mundo, tiene que hacerlo bajo un pasaporte cubano. Aunque hayan obtenido ya otra nacionalidad y, por consiguiente, un pasaporte en vigor correspondiente a aquella. Durante muchos años han exigido a esos cubanos, un visado estampado en el pasaporte: ahora, formalmente, han cambiado el nombre al trámite del visado por el de “habilitación”, con efectos similares. Es tremendo que el cubano tenga que viajar a su país con un visado, autorización o habilitación y, cuando tiene otra nacionalidad, no pueda hacer uso de ella para entrar a Cuba. Los pasaportes, si no son los más caros del mundo, están entre ellos, no solo por el precio que tiene solicitarlo, sino porque vencen cada 6 años y cada 2 hay que revalidarlos con una prórroga, trámites todos gravados por sumas de dinero considerables. No es sólo la razón económica la que mueve al gobierno cubano a exigir los pasaportes, prórrogas y renovaciones: cualquier nacido en Cuba que entre allá lo hará sometido a las leyes del territorio, perdiendo las garantías internacionales o las de su nuevo país. Si el régimen considera que debe retenerlo o interrogarlo, lo hace en calidad de ciudadano de ese país. Esto ha ocurrido más de una vez. Esta manera de viajar de los cubanos a la isla es una forma más de control del régimen. A muchos cubanos la dictadura comunista les niega la posibilidad de viajar a Cuba, por diferentes razones: militancia en el exterior contra la dictadura, para castigar a su familia que resida allí o si ha hecho declaraciones en el extranjero que hayan molestado al gobierno cubano. En definitiva, otra modalidad de control y miedo. Esto hace que la mayoría de los cubanos del exterior vivan como “rehenes” de la dictadura, cuidándose de lo que expresan públicamente e inhibiéndose de participar en grupos, actos o manifestaciones públicas en contra del gobierno cubano, si quieren viajar a Cuba en algún momento. El miedo a hacer público cualquier rechazo al régimen es también consecuencia del temor que tienen los cubanos del exterior a cualquier represalia contra la parte de su familia que vive aún en la isla. Los cubanos

empezaron a aludir, en *choteo*, que “los *gusanos* se habían convertido en *mariposas*”.

El objetivo de estos viajes, para el gobierno cubano, es básicamente económico. En buena parte, el sistema se sostiene con dinero de los exiliados, de los *gusanos*: los gastos que hagan en Cuba van a parar a manos del estado cubano. El dinero que se gaste en cualquier consumo en las tiendas, restaurantes, hoteles o transporte, directa o indirectamente va a pasar a las arcas del gobierno. Además del costo previo en documentación: pasaportes y demás papeles que exigen. Durante años, los cubanos que llegaban de visita para ver a su familia, aunque tuvieran dónde y prefirieran hospedarse con sus allegados, tenían que alquilar una habitación de un hotel, que era, como todos, propiedad del estado —aunque actualmente permiten inversión extranjera en los hoteles, el gobierno es el socio mayoritario. Muchos de los visitantes iban a la casa de su familia a hospedarse, para estar todo el tiempo con ellos —objetivo del viaje—,

Así, por el teléfono había que hablar poco tiempo —por lo caro que era, y porque uno sabía que no podía pagar la llamada—, y hacerlo con miedo: sabíamos que éramos escuchados por la Seguridad del Estado. La falta de comunicación fluida entre las familias separadas hacía que no se intercambiase información importante sobre muchos hechos, reflexiones o sentimientos. Experiencias que se perdieron de vivir conjuntamente. Las vidas eran paralelas, no solo por la realidad muy diferente de Cuba y del exterior, sino también por la incomunicación.

pero tenían que tener reservada y pagada la habitación del hotel. O sea, no sólo eran controlados todos sus movimientos, que esta vez tenían que pagar un caro impuesto monetario para ser víctimas.

Mi tía Noemí, en el año 1979, vuelve a ir de visita a Cuba. Durante este viaje, como en el anterior, estuve acompañándola todo el tiempo. En esta ocasión se hospedó en el Hotel Nacional de La Habana. Ya Lourdes y yo habíamos decidido salir de Cuba, por donde fuera y como fuera. Beatriz iba creciendo, la situación del país sólo variaba para empeorar: nos angustiaba cada vez más cómo marcharnos de una vez. Estuvimos hablando mucho con Noemí sobre ello: nos dijo que intentaría ayudarnos en todo lo posible. Con los viajes de Noemí conocimos más sobre la familia en EUA. Nosotros directamente no nos comunicábamos con ellos para evitar más problemas con el régimen, mucho más estudiando en la Universidad. Y, como mi abuela María había fallecido, mi tía María Julia Guedes era la que más se escribía con la familia de afuera. Las cartas demoraban semanas y no se podía contar todo por ellas, ya que se sabía que el gobierno las revisaba. Las comunicaciones telefónicas eran muy limitadas y muy caras —las tarifas, de las más altas del mundo, siempre tenían que pagarlas los familiares del exterior— sólo se podía recibir llamadas internacionales, cualquier solicitud de conexión desde Cuba debía ser a cobro revertido. Así, por el teléfono había que hablar poco tiempo —por lo caro que era, y porque uno sabía que no podía pagar la llamada—, y hacerlo con miedo: sabíamos que éramos escuchados por la Seguridad del Estado. La falta de comunicación fluida entre las familias separadas hacía que no se intercambiase información importante sobre muchos hechos, reflexiones o sentimientos. Experiencias que se perdieron de vivir conjuntamente. Las vidas eran paralelas, no solo por la realidad muy diferente de Cuba y del exterior, sino también por la incomunicación.

63 La decisión

Durante las décadas de los años 60, 70 y 80, este panorama fue el que predominó en la realidad cubana y yo viví en primera persona. Había sido una regla social evitar el contacto con los opositores, con los presos o sus familias, con los que piden salida definitiva. Posteriormente, aunque ciertas condiciones han variado, los que deciden emigrar continúan siendo sometidos a vejaciones y discriminaciones.

Ya desde los primeros tiempos de la Revolución, marcharse de Cuba fue difícil y muy complicado. Aunque haya obstáculos que puedan haber variado, otros permanecen: el gobierno tiene que autorizar la salida, no sólo facilitando un pasaporte —que no te entregarán hasta el momento de salir—, sino el Departamento de Inmigración del Ministerio del Interior debe dar un visto bueno, explícito individualmente, para emprender viaje. A muchos profesionales —principalmente del área de la salud—, les prohíben la salida o tienen que tener una autorización especial del ministerio que administre su trabajo —la autorización del Ministerio de Salud Pública

(MINSAP) suele llegar con años de retraso por detrás del resto. Ocupar “un cargo de cierta responsabilidad”, estar dentro de la que ya conocemos como “edad para el Servicio Militar activo” o ser miembro de las Fuerzas Armadas (FAR) desautorizaba la consideración de un permiso de salida. Durante años, los cubanos, para salir del país, han tenido que ir a granjas de trabajo forzado o ser reubicados en trabajos con mucho peores condiciones que las que tenían al solicitar el permiso: a veces durante años hasta que llegaba, efectivamente, la autorización.

Quienes han querido marcharse de Cuba han sufrido, en varias etapas del régimen: pérdida de todas sus propiedades, vejaciones, discriminaciones, trabajos forzados. Durante el largo tiempo de espera entre la solicitud, que los deja marcados, y la respuesta deben hacer innumerables trámites burocráticos: cartas, telegramas, colas. Los pasajes en las líneas aéreas no los han podido pagar con la moneda en curso legal dentro de la Isla, porque sólo tiene valor de cambio dentro de ese territorio nacional: así, el “dinero para el pasaje”, en la inmensa mayoría de casos, ha dependido de la familia, amigos o personas generosas residentes en el exterior. Los viajes directos a EUA (el grueso de la colonia en el exilio está allí, concretamente en el estado de Florida) han sido interrumpidos durante años, con períodos intermitentes de apertura. Para una reunificación se han tenido que utilizar otras vías, con escalas por períodos no definidos (muchas veces años) en “terceros países” como España, Venezuela, Méjico o los más inusuales imaginables. Durante estas esperas, las oportunidades de trabajar suelen ser muy reducidas, en un lugar donde es común que no encuentren apoyo familiar o los permisos para hacerlo legalmente. El viaje a través de estas vías no sólo es más caro (con los gastos de pasaje o estancia: recordar que el dinero cubano no vale en el resto del mundo), sino que obliga a conseguir una visa más, para viajar a ese otro país, con el que las relaciones con Cuba no son igual de razonables que con cualquier otro, pues están también sometidas a la arbitrariedad del régimen de los Castro. Para un ciudadano cubano sin

apoyo del estado, conseguir un visado privado de entrada a cualquier país ha ido exigiendo cada vez más requisitos.

En definitiva, expresar la voluntad de salir de Cuba es iniciar una carrera de obstáculos que puede costar muy cara. El precio mayor no es el dinero (gastos imposibles de afrontar sin ayuda exterior y pérdida de todas las propiedades), sino lo que implica ser expresamente señalado por las autoridades comunistas, que te verán con mayor recelo aún que al resto de la población: discriminaciones; castigos como renunciar al trabajo que estés ejerciendo y para el que te hayas preparado; que amistades, compañeros de trabajo y hasta familiares te dejen de hablar, evitando un contacto que les perjudicaría a los ojos del gobierno. Durante las décadas de los años 60, 70 y 80, este panorama fue el que predominó en la realidad cubana y yo viví en primera persona. Ha sido una regla social evitar el contacto con los opositores, con los presos o sus familias, con los que piden salida definitiva. Posteriormente, aunque ciertas condiciones han variado, los que deciden emigrar continúan siendo sometidos a vejaciones y discriminaciones.

Una vez habíamos decidido marcharnos de Cuba, se lo planteamos a Eladia, por si ella quería acompañarnos. Para sorpresa nuestra, nos dijo que sí: pensábamos que no se atrevería, siendo mayor y no contando con familia allegada fuera de Cuba —excepto una sobrina en EUA, Ana Lourdes; una prima monja, Judith; y una prima segunda, Lourdes Fernández de Bulnes del Valle, que vivía en España.

Una vez habíamos decidido marcharnos de Cuba, se lo planteamos a Eladia, por si ella quería acompañarnos. Para sorpresa nuestra, nos dijo que sí: pensábamos que no se atrevería, siendo mayor y no contando con familia allegada fuera de Cuba.

Pero decidió irse, aun teniendo su vida hecha en Cuba, aunque había decidido quedarse cuando su familia partió en los años 60... Nuestra primera tarea fue escribir la carta al Departamento de Inmigración solicitando una autorización de salida definitiva para todos nosotros. Nos respondían con un telegrama escueto que decía literalmente “su caso no está considerado”. Nada más, sin explicaciones. Escribía y enviaba una de estas cartas cada mes. Cuando me enteraba que posiblemente estuvieran dando entrevistas presenciales en las oficinas de Inmigración para solicitar la salida, allí estaba yo haciendo una cola de horas, que podía incluir toda la noche y madrugada, para ser, al día siguiente, alguna vez entrevistado y otras no. La respuesta que siempre fue la misma fue la que recibíamos, por telegrama, a las cartas, negando la autorización. Estábamos muy preocupados que las cartas y las respuestas que recibíamos fueran ya conocidas por nuestro CDR y la maquinaria de control y presión extra se hubiera puesto ya en marcha y, lo particularmente grave, que fuera expulsado de la carrera de Medicina y Lourdes perdiera su trabajo de Optometrista o que, peor aún, como era una técnica de salud, no le permitieran viajar o fuera sancionada con años de espera por el permiso de salida, reubicada en un trabajo pésimo. Durante este período, al parecer estos intentos no se informaron al CDR, la Universidad o el trabajo de Lourdes. Fue un tiempo de tensiones, miedos, sufrimiento y ocultamiento de lo que estábamos haciendo a todos, excepto a nuestros padres y hermanos y algunos amigos, como Alberto Cros, Mayda y Heriberto Ortiz.

Como siempre recibíamos una negativa para la solicitud de autorización de la salida del país, un día decidimos redactar una carta a Inmigración en un tono más fuerte. Entre otras cosas, les escribí que Cuba era signataria de la Carta de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas, donde se recoge el “derecho a emigrar libremente” e incluí una cita a un discurso donde el mismo Fidel Castro

decía que “todo cubano que quisiera marcharse que se fuera”. Nuestros amigos Mayda y Heriberto leyeron la carta que tenía intenciones de enviar y me dijeron que no lo hiciera, porque podría tener consecuencias. Sin embargo, contra todo pronóstico y cálculo,

Nuestra primera tarea fue escribir y enviar una carta cada mes al Departamento de Inmigración solicitando la autorización de salida definitiva para todos nosotros. Nos respondían con un telegrama escueto que decía literalmente “su caso no está considerado”. Como siempre recibíamos una negativa, un día decidimos redactar otra carta a Inmigración en un tono más fuerte. Entre otras cosas, les escribí que Cuba era signataria de la Carta de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas, donde se recoge el “derecho a emigrar libremente” e incluí una cita a un discurso donde el mismo Fidel Castro decía que “todo cubano que quisiera marcharse que se fuera”. Nuestros amigos Mayda y Heriberto leyeron la carta que tenía intenciones de enviar y me dijeron que no lo hiciera, porque podría tener consecuencias. Sin embargo, contra todo pronóstico y cálculo, a esa carta sí contestaron: si conseguía una visa para que nos fuéramos, nos daban la autorización. El gobierno sabía muy bien que la dificultad estaba en conseguir la visa, por eso múltiples ocasiones aparentaban flexibilidad.

a esa carta sí contestaron: si conseguía una visa para que nos fuéramos, nos daban la autorización. El gobierno sabía muy bien que la dificultad estaba en conseguir la visa, por eso múltiples ocasiones aparentaban flexibilidad. Nos dedicamos y concentramos entonces en gestionar el visado para viajar a algún país democrático. Los viajes directos a EUA sólo estaban abiertos para las visitas de familiares, que habían comenzado en 1979, y para las reunificaciones entre ciudadanos norteamericanos (aunque hubieran nacido en Cuba) y familiares directos (esposos, padres, hijos o hermanos) cubanos. Nosotros no cumplíamos este requisito. Por tanto, había que intentar una visa por otros países. Eladia escribió a un amigo de la Iglesia que vivía en Venezuela, pero no fue posible lograrlo. Se hicieron gestiones por Canadá, averiguamos si podía ser por Méjico, Costa Rica o España... La búsqueda nos llevaba al descorazonamiento y a la angustia: no se veía salida por ninguna parte.

Comienzo mi cuarto año de la carrera de Medicina (1979-1980), en el Hospital Joaquín Albarrán en el grupo 4-A, brigada 8, número de lista 13. Además de las asignaturas de Medicina como Farmacología, Medicina Interna, Dermatología, me imparten Preparación Militar (clases teóricas y prácticas), ya que, al terminar la carrera, como he relatado en otras ocasiones, finalizábamos obligatoriamente como tenientes de la Reserva Militar. También había que participar obligatoriamente en todas las actividades de índole política (círculos de estudios, actos y asambleas, trabajos “productivos” o “voluntarios”... organizados a través de la FEU y dirigidos por los *núcleos* de la UJC y del PCC del hospital.

Como siempre yo me preocupaba porque todos en el grupo consiguieran los materiales de estudio, esa implicación con los intereses colectivos me hizo, involuntariamente, destacar. Así, me llegan a proponer como Secretario General de la FEU de los estudiantes del

hospital. La UJC apoya la candidatura, a pesar de no ser yo militante de la Juventud Comunista. Me encontré en una disyuntiva: si no aceptaba, iba a *extrañar* (desconcertar) no sólo a mis compañeros, sino también a los de la UJC, que se preguntarían y me cuestionarían por qué no aceptaba el cargo. Si decía que sí, como secretario de la FEU me comprometería más, lo que me iba seguro a traer problemas en el futuro. Es cierto que, cuando entré a la Universidad, me habían hecho la entrevista política y me rellenaron el “cuén-

La visita de los familiares gusanos convertidos en mariposas resultó demoledora para los cubanos que permanecían en Cuba, que pudieron comparar, con sus propios ojos, los “logros” revolucionarios con los logros de quienes emigraron. Miles de adeptos al régimen se desmoralizan y empiezan a pensar en emigrar ellos también. Los cubanos que viven fuera producen, viven mejor y son más libres que los que habían quedado en la Isla. Ya no era algo teórico, ni propaganda del exterior: lo podían comprobar con sus familias, amigos y antiguos vecinos. No era solamente el hecho de la ropa, comida, electrodomésticos y muchas más cosas que les traían desde fuera de Cuba o que la familia y amigos compraban en tiendas de hoteles y las especiales que había habilitado el gobierno, para comprar con dólares. Comparaban cómo habían prosperado los que vivían en el extranjero, cómo podían viajar al mundo entero y, sobre todo, con la libertad y facilidad en que se desenvolvían.

tame tu vida” pero, hasta el momento, no había tenido consecuencias. Quizás porque en esos años no estaban persiguiendo tanto a los religiosos, porque el de la UJC que hizo aquella entrevista no le dio importancia al dato —o, en el fondo, no simpatizaba con el gobierno— o porque la burocracia del régimen, que es inmensa, hizo que se diluyera. Lo más probable que fuera una mezcla de varios factores lo que me llevó a pasar inadvertido. Al fin, fui elegido para el cargo de la FEU, y empecé a vivir con mayor temor, esperando en cualquier instante que sacaran a relucir mis creencias, que harían manifiesto el hecho que yo no era políticamente fiable, mucho menos para asumir esa posición de responsabilidad en la que ellos mismos me habían colocado. En esos días, me encuentro cerca del hospital con Tony Sower y le comento que me habían hecho Secretario General de la FEU del hospital. Me dijo que eso me traería problemas. Su vaticinio se confirmó meses después. Al fin y al cabo, Tony conocía perfectamente a la dictadura comunista: no en balde estuvo varios años como preso político.

La visita de los familiares gusanos convertidos en mariposas resultó demoledora para los cubanos que permanecían en Cuba, que pudieron comparar, con sus propios ojos, los “logros” revolucionarios con los logros de quienes emigraron. Miles de adeptos al régimen se desmoralizan y empiezan a pensar en emigrar ellos también. Los cubanos que viven fuera producen, viven mejor y son más libres que los que habían quedado en la Isla. Ya no era algo teórico, ni propaganda del exterior: lo podían comprobar con sus familias, amigos y antiguos vecinos. No era solamente el hecho de la ropa, comida, electrodomésticos y muchas más cosas que le traían desde fuera de Cuba o que la familia y amigos les compraban en tiendas de hoteles y las especiales que había habilitado el gobierno, para comprar con dólares. Comparaban cómo habían prosperado los que vivían en el extranjero, cómo podían viajar al mundo entero y, sobre todo, con la libertad y facilidad en que se desenvolvían.

Los sucesos en la embajada de Perú

En un acceso de ira, Fidel Castro retiró, entre el viernes 4 y el sábado 5 de abril de 1980, los custodios de la entrada de la embajada de Perú en La Habana –la misma sede a la que, en 1976, cuando nació Beatriz, fuimos Lourdes y yo a buscar el cochecito para la niña que nos regalaron los embajadores. Los casi 2.000 m² que ocupan el chalet y el jardín de la embajada peruana se desbordaron con unos 11.000 refugiados, antes que el régimen cubano restituyera las postas, 48 horas después. Apiñados en tan reducido perímetro con la esperanza de huir. Ese asilo multitudinario en la embajada peruana desmiente que los cubanos sólo quieran abandonar Cuba para ir a los Estados Unidos. Es un fenómeno insólito en la historia de la desesperación humana.

El 1 de abril de 1980, martes de la Semana Santa, un autobús penetra violentamente, por sorpresa, la sede de la Embajada de Perú.

Sus ocupantes, no armados, buscan asilo político. Un custodio cubano pierde la vida en el fuego cruzado entre los propios guardias del gobierno que estaban apostados fuera del recinto, como ocurre en todas las sedes diplomáticas –otras versiones hablan que el custodio se disparó accidentalmente a sí mismo cuando intentaba hacer uso de su arma reglamentaria: lo que no ocurrió fue que muriera por un atropello del autobús. Esta noticia la oímos a través de la estación de EUA La Voz de América. En Cuba, nada se dijo en ningún medio de comunicación del país.

Desde los primeros años de la Revolución centenares de cubanos habían buscado refugio en embajadas, principalmente de los países de América Latina, donde un convenio conjunto aseguraba que si una persona llegaba a la sede de una embajada –considerada territorio del país representado–, pedía asilo político, y clasificaba para ello, le sería concedido. Después, el cubano tenía que esperar allí la llegada del salvoconducto del gobierno que lo autorizara a salir del país: hubo casos de asilados en embajadas que estuvieron años esperando el salvoconducto. Unos trataban de alcanzar el interior de estos recintos saltando la verja de la embajada (hubo algunos que lo lograron usando una pértiga, como los atletas); otros, escondidos en el maletero de coches de diplomáticos; otros, empujando por sorpresa coches, camiones o cualquier vehículo contra las cercas y verjas. Algunos lo consiguieron y otros no: los custodios del régimen que rodeaban las sedes diplomáticas tenían orden de disparar contra los que lo intentaban. Muchos morían, eran heridos o resultaban detenidos.

A pesar de las presiones al gobierno peruano para que devolviera a los asilados, este, a través del Embajador Ernesto Pinto, respondió que no, que reconocía su derecho, internacionalmente refrendado. En un acceso de ira, Fidel Castro retiró, entre el viernes 4 y el sábado 5 de abril, los custodios de la embajada de Perú en La Habana –la misma sede a la que, en 1976, cuando nació Beatriz, fuimos Lourdes y yo a buscar el cochecito para la niña, que nos regalaron los embajadores. Las emisoras del extranjero, especialmente La Voz

de América difunden la insólita noticia que en las puertas de la embajada no hay vigilancia. Una multitud de cubanos se precipita a penetrar la sede de la embajada, que se agregaron a otros 34 que llevaban meses asilados en el interior, esperando salvoconductos. Los casi 2.000m² que ocupan el chalet y el jardín de la embajada peruana se desbordaron con unos 11.000 refugiados, antes que el régimen cubano restituyera las postas, 48 horas después. Apiñados en tan reducido perímetro, con la esperanza de huir. Ese asilo multitudinario en la embajada peruana desmiente que los cubanos sólo quieran abandonar Cuba para ir a los Estados Unidos. Es un fenómeno insólito en la historia de la desesperación humana.

En la noche del Viernes Santo, recibimos en nuestra casa una llamada de Mayda y Heriberto. Nos preguntan, con un lenguaje más o menos claro, si nos metíamos o no en la embajada. Siempre pensábamos que la Seguridad del Estado nos estaba escuchando a través del teléfono. Contestamos que nos parecía una locura, por las hijas, y que eso podía terminar muy mal. En definitiva, ambos matrimonios decidimos que no lo haríamos, a pesar de nuestra desesperación por marcharnos de Cuba.

El sábado Santo, día 5 de abril, vamos a la parroquia del Corpus Christi para la celebración de la Vigilia Pascual. Allí en la Iglesia (la zona incluía muchas sedes o casas de diplomáticos y técnicos extranjeros), nos encontramos con uno de los diplomáticos que conocíamos y con los que compartíamos: Ralph Chiocco, de la Sección de Intereses de EUA, con su esposa Silvia e hijos. Al terminar la Vigilia, Ralph nos invita a pasar por las afueras de la embajada para ver qué ocurría. A esa hora habíamos dejado a Beatriz durmiendo en casa, con Eladia.

Cuando llegamos a la sede diplomática de Perú, pudimos acercarnos hasta la cerca. Ya no cabía un alfiler: vimos personas encima de los árboles, apretadas unas con otras. Una imagen de desesperación. Nos fuimos enseguida, porque ya se veían llegar coches de la policía,

milicianos y evidentes agentes de la Seguridad del Estado rodeando el área de la embajada. Efectivamente, no pasó una hora y el gobierno cubano había restituido (y reforzado) los custodios de la embajada. Cerraron las calles cercanas, varias *cuadras*, con un cordón de seguridad que sólo podían cruzar los residentes dentro del perímetro que podían demostrarlo con su documento de identidad. El día siguiente, Domingo de Resurrección, recibimos en la casa la visita inesperada de “Pepito”, primo de Lourdes, el hijo de “Macusa” y “Mimo”. Ellos no se habían podido marchar de Cuba, porque Pepe había cumplido la famosa “edad militar” de los varones de 15 a 27 años y el gobierno no lo autorizaba a viajar. Pepe llegó a casa con la intención de ver qué pasaba y las posibilidades que había de entrar en la embajada. Salí con él, que ya se veía abandonando las intenciones de marcharse por esa vía. Le explicamos lo que habíamos observado la noche anterior y lo que estaba sucediendo, los controles de la policía en toda la zona de la embajada. Caminando por allí, llegamos a alcanzar una parte dentro de la que controlaba la policía, por las calles de atrás de la embajada. En un momento dado un policía nos preguntó que hacíamos allí, yo le respondí tranquilamente que vivía cerca de esa zona. Nos dejó tranquilos, pero no demoramos en marcharnos, porque teníamos miedo que nos detuvieran. Antes de hacerlo, presenciamos algo que no teníamos ni idea estaba ocurriendo: separados por varias calles, en la parte de atrás de la embajada, varias *cuadras* estaban repletas de cubanos, muchos con maletines y bultos, esperando para entrar en la sede diplomática. Con sádica crueldad, a través de unos altavoces instalados al efecto, un funcionario del gobierno repetía la promesa que, a medida que se fueran de Cuba los que estaban dentro de la embajada, dejarían entrar a más personas. Una evidente mentira.

A partir de ese mismo domingo, por la noche, el gobierno cubano promete unos salvoconductos a los que voluntariamente se mar-

charan de la embajada y esperaran la salida de Cuba en sus domicilios. Hubo unos centenares que aceptaron y comenzaron a dejar la embajada, porque las condiciones dentro ya eran pésimas. Para hacer las necesidades fisiológicas no había baños: al fin y al cabo, existían los normales de un chalet para una familia y algún invitado. No tenían dónde dormir: de hecho, muchos estaban encaramados en los árboles. El personal diplomático estaba desbordado por la situación: en las primeras horas trataron de comprarles alimentos, pero no alcanzaban a cubrir la emergencia. El gobierno cubano, en los próximos días, les facilitó unas cajitas individuales con comida, pero entregó unas 3.000 menos que las necesarias. De esa forma provocaba el conflicto: las discusiones y peleas por alcanzar alimento, mínima higiene, incluso espacio para ocupar. Algunas refriegas estimuladas por agentes que el gobierno cubano tenía infiltrados en la multitud.

Los que decidieron marcharse de la embajada esa noche del Domingo de Resurrección, y los días posteriores, eran esperados, fuera del perímetro de seguridad que había establecido el gobierno en esa zona, por las primeras turbas dispuestas para darles “actos de repudio”, convocadas y organizadas por el Ministerio del Interior a través, como siempre, del PCC, CDR, UJC, FMC y todas las demás “organizaciones de masa” políticas represivas. Durante un período que duró semanas, a todo aquel que se supiera tenía intenciones de marcharse de Cuba, hubiera estado o no dentro de la embajada del Perú, recibía uno o varios “actos de repudio”.

¿Qué fue esto del “acto de repudio”? Un brutal motín, dirigido contra una persona o una familia, organizado por la seguridad del estado y el PCC a través de las organizaciones políticas, para dar la impresión de que “el pueblo revolucionario”, enardecido “espontáneamente” contra los traidores y enemigos: ajustan las cuentas a las “lacras sociales”, a la “escoria”, a los “lumpen”. La idea es transmitir que no son la policía ni el ejército quienes reprimen y castigan, sino que la propia sociedad libre sale a darle su merecido a quienes se atreven a ser diferentes, a pensar de otra manera o a intentar

Los actos de repudio pueden limitarse a gritos o insultos groseros y pintadas en las paredes. Pero en otros casos a las víctimas, si tienen acceso a ellas, las arrastran al medio de la calle, las golpean, le lanzan huevos, a las mujeres le tiran de los pelos. También rodean y asedian la casa donde las personas están encerradas y les cortan la luz, el agua, el teléfono. A algunos les han invadido su domicilio, destruyendo lo que han podido. Para no agotar con ejemplos, añado que, en alguna ocasión, han metido a la persona en un tanque (bidón grande) metálico y lo han hecho rodar calle abajo. Hay cubanos que perdieron la vida como consecuencia de estos “actos de repudio”, por los golpes o al desencadenar un infarto de miocardio. ¿Para qué el régimen lleva a cabo estos actos salvajes, cuando ya controla todos los poderes, hace las leyes, tiene en sus manos los tribunales, los medios de comunicación, y podría detener a las víctimas más discretamente, acusarlas, juzgarlas y condenarlas a prisión, como es habitual? Porque el objetivo de los “actos de repudio” sobre todo es desplegar su gran poder intimidatorio sobre el resto de la población. El impacto de ver a la turba, donde el agresor no tiene rostro definido, llegar a la *cuadra* y actuar sobre una persona y/o familia indefensa, con total impunidad y sin medida, es mucho mayor que el saber que han condenado a una persona a prisión.

marcharse porque ya no pueden más. Los “actos de repudio” alcanzaron un momento álgido y general contra los que entraron en la embajada del Perú o, como relataré después, contra los que quisieron salir a continuación, por el llamado Éxodo del Mariel. ¿Cómo se instrumenta el acto de repudio? La policía política con la complicidad del PCC, UJC, CDR, FMC... selecciona la víctima que les molesta: un disidente, por muy pacífico que sea; un intelectual que ha protestado por algo; un trabajador que no quiere seguir viviendo en el “paraíso comunista” y que se sale del guión oficial... y prepara contra él un alboroto para hacer escarnio, en muchas ocasiones con riesgo de su integridad física. Diferentes modalidades de los “actos de repudio” han existido desde el inicio de la Revolución: durante la década de los 60 los dieron contra muchas iglesias y también cuando se pedía paredón, desde los primeros días de 1959, en las plazas de los pueblos y frente a casas de opositores del régimen. En todos los casos se convoca a gentes fieles al régimen que llevan el peso de la acción, y se conforma la masa movilizándolo a estudiantes, trabajadores y miembros del CDR como a cualquier otro acto político. Muchos de los participantes aseguran después que han participado en esos “actos de repudio” por temor a que, en un momento tan violento como ese, les monten uno a ellos y a las represalias posteriores en el trabajo y centros de enseñanza, y que las extiendan a sus familiares. Así, llegan a convertir en cómplices a muchos que en su interior aborrecen lo que está haciendo el gobierno. El régimen anestesia a la sociedad y destruye la dignidad de las personas. Los actos de repudio pueden limitarse a gritos o insultos groseros y pintadas en las paredes. Pero en otros casos a las víctimas, si tienen acceso a ellas, las arrastran al medio de la calle, los golpean, le lanzan huevos, a las mujeres les tiran de los pelos. También rodean y asedian la casa donde las personas están encerradas y les cortan la luz, el agua, el teléfono. A algunos les han invadido su domicilio, destruyendo lo que han podido. Para no agotar con ejemplos, añado que, en alguna ocasión, han metido a la persona en un *tanque* (bidón grande) metálico y lo

han hecho rodar calle abajo. Hay cubanos que han perdido la vida como consecuencias de estos “actos de repudio”, por los golpes o al desencadenar un infarto de miocardio.

¿Para qué el régimen lleva a cabo estos actos salvajes, cuando ya controla todos los poderes, hace las leyes, tiene en sus manos los tribunales, los medios de comunicación, y podría detener a las víctimas más discretamente, acusarlas, juzgarlas y condenarlas a prisión, como es habitual? Porque el objetivo de los “actos de repudio” no sólo es el castigo a las víctimas: sobre todo es desplegar su gran poder intimidatorio sobre el resto de la población. El impacto de ver a la turba, donde el agresor no tiene rostro definido, llegar a la *cuadra* y actuar sobre una persona y/o familia indefensa, con total impunidad y sin medida, es mucho mayor que el saber que han condenado a una persona a prisión. Estos “actos de repudio” son similares a los que hizo Hitler contra los judíos, cuando las camisas pardas destruyeron sus casas y negocios, ante el terror de toda la sociedad alemana.

De los que fueron saliendo progresivamente de la embajada del Perú, a algunos le dieron, en las semanas y meses siguientes, una visa para ir al Perú, otros los acogió España. Pero la mayoría tuvo que esperar a que se organizara el Éxodo del Mariel, que relataré a continuación. Otros, sencillamente, se quedaron en Cuba. No todos obtuvieron garantías de autorización para marchar, ni siempre oportunidad de conseguir una visa de entrada a algún país.

65 Mariel

Al llegar al Mosquito, se encontraban con que esas embarcaciones se habían visto forzadas a salir ya con anterioridad, llevando otras personas desconocidas —muchas dieron varios viajes, angustiadas por salvar a sus seres queridos alguna vez. En otros casos separaban las familias: unos miembros debían montar en una embarcación y otros en otra. Llenaban de carga humana los yates, mucho más allá de su capacidad, hasta que descendían en el agua por debajo de la línea de flotación, poniéndolas en un inmenso peligro de naufragar durante la travesía —algo que ocurrió en más de una ocasión: por el peso, por las olas, la corriente del Estrecho, perdieron la vida parte o todos los ocupantes de algunas. Esto le ocurrió a la familia de un joven que conocemos: él se salvó porque otros emigrantes alcanzaron a recogerlo del mar, pero su familia murió ahogada.

Desde mediados de abril hasta el 31 de octubre de 1980 ocurrió el Éxodo del Mariel: para los que se marcharon de esta manera se creó el término “marielitos”.

El gobierno cubano habilita el puerto del Mariel, en el norte de la provincia de Pinar del Río, para que, a través de él, “se vaya” lo que ellos llaman “la escoria que buscó asilo en la embajada del Perú” y además “quienes los deseen”. En realidad, son las autoridades policiales cubanas quienes determinan quién va a poder hacerlo y quién no. A pesar que los viajes se harán en cientos de embarcaciones que llegarán desde la Florida —sin control del gobierno norteamericano y sin ponerse de acuerdo con él—, fletadas por iniciativa privada por cubanos residentes en EUA.

Ante ese anuncio, centenares de miles de cubanos solicitan emigrar: en consecuencia, pierden sus trabajos y casi todos son objeto de los “actos de repudio”, orquestados en todos los pueblos y ciudades de la Isla. La mayoría no había estado dentro de la embajada del Perú. Centenares son sitiados en sus casas durante semanas: algunos llegan a morir por las palizas del “pueblo indignado”, entre ellos un profesor de inglés del Vedado en La Habana, que muere por las patadas que le propinan sus alumnos.

A medida que llegan al puerto del Mariel las embarcaciones desde Miami, reclamando a sus familiares o amigos, el gobierno confecciona un listado con sus nombres y direcciones, y los va a buscar a sus casas. Los va concentrando en la zona de los antiguos clubs de la Playa de Miramar, los llamados Círculos Sociales Obreros, que quedaban tan cerca de nuestra casa: allí los alberga sin condiciones, apiñados, sin casi alimentos, sin medios de higiene. Después los somete a un interrogatorio (una especie de “cuéntame tu vida” exhaustivo), separando a los que están en “edad militar”, los profesionales de la salud u otros graduados universitarios, los que descubren que ocupan “cargos de responsabilidad” en los trabajos, los vinculados a trabajos de investigación científica, los que en su

empresa tienen cierta relación con el ejército, los que son del Partido Comunista o dirigentes de alguna de las organizaciones políticas... La relación de excepciones es larga.

Se empieza a conocer que el régimen está trufando los grupos que al final autorizan a subir a las embarcaciones en Mariel con delincuentes comunes que saca directamente de las cárceles o con internos de hospitales mentales. Y que luego está dando prioridad para embarcar, por delante de los que vienen a buscar desde EUA, a delincuentes ya en libertad, con antecedentes penales. Esta selección la extenderán pronto a ciudadanos de los que consideran “marginales”. Los convocan a que se presenten ellos mismos en las estaciones de policía a gravar las listas de exiliados, o va a sus casas a proponérselo, forzando con amenazas a los que no contemplaban emigrar o garantizando un “pase” a EUA evitando los controles legales de Inmigración en aquel país, a los que sí tuvieran el deseo de marcharse. Algunos intentan engañar a las autoridades través de alguna artimaña con gran riesgo, como alterar, falsificar o usurpar las llamadas “cartas de libertad” que se daban al cumplir una condena y habían constituido hasta ese momento una considerable mancha en el expediente político. La condición de homosexual (muy detestada y perseguida por el gobierno) pasa a ser valiosa en este trueque: a los que la poseen, y a otros que se esfuerzan (y al parecer logran) aparentarla con ostentación, aunque no lo sean, pero quieren abandonar el país, se les concede prioridad en incorporarse a las listas.

Todos los que fueron a buscar a sus casas, aunque después no autorizaran su salida (o no alcanzaran sitio en los barcos), no sólo perdieron sus empleos con el casi único empleador que era el estado, sino que no se libraron de los “actos de repudio”. Tuvieron que regresar a sus lugares de residencia habitual señalados, marcados como personas contrarias al régimen, como *gusanos* o, usando el término que ha incorporado Castro, como “escoria”. Los que han pasando la criba del interrogatorio en los Círculos Sociales, los trasladan a unos campamentos en el puerto del Mariel

—uno de esos campamentos se conoce como Campamento el Mosquito. Allí deben esperar hasta que los llamen de nuevo para montar las embarcaciones... Los que viajaban, fueran niños o adultos, lo tenían que hacer sólo con las ropas que llevarán puestas, nada más: con las mismas ropas que vestían desde que llegaron a los Círculos Sociales de Miramar.

Pero la inmensa mayoría no viajará en la embarcación que traían sus familiares o en las que estos habían alquilado para que viniesen a por ellos. Al llegar al Mosquito, se encontraban con que esas embarcaciones se habían visto forzadas a salir ya con anterioridad, llevando otras personas desconocidas —muchas dieron varios viajes, angustiadas por salvar a sus seres queridos alguna vez. En otros casos separaban las familias: unos miembros debían montar en una embarcación y otros en otra. Llenaban de carga humana los yates, mucho más allá de su capacidad, hasta que descendían en el agua por debajo de la línea de flotación, poniéndolas en un inmenso peligro de naufragar durante la travesía —algo que ocurrió en más de una ocasión: por el peso, por las olas, la corriente del Estrecho, perdieron la vida parte o todos los ocupantes de algunas. Esto le ocurrió a la familia de un joven que conocemos: él se salvó porque otros emigrantes alcanzaron a recogerlo del mar, pero su familia murió ahogada.

Los militares que cuidaban esos campamentos clasificaban a las personas en tres grupos: *combatientes*, los militares y funcionarios del gobierno; *escoria*, los que habían estado en la embajada del Perú; y *ciudadanos*, el resto que se marchaba.

El desprecio hacia las personas por parte del régimen es aún mayor cuando obligan a emigrar a infinidad de homosexuales; enfermos mentales —que son sacados literalmente por sorpresa y cargados, en autobuses y camiones, desde donde estaban internados: el hospital psiquiátrico Mazorra, de La Habana que dirigía el Comandante de la Revolución Dr. Eduardo Bernabé Ordaz; delincuentes

—los que estaban cumpliendo la condena fueron transportados como los enfermos mentales; a los que habían cumplido la condena y estaban en libertad, los iban a buscar—; y, al final, personas que ellos consideraban “raros” por su vestimenta, corte de pelo, estilo de vida. Los homosexuales y otras personas que el régimen consideraba opositores o simplemente fuera de sus normas, recibieron un ultimátum: salían del país en ese momento o eran encarcelados. Usando estas expulsiones forzosas en tumulto, el gobierno, y particularmente Fidel Castro, se propone castigar a los EUA, la nación que brinda asilo a los cubanos y dar una imagen distorsionada de los exiliados: que los que se van son todos delincuentes, lumpen, enfermos mentales... “Antisociales”. “Escoria”.

Los cubanos que venían en las embarcaciones a recoger pasajeros, mientras esperaban para regresar, tenían que pagar al gobierno cubano por todo: desde el agua que consumían hasta cualquier otro gasto, incluyendo si alguno se hospedaba en algún hotel. Los precios eran muy elevados —otra forma de perjudicar al exilio y obtener ganancia en dólares. A quienes llegaban de Miami les dejaban hacer alguna llamada telefónica (no todas las que quisieran) a la familia, previo pago. No podían a quienes venían a buscar, ni estos podían ir a verlos. La lista de personas que traían para res-

Usando estas expulsiones forzosas en tumulto, el gobierno, y particularmente Fidel Castro, se propone castigar a los EUA, la nación que brinda asilo a los cubanos y dar una imagen distorsionada de los exiliados: que los que se van son todos delincuentes, lumpens, enfermos mentales... “Antisociales”. “Escoria”.

catar era revisada y reducida por las autoridades: solamente permitirían salir un número limitado de familiares (generalmente dos), aunque el barco tuviera capacidad para muchos más. El estado cubano usaba esos puestos para montar a todos los que el gobierno expulsaba obligatoriamente: la proporción era 1 familiar por cada 3 delincuentes, enfermos mentales, etc. Como ya señalé, otra norma era no distribuir la familia completa en la misma embarcación que había venido a buscarlos. Otra tortura más.

Mariel fue el segundo ensayo de un éxodo masivo en embarcaciones de residentes en EUA que vinieran desde Miami a buscar a familiares a Cuba, en un punto costero controlado. El primero fue el de Camarioca, situado en la boca del río del mismo nombre, al norte de Matanzas. Entre el 28 de septiembre y el 15 de noviembre de 1965 se computa salieron por allí casi 3.000 cubanos: un poco más de 2.000 quedaron en tierra cuando el gobierno cubano cerró el puerto hasta que fueron recogidos por el gobierno de EUA. Ambos éxodos no fueron libres: se pusieron múltiples impedimentos para que muchos no marcharan al exilio y así dejar divididas a las familias. Con la caída del imperio soviético de la URSS y la desaparición de la ayuda que se recibía del “campo socialista”, Cuba se sumió en una crisis económica sin precedentes, incluso para allí. Desórdenes públicos llegaron a producirse en varios municipios, con el resultado de muertos civiles. Miles de personas empezaron a abandonar el país ilegalmente, en embarcaciones improvisadas, asumiendo cualquier riesgo. Castro desafió una vez más al gobierno demócrata norteamericano, que recibiera sin control a los cubanos que, por sus medios, lograran llegar allá. El 5 de agosto de 1994, cientos de habaneros famélicos y enardecidos, hartos de la represión y la miseria, se congregaron en la Explanada de la Punta, frente a la Bahía de La Habana. Según noticia, esperaban unos barcos que vendría a llevárselos. Al constatar la irrealidad de los barcos y que habían sido engañados, la multitud se amotinó. Cargó a pedradas

contra las *vidrieras* (escaparates) de hoteles administrados por extranjeros, con gritos de “¡Abajo Fidel!” “¡Abajo el comunismo! Este episodio fue rápidamente controlado por las fuerzas represivas del régimen. Pero la tensión persiste en los días posteriores hasta que, una semana después, el 12 de agosto de ese año, el gobierno levanta la prohibición a las salidas ilegales, lo que condujo al Éxodo de los Balseros, tercera gran crisis migratoria desde la isla, después de Camarioca 1965 y Mariel en 1980. Esta vez, en agosto de 1994, no vinieron los barcos desde EUA: los propios cubanos confeccionaron sus embarcaciones, con los medios precarios a su alcance.

En 1991 se formó la organización Hermanos al Rescate, integrada por aviadores civiles cubanos (y de otras nacionalidades), con el objetivo humanitario de rescatar en el mar a los *balseros* que intentaban llegar a EUA y evitar que se ahogaran o fueran hundidos por las fuerzas del régimen. El 24 de febrero de 1996, por una acción criminal de la dictadura comunista, fueron derribados en aguas internacionales dos aviones civiles de la organización, desarmados, y cuatro jóvenes fueron asesinados. En un informe del 27 de junio de 1996, la Organización Internacional de Aeronáutica Civil (ICAO) de la ONU subrayó que “el ilegal derribo de dos avionetas civiles el 24 de febrero de 1996 por la Fuerza Aérea cubana viola el principio de que los Estados no pueden usar armas contra naves civiles en vuelo y que, al interceptar naves civiles, las vidas de personas a bordo y la seguridad de las naves no pueden ser puestas en peligro”.

Orlando y su familia esperaban marchar por el Mariel: el hermano de Maggie, “Chuchi”, avisó que iría buscarlos. Entonces ellos, antes que viniera inmigración a hacer el famoso inventario, querían sacar algunas cosas, pero sin que el CDR de su *cuadra* tuviera conocimiento de ello. Así, lo único posible de sacar era ropa y poco más: cualquier cosa de cierto tamaño sería detectada enseguida por los vecinos *cederistas* —además, Maggie y familia tenía un inventario hecho de años antes de casarse con Orlando, cuando ya habían

presentado una solicitud de salida. Lourdes, en una visita a casa de Orlando, se pone varias camisetas (*pullovers*), una encima de la otra, para sacarlos de allí. Iba por la calle con una silueta expandida, como si fuera más gruesa: después, cuando no pudieron usar la vía del Mariel, se los devolvió.

Una mañana, un funcionario de Inmigración llega a la casa donde están en ese momento Maggie, su mamá María Pérez y la tía de Maggie, Luisa. Les anuncia que “habían sido reclamados” y “si querían viajar”, fueron hasta el trabajo de Orlando, en el Laboratorio de Contaminación de Aguas de la Bahía de La Habana, “para preguntarle si deseaba marcharse”. Revisaron el inventario al contenido de la casa, que le habían confeccionado a ellas tres —años antes del matrimonio de Orlando. “Chuchi”, el hermano de Maggie, había llegado en una embarcación. Tuvo que dejar sin atender durante quince días su consulta de médico en Miami para poder hacer el viaje a Mariel, que hizo en compañía de otro familiar: como sabía que era norma del gobierno cubano aprobar la reclamación sólo para dos familiares por persona, él, claro, quería sacar a los cuatro. A Orlando y su familia los llevaron a los Círculos Sociales. Al hacerle la entrevista a Orlando, una compañera suya de la Universidad, que estaba presente para vigilar a los que se iban, detecta y denuncia que él es un profesional, que tiene el título de Bioquímico y que trabaja en un laboratorio. No se podía ir de Cuba. Luisa decidió marcharse por el Mariel, pero Maggie y María, se quedaron con Orlando. Ellos pudieron regresar a su domicilio, porque aún no habían ocupado la casa, ese mismo día por la tarde. Tuvieron que ir a buscar las llaves del apartamento al domicilio de la Responsable de Zona del CDR, que en ese momento era una artista conocida, sobre todo en la televisión: Ana Lasalle.

Otro caso de esos días del Mariel: recibimos en casa una llamada de teléfono de Sabino González, el tío de Lourdes, que se encontraba alojado en el cercano hotel Tritón. Lo habían autorizado, como a

otros, a hospedarse allí durante unos días, pero el gobierno no le permitía salir para vernos, ni a nosotros entrar al hotel. Sabino había llegado al Mariel en una embarcación a recoger a su hermana Macusa, Mimo, Pepito y a nosotros. Pero sólo le permitieron reclamar a dos personas. Luego ganó un sorteo, entre todos los que trajeron la embarcación, para agregar una plaza. Decidió reclamar a Macusa, Mimo y Pepito, quien ya se había quedado esperando años a pasar la “edad militar”, y los tres eran adultos. Finalmente, semanas después, ellos tres pudieron irse por el Mariel, pero en un barco diferente del que vino Sabino. Ya él y los otros que vinieron en la embarcación, habían regresado a Miami llevando a desconocidos y su “cuota” de personas forzadas a abandonar Cuba.

Otro ejemplo: mis tíos de Miami, de la familia Guedes, habían pagado 10.000 dólares, para sacarnos de Cuba, a un señor que tenía un barco y que llegó a Mariel para cumplir varios contratos, acordados con varias personas que habían pagado por adelantado la reclamación y el transporte, para recoger a sus familiares. En su embarcación, también trajo a cubanos de Miami que venían a realizar personalmente el trámite. Pero este señor estafó a mis tíos y a todos los demás, que jamás recuperaron su dinero, aunque intentaron localizarlo repetidas veces. Según se enteraron, parece ser que había huido ya de Miami a España, con el dinero que había estafado a tantas personas. Había regresado con varios viajes a Miami, transportando siempre a personas que le asignaban las autoridades cubanas, pero casi ninguna de las listas de las familias, por las que ya había recibido el dinero. En el caos, muchos dueños de embarcaciones hicieron negocio: la mayoría cumplió su parte, pero otros no, jugando con los sentimientos humanos y la desesperación.

De los amigos que pudieron finalmente marchar al exilio por el éxodo del Mariel, estuvieron Mayda y Heriberto Ortiz y su familia. También Rogelio Zelada y Paquita, con sus hijos: ellos fueron de

los pocos que pudieron salir en la misma embarcación de la familia. Al llegar al Campamento el Mosquito –suelo de tierra negra y sin condiciones higiénicas, con graves problemas para los baños– del puerto del Mariel, después de pasar por los Círculos Sociales de la Playa, sólo pasan allí unas horas. Los mandan con urgencia hacia las embarcaciones, y aún estaba en el puerto la de su familia.

Mis tíos de Miami, de la familia Guedes, habían pagado 10.000 dólares, para sacarnos de Cuba, a un señor que tenía un barco y que llegó a Mariel para cumplir varios contratos, acordados con varias personas que habían pagado por adelantado la reclamación y el transporte, para recoger a sus familiares. En su embarcación, también trajo a cubanos de Miami que venían a realizar personalmente el trámite. Pero este señor estafó a mis tíos y a todos los demás, que jamás recuperaron su dinero, aunque intentaron localizarlo repetidas veces. Según se enteraron, parece ser que había huido ya de Miami a España, con el dinero que había estafado a tantas personas. Había regresado con varios viajes a Miami, transportando siempre a personas que le asignaban las autoridades cubanas, pero casi ninguna de las listas de las familias, por las que ya había recibido el dinero. En el caos, muchos dueños de embarcaciones hicieron negocio: la mayoría cumplió su parte, pero otros no, jugando con los sentimientos humanos y la desesperación.

Los hacen subir con prisa: venía una inspección al campamento, con la presencia de algunos extranjeros, y las autoridades cubanas no querían que los visitantes vieran las malas condiciones del campamento. Subieron a la embarcación cumpliendo con la mezcla de uno a tres: por cada familiar, tres delincuentes, enfermos mentales u otras personas con problemas. Hicieron todo el viaje entre grandes olas, con muchos mareados y en peligro constante, por el estado del mar y el riesgo del sobrepeso que llevaban en la embarcación.

Un día había recogido a Beatriz del Círculo Infantil y regresábamos caminando a la casa cuando, casi llegando a la 5^a. Ave. de Miramar, nos encontramos con una turba gritando. Corrían detrás de un hombre para intentar golpearlo: se suponía que era alguien que había salido de la embajada del Perú, de los grupos a los que habían dado salvoconductos para salir a sus casas, supuestamente a esperar la salida de Cuba —quedaban aún miles dentro del recinto diplomático. Tomé a Beatriz en brazos, la apreté contra mi pecho y me metí en un portal para protegerla. La expresión de la niña era de susto y desconcierto tremendos.

En la zona vi entonces cómo daban refugio, dentro del establecimiento de la *barbería* (peluquería) estatal donde habitualmente me cortaba el pelo, a personas que corrían para protegerse de los golpes. A pesar del riesgo que implicaba, esos trabajadores, que al fin y al cabo trabajaban para el estado cubano, tuvieron una actitud tan valiente.

A Orlando también le hicieron un “acto de repudio”. Cuando tuvo que ir personalmente a su trabajo para recoger la baja forzosa, a pesar de que no le habían permitido marcharse del país. Cuando llegó al Centro para el Desarrollo Portuario y sus compañeros fueron obligados a repudiarlo con insultos. Peor fue cuando tuvo que atravesar un campamento militar y al llegar allí los militares le lanzaron piedras y le dieron empujones.

El gobierno, como parte de la represión e intimidación, aplicaba siempre la burla, el desprecio y el desprestigio. Palabras y lemas como “paredón”, “gusanos”, “mala hierba”, “antisociales”, “escoria”, “lumpen”, “vendidos al imperialismo yanqui”, “*yankees go home*”, una especie de canto con el estribillo “pin, pon fuera / abajo la

Para hacer escarnio y burla con los acontecimientos de la Embajada del Perú, el gobierno “inventó” un pareado que decía: “la embajada del Perú / se parece a Cayo Cruz” (en Cayo Cruz estaba el basurero más grande de La Habana). Lo repetían, como hacían siempre con los lemas, frases y canciones del régimen, no sólo en los medios de comunicación, sino en todas partes, también en las escuelas y Círculos Infantiles. Por eso Beatriz (con menos de cuatro años) se ponía, junto con una amiguita, vecina del edificio y que su papá era un alto militar del gobierno, en el balcón de casa a gritar y cantar el pareado. Como no sabía pronunciar del todo bien aún, decía “la embajada del Pelú se palece a cali cru”.

Nosotros pensábamos en cómo los adoctrinaban desde pequeños y que no podíamos expresarle que no lo cantara porque no lo entendería. En el colegio, y aun su amiguita, podía advertir que nosotros le llamábamos la atención. En definitiva, vivíamos con miedo, tensión y sin poder expresar a nuestros hijos libremente lo que estaba bien o no.

gusanera”... se vociferaban dentro de una larga lista de eslóganes y consignas. Para los acontecimientos de la Embajada del Perú “inventaron” un pareado que decía: “la embajada del Perú / se parece a Cayo Cruz” (en Cayo Cruz estaba el basurero más grande de La Habana). Lo repetían, como hacían siempre con los lemas, frases y canciones del régimen, no sólo en los medios de comunicación, sino en todas partes, también en las escuelas y Círculos Infantiles. Por eso Beatriz (con menos de cuatro años) se ponía, junto con una amiguita, vecina del edificio y que su papá era un alto militar del gobierno, en el balcón de casa a gritar y cantar el pareado. Como no sabía pronunciar del todo bien aún, decía “la embajada del Pelú se palece a cali cru”.

Nosotros pensábamos en cómo los adoctrinaban desde pequeños y que no podíamos expresarle que no lo cantara porque no lo entendería. En el colegio, y aun su amiguita, podía advertir que nosotros le llamábamos la atención. En definitiva, vivíamos con miedo, tensión y sin poder expresar a nuestros hijos libremente lo que estaba bien o no.

Orlando, sin trabajo, tiene que comenzar la búsqueda de uno. Es cosa difícil, porque prácticamente todos los centros laborales eran del estado y a él lo habían expulsado del suyo. Lourdes y yo hablamos con nuestro párroco, el padre Andrés Desilets, de los Misioneros Canadienses. Ellos tenían una casa, en la calle Calzada del Vedado en La Habana, donde prestaban libros y casetes de índole religiosa a los sacerdotes e iglesias, y necesitaban a alguien que trabajara con ellos. Orlando, que era de la iglesia, tenía muy buena formación y además sabía francés, comenzó allí hasta que pudo marcharse del país en marzo del año 1982. Era un trabajo independiente del estado y un oasis en medio de la situación general.

66

Eliminación de radicales libres

El *núcleo* de la UJC, el *núcleo* del PCC del centro, la dirección del hospital y miembros de la Seguridad del Estado dirigieron la asamblea del hospital Joaquín Albarrán, como todas las demás. Yo no asistía, porque estaba pasando la varicela en casa. Proponen a todos los estudiantes, reunidos en el salón de actos, algunos nombres de compañeros para expulsarlos, por diferentes razones. Mi nombre está en esa lista. Para justificar mi caso enumeran los motivos siguientes: a) lo religioso que yo era y que ellos “no sabían nada”; b) que recibí en mi casa a un familiar del extranjero (mi tía Noemí) y me había hecho regalos: unos pantalones vaqueros y unas camisas del extranjero, algo considerado en aquellos momentos “diversionismo ideológico”; c) que tenía relaciones con extranjeros de mi *cuadra* (los canadienses que visitaba); d) finalmente, que yo había llegado hasta la responsabilidad de secretario general de la FEU del hospital y eso era grave.

En la primera quincena de abril de 1980, en medio de lo ocurrido en la embajada del Perú y el posterior entramado del Éxodo del Mariel, en el hospital donde estoy cursando la carrera preparan un Festival de la Juventud y la UJC del centro está inmersa en la organización. El secretario de la UJC del hospital me pide, como secretario que yo era de la FEU, que vaya a una reunión en la sede principal de la UJC de La Habana. Cuando aquella noche llegué al lugar de la reunión, lo primero que hice fue identificarme por mi nombre y el del centro al que venía representando. Inmediatamente me di cuenta que yo seguramente era el único de los que se encontraba allí que no era militante de la UJC. Pensé que me habían enviado por una equivocación o descuido del secretario de la UJC del hospital. Estaban representados todas las carreras y centros universitarios de La Habana. En cuanto empieza su discurso el secretario general de la UJC de La Habana, me percaté de lo que se avecina: purgas o depuraciones, por diferentes razones, en la Universidad. Habla en un momento dado de lo que llama “religiosos” —estudiantes creyentes y, sobre todo, practicantes de una Fe—: admite que son muy buenos estudiantes y que, por tanto, “para expulsarlos de la Universidad hay que buscarles una *caquita*” (sic), o sea, algún problema que presente, de índole personal o ideológico, pero que “no se diga abiertamente que se les expulsa por motivos religiosos”. También hablaron para señalar a “los homosexuales”, a “los que visten con modas extranjeras”, a los “que tengan ciertas ideas no acordes con los principios de la Revolución”. Al salir de allí, comprendí que había muchas probabilidades de que fuera expulsado de la Universidad por ser católico practicante. Cuando llegué a casa le conté todo lo que había escuchado a Lourdes, y le dije: “me parece que ahora sí tengo grandes posibilidades de ser expulsado de la Universidad”.

Al día siguiente, llamé al padre Julian Viau, que era secretario de la Nunciatura Apostólica, y le dije que necesitaba hablar con él lo

antes posible. Fui a la embajada del Vaticano y le conté cómo se había desarrollado aquella reunión, que se realizarían purgas en la Universidad para los estudiantes creyentes. Quería que la Iglesia, y especialmente la Nunciatura, lo supieran, se prepararan y tomaran alguna medida si era posible. Ya no estaban en la Nunciatura Monseñor Tagliaferri ni Sambí, que habían terminado su labor diplomática en Cuba en el año 1978.

A mediados de abril, durante el Éxodo del Mariel y con la represión desatada, a Beatriz se le presenta la varicela. Como yo no la había pasado, me contagié con esa enfermedad infecciosa, pero al ser adulto me da con más virulencia. Paso a estar de baja médica en casa: no puedo asistir a las clases en el hospital Joaquín Albarrán. Me visita mi compañero chileno, Guillermo, y me dice que se había enterado que me iban a expulsar de la Universidad por católico —a él, por ser refugiado de Chile los militantes de la UJC le tenían confianza política y se lo habían dicho. Se confirmaban mis sospechas sobre lo que me iba a ocurrir.

El día 19 de abril de 1980, después de la visita del amigo Guillermo, estando aún con la varicela, el régimen celebra —basándose en una Instrucción del Ministerio de Educación Superior con fecha 17 de abril de 1980— en todo el Instituto Superior de Ciencias Médicas de La Habana, y en particular en el hospital Joaquín Albarrán, lo que llaman Asambleas Comunistas de Crítica y Autocrítica o Asamblea por la Educación Comunista”. O sea, las purgas o depuraciones de los estudiantes que ellos consideraban que tenían “conductas impropias de un revolucionario”, ejecutando lo que se había “orientado” desde las instancias superiores de la UJC, que a su vez cumplían órdenes del PCC y estos del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y en particular de Fidel Castro. Las purgas que habían anunciado en la reunión a la que asistí.

El *núcleo* de la UJC, el *núcleo* del PCC del centro, la dirección del hospital y miembros de la Seguridad del Estado dirigieron la asamblea del hospital Joaquín Albarrán, como todas las demás. Yo no asistía, porque estaba pasando la varicela en casa. Proponen a todos los estudiantes, reunidos en el salón de actos, algunos nombres de compañeros para expulsarlos, por diferentes razones. Mi nombre está en esa lista. Para justificar mi caso enumeran los motivos siguientes:

Pero la maldad de estas asambleas no termina ahí: al pronunciar las acusaciones contra unos compañeros, presionan (prácticamente obligan) al resto que se pronuncien públicamente al respecto: aunque la mayoría no habla, someten la aprobación de la expulsión a una votación a manos alzadas, para que todos vean quién vota y qué. A todos los hacen cómplices, a todos los hacen responsables también de los que son sus objetivos oficiales: estiman con esto que se han fabricado una coartada, una fachada de democracia y que han hecho creer que la mayoría ha manifestado estar de acuerdo con las medidas que se van a tomar. Después de mi expulsión, algunos compañeros, entre los que destaco una militante de la UJC, se atrevieron a llamar a mi casa para hablar con Lourdes y decirle que “lamentaban mucho haber tenido que votar a favor de mi expulsión”, que “no estaban de acuerdo” con ella, pero “no les quedaba otro remedio, de lo contrario no podrían seguir estudiando la carrera”.

a) lo religioso que yo era y que ellos “no sabían nada”; b) que recibí en mi casa a un familiar del extranjero (mi tía Noemí) y me había hecho regalos: unos pantalones vaqueros y unas camisas del extranjero, algo considerado en aquellos momentos “diversionismo ideológico”; c) que tenía relaciones con extranjeros de mi *cuadra* (los canadienses que visitaba); d) finalmente, que yo había llegado hasta la responsabilidad de secretario general de la FEU del hospital y eso era grave. Actuaban, al argumentar esta última acusación, como si no fueran ellos los responsables de que yo ocupara ese cargo, y escamoteando que, si no hubiera aceptado esa responsabilidad habría ya resultado sospechoso y por tanto con peligro que me expulsaran —ya se ve que al aceptar aumentabas el riesgo que en un momento dado lo utilizaran todo en tu contra, como así estaba siendo y lo pronosticó Tony Sowers.

A otra compañera que expulsaron en la misma Asamblea, le exponen que “según averiguaciones realizadas, estaba casada con un homosexual y que eso no se podía permitir”. Ella no sabía nada de eso acerca de su marido: se enteró allí delante de todos sus compañeros. Ese “conocimiento” —como tantos otros, basado en declaraciones de fuentes desconocidas, “de confianza” para el régimen— llevó al divorcio de la pareja. Pero, además, a que la expulsaran a ella. Por ese hecho de ser su esposo homosexual: ni tan siquiera por ser ella “una desviada”. Esto es una demostración de lo *patológico* de ese sistema, de lo malvado del gobierno comunista. Mi compañera pudo reingresar en la carrera de Medicina dos años más tarde, después de mucha insistencia y trámites.

Las Asambleas (comunistas) de Crítica y Autocrítica de crítica (democrática y libre) no tienen nada, y de autocrítica lo único es que obligan —o presionan con amenazas de graves consecuencias— a los acusados a que declaren contra sí mismos, como ocurría en los juicios de la antigua URSS. Pero la maldad de estas asambleas no termina ahí: al pronunciar las acusaciones contra unos compa-

ñeros, presionan (prácticamente obligan) al resto que se pronuncien públicamente al respecto: aunque la mayoría no habla, someten la aprobación de la expulsión a una votación a mano alzada, para que todos vean quién vota y qué. Como es de esperar en una dictadura comunista, todos votan a favor —a no ser que se arriesguen seriamente que a continuación a ellos les suceda lo mismo. A todos los hacen cómplices, a todos los hacen responsables también de los que son sus objetivos oficiales: estiman con esto que se han fabricado una coartada, una fachada de democracia y que han hecho creer que la mayoría ha manifestado estar de acuerdo con las medidas que se van a tomar. Después de mi expulsión, algunos compañeros, entre los que destaco una militante de la UJC, se atrevieron a llamar a mi casa para hablar con Lourdes y decirle que “lamentaban mucho haber tenido que votar a favor de mi expulsión”, que “no estaban de acuerdo” con ella, pero “no les quedaba otro remedio, de lo contrario no podían seguir estudiando la carrera”. Estas expulsiones, como se ve en mi caso, estaban avaladas por informaciones que los CDR de la *cuadra* donde vive el estudiante habían suministrado a los dirigentes de la UJC —en estos casos los del hospital o de las facultades de la Universidad— cuando les hacían una visita para completar, con todos los datos posibles, absurdos y pintorescos, relacionados con su vida privada, el expediente político del acusado. Para mi proceso, supe que fueron a visitar a cuatro vecinos distintos del CDR para averiguar sobre mi persona. Además de las informaciones de esta organización, las expulsiones se basaban en informes de la Seguridad del Estado (G2).

Cuando me expulsaron de la carrera de Medicina mi papá me dijo: “hijo, te han dado un título, porque no te han expulsado por ser mal estudiante, ni por mala conducta, sino por ser católico practicante y por tus principios”. Esas palabras, ese apoyo de mí papá fueron y son de un valor incalculable. Expresan lo que de verdad importa en la vida: los valores fundamentales. Desgracia-

damente, en un tipo de régimen dictatorial, como es el caso del comunista, son pocos los padres que tienen presente esos valores, son pocos los que dan fuerza y ánimo a sus hijos para ser firmes en sus convicciones y seguir adelante. Lo común en ese régimen es servir al miedo: llevar la “máscara”, el “teatro”, la mentira, el disimulo, integrarse en el sistema político renunciando a valores fundamentales. Lo normal es decirles a los hijos que simulen, que callen, que se adapten para que puedan estudiar y trabajar en ese sistema.

Cuando me expulsaron de la carrera de Medicina mi papá me dijo: “hijo, te han dado un título, porque no te han expulsado por ser mal estudiante, ni por mala conducta, sino por ser católico practicante y por tus principios”. Esas palabras, ese apoyo de mí papá fueron y son de un valor incalculable. Expresan lo que de verdad importa en la vida: los valores fundamentales. Desgraciadamente, en un tipo de régimen dictatorial, como es el caso del comunista, son pocos los padres que tienen presente esos valores, son pocos los que dan fuerza y ánimo a sus hijos para ser firmes en sus convicciones y seguir adelante. Lo común en ese régimen es servir al miedo: llevar la “máscara”, el “teatro”, la mentira, el disimulo, integrarse en el sistema político renunciando a valores fundamentales. Lo normal es decirles a los hijos que simulen, que callen, que se adapten para que puedan estudiar y trabajar en ese sistema.

Expulsado del Infierno

Cuando terminó esa especie de segundo juicio que me hacen para la expulsión, me dirigí a casa. Allí se encontraban de visita Marina y Segundo. Mientras estamos almorzando les comento que: “hoy es el día de mi vida que me he sentido más libre en Cuba”. Les cuento cómo pude decir con toda libertad lo que pensaba, rebatir los argumentos sin que me pudieran decir nada convincente en la discusión, sentir que los había podido vencer en el plano religioso, filosófico, histórico y de los derechos humanos. Era la sensación de la persona que había estado reprimida durante años y se había liberado. Ya no tenía nada más que perder y sí mucho que ganar. Recordé el Evangelio de San Marcos, que dice en el capítulo 13, versículo 11: “cuando os lleven delante de los tribunales o para entregaros, no os preocupéis de lo que vais a decir. Decid lo que Dios os sugiera en aquel momento, pues no seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu Santo”.

Después de estar expulsado, pasada la varicela, voy al Rectorado, que estaba situado en el Instituto Superior de Ciencias Médicas de La Habana, donde cursé mis dos primeros años de la carrera, para pedir por escrito las razones de mi expulsión. No me las dan. Pido insistentemente una reunión con el Rector. A las pocas semanas, en el mes de mayo, me citan y, cuando llego a la reunión, me encuentro que están presentes el decano de la Facultad de Medicina, su secretaria, un mayor del ejército que era médico del hospital militar y un compañero mío miembro destacado de los dirigentes de la UJC del hospital.

Empiezo preguntando cuál es el motivo, o los motivos, de mi expulsión. Aunque realmente ya los conocía, desde que mi compañero chileno me lo había advertido y después de llevarse a cabo la llamada asamblea, que el mismo amigo me relató todo lo que había ocurrido en ella, tenía que aparentar no saberlo, de lo contrario sospecharían que alguien me lo había contado y podían iniciar una caza de brujas para averiguar quién me lo había revelado. Recuerdo perfectamente los detalles de esa especie de “juicio” que me estaba haciendo en la Facultad esa comisión encabezada por el decano. No sólo lo he contado muchas veces en mi vida: las imágenes de aquellos días se han presentado definidas en mi mente en más de una ocasión.

Lo primero que me mencionan, de la lista de causas para la expulsión, es el hecho de que se han enterado que soy católico y practicante. Rebato el punto: recuerdo, entre otras cosas, que lo tenían que saber porque, al entrar a la Universidad, en la entrevista política que te hacen lo preguntan y yo había expresado entonces con claridad mis creencias y que practicaba la Fe; si ahora no lo sabían era por un mal trabajo político de ellos, por no revisar las entrevistas, ni tenerlas en cuenta. Mi asistencia a la Iglesia no era oculta: la parroquia a la que asistía habitualmente era la de Corpus Christi, muy cercana al Instituto Superior de Ciencias Médicas donde es-

tudiaba. Además, señalé al respecto que la Constitución Cubana y la Declaración Universal de los Derechos Humanos, de la cual Cuba era firmante, reconocían la posibilidad de ser una persona religiosa. Puse el ejemplo del guerrillero Camilo Torres, ex sacerdote colombiano, del movimiento Cristianos por el Socialismo en Chile. Pretendieron discutir conmigo temas del hecho y contenido mismos de la Religión, pero les dije que allí no estaba para eso. Por supuesto insistieron en su posición y me negué en aquella oportunidad a entrar en tal dinámica. Ante mi negativa y el carácter de mis respuestas que rebatían el primer punto de la acusación, dijeron “pasemos al segundo tema”.

El segundo punto era mi relación con los extranjeros de mi *cuadra*. Aclaré que mis contactos y mi visita a la casa de los canadienses habían venido porque los conocía de la parroquia. La señora presentaba una anemia megaloblástica y le iba a inyectar vitamina B12 a su casa. A su esposo lo había llevado al hospital Joaquín Albarrán donde estudiaba para una revisión médica y había salido muy satisfecho con el trato recibido en el hospital. Les pregunté entonces: “¿se imaginan que yo les diga a los diplomáticos canadienses que fui expulsado, entre otras razones, por mis contactos con ellos, después de lo contentos que están con el servicio sanitario que han recibido?” Ya les había comentado a los diplomáticos canadienses lo que me había pasado, pero los de la comisión de la Universidad no lo sabían. Después que hice la pregunta, el médico mayor del ejército que estaba presente interrumpió abruptamente: “pasemos a otro punto”. Seguramente se dio cuenta cómo una cosa así daba una imagen terrible de la Revolución.

Me plantean el tema de la familia que había recibido del extranjero y me había traído algunos regalos. Les respondo que el familiar había sido una tía colombiana, no sólo familia cercana, sino una extranjera que no entendería lo que me estaba ocurriendo por haberla recibido de visita –por supuesto que mi tía entendía perfectamente y sabía que en Cuba había una dictadura. Añadí que ya Cuba, desde 1979, podía ser visitada por los cubanos residentes

en el extranjero –los *gusanos* convertidos en *mariposas*– para encontrarse con familias y amigos, que “cómo me decían esto cuando estaba autorizadas estas visitas”. Terminaron expresando: “pasemos al otro punto”.

Finalmente plantean que “cómo yo había llegado a ser secretario de la FEU del hospital”. Les respondo “porque me propuso la dirigencia de la UJC, porque me eligieron ustedes y, en todo caso el mal trabajo político es de ustedes, porque yo nunca he negado nada de mi Fe, ni de mis actos y valores”.

Y he aquí que me dicen que “pueden valorar la posibilidad de que yo regrese a la carrera, porque quizás se cometió un error conmigo”, a lo que manifiesto que “yo no quiero volver a la carrera de Medicina”. Esto los desconcertó. Expresé que “sin haber hecho nada, habiendo dicho siempre la verdad, siendo un buen estudiante en conducta y notas, a pesar de eso me habían expulsado”, entonces no quería “que *la espada de Damocles posara sobre mi cabeza*” (palabras literales que usé), que corría el peligro que “más adelante, estando más avanzado en la carrera, porque tuviera una simple equivocación involuntaria de un diagnóstico o tratamiento, como mandar una aspirina indebida me pudieran acusar de agente de la CIA”. Esta acusación sin fundamento es muy practicada por el régimen comunista cubano contra cualquier ciudadano que se oponga al sistema o que ellos consideren que deban “quitarse del medio”.

No entendieron por qué yo me negaba a regresar, pero realmente no quería volver. No sólo por el motivo que había expresado, sino, lo más importante, porque nuestro objetivo era salir de Cuba y, terminando la carrera, sería mucho más difícil. Lo que quería era que me dieran por escrito una comunicación de expulsión y enumeraran los motivos que habían expuesto. Aunque prometieron allí que lo harían en los siguientes días, a pesar de mis insistentes peticiones en el rectorado, no me entregaban el papel. Lo quería tener por dos razones: básicamente, como demostración de una violación de derechos humanos que habían cometido conmigo y también para si me hacía falta fuera de Cuba, para la posibilidad

de apoyar estudios futuros o cualquier otra gestión. Las dictaduras comunistas normalmente intentan no dar por escrito situaciones como esta, para que no quede constancia escrita de la violación de los Derechos Humanos, que sea sólo la palabra del que denuncia, y que muchos dentro o fuera de Cuba puedan poner en duda lo ocurrido. Otro proceder enrevesado y maligno del gobierno.

Cuando salgo de esa especie de juicio, me voy caminando a casa, aunque estaba a una buena distancia. Era casi imposible coger un transporte público. Cuando voy por la calle, se acerca en coche el mayor del ejército e insiste que me monte en su *carro*. Finalmente lo hago, en los asientos de atrás. Me suelta que “lo hecho conmigo era injusto y que si yo decidía volver a la carrera podía contar con su ayuda”. Estaba asumiendo el papel del “policía bueno”. Algo muy parecido se repitió días después, en el Aquarium: él estaba de visita con su hija y yo con Beatriz. Me lo volví “a encontrar”, me repitió su oferta y yo se lo agradecí de nuevo, pero le repetí que no me interesaba. Como he dicho, yo no quería regresar a la Universidad y mucho menos con la aparente ayuda del militar, porque eso implicaba seguramente compromisos futuros.

Otro hecho relacionado con la expulsión fue la conversación que tuve una vez con la vecina Lourdes Veiga, que me insinúa que “yo he sido expulsado con cierta justificación porque podía haber pasado información *sensible* (comprometedora) a los canadienses”. Le dije que eso era una estupidez porque “en primer lugar, yo no tenía ninguna información importante de Cuba, ni por mis estudios de la carrera, ni por mi historial personal”, y que, además, si hubiera hecho algo así, “hubiera ido preso con muchos años de condena”. Esto que me dijo la vecina es lo que le meten ese régimen en el cerebro a las personas: les llenan su cabeza de propaganda, demagogia, manipulación y adoctrinamiento, convirtiendo a la mayoría en individuos aterrados y alienados, en robots o zombis que repiten la propaganda.

Pasados casi cuatro meses de haber ocurrido la llamada Asamblea por la Educación Comunista, voy una vez más al rectorado a buscar el documento de mi expulsión que les había pedido. En esta ocasión sí lo tenían preparado. Con lo que habían expuesto quedé satisfecho, porque claramente recogía parte de la violación de los derechos humanos que habían cometido conmigo. Especifican como razones para la expulsión: opiniones, ideología y relaciones de amistad que ellos consideraban que “no eran revolucionarios” y cómo han implicado a los compañeros de estudios en unas decisiones que tomaban los responsables del PCC, UJC y Ministerio del Interior (G2). Es decir, quieren aparentar el resultado de una decisión libre y democrática, aunque lo que están haciendo es poner en evidencia una violación de derechos. Los representantes de la dictadura comunista tenían la osadía de hablar en nombre del pueblo de Cuba. El régimen hace cómplices de sus injusticias a unos testigos que “refrendan” los hechos como una masa sin nombre, determinados por el miedo a que si no participan o lo simulan serán las nuevas víctimas señaladas.

En el mes de junio de 1980, como estaba sucediendo lo del Éxodo del Mariel y no me acababan de dar por escrito mi expulsión de la carrera, aprovecho que me encuentro en la escalera del edificio

con el responsable de vigilancia del CDR. Ya nosotros, desde mi expulsión, no asistíamos a las actividades del CDR —una cosa magnífica sentirnos liberados de esa carga. Pues le digo a este dirigente del CDR —sabía que todo lo que le dijera lo informaría a la Seguridad del Estado y a los otros niveles de los suyos— que mi familia de EUA, conociendo que me habían expulsado de la Universidad, estaban pensando venir a buscarnos por el Mariel.

Como me imaginaba, no pasó una semana y me llamaron desde el rectorado de la Universidad que fuera. Eso era precisamente lo que yo pretendía. Cuando llego a la facultad me vuelvo a encontrar de nuevo en una habitación con los mismos de la vez anterior; pero ahora para comunicarme que “según informaciones que les había llegado, había otro hecho nuevo” y por tanto “un cambio de la razón de mi expulsión y que me lo darían por escrito”, y me acercan un papel para que lo firme. El documento expresaba que yo era expulsado porque pretendía abandonar Cuba por el Mariel. Inmediatamente me negué a firmarlo, ya que esa no era la razón de mi expulsión y que, en todo caso, el documento tendría que especificar que el hecho venía *a posteriori* de lo que me habían acusado, la familia de EUA vendría a buscarme por la discriminación que estaba sufriendo. A partir de ese momento, intento sacar el tema religioso y, en esta ocasión, sí quería hacerlo con mucho gusto. Para apabullarlos en los argumentos y derrotarlos (confieso que era un deseo tremendo) y, además, para intentar provocar que me dieran por escrito las razones de mi expulsión o, al menos, que constaran en el documento motivos de violación de derechos humanos.

Esta vez iba preparado conociendo yo un poco más acerca de quiénes eran los que estaban en la comisión. Por ejemplo, supe que el médico mayor del ejército estaba casado con una polaca, ya que una amiga monja la conocía. En esta reunión con la comisión, ya no me preocupaba rebatir los motivos de la expulsión, porque lo había hecho con anterioridad. Pero sí esta vez hablé de filosofía: para mis afirmaciones me apoyé en los estudios del Seminario y lo que había leído principalmente acerca del marxismo y las críticas

en el libro *El Pensamiento de Carlos Marx* de Jean-Yves Calvez, que uní con otros temas de la historia, la Iglesia. En un momento dado me hablan de las injusticias que había cometido la Iglesia a lo largo de la historia. Respondí, entre varias cosas, que también los revolucionarios no eran muchas veces coherentes con lo que predicaban y dejaban abandonados a los suyos; aproveché para expresarles cómo al Che Guevara lo habían traicionado y no le habían dado el apoyo que él esperaba desde Cuba. Mi compañero de estudio, que era miembro de la UJC y de la comisión me dice que “cómo digo eso, que es falso”. Le respondí: “entonces tú no has leído el *Diario del Che Guevara* (en Bolivia), porque él mismo lo expresa ahí”, y añadí la recomendación: “lo deberías leer”. Más adelante hablo de cómo en los países del este de Europa (comunistas en ese momento), había un resurgimiento de la Fe. También los de la comisión lo niegan y aprovecho para hablarles del Movimiento Solidaridad en Polonia y lo católicos que eran los polacos. Y añado: “si tienen dudas, pueden preguntárselo al mayor del ejército (que estaba presente formando parte de la comisión), porque está casado con una polaca y seguramente sabe mucho sobre ello”. En ese momento el médico militar se puso más blanco que la leche. Ni él, ni los que estaban allí se esperaban estas palabras mías y el hecho que yo conociera este dato.

Cuando terminó esa especie de segundo juicio que me hacen para la expulsión, me dirigí a casa. Allí se encontraban de visita Marina y Segundo. Mientras estamos almorzando les comento que: “hoy es el día de mi vida que me he sentido más libre en Cuba”. Les cuento cómo pude decir con toda libertad lo que pensaba, rebatir los argumentos sin que me pudieran decir nada convincente en la discusión, sentir que los había podido vencer en el plano religioso, filosófico, histórico y de los derechos humanos. Era la sensación de la persona que había estado reprimida durante años y se había liberado. Ya no tenía nada más que perder y sí mucho que ganar. Recordé el evangelio de San Marcos, que dice en el capítulo 13, versículo 11: “cuando os lleven delante de los tribunales o para

entregaros, no os preocupéis de lo que vais a decir. Decid lo que Dios os sugiera en aquel momento, pues no seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu Santo”.

Pasados casi cuatro meses de haber ocurrido la llamada Asamblea por la Educación Comunista, voy una vez más al rectorado a buscar el documento de mi expulsión que les había pedido. En esta ocasión sí lo tenían preparado. Con lo que habían expuesto quedé satisfecho, porque claramente recogía parte de la violación de los derechos humanos que habían cometido conmigo. La Resolución Rectoral número 313-80 del Ministerio de Salud Pública, firmada por el rector del Instituto Superior de Ciencias Médicas de La Habana, Dr. Ramón Casanova Arzola, con fecha 13 de agosto del 1980, dice en resumen así:

Por Cuanto (...) los alumnos del cuarto año solicitaron la expulsión definitiva de las aulas universitarias al alumno de ese curso Antonio Rafael Guedes Sánchez, por las causas siguientes:

- Manifiestas ideas contrarias a los principios y la ideología de la Revolución.
- Tener relaciones con elementos desafectos a la Revolución.
- Por lo que sus compañeros de estudios no están dispuestos a seguir compartiendo sus estudios y trabajos en compañía de Guedes Sánchez.

Finalmente dice el documento que resuelve:

- Disponer la expulsión definitiva de Antonio Guedes Sánchez de este Instituto Superior de Ciencias Médicas (ISCM-H) por la conducta que se explica en el tercer Por Cuanto de la presente Resolución (...)

Se puede ver claramente que se comete una violación de los derechos humanos por razón de opinión, ideología y por las relaciones de amistad que ellos consideraban que no eran revolucionarios y que se ha implicado a los compañeros de estudios en las decisiones que tomaban los responsables del PCC, UJC y Ministerio del Interior (G2). Es decir, quieren aparentar el resultado de una decisión libre y democrática, aunque lo que están haciendo es poner en evidencia una violación de derechos. Los representantes de la dictadura comunista tenían la osadía de hablar en nombre del pueblo de Cuba. El régimen hace cómplices de sus injusticias a unos testigos que “refrendan” los hechos como una masa sin nombre, determinados por el miedo a que si no participan o lo simulan serán las nuevas víctimas señaladas. El firmante, el Dr. Ramón Casanova Arzola, era una parte visible más del engranaje del sistema. Cumplía una orden que venía dada por el PCC, del Ministerio del Interior. Un proceso que “bajaba” orientado por las altas instancias del estado cubano, que habían decidido dar escarmiento con nuevas purgas, como represalia por la reacción multitudinaria de los que querían marcharse por la Embajada del Perú, el Mariel o por cualquier vía posible de escapar de la dictadura.

Páginas siguientes (al dorso):
El documento con la Resolución Rectoral número 313-80
del Ministerio de Salud Pública.



RESOLUCIÓN SECTORIAL No. 313-80

POR CUANTO: La Resolución No. 538-75 del Ministro de Educación establece como falta grave en su apartado octavo, inciso "a" del cometer actos relevantes, ostensibles contrarios a la moral, así como a los principios o a la ideología de la Revolución.

POR CUANTO: La Instrucción No. 2/80 del Ministro de Educación Superior de fecha 17 de abril de 1980 establece en su tercer Por Cuanto que en función del proceso de las asambleas estudiantiles se tomen los resultados de éstas como hechos probatorios determinantes en las faltas de carácter moral y social.

POR CUANTO: En la asamblea por la educación comunista efectuada en el Hospital Joaquín Albarrán el día 19 de abril de 1980, los alumnos del 4to. año solicitaron la expulsión definitiva de las aulas universitarias al alumno de ese curso ANTONIO RAFAEL GUEDES SANCHEZ, por las causas siguientes:

- Manifiestas ideas contrarias a los principios y la ideología de la Revolución.
- Tener relaciones con elementos desafectos a la Revolución.
- Por lo que sus compañeros de estudios no están dispuestos a seguir compartiendo sus estudios y trabajos en compañía de GUEDES SANCHEZ.

POR CUANTO: El que suscribe considera correcto el rechazo que contra GUEDES SANCHEZ sienten sus compañeros estudiantes y lo consideraran responsable de la conducta que se le imputa.

POR TANTO: En uso de las facultades que me están conferidas,

RESUELVO:

PRIMERO: Disponer la expulsión definitiva de ANTONIO RAFAEL GUEDES SANCHEZ de este ISCM-H por la conducta que se explica en el tercer Por Cuanto de la presente Resolución y amparado en el apartado Vigésimo Cuarto, inciso "a" de la Resolución 538-75 del Ministro de Educación.

SEGUNDO: Advertir al interesado que dispone de diez días hábiles a partir de la fecha de notificación para interponer recurso de apelación contra el Ministro de Salud Pública.

TERCERO: Queda encargado el Decano de la Facultad de Medicina No. 3 de darle cumplimiento a la presente Resolución.



RESOLUCIÓN SECTORIAL No. 313-80

Notifíquese a quienes corresponda su conocimiento.

Pase a la Secretaría General.

Dada en la Ciudad de la Habana, a los trece días del mes de agosto de mil novecientos ochenta, "Año del II Congreso".

Dr. Ramón Casanova Arzola
SECTOR



nta.

En suspenso

Ahora teníamos la tarea de cambiar lo que decía el carnet de identidad de Lourdes, que no apareciera que era Optometrista. Nuestro amigo Alberto Cros, que aún no se había marchado con su mamá para Venezuela, intentó raspar con una cuchilla la parte del carnet de identidad donde estaba anotada la profesión de Lourdes, pero no funcionó: se habrían podido percatar de ello las autoridades fácilmente. Entonces nos aconsejó que quemáramos ese carnet y denunciáramos en la comisaría de policía su desaparición. Después, que fuéramos a la oficina del carnet de identidad a solicitar uno nuevo para que en ese pusiéramos que Lourdes era ama de casa y ya no apareciera lo de técnico sanitario. Lo primero que hicimos fue quemar el carnet de Lourdes y, ante el temor que vieran en la basura los restos, echamos las cenizas por el inodoro de casa.

Como ya no podía estudiar Medicina voy al Sanatorio de San Juan de Dios del reparto de Los Pinos en La Habana, donde había trabajado con anterioridad, para buscar empleo. En ese momento ya se habían marchado del país, por el Mariel, mis amigos Rogelio Zelada y Heriberto Ortiz, que trabajaban allí. Por tanto, hacía falta un ergoterapeuta en el Sanatorio, ya que solamente quedaba Agustín. Comencé en junio de 1980 mi segunda etapa en San Juan de Dios y allí estuve hasta el 15 de diciembre de 1981, días antes de marcharnos al exilio a España. En ese momento, el superior del Sanatorio era el hermano Ramiro Berrade: el hermano Zenón, después de muchos años de superior de la casa, había pasado a vivir a San Rafael, otro hospital que los hermanos habían dedicado antes a problemas ortopédicos pero que, ahora que el gobierno les había prohibido continuar trabajando en ese campo, habían tenido que convertir en una residencia de ancianos. En el Sanatorio de San Juan de Dios, durante ese año y medio, hacía las entrevistas a los pacientes para clasificarlos en los diferentes grupos de ergoterapia (trabajos manuales, juegos de mesa, deportes, musicoterapia, salidas fuera del Sanatorio), junto con las actividades de ergoterapeuta.

No sabíamos si la salida por el Mariel se iba dar. Es decir, si en algún momento nos llegábamos a poder marchar, veíamos que esa opción era remota: aunque al final alguna embarcación nos viniera a buscar, muchas iban a ser las dificultades que iban a poner para darnos las autorizaciones. En varias ocasiones hablamos por teléfono con la familia de EUA sobre el tema. Ya no importaba que lo supiera el gobierno: me habían expulsado de la carrera. Al final no fue posible la salida por esta vía.

De cualquier manera, si llegaba la autorización de marchar por cualquier vía era muy importante que no apareciera Lourdes como técnica optometrista, ni yo como ergoterapeuta, de lo con-

trario no nos iban a dejar salir. Por eso nos dimos a la tarea de idear cómo no dejar huellas de que trabajábamos como técnicos sanitarios. En mi caso iba a ser más fácil, al trabajar en el Sanatorio que no era del estado cubano y no tener reflejada en mi carnet de identidad esa profesión —ahí no aparecía como técnico sanitario. Lourdes sí que tenía anotado que trabajaba como técnico optometrista en su carnet de identidad (documento oficial de identificación obligatoria, en forma de cuaderno, que era un verdadero “cuéntame tu vida” portátil al alcance de cualquier autoridad).

Pensamos que ella dijera a la jefa del departamento de oftalmología del hospital Diez de Octubre, que iba a pedir la baja laboral, al menos temporalmente, porque Beatriz no se adaptaba al Círculo Infantil y que el psicólogo nos había aconsejado que la sacáramos de allí. Previamente habíamos hablado con un gran psicólogo amigo y católico, el Dr. Manolo Río, que trabajaba en la clínica psiquiátrica Gali García (que fue fundada en el año 1928 y la dictadura había expropiado). Manolo se había formado en la antigua Universidad privada de Villanueva (ya expropiada y desaparecida): Comentamos esto con nuestro amigo para que, si investigaban sobre el motivo de sacar a Beatriz del Círculo Infantil, dijera que él lo había aconsejado. Todas las precauciones que tomáramos eran pocas.

Lourdes se presentó, pues, ante la jefa de servicio aparentemente muy afectada, “haciendo un teatro”, quejándose que la niña no se adaptaba al Círculo, que teníamos que sacarla por prescripción facultativa y que por tanto ella iba a tener que dejar de trabajar. La jefa, como en ese momento estaba efervescente la salida por el Mariel, le dijo a Lourdes con suspicacia: “¿no será que tú piensas marcharte por el Mariel?” Lourdes contestó, como si se sintiera ofendida: “no le permito que dude de mis convicciones revolucionarias”. En definitiva, que logró la baja laboral.

A Beatriz la sacamos del Círculo Infantil. Ante todos, y principalmente ante los vecinos del CDR, fingimos la no adaptación de la niña.

Ahora teníamos la tarea de cambiar lo que decía el carnet de identidad de Lourdes, que no apareciera que era optometrista. Nuestro amigo Alberto Cros, que aún no se había marchado con su mamá para Venezuela, intentó raspar con una cuchilla la parte del carnet de identidad donde estaba anotada la profesión de Lourdes, pero no funcionó: se habrían podido percatar de ello las autoridades fácilmente. Entonces nos aconsejó que quemáramos ese carnet y denunciáramos en la comisaría de policía su desaparición. Después, que fuéramos a la oficina del carnet de identidad a solicitar uno nuevo para que en ese pusiéramos que Lourdes era ama de casa y ya no apareciera lo de técnico sanitario. Lo primero que hicimos fue quemar el carnet de Lourdes y, ante el temor que vieran en la basura los restos, echamos las cenizas por el inodoro de casa. Lourdes fue a la comisaría, denunció el robo o extravío, y después le hicieron uno donde se reflejó la realidad del momento, que era ama de casa. Como no estaba trabajando en ese momento... Ya si nos venía la salida del país en algún momento, no quedaría rastro de su condición de técnico. Nos quitábamos un gran obstáculo de encima. A no ser que por una delación circunstancial fuéramos descubiertos.

Mi hermana, al terminar en 1980 su carrera de Literatura Hispánica, no tenía donde vivir en La Habana y tampoco deseaba marcharse para Unión de Reyes y la provincia de Matanzas, ya que eso implicaba muchos más problemas para trabajar siendo católica practicante, allí donde la conocían de toda la vida. Como era muy reducido su campo de trabajo, que al fin y al cabo tenía que ser exclusivamente con el estado cubano, y no la habían ubicado aún en un puesto, se había quedado viviendo en la *beca* (el mismo edificio del Vedado donde vivió mientras estaba estudiando), sin autorización, medio clandestina, sin que las autoridades del internado se percataran plenamente de ello, durante unos cinco meses.

Entonces Evita, a través de Monseñor Petit, Obispo auxiliar de La Habana, consigue que las hermanas religiosas de María Inmaculada (conocidas como las del Servicio Doméstico, habían sido fundadas por Santa Vicenta María López y Vicuña), que tienen una residencia en La Habana, le permitieran vivir allí. Aunque la instalación había sido siempre destinada para acoger a jóvenes estudiantes o trabajadoras durante un tiempo, el gobierno cubano estaba presionando a las hermanas para que la convirtieran en una residencia de ancianos. Eso llegó a ser así con el tiempo. Mi hermana, en fin, va a vivir a la residencia a partir del 1 de diciembre de 1980 y allí estuvo hasta que años después se casó.

Lourdes se presentó, pues, ante la jefa de servicio aparentemente muy afectada, “haciendo un teatro”, quejándose que la niña no se adaptaba al Círculo, que teníamos que sacarla por prescripción facultativa y que por tanto ella iba a tener que dejar de trabajar. La jefa, como en ese momento estaba efervescente la salida por el Mariel, le dijo a Lourdes con suspicacia: “¿no será que tú piensas marcharte por el Mariel?” Lourdes contestó, como si se sintiera ofendida: “no le permito que dude de mis convicciones revolucionarias”. En definitiva, que logró la baja laboral.

69

La mitología castrista

Se dice que hay tres Cubas: la oficial, la real y la turística. La “oficial” que presenta el régimen a los visitantes oficiales, interesados varios y la opinión pública internacional. La “real” es el entorno que el régimen cubano destroza, aniquila y pulveriza, mientras deja a la gente viva, como zombis ideologizados. La “turística”, el paisaje que ofrece a los que llegan buscando entretenimiento, descanso o algún servicio específico —médicos, sexuales...— a los hoteles, a las playas, a los recorridos por los lugares históricos, a la diversión.

Después que sale electo, en noviembre de 1980, presidente de EUA Ronald Reagan, con el pretexto de las “amenazas” de una inminente “invasión de los Estados Unidos” que nunca llegará, a finales del mismo año, el régimen comunista crea las Milicias de Tropas Territoriales (MTT). Sus miembros se consideran militares, cuando se movilizan para cumplir misiones propias del Servicio Militar Activo. Están organizadas en divisiones, regimientos, batallones y compañías independientes. Dentro de las MTT existen Formaciones Especiales. Participan periódicamente en los denomi-

nados Días de la Defensa, los domingos o un día festivo. Durante semanas, serán movilizados en campos de entrenamiento. Son una continuación de las Milicias Nacionales Revolucionarias (MNR) creadas desde los primeros días de la dictadura.

Con ellas el gobierno redobla la militarización del país. La URSS multiplica sus envíos de armas y asesores. En la práctica, obligan a los estudiantes universitarios y trabajadores a formar parte de ellas, orquestando marchas militares por las calles y plazas —muchas veces con un palo en el hombro (literalmente) como si fuera un fusil, muchas otras con armas sin balas—; entrenamientos en unidades o campos militares; guardias. Combinan la militarización de un país con un refuerzo del compromiso de la mayoría con la dictadura, el cultivo del miedo y una forma de tener entretenida a la población. Casi nadie que trabaje o haga unos estudios universitarios o de técnicos medios podrá negarse a participar, a no ser que quiera arriesgarse a perder su trabajo o sus estudios y “señalarse” él y su familia.

Durante mucho tiempo en Cuba, en las primeras décadas de la dictadura comunista, desde los estudiantes de primaria hasta los trabajadores, tuvimos que excavar trincheras en los más variados sitios —incluyendo en muchos patios escolares— porque entre los delirios del régimen estaba que el pueblo se tenía que “preparar para la invasión imperialista”.

Entre los “mitos” que la Revolución ha esparcido machaconamente y he tenido y tengo que soportar con impotencia, sufrimiento y gran malestar cómo se repiten en conversaciones privadas, escucho en los medios de comunicación o leo en artículos, se encuentran los que relacionaré a continuación.

1

El famoso y falso “bloqueo” que impone EUA a Cuba, lo que realmente es un embargo comercial. Ese mensaje, que repiten hasta

el hartazgo, es aceptado y creído por la mayoría de la opinión pública internacional. Por la propaganda sistemática inamovible del gobierno cubano. Por ignorancia importante de lo que pasa internamente en el país y la falta de conocimiento de la ineficacia real de ese sistema para gestionar los asuntos económicos. Y por una especie de idealista “antiyanquismo” (antinorteamericanismo), que gusta seguir la fábula de un “pequeño David” en lucha incansable contra el “gigante Goliat” norteamericano.

Se dice que Cuba pierde mucho por causa del “bloqueo norteamericano”, pero se supone que se libró con eso de la explotación y el expolio de sus riquezas por parte del Imperialismo Yanqui y que ganó con el comercio solidario con la Unión Soviética, Europa Oriental comunista o China, con el comercio justo con Europa occidental, Canadá y muchos otros países. Cuba integró durante más de tres lustros el CAME (Mercado Común de los países ex comunistas), beneficiándose de unos intercambios comerciales particularmente favorables. En la isla invierten países como Italia, España, Canadá y una larga lista de naciones —menos los EUA— en hoteles, en la minería, en todo aquello que el gobierno cubano permita. Hay que recordar aquí que los que comercian con Cuba lo hacen con el gobierno, no con el pueblo. Y tener en cuenta que los empresarios extranjeros no pueden contratar a sus trabajadores directamente, tienen que hacerlo a través de empresas del gobierno de Cuba: los empresarios extranjeros pagan el sueldo de esos cubanos al gobierno y este es quien paga a los trabajadores, en pesos cubanos, hurtándoles al cambio alrededor del 80% de su salario, violando los acuerdos de la Organización Internacional del Trabajo (OIT). Cualquier medicina o alimento que Cuba quiera adquirir los puede comprar en Méjico, Canadá o Panamá, por sólo mencionar países cercanos, donde incluso le resultan mucho más baratas que en los EUA. Pero Cuba arrastra muchas deudas que tiene sin pagar —desde el punto de vista per cápita, su deuda externa es de las más altas del mundo. Esas deudas a países concretos tienen que ser renegociadas a menudo con el Club de París.

O sea, es evidente que han podido y pueden comprar a muchos países: otra cosa es que su economía, minuciosamente ineficaz, sea incapaz de generar riqueza para pagar esas deudas y continuar accediendo al mercado internacional. Y ¿dónde están las *viandas* (plátano, malanga, calabaza, yuca, boniato), los vegetales, cerdos, pollos y huevos que en Cuba se dan casi silvestres y que siempre fueron abundantes en el país? La falta o escasez de esos alimentos básicos no tienen nada que ver con el embargo. Los defensores del régimen cubano olvidan que, si el llamado “bloqueo” le ha causado al Gobierno cubano cuantiosas pérdidas, mucho mayor volumen alcanzó el subsidio soviético que recibió a lo largo de treinta años: más de 100.000 millones de dólares, según la auditoría de la historiadora rusa Irina Zorina, una cifra que multiplica por ocho el monto del Plan Marshall destinado a reconstruir toda Europa después de la Segunda Guerra mundial.

No es el “bloqueo”: es el sistema lo que no funciona. Un sistema que castiga la creatividad, aplasta las iniciativas individuales y malgasta los recursos colectivos de una forma criminal. Cuba posee, por ejemplo, centenares de geógrafos, geólogos e ingenieros especializados en locomotoras y organización en tránsito terrestre, cuando las necesidades del país se hubieran podido solucionar con pocas docenas. Cuba está en manos de una legión de incapacitados para gobernar en un régimen sin libertad. Es un sistema absolutamente ineficaz, como se ha demostrado en todas las latitudes en que se ha puesto en funcionamiento, no importa la lengua del país, la etnia de las personas, el continente donde se haya implantado, etc. Podemos comparar las dos Coreas o lo que fueron las dos Alemanias.

El embargo consiste básicamente en una orden a las compañías norteamericanas que no comercien con Cuba. Fue consecuencia de las confiscaciones del régimen cubano, al principio de la década de los 60 de las propiedades norteamericanas, que no han sido compensadas. Otros hechos que provocaron las medidas del embargo comercial fueron la serie de desembarcos armados que el

Entre los “mitos” que la Revolución ha esparcido machaconamente y he tenido y tengo que soportar con impotencia, sufrimiento y gran malestar cómo se repiten en conversaciones privadas, escucho en los medios de comunicación o leo en artículos, se encuentran los que relacionaré aquí. El famoso y falso “bloqueo” que impone EUA a Cuba, lo que realmente es un embargo comercial. La falacia que cree medio mundo: “Cuba es una potencia médica”, con más médicos per cápita que ningún otro país, los cuidados universales y gratuitos, el promedio de vida y la mortalidad infantil de los cubanos es similar a la del Primer Mundo y una larga lista de bondades del sistema sanitario. El de la calidad de la educación socialista cubana para todos. El de la potencia deportiva. El la famosa y falsa “gratuidad” de los servicios sanitarios, educativos y el deporte. El del Hombre Nuevo, esa marioneta obediente, ese zombi ideologizado –el estado policiaco cubano ha traído como consecuencia una castración masiva del pueblo.

régimen cubano realizó en Venezuela, Nicaragua, Panamá, Guatemala y Colombia con el propósito de derrocar a los gobiernos de esos países, y las conocidas actividades de desestabilización y subversión en muchos países de América Latina como Perú, Brasil, Uruguay o Argentina.

Dicen y propagan otra falacia que cree medio mundo: “Cuba es una potencia médica”, con más médicos per cápita que ningún otro país, los cuidados universales y gratuitos, el promedio de vida y la mortalidad infantil de los cubanos es similar a la del Primer Mundo y una larga lista de bondades del sistema sanitario. La atención médica ha sido otra de las preferencias del régimen cubano, pero hay que tener en cuenta, entre otros, algunos factores. En primer lugar, la Revolución partió de los niveles altos que, en el campo sanitario, Cuba tenía en los años 1950s. En ese campo, Cuba era uno de los países más avanzados de América Latina y, sin duda, mucho más que todos los países vecinos de Centroamérica y el Caribe. Por citar algunos datos: Cuba, con 6,6 millones de habitantes, tenía más del doble de profesionales sanitarios que los 19 millones de residentes de todas las otras naciones caribeñas juntas, y era el segundo país en médicos por habitante de Ibero-

Mientras el régimen cubano insiste en que Cuba es “una potencia médica”, mantiene unos hospitales para el pueblo en los que no hay medicinas, ni prácticamente guantes, jeringas, jabones, sábanas limpias, muchas veces ni bombillas para la luz en las habitaciones, y en múltiples ocasiones los pacientes tienen que llevar la comida a los centros sanitarios. Faltan insumos e higiene, las infraestructuras se deterioran y abandonan. Excepto los centros exclusivos para el servicio de la Nueva Clase de altos dirigentes del gobierno o para los turistas que pagarán los servicios con dólares o euros: estos centros están perfectamente equipados.

mérica. Según el *Atlas* de Ginsburg, en una tabla que describe el estado sanitario de 122 países en la década de 1950, Cuba se sitúa en el rango 22 con 128,6 médicos y dentistas por cada 100.000 habitantes. La esperanza de vida del cubano en el año 1958 era de 63 años, ocupando el tercer lugar más alto de Iberoamérica. El promedio de la mortalidad infantil de 0 a 1 año, entre los años 1955-1959, según los Anuarios Estadísticos de América Latina, fue de 34 por cada 1.000 nacidos vivos y, en el año 1958, fue de 32 por 1000: no sólo clasificó como el más bajo de Iberoamérica, sino también mejor que Portugal, Grecia, Italia y España. En el año 1958, había una cama de hospital por cada 190 habitantes, y 337 hospitales. La vacunación contra la viruela, difteria, tétano, tosferina, era obligatoria para todos los niños en edad escolar. La vacuna antitífica y la antirrábica se fabricaban en Cuba y se exportaban a otros países. Cuba, según los anuarios estadísticos más confiables (Unión Panamericana, ONU, OMS, FAO), también en los años 50 formaba

¿Por qué Cuba debe empeñarse en tener dos veces más médicos per cápita que Dinamarca, un país rico a la cabeza del planeta en cuidados médicos? Más que un logro de la medicina cubana, lo que esto evidencia es un disparate de los planificadores comunistas y un dispendio asombroso de los escasos recursos con que cuenta el país. El gobierno “exporta” los sanitarios a medio planeta, para obtener recursos económicos, como medio de influencia política en esos países y para componer una imagen de “solidaridad” y “potencia médica”. Mientras tanto, dentro de la Isla dejan una deficiencia de buenos profesionales sanitarios.

parte del pelotón de avanzada. Cómo dejar de mencionar las obras sociales y sanitarias. Los dispensarios, hospitales y asociaciones que hicieron los españoles en Cuba, estaban al alcance de todos: el Hospital de Covadonga, el Sanatorio Santa Teresa de Jesús, las Hijas de Galicia, la Quinta Canaria, La Benéfica, La de Dependientes, y tantas otras. En 1958, la quinta parte de la población cubana estaba cubierta por esta red mutualista. En el año 1938 se habían fundado las Cooperativas Médicas, sin ánimo de lucro, de una de ellas, como mencioné en otro momento, mis padres eran socios. Esta realidad se recoge en los dos ensayos que tengo sobre el tema: *La Sanidad y sus contradicciones. Mito y Realidad y La Sanidad Cubana Silenciada*.

En segundo lugar, tal como he mencionado anteriormente, Cuba recibió durante décadas un subsidio de la URSS y del CAME de un monto muy elevado.

Mientras el régimen cubano insiste en que Cuba es “una potencia médica”, mantiene unos hospitales para el pueblo en los que no hay medicinas, ni prácticamente guantes, jeringas, jabones, sábanas limpias, muchas veces ni bombillas para la luz en las habitaciones, y en múltiples ocasiones los pacientes tienen que llevar la comida a los centros sanitarios. Faltan insumos e higiene, las infraestructuras se deterioran y abandonan. Excepto los centros exclusivos para el servicio de la Nueva Clase de altos dirigentes del gobierno o para los turistas que pagarán los servicios con dólares o euros: estos centros están perfectamente equipados.

¿Quién tiene la culpa de la falta de medicamentos y de otros insumos sanitarios en Cuba? La responsabilidad principal no es del llamado por el régimen “bloqueo” de EUA, ni de la falta de liquidez monetaria del gobierno —aunque esto último sobreviene con la ineficacia de ese sistema para generar riquezas, la mala planificación del estado cubano y con el despilfarro en planes económicos, políticos y militares megalómanos o absurdos. La responsabilidad mayor está en la esencia de ese régimen de no saber producir ni planificar eficazmente. A esto habría que añadir el descontrol interno de un

país donde se desvían ingentes cantidades de medicamentos y todo tipo de productos hacia la “bolsa negra”, la exportación de medicinas a otros países, la utilización de recursos sanitarios (de personal e insumos) en la búsqueda de dinero en el exterior, explotando a los profesionales cubanos y de paso creando para el resto del mundo una imagen ilusoria de “solidaridad” y de “potencia médica”.

¿Por qué Cuba debe empeñarse en tener dos veces más médicos per cápita que Dinamarca, un país rico a la cabeza del planeta en cuidados médicos? Más que un logro de la medicina cubana, lo que esto evidencia es un disparate de los planificadores comunistas y un dispendio asombroso de los escasos recursos con que cuenta el país. El gobierno “exporta” los sanitarios a medio planeta, para obtener recursos económicos, como medio de influencia política en esos países y para componer una imagen de “solidaridad” y “potencia médica”. Mientras tanto, dentro de la Isla dejan una deficiencia de buenos profesionales sanitarios. Muchos desean que los envíen o los autoricen a trabajar al extranjero, ya que les resulta mucho más positivo: ganan algo de dinero, viven en general mejor en otros países mientras están en ellos trabajando fuera, al regresar pueden disfrutar de ciertas prebendas. A pesar que el régimen cubano los explota ostensiblemente: alrededor del 70 al 80 % del salario que pagan los gobiernos por los sanitarios cubanos, lo guarda para sí la dictadura cubana.

¿Se puede justificar una dictadura comunista con los posibles logros en la sanidad u otros campos mientras ha estado llevando a efecto fusilamientos, ha mantenido miles de presos políticos, ha generado millones de cubanos exiliados, la involución e ineficacia económica, la falta de libertad? ¿Se justifican otras dictaduras, como fue en el caso de España, aunque logren construir un plan presas de agua, desarrollo del turismo y en la seguridad social?

3

Otro de los mitos fundamentales que han ido esparciendo todos estos años es la calidad de la educación socialista cubana. Es cierto

que la educación ha llegado en Cuba hasta los más remotos rincones del campo, y que el país cuenta hoy con un verdadero ejército de graduados universitarios y de técnicos, pero estos datos ocultan otros.

Que Cuba antes de la Revolución, como he mencionado en otros puntos de estas memorias, partía en el pelotón de salida al compararla con el resto de América Latina y no digamos con África y Asia. Cuando hablé de la alfabetización en el año 1961, relaté que del 80 al 85% de la población estaba alfabetizada y, según el estudio de Ginsburg, Cuba ocupaba la posición 35 entre 136 países analizados. También, cuando hablé del momento de la nacionalización de los centros de enseñanza en Cuba, el 6 de junio de 1961, mencioné que había que tener en cuenta que, desde 1940, todos los maestros cubanos poseían títulos de la Escuela Normal o universitarios (era el único país latinoamericano que lo había logrado). En 1959, Cuba exportó libros de texto por valor de 10.000.000 de dólares USA. Según el anuario estadístico de la ONU (1959), Cuba ocupaba, junto con Argentina, Uruguay y México, los primeros

Algo que escamotea la propaganda de la “educación socialista cubana” es que se trata de una educación ideologizada, rígida, llena de censuras y prohibiciones, en la que no se forma a los estudiantes, aunque tengan instrucción, sino se les amaestra. La manipulación de la historia, el cambio del lenguaje y su significado, la supresión de tradiciones y de fiestas nacionales, cambiándolas por otras, el vincular a los cubanos a una cultura y filosofía marxista, ajena al mundo occidental que pertenecemos.

lugares de Latinoamérica en cuanto a universitarios (3,8 por cada 1.000 habitantes). En Cuba circulaban 101 ejemplares de periódicos por cada mil habitantes, en Latinoamérica ocupaba el cuarto lugar. Algo que escamotea la propaganda de la “educación socialista cubana” es que se trata de una educación ideologizada, rígida, llena de censuras y prohibiciones, en la que no se forma a los estudiantes, aunque tengan instrucción, sino se les amaestra. La manipulación de la historia, el cambio del lenguaje y su significado, la supresión de tradiciones y de fiestas nacionales, cambiándolas por otras, el vincular a los cubanos a una cultura y filosofía marxista, ajena al mundo occidental que pertenecemos. Las purgas y expulsiones de profesores y estudiantes en diferentes momentos de la historia del régimen, reafirmando para cada generación el mensaje de que la universidad es para los “integrados”, para los “cuadros”, “para los revolucionarios” ha llevado a que, durante décadas, los estudiantes mientan y simulen o a que muchos no hayan podido desarrollarse en la profesión o estudio que querían y podrían ejercer, y sufrieran enormemente. Cada vez que alguien quería estudiar en la Universidad o para técnico medio, tenía que someterse al interrogatorio de la *planilla* (instancia) que los cubanos llamamos irónicamente el “cuéntame tu vida”.

Durante décadas, en la pedagogía cubana se ha sostenido la superchería de combinar los estudios con los trabajos agrícolas y la disciplina semi militar. Supuestamente, estas actividades ayudan a las tareas de producción y destruyen la tendencia a la agrupación clasista, sustrayendo a los niños y adolescentes de las “perniciosas influencias familiares”. Todo esto lo que ha traído en la práctica es a unos jóvenes y unas familias profundamente dañadas en los valores, costumbres y tradiciones. La politización, la agricultura y la ortodoxia ideológica han producido una notable baja en la calidad de los estudios —una cosa es la instrucción y otra la formación.

La falta de libertad ha privado a profesionales, docentes y estudiantes de textos de estudios que no fueran los que oficialmente se autorizaran, sin poder adquirir ni leer lo que quisieran, adonde

pudieran llevarlos sus inquietudes. En el campo de la política, filosofía, el derecho, historia, literatura, sociología, psicología y hasta en los de ciencias no se publicaba nada fuera de la ideología imperante o que hiciera crítica, abierta o no, del régimen. El acceso a la información, formación y conocimiento del mundo y del desarrollo estuvo vetado, excepto lo que procediera del mundo comunista y aun así, en determinados momentos y asuntos también prohibidos o con dificultad de acceso, como fue lo que estaba pasando durante la época de la Perestroika en la antigua URSS.

¿Cómo es posible que una sociedad que posee semejante “capital humano” viva tan miserablemente? ¿Cómo es posible que tantos ingenieros, economistas, médicos y maestros no hayan podido construir una sociedad más próspera que la cubana? Ese ejército de profesionales es lo que incrimina a la Revolución, lo que demuestra su desastre como sistema económico y político. ¿Qué sentido tiene que una nación de las dimensiones de Cuba cuente con esa enorme

¿Cómo es posible que una sociedad que posee semejante “capital humano” viva tan miserablemente? ¿Cómo es posible que tantos ingenieros, economistas, médicos y maestros no hayan podido construir una sociedad más próspera que la cubana? Ese ejército de profesionales es lo que incrimina a la Revolución, lo que demuestra su desastre como sistema económico y político. ¿Qué sentido tiene que una nación de las dimensiones de Cuba cuente con esa enorme cantidad de profesionales? Es la responsabilidad de una educación socialista planeada por burócratas para formar a burócratas.

cantidad de profesionales? Es la responsabilidad de una educación socialista planeada por burócratas para formar a burócratas.

Los incondicionales defensores del régimen cubano insisten en que la culpa de que la legión de profesionales cubanos no haya podido construir un país más próspero y así vivir todos en mejores condiciones es “porque la culpa la tiene el *bloqueo* imperialista”, pues se trata de una pobre isla asediada por un vecino gigante y poderoso que la hostiga en todos los frentes. Estos defensores de la dictadura cubana no sólo olvidan todo lo que hemos dicho de ese sistema y su funcionamiento ineficaz y carente de libertades, sino tampoco tienen en cuenta que otro país, en la antípoda del planeta, otra isla, Taiwan, también “asediada por un gigante implacable” (China), fue capaz de sobreponerse a todos los obstáculos, asedios, presupuestos de guerra y bloqueos hasta convertirse en uno de los países más desarrollados de Asia. En el año 1949 el 60% de la población taiwanesa era analfabeta y la Isla tenía una cuarta parte del ingreso anual per cápita de Cuba: hoy los taiwaneses tienen diez o más veces el per cápita de los cubanos y han terminado totalmente con el analfabetismo.

4

Otro mito referente es el del deporte. Cuba, en efecto, es una potencia deportiva. Han ganado muchas medallas, tiene miles de entrenadores y de deportistas, muchos de gran calidad internacional. Pero aquí también hay que tener en cuenta varios factores que silencia la propaganda del régimen.

La Revolución partió de un país con gran tradición deportiva y de grandes deportistas. En el ajedrez, Márquez Sterling, Dionisio Martínez, Andrés Clemente Vázquez, y sobre todo el grande entre los grandes: José Raúl Capablanca, campeón mundial de ajedrez. En esgrima, nombres como Ramón Fonts, Alonso de Aldama, Enrique Ramos, Ángel Gustado, Julio Cayao, Lafourca de Cortina, Silvio de Cárdenas o Juan Saaverio; existía la Federación de Esgrima de Cuba. La natación, con el más destacado Manolito

Sanguily. En hípica, remos, tenis, tiro, yatismo, atletismo, baloncesto y muchos otros deportes, había infinidad de cubanos destacados. Pero como deportes generalizados en los pueblos y ciudades de Cuba estaban el boxeo y el béisbol (la *pelota*). Cuba dio en estas disciplinas innumerables grandes deportistas destacados a nivel nacional e internacional. En definitiva, Cuba no era un país huérfano en deportes y deportistas en los años 50.

El estado comunista cubano controla a todos los grupos o equipos deportivos, es el único poseedor de los medios materiales deportivos. Hay gran escasez de ellos y grandes dificultades para obtenerlos privadamente o independientemente de los canales oficiales. Muchas instalaciones están ya en mal estado o han sido abandonadas, luego de años de ineficacia omnipresente en un estado comunista centralizado.

La politización de sus dirigentes deportivos obliga a la necesidad de la integración política, aparente o real, para representar al país en el extranjero. Los nuevos deportistas del estado cubano son profesionales que compiten como falsos *amateurs* del estado cubano. Los mejores jugadores, seleccionados para los equipos que representen al país a nivel nacional e internacional, tendrán dietas especiales, cobrarán un sueldo sin aparecer por el trabajo donde tienen la nómina –para clasificar que son *amateurs* o aficionados. Los más destacados obtienen prebendas: casas, coches, vacaciones especiales, a cambio de enfatizar con sus victorias que las deben a la gestión del gobierno.

El deporte se usa como medio de propaganda política, para “vender” la ideología del estado cubano. Esto ha llegado hasta el punto tan molesto que muchos cubanos han deseado y desean que ganen equipos de otros países (principalmente en el béisbol), cuando juegan contra los de Cuba, con tal de no escuchar la *cantaleta* (el sermón cansino) con que el régimen los machaca acerca de “los grandes logros de la Revolución”. Recuerdo cómo, en una ocasión de un juego del equipo de *pelota* de Cuba contra EUA, en la que perdió Cuba, me abracé a mi papá y a mi hermana exultante de alegría.

A pesar de todo ello, de continuo algún deportista que destaca en su disciplina es capaz de vencer el miedo y los obstáculos e intenta exiliarse, vivir en el extranjero o emigrar de alguna manera. Muchos “desertores” han sufrido las represalias de esas decisiones en sus familias o negándoles a ellos durante años el regreso de visita a Cuba.

5

Entre la propaganda de la Revolución, dentro y fuera de Cuba, que durante décadas he tenido que aguantar, destaca la famosa y falsa “gratuidad” de los servicios sanitarios, educativos y el deporte. Los profesionales sanitarios y el resto de los estudiantes tienen que pagar; con creces, su formación mientras les repiten constantemente que la educación y la sanidad de Cuba son gratuitas. Seguramente habrá quien llegue a creerse esta propaganda demagógica y falsa.

¿Son gratuitos los servicios de salud, educación y deporte ofrecidos únicamente por el estado, luego de expropiar de todo lo que estaba funcionando en el país, en todos los campos, sin indemnizar a nadie seriamente? ¿Después que el estado cubano es el único dueño y por tanto el que se lleva la plusvalía de todo lo producido? ¿Puede ser gratuito cuando los sueldos, precios, pensiones, costo y por tanto los impuestos directos e indirectos los pone el estado?

La manera de pago es diversa:

Los descuentos para la jubilación, la seguridad social y la asistencia sanitaria (en las décadas de los años sesenta y setenta, así venía desglosado en los sobres con los que se pagaban los salarios) hasta la plusvalía que se supone que se genere de la economía centralizada y que regresa a las manos del estado cubano.

Los estudios de la Secundaria y Bachillerato, en la Escuela en el Campo o en la Escuela al Campo durante décadas, sin contar con los trabajos “productivos” o “voluntarios” de los universitarios, en los CDR, en los centros laborales y hasta en primaria.

Las guardias de milicia o entrenamientos militares, los actos políticos (concentraciones en plazas, marchas, discursos), los recibimientos a autoridades extranjeras, las asambleas políticas a todos los

niveles (escuela, trabajos, CDR y todas las organizaciones “de masa” o políticas controladas por el gobierno), cuya asistencia es obligatoria o las consecuencias para el trabajo y el estudio son graves.

La “misiones internacionalistas” que consisten en trabajar en el extranjero, por las que el estado cubano hurta la mayor parte de los sueldos, utilizando al profesional como mano de obra barata. Durante años los sanitarios, profesores o ingenieros cubanos han tenido que participar en guerras como las de Angola, Etiopía y muchas más, donde muchos murieron, fueron heridos o dañados emocionalmente.

Los 3 años o más de servicio social asignados a los sanitarios y a otros profesionales y técnicos, dentro o fuera del país, después de graduados, en condiciones difíciles en la mayoría de los casos, con sueldos inferiores con los que normalmente se pagan. Y que finalmente siempre estarán disponibles para servir donde y cuando quiera el estado cubano.

¿Gratuidad cuando a cambio nos quita la libertad económica, social, cultural y política y nos da prohibiciones, escasez durante más de 60 años, racionamiento, instrucción politizada y envíos a países lejanos? Por todo lo anterior y otros motivos se puede afirmar que en Cuba no hay gratuidad en la sanidad, ni en la educación, ni en otros sectores.

6

El mito del Hombre Nuevo socialista cubano. Para crear al Hombre Nuevo, esa especie de zombi ideologizado, el régimen cubano –tal como he contado en mi experiencia personal–, ha rehecho y reinterpretado los valores, la historia, las tradiciones, las costumbres y hasta el lenguaje. Permanentemente en la escuela, centros de trabajo, medios de comunicación, organizaciones políticas y hasta en las cárceles están reeducando a la población con el objetivo de adoctrinar, poner una camisa de fuerza y domesticar al pueblo. El miedo y la simulación omnipresente en todo cubano es una realidad cruel y destructiva en nuestras vidas, en ese “hombre nuevo”.

El totalitarismo marxista no es insoportable porque casi no exista la propiedad privada, ni por los racionamientos de décadas, ni por la ineptitud de sus gobernantes y la ineficacia del sistema; sino se hace insoportable porque se pasa miedo, demasiado miedo. La presión sobre nuestras cabezas, sobre nuestras espaldas, sobre las vejigas, la especie de bola en el estómago son constantes, los sudores fríos no cesan. Nadie que conozca la realidad cubana podría pensar en encontrar allí las protestas que se dan en muchos países del mundo. El terror del régimen cubano ha sido, con mucho, mayor incluso que en países ex comunistas. Miedo tienen todos.

En primer lugar, los “no integrados” al régimen: los disidentes, los presos políticos, los opositores, tienen miedo que se le acuse de actividades “contrarrevolucionarias”, de sabotaje, de propalar rumores, de “agentes de la CIA”, “delitos contra los poderes del estado”, de acaparar víveres, de querer salir ilegalmente del país, de vagancia, de hábitos burgueses y muchas más cosas. Los cubanos tienen miedo que sus hijos pequeños revelen en la escuela el criterio íntimo de los padres. Tiene miedo de estar en el sitio donde ocurra un hecho contrarrevolucionario o un simple incendio fortuito e ir a parar a la cárcel por la convicción de su culpabilidad que tenga y aplique el gobierno. Tienen miedo de hablar y de escuchar, puesto que no delatar al opositor al régimen es tan delictivo como ser de la oposición. Tiene miedo de molestar al “compañero” del CDR, del PCC o a cualquier dirigente del gobierno, pues en el mejor de los casos te puede hacer la vida imposible.

En segundo lugar, tienen miedo los “integrados a la Revolución”, estén con ella o no en su intimidad. Tienen miedo de no hacer patente la militancia, no colgar los suficientes retratos de Fidel o no citar las consignas del gobierno con la frecuencia y vehemencia debida. Temen perder la preponderancia que les ha ganado la adhesión al sistema, temen que alguna duda se les trasluzca en la cara o en sus gestos. Temen mantener vínculos afectivos con parientes “contrarrevolucionarios” y temen acercarse a los que no tengan un historial de revolucionarios. Temen no cumplir con las

normas de producción, con las reuniones, movilizaciones militares y políticas. Los partidarios, o los que aparentan ser partidarios, tienen la Espada de Damocles sobre sus cabezas permanentemente.

La contrapartida del miedo es la simulación, algo deleznable. Todo el mundo simula cosas. El cubano tiene puesta una “máscara” permanente, vive un “carnaval” sin aparente final. La mentira y la verdad se confunden y se llega a perder la noción de lo bueno y lo malo, de la verdad y la mentira y, lo peor, la pérdida de la conciencia de lo que está bien hecho y de lo malo.

Es un régimen que ha hecho y hace un daño antropológico tremendo destruyendo la familia, las amistades y las personas en general, con las divisiones ideológicas, la cárcel, los campos de trabajos forzados, los fusilados, las guerras, el exilio, la delación, la vigilancia constante. La falta de compromiso, la carencia de responsabilidad, la apatía generalizada de la población, la desidia, la vulgaridad instalada en el pueblo, la indiferencia sobre lo que ha sufrido realmente muchos cubanos en estos años de la Revolución, el desinterés de la inmensa mayoría por el cambio político o por las violaciones de los Derechos Humanos y la falta de esperanza de un futuro dentro de Cuba se han instalado en el cubano.

Una dictadura comunista que hace al individuo, desde que nace hasta que muere, pasar por las diferentes “jaulas” o “establos” donde las distintas organizaciones “de masa” lo controlan y destruyen su libertad. Primero en la enseñanza primaria, la UPC los hace “Pioneros por el comunismo”. En Secundaria y Bachillerato, la FEEM. En la Universidad, la FEU. Cuando ya son trabajadores, la CTC. Si son de los pocos agricultores particulares, ANAP. Para las mujeres, la FMC. Para todos, los CDR. Y por encima de todas, contra todos, el omnipresente y “selecto” PCC.

El régimen comunista cubano es el patético testimonio de cómo una dictadura totalitaria degrada hasta la parodia el talento, el lenguaje, la razón de un país, dejándolo en el puro hueso de la mediocridad.

Todo esto ha “creado” ese “Hombre Nuevo”, esas marionetas obe-

dientes, ese zombi ideologizado. El estado policiaco cubano ha traído como consecuencia una castración masiva del pueblo.

7

La imagen que vende el gobierno al exterior. Se dice que hay tres Cubas: la oficial, la real y la turística.

El totalitarismo marxista no es insoportable porque casi no exista la propiedad privada, ni por los racionamientos de décadas, ni por la ineptitud de sus gobernantes y la ineficacia del sistema; sino se hace insoportable porque se pasa miedo, demasiado miedo. La presión sobre nuestras cabezas, sobre nuestras espaldas, sobre las vejigas, la especie de bola en el estómago son constantes, los sudores fríos no cesan. Nadie que conozca la realidad cubana podría pensar en encontrar allí las protestas que se dan en muchos países del mundo. El terror del régimen cubano ha sido, con mucho, mayor incluso que en países ex comunistas. Miedo tienen todos. La contrapartida del miedo es la simulación, algo deleznable. Todo el mundo simula cosas. El cubano tiene puesta una “máscara” permanente, vive un “carnaval” sin aparente final. La mentira y la verdad se confunden y se llega a perder la noción de lo bueno y lo malo, de la verdad y la mentira y, lo peor, la pérdida de la conciencia de lo que está bien hecho y de lo malo.

La Cuba “oficial” es la que presenta el régimen a los visitantes oficiales, e interesados varios, con falsas estadísticas de producción, sanitarias o educativas. Con visitas programadas a los colegios, centros de trabajo, unidades militares y hasta las prisiones, cuando las autorizan. Las calles pintadas en la zona de paso, las banderas colocadas, los cubanos situados en las calles y plazas programadas. Todos saben, porque ya se lo han dicho, qué tienen que decir, gritar o cantar. Pero sobretodo es un pueblo que en su ADN lleva interiorizado qué le conviene y qué no. Casi no hace falta que los manden u orienten: se autocensuran, por el miedo, por las consecuencias para ellos y su familia y porque no ven salida, falta esperanza de un cambio real.

La Cuba “real” es la que no tiene libertad, donde las personas tienen que simular, asistir a los actos y pertenecer a las organizaciones que les manden, la de la miseria económica, las dificultades infinitas para todo lo que pretendan emprender, la de la destrucción continua. La Cuba de la “bomba de castrones”, como la llama el amigo Carlos Alberto Montaner: el régimen cubano destroza, aniquila y pulveriza el entorno, pero deja a la gente viva, aunque sean unos zombis ideologizados.

La Cuba “turística” la ofrece a los visitantes que llegan de todos los países del mundo, buscando entretenimiento, descanso o algún servicio, a los hoteles, a las playas, a los recorridos por los lugares históricos, a la diversión, a la buena comida, a los hospitales para extranjeros o para la Nueva Clase. Los que van al turismo sexual —actividad que llaman el *jíneterismo*, y a los practicantes *jíneteras* o *jíneteros*—, que proporcionan jóvenes que, aunque tengan estudios, se prostituyen por algo de dinero, una ducha, una estancia de hotel, por ropa y, muchas veces, intentando lograr una visa para salir del “paraíso socialista/comunista”.

En nuestro caso, el miembro del CDR que acompañó al funcionario del Inventario fue un vecino que trabajaba también en el Ministerio del Interior, padre de varias chicas que el nombre de todas comenzaba con la letra O, y por eso le decían “el padre de las O”. Durante el inventario, “el padre de las O” le dice a Eladia que “dónde estaba la batidora que ella tenía, que sabía de su existencia porque años atrás cuando sus hijas eran más pequeñas, Eladia les batía el puré” a las O. Eladia le aclara, sin dudarlo: “hace mucho tiempo se rompió y tuve que *botarla*” (tirarla). La batidora vieja se la habíamos llevado unos días antes a mis padres.

A 1981 el régimen le asigna el nombre de Año del XX Aniversario de la Victoria de Girón (por lo de la invasión de Bahía de Cochinos). Aunque nosotros teníamos un deseo tremendo de marcharnos de la Isla y estábamos haciendo gestiones de una visa por todo país donde nos fuera posible, no sospechábamos que ese sería el último año que viviríamos en Cuba. Hicimos gestiones de visa, como dije

anteriormente, por Venezuela a través de alguien que conocía Eladia; por Costa Rica, antes que en ese año rompiera relaciones diplomáticas con Cuba; por Canadá y por España. El gobierno, a partir de la carta enérgica que había escrito a Inmigración, nos había dicho que nos autorizaba a viajar definitivamente fuera de Cuba, siempre que consiguiéramos visa para entrar a algún país. También sabíamos que esa era una manera de actuar del régimen: cuando se dificultaban las visas para viajar, el gobierno se hacía el benévolo en dejar salir. En ese momento se hacía aún más difícil obtener visado, después de lo ocurrido en la embajada de Perú y lo del Puerto del Mariel.

Trabajando nuevamente en el Sanatorio de San Juan de Dios, realicé las actividades que pude con grupos de teatro, donde colaboraban los pacientes ex alcohólicos o los que intentaban salir de esta drogodependencia y pacientes de otras patologías que estaban controlados con la medicación. En las fiestas en torno al Fundador San Juan de Dios, el día 8 de marzo, se organizaban eventos en el Sanatorio. Siempre intentábamos que hubiera cantos y actuaciones. Pero era difícil que viniera alguien famoso, por los temores que tenían los actores de verse asociados o identificados con algo religioso o que el evento no fuera organizado y autorizado oficialmente por el estado cubano.

En marzo de 1981, me propuse invitar a la artista cubana muy conocida Rosita Fornés —actriz, cantante, bailarina y vedette, con nombre de bautismo Rosalía Lourdes Elisa Palet Bonavía. Por fin logré localizar su teléfono. Después de explicarle que era para actuar para los pacientes, acepta, a pesar que todos en el Sanatorio eran muy escépticos de su probable presencia. Actuó una noche para gran alegría de los pacientes —a pesar de los años transcurridos, recuerdo a muchos, y el tiempo que compartí y trabajé con ellos. Fuimos a buscar a Rosita a su domicilio, que en ese momento vivía en un apartamento de un edificio frente al zoológico de La

Habana, en el Vedado. Al terminar la actuación por la noche, la llevamos de regreso a su casa en el *carro* del Dr. Santiago Cárdenas. En aquellos momentos Santiago, amigo y católico, era el médico internista del Sanatorio. Viajé en el asiento de atrás del coche iba sentado junto a ella. Recuerdo que, al decirle mi nombre con apellido y expresarle que era primo segundo del artista Guillermo Álvarez Guedes —que ya hacía años se había marchado del país—, me cuenta que, en un viaje que dio a Méjico de visita, se había encontrado con Guillermo y él le dijo que la ayudaba a quedarse fuera de Cuba, si ella quería salir definitivamente del país, pero que le contestó que no podía, principalmente por su hija y su madre. Los hermanos de San Juan de Dios, especialmente el hermano Nievas, le habían preparado una caja de mangos muy sabrosos, de una de las *matas* del Sanatorio. La ayudé a subir la caja hasta su piso. Años después, ya viviendo en Madrid, conocí a su hermano por parte de madre, Leopoldo Fornés-Bonavía Dolz.

En el mes de mayo de 1981, el régimen organiza otra campaña de represión contra los jóvenes que “vistan inadecuadamente” —por ejemplo, que lleven etiquetas cosidas a los *pitusas* (así es como se conocían en Cuba a los vaqueros): la policía se las corta en la calle o espacios públicos. Los que se resisten, son llevados detenidos.

En junio, dan a conocer oficialmente la existencia de una epidemia de dengue hemorrágico en Cuba, quizás traído por las tropas que habían peleado en Angola. Fidel Castro acusa a EUA de guerra bacteriológica, como siempre que había un fenómeno natural o una enfermedad epidémica. El gobierno de EUA autoriza a la Organización Panamericana de la Salud para que suministre a Cuba trescientas toneladas de pesticida para combatir al agente transmisor del dengue. Meses después, se comprobó que el origen del dengue se encontraba en el Sudeste asiático, según investigaciones de la Organización Panamericana de la Salud. En todas las casas del país entraron los técnicos a fumigar, así como en las calles y en

todo terreno al aire libre. Ya, al menos en 1977, había habido una epidemia anterior de dengue, que fue ignorada por medios oficiales del régimen, salvo alguna excepción. En años después de marcharme de Cuba, también se han presentado epidemias: en 1997, 2002 y 2006, por sólo citar algunas bien conocidas y documentadas. ¿Por qué suceden estas epidemias y otras como la de la fiebre porcina en un país que dice ser “potencia médica” y “exporta” a miles de profesionales sanitarios al extranjero? Porque existe un problema muy serio con la higiene pública de toda la población cubana. En centros de trabajo, sanitarios o de estudios, faltan recursos esenciales como insecticidas, raticidas, detergentes, lejías, hasta agua potable. La contaminación del agua potable con aguas residuales es muy frecuente, y ha traído un aumento espectacular del parasitismo. La acumulación de basuras en muchas zonas y calles del país provoca proliferación de roedores, mosquitos y otros transmisores de enfermedades. La permanencia asidua en colectividades hacinadas sin recursos adecuados, como en los trabajos en el campo y las movilizaciones militares. El régimen, y en particular Fidel Castro, llegó a culpar a la CIA (Agencia Central de Inteligencia) de EUA, de haber desviado ciclones hacia Cuba. Todo esto lo vivimos en Cuba entre una sensación de perplejidad, irritación y burlas (*choteo*) populares, con discreción.

Nos llegaron dos cartas de invitación desde España, para intentar que nos dieran el visado en la Embajada. Una era de Neyita González, prima de Marina, que vivía en Canarias; la otra, de Lourdes Fernández de Bulnes, prima segunda de Eladia, que vivía en Madrid y estaba casada con el español Miguel Durango. Pedimos cita con el Consulado español, y a ellos les presentamos las invitaciones legalizadas que habían llegado desde España. Nos contestan que solicitáramos la salida al departamento de Inmigración del Ministerio del Interior de Cuba, porque nos darían el visado. Así lo hicimos.

Antes de presentar la salida a Inmigración, sabiendo que en cualquier momento vendrían a hacernos el inventario, sacamos de casa, con mucho disimulo, alguna ropa y algún objeto que no fuera grande, pero ningún mueble ni caja que llamaran la atención. Llevamos para Unión de Reyes, para casa de mis padres, una batidora vieja que tenía Eladia, aunque todavía funcionaba, envuelta con ropa en un maletín, para que los miembros del CDR no se percataran. Teníamos terror que, por cualquier cosa, nos suspendieran el viaje: guardábamos la experiencia de lo que nos había pasado, que nunca me llegó la salida a los 14 años de edad, como tampoco a Lourdes, sin saber nunca el motivo. Otra cosa que saqué, antes del inventario, fueron mis libros de Medicina (que eran copia, decíamos en Cuba *fusilados*, de ediciones de textos de autores norteamericanos, como el Harrison) y un esqueleto humano real que tenía: estas cosas se las di a mi prima tercera Cristina Acosta Guedes, que comenzaba los estudios de Medicina. Esta prima, con los años, se hizo médico y más tarde pudo partir al exilio. El esqueleto humano, que me sirvió para estudiar Anatomía, me lo había regalado una doctora ginecóloga, que lo guardaba desde que estudió Medicina. Yo tenía los huesos metidos en una caja de cartón. En los primeros años de la carrera, me sentaba a estudiar el esqueleto humano en la terraza del apartamento. Desde la calle lateral del edificio se veía perfectamente la terraza. Las personas que pasaban dirigiéndose a la playa que estaba detrás de casa se ponían a observar como sostenía el esqueleto. Yo, para fastidiar y *correrles una máquina* (diríamos en Cuba), levantaba la cabeza o un hueso del esqueleto y me ponía a mirarlo y a llamarlo en alta voz por su nombre, como si conversara con los huesos. Esto hacía que las personas que pasaban se fijaran con más atención, con cara de asombro, y sabe Dios lo qué pensaban.

Al departamento de Inmigración le presentamos una carta del Consulado donde ya decían que nos darían un visado. De lo con-

trario no nos hacían el pasaporte, ni el inventario en la casa. Tampoco nos darían la autorización de salida, si no teníamos visa previa. Como siempre hacían en los inventarios, el Ministerio del Interior envía a nuestra casa un funcionario, que lo realiza con la presencia de un dirigente del CDR de la *cuadra*. En nuestro caso, el miembro del CDR fue un vecino que trabajaba también en el Ministerio del Interior, padre de varias chicas que el nombre de todas comenzaba con la letra O, y por eso le decían “el padre de las O”. Durante el inventario, “el padre de las O”, le dice a Eladia que “dónde estaba la batidora que ella tenía, que sabía de su existencia porque años atrás cuando sus hijas eran más pequeñas, Eladia les batía el puré” a las O. Eladia le aclara, sin dudarle: “hace mucho tiempo se rompió y tuve que *botarla* (tirarla)”. Hicieron inventario de los muebles, cubiertos, vasos, tazas, todos los objetos de cocina, cristalería, máquina de coser, hasta el *tanque* de agua de reserva que teníamos en el cuartito de atrás. Le pedí al funcionario del inventario si en los próximos días podía sacar las cajas de los adornos de Navidad y el árbol, ya que eran de la familia, y a ellos no les interesaban. Nos dijo que sí. Días después, mi hermana vino a buscar las cosas de Navidad, pero yo llamé a una señora dirigente del CDR como testigo, para que vieran que iban los adornos de Navidad y no dijeran después que había sacado otras cosas. La señora estaba muy *apenada* (con vergüenza): me decía que no hacía falta que lo viera, pero yo le insistí, y estuvo presente. Los sentimientos nuestros ante estos hechos se mezclaban: miedo (diría terror), rabia, impotencia. Eran cosas nuestras, nos pertenecían y, sin embargo, no podíamos disponer de ellas, ni tan siquiera dejar lo que quisiéramos a la familia. La casa ya pertenecía al estado desde que la expropiaron a los legítimos dueños, no era propiedad de Eladia, que había perdido la casa de su familia primero y después la de las hermanas del Instituto de las Damas Catequistas Dolores Sopena, donde ella se había quedado a vivir para cuidarla.

Un día estoy con Beatriz en los bajos del edificio y por allí estaba “el padre de las O” con la hija más pequeña. Se dirige a mí y me dice en tono amenazante que “cuando me vaya de Cuba, no fuera a hablar en el extranjero de lo que me había pasado” (refiriéndose entre otras cosas a mi expulsión de la Universidad), porque “yo dejaba en Cuba a familiares allegados”, es decir, a mis padres, hermana y la familia de Lourdes. Aquí recordé una anécdota que había ocurrido unos años atrás en una reunión del CDR donde nosotros estábamos presentes: una de las chicas “O” llegó masti-cando un chicle, algo que en Cuba se veía muy mal por parte del gobierno, por ser identificado como un símbolo del “enemigo imperialista” (EUA y sus aliados capitalistas) y además no lo vendían en Cuba hacía muchos años: no sabemos de dónde lo sacó o quién se lo había dado. Una hermana mayor que estaba en la reunión, al verla con el chicle en la boca, le había advertido “si papá te ve...” con voz y expresión entre asustada y de intimidación.

Aproximadamente a finales de agosto nos enteramos que Lourdes estaba embarazada de Cecilia. Comenzamos a ocultar el embarazo a todos los vecinos y amigos, sólo lo dijimos a nuestros padres. Temíamos que nos retrasaran la salida o nos prohibieran viajar en ese estado, con el riesgo que no nos llegara otra oportunidad de marcharnos. Si Lourdes paría en Cuba, había que obtener una autorización más de inmigración, un pasaje extra y una visa para la niña. Lourdes intentó ocultar durante los siguientes meses la barriga. Alguna vecina le decía “pero tú estás embarazada”, ella le contestaba “qué va, lo que pasa es que he engordado”. Cuando tuvo que ir al policlínico para la consulta con el obstetra, temíamos que por coincidencia la viera alguien conocido y pudiera comentar sobre que estuviera embarazada. Esto no llegó a ocurrir, al menos que supiéramos.

Cuando inmigración nos hace el inventario, y nos entrega los pasaportes (uno para cada uno incluyendo el de Beatriz, pasaportes

que aún conservamos), nos dicen las autoridades de inmigración que debemos ir a la embajada española para que nos estampen el visado en el pasaporte. Solicitamos cita en el consulado español y nos recibe el cónsul. Para sorpresa, desesperación, rabia e impotencia nuestra, el cónsul de España nos dice que no nos da el visado. Después de habernos prometido que sí, dice el cónsul que daba una negativa porque los que nos invitaban a viajar a España —y se responsabilizaban bajo palabra de nuestra estancia— “no eran familiares muy allegados”, que tampoco tendrían estas familias “suficiente dinero para sostenernos” y que “en España había mucho *paro*”, muchos desempleados y “era prácticamente imposible trabajar”. En ese momento de depresión y desconcierto le decimos: “¿Usted sabe lo que nos está haciendo? Eso es como si nos dejara desnudos en medio de la calle. Ya todo el mundo sabe que nos vamos del país, tenemos el inventario hecho, el CDR está informado. Eso nos llevará a una situación que nos acarreará aún más problemas en Cuba”. Le aseguramos que no íbamos a ser una carga porque nuestras familias de EUA nos ayudarían económicamente —algo que él perfectamente debía saber, porque muchos cubanos pasaban por España en la misma situación. Lourdes lloró, le explicó nuestra situación en Cuba; pero, a pesar de todo, mantuvo su negativa. Salimos de allí sin saber qué hacer y a quién acudir.

Lourdes se acordó de María, una española que conocíamos de la parroquia del Corpus Christi, donde asistíamos habitualmente, y además la hija de María, daba clase de baile español junto con Beatriz con una señora que las impartía particulares. Los españoles que trabajaban en Cuba mandaban a sus hijas a esas clases, quizás por ello toleraba el régimen que la dueña de aquellas clases pudiera seguir las en su casa. María, la española, estaba casada con un diplomático español que estaba destinado en la embajada. Lourdes se fue a casa de María para hablar con ella y contarle lo que nos estaba pasando.

En el trayecto hasta la casa del diplomático, había muchos militares con armas largas. Por la zona estaba el Palacio de Convenciones, donde se llevaban a cabo las reuniones de la llamada Asamblea Nacional del Poder Popular y justo ese día estaba dando un discurso allí Fidel Castro, por tanto, la vigilancia era aún mayor que de costumbre. A Lourdes un militar la paró y le preguntó a dónde iba. Ella, con mucho miedo a que no la dejaran pasar, explica a dónde va y que la esperaban allí. Finalmente, el militar la dejó que continuara caminando hasta la casa de María. Al llegar, pudo encontrarla en su casa y le contó todo lo que pasaba llorando, con una mezcla de temor, impotencia y sin vislumbrar una salida a esta situación.

Al cabo de unos pocos días, el embajador nos cita en la embajada y nos recibe personalmente. Cuando comenzamos a explicarle lo que pasó en la anterior entrevista y referirle lo del embarazo, se levanta y nos asegura: “esa niña o niño tiene que nacer en España”. Nos pidió que esperáramos un momento, se dirigió al cónsul y le ordenó que estampara inmediatamente nuestros pasaportes con la visa. Salimos de la embajada dando gracias, llenos de alegría y con los visados en los pasaportes. Estábamos más cerca de la salida de Cuba. El embarazo de Lourdes conmovió tanto a María como al embajador y fue decisivo para que ellos nos ayudaran con la visa. Lo que parecía que pudiera ser un obstáculo se convirtió en salvoconducto y agilizó la salida.

Le dijo lo del embarazo y lo que implicaba que nos negaran ahora la visa. María la tranquilizó y le prometió que hablaría con el embajador español.

Así lo hizo. Días después, estando en el coche del embajador le comentó las *pegas* (inconvenientes) que nos ponía el cónsul. Le habló de nuestra situación en Cuba, mucho más después de presentar la salida, y que Lourdes estaba embarazada. Estos comentarios no los supimos sólo posteriormente por María, sino también los confirmó el *chofer* (conductor) del embajador, que en ese momento era Gregorio (“Yoyo”) Petrirena, amigo de la familia de los Guedes y de los Sánchez, y que además me conocía perfectamente. La familia Petrirena, cuando mi mamá y mis tías eran niñas y jóvenes, residían en el central Conchita, en la casa de al lado de mis abuelos. El padre de los Petrirena trabajaba como jefe de un departamento del Ingenio y todos ellos conservaban una gran amistad desde entonces. Por otra parte, Yoyo estaba casado con Xiomara Gálvez, farmacéutica de Unión de Reyes, de una familia amiga también de los Guedes y de los Sánchez.

Al cabo de unos pocos días, el embajador nos cita en la embajada y nos recibe personalmente. Cuando comenzamos a explicarle lo que pasó en la otra entrevista y referirle lo del embarazo, se levanta y nos asegura: “esa niña o niño tiene que nacer en España”. Nos pidió que esperáramos un momento, se dirigió al cónsul y le ordenó que estampara inmediatamente nuestros pasaportes con la visa. Salimos de la embajada dando gracias, llenos de alegría y con los visados en los pasaportes. Estábamos más cerca de la salida de Cuba. El embarazo de Lourdes conmovió tanto a María como al embajador y fue decisivo para que ellos nos ayudaran con la visa. Lo que parecía que pudiera ser un obstáculo se convirtió en salvoconducto y agilizó la salida.

71

Los preparativos

Ralph Chiocco, que sabía que desde la casa del frente los estaban grabando permanentemente, cada vez que entraba a la suya se giraba en esa dirección y saludaba a los espías con la mano.

Como en Cuba la escasez es crónica y se dificulta conseguir todo, teníamos ahora otro desafío: buscar algunas maletas o maletines para el viaje, que no teníamos. La manera tenía que ser por contrabando —lo que, en ese momento significaría para nosotros asumir un alto riesgo: si el gobierno nos descubría, nos podía castigar afectando la salida— o recibirlos de algún familiar o amigo. Tuvi- mos que recurrir a los amigos norteamericanos de la Sección de Intereses de EUA (lo que sería luego la embajada), Ralph Chiocco y su familia. Ellos compraron dos maletines en una de las tiendas para diplomáticos (*diplotiendas*) y nos los regalaron.

Estos amigos eran muy generosos: con ellos compartíamos muchas veces, no sólo en la parroquia del Corpus Christi sino también visitando su casa. A partir que ya me habían expulsado de la Universidad y Lourdes no estaba trabajando en el Hospital, lo hacíamos con mayor libertad. En su casa, sabíamos que la Seguridad del Estado Cubano grababa todas las conversaciones. Bien a través de

micrófonos ocultos, bien a través de casas vecinas o de sus empleados —todos tenían que ser asignados por el gobierno cubano. Asumiendo temores, conversábamos sobre la situación de Cuba, de la Iglesia, de temas internacionales. Nosotros, en ese momento, ya teníamos poco que perder. Habitualmente, Silvia, de origen hondureño, o su esposo Ralph hacían sonar música para introducir cierta interferencia en las grabaciones del gobierno cubano. Otras veces, nos comunicábamos con mímica, moviendo los labios sin emitir el sonido. O, después de pedirles que cerraran las cortinas, poníamos las frases por escrito. Ralph, que sabía que desde la casa del frente los estaban grabando permanentemente, cada vez que entraba a la suya, se giraba en esa dirección y saludaba a los espías con la mano. Cuando nos despedíamos y salíamos de su casa, generalmente de noche, temíamos que algún día nos detuvieran, pero esto no llegó a ocurrir. Seguramente no estaba en los planes de la policía política en ese momento. Sin género de duda, estábamos muy vigilados y el CDR de nuestra casa ya les habrían informado de nuestras visitas a los norteamericanos. Y en la parroquia, como en todas las de Cuba, tenían seguramente sus *chivatos* infiltrados que reportaban también nuestras “amistades peligrosas”.

Otro problema fue con qué ropa viajaríamos: salíamos de un país tropical y llegaríamos a España en invierno. El traje con corbata que conseguí —todavía la mayoría de los hombres viajaban en avión con traje y corbata, o al menos con una chaqueta o americana—, lo confeccionó Mario Salesa “el Polaco”, esposo de mi prima segunda Amalia Guedes, que era sastre y trabajaba en un *consolidado* (empresa de reparación, en la Cuba comunista) de sastrería, por supuesto del estado. La tela y el color que pudo conseguir para mí no eran los adecuados para el invierno de Madrid. Buscó la solución de forrarlo con alguna tela gruesa: lo único que apareció fue un saco de yute. “El Polaco” rellenó, entonces, el traje con este tejido rústico, el usado en sacos para contener las cosechas agrícolas. El

traje lo cosió, clandestinamente, en las máquinas del *consolidado*: no había otras. Por medios regulares, el gobierno (único propietario de todo) no hubiera autorizado, por la cartilla de racionamiento ni de otro modo, que hicieran un traje para viajar definitivamente fuera de Cuba a unos *gusanos* “traidores”.

En el mes de diciembre de 1981, falleció mi abuelo Antonio, con 88 años de edad. El tercero de los abuelos que partía para la Casa del Padre. Con él compartí de niño y adolescente salidas al béisbol y a los circos. Conversábamos de la finca. Tengo grabada, con nitidez en mi recuerdo, su risa cuando le pedía algo que no tenía deseos de hacer, y con ese gesto finalmente me complacía. También el tiempo que pasó con gastritis y cómo tomaba excesivamente el bicarbonato, hasta que se tuvo que operar por una úlcera de estó-

El traje para viajar en el avión lo confeccionó Mario Sales “el Polaco”, esposo de mi prima segunda Amalia Guedes, que era sastre y trabajaba en un consolidado (empresa de reparación, en la Cuba comunista) de sastrería, por supuesto del estado. La tela y el color que pudo conseguir para mí no eran los adecuados para el invierno de Madrid. Buscó la solución de forrarlo con alguna tela gruesa: lo único que apareció fue un saco de yute. “El Polaco” rellenó, entonces, el traje con este tejido rústico, el usado en sacos para contener las cosechas agrícolas. El traje lo cosió, clandestinamente, en las máquinas del consolidado: no había otras.

mago. Todos mis abuelos, como he comentado anteriormente, han sido referentes para mí y siempre los llevo presentes. Antonio fue velado en el tanatorio del pueblo, que el gobierno lo había ubicado en el antiguo Liceo de las personas “de color” (de etnia negra),

En el mes de diciembre de 1981, falleció mi abuelo Antonio, con 88 años de edad. El tercero de los abuelos que partía para la Casa del Padre. Con él compartí de niño y adolescente salidas al béisbol y a los circos. Conversábamos de la finca. Tengo grabada, con nitidez en mi recuerdo, su risa cuando le pedía algo que no tenía deseos de hacer, y con ese gesto finalmente me complacía. También el tiempo que pasó con gastritis y cómo tomaba excesivamente el bicarbonato, hasta que se tuvo que operar por una úlcera de estómago. Todos mis abuelos, como he comentado anteriormente, han sido referentes para mí y siempre los llevo presentes. Antonio fue velado en el tanatorio del pueblo, que el gobierno lo había ubicado en el antiguo Liceo de las personas “de color” (de etnia negra), situado en la esquina de su casa y frente a la antigua bodega de tío Armando, ya expropiada. En el velatorio, se sentó a mi lado Yoyo Petrirena, que había ido a dar el pésame. Entonces fue cuando me contó la conversación que tuvo María en el coche del embajador, para interceder por nuestra visa.

situado en la esquina de su casa y frente a la antigua *bodega* de tío Armando, ya expropiada. En el velatorio, se sentó a mi lado Yoyo Petrirena, que había ido a dar el pésame. Entonces fue cuando me contó la conversación que tuvo María en el coche del embajador, para interceder por nuestra visa. “Yoyo” me dijo que también él había hablado con el cónsul y le comentó que nos conocía y que tratara de darnos la visa.

Mi abuelo Antonio hacía unos años que no estaba viviendo en su casa: se había mudado para casa de tía María Julia y su esposo Reniel Peña, y así ellos lo podían cuidar mejor. Allí era donde lo visitábamos en los últimos tiempos, cuando íbamos a Unión de Reyes. En la casa de los abuelos se había quedado viviendo mi prima Mayra Guedes, hija de tío Armando, que ya estaba casada, y después tuvo allí una hija. Se podría conservar la casa de los abuelos, sin que el gobierno se la cogiera, porque el traslado allí se hizo mientras el abuelo vivía, y figuraba en el núcleo familiar como cabeza y propietario. Años después, cuando Mayra, su esposo e hija se marchaban para EUA, intentaron dejar en la casa de los abuelos a mi primo Armandito Guedes, hermano de Mayra, pero ya el gobierno no lo permitió, y al final se cogieron la casa de mis abuelos paternos.

En el mes de diciembre de 1981 el régimen comunista reinicia la transmisión de televisión en colores, interrumpida por 23 años en Cuba, desde las que había iniciado Pumarejo en el año 1958. Cuba se había retrasado tecnológicamente con los años de Revolución: además de reducirse la calidad y variedad de equipos receptores, el número de cadenas había quedado en dos (que, en ocasión de los grandes actos políticos, transmitían lo mismo), con una pérdida patente en la programación de riqueza, variedad, belleza y, lo más importante, libertad.

Ahora teníamos que sacar pasajes, con la compañía de avión Iberia. Ya teníamos los pasaportes visados, la autorización de Inmigración y el inventario hecho. Lourdes y yo teníamos una parte del dinero para el pasaje depositada en el Banco de Canadá, por un *money order*, desde los años 60. Ya el pasaje, a finales de 1981, costaba más caro. Debíamos completar la diferencia de nuestros pasajes, y pagar los de Beatriz y Eladia. Para que fuera más seguro y evitar demoras, viajó de nuevo a Cuba, por tercera vez, mi tía Noemí, la esposa de Gonzalo Guedes. Trae el dinero que nos faltaba a Lourdes y a mí y el pasaje para Beatriz —ese dinero lo habían puesto entre los Guedes y la familia de Lourdes, Ojeda y González—, pero no trae el de Eladia. La sobrina de Eladia, Ana Lourdes, que vivía en Miami, le dijo a mi tía que “no daba el importe del pasaje hasta que Eladia no estuviera fuera de Cuba”. Como nuestras familias eran modestas y encontraron extraña esta actitud de la sobrina, mi tía no pudo traer ese pasaje. Nosotros le dijimos a mi tía que no queríamos viajar sin Eladia. Mi tía insistió que era mejor que nosotros saliéramos, aunque fuera sin ella, no sólo por no perder la oportunidad del viaje, sino que debíamos considerar la edad avanzada de Eladia y las dificultades para empezar una nueva vida en el extranjero. Como nosotros estábamos contrariados, buscamos una forma para que alguien en Cuba pusiera el dinero que faltaba. De nuevo nuestros amigos Silvia y Ralph Chiocco nos ayudaron y nos prestaron el importe. Más tarde nuestras familias se hicieron cargo de devolverlo a los Chiocco. Nunca la sobrina de Eladia puso el dinero. Sacamos finalmente los pasajes para partir el 23 de diciembre hacia Madrid, en la compañía Iberia.

72 Adiós

Recuerdo con dolor a mi abuela y mis tías asomadas por la ventana de la sala que daba al portal, diciéndonos adiós con la mano cuando pasaba la guagua camino de regreso, y a nosotros devolviendo el saludo. Siempre nos despedían en la ventana y/o en el portal, y nos daban ese adiós al pasar el autobús, pero esta vez era para siempre.

A finales de diciembre, vamos por última vez a Jagüey Grande y Unión de Reyes, a despedirnos de los familiares y amigos de allí. Viajamos hasta el central Conchita. Ya mi mamá les había advertido, unos días antes, que nos íbamos definitivamente de Cuba. Allí en Conchita aún vivían mi abuela Estrella y mis tías Oneida y Uline. Alicia se había casado y vivía en Alacranes; la prima Estrellita vivía en La Habana, también casada y el resto había cambiado su domicilio a Unión de Reyes (tía Betty y Ubaldo), La Habana (“Neno”) o Bauta, un municipio de La Habana (Rafael “Fito”).

Fue muy dura esa despedida. Sabía que era la última vez que vería a mi abuela y tías, la última vez que visitaría Conchita, un lugar donde estaban adheridas mis raíces, el lugar de mis recuerdos,

donde pasé tantos y tan buenos momentos de la infancia y adolescencia. Aunque ya en ese momento de nuestra partida del país, el central era “una sombra de lo que fue”, por su deterioro. En la casa de mis abuelos vivían muy pocos de la familia. Recuerdo con dolor a mi abuela y mis tías asomadas por la ventana de la sala que daba al portal, diciéndonos adiós con la mano cuando pasaba la *guagua* camino de regreso, y a nosotros devolviendo el saludo. Siempre nos despedían en la ventana y/o en el portal, y nos daban ese adiós al pasar el autobús, pero esta vez era para siempre.

Todo esto gracias al comunismo, a esa Revolución nefasta que ha generado el dolor, el desgarró familiar, la ausencia física y la separación definitiva con la mayoría de los que se quedaron.

También nos despedimos de la familia de Unión de Reyes. Casi todos los miembros de la familia Sánchez que vivían en el pueblo se reunieron en casa de Ubaldo, donde muchas noches nos íbamos a conversar, cuando visitábamos a Unión de Reyes. Por la calle nos encontramos a mi tío Neno Sánchez, que había venido desde La Habana para visitar Conchita. Él simpatizaba con el régimen —cosa inexplicable, porque era hombre que gustaba del buen vestir, los buenos regalos, que vivía en la capital de Cuba y conoció esa ciudad con la vitalidad y desarrollo que tenía antes de la dictadura comunista, que había podido constatar después la depauperación del país y de las personas y todos los demás desastres. Me reprocha el tío Neno que “cómo me iba de Cuba dejando a mis padres allí, cuando ellos no se habían ido para quedarse conmigo”. Lourdes fue la que atinó a contestar que “mis padres siempre habían querido lo mejor para mí, que quisieron siempre que nosotros partiéramos primero de Cuba, porque lo peor estaba dentro del país, que ellos irían después, si era posible: por eso se habían sacrificado los padres, y ahora nosotros lo hacíamos también por nuestros hijos”.

En Unión nos despedimos de los pocos que quedaban en Cuba por la parte Guedes: Armando y su familia, y María Julia con su esposo Reniel. Ya abuelo Antonio había fallecido días antes. En Jagüey Grande, vimos sobre todo a la tía Barbarita González —quien des-

pués viajó a La Habana para estar las últimas veinticuatro horas, previas a la partida, junto a nosotros—, y nos despedimos de Roberto Guerra, el esposo de Barbarita, de primos segundos de Lourdes y algunos amigos. El resto de la familia de Lourdes, tanto los Ojeda como los González, se habían podido marchar ya de Cuba.

Fueron tremendamente tristes esas despedidas: sabíamos que eran para siempre y que las comunicaciones con la familia iban a ser pocas y esporádicas.

Una visita posterior, desde el extranjero, cuando era autorizada —el gobierno cubano veta la entrada a muchos cubanos por razones políticas—, colocaba al exiliado ante un dilema: regresará al país de visita, con una visa estampada en un pasaporte cubano, como ciudadano sometido una vez más durante ese período a las leyes represivas, los peligros y represalias que tanto había sufrido, después de conocer ya la libertad. Ha de pagar precios desorbitados por la documentación y hacer gastos inútiles de alojamientos que no va a usar, sabiendo que ayudará con ellos a sostener el propio régimen. Si has participado activamente en el exterior en protestas y/o en organizaciones contra el régimen comunista, corres el riesgo, al volver a entrar a Cuba, de ser detenido o castigado de alguna manera. En definitiva, que volverás a colocarte en manos del gobierno cubano, ya que viajas bajo las condiciones en que vive cualquier cubano. Esto hace que quienes visitan a sus familiares por unos días permanezcan callados o simulen indiferencia ante las injusticias del sistema.

Las familias cubanas tuvieron prohibido visitar el exterior durante décadas. Una vez que lo autorizan, principalmente a personas mayores, dependiendo del parentesco que tuvieran con los que vivían fuera de Cuba, topan con la dificultad que les otorguen visa los países que van a visitar. Por supuesto, sin contar que todo gasto (pasajes, visas, estancias, pasaporte) ha de correr a cargo del familiar del exterior.

El 22 de diciembre, en la mañana, vino el funcionario de Inmigración –acompañado de un miembro del CDR– para revisar el inventario y sellar la casa colocando un precinto en la puerta, para que nadie pudiera entrar sin desobedecer la Ley. Le pedimos a Orlando que viniera a buscar antes a Beatriz para que no viera el cierre de la casa. Se la llevó para donde estaba trabajando, en la oficina de los padres canadienses en la calle Calzada del Vedado y allí esperaron a que nosotros la fuéramos a buscar. El día antes, 21 de diciembre, Orlando había ido por casa y paseó a Beatriz por la playa cercana: le habló del mar, de la playa, para que Beatriz recordara con una bella imagen el entorno donde había nacido y vivido hasta entonces, durante cinco años, cuatro meses y doce días. Cuando Orlando pudo llegar a Madrid, a escasos tres meses después de nosotros, y le preguntó a Beatriz sobre eso, Beatriz le contestó, para decepción de Orlando, que no recordaba nada.

En la revisión del inventario el funcionario preguntó por la *canica* de la máquina de coser, para enhebrar el hilo. Lourdes se la había quitado, porque Marina la había pedido: eran muy difíciles de encontrar, se estropeaban a menudo y seguro le haría falta tener una de repuesto. Al preguntar por ella, Lourdes enseguida le dijo que la había sacado y olvidó ponerla de nuevo, y se la entregó al funcionario. Si se hubiera roto alguna pieza de la vajilla que fuera registrada en el inventario meses atrás, teníamos que haber guardado los restos de la taza o el plato, porque iban a preguntar por ellos. Hasta eso revisan en los inventarios: algo que es tuyo, una mínima pieza del equipo que has comprado no puedes quedarte con ella, regalarla y mucho menos venderla. De nuevo el dueño de todo es el Estado y la persona está impotente y sin derechos. En el momento de la revisión del inventario y sellado de la casa, estaba presente, además de Eladia y nosotros, Marina. Finalmente, salimos de la casa con nuestras pocas maletas o maletines.

Nuestro párroco, el padre canadiense Andrés Desilets, nos llevó en su coche a la oficina de los padres canadienses, donde estaba trabajando Orlando, a recoger a Beatriz, y después nos dirigimos a casa de Maggie para quedarnos hasta el día siguiente, que sería la partida. Allí, además de Maggie, María Pérez, Orlando y el recién nacido (el 5 de octubre de 1981) Sergio René Ojeda Rodríguez, estaban con nosotros mis padres, los padres de Lourdes, la tía Barbarita y a todos se agregó el padre Roberto Solana. Comimos (*almorzamos*) todos allí y nos hicimos fotos. Mis padres fueron a quedarse esa noche a casa del tío abuelo Francisco Guedes, donde vivían Haydee y Amalia con su esposo Mario Salesa “el Polaco”. No pudieron salir de Cuba hasta años después, ya fallecido Francisco, entre otras cosas porque Mario fue preso político. Mi hermana fue para la residencia donde se estaba hospedando, de las hermanas de María Inmaculada.

Marina, Segundo, Pepín y Barbarita fueron para Jagüey Grande en una *máquina* (coche) que habían logrado alquilar a un particular. Hasta Jagüey Grande, en esa época, se iba por una autopista conocida como la Ocho Vías, por los cuatro carriles que tenía para ambas direcciones. Se llegaba a Jagüey desde La Habana en unas dos horas: al día siguiente regresaron para estar en el aeropuerto en horas de la tarde y despedirnos.

La Ocho Vías comenzó a construirse a finales de la década de los 70, con el objetivo de comunicar a todas las provincias, aunque en la década del 90 todavía estaba inconclusa, y muchos tramos, de los ya construidos, casi siempre tenían *bachés* por la falta de mantenimiento. Por la escasez tremenda de autobuses y coches –y por tanto por la falta de tráfico–, los cubanos siempre han sospechado que, más que para el transporte terrestre de la población, el objetivo real de las Ocho Vías era servir como pista de aterrizaje de aviones. Entre 1927 y 1931 se había construido la Carretera Central, que atraviesa por su eje todo el territorio nacional, desde Pinar del Río hasta Santiago de Cuba –luego se extendieron ramales hasta La Fe por el oeste y Baracoa hacia el este. La Carretera Central, aun-

que sólo tiene dos carriles en gran parte de su recorrido, sigue siendo hoy la principal vía de transporte automotriz de la isla.

Al día siguiente fuimos para el aeropuerto, y ya nos despedimos de la familia. Las últimas palabras que llegaron a mis labios para dirigir a los *viejos* (cariñosamente, a mis padres) fueron “hasta siempre”. No sabía si los volvería a ver algún día.

Pasamos el control policial. Cuando estaban revisando uno de los maletines de mano, de los que nos había comprado Chiocco, un joven militar miraba y miraba por la pantalla de RX. Decía que había algo en el fondo del maletín: sacó y sacó varias veces las cosas y seguía insistiendo que en un doble forro había algo. Yo le repetía que no había nada. Así hasta que llegó otro militar, miró por la pantalla y le dijo que lo que veía era las *argollas* (aros) del asa del maletín. Estuvimos conteniendo la respiración y con angustia un buen tiempo.

Cuando los cubanos nos marchábamos de Cuba definitivamente, en cualquiera de los períodos, no lo podíamos hacer llevando nuestras *prendas* (cadenas, anillos o pendientes de cierto valor): el riesgo que nos lo decomisaran en el aeropuerto, como lo hicieron en múltiples ocasiones, era muy grande. Por eso no viajamos con nuestros anillos de compromiso, ni con nada de valor. Buenos amigos extranjeros nos sacaron los anillos de matrimonio más tarde. La ropa que podíamos llevar en maletas era muy limitada en peso: aunque

Las últimas palabras que llegaron a mis labios para dirigir a los viejos (cariñosamente, a mis padres) fueron “hasta siempre”. No sabía si los volvería a ver algún día.

estuviéramos dispuestos a pagar con dinero un extra, no te lo permitían. Como tenía mucho miedo que nos perjudicara la salida, no quise sacar ninguna carta, ni documentos. Corríamos el riesgo de perderlos porque nos los quitaran y/o nos perjudicara el viaje a la libertad.

Cuando pasamos el control con los militares del aeropuerto, nos dijeron que el dinero de Cuba –que no valía en ninguna parte del mundo– no lo podíamos sacar. Le pregunté si podía utilizarlo comprando algo en la cafetería del aeropuerto y nos dijeron que sólo podíamos adquirir alguna comida para la niña, pero para nosotros no, y el dinero que sobrara había que dejarlo. Después del control de aduana, en la cafetería le compramos algo a Beatriz para que comiera de lo poco que había y le dejamos la vuelta que sobró de dinero al señor que nos atendió.

Después que enseñamos los pasaportes y los pasajes a la compañía Iberia, en cuanto comenzamos el embarque, mientras íbamos caminando por la pista hacia el avión, nos dimos la vuelta y saludamos para despedirnos de la familia que estaba en la terraza, bajo el letrero del aeropuerto de La Habana José Martí. En aquel entonces todavía permitían que las familias nos situáramos en la terraza al aire libre y viendo la pista y los aviones: así pasó también cuando años antes habíamos despedido a mi primo Reinaldito en su viaje para España, con la misma compañía Iberia. Después suspendieron que las personas fueran hasta la terraza porque “había un riesgo de fuga”: que algunos se dejaran caer de un salto hacia la pista y fueran corriendo hacia el avión de una compañía extranjera. El intento era desesperado y condenado al fracaso: era seguro que se saldría sin vida, al menos mal herido, y preso, como siempre sucedió. Al pie de la escalerilla del avión siempre apostaban a militares cubanos con armas largas y el aparato, mientras circulaba por la pista para despegar, era custodiado a ambos lados por coches militares armados.

Así, cuando íbamos caminando para el avión saludé a la familia que estaba en la terraza del aeropuerto. En el momento de acercarnos a las escalerillas para subir, entre los militares con armas largas, advertí la cara de Beatriz, asustada por el tamaño del avión y por la presencia de los soldados. La tomé en brazos, la abracé, subí rápidamente y entramos al avión. Ya no volví la cabeza más. Lourdes venía detrás junto a Eladia y ellas sí se giraron para saludar a quienes quedaban en la terraza, antes de cruzar la puerta del avión. Esto de tomar a Beatriz lo hice porque estaba preparado ante cualquier expresión de la niña de temor o de negación a subirse el avión. Conocíamos de casos donde, si los niños o adolescentes ponían alguna resistencia o hacían un gesto de no querer subir al avión, intervenían los militares o las autoridades cubanas del aeropuerto, para afirmar que quizás el hijo no debería volar o la familia debería quedarse. No queríamos correr ningún riesgo y que nos impidieran la salida.

Parte Octava

España

73 El vuelo

Al mismo tiempo, por nuestros sentidos se colaban múltiples estímulos nuevos. Las atenciones y lo que nos daban (comida, refrescos, servilletas), todo nos parecía distinto y bueno, que lo eran de verdad comparándolo con lo que habíamos dejado atrás. Cuando el avión ya estaba mucho más cerca de España que de Cuba, comencé a sentir un alivio impresionante. Siempre recuerdo la sensación, que permanentemente me acompañaba, de cargar una especie de bola, o un nudo que me apretaba, en la “boca del estómago” (epigastrio) y que una cuerda me tiraba desde la parte de atrás de la cabeza y del cuello. Fueron desapareciendo. Había *botado* (tirado) simbólicamente en el Atlántico esa bola y cuerda. Pesadas, molestas y angustiantes.

Por fin estábamos sentados en el avión de Iberia, pero aún nos encontrábamos en territorio cubano. No hablamos nada que nos pudiera comprometer. Estábamos tensos, preocupados y a la par ilusionados, llenos de esperanza y ganas de irnos de Cuba. Por la ventanilla veíamos la familia que estaban en la terraza del aeropuerto para esperar a que el avión despegara.

Al mismo tiempo, por nuestros sentidos se colaban múltiples estímulos nuevos. Era la segunda vez que montaba un avión, Lourdes nunca lo había hecho y además era una compañía española, no cubana. Las atenciones y lo que nos daban (comida, refrescos, servilletas), todo nos parecía distinto y bueno, que lo eran de verdad comparándolo con lo que habíamos dejado atrás. Cuando el avión ya estaba mucho más cerca de España que de Cuba, comencé a sentir un alivio impresionante.

Siempre recuerdo la sensación, que permanentemente me acompañaba, de cargar una especie de bola, o un nudo que me apretaba, en la “boca del estómago” (epigastrio) y que una cuerda me tiraba desde la parte de atrás de la cabeza y del cuello. Fueron desapareciendo. Había *botado* (tirado) simbólicamente en el Atlántico esa *bola* y *cuerda*. Pesadas, molestas y angustiantes.

Ya sentado en el avión pensaba, como hoy también, pienso en cuán grande ha sido el sufrimiento de padres y abuelos al ver partir a sus hijos y nietos de Cuba, sin saber si los volverían a ver algún día. Recuerdo a mis abuelos Antonio, María y Estrella cuando despidieron a sus hijos y nietos. Su sacrificio, su dolor, su amor, su desgarramiento... y todo por culpa de la dictadura comunista. Por eso

Sobre todo, nosotros habíamos salido de Cuba por nuestras hijas: no queríamos que se educaran y vivieran en un régimen comunista, carentes de libertad y de futuro. Nosotros habíamos tenido que vivir bajo ese sistema, porque no nos quedó más remedio, durante 23 años de nuestras vidas, y no deseábamos que Beatriz y Cecilia pasaran por lo mismo.

mismo pasaron nuestros padres. Aunque ellos pudieron con el tiempo reencontrarse con nosotros, y sus nietas y nieto. Pero en el caso de mi padre el reencuentro duró una semana. Después de estar separados trece años, falleció inesperadamente.

Reflexionaba cómo la separación de los cubanos, por diferentes motivos, ha sido constante y el alto precio que el pueblo ha tenido que pagar por ello. Dentro de Cuba, por los internados obligatorios o forzados, las movilizaciones militares, alejamientos por trabajo, falta de vivienda, problemas en el transporte, las constantes actividades políticas, la prisión. Cuando el régimen comunista ha enviado a los cubanos al extranjero, a pelear en guerras o a trabajar. Por las salidas definitivas del país. Padres separados de los hijos, parejas que han roto su relación, abuelos que no han podido ver nunca más a sus nietos y una enorme cantidad de conflictos humanos que han dañado a los cubanos y que se ha agravado con la desvalorización a que ha sido sometida la sociedad cubana por el régimen cubano. Durante el trayecto en el avión, dábamos gracias a Dios por la familia de EUA y los amigos que nos esperaban en España. Todos ellos nos estaban ayudando a salir del “paraíso comunista”.

Al llegar a Madrid y salir por la puerta del avión para bajar la escalera, no nos pusieron el túnel a los pasajeros, como tampoco al salir de Cuba. Al asomarme a la puerta con Beatriz en brazos miré para todos los lados, respiré profundamente y di gracias a Dios. Al mismo tiempo, sentía un frío tremendo. No venía con abrigo: no fue posible conseguir uno en Cuba. El traje que traía puesto, por mucho forro de saco de yute que llevara, no valía para la temperatura de España. En la tarde del 23 de diciembre, cuando me lo puse en La Habana, sudaba a chorros, por el calor y seguramente por los nervios, porque aún no había pasado las últimas del comunismo. Salimos de Cuba aproximadamente a las 17:00 horas. Al mirar el reloj al llegar a Madrid, eran las 7:10 de la mañana del Día de Nochebuena, 24 de diciembre de 1981.

Nosotros también habíamos “votado con los pies”, montados en un avión. Fue la manera de expresar, al régimen y al mundo, que ese sistema es un fracaso. Somos, nos sentimos y nos vemos como exiliados políticos. No somos emigrantes económicos, no escapamos de una catástrofe natural ni de una guerra: huimos de la dictadura totalitaria comunista, de la falta de libertad. Abandonamos definitivamente Cuba mientras esté en manos de esa dictadura, por la presión que ejerce sobre nuestras cabezas, sobre las espaldas, sobre las vejigas. Por esa especie de *bola* constante en el estómago y los sudores fríos que no cesaban. El totalitarismo marxista es insoportable porque produce miedo, demasiado miedo, cuando queremos pensar por nosotros mismos y cuando queremos mantener nuestros valores explícitamente. Cuando no queremos perder nuestra dignidad como persona, porque dejaríamos de serlo.

Se calcula que, alrededor del 20 % o más de la población —y esos los que hemos podido— ha emigrado de Cuba, por las más diversas vías: salidas legales (aunque con muchos obstáculos, vicisitudes, sacrificios y tiempo) y salidas no autorizadas o ilegales en balsas rudimentarias (donde la vida corre un altísimo peligro), barcos o lanchas. Colgados en el tren de aterrizaje de aviones, saltando la valla de una embajada, solicitando asilo en cualquier país al que se pudiera llegar... A pesar de los múltiples impedimentos que el régimen siempre ha puesto a los que han querido irse del país. A pesar de que deben dejar atrás familias, amigos, país, costumbres. A pesar de las dificultades para encontrar visa en algún país de acogida. A pesar de los riesgos y graves consecuencias para la vida por las vías irregulares. A pesar de que debemos comenzar la vida en otra nación desconocida, muchos acompañados por niños pequeños y personas mayores a veces enfermas. No es nada fácil: todo lo contrario. Pero, más tarde o más temprano, los cubanos de las diferentes oleadas de salida hemos salido adelante. En general el exilio cubano ha sido exitoso y ejemplar: ha estado dispuesto a trabajar, sacrificarse y ser responsable.

Pero, sobre todo, nosotros habíamos salido de Cuba por nuestras hijas: no queríamos que se educaran y vivieran en un régimen

comunista, carentes de libertad y de futuro. Nosotros habíamos tenido que vivir bajo ese sistema, porque no nos quedó más remedio, durante 23 años de nuestras vidas, y no deseábamos que Beatriz y Cecilia pasaran por lo mismo. Gracias a Dios que, actuando con su gracia —a través de la acción de ÉL por medio de decenas de personas—, esa experiencia negativa no ocurrió para ellas.

En el aeropuerto de Barajas en Madrid nos esperaba Oslidia García Carbayo. Hacía un año que había llegado a España con sus dos hijas, Aixa y Amixa, reclamadas por un hermano suyo, Octavio, que vivía aquí. También estaba en el aeropuerto Lourdes Fernández de Bulnes, la prima segunda de Eladia, que nos había mandado una de las cartas de reclamación. Ella se percató del embarazo de Lourdes antes que nosotros saliéramos al vestíbulo —en aquellos tiempos, las últimas puertas que separaban a los viajeros de los que los esperaban eran transparentes, y se podía ver lo que ocurría dentro. Lourdes se lo confirmó a Oslidia.

Ya en la salida del aeropuerto, nos encontramos con Manolo Brandón, un amigo de Unión de Reyes y de la Iglesia, que llevaba un tiempo en España y se encontraba esperando a su cuñado, que venía junto a nosotros en el mismo vuelo.

Montamos en el coche de Lourdes Fernández, un Seat 600. En el asiento trasero íbamos Eladia, Lourdes, Beatriz y yo; delante, Lourdes Fernández de Bulnes y Oslidia. En aquellos años no era obligatorio usar el cinturón de seguridad de los coches, ni los controles estrictos sobre la cantidad de pasajeros. Durante todo el viaje del aeropuerto hasta el piso que habían alquilado para nosotros Lourdes y su esposo Miguel Durango, todo lo que veíamos nos parecía lindo, nuevo, limpio, la carretera muy buena —y eso que todavía España no había alcanzado el desarrollo de años después.

Nochebuena en Madrid

Como era 24 de diciembre, Nochebuena, Oslidia nos invitó a cenar a su casa con sus hijas Aix y Amixa, su hermano Octavio y un amigo de su hermano. La casa estaba en Alcalá nº 300. Nos fueron a buscar a la nuestra de la calle Andorra. Cenamos como siempre hacíamos antes en Cuba: arroz blanco, frijoles negros, yuca, cerdo asado, ensalada, turrón y vino. Octavio, que tenía un negocio de tintorería y conocía roperos, nos llevó abrigos, ropa, jerséis, para todos.

En aquella época, Miguel Durango era profesor de la escuela de Telefónica que estaba situada al lado del Liceo Francés de Madrid. Él iba con sus compañeros de trabajo todos los días a un bar, el Bar de Beny, en el barrio de Esperanza. La dueña tenía un piso que alquilaba. Miguel, aun sin conocernos —tampoco nos conocía personalmente su esposa Lourdes—, compromete su palabra por nosotros y la señora Beny y su esposo nos alquilan el piso, sin contrato escrito.

Por eso, del aeropuerto fuimos directamente para allí, a la calle Andorra 13, piso 1ºA, en el barrio de Esperanza. Fue un privilegio

llegar directamente a un piso alquilado solamente para nosotros —la inmensa mayoría de los cubanos que, en diferentes épocas, han pasado por España, han tenido que ir a vivir a un hostel o pensión; o con amigos o familiares. El piso era grande: salón comedor, cocina alargada, tres dormitorios, un baño y dos terrazas, una que daba al salón y otra a la cocina. Los edificios del barrio fueron terminados en los años 70. Esta colonia se caracteriza por tener dos tipos de edificios. Unos como el nuestro: bloques de ladrillo visto, con cuatro pisos de altura cada uno. Otros, torres de pisos de color blanco, con dieciséis plantas. Entre los bloques y las torres, hay multitud de áreas de jardín y unos pasos peatonales.

Al llegar a España, Lourdes sintió el frío. Era un día gris, lluvioso y con viento, que aumentaba su tristeza por haber dejado atrás a la familia y aún más en su estado de embarazo. Al llegar a la casa de la calle Andorra el suelo era de terrazo, las puertas y las ventanas no cerraban bien, por lo cual se sentía el frío dentro, aunque había calefacción central. Entramos al piso y Lourdes se sentó en el sofá a llorar, envuelta en una manta. A pesar de esas emociones, Lourdes jamás se ha arrepentido de haberse marchado de Cuba y de vivir en España y da gracias a Dios todos los días por ello.

Una vez dejamos los equipajes en el piso, me voy con Lourdes Fernández de Bulnes a la sede central del Banesto, en el centro de Madrid, para cobrar la transferencia que nos habían puesto nuestras tres familias —Guedes, Ojeda y González— desde EUA. Nosotros no teníamos ni un céntimo en el bolsillo: no podíamos sacar moneda de Cuba, y hacerlo no nos hubiera servido de nada, porque no valía fuera de allí. Tomamos el metro, para que yo fuera aprendiendo su manejo: me resultó fácil y estaba admirado de lo bien que funcionaba. Lo cogimos en la estación del barrio, que se llama igual: Esperanza, y, aquel entonces, era una de las cabeceras de la línea 4. Al llegar al banco, sacamos los dólares convertidos en pesetas —la moneda de aquellos tiempos de España—, según el cambio de ese día.

Como era 24 de diciembre, Nochebuena, Oslidia nos invitó a cenar a su casa con sus hijas Aixa y Amixa, su hermano Octavio y Alberto, un amigo de su hermano. La casa estaba en la calle Alcalá 300. Nos fueron a buscar a la nuestra de Andorra. Esa noche cenamos como siempre hacíamos antes en Cuba: arroz blanco, frijoles negros, yuca, cerdo asado, ensalada, turrónes y vino. Octavio, que tenía un negocio de tintorería y conocía roperos, nos llevó abrigos, ropa, jerséis, para todos.

Esa noche, en medio de la cena, nos preguntan por el embarazo. En ese momento, Beatriz cae en la cuenta que iba a tener una hermana o hermano. Le habíamos ocultado el embarazo de Lourdes por miedo a que lo dijera en Cuba y eso entorpeciera la salida. Nos disgustó que se enterara de esa manera, pero no había dado tiempo a hablar con ella con tranquilidad. Octavio me habló de los Hermanos de la orden de San Camilo, que tenía una asociación de laicos para el cuidado de enfermos en los domicilios, con quienes podría trabajar. Me pasó el teléfono y la dirección de los Hermanos. El día 25 de diciembre fuimos a comer a casa de Lourdes, Miguel, Miguelito, Lourdes María y Raquelita. Allí también nos dieron ropa y nos informaron acerca de los roperos, las gestiones para legalizar la estancia en España y la cuestión sanitaria. En los días finales de diciembre fuimos al hospital de la Cruz Roja, donde nos dieron a cada uno una tarjeta de cartón con nuestra foto, que nos autorizaba a recibir atención sanitaria, y nos orientaron sobre el centro sanitario del ayuntamiento (Centro Municipal de Salud Comunitaria) que correspondía al barrio de Esperanza, en el distrito de Hortaleza.

En esos primeros días de nuestra estancia en España conocimos al padre Pedro González Capdevila, a través de la mediación del padre Carlos Manuel de Céspedes. Fui a verlo a su piso de la calle Serrano, en el mismo edificio de una guardería que tenía como codueño con otras personas. El padre Pedro también era coadjutor

de la parroquia de San Juan Crisóstomo. Nos ayudó con ropa y orientación sobre las gestiones en España.

Asistimos a misa el domingo 27 de diciembre de 1981 en la parroquia Virgen de la Nueva del barrio Esperanza. En ese momento la iglesia estaba en construcción y las celebraciones se hacían en un barracón que estaba al lado. Allí nos presentamos al párroco, el padre Gabriel, y le planteamos nuestra preocupación de encontrar un colegio para Beatriz. Ya ella tenía cinco años, y el prescolar en España en ese tiempo comenzaba a los 4 años de edad —y duraba dos. La enseñanza obligatoria llegaba hasta los 14 años, en lo que se conocía como Educación General Básica (EGB): ocho cursos que se dividían en tres ciclos: inicial, medio y superior. Luego de la EGB, se podía pasar al Bachillerato Unificado Polivalente (BUP) o la Formación Profesional (FP).

Aunque cerca de nuestra casa había otro más cercano, el padre Gabriel nos habló del colegio Rubén Darío que estaba en el barrio: conocía al director y nos dio una carta para él. Ya el lunes 11 de enero de 1982, luego de las vacaciones escolares de Navidad, Beatriz comenzó en el colegio Rubén Darío, en el segundo de prescolar —por su edad de cinco años—, con Elvira, magnífica profesora y persona. Un día de ese primer curso nevó abundantemente y nosotros no la llevamos al colegio. Al día siguiente cuando la niña regresó a casa trajo un mensaje verbal de la profesora Elvira: “dile a tu mamá que aquí, aunque nieve, se va al colegio”.

El día 5 de enero, en Cuba lo celebrábamos nosotros en casa, y en la parroquia con la liturgia de la Epifanía, pero Beatriz no había visto nunca, como tales, a “los Reyes”. Esa tarde noche, por el barrio de Esperanza, pasó la cabalgata del distrito de Hortaleza por la carretera de Canillas. Beatriz asistió emocionada al desfile.

Al principio no pudimos ir de vacaciones por falta de recursos. En una ocasión, Orlando y familia fueron, por su trabajo, de visita a las Islas Canarias y trajeron consigo varias anécdotas del viaje. Al regreso del período de vacaciones de verano, la profesora Angeline (con quien había empezado en 1º de EGB) pide a los alumnos de la clase de Beatriz que escriban una composición sobre sus vacaciones. La redacción de mi hija giró en torno a los días que “había “pasado en Canarias”: se basó en los cuentos de su tío. La profesora le preguntó a Lourdes si habíamos ido de vacaciones a las Islas. Cuando Lourdes le contesta que no, se dan cuenta que Beatriz lo había relatado como si ella hubiera estado allí.

El día 31 de diciembre despedimos el año en casa de Oslidia y familia con una cena, las uvas y la sidra El Gaitero, tal como habíamos celebrado en Cuba cuando había de todo. Una vez más recibimos la generosidad de Oslidia y su familia. El día 5 de enero fuimos por la tarde a la parroquia de Lourdes y Miguel, Virgen de la Providencia y San Cayetano, en la calle Ferrer del Río de Madrid. Allí habían llegado también los Reyes Magos para entregar regalos a los niños. Para Beatriz tenían uno: era la primera vez que ella veía a “los Reyes”. En Cuba lo celebrábamos nosotros en casa, y en la parroquia con la liturgia de la Epifanía, pero no veía como tales a “los Reyes”. Esa tarde noche, por el barrio de Esperanza, pasó la cabalgata de los Reyes Magos del distrito de Hortaleza, por la carretera de Canillas. Beatriz asistió emocionada al desfile. Días antes, el padre Pedro González había ido a una tienda que estaba cerca de nuestra casa en la Carretera de Canillas. El dueño era un cubano que él conocía y el padre le dejó una carta que había hecho para los Reyes Magos, pidiendo algunos regalos para Beatriz. Así, en la noche de Reyes, los dejaron en nuestra casa.

75 Fe y democracia

España había estrenado una nueva Constitución con el aporte de todas las tendencias políticas. No se trató de una revolución, sino de una evolución basada en la legalidad. El hecho de escuchar por los medios de comunicación los debates entre los políticos, los análisis y opiniones diversas de periodistas, académicos, intelectuales o profesionales, el derecho a la huelga, la diversidad de partidos y todo lo propio de una democracia, nos llenaba de esperanza y alegría, con la posibilidad de que nuestras hijas vivieran en un ambiente libre, que no podíamos dejar de comparar con lo que habíamos dejado atrás.

Con los datos de los Hermanos Camilos que me dejó Octavio, el hermano de Oslidia, los llamé. Me dieron una cita en el hospital que tenían en la calle Juan Bravo. Allí expuse nuestra situación y manifesté que quería trabajar. Un hermano recogió mis datos y me dio el teléfono de una familia que necesitaba ayuda para un señor mayor. Llamé a la familia, hablé con la señora de Álvarez. Necesitaba que acompañara a su esposo a caminar todos los días.

Fui a la casa de la familia, en la calle Joaquín María López, el día 8 de enero de 1981. Ya tenía mi primer trabajo en España: durante dos o tres horas diarias, en horario de mañana, para acompañar al señor a caminar por las aceras cercanas a su domicilio. A veces, en verano, tomábamos un autobús y nos acercábamos hasta el Paseo de Rosales para caminar y sentarnos a beber algo en las terrazas. Aprendí y probé por primera vez qué era la bebida de la horchata. Estuve unos cuatro años trabajando con Álvarez. Hablábamos mucho: resultó que su mamá española tenía también la nacionalidad cubana por su padre, y eso le sirvió durante la guerra civil, ya que la embajada cubana le daba ayuda y cierta protección. Con el señor Álvarez entendí muchas cosas de España y guardo un gran recuerdo de él. En su casa todos los días comía en la misma mesa con ellos.

En los primeros días de enero de 1982, conseguí otro trabajo por horas, a través de los hermanos Camilos. Esta vez por la tarde, debía acompañar a un señor en su propio domicilio, mientras su hijo que vivía con él trabajaba o hacía alguna salida. De esta forma el señor Plañol, que así se llamaba, no se quedaba solo en casa. Con él estuve menos años trabajando: a Plañol no le gustaba que alguien estuviera con él, pensaba que no era necesario.

Nosotros (Eladia, Lourdes, Beatriz y yo) habíamos llegado a España con una visa de turista que debíamos renovar cada tres meses, en la Comisaría de policía más cercana al domicilio. Nuestra estancia en España estaba autorizada por una figura legal que se llamaba *permanencia*. Esta situación no permitía trabajar legalmente: cualquier trabajo tendría que ser ilegal. A no ser que una empresa te diera un precontrato por el que se comprometiera a ofrecerte empleo, si las autoridades te facilitaban un permiso de residencia con derecho a trabajar –también existía la residencia sin derecho a trabajar. Aun teniendo el posible precontrato escrito –que era muy difícil de conseguir en una empresa y, por supuesto, imposible en el sector

público–, había que tener a alguien en esa empresa que fuera capaz de mediar por ti. Era la pescadilla que se muerde la cola: si no tenías una residencia con permiso de trabajo, no podían contratarte, pero para conseguir ese tipo de residencia era necesario tener un contrato de trabajo.

Cada tres meses, teníamos que ir todos –incluso Beatriz de pequeña– a la comisaría, que en aquel entonces estaba en la calle Cartagena. Cecilia no era necesario que lo hiciera, porque había nacido en España. Para el trámite de prórroga de la *permanencia*, había que llevar, además del pasaporte cubano en vigor: un certificado de antecedentes penales en España; el comprobante de pago del impuesto de tasas para la permanencia –que se compraba en los estancos de tabaco–; una constancia de cómo nos manteníamos económicamente en España –en nuestro caso era con carta del banco donde se reflejaban las transferencias bancarias que realizaba mensualmente la familia de EUA y una constancia de las becas de estudio que recibía por la carrera (de ello hablaré más adelante); una carta de la Agencia o Comisión Católica Internacional de Migración o de la ONG Agencia de ayuda a refugiados Rescate, de origen de EUA –nosotros llevábamos la de la agencia católica. Nuestro primer visado de entrada era vigente del 24 de diciembre de 1981 hasta el 12 de enero de 1982: fue sucesivamente renovado cada tres meses. En mi caso, hasta el 27 de agosto de 1986, que obtuve la nacionalidad española.

La Comisión Católica nos envió a conocer a la hermana Isabel, de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl. Sor Isabel nos ofreció la posibilidad de que Beatriz entrara en un colegio de las Hijas de la Caridad, pero nosotros le dijimos que no: en ese momento los colegios públicos de España eran de una extraordinaria calidad y preferíamos que asistiera a uno público, cercano a casa. Con la hermana Isabel, los Reyes llegaron a Beatriz y a Cecilia no sólo ese primer año, también los dos o tres siguientes. Sor Isabel

fue una monja muy generosa, que ayudaba a todos los cubanos con alimentos, ropa, medicinas, colegio, comida (en los comedores de su Orden) y en todo lo que pudiera, incluyendo catequesis, que muchos llegaban sin ninguna instrucción religiosa e incluso una gran parte sin bautizarse y no digamos sin hacer la primera comunión.

Otro grupo que conocimos muy pronto fue el de los antiguos miembros de la Juventud Católica Cubana, que se reunían al menos una vez al mes en la Iglesia de San Fermín de los Navarros, en el Paseo de Eduardo Dato. Allí estaba destacado como sacerdote el padre Daniel Elcid, que en Cuba fue Consiliario de la Acción Católica. Este grupo de cubanos y españoles-cubanos nos acogieron fraternalmente y nos ayudaron económicamente. Uno de sus miembros, que trabajaba en el Hospital Clínico San Carlos, me apoyó y orientó en mis primeros pasos en la Universidad Complutense de Madrid y en mi estancia como alumno de Medicina en el Hospital San Carlos.

En el Centro Cubano que estaba situado en la calle Claudio Coello no sólo se reunían los cubanos en el restaurante a degustar la comida típica, sino también para actividades sociales y patrióticas. Allí conocí al hispano cubano Enrique Trueba. Su familia había sido en Cuba dueña del café Regil: la dictadura les había expropiado su negocio. Enrique era una persona muy entregada a la lucha por la democracia en Cuba. También conocí a María Comella, persona servicial, atenta y ayudando constantemente a todos los cubanos que llegaban a España. En el Centro Cubano participaban activamente, entre otros, Enrique Tous Pons, quien fue miembro de la Unión Liberal Cubana, y el Dr. Oscar Gómez Hernández, eminente otorrinolaringólogo cubano..

El sacerdote cubano jesuita Miyares, magnífico sacerdote, consejero y amigo, nos dio el contacto de otro padre de su orden, Cesáreo

García del Cerro, que estaba destinado en una casa de la Compañía en la calle Almagro, muy cerca de la Glorieta de Bilbao en Madrid. El padre Cesáreo llevaba adelante muchos proyectos, desde el Secretariado Latinoamericano de la Compañía de Jesús. Fui a conocerlo y nos ofreció su ayuda inmediatamente, a través de unos vales de dinero para comprar alimentos, cosas de higiene y limpieza en determinados mercados y economatos donde vendían los productos más baratos –en ese tiempo cerca de la casa había uno. Cada mes, el padre Cesáreo nos daba unos cuantos vales que fueron una gran ayuda en una época que teníamos dificultades económicas, durante los primeros años de nuestra estancia en España. El hermano Ramiro Berrade, del sanatorio San Juan de Dios de Cuba, me hizo llegar, a través de personas conocidas, una carta para el hermano Miguel Roca. Fuimos a verlo a la Fundación San José en Cuatro Vientos, por el barrio de La Fortuna en Carabanchel. El hermano Miguel era un hombre santo, servicial, generoso, entregado a su vocación y ayudando siempre a los cubanos. A nosotros, cada vez que íbamos a visitarlo, o cuando venía a nuestra casa –cosa que hacía con mucha asiduidad–, nos daba o traía una caja o bolsa de alimentos. Todo le parecía poco. En sus viajes a casa siempre venía cargado: llegaba extenuado por el peso de los víveres que debía subir hasta la zona alta del barrio de Esperanza en que vivíamos.

El hermano se sentía orgulloso de su doble nacionalidad española y cubana. Había adquirido la de Cuba cuando en los años 1940s estuvo destinado allí, sobre todo en la casa del Sanatorio Psiquiátrico del Reparto de Los Pinos. En los años 60 enfermó de la vista, vino a España para ser tratado, y los médicos le aconsejaron que no regresara. Siempre lo sintió mucho: cuando escuchaba la canción de Luis Aguilé *Cuando salí de Cuba*, sus ojos se humedecían. Miguel recordaba los buenos mangos que comía de los árboles que había en la finca del Sanatorio de Cuba, decía que las frutas que se les parecían un poco eran unos buenos melocotones. En esos momentos (año 1981), la Fundación San José languidecía, y temían

que hubiera que cerrarla. Era una Fundación del siglo XIX de los Hermanos de San Juan de Dios para ingresar a enfermos epilépticos y ya no se ingresaban a esos pacientes en largas estancias. La mayoría de los pabellones estaban vacíos. En nuestras primeras visitas conocimos al hermano Manuel Colliga, que habían designado a Cuba. Estuvimos hablando mucho: le conté sobre el régimen comunista, la Iglesia de allí y, por supuesto, de los cuidados que debería tener en Cuba. Pocos años después, la Fundación San José sufrió una transformación extraordinaria, para bien. Tiempo después, en épocas y por motivos diferentes, mami y Marina estuvieron ingresadas en la Fundación.

Lourdes Fernández, Oslidia y otras personas —de la parroquia Virgen de la Nueva, de la Acción Católica Cubana— nos ayudaron a conseguir ropa para Lourdes durante su embarazo y el ajuar para el hijo (o hija) que iba a nacer: la cunita, la bañera, el cambiador, ropita para los primeros meses, el cochecito. La mayoría de estas cosas eran de uso, pero estaban en muy buen estado y eran dadas con gran generosidad. Nos hablaron de una señora cubana, que vivía en el Paseo de la Castellana: allí fui y nos regaló un parque (*corral*), en este caso nuevo.

Como en la casa de la calle Andorra no teníamos televisor, Lourdes Fernández de Bulnes nos consiguió uno de uso en blanco y negro, a través de un amigo suyo que tenía un taller de reparaciones. Todavía en ese tiempo muchas personas tenían televisores en blanco y negro. En España solamente había dos canales de TV, que eran públicos, la Uno y la Dos. No fue hasta el 25 de diciembre de 1989 que comenzó de prueba la TV privada y después, el 25 de enero de 1990, que apareció el primer canal privado en España: Antena 3. La poca variedad de canales, y que aún buena parte de la población tuviera televisores en blanco y negro, nos llamó la atención, cuando en Cuba décadas atrás (antes de la dictadura comunista), había varios canales y había llegado la transmisión en colores. No fue hasta finales de los años 80 que compramos un televisor y pusimos un teléfono a nuestro nombre.

A veces, en verano, tomábamos un autobús y nos acercábamos hasta el Paseo de Rosales para caminar y sentarnos a beber algo en las terrazas. Estuve unos cuatro años trabajando con Álvarez. Hablábamos mucho: resultó que su mamá española obtuvo también la nacionalidad cubana por su padre, y eso le sirvió durante la guerra civil: la embajada cubana les daba ayuda y cierta protección. Con el señor Álvarez entendí muchas cosas de España.

Dejando atrás el sufrimiento de 23 años bajo una dictadura comunista, habíamos llegado a un país que hacía pocos años había hecho el tránsito a la democracia. España había estrenado una nueva Constitución con el aporte de todas las tendencias políticas. No se trató de una revolución, sino de una evolución basada en la legalidad. Incluso el 23 de febrero de 1981, el mismo año que llegamos a España, algunos militares y guardias civiles españoles intentaron dar un golpe de estado. El ataque fue superado gracias al apoyo a la democracia del Rey Juan Carlos I, Jefe del Estado, de los altos mandos militares y de todos los demócratas españoles. A partir de esa crisis se fue consolidando cada vez más la democracia. Adolfo Suárez había sido el primer presidente de la nueva etapa, pero cuando llegamos a España ese cargo lo ocupaba Leopoldo Calvo Sotelo, del mismo partido político que Suárez, la Unión de Centro Democrático (UCD). El hecho de escuchar por los medios de comunicación los debates entre los políticos, los análisis y opiniones diversas de periodistas, académicos, intelectuales o profesionales, el derecho a la huelga, la diversidad de partidos y todo lo propio de una democracia, nos llenaba de esperanza y alegría, con la posibilidad de que nuestras hijas vivieran en un ambiente libre, que no podíamos dejar de comparar con lo que habíamos dejado atrás.

Cecilia nació el mismo día que mi abuela Estrella Sánchez, el 6 de mayo. Pasado el tiempo y observando los detalles y forma de ser de Cecilia con relación a los regalos, preparación de las fiestas... vemos cuánto tiene en común, sin haberlas conocido, con mi abuela y con mi mamá —el contacto que llegó a tener con ella estuvo marcado por la enfermedad del Alzheimer: mami no pudo expresarse como fuera en su vida.

Trabajando en casa de Álvarez, recibo allí una llamada telefónica de Lourdes. Para hacer cualquier llamada, tenía que ir a una cabina de Telefónica de España —la única compañía que daba el servicio entonces— que estaba detrás de casa, en un aparcamiento. No tuvimos línea durante unos años. Me preocupó su llamada: pensé que pasaba algo serio. Al coger el auricular, me dice: “¿tú no sabes quién está aquí en España?”. Claro, yo no atinaba quién. Hasta que me dijo que “Orlando Ojeda, Maggie, Sergio y María”, que habían acabado de llegar. Era el 5 de marzo de 1982, habían salido de Cuba el día antes. La noticia la trajo a casa Gloria (“Yoya”) un familiar de Asela, la esposa de Chuchi, el hermano de Maggie.

Desde Cuba, Orlando nos había anunciado su llegada pasándonos un telegrama que nunca nos llegó. No era extraño: el régimen cubano muchas veces no los enviaba si la noticia era una salida del país. No nos habían podido avisar por teléfono, porque no teníamos en casa. Yoya lo supo porque Asela, desde Miami, le hizo saber que Orlando había hablado desde Cuba con el hermano de Maggie, dándole el día y la hora del viaje. La salida de Orlando y su familia fue tan rápida porque ellos gestionaron la visa para España a través del hermano de Margarita. Chuchi, en Cuba, había tratado como médico a Juan Torroba, que en aquellos momentos era un diplomático español. Este señor que ya estaba en España trabajando pudo responsabilizarse de la reclamación y lograr la visa para Orlando y su familia. Gracias a esta generosidad del señor Juan Torroba, pudieron pisar suelo español muy pocos meses después que nosotros, para sorpresa de ellos y la nuestra.

Yoya había recogido a Orlando y familia en el aeropuerto y los había llevado provisionalmente para un hostel. Les prometió que nos avisaría, como efectivamente hizo, y luego los trajo a todos, el mismo día de su llegada, para nuestra casa. Estuvieron viviendo aproximadamente un mes con nosotros, hasta que alquilaron un piso en el barrio de Moratalaz, en la calle Marroquina.

El día 5 de mayo de 1982, a las 22:00 horas aproximadamente, se le presenta a Lourdes el parto con rotura de la bolsa amniótica, al igual que sucedió con Beatriz. Aviso a Lourdes Fernández de Bulnes, que vino enseguida en su coche a buscarnos y nos llevó al Hospital de Santa Cristina de la calle O'Donnell 53, en Madrid, que en aquel entonces era solamente de maternidad. Ya sabíamos hacía tiempo, a través de la Cruz Roja, que nos correspondía ir a ese hospital, que atendía la Beneficencia —que aún existía en España entonces. Habíamos decidido poner al bebé Cecilia, si era niña, y Pedro, si fuese varón. Siempre pensábamos que nuestros hijos o hijas tendrían un solo nombre, que fuera español, y que nadie de la familia

cercana –incluidos nosotros– se llamara así: cuando alguien los nombrara, les resultara fácil saber que estábamos hablando de ellos.

El jueves 6 de mayo a las 00:30 horas nació Cecilia Guedes Ojeda. Recuerdo que estaba esperando la noticia del parto junto a Lourdes Fernández de Bulnes y Orlando Ojeda. Un celador recibió una llamada, por un teléfono interno del hospital, y nos anunció el nacimiento de la niña. Orlando fue corriendo para poder llamar por teléfono y avisar la noticia a la familia de Jagüey Grande. Marina y Segundo comunicaron a mis padres la buena y alegre noticia para toda la familia. Cecilia nació el mismo día que mi abuela Estrella Sánchez, el 6 de mayo. Pasado el tiempo y observando los detalles y forma de ser de Cecilia con relación a los regalos, preparación de las fiestas... vemos cuánto tiene en común, sin haberlas conocido, con mi abuela y con mi mamá –el contacto que llegó a tener con ella estuvo marcado por la enfermedad del Alzheimer: mami no pudo expresarse como fuera en su vida.

Como a Beatriz, Lourdes le dio a Cecilia lactancia materna. Pero, mientras esa lactancia duró para la primogénita seis meses –porque Beatriz no quiso más, parece pasaba hambre: en cuanto probó el biberón, del que sacaba más leche sin mucho esfuerzo, la rechazó–, a Cecilia la lactancia materna le duró dos años. La niña pedía “chi” en cualquier sitio y hora.

El pediatra de Cecilia fue el Dr. Merello, quien trabajaba entonces en el Hospital de Santa Cristina. Lo conocimos a través de Lourdes Fernández de Bulnes: era el de sus hijos.

A Cecilia la tuvimos que inscribir en el Registro Civil del Distrito del Congreso de Madrid como cubana, porque tanto Lourdes como yo no teníamos aún la nacionalidad española. Cecilia y Beatriz fueron reconocidas como españolas sólo después que nosotros fuéramos la nacionalidad y de una vez fueron inscritas en el Registro Civil de Madrid. Para Cecilia, añadieron una anotación al margen

de su inscripción anterior. Nosotros nunca fuimos al Consulado cubano para inscribir a Cecilia, solamente íbamos allí mientras teníamos que prorrogar nuestros pasaportes cubanos, incluyendo el de Beatriz.

Su bautizo está inscrito en la Iglesia Parroquial de San Juan Crisóstomo de Madrid. La liturgia del sacramento la celebró en una capilla de las Hijas de la Caridad, el día 20 de junio de 1982, el sacerdote cubano Pedro González Capdevila. Los padrinos fueron Oslidia García Carbayo y Miguel Marcos Durango, el esposo de Lourdes Fernández.

Como a Beatriz, Lourdes le dio a Cecilia lactancia materna. Pero, mientras esa lactancia duró para la primogénita seis meses –porque Beatriz no quiso más, parece pasaba hambre: en cuanto probó el biberón, del que sacaba más leche sin mucho esfuerzo, la rechazó–, a Cecilia la lactancia materna le duró dos años. La niña pedía “chi” en cualquier sitio y hora.

77 Barrio de Esperanza

Los vecinos del edificio, del barrio y de la parroquia de Esperanza fueron muy atentos, cariñosos y generosos con nosotros.

Los vecinos del edificio, del barrio y de la parroquia de Esperanza fueron muy atentos, cariñosos y generosos con nosotros.

Entre ellos, una pareja joven: Paquita y Fernando, que después tuvieron dos hijas, Noemí y Sarai, que jugaban con las nuestras. Vivían en el piso de encima. Conversábamos mucho, nos llevábamos muy bien, nos teníamos confianza. Con ellos aún mantenemos contacto. En la última planta del edificio vivía Manoli, con su esposo e hija Cristina, que jugaba con nuestras hijas, principalmente con Beatriz, ya que tenían casi la misma edad. En la puerta de enfrente, “Patro” (Patrocinio), su esposo e hijos. Los vecinos debíamos encargarnos de limpiar las escaleras y zonas comunes, rotando cada semana entre los de la misma planta. Un día, yo estaba limpiando el descansillo y la parte de la escalera que nos correspondía, y Patro me dijo que “de ninguna manera”, que lo iba a hacer ella. Le expliqué que, por el avanzado estado de embarazo de Lourdes, prefería limpiar yo, que no me importaba hacerlo. A pesar de mis argumentos, me quitó la fregona de las manos y se puso ella en la faena.

Y aclaró que, “la semana que nos tocara, mientras Lourdes no pudiera”, se iba a ocupar ella del asunto. En aquella época, aún estaba mal visto que los hombres realizaran una tarea que era considerada “de mujer”.

Entre nuestros vecinos del barrio, se encontraban Leonor, la madre de Teresa –quien también jugaba con nuestras hijas– y Pilar, con su esposo Modesto y sus hijos Sergio, Pablo y Beatriz –otra amiga de nuestras hijas. Pilar continúa en contacto con Lourdes. Cuando papi falleció, hizo una bonita y sentida poesía para mami, dedicada a mi padre, que conservo con cariño. Otra familia del barrio, atenta y cariñosa con nosotros, fue la de Antonio –que era policía, y falleció relativamente joven por un cáncer– y su esposa Angelines.

En la parroquia conocimos a buenos hermanos en la Fe, además de a su párroco Gabriel. Entre los feligreses estaban Visitación y su esposo, que tocaba un organito para acompañar los cantos en la liturgia. Alicia y su hija Rosa, que eran y son cariñosas con nosotros, y en aquellos momentos nos regalaban ropa. Basilisa, su esposo Giovanni –de origen italiano– y sus hijos: de ella misma salió la idea de prestar a Beatriz la cadena que llevó el día de su comunión. Gloria, su esposo José, sus hijos Marta y Alberto –Gloria tuvo el detalle de tejer un abrigo para las niñas.

A pesar de que Lourdes y yo habíamos visto, cuando pequeños, la variedad y abundancia de productos en Cuba, muchas veces llegábamos a los comercios y nos poníamos a contemplar absortos las cosas. Esto nos pasó en la droguería que había muy cerca de la casa. Las dueñas, Angelita y Alicia, con las cuales llegamos a hacer una gran amistad, nos comentaron tiempo después que “habían cogido miedo de nosotros en los primeros momentos”. Pensaron que íbamos a robarles, cuando entrábamos a su comercio y nos poníamos a observar asombrados todo tan detenidamente. Nuestro comportamiento y “la pinta” que teníamos cuando llegamos de Cuba asustaban a cualquiera.

Lo que sí nos llamaba la atención era que la mayoría, por no decir la totalidad, de los productos que se vendían era fabricados en España. Fueran de ferretería, mueblería, droguerías o tiendas de ropa. Esto empezó a cambiar a partir de 1985-1986, cuando España entró en la Unión Europea. También encontramos cierto retraso en España en algunas cosas, comparándola con la Cuba de los años 50. Por ejemplo, el inodoro de nuestro primer piso en la calle Andorra, fabricado a finales de los años 70, tenía el inodoro de tanque alto. En Cuba, cuando todavía había productos, todas las casas llevaban el tanque de los servicios sanitarios bajo (las nuevas se hacían con ellos, y los baños antiguos se reformaban para colocar la cisterna baja). En general, las instalaciones y equipos domésticos –duchas, lavadoras, secadoras, televisores– eran en Cuba más modernos, con un mayor adelanto tecnológico, cuando se instaló el régimen comunista y provocó la involución general.

En la casa de la calle Andorra recibimos muchas visitas de amigos de Cuba que pasaban por España. Sobre todo, de sacerdotes o religiosos. Una de las primeras, en julio de 1982, fue la del padre Roberto Solana. Se quedó en casa unos días y viajó luego a Pamplona para las fiestas de San Fermín: él se llama Roberto Fermín y quería pasar su santo en esa ciudad. Solana me animó a que yo convalidara los estudios de Medicina y acabara la carrera aquí. Como dije en otro momento, habíamos sido compañeros de seminario. Fue un tiempo párroco de Unión de Reyes, presidió la Eucaristía de nuestra boda y era muy querido por mis padres. Cuando regresó a Cuba, comentó a mis padres y hermana sobre la posibilidad de la convalidación. Su intención era que Evita gestionara una relación de mis notas y los programas de estudio, que eran necesarios para dicha convalidación. Este trámite, como comentaré más tarde, era nada fácil en Cuba, especialmente para alguien que se había ido definitivamente del país.

La familia de EUA, tanto mis tíos como los de Lourdes, insiste en que debo convalidar los estudios de Medicina y terminar la carrera en España. Estaban dispuestos ayudarnos económicamente, a vivir y correr con los gastos de la carrera. Decido intentarlo. Cuando salimos de Cuba, pensábamos que sería ese un capítulo cerrado, por la necesidad de tener que trabajar para subsistir, por los costes económicos y por las dificultades burocráticas y políticas con la documentación de Cuba. Aunque no hizo falta que la familia pagara mis estudios –sí nos ayudaron mucho para nuestra manutención–, gracias a la beca que me dio la Comisión Española de Ayuda al Refugiado (CEAR) y el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) –que comentaré más tarde.

Mi hermana se puso en marcha para conseguir la documentación. Fue al Instituto Superior de Ciencias Médicas de La Habana (Facultad de Medicina), donde había cursado los años en Cuba, y donde estaban mis papeles. Evita solicitó en la secretaría la relación de mis notas alegando que “la necesitaba para mi trabajo”. Le contestaron que “tenía que llevar una carta del centro” donde yo estuviera trabajando, firmada por el director, solicitando expresamente una relación de notas de los años cursados por mí. Ella fue a ver al hermano Ramiro Berrade, en ese momento el superior del Sanatorio San Juan de Dios. Él hizo y firmó una carta donde decía que “necesitaba la relación de todas mis notas, con calificaciones”, porque era “imprescindible para el desempeño de mi trabajo”. Evita llevó la carta a la secretaría del Instituto Superior de Ciencias Médicas, con mucho temor que alguien de los que estaban allí recordara o conociera mi caso y supieran que había sido expulsado o hasta supieran ya no vivía en el país. Nadie se dio cuenta de mi caso o, si así fue, no dijeron nada. Al fin respiró tranquila cuando en la secretaría le entregaron el documento que necesitaba.

Después se puso a buscar, a través de estudiantes de Medicina, una copia de los programas de estudios de los años que yo había cursado. Entre los que la ayudaron estuvo Ito Rigau —a él y a sus hermanos los conocíamos de la Iglesia. Como aún faltaban los programas de algunas asignaturas, mi hermana se presentó en el almacén donde guardaban los del Instituto Superior de Ciencias Médicas y le pidió por favor, a la persona que estaba de responsable allí, que le permitiera sacar los programas para fotocopiarlos, que ella los devolvería al día siguiente. Providencialmente, se los dejó.

Cuando ya tuvo en sus manos la relación de notas y los programas, fue a la Embajada española para legalizar los documentos y que los enviaran a España. Así ocurrió. Una vez aquí, los tuve que llevar al Ministerio de Asuntos Exteriores de España para que refrendaran la legalización de la Embajada.

Aquí debo de hacer una reflexión y expresar un infinito agradecimiento a la generosidad de nuestras familias de EUA. Al hermano Ramiro que, sin estar yo en Cuba, se arriesgó e hizo la carta, porque sabía que de lo contrario negarían la relación de notas —a pesar de ser un derecho de cualquiera solicitar su propia documentación. A los estudiantes de Medicina cubanos que facilitaron los programas de estudio. A mi hermana por su empeño e interés, por el trabajo de las gestiones y los momentos de tensión sufridos ante la posibilidad de una negación por parte de los funcionarios cubanos o que fuera descubierta y perjudicada por intentar una solicitud que el régimen comunista consideraba que no tenía derecho a hacer. También gracias a todos ellos hoy soy médico.

Debo expresar un infinito agradecimiento a la generosidad de nuestras familias de EUA. Al hermano Ramiro que, sin estar yo en Cuba, se arriesgó e hizo la carta, porque sabía que de lo contrario negarían la relación de notas —a pesar de ser un derecho de cualquiera solicitar su propia documentación. A los estudiantes de Medicina cubanos que facilitaron los programas de estudio. A mi hermana por su empeño e interés, por el trabajo de las gestiones y los momentos de tensión sufridos ante la posibilidad de una negación por parte de los funcionarios cubanos o que fuera descubierta y perjudicada por intentar una solicitud que el régimen comunista consideraba que no tenía derecho a hacer. También gracias a todos ellos hoy soy médico.

Doctor en Medicina

En el curso 1985- 1986, me gradué en la Facultad de Medicina de la UCM y en el hospital Clínico San Carlos de Madrid. El título está firmado, como todos los de esos años, por el Rey de España Juan Carlos I. Después, realicé los treinta y dos créditos del doctorado en Pediatría y Puericultura durante 1986-1987, en el hospital Clínico San Carlos –aunque no hice tesis doctoral.

La documentación llegó en 1982, justo en fecha para presentarla y pudiera comenzar el curso siguiente en la Universidad Complutense de Madrid (UCM). Yo había averiguado con anterioridad todos los requisitos, plazos, etc. La resolución acerca de las asignaturas que me convalidan la hacen efectiva el 15 de diciembre de 1982. Las que no me convalidaron o que aún no había aprobado en Cuba –como Física Médica–, las cursé desde el año lectivo 1982-1983 hasta el de 1985- 1986, en la Facultad de Medicina de la UCM y en el hospital Clínico San Carlos de Madrid. El título está firmado, como todos los de esos años, por el Rey de España Juan Carlos I.

Después, realicé los treinta y dos créditos del doctorado en Pediatría y Puericultura durante el curso 1986-1987, en el hospital Clínico San Carlos –aunque no hice la tesis doctoral. Entre los magníficos profesores que tuve en el Clínico San Carlos mientras convalidaba y cursaba las asignaturas pendientes, estuvieron, en Pediatría y Puericultura, Dr. Enrique Casado de Frías; en Medicina Interna, Dr. Manuel Díaz-Rubio García; en cirugía, Dr. Santiago Tamames Escobar; en Oftalmología, Dr. Julián García Sánchez, gran profesional y persona –aún hoy mantenemos el contacto de amistad: intervino a Marina y ha sido oftalmólogo de Lourdes y mío durante años.

Entre las conferencias que recibí en la Facultad de Medicina de la UCM, hay una que no olvido. La dio en el año 1983 el Dr. Bernard Nathanson, un prominente ginecólogo norteamericano. Había sido pro abortista y se había convertido en antiabortista (próvida) luego de acceder a las ecografías de las mujeres embarazadas y contemplar la vida humana en el útero materno. Acompañé esa conferencia, a la que lo habían invitado, con una ecografía de un aborto por aspiración, donde se veía cómo el feto huía del equipo de succión.

En aquella época, también presenté la documentación para convalidar mis estudios de Bachillerato en el Ministerio de Educación de España. El día 18 junio de 1985, me llegó la resolución que certifica que tengo los conocimientos correspondientes al Bachillerato y el Curso de Orientación Universitaria (COU).

En su momento, como conté, había logrado, por escrito y firmada, el acta de expulsión de la carrera de Medicina en Cuba –esa constancia por escrito es muy raro que el régimen la entregue, para evitar pruebas evidentes de su violación de los Derechos Humanos y que quede sólo tu palabra contra la de ellos en el relato de los hechos. Así la dictadura protege su propaganda oficial. Fui, con el escrito de la expulsión, a las oficinas de ACNUR y CEAR, en la

Ave. General Perón 32, en Madrid. Expliqué todo lo que me había ocurrido y les entregué una copia del acta. ACNUR consideró que era elegible como refugiado político. Esa condición constará también en una carta del Asistente Social de la Cruz Roja, a efectos de garantizar la atención sanitaria para toda la familia. La Comisión Española de Ayudas al Refugiado (CEAR) me concedió una de las becas para refugiados, que cubrió, del curso 1982-1983, hasta el fin de la carrera en el año 1986. La beca no sólo consistía en el pago de matrícula –ese dinero ya lo habían adelantado nuestras familias, desde el momento que me fueron convalidadas las asignaturas en diciembre de 1982 y así pude matricular una asignatura de primero de carrera–: la beca extendía la ayuda económica a una cantidad para manutención familiar, al reconocer que estaba casado y tenía dos hijas pequeñas. CEAR renovó esta beca cada curso, luego de presentar las notas del período terminado, con lo que verificaban el máximo aprovechamiento en los estudios. Al terminar la carrera, necesité nueva ayuda económica para alcanzar los treinta y dos créditos del doctorado de pediatría y puericultura, en 1986-1987, en el hospital Clínico San Carlos. La obtuve gracias a otra beca, de la Sociedad Médica Carlos J. Finlay de Miami.

Habíamos sacado de Cuba el título de Técnico en Oftalmología (Óptico) de Lourdes, junto con otros documentos nuestros, por

Lourdes se ha sacrificado con una generosidad extraordinaria, con tesón, paciencia, con gran esfuerzo diario y siempre con alegría, para la formación, la transmisión de valores y el cuidado de nuestra familia, nuestras hijas, padres y últimamente los nietos. Pocas personas son capaces de hacerlo, de esa forma y con esa actitud.

medio de buenos amigos, pero no lo pudimos convalidar. No encontramos en Cuba los programas de estudio de ella: eran mucho más difíciles de conseguir que los míos. En Cuba Lourdes fue muy buena óptica, principalmente en la campimetría, y le gustaba lo que hacía. Uno de sus compañeros de trabajo, Valdés Valera, un optometrista con experiencia, era católico y amigo en común del padre Miyares. Por otro lado, en España estaba plenamente dedicada al cuidado de las niñas –con Cecilia recién nacida, no teníamos familia aquí que nos ayudara con esto–, y decidimos que ella permaneciera en casa. Posteriormente, tuvo también que cuidar de Eladia, más tarde de mis padres y de los suyos –a todo eso me referiré más adelante. Lourdes se ha sacrificado con una generosidad extraordinaria, con tesón, paciencia, con gran esfuerzo diario y siempre con alegría, para la formación, la transmisión de valores y el cuidado de nuestra familia, nuestras hijas, padres y últimamente los nietos. Pocas personas son capaces de hacerlo, de esa forma y con esa actitud.

Orlando, desde que llegó a España, se puso a buscar alguien que pudiera reclamar (invitar) a Marina, Segundo y Pepín, y así conseguirles una visa para viajar a España. El gobierno cubano no pondría dificultades a su salida. Marina y Segundo eran mayores, él cobraba una pequeña pensión del estado y eran propietarios de su vivienda habitual, que estaba en buenas condiciones –y por tanto, el régimen cubano se la quedaría. Pepín ya había cumplido el SMO, era una persona muy contraria al sistema comunista, que no participaba ni tan siquiera en el CDR de su *cuadra* y enfrentaba los peligros en los que lo colocaba el régimen –como cuando quisieron enviarlo a la guerra de Angola. Era beneficioso para el gobierno que todos ellos se fueran del país. Orlando, cuando Yoya los llevó al hostel, recién llegados de Cuba, supo que el dueño era también de apellido Ojeda. Le planteó más de una vez la posibilidad que firmara una invitación de visita para sus padres, aprove-

chando el apellido para inducir un lazo familiar –en aquellos momentos, las autoridades de inmigración sólo contemplaban, para dar la visa y aceptar el compromiso de aval a los visitantes durante su estancia, un vínculo familiar entre las partes. Pero, al ver que no obtenía una respuesta clara a sus intentos, Orlando desistió.

La familia de Maggie conocía a un señor español llamado Julián González. Orlando le plantea la posibilidad que haga él la reclamación de sus padres y de Pepín, como si fuera de la familia de Marina. Julián no dudó ni un momento y enseguida dijo que sí: incluso corrió con los gastos de los papeles. Por si eso no fuera suficiente para que la embajada española en Cuba concediera la visa –o que, al menos, no pudieran generarse problemas y retrasos–, Orlando le pide ayuda a Juan Torroba, como diplomático español que se ocupa de las gestiones con el consulado en Cuba, para que concedieran la visa a la familia. En el paso de un año, era la segunda ocasión que Juan Torroba intercedía por la familia. Gracias a la generosidad de Julián González y de Torroba, le conceden la visa a Segundo, Marina y Pepín. La mayor preocupación de Orlando era Pepín, ya que Marina y Segundo estaban reclamados por los hermanos Ojeda que estaban en EUA. La espera por el permiso de entrada a EUA para Segundo y Marina podía ser de años –como efectivamente sucedió en España–, y Pepín no podía ser incluido en esa reclamación de los Ojeda. Se hubiera tenido que quedar solo en Cuba por un tiempo indefinido y, en cualquier momento, tener un problema con el régimen. Había que tener en cuenta también que el gobierno cubano, cada cierto tiempo, cambiaba sin aviso sus normas o procedimientos para autorizar las salidas del país. Por todo ello, Orlando quería que su hermano saliera lo antes posible de Cuba.

Quedaba otro escollo por salvar: el dinero para el pasaje y la manutención de Marina, Segundo y Pepín en España. Orlando llama a la parte de las familias Ojeda y González que viven en EUA y les explica las razones para sacarlos cuanto antes. Ellos le responden que están dispuestos a hacerse cargo de los gastos: los billetes del

avión y la manutención durante todo el tiempo que estuvieran en España. Marina y Segundo llegaron a EUA dos años después. Pepín tuvo que esperar en España uno más, hasta que sus padres recibieron la documentación de residencia en EUA, y pudieran reclamarlo a su vez. Como era soltero y el vínculo de hijo era de primer orden, al cabo de un año Pepín pudo entrar a EUA.

El gran regalo de las Navidades del año 1982 fue la llegada a España de Marina, Segundo y Pepín. Salieron de Cuba un mismo día que nosotros, el 23 de diciembre, y llegaron por la mañana del 24, Nochebuena. Cuando nos pudimos marchar de Cuba, nunca pensamos lo rápido que volveríamos a verlos de nuevo. Fue un encuentro emocionante. Tenían a sus tres nietos afuera: Beatriz, Sergio René y Cecilia –a quien no habían visto aún. La cena de esa noche, fue al estilo de las que se hacían antes de la dictadura comunista: arroz blanco, frijoles negros, yuca, carne de cerdo asada, ensalada, turro-

El gran regalo de las Navidades del año 1982 fue la llegada a España de Marina, Segundo y Pepín. Salieron de Cuba un mismo día que nosotros, el 23 de diciembre, y llegaron por la mañana del 24, Nochebuena. Cuando nos pudimos marchar de Cuba, nunca pensamos lo rápido que volveríamos a verlos de nuevo. Fue un encuentro emocionante. Tenían a sus tres nietos afuera: Beatriz, Sergio René y Cecilia –a quien no habían visto aún. La cena de esa noche, fue al estilo de las que se hacían antes de la dictadura comunista: arroz blanco, frijoles negros, yuca, carne de cerdo asada, ensalada, turrones.

nes. Celebramos en casa, compartiendo también con Orlando y su familia. Marina, Segundo y Pepín estuvieron viviendo en nuestro piso durante unas dos o tres semanas, hasta que pudieron mudarse para un piso alquilado en la calle Hermanos Gómez esquina a Alcalá, que Oslidia García, la madrina de Cecilia, les consiguió, muy cerca de donde ella misma vivía. La familia Ojeda y González cumplió su compromiso: hasta que les llegó la reclamación de EUA, Marina, Segundo y Pepín recibieron todos los meses un cheque para su manutención y el pago del alquiler. Pepín, al quedarse solo en España, dejó el piso de alquiler y pasó a vivir unos meses con nosotros y la mayoría del tiempo con Orlando y su familia.

A partir de la Navidad de 1982, hemos armado siempre un árbol con sus adornos y un belén en la casa de la calle Andorra. Para nosotros los signos de Fe eran y son importantes, y ayudaban a las niñas a participar del ambiente navideño. Todos los años los colocamos. Cuando llegó, el 24 de diciembre, la familia de Cuba se encontró con el ambiente navideño en la casa, calles, comercios, televisión y las vacaciones escolares que en Cuba se habían prohibido. Comenzamos con las cartas a Papa Noel y a los Reyes Magos, y las visitas a los adornos de calles y *vidrieras* (escaparates) en Madrid. Fuimos a ver las cabalgatas: la del centro de la ciudad o las del barrio de Hortaleza, que pasaban por la carretera de Canillas, muy cerca de la casa. Todos los años a partir de entonces, nos reuníamos en nuestra casa el día de Nochebuena y en casa de Orlando y familia el 31 de diciembre. Años después, la costumbre se alteró en algunas ocasiones: por la intervención de histerectomía de Lourdes y su complicación con el trombo embolismo pulmonar —que mencioné anteriormente y más adelante comentaré— o bien por la situación de salud de María Pérez, la madre de Maggie, de edad muy avanzada. En esos casos, todos celebramos las fechas de Navidad en casa de Orlando. Sin embargo, en los últimos años, siempre hemos celebrado estas Fiestas en nuestro domicilio.

79 Españoles

Todos estos años hemos compartido con muchos familiares y amigos residentes en EUA, durante sus visitas a España y, a partir del verano del año 1990, con los viajes que hemos dado allá. Todos estos encuentros han sido no sólo emotivos, sino también de conocimiento mutuo, mayor acercamiento, de gran riqueza de amor. Y, por nuestra parte, de un gran agradecimiento por todo lo que han hecho para que nosotros estemos fuera del comunismo cubano y nuestras hijas vivan otra realidad.

Terminada la carrera de Medicina en el año 1986, obtengo la nacionalidad española por residencia el 27 de agosto de 1986, y hago el juramento el 9 de octubre de 1986. Me inscribo en el Colegio de Médicos de Madrid, previa presentación del título y el resto de la documentación que requerían, y me admiten con fecha 20 noviembre de 1986 y el número de colegiado 37550.

Lourdes obtuvo la nacionalidad española por residencia el 16 de marzo de 1988 y el 12 de abril de 1988 hizo el juramento, ante el encargado del Registro Civil de Madrid. No adquirió la naciona-

lidad española junto conmigo, en el año 1986, porque aun en esa época pensábamos en la posibilidad de viajar a EUA como toda la familia había hecho —y ellos esperaban también que así lo hiciéramos. Era el objetivo final que teníamos, desde que salimos de Cuba. España, en un principio, fue la única vía que encontramos donde librarnos de la dictadura comunista. Aquí podíamos vivir en libertad, mientras esperábamos la manera de pasar a EUA. A finales de los ochenta, el gobierno norteamericano — auspiciado por organizaciones del exilio cubano— mantenía un plan de cuotas de entrada para los cubanos que estaban en terceros países. En ese momento centenares de cubanos residían, en España y en otros países, algunos de América Latina, esperando para entrar a EUA. Pensábamos que, si Lourdes se mantenía como cubana, nos resultará más fácil el salto: si los dos ya teníamos nacionalidad española, podían negarnos la visa para EUA. Como no acabábamos de entrar en ese plan y cada vez más nos gustaba la idea de quedarnos en España, decidimos que era mejor que Lourdes acabara de adquirir la nacionalidad. A las niñas, como ya dije antes, al no ser nosotros españoles, la Ley no les permitía optar por la nacionalidad española. Así, inscribimos a Beatriz —al igual que habíamos hecho en el momento del nacimiento con Cecilia— en el Registro Civil de Madrid el 17 de diciembre de 1986, cuando ya me habían concedido a mí la nacionalidad española. Sin embargo, no fue hasta el 23 de abril de 1991 que nuestras hijas pudieron aparecer inscritas, por opción, como españolas.

Durante los años de estancia en España, hemos recibido muchas visitas de primos y otros familiares.

El primero fue Rafita Guedes, el primo mío que primero salió de Cuba, cuando era muy pequeño —y mi tío Rafa, su papá, me había dejado su gallito *quiquirito*. El día que Rafita llegó a nuestra casa cayó una buena nevada en Madrid, como pocas veces ha ocurrido en la ciudad desde que nosotros vivimos. Él nunca había visto una,

porque en Miami donde vive el clima ni se acerca al frío para la nieve, ni había visitado otros lugares con ese invierno. Salimos a los jardines del edificio: hicimos un muñeco y nos tiramos bolas de nieve, con los niños —Beatriz entre ellos— y los vecinos.

El primo que más nos ha visitado ha sido Pedro Ángel González, primo de Lourdes. Hizo el primer viaje el 16 de agosto de 1983. Siempre muy cariñoso, cercano, atento y generoso. Con él conocimos un matrimonio norteamericano que vino también varias veces, Pat y Jerry, de los que nos hicimos amigos —a pesar de que ellos no sabían español, ni nosotros inglés. Cuando luego visitamos EUA —sobre estos viajes hablaré posteriormente—, también contactamos con ellos... aunque seguían sin saber español ni nosotros inglés.

En el mes de agosto de 1984, Gloria Ojeda y Juanito dieron una gira por algunos países de Europa, incluyendo España. Aún estaban aquí Marina y Segundo. En septiembre de 1984, nos visitó por primera vez mi prima Cristina González Guedes, que es *jimagua* (melliza) con Jorge y hermana de Reinaldito. Años después regresó con Jorge y más recientemente ha repetido viaje a España con sus dos hermanos. En su primer viaje, Cristina trajo un paquete desde Miami de un familiar para una persona que estaba trabajando en ese momento en la oficina de Carlos Alberto Montaner. Fue la primera vez que coincidí con él. Ya lo conocía aquí en España, por sus escritos. Conversamos, entre otras cosas, de la carrera de Medicina que yo estaba convalidando y me dijo que un hermano suyo estaba haciendo la carrera en República Dominicana. No imaginamos entonces que pocos años después estaríamos muy unidos por la amistad y por la lucha contra la dictadura en nuestra patria.

Juan José, primo de Lourdes, hijo de la tía Elisa, hizo un viaje a España y se quedó en casa junto a su esposa y su primer hijo que era muy pequeño. Recuerdo de esa visita que mantenían a rajatabla el horario de EUA y ya a las 18:30 estaban en el cuarto durmiendo. Pensábamos que de esa forma se perdían muchas cosas de aquí y sería casi como si no hubieran estado en España. Virginia, la suegra de Pepín, nos visitó en la década de los 80 y se quedó también en

casa. En la década de los 80 –y posteriormente en los 2000– compartimos aquí con mi primo “Quiquito” (Enrique Guedes). En agosto de 1986, recibimos por primera vez a Pepito, primo de Lourdes, hijo de Macusa y Mimo; después ha repetido, ya con su esposa Milagros. En la década del 2000, nos hemos encontrado en España con mi primo Israelito Guedes en dos ocasiones y con Cathy y Lina, hijas de la prima Gloria Teresa Ojeda. También, más recientemente, con María Laura Ojeda y Aníbal y, en otro viaje, con sus hijos Brian y Randy.

Todos estos años hemos compartido con muchos familiares y amigos residentes en EUA, durante sus visitas a España y, a partir del verano del año 1990, con los viajes que hemos dado a allá. Todos estos encuentros han sido no sólo emotivos, sino también de conocimiento mutuo, mayor acercamiento, de gran riqueza de amor. Y, por nuestra parte, de un gran agradecimiento por todo lo que han hecho para que nosotros estemos fuera del comunismo cubano y nuestras hijas vivan otra realidad.

Entre los encuentros gratificantes con amigos que nos han visitado en España están los que hemos tenido con los hermanos de San Juan de Dios de Cuba, que venían de vacaciones para compartir con sus familiares. El hermano Zenón, Ramiro Berrade, Nievas y Carmelo –con todos ellos había trabajado en la isla. También los padres jesuitas Miyares y Felicísimo. El padre Aurelio Najarro, que fuimos compañeros del seminario y pertenecía a mi diócesis de Matanzas, y el sacerdote Rolando Lauserique. El padre Adolfo Guerra Vega, que había sido mi párroco y el que me presentó al seminario, hombre santo e inteligente, también enfermizo –murió tiempo después de una pancreatitis, por causa de su vesícula biliar.

Otros sacerdotes amigos con quienes hemos compartido en el exilio han sido:

El padre Pedro García (“Pelli”), antes párroco, durante muchos años, del pueblo de Jovellanos en nuestra Diócesis de Matanzas. Ha compuesto bellas canciones de contenido religioso, toca la guitarra y es un buen pastor. El padre Pelli vino en una ocasión acompañado por Antonio (“Tony”) Rodríguez Díaz, compañero de seminario, y en otra por el padre Joaquín (“Joaquinito”) Rodríguez, también de nuestra Diócesis de Matanzas y compañero del seminario.

José Conrado Rodríguez, ya como sacerdote. Vino primero a estudiar una licenciatura, y después ha emprendido muchos más viajes por estas tierras. Hemos compartido en múltiples ocasiones. Ha tenido serios problemas con el gobierno cubano, porque ha expresado públicamente denuncias proféticas contra la dictadura comunista: ha sufrido amenazas directas e indirectas, a través de feligreses y de su familia.

José Félix Pérez Riera, compañero de seminario y de la Diócesis de Matanzas, y el sacerdote Carlitos Piedra, que hizo de acólito en nuestra boda, cuando aún era seminarista. Después, ya como sacerdote, se marchó de Cuba y trabaja pastoralmente en EUA.

Sor Fara, de la congregación de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paul, nos visitó en la calle Andorra. Es una monja excepcional, muy pastoral y carismática. Ella y su familia son de la provincia de Matanzas. Cuando había presentado una solicitud de salida, en los años del Puente Aéreo Varadero-Miami, su hermano mayor coincidió con papi, internados en los campos de trabajo forzados. También de las Hijas de la Caridad, hemos compartido con la hermana “Lolita”, que es oriunda de Jovellanos.

También salieron de Cuba para estudiar una licenciatura en Italia o España:

Manolo Ortega, quien antes de ordenarse sacerdote fue testigo de nuestra boda por la Iglesia –y cuando terminó los estudios de Derecho Canónico en España no regresó: viajó y se quedó en Miami. Falleció allí, relativamente joven, de un infarto de miocardio.

Durante varios de los viajes que dio, compartimos con gran cariño con el valiente y gran pastor que fue Arzobispo de Santiago de Cuba, Monseñor Pedro Meurice Estiú. Siempre recordaremos sus palabras en la presentación de la misa que el Papa Juan Pablo II ofreció, la mañana del 24 de enero de 1998 en Santiago de Cuba, ante cientos de miles de personas, en presencia del entonces ministro de las Fuerzas Armadas y hermano de Fidel Castro, Raúl Castro. Monseñor Meurice se dirigió así a Juan Pablo II:

Deseo presentar en esta eucaristía a todos aquellos cubanos y santiagueros que no encuentran sentido a sus vidas, que no han podido optar y desarrollar un proyecto de vida por causa de un camino de despersonalización que es fruto del paternalismo. Le presento, además, a un número creciente de cubanos que han confundido la patria con un partido, la nación con el proceso histórico que hemos vivido las últimas décadas y la cultura con una ideología. Son cubanos que, al rechazar todo de una vez, sin discernir, se sienten desarraigados, rechazan lo de aquí y sobrevaloran todo lo extranjero. Algunos consideran esta como una de las causas más profundas del exilio interno y externo.

A Monseñor lo llamaban, por su valentía y sus denuncias al régimen comunista, “El León de Oriente”.

Con el padre José Juan Quijano, de la Diócesis de Santiago de Cuba, quien –como ya relaté– había padecido mucho hostigamiento por la Seguridad del Estado, compartimos y continuamos compartiendo amistad, hermandad y un gran cariño. No regresó a Cuba al terminar la licenciatura en Moral que hizo en Roma, por el acoso que el régimen mantenía contra él.

El padre Norberto López, compañero del seminario, que estuvo de acólito en nuestra boda y, como Diácono, en el bautizo de Beatriz. Norberto estudió una licenciatura en Teología Dogmática en Roma, ingresó en la orden religiosa de los Benedictinos –siempre quiso ser religioso. Con él mantenemos comunicación permanente: es un buen amigo y hermano en la Fe, y nos queremos mucho. En el año 1995, Norberto trajo de visita a España a su hermana, sobrino y a su madre, y se quedaron en casa unos días. También hemos conocido y mantenemos contacto con su hermano Jorge, que estuvo residiendo un tiempo en España hasta que pudo marchar a EUA.

Entre las visitas de sacerdotes que han sido grandes pastores y a los cuales he admirado, respetado y querido están:

Monseñor Mariano Vivanco, pastor humilde, cercano a las personas y que llegó a ser Obispo de Matanzas, nuestra Diócesis en Cuba.

Padre Pastor González, de quien he hablado ya en otro momento. Pasó por España prácticamente para despedirse de los amigos, entre ellos nosotros. Había sido párroco en Guantánamo y, a través de él, conocimos a varias personas de allí, como Rolando y Graciela, con quienes, a partir de ese viaje del padre, hemos mantenido una gran amistad –que continuamos con Rolando, después del fallecimiento de Graciela. El padre Pastor murió en Cuba de un cáncer de páncreas pocos meses después de ese viaje a España y EUA.

En más de una ocasión, incluso hasta en la década del 2000, nos visitó el padre Carlos Manuel de Céspedes. Falleció de un trombo embolismo en La Habana, siendo párroco en la iglesia de San Agustín, a la que, años antes, asistíamos Lourdes y yo. El padre

Carlos Manuel había tenido un cáncer que le afectaba la piel (micosis fungoide). Me quería como hijo. Con él tenía una gran confianza: a veces, cuando conversábamos, no coincidíamos en determinados temas, pero siempre nos expresamos con respeto y cariño. Era un hombre inteligente, culto, de oración, rosario y meditación diaria, amante del arte, políglota, escribía... Fue profesor del seminario, fiel a la iglesia y sufría mucho la situación de Cuba, aún más teniendo en cuenta su historia familiar y lo mucho que amaba nuestra patria.

También nos hemos encontrado con algunos Obispos cubanos amigos:

El valiente y gran pastor que fue Arzobispo de Santiago de Cuba, Monseñor Pedro Meurice Estiu. Durante varios de los viajes que dio, compartimos con gran cariño. Siempre recordaremos sus palabras en la presentación de la misa que el Papa Juan Pablo II ofreció, la mañana del 24 de enero de 1998 en Santiago de Cuba, ante cientos de miles de personas, en presencia del entonces ministro de las Fuerzas Armadas y hermano de Fidel Castro, Raúl Castro. Monseñor Meurice se dirigió así a Juan Pablo II:

Deseo presentar en esta eucaristía a todos aquellos cubanos y santiagueros que no encuentran sentido a sus vidas, que no han podido optar y desarrollar un proyecto de vida por causa de un camino de despersonalización que es fruto del paternalismo. Le presento, además, a un número creciente de cubanos que han confundido la patria con un partido, la nación con el proceso histórico que hemos vivido las últimas décadas y la cultura con una ideología. Son cubanos que, al rechazar todo de una vez, sin discernir, se sienten desarraigados, rechazan lo de aquí y sobrevaloran todo lo extranjero. Algunos consideran esta como una de las causas más profundas del exilio interno y externo.

A Monseñor lo llamaban, por su valentía y sus denuncias al régimen comunista, “El León de Oriente”.

En noviembre de 1986, volvemos a ver al padre Alfredo Petit, quien en 1992 sería ordenado Obispo Auxiliar de La Habana. El encuentro fue en la parroquia de San Juan Crisóstomo, donde el padre Pedro González Capdevila vivía y trabajaba como coadjutor. Durante años se hospedó allí la mayoría de los Obispos y, sobre todo, sacerdotes cubanos que pasaban por España. Junto al padre Petit conocimos a Carlos Payá, hermano de Oswaldo, con quien hemos mantenido amistad y, cuando se casó en España, también con su esposa Mayte. Años más tarde nos reencontramos con mi colega médico, buen amigo y excelente profesional Oscarito Payá, con él y su familia hemos compartido muchas veces.

Pero con quien más hemos compartido, durante las décadas de nuestra estancia en España, ha sido con el Cardenal Jaime Ortega Alamino. Era natural de Jagüey Grande, el pueblo de Lourdes: sus familias se conocían de siempre. Fue sacerdote –lo mencioné en otra ocasión– de la Diócesis de Matanzas, hasta que fue nombrado primero Obispo de Pinar del Río y finalmente Arzobispo de La Habana y Cardenal de Cuba. Nos mantenía una gran amistad y cariño. Aunque es cierto que en varios temas relacionados con la realidad cubana no coincidíamos con él, evitábamos hablar de esos puntos para no dañar la relación. Esto sucedió sobre todo en los últimos años: nos percatamos de un cambio importante en sus enfoques y no comprendíamos el porqué de esa nueva forma de pensar.

Los Obispos Emilio Aranguren, Juan de Dios Hernández Ruiz, Carlos Baladrón, Wilfredo (“Willy”) Pino Estévez, todos compañeros míos de seminario y muy buenos pastores.

A Monseñor Adolfo Rodríguez, Obispo de Camagüey, cuando pasaba por España, lo veía en la Casa Sacerdotal de la calle San Bernardo donde se hospedaba. En alguna ocasión asistí a alguna Eucaristía que presidió.

Pero con quien más hemos compartido, durante las décadas de nuestra estancia en España, ha sido con el Cardenal Jaime Ortega Alamino. Era natural de Jagüey Grande, el pueblo de Lourdes: sus familias se conocían de siempre. Fue sacerdote –lo mencioné en otra ocasión– de la Diócesis de Matanzas, hasta que fue nombrado primero Obispo de Pinar del Río y finalmente Arzobispo de La Habana y Cardenal de Cuba. Nos mantenía una gran amistad y cariño. Aunque es cierto que en varios temas relacionados con la realidad cubana no coincidíamos con él, evitábamos hablar de esos puntos para no dañar la relación. Esto sucedió sobre todo en los últimos años: nos percatamos de un cambio importante en sus enfoques y no comprendíamos el porqué de esa nueva forma de pensar.

Todas las visitas que hemos recibido durante estos años nos han ayudado a reencontrarnos con amigos, mantenernos al tanto de la realidad cubana –y en particular de la iglesia de allí. Nos facilitaban la comunicación con la familia de Cuba. Las fotos, los álbumes, las cartas y otros recuerdos de la familia y de nuestra vida en Cuba, los hemos podido recuperar gracias a estos hermanos y a tantos amigos.

En los primeros años de nuestra estancia en España, como no teníamos prácticamente dinero, no podíamos irnos de vacaciones. En una ocasión, Beatriz nos preguntó “si nosotros no teníamos pueblo”: todas sus amigas iban de vacaciones al pueblo de su familia. No, no teníamos pueblo a donde ir en verano. Lo que sí hicimos, cuando llegaron Marina, Segundo y Pepín, y en alguna ocasión que nos visitara algún primo de EUA, fue ir de paseo por ciudades cercanas a Madrid. Estuvimos en Toledo, Ávila, Segovia, El Escorial, Valle de los Caídos, Aranjuez.

En los primeros años de nuestra estancia en España, como no teníamos prácticamente dinero, no podíamos irnos de vacaciones. En una ocasión, Beatriz nos preguntó “si nosotros no teníamos pueblo”: todas sus amigas iban de vacaciones al pueblo de su familia. No, no teníamos pueblo a donde ir en verano. Lo que sí hicimos, cuando llegaron Marina, Segundo y Pepín, y en alguna ocasión que nos visitara algún primo de EUA, fue ir de paseo por ciudades

cercanas a Madrid. Estuvimos en Toledo, Ávila, Segovia, El Escorial, Valle de los Caídos, Aranjuez.

La primera etapa en el exilio fue una mezcla de alegría, tranquilidad y disfrute. Vivíamos en libertad, nos acogieron muy bien, nos ayudaban muchas personas y nos sentíamos como en casa. Pero, al mismo tiempo, fue un tiempo con dificultades, principalmente económicas. Yo no tenía un trabajo con contrato: sólo cuidaba enfermos y personas mayores en las casas. El desempleo en España era muy elevado y las trabas burocráticas para trabajar oficialmente importantes: dependíamos fundamentalmente de la generosidad de la familia de EUA. Muchas veces, tuvimos dificultad para comprar alimentos. Aún más, ropa –durante mucho tiempo nos vestimos principalmente de los roperos o de donaciones de otras personas. Durante años no pudimos darnos caprichos, y menos salir de vacaciones.

En una ocasión, Beatriz se enfermó. Mi profesor de pediatría, el Dr. Enrique Casado de Frías, tuvo la gentileza de explorarla y le prescribió un medicamento. Al llegar a la farmacia, resultó demasiado caro para nosotros. No podíamos comprarlo, y eso me angustió. En ese momento, en la farmacia estaba un visitador que era amigo de Antonio, nuestro vecino policía: al escuchar nuestra dificultad, le dijo a la farmacéutica que nos lo despachara, que él se hacía cargo. Gracias a su generosidad pudimos administrarle a Beatriz la medicina. En otras ocasiones, las medicinas que nos recetaban en la Cruz Roja no nos costaban, pero en esta vez la consulta urgente fue privada, no en la Beneficencia.

En los momentos o días que nos veíamos con apuro o “apretados” para comprar alimentos, siempre surgía una luz: un “ángel”, una persona nos ayudaba. Un día que teníamos poco que comer, nos vino por sorpresa una visita de EUA, el esposo de Ana Lourdes, la sobrina de Eladia, quien se apareció con una caja de alimentos. El exilio no es fácil: no sólo por las estrecheces económicas, sino

también porque hay que adaptarse a costumbres, clima, mentalidades... desconocidos. Y eso que nosotros llegamos a un país con el mismo idioma y con personas extraordinariamente acogedoras. Sin olvidar que nos empujaban día a día la Fe, el vivir en libertad y el desarrollo y la formación positiva de nuestras hijas.

Trabajando con Álvarez y estudiando en el hospital clínico San Carlos, conocí la pastelería Habana, que estaba en la calle Cea Bermúdez. Allí comencé a encargar las tartas para los cumpleaños de las niñas o cualquier otra celebración. Las hacían muy ricas y

Escribía una carta a mis padres cada semana. Les contaba de nuestras vidas aquí, de las niñas, de la sanidad, la educación, el transporte, mis estudios, los mercados, las costumbres, las fiestas –desde las navidades hasta los cumpleaños. Trataba de describir casi todo con lujo de detalles, contando de la mejor manera posible lo que nos acontecía, para que se hicieran una idea cercana de nuestra realidad. Nunca comentaba nada directamente político, para evitarles problemas en Cuba.

La dictadura comunista no soporta, no tolera ninguna misiva que comunique datos que sus agentes de la Seguridad del Estado no puedan leer y examinar. Dedicar un ejército de personas a ello, sin autorización judicial, ni legalidad. Cualquier tema acerca de la vida “afuera de Cuba” les resulta subversivo, un “desviacionismo ideológico”.

decoradas con figuras de chocolate: no encontré pastelerías donde las prepararan como ellos. Intentábamos que, en los cumpleaños o las celebraciones navideñas y de Reyes, las niñas fueran lo más felices posible. Que compartieran con las amigas y no se sintieran desplazadas. Hacíamos un esfuerzo extra, privándonos de otras cosas. Además, en esos acontecimientos siempre la familia y los amigos de EUA enviaban un cheque de dólares para regalos, y recibíamos atenciones de personas españolas o cubanas que llevaban años en España. En los cumpleaños, además de las tartas, se ponían los bocaditos con la pasta típica de Cuba —que Lourdes preparaba con jamón york y queso Philadelphia—; la piñata con caramelos y regalos sorpresa; los gorros y globos; el juego de poner el rabo al burro.

Escribía una carta a mis padres cada semana. Les contaba de nuestras vidas aquí, de las niñas, de la sanidad, la educación, el transporte, mis estudios, los mercados, las costumbres, las fiestas —desde las navidades hasta los cumpleaños. Trataba de describir casi todo con lujo de detalles, contando de la mejor manera posible lo que nos acontecía, para que se hicieran una idea cercana de nuestra realidad. Nunca comentaba nada directamente político, para evitarles problemas en Cuba. Mi padre me hizo saber, a través de una carta que trajo alguien en mano, que todas las cartas mías enviadas por correo llegaban a Unión de Reyes abiertas, con los sobres claramente rotos o manipulados. Él había ido a la oficina postal a preguntar y le contestaron que no lo hacían ellos en el pueblo, que venían así desde La Habana. A partir de ese momento dejé de enviar las cartas por correo postal. Como venían frecuentemente sacerdotes, monjas y obispos de visita a España, les mandaba las cartas a través de esos amigos.

La dictadura comunista no soporta, no tolera ninguna misiva que comunique datos que sus agentes de la Seguridad del Estado no puedan leer y examinar. Dedicaron un ejército de personas a ello,

sin autorización judicial, ni legalidad. Cualquier tema acerca de la vida “afuera de Cuba” les resulta subversivo, un “desviacionismo ideológico”. Querían que supiéramos que revisaban mis cartas, no disimulaban que las estaban controlando. Y, de paso, molestaban a mis padres.

Mi hermana a veces iba a los hoteles de La Habana en busca de un español de visita, para entregarle cartas para que trajeran en su equipaje hasta España y las echaran aquí en el correo, para que pudiéramos recibirlas. En una de esas ocasiones, conoció a José Luis, un auxiliar de vuelo de la compañía Iberia, que viajaba a Cuba todos los meses. Resultó que él vivía en el barrio de Esperanza, a dos calles de nosotros, junto a su esposa e hijos. A partir de ese momento, cada vez que José Luis viajaba a Cuba nos traía cartas, fotos antiguas o documentos, y llevaba a la familia allá cartas, fotos nuestras y algunos regalos necesarios: estropajos, jabones, champú, alguna ropa. Este canal se pudo mantener abierto durante varios años. Gracias a la generosidad de José Luis, pudimos tener un contacto estrecho, regular y seguro con la familia. También nos contaba cómo veía el panorama cubano.

Las llamadas por teléfono a Cuba eran y son muy caras. Al principio, nosotros no teníamos teléfono en casa y mis padres en la suya tampoco. Era imposible que los autorizaran a instalar una línea: había que llamarlos a casa de Amado Pérez. Durante las primeras décadas de nuestra vida en España no existía el correo electrónico —mucho menos en Cuba, que aún hoy es uno de los países del mundo con más baja conexión a internet. Tampoco había teléfonos móviles. La comunicación con la familia era angustiante y demorada, limitada a alguna breve llamada puntual de urgencia. Como la que hizo Orlando a sus padres para anunciarles la buena noticia del nacimiento de Cecilia. Esa tuvo que hacerla a casa de Marbelino, el vecino de Marina y Segundo, adonde siempre yo hacía, años atrás, las llamadas a Lourdes.

Las niñas

El primer día de clase, con cuatro años, Cecilia entró a la escuela sin despedirse. Cuando Lourdes le pidió un beso, se volvió y respondió a su madre: “¡pero hija mía, ni que me fuera a China!”

El colegio de primaria de las niñas continuó siendo el Rubén Darío. Beatriz comienza primero de EGB en el curso 1982-1983, con Angeline, magnífica profesora y persona. En el curso de 1986, cuando Cecilia cumplía cuatro años, empieza preescolar con la profesora Elvira, la misma que había tenido Beatriz. El primer día de clase, Cecilia entró a la escuela sin despedirse. Cuando Lourdes le pidió un beso, se volvió y respondió a su madre: “¡pero hija mía, ni que me fuera a China!”

En este colegio estuvo Beatriz hasta que terminó la EGB. Después pasó a dar el Bachillerato Unificado Polivalente en el Instituto Conde de Orgaz, del barrio de Esperanza. Cecilia también tuvo a la profesora Angeline a partir del primer grado. Cuando terminó el sexto curso en el colegio Rubén Darío, nos mudamos para el barrio de San Juan Bautista y ahí comenzó la Secundaria Básica, ya con la reforma educativa, en el colegio público San Juan Bautista, hasta que terminó su Bachillerato.

Beatriz recibió la Primera Comunión el 12 de mayo de 1985 en la Iglesia Virgen de la Nueva. Todavía estaban en Madrid Marina, Segundo y Pepín. Cecilia hizo la Primera Comunión el 2 de junio de 1991 en la Iglesia Nuestra Señora del Tránsito. En ese momento habíamos elegido asistir a esta iglesia por la calidad de las catequesis para nuestras hijas, que nos parecía más completa. En ambas celebraciones, organizamos una pequeña fiesta en nuestra casa de la calle de Andorra, con la asistencia de la familia y algunos amigos, de nuestras hijas y nuestros. No era posible económicamente reservar en un restaurante para celebrarlo, como era costumbre. Aunque lo más importante es el sacramento y no la fiesta: por tanto, resultó, a mi modo de ver, mucho más entrañable, cercano y estrecho compartir así. La confirmación de Beatriz fue el día 2 de diciembre de 1990 en la Iglesia Nuestra Señora del Tránsito. Cuando llegó la de Cecilia, ya vivíamos en el nuevo barrio. El sacramento se celebró el día 18 de noviembre de 2000, en la Iglesia San Juan Bautista.

En julio de 1985 supimos que la Santa Sede había nombrado Nuncio Apostólico de Su Santidad en España a Monseñor Mario Tagliaferri, a quien conocimos en Cuba y que fue un excelente pastor y Nuncio en nuestro país. Para nosotros era una alegre noticia. Durante los diez años de su estancia en España, mantuvimos contacto con él. Lo visitamos en la Nunciatura y lo vimos en celebraciones. Seguía siendo la misma persona sencilla, servicial, gran pastor y amante del pueblo y la iglesia cubana. Desde España ayudó todo lo que pudo a los obispos, sacerdotes y laicos cubanos. En el año 1995, el Papa lo nombró Nuncio en Francia, y allí falleció por un cáncer.

Recibimos la noticia, desde Cuba, que mi abuela Estrella Ruiz Sánchez había fallecido el 9 de abril de 1986. La última de mis

abuelos en dejarnos. Me sentí triste no sólo por su fallecimiento, sino porque no podía estar en esos momentos junto a mi madre y tíos. No dejo de pensar en esa imagen de ella en la ventana de la sala de la casa del central Conchita, diciéndonos adiós, cuando pasábamos en la *guagua*, al despedirnos para siempre. El sufrimiento de los mayores que tuvieron que separarse de sus hijos y nietos, fue para mis abuelos paternos una etapa continua. Hay que responsabilizar a la dictadura comunista cubana y a sus líderes por todo ese sufrimiento. Por los llantos y pesadillas que conlleva una separación forzada por una situación de falta de libertad e injusticia.

Al terminar mi carrera en el año 1986, en España había un paro muy alto entre los médicos. Se reportaban unos 20.000 desempleados. Los médicos teníamos que anotarnos en una bolsa de empleo que estaba centralizada en Madrid, en el Instituto Nacional de la Salud (INSALUD), en la calle Sagasta. Según el orden de una lista, te llamaban, cuando te tocaba el turno, si necesitaban un médico como suplente en un consultorio —los centros sanitarios que predominaban entonces—, o a ocupar plaza en un Centro de

Luego de las celebraciones de la Primera Comunión de nuestras dos hijas, organizamos una pequeña fiesta en nuestra casa de la calle de Andorra, con la asistencia de la familia y algunos amigos —de nuestras hijas y nuestros. No era posible económicamente reservar en un restaurante para celebrarlo, como era costumbre. Aunque lo más importante es el sacramento y no la fiesta: por tanto, resultó, a mi modo de ver, mucho más entrañable, cercano y estrecho compartir así.

Salud que comenzaban a funcionar. Las sustituciones podían ser de un día, dos, una semana, quince días. Cuando te correspondía por la bolsa, te enviaban a una suplencia larga, que podía llegar a los nueve meses. Una vez se cumplía ese tiempo, el contrato terminaba y te ibas de nuevo al paro, hasta que te volviera a tocar un turno. Era un trabajo de facultativo muy precario. La otra posibilidad era ocupar una plaza en el sector privado, algo que también en aquellos tiempos era muy difícil, y estaba menos regulado. En una ocasión estuve trabajando unas semanas en la consulta privada de un médico de origen cubano, pero “te morías de hambre” con lo que se ganaba allí: el consultorio no estaba concertado con las Sociedades Médicas, y casi no asistían pacientes.

En esta situación, aceptaba lo que saliera. El 17 de noviembre de 1986 me ofrecieron una suplencia de diez días en Ambite, un pueblo de la Comunidad de Madrid. El 8 de diciembre, otra de quince días en el pueblo de Rozas del Puerto Real, también de Madrid. Lourdes me visitaba con las niñas en estos pueblos, los fines de semana. Estando en Rozas del Puerto Real, enfermó de neumonía. También me ofrecieron suplencias de un día en la ciudad de Madrid. En agosto de 1987, alcancé treinta y un días, durante las vacaciones del titular de la plaza. Todos trabajos precarios y con gran incertidumbre del futuro.

Mi hermana Evita, que estaba en Cuba, conociendo mi situación laboral y que las religiosas de María Inmaculada tenían colegio en España, habló con una hermana de la residencia donde ella vivía, en La Habana, que vendría de visita a España el verano de 1987. La religiosa Pilar Antibon nos trajo cartas de la familia y hablamos en la Casa Madre de la Congregación, en la calle Fuencarral. Pilar le habla de mí a la hermana Daria, directora del colegio de la calle Ríos Rosas. En ese momento hacía falta un profesor, que fuera médico, para el colegio. Me entrevisté con Daria y me contrató, mostrando gran consideración y cariño hacia mí persona.

Empecé a trabajar, en el curso 1987-1988, con las religiosas de María Inmaculada. Daba asignaturas para las alumnas de Auxiliar de Enfermería y de Jardín de Infancia –como se llamaba en esa época–, que clasificaban como Formación Profesional (FP). Las hermanas tenían entonces como alumnas sólo mujeres jóvenes –“las chicas” las llamaba la Fundadora Santa Vicenta María López y Vicuña. Después, el colegio se convirtió en mixto e impartía no solo Formación Profesional, sino también EGB y Bachillerato. Allí trabajé varios años, con muy buen ambiente. Disfrutaba dando las clases, mantenía magníficas relaciones con las hermanas y los compañeros profesores –de hecho, conservo buena amistad con varios de ellos. En el colegio también di clases de religión y cooperé en la liturgia de las celebraciones. En muchos miércoles de ceniza, cuando no había sacerdote, presidía la celebración de la Palabra e imponía las cenizas a los alumnos. Cenizas que había bendecido previamente el capellán que celebraba las Eucaristías para las hermanas. A ellas tengo que agradecerles la oportunidad de trabajar y de compartir con la comunidad educativa. Siempre tuvieron para mí un trato excelente y generoso. Igualmente guardo un grato recuerdo del cariño y la gran acogida que me demostraron los compañeros de trabajo. También las alumnas y alumnos representaron un motivo de alegría y de aprendizaje para mí: pude ayudarlos a nivel académico, con consejos personales que me pedían y en la formación de la Fe. Gracias a ese trabajo comencé a recibir un sueldo fijo que me trajo estabilidad, pude cotizar a la Seguridad Social e ir conformando un currículum laboral y de formación. En el colegio participé en varias celebraciones: cenas de Navidad –principalmente durante mis primeros años allí: después, por diversas razones, se fueron dejando de hacer–; la semana de fiestas del colegio, por el día de su Fundadora Vicenta María (25 de mayo), con competiciones de deportes, disfraces, bailes, comidas, Eucaristías. En uno de los seminarios o congresos a los que asistí estando en el colegio, me encontré con el Cardenal Eduardo Pironio, quien me había impartido un retiro en Cuba cuando yo era seminarista. Al

verlo, me dirigí a él, que estaba de espaldas, repitiendo unas palabras que nos había dirigido en aquel retiro: “La Fe nace en el silencio, madura en la cruz y se expresa en la Alegría Pascual”. Inmediatamente se giró hacia mí y me dijo: “Cuba”.

Entre las hermanas del colegio que llegaron a ser directoras y que me transmitieron gran estima y cariño están: Daria (con quien empecé), Irene (con la cual alcancé la responsabilidad de ser el Jefe de Estudios: era la primera vez que un laico tenía en el colegio ese cargo), Carmen, Brígida, María Reguillo y una larga lista de hermanas que han sido todas cariñosas y serviciales conmigo siempre. No puedo mencionar a todos los profesores, porque sería imposible. Entre ellos, que me dieron una acogida extraordinaria y me ayudaron en mis primeros pasos laborales en España, se encuentran aquellos con los que he mantenido –con algunos y sus familias, hasta hoy– una gran amistad: Paco (ex sacerdote dominico), Maribel, Esperanza, Carmen (que falleció joven de un cáncer), Marisa, María Antonia, Candela, Marivi (psicóloga), María José y Ángel (son matrimonio), Paloma (médico también, nos invitó con las niñas a su boda, el 9 de diciembre de 1989, fue la primera a la que asistimos

I En uno de los seminarios o congresos a los que asistí estando en el colegio de las hermanas de María Inmaculada, me encontré con el Cardenal Eduardo Pironio, quien me había impartido un retiro en Cuba cuando yo era seminarista. Al verlo, me dirigí a él, que estaba de espaldas, repitiendo unas palabras que nos había dirigido en aquel retiro: “La Fe nace en el silencio, madura en la cruz y se expresa en la Alegría Pascual”. Inmediatamente se giró hacia mí y me dijo: “Cuba”.

en España), la amiga Mary Cruz (enfermera), Luisa Reyes (psicóloga), Tomás (con quien siempre estábamos hablando de personajes históricos de España y Cuba), Eduardo (que vive en nuestro barrio y en ocasiones va a la parroquia de San Juan Bautista) y Jesús del Río (del pueblo de Arévalo en Ávila), con él y su familia continuamos amistad.

Una noche del año 1987, mi hermana nos llamó para anunciarnos que contraía matrimonio. Nos sorprendió lo abrupto de la noticia. Solamente atiné a preguntarle si lo había pensado bien. Conversamos con ella y con Hernán. Ya habíamos puesto un teléfono en la casa de Andorra. La llamada fue de madrugada aquí en España. Contrajo matrimonio civil con Hernán Hernández García-Casariago el día 27 de noviembre de 1987, en La Habana, Cuba. La ceremonia fue sólo civil porque él había estado casado anteriormente por la iglesia y tenía, si era posible, que obtener una nulidad del primer matrimonio religioso antes de casarse de nuevo. Monseñor Azcarate, que fuera Obispo auxiliar de La Habana, les impartió una bendición especial, aunque, lógicamente, no celebró el sacramento. Su primer hijo, mi sobrino Hernán Hernández Guedes nació en Cuba, el 25 de octubre de 1989.

Como habíamos mantenido el contacto con Chiocco y familia, recibimos la agradable y alegre noticia que a él lo nombraban para un cargo en la embajada de EUA en Madrid. En cuanto llegaron a España, nos reencontramos, después de casi una década sin vernos. Nos reuníamos en su casa o en la nuestra, con nuestras respectivas familias, pero ahora en un ambiente de libertad. Tenían tres hijos: un varón, la mayor de las chicas que ya tenía novio y la pequeña, con el mismo nombre que la nuestra: Cecilia.

Parte Novena

El Nuevo Mundo

82

Asociación por la Paz

En la Asociación Asopazco se recibían múltiples denuncias de violación de los derechos humanos en Cuba. Las hacían presos políticos, muchas personas de dentro de la Isla y el Comité Cubano pro Derechos Humanos, que habían fundado en La Habana, en el año 1976, entre otros, Gustavo Arcos Bergnes, Ricardo Boffil, Sebastián Arcos y la Dra. Martha Frayde. Asopazco enviaba a las Naciones Unidas informes –después de verificar su veracidad– que nos llegaban desde Cuba o desde fuera de la isla. Y denunciaba a la prensa internacional la situación en ese país.

Enrique Dausá encabezaba el equipo del espacio Radio Hora en Radio España. Cada mañana, de 6:00 a 9:00, el programa contaba el paso del tiempo por minutos e informaba de manera rápida y concisa de las últimas noticias, el estado del tiempo, etc. a la audiencia que se levantaba. Enrique Dausá había trabajado durante años, en Cuba, en la emisora Radio Reloj, cuyo formato era similar, pero extendido a las 24 horas del día. En su programa en Madrid trabajó, durante un tiempo, Rafael Martínez Cid, que había llegado

de Cuba, con su esposa Ayoilia y su hija. Con ellos, que actualmente residen en Miami, entablamos amistad.

A principios de noviembre de 1989, en el programa Radio Hora leen el resumen de una entrevista que el periódico ABC había hecho a nuestra amiga Belkis de León Oliva, en ese momento representante de prensa del Ballet Nacional de Cuba que dirigía Alicia Alonso y que estaba de gira por España. A Belkis la conocimos de Cuba: era muy amiga de Evita. Sabíamos que ella y su familia eran católicos y “no estaban con” la dictadura comunista. Belkis acababa de pedir asilo político en Madrid y contaba en la entrevista que personal de la embajada cubana y algunos miembros del ballet la estaban buscando. Era peligroso: si la encontraban, podían secuestrarla en las instalaciones de la sede diplomática.

A finales de los años 70, después de instaurados un control y una represión cada vez más férreos y sistemáticos, la manera de hacer oposición en Cuba debe cambiar. No es posible una guerrilla o el uso de armas por individuos contra el gigantesco aparato que despliega el Estado. Se opta por la actividad pacífica: pedir la democracia y denunciar la violación de los derechos humanos por parte del gobierno. Se tomó como ejemplo la labor de Andréi Sájarov, el eminente físico nuclear soviético que fuera galardonado con el Premio Nobel de la Paz de 1975. Mientras el régimen comunista, tanto dentro de Cuba como en muchos otros países, continuaba aplicando la fuerza, la violencia, el uso de las armas, las guerrillas, las invasiones militares y la represión.

Participé a Lourdes la noticia. Desde hacía un tiempo, yo estaba colaborando con la Asociación por la Paz Continental (Asopazco), fundada en septiembre de 1988, como apoyo a la defensa de los Derechos Humanos en Cuba. A la organización, cuya presidenta es la española Mary Paz Martínez Nieto, estaba vinculado Armando Valladares —ex preso político cubano que, en su libro *Contra toda Esperanza*, había reflejado muy bien por lo que pasó en las cárceles de la dictadura comunista cubana. Al ir a la oficina de Asopazco, me encontré con que Mary Paz tenía contacto con Belkis. En ese momento se escondía en un hotel de Madrid, ayudada por su hermano que había venido desde Miami. Nos ofrecimos para que Belkis fuera para nuestra casa. Estuvo allí entre noviembre de 1989 y julio de 1990, cuando viajó a Miami para encontrarse con su mamá y hermano.

Al principio, Belkis salía por Madrid siempre acompañada por Lourdes o con nosotros. Pasado unos meses, comenzó a viajar sola en el metro —aunque Lourdes estuvo un tiempo yendo con ella hasta la estación. Primero, iba sólo a colaborar a la oficina de Asopazco, más tarde ya se movió a otros lugares. En una ocasión, la invitaron a participar en un programa de televisión. Para preparar esa comparecencia e intercambiar datos y opiniones con otros invitados al programa, fuimos a casa de Carlos Alberto Montaner. En esa época, vivía en la calle Cervantes, en un edificio que construyeron sobre los muros de la antigua casa de Miguel de Cervantes Saavedra.

En la Asociación Asopazco se recibían múltiples denuncias de violación de los derechos humanos en Cuba. Las hacían presos políticos, muchas personas de dentro de la Isla y el Comité Cubano pro Derechos Humanos, que habían fundado en La Habana, en el año 1976, entre otros: Gustavo Arcos Bergnes (ex asaltante junto a Fidel Castro del Cuartel Moncada y luego preso político por la dictadura comunista); Ricardo Boffil (ex preso político en varias

ocasiones y ex profesor de la Universidad); Sebastián Arcos y la Dra. Martha Frayde (ex presa política y ginecóloga, de la que hablaré más adelante).

Asopazco enviaba a las Naciones Unidas informes –después de verificar su veracidad– que nos llegaban desde Cuba o desde fuera de la isla. Y denunciaba a la prensa internacional la situación en ese país. A finales de los años 70, después de instaurados un control y una represión cada vez más férreos y sistemáticos, la manera de hacer oposición en Cuba debe cambiar. No es posible una guerrilla o el uso de armas por individuos contra el gigantesco aparato que despliega el Estado. Se opta por la actividad pacífica: pedir la democracia y denunciar la violación de los derechos humanos por parte del gobierno. Se tomó como ejemplo la labor de Andréi Sájarov, el eminente físico nuclear soviético que fuera galardonado con el Premio Nobel de la Paz de 1975. Mientras el régimen comunista, tanto dentro de Cuba como en muchos otros países, continuaba aplicando la fuerza, la violencia, el uso de las armas, las guerrillas, las invasiones militares y la represión.

Con Asopazco colaboraba, entre otras personas, Conchita Massager, que ayudaba con las traducciones. Muy servicial y entregada a la causa por la democracia en Cuba.

83

I'd like to live in America?

El encuentro –compartir con la familia y amigos– y la experiencia de conocer diferentes sitios –y más de cerca la vida de los EUA– me resultaron muy positivos y provechosos. Aunque lo que más nos importó y nos impactó fue el amor, la acogida, el calor y la alegría de la familia, el cariño con el que nos recibieron, particularmente a las niñas. Todo eso nos llenó internamente. Fue más de lo que esperábamos.

En el verano de 1990 nos planteamos, por primera vez, ir de viaje a “América”. Para visitar a la familia, los amigos, conocer el país y... lo más importante: analizar y decidir si nos trasladaríamos a vivir allí. Para no influirnos mutuamente, Lourdes y yo decidimos pensar, cada uno por su lado, si era conveniente, también para nuestras hijas, marcharnos a EUA, una vez se presentara la oportunidad. Nos propusimos considerar, durante el viaje, todos los aspectos que nos interesaban: preguntaríamos mucho, observaríamos con cuidado y atentamente. Después, al regresar a España, tomaríamos una decisión.

En ese tiempo, yo tenía trabajo de médico y como profesor. Al principio del verano me propusieron ocupar una plaza recién creada en el Centro de Salud de Orcasur. Ya mi jornada no iba a ser de dos horas, como las del ambulatorio o del consultorio, sino de siete.

El 2 de abril 1989 había entrado en el ambulatorio de Orcasitas como médico de cupo, por dos horas (de 15:00 a 17:00) que me permitían compatibilizar con las clases (mañana o tarde) del colegio María Inmaculada. Mientras hacía el cupo, se publicó una normativa que afectaba a aquellos que estuvieran ocupando una plaza temporal. No volverían al paro a los nueve meses, como hasta entonces sucedía. Para que la población conservara un facultativo de referencia, hasta que la plaza se sacara a oposición. En definitiva: me hicieron interino en Orcasitas.

El mes de julio de 1990 me fui de vacaciones y último mes de trabajar en Orcasitas: lo usamos para viajar a EUA. A partir del 1 de agosto, al regresar, podría ocupar una plaza de interino, en el turno de tarde, en el centro de Salud de Orcasur, que la dirección me había propuesto. Mi posición sería más sólida y podría desarrollar mejor mi trabajo. Quedaría atrás la época que no disponía de una historia clínica de los pacientes –como médico de cupo, podía considerar, si acaso, algunos datos anotados en una ficha provisional en un cartón. Ya fijo en el Centro de Salud tendría acceso a las historias en papel más completas, con todos los datos sanitarios que se requieren. Estos expedientes mejorarían aún más y serían más dinámicos cuando, en 2004, Orcasur implementó las historias informatizadas.

Con el equipo de Orcasur hemos compartidos cenas y fiestas –de cumpleaños y Navidad– que, en los primeros años, fueron inolvidables y divertidas. He tenido muy buenos compañeros. Con algunos conservo amistad, otros ya no están con nosotros como la Dra. Alejandra Rojas, que murió de un cáncer de mama. Con ella fuimos todos –Lourdes, las niñas y yo– a la magnífica ciudad de

Granada. Ella era de allí y nos quedamos en su casa: conocimos a su familia y comimos el riquísimo plato que su mamá preparaba con pan de migas.

Otra que nos dejó fue Teresa Arrabal, administrativa. Se le diagnosticó un cáncer de vesícula que se estimaba le dejaría unos meses de vida... Resultó que falleció 17 o 18 años después, por causa de otra neoplasia diferente.

De los primeros tiempos, que fueron los mejores en Orcasur, mencionaré solamente a los buenos compañeros con quienes mantengo contacto y amistad, aunque ya no trabajan en el Centro, desde hace años. El Dr. Jesús Chamorro, mi médico de familia, con quien intercambio mensajes frecuentemente. El Dr. Miguel Fernández Pineda, que se destaca por su cultura y bondad. La Dra. Graciela Sclavo, de origen uruguayo, una buena pediatra. Las enfermeras y buenas compañeras Pepa y Andrea.

De quienes aún se encuentran en el Centro de Salud de Orcasur, y lo estaban desde mis comienzos allí, destacaré a la enfermera Piedad Bordallo Martínez, con la cual mantengo una gran confianza y solemos recordar buenos momentos del pasado, y el Dr. Javier Moreno López. Con su esposa Ana Robles, visitó a Cuba como turista entre 1992-1993 y mis padres fueron a conocerlos a la playa de Varadero. Ana y Javier le llevaron cartas, fotos y algunos regalos nuestros: mis padres siempre recordaron, muy agradecidos, esa visita como algo entrañable.

A partir del año 1992, llegaron a Orcasur la Dra. Marisa Padilla (pediatra), Ana Marín (enfermera), Blanca Izcue (enfermera), Miguel y José Antonio (administrativos)... Y muchos otros que han pasado o están en el centro de salud. Todos ellos muy buenos compañeros, con lo que hemos participado en el trabajo, cenas, actividades.

El 15 de marzo de 1992 me hicieron oficialmente Coordinador del Equipo de Atención Primaria –responsabilidad que ejerzo aún en la actualidad, aunque el puesto ha pasado a llamarse Director

del Centro de Salud. Eso conllevó reuniones, tener que mediar entre las situaciones que se presentaran entre los compañeros, atender las reclamaciones y necesidades de los pacientes, buscar suplentes, velar por los objetivos a cumplir por todo el equipo y muchas más cosas... sin abandonar la consulta con mis pacientes, como médico de familia. Trabajo y preocupaciones extra. Algo a veces ingrato, aunque reconfortante humanamente.

El 19 de octubre del 2006 me nombraron personal estatutario fijo, después de haber superado unas oposiciones. Hasta esa fecha, mis contratos habían sido como interino. Nunca he querido pedir traslado de Orcasur –si bien, una vez siendo fijo, ya es posible– porque, por un lado, creo que esa población necesita de nuestro trabajo y, por otra, me he sentido bien con los compañeros, a pesar que la inmensa mayoría de ellos ya no son los mismos que cuando empecé. El balance de estar en este centro ha sido positivo.

En 2000 terminé el Máster en Residencias en tercera edad, Geriátrica y Gerontología Práctica, con un total de 70 créditos, distribuidos en 35 teórico-práctico y 35 prácticos en un centro geriátrico. El título fue reconocido por la Universidad de A Coruña y por la Fundación Española de la Tercera Edad. Ese año, además, presenté y defendí la tesis.

Vuelvo a 1990. Ese año, todavía los españoles, para visitar los EUA, teníamos que solicitar una visa de turista, por un máximo de tres meses. Como Ralph Chiocco estaba en la embajada trabajando, nos hizo el favor de tramitarlo con nuestros pasaportes españoles. Las niñas tuvieron que ser incluidas en el mío. Cecilia, que siempre fue una niña adelantada para su edad, preparó por su parte, de propia iniciativa, un cofrecito o estuche con agujas, hilos y una tijerita, “por si lo necesitábamos”.

Viajamos en la compañía TWA, que aún existía. Aterrizamos en Nueva York. Allí nos encontramos con la familia de Lourdes y vi a los que aún no conocía personalmente. Nos quedamos en el

apartamento de Pedro Ángel, que le alquilaba, por un precio razonable, la Universidad de Nueva York donde trabaja. En Nueva York visitamos a Zoraida, la madre de Pedro Ángel –su papá ya había fallecido: no llegué a conocerlo personalmente. Estuvimos con la familia de New Jersey: Neya, Medardito y Sergio –el esposo de Neya había fallecido recién llegados ellos a EUA, años atrás). Me reencontré con Macusa, Mimo y Pepito –a ellos ya los conocí, antes que se marcharan por el Mariel.

Fuimos luego al Estado de Virginia, y volví a ver a Martica, la hija de Mirta y Curbelo. La había conocido personalmente en un viaje que dio a Cuba, junto con su tía Elisa, a finales de la década de los 70 –cuando empezamos a recibir a los “gusanos” convertidos en “mariposas”. También nos reencontramos con Juan José, el primo de Lourdes que nos había visitado en Madrid.

La ciudad de Nueva York nos gustó mucho. Un sitio de contrastes. Una de las pocas urbes por las que se puede caminar en los EUA. Con magníficos edificios, rascacielos, museos, puentes, el río Hudson, tanta variedad de culturas, la animación permanente. Pero su intensidad la encontramos algo agresiva. No nos pareció una ciudad que fuera para vivir en ella, mucho menos si no tienes suficiente dinero para disfrutar realmente sus ofertas.

Estuvimos en las Torres Gemelas –las que, en 2001, desaparecieron víctimas del brutal atentado terrorista que marcó la historia del país y del mundo–: la vista desde la última planta era espectacular. Visitamos, cómo no, el Empire State Building, Central Park, el Museo Metropolitano, Madison Square Garden, el Guggenheim, la Sede de las Naciones Unidas, La Estatua de la Libertad –aún se podía subir hasta la corona, por una estrecha escalera metálica en el interior, para ver una espectacular panorámica de la bahía y de la ciudad–, la catedral de San Patricio, el Centro Rockefeller, la Bolsa de NYC, la zona de Wall Street. Paseamos en barco por la bahía y alrededor de la isla de Manhattan. Caminamos por las avenidas y calles del Downtown, montamos los metros y autobuses, cruzamos los diferentes puentes, visitamos Harlem y Ellis Island

—donde recibían a los inmigrantes que llegaban por barco, y fueron procesados para su admisión, desde fines del siglo XIX hasta los años 1950s. Fuimos con Pedro Ángel a ver un partido de *pelota* —mi deporte preferido— al estadio de béisbol de los Yankees (*Yankee Stadium*). Hacía años no asistía a un partido y ahora estaba presenciando uno del equipo con el que, desde pequeño, simpatizaba. Escuchaba sus partidos por la radio en Cuba. A las niñas, que no entendían de este deporte, lo que más les gustó fue comer los famosos perritos calientes que venden en el estadio.

Eladia viajó directamente de Madrid a Miami, acompañada por Judith, una prima religiosa de la Congregación de Religiosas del Apostolado del Sagrado Corazón de Jesús (Las Apostolinas). Nos vimos después allí: estaba parando en casa de su sobrina Ana Lourdes. La encontramos algo afectada emocionalmente. Eladia no se adaptaba, estaba como disgustada. Pasó los últimos días en Miami en la casa de las religiosas Apostolinas. Regresó a España cuando ya Lourdes lo había hecho con las niñas. Cuando salimos para nuestro viaje, en la casa de Madrid dejamos a Belkis, que estaba esperando la visa de entrada a EUA. La recibió mientras estábamos nosotros en Los Ángeles. Llegó a Miami en el mismo mes de julio de 1990. Cuando nosotros visitamos Miami, fuimos a ver a su mamá y a su hermano.

De Nueva York fuimos a Miami para estar con la familia y amigos. Allí, Lourdes y las niñas conocieron a la familia Guedes que no había viajado a España. Volvimos a ver a Cristina, Jorge, Quiquito, Rafita Guedes y a mí tía Noemí, la que había estado en Cuba más de una vez. Nos quedamos en casa de tía Nena, Reinaldo y Jorge —Reinaldito y Cristina, en aquel momento, ya vivían aparte. Me abracé, me alegré y compartí de nuevo con mis tíos y tías políticas: Alfredo y Julia, Israel y Nila, Enrique —Rosita había fallecido de cáncer de mama: Lourdes la había conocido en Cuba, cuando fue

para ver a su hermano William—, Rafa y Luly, Gonzalo y Noemí, tía Nena y Reinaldo. Con mis primos Reinaldito, Cristina, Jorge, Alfredito, Israelito, Ana María, Quiquito, Alida, Albita, Rafita y Evelyn. A casi ninguno los había visto desde que se fueron de Cuba en los años 60. A la prima Evelyn, hija de Rafita y Luly, no la conocía, porque nació en EUA.

Para Lourdes fue un momento de gran emoción y alegría reencontrarse con su familia. Con Mirta, Fermín Curbelo —a él lo conocí entonces—, Emilio, Sabino, Trina y sus hijos —a ellos también los conocí en Miami. Elisa —que ya había estado en Cuba de visita cuando vivíamos allá, su esposo Juan Hernández y su otro hijo Pedro Luis.

En Miami nos reencontramos con muy buenos amigos: Heriberto, Mayda y sus hijas, Rogelio Zelada, Paquita y sus dos hijos varones. Pasamos todos en casa de Heriberto una noche y la madrugada hablando. Amanecimos allí, mientras nuestras hijas jugaban con las hijas e hijos de ellos. Teníamos muchas cosas de qué hablar. Desde 1980 que no nos veíamos, muchas experiencias, vivencias, dificultades, alegrías y esfuerzos. Creo que no quedó tema sin abordar. En un momento de la madrugada, ya Heriberto me soltó: “coño, Tony te has quedado solo hablando, nos hemos dormido todos”.

También compartimos con algunos amigos de la parroquia de San Agustín, que habían ido emigrando. Nos reunimos en la sala de tía Nena, hicimos una rueda, nos tomamos de la mano y oramos juntos. Especialmente dimos gracias al Señor por el reencuentro y por nuestras vivencias pasadas. Allí estuvimos con Ana Mary, Ana María, Tony Sowers, Gisela, Grisel y Amparo Child. En Miami volvimos a ver a grandes amigos, después de varios años. Como Felícito Rodríguez —el que fue compañero de seminario y me acompañó al trabajo pastoral a Jagüey Grande, el año que decidí salir del seminario—, con su esposa Fina Tur —buena persona, católica y pediatra— y sus dos hijos. Felícito y Fina se habían casado en Cuba después que nosotros, en la capilla de San Rafael de los

hermanos de San Juan de Dios en Marianao, boda a la que asistimos, con Beatriz ya nacida.

Nos encontramos en este viaje con el viejo amigo Manolo Brandón, de Unión de Reyes, y compartimos con Alberto Cros y su mamá —ellos siempre muy atentos y generosos.

También estuvimos con mis tías abuelas Josefina Guedes, Concepción Guedes y Balbina Guedes y su esposo Abraham Morejón. Con otros primos segundos y terceros, principalmente de la familia Guedes —Cucha, Man, Laudelina, Consuelo, Georgina, Lolita, Angelina, Abrahancito “Tito”, Enelito, Nancy.

Pasados unos días del regreso del primer viaje a EUA, en el año 1990, tal como habíamos previsto, Lourdes y yo hablamos sobre qué nos había parecido la vida en ese país, los pros y contras para trasladarnos a vivir allí. Ambos por separado habíamos llegado a la misma conclusión: la mejor opción en aquellos momentos era quedarnos en España. Consideramos que, por los valores, el estilo de vida, la cultura y la educación, era lo mejor para nuestras hijas. Así lo hicimos, y a partir de ese momento todos los pasos que dimos estuvieron encaminados a asentarnos en España. No podíamos seguir “teniendo un pie aquí y otro allá”. No era posible emocionalmente y no era bueno para desarrollar un proyecto de vida. Toda decisión tenía cosas a favor y en contra, pero la balanza se inclinó por quedarnos en España y hasta el día de hoy no nos hemos arrepentido.

En la Florida fuimos a Disney World con Pedro Ángel, que vino desde Nueva York para estar más tiempo con nosotros, y el parque temático Epcot Center. Era la primera vez que íbamos a estos magníficos, bellos, entretenidos y divertidos parques. Las niñas se lo pasaron estupendamente y fue una experiencia inolvidable —aunque no sería la última. En Miami visitamos, con mi primo Jorge, el Seaquarium. Con mis tíos Rafa, Luly, Nena y Reinaldo y mis primos Jorge y Rafita, la Ermita de la Virgen de La Caridad, patrona de Cuba, que los exiliados cubanos construyeron al borde del mar, mirando hacia Cuba. Es un lugar de peregrinaje para los cubanos que están fuera de la Isla. La imagen de la Virgen que se encuentra en la Ermita la trajeron de Cuba en septiembre de 1961, a escondidas, gracias a la ayuda de cubanos y diplomáticos extranjeros.

Después de pasar unos diez días en Miami, partimos para Los Ángeles. Allí nos encontramos con la familia Ojeda. De ellos conocía muy bien —aparte de Marina, Segundo y Pepín— a Clotilde Ojeda, María Ojeda y Fidel, el esposo de Clotilde; y a Gloria y Juan, que habían venido a España en agosto de 1984. Para nosotros fueron muy emotivos y alegres esos encuentros. Lourdes estaba de nuevo junto a una gran parte de su familia que hacía muchos años no veía. Algunos se habían ido de Cuba en los años 1960s. Allí vivían sus padres Marina y Segundo: para ellos el ver a la hija y a las nietas fue seguramente algo indescriptible.

En esos días estaban de visita Orlando, Magui y Sergio: por tanto, fue una reunión familiar casi completa. Compartimos anécdotas, experiencias, alegrías, salidas, comidas con todos. Ruperto Ojeda, Laura, María Laura, que Lourdes no veía hacía 21 años y conoció al esposo de su prima Aníbal y sus hijos Brian y Randy. Julio Ojeda, Lala y su hijo Julio Cesar. Gloria Teresa, su esposo Tim e hijas Catty y Lina. En este viaje conocimos a la esposa de Pepín, Maruca —a su mamá ya la habíamos visto cuando vino a Madrid. En Los Ángeles se celebró el 14 cumpleaños de Beatriz, el 12 de agosto.

Con Julio Cesar, visitamos el parque temático Universal Studios. Con Maruca –esposa de Pepín, de origen guatemalteca: se conocieron en los años 80, allí en Los Ángeles–, estuvimos en Disneylandia de California. Con Maruca y Pepín, llegamos a The Old Mission (Misiones de California, que se conservan muy bien). Julio, Lala, María Laura y Aníbal nos llevaron a Lourdes y a mí a Las Vegas. Un lugar bello, lleno de luces. Casinos fantásticos y ambientados en diferentes lugares famosos del mundo, con espectáculos nocturnos de primera magnitud, en los cabarets de los hoteles o en teatros. Julio César nos llevó, en Los Ángeles, al estadio de béisbol del equipo de los Dodgers. Fuimos nosotros con las niñas y Segundo –en otro de los siguientes viajes repetimos la experiencia.

En Los Ángeles visitamos también el Museo de Historia Natural (George C. Page Museum of La Brea Discoveries) acompañados por Virginia. Julio y Lala nos llevaron una noche a los cuatro a cenar a El Mercado de los Ángeles, donde tocaban mariachis y Julio trabajaba haciendo fotos a los visitantes y turistas.

Los tíos, principalmente Rafa en la Florida y Juan González, el esposo de Gloria, en Los Ángeles, me llevaron a cuantos hospitales pudieron. Juanito, que trabajaba de camillero en el hospital Kaiser de Los Ángeles, me entró allí en las habitaciones, las salas de quirófanos y otras instalaciones. Lo hacían con el deseo de que yo conociera el campo sanitario de EUA y me fuera a vivir allí, para ejercer la carrera. Rafa me paseó por un barrio de Miami donde vivían los médicos para enseñarme sus mansiones. Realmente a mí no me interesaba ese aspecto, pero no le comenté nada porque sé que lo hacían con la mejor intención del mundo y con el deseo que estuviéramos juntos en USA.

Lourdes y las niñas se quedaron otros dos meses más: yo tuve que regresar casi al mes, porque el 1 de agosto comenzaba a trabajar. El encuentro –compartir con la familia y amigos– y la experiencia de conocer diferentes sitios –y más de cerca la vida de los EUA– me resultaron muy positivos y provechosos. Aunque lo que más nos importó y nos impactó fue el amor, la acogida, el calor y la

alegría de la familia, el cariño con el que nos recibieron, particularmente a las niñas. Todo eso nos llenó internamente. Fue más de lo que esperábamos.

Al llegar a Madrid, me incorporé enseguida a trabajar en el Centro de Salud de Orcasur. Estando aún Lourdes en California, Chiocco me propuso, durante una visita que le hice a su casa aquí en Madrid, que “por qué no compraba un refrigerador General Electric norteamericano”. Aunque nos fuéramos más adelante a EUA, lo podíamos usar entretanto aquí, e incluso lo podíamos enviar después para allá. Como eran muy caros en España, me dijo que lo compraría como si fuera para él. En la entonces base americana de Torrejón de Ardoz, había una tienda donde compraban los americanos que vivían en España. Compró el refrigerador que costó casi 1.000 dólares y lo trasladamos para la casa de la calle de Andorra. Hubo que ponerle un transformador de voltaje. Costó un gran trabajo subirlo por las escaleras –incluso hubo que desmontar las hojas de las puertas de la casa para que entrara. Después me dijo “si quería comprar un reproductor nuevo de videos multisistema, que valía para cualquier lugar del mundo”. También lo adquirió en la tienda de la base militar. Cuando Lourdes y las niñas llegaron a Madrid, se encontraron con estas sorpresas.

En 1995, repetimos viaje a USA, y llegamos a visitar también los estados de Virginia y Washington. Volvimos en 1997 y en 1998, con itinerarios más o menos parecidos. En el siguiente viaje, en 1999, pasamos por la ciudad de San Diego, con los buenos amigos Alex Medina, Ángel y su amigo Fidel (de origen mejicano). En 2000, por la ciudad de Philadelphia. En cada una de esas visitas, nuestra estancia allí coincidía con el 12 de agosto, el día del cumpleaños de Beatriz, y lo celebrábamos con la familia de Los Ángeles.

Pasados unos días del regreso del primer viaje a EUA, en el año 1990, tal como habíamos previsto, Lourdes y yo hablamos sobre qué nos había parecido la vida en ese país, los pros y contras para trasladarnos a vivir allí. Ambos por separado habíamos llegado a la misma conclusión: la mejor opción en aquellos momentos era quedarnos en España.

Consideramos que, por los valores, el estilo de vida, la cultura y la educación, era lo mejor para nuestras hijas. Así lo hicimos, y a partir de ese momento todos los pasos que dimos estuvieron encaminados a asentarnos en España. No podíamos seguir “teniendo un pie aquí y otro allá”. No era posible emocionalmente y no era bueno para desarrollar un proyecto de vida. Toda decisión tenía cosas a favor y en contra, pero la balanza se inclinó por quedarnos en España y hasta el día de hoy no nos hemos arrepentido.

En enero del 2003 Lourdes y yo vamos de visita a Miami y allí de nuevo nos reencontramos con la familia y amigos.

84 Liberal

Al conocer lo que era la Unión Liberal Cubana (ULC), me di cuenta que, básicamente, yo era un liberal, y decidí integrarme. El liberalismo moderno es un cuerpo de ideas que parten de convicciones básicas: la libertad, la tolerancia, la defensa de la democracia, el pluripartidismo y el libre mercado, que el ciudadano es el que debe controlar al estado y no al revés, que el estado puede intervenir de forma subsidiaria en los campos que la persona no pueda actuar, que hay igualdad ante la ley, que la persona colabora –si se deja en libertad sus talentos– en la comunidad para alcanzar el bien común, la justicia social desmarcada de las utopías del siglo XX, que para conseguir la justicia social no es preciso un estado fuerte, sino una sociedad vital. En 1991 se publicó la Encíclica del Papa Juan Pablo II *Centesimus Annus*, donde se reflejan muchas de estas ideas. Esto me hizo comprender que, como católico, era posible compaginar el pensamiento liberal bien entendido con la Fe. Escribí un pequeño artículo sobre esta Encíclica, para una revista vinculada a la ULC.

En el mes de agosto de 1990, llegó a Madrid Felícito Rodríguez, pocas semanas después de habernos visto en Miami. Venía a una reunión de cubanos para la creación de la Plataforma Democrática Cubana (PDC). Me invitó a que me vinculara a la Unión Liberal Cubana (ULC), que presidía Carlos Alberto Montaner Suris y era uno de los partidos integrantes de la Plataforma. Hablamos, me dejó información y me puso en contacto con Carlos Alberto —ya lo había conocido personalmente, como conté antes, cuando vino por primera vez a España mi prima Cristina. Le contesté a Felícito que lo pensaría. Hasta ese momento mi única actividad política en España, para lograr la democracia en Cuba, habían sido algunas colaboraciones con Asopazco.

Al conocer lo que era la Unión Liberal Cubana (ULC), me di cuenta que, básicamente, yo era un liberal, y decidí integrarme. El liberalismo moderno es un cuerpo de ideas que parten de convicciones básicas: la libertad, la tolerancia, la defensa de la democracia, el pluripartidismo y el libre mercado, que el ciudadano es el que debe controlar al estado y no al revés, que el estado puede intervenir de forma subsidiaria en los campos que la persona no pueda actuar, que hay igualdad ante la ley, que la persona colabora —si se deja en libertad sus talentos— en la comunidad para alcanzar el bien común, la justicia social desmarcada de las utopías del siglo XX, que para conseguir la justicia social no es preciso un estado fuerte, sino una sociedad vital. En 1991 se publicó la Encíclica del Papa Juan Pablo II *Centesimus Annus*, donde se reflejan muchas de estas ideas. Esto me hizo comprender que, como católico, era posible compaginar el pensamiento liberal bien entendido con la Fe. Escribí un pequeño artículo sobre esta Encíclica, para una revista vinculada a la ULC.

La ULC fue fundada por Carlos A. Montaner, quien la presidió durante varios años. Cuando dejó ese cargo, lo ocupé durante un lustro.

A través de la ULC participé en los objetivos y actividades de la Plataforma Democrática Cubana (PDC), que se había fundado el 14 agosto de 1990 en Madrid. La integraban los Social Demócratas, los Demócratas Cristianos y los Liberales, cubanos todos. Se presentó ante la prensa, simultáneamente, en Miami, Caracas y Madrid el 17 de octubre de 1990. En Madrid lo hicimos Fernando Vega, Fernando Bernal y yo.

Entre esos objetivos de la PDC estaban una transición democrática y pacífica hacia la democracia de Cuba —al estilo de la que se había producido en la mayoría de los antiguos países del este de Europa—, la libertad de todos los presos políticos de las cárceles y elecciones libres pluripartidistas, supervisadas por organismos internacionales. Estuve en muchas reuniones en Roma, Caracas, Miami y, por supuesto, en España. Conocí a presidentes de gobiernos o expresidentes como los españoles Adolfo Suárez, José María Aznar y Mariano Rajoy. Luis Alberto Lacalle o Julio María Sanguinetti, de Uruguay. Álvaro Uribe, de Colombia. Sebastián Piñera de Chile. Václav Havel, de la República Checa. Lech Wałęsa, de Polonia. Y de gobiernos autonómicos de España: uno de los más que destacó, por su especial sensibilidad hacia el tema cubano, fue Manuel Fraga Iribarne. Siendo presidente de la comunidad gallega, recibió una delegación del PDC —de la cual formé parte— en el año 1992. También hemos recibido una ayuda extraordinaria de Esperanza Aguirre, ex presidenta de la Comunidad de Madrid, quien siempre ha defendido sin paliativos la democracia en Cuba y a los opositores cubanos. He conocido y me he entrevistado con varios senadores y diputados de diferentes nacionalidades y con una larga lista de personalidades de los campos político, empresarial, periodístico, cultural e intelectual que se interesaban por el tema de Cuba. Desde Mario Vargas Llosa y su hijo Alvarito, Plinio Apuleyo Mendoza (escritor, periodista y diplomático colombiano), Federico Jiménez Losantos, Javier Fernández Lasqueti —siempre con su

apoyo a la causa cubana y gran amigo—, Javier Rupérez (político y diplomático), Guillermo Gortázar, Jorge Moragas y muchos más que nos han ayudado enormemente en la lucha por la libertad de Cuba.

Al régimen cubano le molestó y preocupó tanto la fundación y las actividades de la PDC, que el 27 de diciembre de 1993 presenta un documento sobre ella a la Asamblea Nacional del Poder Popular (el falso Congreso cubano). Lo habían elaborado y fechado el 26 de diciembre de 1993, no con el objetivo de discutir su contenido sino como un habitual trámite de imposición —esa Asamblea es un organismo decorativo. En el documento declaran su rechazo a la Plataforma con ataques falsos y demuestran el nulo interés del gobierno comunista por buscar soluciones a la realidad cubana.

A las pocas semanas, la embajada de EUA me invita a una comida en un restaurante, en un reservado, con un delegado del presidente Bill Clinton que se encontraba de visita en España. Este me expresa que “conocían por los checos la iniciativa que había propuesto” y me pide que le desarrolle la esa idea. Expongo la importancia de que sean los checos —un país europeo que sabía lo que era sufrir una administración comunista— los que presenten y lleven el tema. Que el gobierno de EUA se limitara a apoyarlos con su voto y/o buscando solidaridad para esta causa. Lo entendieron perfectamente.

Hay tres gestiones en las que participé que considero importante destacar.

La primera, empezó por una comida en la embajada Checa en Madrid, a la que asistimos como invitados Carlos Alberto Montaner y yo —si no recuerdo mal, a mediados o finales del año 1998. Entonces hablamos con un enviado especial del Ministerio de Asuntos Exteriores de Praga que estaba de visita en Madrid. Querían que les diéramos ideas, porque ellos querían ayudar a la democratización de Cuba. Carlos Alberto, antes de llegar a la embajada pregunta qué pensaba al respecto y le participé que “tenía la idea de proponer a los checos que fuera su país el que defendiera, ante la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, la democracia en Cuba”, que denunciaran la violación de los Derechos Humanos por el régimen cubano. A Carlos Alberto le pareció una magnífica iniciativa. Cuando estábamos intercambiando en la comida con los checos, les propuse esa idea y la defendí con argumentos: los checos había sido un país que sufrió el comunismo y que es una nación europea. Por tanto, no se insistiría en que la discusión por el respeto de los Derechos Humanos en Cuba fuera un problema entre EUA y Cuba —además, EUA ya había dejado de liderar ese capítulo en la Comisión de Derechos Humanos de Ginebra. A los checos les pareció también una iniciativa muy positiva y comenzaron a trabajar en ella.

A las pocas semanas, la embajada de EUA me invita a una comida en un restaurante, en un reservado, con un delegado del presidente Bill Clinton que se encontraba de visita en España. Este me expresa que “conocían por los checos la iniciativa que había propuesto” y me pide que le desarrolle esa idea. Expongo la importancia de que sean los checos los que presenten y lleven el tema. Que el gobierno de EUA se limitara a apoyarlos con su voto y/o buscando solidaridad para esta causa. Lo entendieron perfectamente.

El 3 de febrero de 1994, llegó a mis manos una carta desde Cuba, escrita por un médico que había estado relacionado con el Centro Internacional de Restauración Neurológica (CIREN). Me pedía que yo denunciara lo que estaba sucediendo con las operaciones que se realizaban a los enfermos extranjeros de Parkinson en ese lugar. Explicaba cómo usaban tejidos cerebrales extraídos de fetos humanos —muchos de ellos con más de tres meses. Muchas veces, incluso, a madres con embarazos avanzados, cuyos hijos tenían alguna lesión congénita, se les efectuaba, en los hospitales materno-infantiles de La Habana, una micro cesárea —que “no afectaría a los fetos”, les informaban— y les extraían una pequeña porción encefálica, buscando la sustancia nigrans. Las madres creían que sus hijos nacían muertos de forma “natural”. Después, según este profesional, los tejidos extraídos de los fetos se llevaban al CIREN: allí cultivaban las células de la sustancia nigrans, para implantarla luego en

los pacientes. Las operaciones resultaban un fracaso, en general. Acudían al centro principalmente enfermos españoles, mejicanos y norteamericanos, y pagaban unos 20.000 dólares por cada operación.

Un segundo tema, de gran importancia y gravedad, llegó a mis manos, el 3 de febrero de 1994, en una carta desde Cuba. Estaba escrita por un médico que había estado relacionado con el Centro Internacional de Restauración Neurológica (CIREN). Me pedía que yo denunciara lo que estaba sucediendo con las operaciones que se realizaban a los enfermos extranjeros de Parkinson en ese lugar. Según explicaba, usaban tejidos cerebrales extraídos de fetos humanos —muchos de ellos con más de tres meses. Muchas veces, incluso, a madres con embarazos avanzados, cuyos hijos tenían alguna lesión congénita, se les efectuaba, en los hospitales materno-infantiles de La Habana, una micro cesárea —que “no afectaría a los fetos”, les informaban— y les extraían una pequeña porción encefálica, buscando la sustancia nigrans. Las madres creían que sus hijos nacían muertos de forma “natural”. En Cuba, el aborto es una realidad triste y muy extendida, presente como habitual en cualquier hospital materno infantil. Después, según este profesional, los tejidos extraídos de los fetos se llevaban al CIREN. Allí cultivaban las células de la sustancia nigrans, para implantarla luego en los pacientes. El Centro ocultaba también que utilizaba tratamientos médicos antiparkinsonianos procedentes de laboratorios extranjeros, antes y después de las intervenciones. Las operaciones resultaban un fracaso, en general. Acudían al centro principalmente enfermos españoles, mejicanos y norteamericanos, y pagaban unos 20.000 dólares por cada operación.

En Cuba cosas como esta se hacen sin el más mínimo control ético y/o deontológico. El CIREN no sólo dependía del Ministerio de Salud Pública: sus recursos estaban bajo control del departamento de Turismo de Salud, de la empresa estatal turística Cubanacán, dirigida fundamentalmente a dar servicios a extranjeros, con objetivos económicos y de propaganda. Ese Centro estuvo dirigido por la Dra. Hilda Molina, desde su fundación en 1989 hasta 1994. Ella después denunció algunos hechos que ocurrían allí. Al principio, Fidel Castro colocó a este Centro y a la Dra. Molina en un pedestal. Al recibir la carta, me dediqué a denunciar el asunto. A las pocas semanas –coincidencia o no–, se conoce que la Dra. Molina ha renunciado a dirigir el Centro y ha entregado su carnet del PCC.

El tercer asunto importante que quiero destacar llegó a mi conocimiento a finales de 1991, por la carta de otro médico cubano, escrita en Cuba. Describía una verdadera epidemia de polineuritis, de gran envergadura, que duró luego durante toda la década. Condujeron a ella, sobre todo, la falta de vitaminas (complejo B), los déficits de alimentación de la población y el estrés. Como consecuencia, muchos fallecieron, y otros muchos otros permanecen con las secuelas. Pero las autoridades habían silenciado oficialmente la epidemia. Polineuritis óptica y polineuritis periférica, que afecta a las extremidades. Miles de cubanos han padecido, y padecen, la

El régimen no hace públicos este tipo de casos porque chocan, de manera clara, con la imagen que quieren vender constantemente de que “Cuba es una potencia médica”, y perjudican el negocio económico que han montado con eso.

enfermedad en cualquiera de sus variantes. Conocía desde hacía años al facultativo que hacía la denuncia, y doy credibilidad a sus palabras. Pero el régimen cubano no había reconocido ni dado dato alguno sobre esta epidemia, que se había iniciado en la provincia de Pinar del Río.

En ese momento intentó denunciarlo por Radio Martí –emisora que, desde EUA, transmitía hacia Cuba desde el 20 de mayo de 1985. Pero, al no existir una segunda fuente de confirmación y sin el reconocimiento de la dictadura cubana, Radio Martí no dio el visto bueno para que se hiciera pública la noticia. Luego de quince días de insistencia por mi parte, autorizan que me haga una entrevista el escritor cubano Pío Serrano –en ese momento corresponsal reportero para la emisora desde Madrid. Puedo hacer al fin la denuncia, dos semanas después de recibir la información desde Cuba. Unos días más tarde, el régimen cubano hace público que había miles de afectados, lo que hace evidente que ya hacía tiempo tenían conocimiento de lo que estaba ocurriendo: una epidemia. No lo admitieron hasta que ya se sabía y comentaba en el exterior. El problema de tantos casos los desbordaba.

Ambos casos –este y el de las intervenciones fracasadas y carente de ética del Parkinson– el régimen no las hace públicos porque chocan, de manera clara, con la imagen que quieren vender constantemente de que “Cuba es una potencia médica”, y perjudican el negocio económico que han montado con eso.

Durante varios años he estado haciendo declaraciones diversas y denuncias de lo que pasa en Cuba, a través de Radio Martí, en intervenciones con diversos corresponsales: Pío Serrano o Enrique Dauzá desde España; con los amigos José Luis Ramos, Amado Gil y Julio Estorino, desde la sede de Radio Martí en EUA.

También he hablado para otras emisoras de radio de Miami que se escuchan en Cuba, como Radio Paz, de la Iglesia de la Florida, y Radio República, principalmente a través de Julio Estorino.

Los regímenes comunistas tratan de ocultar sus fracasos, muertes, los accidentes importantes, los suicidios y por supuesto su represión. Intentan vender al extranjero que ese sistema es “perfecto” y “superior” a cualquier otro. Cuando en Cuba, tal como he relatado anteriormente ocurrían epidemias de dengue, como la hemorrágica, lo ocultaban hasta donde podían. Tampoco hablaron, al principio, de la neuritis óptica y periférica. Forma parte de la naturaleza de ese sistema. Lo mismo ocurrió con el peor accidente nuclear de la historia, el 26 de abril de 1986, en Chernóbil, en la antigua URSS. La advertencia del grave escape de material radiactivo que se había producido en Chernóbil no llegó al resto del mundo desde las autoridades soviéticas, sino de Suecia. El 27 de abril encontraron partículas radiactivas en las ropas de los trabajadores de la central nuclear de Forsmark, a unos 1.100 km de Chernóbil. No fue hasta el 28 de abril que las autoridades comunistas de la URSS reconocieron el desastre, con un escueto comunicado. Había decidido no dar ningún detalle.

Otros cubanos miembros de la Unión Liberal Cubana, además de Carlos Alberto, Linda y Gina Montaner, han sido: Juan Suarez Riva, Maria Werlau (del Proyecto Cuba Archivo, que recoge datos y pruebas sobre cubanos fusilados, desaparecidos, presos), “Betty” Bernal, Wenceslao Cruz Blanco, José Azel, Ariel Gutiérrez, Ana María Grillé, Orlando Gómez (esta pareja excelentes personas y amigos), Ricardo Martínez Cid (gran abogado en Miami), Gilda Calleja, Alex Medina, Eduardo Zayas Bazán (con su gran apoyo y generosidad con la ULC), Roland Behar, Juan Manuel Cao (gran periodista en Miami), Tomás Muñoz (buen conocedor de la realidad en el mundo de la banca, por haber trabajado en ella —entre sus destinos, Bulgaria, un ex país comunista), Elías Amor (economista, amigo y actual presidente de la ULC), Roberto Fontanilla (luchador residente en Venezuela), Miguel Sales (amigo que tuvo un alto cargo en la UNESCO, ex preso político y que fue presidente de la

ULC). Junto con otros muchos, hemos empleado infinidad de horas y días en entrevistas, encuentros, seminarios, reuniones en muchos sitios, recabando apoyo a la causa de la democracia de Cuba.

A finales de la década de 1980, la Dra. Martha Frayde fundó y presidió en Madrid la sección española del Comité Cubano Pro Derechos Humanos. A principio de los 90, me invitó a participar en él. Martha, ginecóloga de profesión, había dirigido el Hospital Nacional de Cuba y fue embajadora del régimen cubano en la UNESCO en París. De Francia regresó a Cuba ya desencantada de la dictadura comunista. Había luchado por la Revolución, conoció muy bien a Fidel Castro, y terminó sufriendo la cárcel del comunismo. Ya en España, fundó la delegación del mismo Comité que había creado dentro de la Isla junto a otros opositores. De Martha, tanto Lourdes como yo escuchamos anécdotas que se conocen poco de la Revolución cubana y especialmente del dictador Fidel Castro. Entre los miembros del Comité estaban Manuel Fernández (amigo, católico, escritor de varios libros sobre la Iglesia Católica en Cuba y miembro del grupo de la Juventud Católica en España), Víctor Batista (editor de libros), Andrés Lacau (pintor), Leopoldo Fornés (escritor, traductor e historiador), Waldo Balart (pintor cubano), Helen Díaz Argüelles, Javier Fernández Olano (amigo con quien mantenemos el contacto), Felipe Lázaro (escritor y editor de libros), Mario Parajón (uno de los grandes intelectuales cubanos, escritor, fundador del prestigioso grupo Orígenes en Cuba, profesor de filosofía y teología, y católico), Pío E. Serrano (escritor y editor de libros), Aurora Calviño, Irma Alfonso (arquitecta cubana y amiga, con la que continuamos compartiendo con frecuencia).

A partir del año 1990 comienza una gran amistad, diría una relación de hermanos, con Carlos Alberto Montaner Suris. Escritor,

editor de libros, gran analista político, conferenciante en medio mundo —principalmente, aunque no solo, sobre temas relacionados con Cuba e Iberoamérica... Pero sobre todo una gran persona: generoso y fiel, ha comprometido y entregado toda su vida a la lucha por la libertad de Cuba. Junto a la suya, apreciamos mucho nuestra estrecha amistad con su esposa Linda, su hija Gina y también con su hijo Carlos. Lourdes y mis hijas, al igual que yo, les tenemos un gran cariño a todos ellos. Con Carlos, Linda y a veces con Gina salimos a cenar y al cine.

En su casa de Madrid, Lourdes y yo hemos compartido infinidad de tertulias con la familia, amigos y también con políticos, ex guerrilleros, ex presos políticos cubanos, opositores al régimen de Cuba, intelectuales, diplomáticos, periodistas, empresarios de todas las partes del mundo. De esas tertulias debo destacar aquellas que disfrutamos con la compañía del escritor, poeta y miembro del grupo de la revista cubana *Orígenes*, Gastón Baquero: tantas anécdotas e historias que hubiéramos estado horas y horas escuchándole.

En esas tertulias, enriquecedora y llenas de cariño, nos hemos encontrado con amigos como el guitarrista y compositor cubano Flores Chaviano, Raúl Rivero, poeta, ensayista y opositor que

A partir del año 1990 comienza una gran amistad, diría una relación de hermanos, con Carlos Alberto Montaner Suris. Escritor, editor de libros, gran analista político, conferenciante en medio mundo —principalmente, aunque no solo, sobre temas relacionados con Cuba e Iberoamérica... Pero, sobre todo, una gran persona: generoso y fiel, ha comprometido y entregado toda su vida a la lucha por la libertad de Cuba.

sufrió cárcel por el régimen comunista. La escritora cubana y luchadora contra la dictadura comunista, Zoe Valdés. Rogelio Quintana, ilustrador, editor, redactor y gran amigo. El economista y amigo Vicente Gutiérrez Santos. El escritor José Antonio Zarraquí y su esposa la periodista Lucía (“Lucy”) Guerra. Gilda Calleja, gran amiga, que continúa contactos frecuentes con nosotros.

Presente en las reuniones en casa de Carlos, pero también en nuestra vida, ha estado Alex Medina. Gran amigo, diría hermano, nuestro, profesor de la Universidad de Siracusa en Madrid, al regresar al seno de la iglesia católica quiso que fuera su padrino de confirmación. Es invitado de nuestra familia a las celebraciones. Con él intercambiamos acerca de muchos temas religiosos, filosóficos o políticos, de preocupación para todos. Con frecuencia asiste a nuestras Eucaristías en la parroquia de San Juan Bautista.

Con Beatriz (“Betty”) Bernal hemos compartido infinidad de veces en diferentes sitios, incluyendo la casa de Carlos y la nuestra. Ella mantuvo una amistad de joven con alguien muy especial para nosotros, el padre Carlos Manuel de Céspedes. Betty ha sido profesora de Derecho Romano en la Universidad de México (UNAM) y en la Universidad Complutense de Madrid. Investigadora, ha escrito artículos y libros. Es una excelente amiga. Profesores suyos en la Universidad de La Habana fueron Julio Morales y su hijo, Julito Morales —a este último lo he mencionado en otro momento: fue profesor mío del Seminario y, ya mayor, ordenado sacerdote.

El piso nos lo entregaron sin ningún tipo de mobiliario. La cocina sólo tenía las paredes con azulejos y las acometidas para colocar las tomas de electricidad y gas. Los baños sí tenían las piezas principales, pero no muebles. Tuvimos que amueblar y acondicionar la cocina, y traer los electrodomésticos. Así en toda la casa, antes de mudarnos. Nosotros sólo teníamos el refrigerador, el vídeo multisistema y el colchón. Desde hacía tiempo, estábamos ahorrando para comprar todo lo necesario para nuestra primera casa en propiedad –¿o propiedad del banco, que nos la iba prestando?

Habíamos hecho las gestiones de reclamación para que mi hermana y su familia vinieran para España. Les habían dado ya la visa española y la autorización del gobierno cubano. En Cuba, como es imposible acceder a una vivienda –lo he mencionado ya en varias ocasiones–, un matrimonio joven tenía que vivir con los padres o suegros –en todo caso, con alguien que te acogiera en su casa. Papi conocía de la iglesia a un señor de Jagüey Grande –lo

llamaban “Nandy”– que planeaba llevar a su mamá a una residencia de ancianos. La señora vivía en un piso muy pequeño de La Habana. Nandy organizó una “venta” no legal del piso a mi hermana: hizo como si su madre les permitiera vivir en la casa, firmando ante notario un papel que autorizaba una “titularidad”. La venta no podía hacerse oficial: no lo permitía el régimen cubano. Mi hermana estaba pagando un dinero mensual a este señor, y cuando les llegó la salida del país, todavía no habían terminado de abonar el coste de la vivienda. Para que el régimen no se quedara con la casa, pudo “vender” a mi prima María Estrella el piso, mediante un trámite similar al suyo. El 27 de noviembre de 1989, pudo cambiar de nuevo la titularidad –entre otras cosas, porque la propietaria aún vivía, en la residencia de ancianos. A ese piso, mi hermana había llevado parte de los muebles de nuestra casa de Unión de Reyes: juego de sala, saleta y el cuarto que era de mis padres y que yo había utilizado mientras vivía en el pueblo. Todos estos muebles eran muy buenos, de madera de caoba. Nuestra prima pudo quedarse con ellos.

Tuvimos la alegría de la llegada de mi hermana y su familia a Madrid el día 9 de abril de 1991. Como fue en el caso de Orlando y la suya, también ellos se quedaron alrededor de un mes en nuestra casa, hasta que consiguieron un piso alquilado y Hernán Hernández comenzó a trabajar con Mayito, un cubano que yo conocía y que tenía una empresa. Al poco tiempo de estar en España, Evita quedó embarazada de Daniel Hernández Guedes, que nacería en Madrid el día 18 de mayo de 1992. Muy pronto nace Iberia de la Caridad Hernández Guedes, el 4 de septiembre de 1993. Mis tres sobrinos son excelentes. Con ellos compartimos frecuentemente en familia, navidad, cumpleaños. Unos años después, Evita y Hernán se divorciaron.

En marzo de 1992 aprobé el examen teórico y práctico de conducción. Compré mi primer coche, un Peugeot 405 de color blanco.

Éramos felices: teníamos una vivienda “nuestra” y nueva. Pero, por otra parte, dejábamos atrás un barrio al que teníamos cariño, y a buenos vecinos y amigos. El último cuarto lo preparamos para mis padres: en pocos meses esperábamos su llegada de Cuba. Nuestras hijas escogieron sus dormitorios y sus muebles. Cecilia eligió el situado al lado del de sus abuelos, “para estar cerca de ellos”.

Me orientó en la compra nuestro amigo Rolando –guantanamero, lo había conocido, con su esposa Graciela, gracias al padre Pastor González. Hasta ese momento todos mis desplazamientos los había hecho en metro, fundamentalmente. Cuando visitaba en sus domicilios a los enfermos que pertenecían a mi cupo de médico, lo hacía caminando.

Eladia regresó de su visita a Miami, en el año 1990, con dificultades para andar y hablar. Estas se fueron agravando con el tiempo, hasta el punto que Lourdes tenía que ayudarla a acostarse. Atribuimos el problema de salud de Eladia a una causa psíquica –como se comprobó tiempo después. Su viaje a Miami la afectó mucho, aunque con certeza nunca sabremos el motivo real. Yo veía que a Lourdes, con el esfuerzo que realizaba para mover a Eladia, se le estaba afectando la columna. A esto se sumaba el desgaste diario por los cuidados del baño y alimentación de Eladia. No podíamos permitirnos que Lourdes se enfermara, con nuestras hijas todavía pequeñas, y sin contar con la ayuda de otros familiares directos aquí. Hablé entonces con Lourdes Fernández de Bulnes, la sobrina de Eladia, y entre ambos decidimos que había que buscarle una residencia. Como Eladia cobraba una pensión no contributiva mí-

A las niñas les resultó todo extraño al principio. Decían que no les gustaba el piso: los muebles y la casa eran nuevos y “había que tener mucho cuidado” con ellos. Su padre –es decir, yo– en aquellos tiempos se mostraba muy obsesivo con ese asunto. A pesar que, tanto Lourdes como yo, después de experimentar el exilio –donde dejas atrás familia, amigos, país, costumbres, casa–, sentíamos que la vivienda nueva, como tantas cosas que nos rodeaban, nos eran ajenas. Que no tienen importancia, que estamos en este mundo “prestados”. El exilio nos ha ayudado a relativizar las cosas, a constatar que, aunque encarnados, estamos de paso. Lo importante son la Fe, las personas, la familia y los valores.

nima –ya que no había trabajado ni cotizado en España– y además no tenía hijos ni otros familiares cercanos, le concedieron plaza en una residencia para mayores. Para mi querida esposa Lourdes esto fue desgarrador. Ella no quería que se hiciera ese ingreso, pero insistimos en que sería lo mejor para todos. La residencia que le concedieron a Eladia se llamaba San Juan de Dios, era de administración privada-concertada y está situada a las afueras del pueblo del Álamo. Al llegar allí en 1992, Eladia comenzó a andar y a hacer una vida normal. Era otra persona, sobre todo a partir que le dieron la responsabilidad de cuidar la capilla de la residencia. La familia íbamos con frecuencia a visitarla. Eladia falleció el día 11 de febrero de 1999 ingresada en el hospital de Alcorcón, por complicaciones de una neumonía. Fue incinerada

y sus cenizas descansan en el mismo cementerio de Getafe, donde están las cenizas de nuestros padres, aunque en diferente columbario. A Eladia la tenemos presente en nuestras oraciones, siempre agradecidos por la generosidad que mostró hacia nosotros.

Un día de finales del año 1990, mientras hacía una llamada desde una cabina telefónica en la calle Arturo Soria, veo un anuncio de unas cooperativas del Plan 18.000 del ayuntamiento de Madrid. Anoto los datos y pronto nos inscribimos en estas cooperativas –y en otras más del mismo plan: no sabíamos en cuál de ellas nos pudiera tocar. Así fue que en dos se nos dio la oportunidad, el año 1992. Teníamos que renunciar a una, y lo hicimos a la que, aunque aparecía como de gran solvencia –PSV, vinculada al sindicato UGT–, nos ofrecía el piso más pequeño y situado muy en el centro de Madrid. Resultó acertada la elección: la cooperativa PSV se vio envuelta en una polémica por su gestión y fue paralizada la construcción de muchas de sus viviendas.

Escogimos, pues, la vivienda de la Sociedad Cooperativa Limitada Área Social. La sede de la cooperativa estaba en la calle Arenal 8. Todas las semanas me acercaba a la zona donde se estaba construyendo el edificio, en la calle Emiliano Barral. Finalmente, el 23 de junio de 1994, fuimos a dormir a la nueva casa. En esos días pasó por Madrid, en uno de sus viajes, Monseñor Jaime Ortega Alamino y bendijo nuestra nueva vivienda.

El piso nos lo entregaron sin ningún tipo de mobiliario. La cocina sólo tenía las paredes con azulejos y las acometidas para colocar las tomas de electricidad y gas. Los baños sí tenían las piezas principales, pero no muebles. Tuvimos que amueblar y acondicionar la cocina, y traer los electrodomésticos. Así en toda la casa, antes de mudarnos. Nosotros sólo teníamos el refrigerador, el vídeo multisistema y el colchón. Desde hacía tiempo, estábamos ahorrando

para comprar todo lo necesario para nuestra primera casa en propiedad –¿o propiedad del banco, que nos la iba prestando? Éramos felices: teníamos una vivienda “nuestra” y nueva. Pero, por otra parte, dejábamos atrás un barrio al que teníamos cariño, y a buenos vecinos y amigos. El último cuarto lo preparamos para mis padres: en pocos meses esperábamos su llegada de Cuba. Nuestras hijas escogieron sus dormitorios y sus muebles. Cecilia eligió el situado al lado del de sus abuelos, “para estar cerca de ellos”. A las niñas les resultó todo extraño al principio. Decían que no les gustaba el piso: los muebles y la casa eran nuevos y “había que tener mucho cuidado” con ellos. Su padre –es decir, yo– en aquellos tiempos se mostraba muy obsesivo con este asunto. A pesar que, tanto Lourdes como yo, después de experimentar el exilio –donde dejas atrás familia, amigos, país, costumbres, casa–, sentíamos que la vivienda nueva, como tantas cosas que nos rodeaban, nos eran ajenas. Que no tienen importancia, que estamos en este mundo “prestados”. El exilio nos ha ayudado a relativizar las cosas, a constatar que, aunque encarnados, estamos de paso. Lo importante son la Fe, las personas, la familia y los valores.

La gran alegría del arribo de mis padres a España llegó el jueves 24 de noviembre de 1994. Al montar en nuestro coche la primera declaración de papi fue: “hijo, si me echas de la casa, me voy para abajo de un puente, pero no regreso a Cuba”. Esa frase significaba mucho. El horror de vivir en Cuba, el deseo de libertad y, lo fundamental: que, al tener ya a todos sus hijos y nietos fuera de la dictadura cubana, podían compartir la vida con nosotros.

La gran alegría del arribo de mis padres a España llegó finalmente el jueves 24 de noviembre de 1994. Había firmado una reclamación, como español, para traerlos de visita. Aunque les dieron visa de turista, el objetivo fue siempre que se quedaran en España a vivir definitivamente. Hice la reclamación de esta manera por dos motivos: por un lado, para que se sintieran libres de tomar la decisión de quedarse o regresar a Cuba; por otro lado, porque así sería más fácil conseguir la autorización de salida y tal vez le podrían dejar su casa a mi tía Alicia Sánchez. Como dije, habíamos habilitado para ellos el último dormitorio de la casa. Compramos un *juego de cuarto* (muebles de dormitorio) pensando en mis padres.

La ilusión, la alegría y el entusiasmo de las niñas para recibir y vivir con los abuelos eran grandes.

Fuimos a recogerlos al aeropuerto de Barajas. Al montar en nuestro coche la primera declaración de papi fue: “hijo, si me echas de la casa, me voy para abajo de un puente, pero no regreso a Cuba”. Esa frase significaba mucho. El horror de vivir en Cuba, el deseo de libertad y, lo fundamental: que, al tener ya a todos sus hijos y nietos fuera de la dictadura cubana, podían compartir la vida con nosotros.

Papi sólo había podido salir para visitar a la familia de Miami a principios de 1990, durante quince días. Allí compartió con todos sus hermanos que vivían en EUA. Nunca antes se le había presentado esa oportunidad de salir del país —a excepción de cuando, en los años 60, pensaban marcharse de Cuba definitivamente y no lo hicieron porque a mí no me dejaban viajar. En Cuba habían quedado, de sus hermanos, sólo mi tía María Julia, fallecida por su enfermedad congénita del corazón, y Armando, que unos años después murió por las complicaciones que le trajo la enfermedad de Parkinson.

El mismo día que ellos, llegaron a Madrid dos vuelos de Iberia procedentes de Cuba, trayendo muchos pasajeros que continuarían hacia Roma. Varios venían para asistir al nombramiento de Monseñor Jaime Ortega Alamino como Cardenal. Eso ocurrió el 26 de noviembre de 1994.

El domingo 27, fuimos a la misa de la parroquia de Guadalupe, frente al parque Berlín, a la que estábamos asistiendo desde que nos mudamos para el barrio San Juan Bautista. Papi me dijo que “tenía la impresión que la Eucaristía era distinta a las de Cuba”. Que allá “eran más familiares y participativas”. Mucho más porque él siempre acolitaba o hacía las moniciones.

Durante esos primeros días de la estancia de mis padres, en las noches, cuando llegaba del centro de salud, me pasaba horas pregun-

tando a mi padre sobre la familia, los amigos y vecinos de Cuba. Fuimos repasando calle por calle del pueblo. En casa estuvieron de visita varias personas para conocerlos y otros para reencontrarlos. Entre los que los conocieron, Linda y Carlos Alberto Montaner. La noche del 30 noviembre vinieron a casa Pedro Ángel, primo de Lourdes, su mamá Zoraida y el matrimonio amigos norteamericanos Patt y Jerry. Compartieron con mis padres y con nosotros. Nos hicimos fotos. La única tomada a mi padre en España: no dio tiempo a ninguna otra.

Esa noche nos enteramos, porque mami nos lo dijo, que papi “tenía algo del corazón”, y que días antes había dejado de tomar los medicamentos, alegando que “no servían para nada las medicinas de Cuba y que aquí comenzaría a tomar las que les indicaran”. Al saberlo, reprendí a papi por haber dejado el tratamiento. Lo ausculté, y encontré una insuficiencia en la válvula mitral. Le advertí que debía tomar los medicamentos, que valoraríamos su tratamiento y que había que hacerle un examen médico.

Al día siguiente, en la tarde, pasando consulta, recibí una llamada de Lourdes. Me dice que mi padre le había comunicado que “desde el mediodía sentía una molestia en la boca del estómago”. Como padecía con frecuencia de gastritis, pensaban que sería por causa de unos garbanzos que había comido y que le gustaban mucho,

El fallecimiento de papi fue un golpe tremendo. Él, aunque delgado, se veía físicamente más fuerte que mami y, por supuesto, mejor mentalmente. Además, hasta la noche anterior desconocíamos su patología cardíaca. Estaba desconcertado, no sabía qué hacer, cómo actuar.

que “pues de eso sería”. Pero tuve la intuición médica que podría tratarse de un infarto de miocardio de cara inferior. Le dije que llamara a la UVI de emergencia y que yo me iba para la casa inmediatamente.

Llegué a casa antes que la UVI: realmente tardaron. Conmigo llegó una doctora de urgencias con sólo su maletín. Estaba muy nerviosa: sacó una ampolla de adrenalina y se le cayó al suelo. Al entrar en casa, papi estaba aún consciente, pero inmediatamente perdió la conciencia. En ese momento llegó la UVI. Intentaron reanimarlo en el suelo de la sala, pero fue imposible su recuperación. A pesar de esto, me dijeron que lo llevarían al hospital Ramón y Cajal. Monté al lado de él en la ambulancia. Por el camino le hicieron las maniobras de reanimación. Al llegar a Urgencias del hospital, el médico de guardia le hizo un eco cardiograma y me informó que había sufrido un infarto “masivo”, con rotura del tabique interventricular, y que no había nada que hacer.

Falleció el 1 de diciembre de 1994, a la semana de volver encontrarnos, después de casi 13 años sin vernos.

En papi se dieron varias causas para ese infarto: Había abandonado el tratamiento durante varios días. Había acumulado tensiones durante las varias semanas cumpliendo con las gestiones de salida. Las emociones de reencontrarse después de varios años con los hijos y de conocer a las nietas y nietos fueron enormes. El hecho de pasar a la libertad y el que todo lo que veían, aunque les agradaba y les resultaba bueno y limpio, les sorprendía –en particular la casa nuestra–, ya que habían dejado atrás un país destruido. Papi estaba preocupado por mami, que tenía un deterioro cognitivo: en Cuba, en los últimos tiempos él lo hacía todo, se encargaba de las gestiones, recados, mensajes. Todos estos factores conspiraron para llegar al infarto de miocardio.

Estando aún en casa la UVI, llegaron Beatriz y Cecilia. Habían ido a la tienda para hacer algunas compras de regalos para los

abuelos. Lourdes las hizo pasar enseguida a los cuartos para que no presenciaran lo que estaba ocurriendo en la sala.

El fallecimiento de papi fue un golpe tremendo. Él, aunque delgado, se veía físicamente más fuerte que mami y, por supuesto, mejor mentalmente. Además, hasta la noche anterior desconocíamos su patología cardíaca. Estaba desconcertado, no sabía qué hacer, cómo actuar.

En el hospital me dicen que puedo utilizar las salas del tanatorio del Ramón y Cajal. Al bajar para ver las salas, los representantes del Tanatorio Municipal de la M-30 y los de la Funeraria privada Nuestra Señora de los Remedios me abordaron. En un momento como ese me empiezan a enseñar fotos y a hablar de precios para el velatorio, el entierro y el cementerio. No tenía seguro de defunción para mis padres: no me había dado tiempo ni de pensar en ello. Estaban ya junto a mí varios compañeros de trabajo del Centro de Salud. El Dr. Jesús Chamorro me ayudó a poner en orden las ideas. Hicimos el velatorio en las salas del hospital, contraté los servicios de Nuestra Señora de los Remedios y compré un columbario en el cementerio de Getafe, donde posteriormente se han depositado las cenizas de mami, Marina y Segundo. Debo decir

Mami no sólo estaba afectada por el comienzo del Alzheimer: a partir del fallecimiento de papi, también por una depresión. De buenas a primeras, había perdido su apoyo y se sintió frágil. Fue como si él hubiera estado esperando llegar a España y dejar a mami a nuestro cuidado, que por sí sola ya no se podía valer.

que, en esos momentos del fallecimiento repentino de papi, más de un amigo me ofreció, si lo necesitaba, dinero para correr con los gastos. Agradecí mucho esos gestos, pero gracias a Dios en ese tiempo no lo necesitaba.

Al regresar esa noche a casa, donde me acompañaron varios compañeros de trabajo, después de todas las gestiones, me aguardaba la misión de hablar con mami. Ella dependía prácticamente para todo de su esposo, compañero, amigo de toda una vida. Como dije antes, tenía un principio de deterioro, que se confirmó semanas después como la enfermedad de Alzheimer. Le expliqué que el cuerpo sería incinerado. Para ella eso era algo nuevo, aunque, como mujer de Fe, lo entendió. Sabía que papi no estaba en ese cuerpo fallecido, sino su ser se encontraba junto al Padre, participando en la Alegría Pascual.

Al día siguiente, por el tanatorio del hospital pasó una infinidad de personas, incluido Monseñor Jaime Ortega, ya Cardenal, que había regresado de Roma. Esa tarde del velatorio presidió una Eucaristía, en la capilla del hospital, el padre Francisco Santana, que vivía en el exilio de Miami pero estaba de visita por España. La capilla estaba llena de amigos y compañeros. Para todos fue un golpe inesperado. La profesora Angelines, del colegio Rubén Darío donde habían estado las niñas, se ofreció para que Beatriz y Cecilia se quedaran en su casa. Así ocurrió. Siempre tendremos presente ese acto de generosidad y atención de la profesora.

En esa primera semana, se celebraron Eucaristías en la parroquia Virgen de la Nueva, donde habíamos ido hasta hacía poco tiempo y en la parroquia donde asistían Lourdes Fernández y Miguel Durango, Virgen de la Providencia y San Cayetano. El padre Naranjo, que en ese momento era párroco de Unión de Reyes y había tenido una relación muy estrecha con mis padres, se encontraba en Madrid de regreso de Roma donde había asistido a la toma del capelo cardenalicio por Monseñor Jaime Ortega. El padre

Naranjo nos dijo que, durante al menos un mes, en la misa diaria que presidiera, la intención en el memento de los muertos sería por mi padre.

Mami no sólo estaba afectada por el comienzo del Alzheimer: a partir del fallecimiento de papi, también por una depresión. De buenas a primeras, había perdido su apoyo y se sintió frágil. No recordaba cómo se cocinaban comidas que ella estaba acostumbrada hacer. Incluso no reconoció a su sobrina María (“Mary”) Estrella Sánchez cuando llegó a España poco tiempo después. En una ocasión que mi prima se quedó a dormir en casa, al día siguiente mi madre le pregunta a Lourdes: “¿quién es esa muchacha que durmió conmigo en la misma cama?”. Mary que vino a España para un Máster en Odontología. Después logró quedarse y desarrollar una exitosa carrera profesional gracias a las posibilidades de la libertad. Con el tiempo trajo de Cuba a su hijo Jorge, que también ha estudiado una carrera, trabaja y viaja. A ambos les queremos mucho, como parte de la familia que son. En dos ocasiones mi prima ha logrado que vinieran de visita a España sus padres, mis tíos Claribel y Ubaldo y así hemos podido reencontrarnos, después de décadas de separación... Todo este sufrimiento se lo debemos al comunismo cubano: la separación de la familia, la salida forzada de su país y de su entorno. En el caso de mis padres, fue como si papi hubiera esperado llegar a España para dejar a mami a nuestro cuidado, que por sí sola ya no se podía valer.

Como no contábamos con muchos recursos económicos –y lo que poseíamos, después de cubrir los gastos diarios, lo invertíamos básicamente en pagar la hipoteca de la casa, traer a familiares de Cuba o en los viajes a EUA para mantener el contacto físico con la familia y amigos de allá–, no nos alcanzaba para salir de vacaciones. Al conocer esa situación, Linda y Carlos nos ofrecen que, si no viajábamos durante el período de vacaciones a EUA, podíamos utilizar un apartamento que ellos tenían en La Manga del Mar Menor, y así a las niñas disfrutarían de la playa. Eso hicimos durante tres temporadas. Nos íbamos, cuanto menos, unos quince días y llevábamos a mami con nosotros.

Mis padres habían dejado en su casa de Unión de Reyes a mi tía Alicia Sánchez y su esposo, para ver si podían quedarse con la vivienda, ya que ellos no tenían. A mami el gobierno cubano le había autorizado 11 meses de permiso para estar fuera del país: era el máximo que daban, en aquellos momentos, para reconocer

como visita temporal su estancia en el extranjero. Cumplido el período, como no regresó, el régimen se apropió de la casa de mis padres y sacó de allí a mi tía Alicia.

Como no contábamos con muchos recursos económicos —y lo que poseíamos, después de cubrir los gastos diarios, lo invertíamos básicamente en pagar la hipoteca de la casa, traer a familiares de Cuba o en los viajes a EUA para mantener el contacto físico con la familia y amigos de allá—, no nos alcanzaba para salir de vacaciones. Al conocer esa situación, Linda y Carlos Alberto Montaner nos ofrecen que, si no viajábamos durante el período de vacaciones a EUA, podíamos utilizar un apartamento que ellos tenían en La Manga del Mar Menor, y así a las niñas disfrutarían de la playa. Eso hicimos durante tres temporadas, los meses de julio de 1992 y 1993 y, en 1996, ya con mami. Nos íbamos, cuanto menos, por unos quince días. Disfrutamos esas vacaciones. Conocimos toda esa región y nos sirvió para tener un primer contacto con la playa

Durante casi 10 años nos quedamos en casa durante el período de vacaciones de las niñas. En todo caso, salíamos a los alrededores de Madrid. En una ocasión, Beatriz nos preguntó “si nosotros no teníamos pueblo” para ir a veranear, como hacían todas sus amigas que se marchaban al de sus padres. Tuvimos que explicarle. Nosotros teníamos pueblos: los de nuestros padres y nuestros de pequeños, pero estaban en Cuba. Algo más que, por el sistema de Cuba, se perdieron nuestras hijas, sus abuelos, sus tíos y nosotros.

en España. No teníamos un pueblo de la familia, ni una segunda vivienda como otros. Agradecemos la gran generosidad de Linda y Carlos en prestarnos ese apartamento.

Sólo en la década de los 1990s, con el primer viaje a EUA, fue que comenzamos a disfrutar de vacaciones. Antes fue imposible, por la economía, mis estudios y la búsqueda de trabajo. Durante casi 10 años nos quedamos en casa durante el tiempo de vacaciones de las niñas. En todo caso, salíamos a los alrededores de Madrid. En una ocasión, Beatriz nos preguntó “si nosotros no teníamos pueblo” para ir a veranear, como hacían todas sus amigas que se marchaban al de sus padres. Tuvimos que explicarle. Nosotros teníamos pueblos: los de nuestros padres y nuestros de pequeños, pero estaban en Cuba. Algo más que, por el sistema de Cuba, se perdieron nuestras hijas, sus abuelos, sus tíos y nosotros.

En 1994, Beatriz comienza sus estudios de Derecho en la Universidad Autónoma de Madrid. Concluyó la última asignatura en el curso 1999-2000. En 2000, Cecilia comienza sus estudios universitarios de Trabajo Social en la Universidad Complutense de Madrid, que terminó en 2003. Sacó después un Máster en Recursos Humanos. Ambas son magníficas hijas, responsables y entregadas a los estudios, al trabajo y a la familia.

A partir del año 1996, comenzamos a participar en la parroquia de San Juan Bautista. Desde el 23 de junio de 1994, que nos habíamos mudado para el barrio de San Juan Bautista, habíamos estado asistiendo a la parroquia Virgen de Guadalupe. Un día, Cecilia llegó a casa, después de asistir a la formación para hacer la confirmación en la parroquia de San Juan Bautista, y nos preguntó: “ustedes siempre nos han dicho que debemos asistir a la parroquia de nuestro

barrio: ¿por qué entonces no vienen a la nuestra ahora?” Reconocimos que eso era cierto, y pasamos a San Juan Bautista a partir de ese momento, que coincidió con la llegada de un nuevo párroco: José María Tena Montero. En un ágape de la parroquia nos presentamos y nos ofrecimos al padre José María para lo que pudiéramos colaborar –en mi caso concreto, en la liturgia. El padre había venido con su hermano Pablo, que daba clases de religión en centros universitarios, con su mamá y una tía. Con el tiempo, hemos hecho una gran amistad con ellos, e intentamos colaborar en lo que podemos con la parroquia. Lourdes ha llegado a ser catequista y es habitual que toque el órgano en alguna de las misas dominicales. Yo estuve colaborando en la formación del grupo de liturgia para preparar las misas dominicales y los días festivos –empezamos con reuniones semanales. También soy “ministro extraordinario de la Eucaristía”. José María y su hermano ha sido una bendición del Señor para la parroquia por su servicio, generosidad y cercanía. En esta iglesia hay muy buenos hermanos en la Fe, con quienes compartimos sacramentos, actividades, festividades y amistad.

Un día, Cecilia llegó a casa, después de asistir a la formación para hacer la confirmación en la parroquia de San Juan Bautista, y nos preguntó: “ustedes siempre nos han dicho que debemos asistir a la parroquia de nuestro barrio: ¿por qué entonces no vienen a la nuestra ahora?” Reconocimos que eso era cierto, y pasamos a San Juan Bautista a partir de ese momento, que coincidió con la llegada de un nuevo párroco: José María Tena Montero.

A San Juan Bautista asiste la hermana Adoratriz Isabel Baonza, una religiosa entregada y comprometida con la parroquia, con la que tenemos una estrecha amistad. Ella me ayudó en la confección de dos pequeños ensayos de contenido religioso que he escrito: *Infancia del Jesús Histórico y algunas Tradiciones Cristianas y Milagros, Hechos o Signos de Jesús*.

En enero de 1998 vino de vacaciones a España Barbarita González, tía de Lourdes. Era la primera vez que salía de Cuba. En las primeras semanas de su estancia aquí, la notamos algo alterada y ansiosa: todo le producía asombro. A pesar de que gran parte de su vida había transcurrido en otra realidad diferente a la dictadura comunista, nos dimos cuenta cuánto marca ese sistema a la persona. Había olvidado cosas que existían antes de la Revolución... y no sólo cosas materiales. Llegó unos días antes de la visita del Papa Juan Pablo II a Cuba (21 al 25 de enero de 1998). Vimos por televisión casi todos sus actos en la Isla. En el mes de marzo del mismo año, antes que regresara a Cuba, vinieron de visita desde EUA para verla: Marina –que se quedó en nuestra casa–, su hermana Oneida (“Neya”), su sobrina –y prima de Lourdes– Marta Curbelo González y Pedro Ángel. Con todos ellos visitamos diferentes lugares de Madrid y alrededores.

Ese mismo mes de marzo viajé solo a EUA, a una reunión de la Plataforma Democrática Cubana sobre el tema de Cuba. Me quedé en casa de Carlos Alberto Montaner, y pude visitar y compartir con los tíos y primos. Diez años después, en mayo de 2008, Barbarita pudo volver a visitarnos y se quedó de nuevo en casa, durante un tiempo.

El filo de la enfermedad

En el ascensor del hospital, me tropecé con un ginecólogo que había estado de guardia cuando llegó Lourdes al hospital. El facultativo me soltó: “verá que teníamos razón: su esposa tenía un trombo embolismo”. Quedé paralizado al escuchar tales palabras. En ese momento tenía que haberle contestado: “¿Cómo dice eso, cuando no me hicieron caso y no le realizaron la prueba específica para el diagnóstico? Ustedes no me creían, hicieron la analítica y la radiografía sólo después de mi insistencia reiterada”. Nunca más me encontré con ese médico en el hospital. Lourdes estuvo todo un fin de semana sin tratamiento de heparina y sin diagnóstico cierto. Durante todo ese tiempo lo pasé muy mal. No solo por la impotencia de que no te hicieran caso, a pesar de ser yo un médico y estaban delante de una paciente recién intervenida: sobre todo pensando lo que le pudiera ocurrir a Lourdes. La angustia y temores al pensar en ella y las niñas me dominaban.

A finales de 1998 a Lourdes se le presentó un cólico nefrítico. Al hacerle una radiografía abdominal, aparece una masa que comprime el uréter izquierdo. En una ecografía parece ser un mioma grande uterino. Se decide intervenir. La operación se practicó en el hospital Gregorio Marañón de Madrid, el mes de diciembre de 1998. Una histerectomía y anexectomía doble, para mayor seguridad –dado que ya tenía 45 años de edad. A los pocos días estaba de alta. Pero al llegar a casa comienza con una disnea, está pálida y casi sin fuerzas. Así que vamos de nuevo para el hospital, porque opino que puede tener una hemorragia interna o un trombo embolismo pulmonar, consecuencia de la reciente cirugía. Ella no lo quería creer. Pero llamé a una ambulancia y, ya en el traslado hacia el hospital, Lourdes tuvo la sensación que “se le iba la vida”. Se confió plenamente a Dios: después de unos minutos de oración, inició un regateo con el Señor pidiéndole “no fallecer todavía, porque sus hijas eran muy jóvenes”. Hasta que se dijo: “¿Qué estoy haciendo? Que se haga, Señor, tu voluntad: tú sabes muy bien qué es lo mejor”. Inmediatamente, sintió una paz extraordinaria.

Al llegar al cuerpo de guardia hubo dudas. Uno de los médicos llegó a preguntarle “si estaba nerviosa”, porque hiperventilaba. Contesté al facultativo de guardia que “allí el que estaba nervioso era yo, ella no”. La mandaron para la urgencia de ginecología: evidente error siendo una recién operada. En el servicio de urgencia de ginecología le hicieron una analítica de sangre. Sus hematocritos y otros parámetros eran normales: descartaron una hemorragia interna. Pero yo insistí sobre el trombo embolismo pulmonar. Le hicieron una radiografía de tórax y dio normal. Insistí que habría que hacer al menos una gammagrafía pulmonar con contraste de pulmón: esa prueba se hacía normalmente, en esos momentos, para descartar un trombo embolismo múltiple, que no salía en una

radiografía normal. Este ingreso en urgencias fue un viernes y hasta el lunes, cuando pasó visita el ginecólogo que la había intervenido, no la vio un internista. A este médico de Medicina interna le sugerí la posibilidad del trombo embolismo pulmonar y él convino que podría ser. En Lourdes, por su juventud y falta de antecedentes de enfermedades pulmonares, lo único que se apreciaba —en unos momentos más que en otros— era un poco de hiperventilación y “una especie de fatiguita”, como ella lo expresaba. Al fin, le hicieron una gammagrafía pulmonar que mostró un trombo embolismo pulmonar múltiple.

Le colocaron la bomba de heparina y estuvo ingresada varios días. Salió del hospital con un tratamiento de Sintrom, un anticoagulante oral. Lo tomó durante seis meses, durante los que se sometió a controles estrictos. Cuando las pruebas genéticas de la coagulación dieron índices normales, pudo suspender el Sintrom. En hematología, aconsejaron que cada vez que Lourdes tuviera una inmovilización —aunque fuera por un esguince de tobillo— o se sometiera a alguna intervención, se le administrara heparina subcutánea en altas dosis. Después de la intervención, en el hospital le habían inyectado la heparina subcutánea y, a pesar de ello, tuvo el trombo embolismo.

Referiré una anécdota, durante la que aún lamento no haber reaccionado como debía. En el ascensor del hospital, me tropecé con un ginecólogo que había estado de guardia cuando llegó Lourdes al hospital. El facultativo me soltó: “verá que teníamos razón: su esposa tenía un trombo embolismo”. Quedé paralizado al escuchar tales palabras. En ese momento tenía que haberle contestado: “¿Cómo dice eso, cuando no me hicieron caso y no le realizaron la prueba específica para el diagnóstico? Ustedes no me creían, hicieron la analítica y la radiografía sólo después de mi insistencia reiterada”. Nunca más me encontré con ese médico en el hospital. Lourdes estuvo todo un fin de semana sin tratamiento de heparina y sin diagnóstico cierto. Durante todo ese tiempo lo pasé muy mal. No solo por la impotencia de que no te hicieran caso, a pesar de ser

yo un médico y estaban delante de una paciente recién intervenida: sobre todo pensando lo que le pudiera ocurrir a Lourdes. La angustia y temores al pensar en ella y las niñas me dominaban. Durante ese duro episodio, recibimos el apoyo de la familia y de muchos amigos y hermanos de la iglesia, en especial del padre José María Tena.

Un día del año 2001 entró una llamada de Marina. Estaba muy desesperada, porque Segundo no estaba bien. Estaba muy alterado, con dolores en la cadera, la movilidad muy reducida y casi no dormía. Marina no podía más. Le dije a Lourdes que la única solución era traerlos a vivir con nosotros: ella podría ir a estar con ellos sólo durante un tiempo, no permanentemente. Se habló con Orlando y con Marina y estuvieron de acuerdo. Como mami estaba viviendo con nosotros, hablé con mi hermana para que la llevara para su casa con ella. Mi madre, como ya he dicho, había llegado a España con el principio de la enfermedad de Alzheimer. Con los años, fue aumentando el deterioro cognitivo y con eso las manifestaciones de la enfermedad. Mami fue a vivir con Evita y sus hijos —ya mi hermana estaba divorciada entonces. Hasta ese momento mami solamente iba a quedarse a casa de Evita durante las temporadas que nosotros viajábamos a EUA o cuando Lourdes fue intervenida.

En el verano de 2001, Lourdes y Orlando viajaron a Los Ángeles para buscar a Marina y Segundo. Los padres vinieron definitivamente para acá en el mes de agosto. Como estaba acordado, se quedaron a vivir en casa. Habían tenido que deshacer su vivienda en EUA, pero no había más remedio. La otra alternativa a que fuera Lourdes quien cuidara de ellos, hubiera sido conseguir una residencia de ancianos para Segundo —o para los dos— en Los Ángeles. Si tuvieran derecho: ellos lo que recibían eran las ayudas del gobierno norteamericano para las personas sin recursos, nunca trabajaron allí y por tanto no habían cotizado impuestos. Tampoco

Pepín, el hermano de Lourdes, o Maruca su esposa, que vivían en Los Ángeles, podían cuidar de ellos: ambos trabajaban los dos y la vida en USA es complicada para que un trabajador pueda disponer del tiempo necesario para cuidar de sus familiares.

En abril de 2002, se pudo intervenir de cadera a Segundo en el Hospital Ramón y Cajal de Madrid. Él quería eso de todas formas, aunque por su edad y estado de salud conllevaba riesgos. Segundo padecía una Enfermedad Obstructiva Pulmonar Crónica (EPOC): había fumado toda su vida, y sólo cuando llegó a EUA dejó el hábito. Me dejaron estar presente en la operación. Le colocaron una prótesis de cadera. La intervención fue un éxito. Pero el estado de Segundo, por su EPOC y por su edad, se complicó. Nunca salió del hospital, y el día 27 de abril del año 2002 falleció.

Su velatorio fue similar al de mi padre en el tanatorio del Hospital Ramón y Cajal. Celebramos en esos días dos Eucaristías: una en nuestra iglesia de San Juan Bautista y otra en la que pertenecían Orlando y familia, Nuestra Señora de la Montaña. Fue muy triste, porque Pepín y las hermanas de Segundo, que aun vivían en Los Ángeles, no pudieron estar –consecuencia de esa dispersión que sufrimos los exiliados de la dictadura. Marina continuó viviendo con nosotros. Para ella fue un golpe tremendo e inesperado, pero estaba arropada por sus hijos y nietos. Un tiempo después pudo dar un viaje de visita a los EUA para compartir con la familia. Años más tarde, Pepín y Maruca vinieron de visita a Madrid para estar con ella.

Mami –que estaba en casa de Evita–, un día de ese mismo año 2002, al bajarse de la cama se cae accidentalmente. Aunque no sufrió fractura, incorporó un miedo tremendo a caminar: prácticamente no lo hacía. Con esta situación de mami casi inmovilizada, con Alzheimer; mi hermana que tenía que trabajar, mis sobrinos con edades comprendidas desde los nueve a trece años... se comenzó

a buscar la solución de una residencia. Como mami no tenía recursos –no había trabajado, ni cotizado aquí y las jubilaciones de Cuba en ningún caso son reconocidas en el extranjero–, se habló con la trabajadora social. Presentando informes médicos y del resultado de gestiones que hizo fundamentalmente Evita, se logró que ingresara en la Fundación Instituto de San José, de los Hermanos de San Juan de Dios, en el barrio La Fortuna de Madrid. A los hermanos los conocíamos: allí estaba el bueno y servicial hermano Miguel Roca. En esa época, San José –ya he dicho en otro momento que había sido reformado– tenía tres pabellones dedicados a geriatría. Mami ingresó en uno. Estuvo muy bien atendida por todo el personal, el hermano Miguel diariamente la visitaba. Como mami ya no podía comer por sí misma, en muchas ocasiones el propio hermano se la daba. En esta Fundación estuvo ingresada tiempo después Marina, la madre de Lourdes, para la rehabilitación de una fractura de cadera que había sufrido.

Durante los años que mami estuvo ingresada en San José, todas las semanas íbamos a verla, muchas veces sábado y domingo. Nos reuníamos a su alrededor, aunque ya seguramente no nos conocía. Estábamos todos: Evita, Lourdes, mis sobrinos, nuestras hijas, Marina y, cuando podían, Orlando y su familia; mi prima María Estrella. Mami reunía entorno a ella a toda la familia, a pesar de que no podía hablar ni reconocernos. Conversábamos, llegamos a celebrar sus cumpleaños, y en alguna ocasión llevamos el teclado de Lourdes para tocar y cantar, junto a amigos como Carlos Faxas –gran pianista, organista y compositor cubano. Aquellos encuentros en torno de mami con familiares –y a veces amigos– fueron muy importantes. A nosotros nos humanizaban: nos llevaron a compartir regularmente en familia, todas las semanas durante años. Pero nos enfrentaban a una realidad: la enfermedad y el final de la vida. Doy gracias a Dios y a todos por esas horas y horas que estuvimos junto a mami. Seguramente también le hicieron mucho bien –de alguna manera– a ella, a los trabajadores y a los demás residentes. Muchos domingos íbamos a la misa que se celebraba

en un pabellón de San José para residentes y familiares. Presidía la Eucaristía un hermano ordenado sacerdote. También el día de Reyes asistíamos a la misa allí, con Beatriz y Cecilia. Después de la misa, se entregaban los regalos que daba la residencia y los que llevábamos las familias para los ingresados.

El sábado, día 22 de agosto de 2009, Evita y yo estuvimos con mami. Ya la veíamos en su momento final y oramos a su lado —sabíamos que en cualquier instante nos llamarían de la residencia para comunicarnos su partida hacia el Padre. Así fue. No hice nada más que llegar a casa y recibí una llamada del médico de guardia, con quien ya teníamos la misma amistad que con el resto de personal y hermanos de San Juan de Dios. Me comunicaba que mami había fallecido.

Su partida fue en un día muy significativo para los hombres de Fe, cuando celebramos Santa María Reina. Mami fue velada en uno de los tanatorios de la Fundación Instituto San José y cremada el domingo 23 de agosto. En el momento de llevar las cenizas para

Con el fallecimiento de mami llegó la sensación de orfandad. Ya mis dos padres habían partido. Sin embargo, a diario oro por ellos y les pido que oren por nosotros. A veces, “es como si hablara con mis padres”. Y en efecto les expreso mis sentimientos, temores, recuerdos y la *pena* (lástima) que siento de que no estén viviendo tantos buenos momentos junto a nosotros, principalmente el nacimiento de nuestros nietos. Pero nos fiamos en el Señor y creo que están “expresando la Alegría Pascual”.

depositarlas en el columbario, íbamos entonando cantos de la Iglesia. Nos acompañaba el padre José María, nuestro gran párroco y pastor de San Juan Bautista. También los padres Pablo (hermano de José María y magnífico sacerdote) y Alberico (el buen sacerdote brasileño que estuvo viviendo y cooperando en nuestra parroquia mientras estudiaba teología en Madrid). Se celebraron en esos primeros días dos Eucaristías por ella: una en la parroquia de San Juan Bautista y otra en la iglesia donde toca el órgano Evita los fines de semana, el Oratorio del Caballero de Gracia. En estas misas participaron la familia, amigos, compañeros de trabajo míos y de mi hermana, hermanos de San Juan de Dios y de la parroquia. Hicimos unos recordatorios para repartir entre los familiares y amigos, donde pusimos los nombres de mami y papi, con sus fechas de nacimiento y de fallecimiento. Incluimos en cada recordatorio un mensaje de Fe y Esperanza.

Con el fallecimiento de mami llegó la sensación de orfandad. Ya mis dos padres habían partido. Sin embargo, a diario oro por ellos y les pido que oren por nosotros. A veces, “es como si hablara con mis padres”. Y en efecto les expreso mis sentimientos, temores, recuerdos y la pena que siento de que no estén viviendo tantos buenos momentos junto a nosotros, principalmente el nacimiento de nuestros nietos. Pero nos fiamos en el Señor y creo que están “expresando la Alegría Pascual”.

El año anterior, el 1 de agosto de 2008, había fallecido María Pérez, la mamá de Maggie, a los 101 años. María era como una abuela para mis hijas y sobrinos. Tenía un carácter alegre. Cuando se enfermaba de un catarro, al indicarle qué hacer o tomar, como le prescribía que bebiera mucha agua, después decía: “lo único que me recetó Tony fue agua”. Recién llegada de Cuba, cuando aún se quedaban en nuestra casa Orlando y su familia, tuvimos que llevarla de urgencia al hospital, porque se le presentó un edema pulmonar —del cual salió satisfactoriamente. Siempre fue un puntal fundamental en las reuniones familiares.

Parte Décima

Milenio

90

Asociaciones

Alrededor del año 2005, se funda en Madrid la Asociación Iberoamericana por la Libertad (AIL), con apoyo del Directorio Democrático Cubano que dirigía Orlando Gutiérrez. Al principio estaba presidida por Carlos Alberto Montaner y yo era su vicepresidente. Poco tiempo después, por responsabilidades de Carlos Alberto con los medios de comunicación, asumí la presidencia de AIL. Creo que, en la medida de nuestras posibilidades, hemos contribuido con la causa de la democracia en Cuba. Difundiendo las denuncias, hemos variado o incentivado la sensibilidad de muchos hacia la realidad cubana y apoyado a posibles líderes dentro de la isla.

Alrededor del año 2005, se funda en Madrid la Asociación Iberoamericana por la Libertad (AIL), con apoyo del Directorio Democrático Cubano que dirigía Orlando Gutiérrez. Al principio, AIL estaba presidida por Carlos Alberto Montaner y yo era su vicepresidente. Poco tiempo después, por responsabilidades de Carlos

Alberto con los medios de comunicación, asumí la presidencia de AIL. Los primeros que llevaron el día a día del trabajo de la Asociación en Madrid fueron Natalia Bellusova (de origen eslovaco) y Wenceslao Cruz (“Wen”), dos personas eficientes y de confianza que desarrollaron una buena labor. Tiempo después, los relevaron Vanesa Colgmena y Edgardo Ronda, dos jóvenes amigos de origen argentino muy eficientes, responsables, conocedores de la realidad cubana a pesar de no ser de allá, muy buenos organizadores de eventos.

Hemos preparado actividades con intelectuales, periodistas y políticos españoles e iberoamericanos, y con cubanos de dentro y fuera de la Isla. Hemos publicado libros y una página web. Creo que con AIL, en la medida de nuestras posibilidades, hemos contribuido con la causa de la democracia en Cuba. Difundiendo las denuncias, hemos variado o incentivado la sensibilidad de muchos hacia la realidad cubana y apoyado a posibles líderes dentro de Cuba. Hemos ayudado a la formación profesional de inmigrantes de varias nacionalidades residentes en España.

La Asociación Española Cuba en Transición (AECT) emprendió varios proyectos en común con la Unión Liberal Cubana y la Asociación Iberoamericana por la Libertad: manifestaciones, concentraciones, un congreso de la cultura cubana. Todos para denunciar las violaciones de los derechos humanos en Cuba y ayudar a la oposición interna. Participé con gran entusiasmo en estos eventos comunes, por su importancia y calidad.

En los primeros años de la década del 2000, un grupo de jóvenes funda en España la Asociación Española Cuba en Transición (AECT). Rafa Rubio (presidente), Matías Jove (director ejecutivo), Pablo Hispan, Mario Noya, Ignacio “Nacho” Uría –casado con una descendiente de la familia Bacardí. Todos ellos generosos e inteligentes, conocedores de la realidad cubana y muy entregados a la causa por la democracia allí. Antes y después de la fundación de la AECT, viajaron varias veces a Cuba. Llevaron a cabo múltiples eventos, como publicaciones y congresos, encaminados a lograr una transición hacia la democracia en la Isla.

Emprendieron varios proyectos en común con la Unión Liberal Cubana y la Asociación Iberoamericana por la Libertad: manifestaciones, concentraciones, un congreso de la cultura cubana. Todos para denunciar las violaciones de los derechos humanos en Cuba y ayudar a la oposición interna. Participé con gran entusiasmo en estos eventos comunes, por su importancia y calidad.

Mi contribución personal a la causa de la libertad y democracia en Cuba ha recibido reconocimientos en el exilio. Entre otros, los del Centro Cubano de España, el 3 de diciembre de 1996, y la Orden de la Estrella Solitaria del mismo Centro, el 15 de marzo de 2015. En Miami, el Municipio de Unión de Reyes en el Exilio me señaló como Hijo Predilecto el 4 de marzo de 2015. En el Municipio en el Exilio ha trabajado mucho, dando un servicio desinteresado y extraordinario, nuestro amigo unionense Julito Estorino.

Lourdes y mis hijas estuvieron a diario al pie de mi cama. Las 37 noches que pasé ingresado estuve acompañado, fundamentalmente por ellas. El padre José María me visitaba casi a diario. Llevaba en su coche a Lourdes al hospital, cuando ella iba a quedarse conmigo en las noches. Recibí el acompañamiento, la ayuda, las visitas y llamadas de familiares, amigos y compañeros de trabajo. Diariamente, los capellanes del hospital me traían la comunión.

Necesito relatar más detalladamente, como terapia para mí y para que no quede en el olvido una experiencia de sufrimiento, lo ocurrido con mi cáncer del riñón izquierdo.

El 4 de junio de 2007, acompañé a Marina, la madre de Lourdes, a una ecografía. Estando en la consulta, pedí a la Dra. Rodríguez—radióloga de Orcasitas a quien conocía hacía varios años— que me hiciera otra a mí, para revisar cómo estaba mi próstata: entraba ya en la edad de riesgo—55 años, a punto de cumplir los 56. Mientras me hacía la ecografía, le sugiero que subiera un poco más de zona para ver cómo estaban mis riñones. Se detecta entonces una masa sólida en el riñón izquierdo. La doctora me aconseja que me

hicieran, lo antes posible, un TAC o una Resonancia Magnética. Fui al Hospital 12 de Octubre, hablé con un médico internista que conocía y, al día siguiente: 5 de junio de 2007, una angiografía confirma el tumor. El mismo internista fue a ver a los urólogos, que me citaron en el hospital. Me plantearon una intervención por laparoscopia para extirpar la lesión. Tal como estaba situado el tumor, sería posible conservar el resto del riñón.

Acepté. El 24 de junio de 2007 ingresaba en la sala de urología del mismo hospital. Los Drs. Juan Passa Martínez y José Manuel Duarte Ojeda llevaron a cabo la intervención al día siguiente, el 25 de junio de 2007. Una nefrectomía parcial del riñón izquierdo. El Dr. Ángel Tejido, con los residentes me pasó visita después, a diario—aunque también venía a verme el Dr. Juan Passa. Según el criterio de anatomía patológica y los resultados de la Resonancia Magnética, el diagnóstico fue un adenocarcinoma de células claras T1 A de grado nuclear 2 de Fuhrman.

El viernes 29 me iban a dar de alta médica, pero comuniqué a los facultativos que “tenía la impresión de tener un hematoma abdominal”. Me dejaron ingresado ese fin de semana. Mientras Lourdes me ayudaba, en el baño del hospital tuve un síncope, similar al que había sufrido ella años atrás, después de su trombo embolismo. Al recobrar la conciencia, un médico residente me pregunta “si estaba nervioso”. Lo miré fijamente. Sentí el deseo de expresar barbaridades: este médico estaba soltando algo semejante a alguien que acababa de haber sido sometido a una cirugía reciente. Lo primero que hay que considerar, en ese caso, es en una posible hemorragia interna—aún más cuando continuaba ingresado por sospechas de un hematoma.

El día 2 de julio me hicieron un primer TAC abdomino-pélvico que señaló un hematoma significativo. Ni los radiólogos ni los urólogos sabían claramente el origen de ese sangramiento. Sospecharon que lo había podido provocar una lesión del bazo durante

la intervención. Me dejaron en reposo absoluto, sin moverme de la cama. El 5 de julio me hicieron un nuevo TAC, y otro el 15 de julio. Pero no se llegaba a un diagnóstico claro sobre el sangramiento. Durante el ingreso, recibí una transfusión sanguínea –tres bolsas– pues sufría anemia. Diariamente me inyectaron un antibiótico intravenoso para evitar una infección producto de la hemorragia abdominal. Por la operación se presentó otra complicación: un hemidiafragma izquierdo elevado y derrame pleural, la intervención finalmente me dejó una eventración –hernia en la pared del abdomen– en la fosa iliaca izquierda, en el lugar del orificio por donde habían sacado el tumor. De esa eventración fui operado 10 años después, en 2017.

Un médico residente quiso darme el alta médica a finales del mes de julio. Casi todos los facultativos estaban de vacaciones en esa fecha: no se encontraban los que me intervinieron, tampoco el Dr. Tejido que había seguido la evolución. Pedí a Lourdes que fuera a buscar a un internista que venía a verme: yo no estaba conforme con el alta, ya que aún no se había determinado el origen del sangramiento. El internista que conocía el caso solicitó un nuevo TAC

El 4 de junio de 2007, acompañé a Marina, la madre de Lourdes, a una ecografía. Estando en la consulta, pedí a la Dra. Rodríguez –radióloga de Orcasitas a quien conocía hacía varios años– que me hiciera otra a mí, para revisar cómo estaba mi próstata: entraba ya en la edad de riesgo –55 años, a punto de cumplir los 56. Mientras me hacía la ecografía, le sugiero que subiera un poco más de zona para ver cómo estaban mis riñones. Se detecta entonces una masa sólida en el riñón izquierdo.

–el cuarto desde que se presentó la complicación. El Dr. Juan Utrilla Moro, médico de familia, compañero de trabajo y excelente persona, me acompañó al servicio de radiología –desgraciadamente, el Dr. Utrilla falleció unos años después, de un cáncer cerebral. Antes de hacerme el TAC del 25 de julio, la radióloga Dra. Yolanda Revilla Ostolaza revisó los anteriores y ya sospechó que yo tuviera un pseudoaneurisma del riñón operado. Cuando terminó de realizarme la prueba, confirmó ese diagnóstico. Ojalá hubiera sido esa radióloga quien interpretara los anteriores TAC. Incluso me dijo: “lo que le tienen que hacer a usted es una embolización con coils: no deje que le hagan otra cosa”.

Cuando subo a la planta, inmediatamente me comunico por teléfono con el Dr. Juan Carlos –anestesiista, esposo de una compañera enfermera, Celeste Goyanes, ambos buenos amigos. Le pido a Juan Carlos que me averigüe con algún urólogo qué hacer en casos como este. Me confirmó lo de la embolización. Por otra parte, contacté con Chuchi –el hermano de Magui, la esposa de Orlando Ojeda, radiólogo que vive en EUA– para saber su opinión. Me puso al habla con un médico cubanoamericano experto en embolización: también opinó lo mismo. En ese momento tenía todas las dudas y angustia del mundo, y por eso quería conocer el criterio médico de más de un especialista. El día 26 de julio, antes de practicar la embolización, una Eco Doppler confirmó el diagnóstico definitivo que realizó el Dr. Ángel Sánchez Guerrero, un gran profesional en esta especialidad.

El 1 de agosto me dan alta médica, después de la embolización. Ya estaba de regreso de sus vacaciones el Dr. Passa. Se sorprendió de todo lo que había pasado en su ausencia. A partir de ahí, las revisiones médicas en consulta externa me las hace el Dr. Federico de la Rosa Kehrman, magnífico médico y persona –con el tiempo nos hemos hecho grandes amigos. Durante el ingreso conocí a un enfermero que me atendía, Sergio Vilches Castellano, buen pro-

fesional, atento y servicial, con quien, con el tiempo, Lourdes y yo hemos hecho amistad. También con un acompañamiento y apoyo médico del excelente internista y amigo Dr. Salvador Mateo Álvarez. Estando en la parroquia, a las pocas semanas de la operación, una señora me pregunta “si me sentía bien”. Le contesté que no: sospechaba que algo extraño ocurría todavía en mi interior. Pensaba que el pseudoaneurisma no se había acabado de resolver, a pesar de la embolización con coils.

Efectivamente, el 28 de octubre de 2007, al recibir los resultados de una Eco Doppler que me habían hecho unos días antes, el 22 de ese mismo mes, debo ingresar de nuevo. Se ha detectado una recidiva del pseudoaneurisma posnefrectomía parcial izquierdo. El 29 de octubre me vuelven a embolizar con múltiples coils. Al día siguiente, 30 de octubre de 2007, salgo con alta médica del hospital. Revisiones periódicas, primero con TAC y Eco Doppler, al cabo de un tiempo sólo con TAC, han dado todas resultados normales.

La servicial amiga y gran radióloga Dra. Concepción Merino Sánchez con su profesionalidad ha estado atenta para interpretar los TAC sucesivos que me han continuado haciendo y darme tranquilidad.

Lourdes y mis hijas estuvieron a diario al pie de mi cama. Las 37 noches que pasé ingresado estuve acompañado, fundamentalmente, por ellas. El padre José María me visitaba casi a diario. Llevaba en su coche a Lourdes al hospital, cuando ella iba a quedarse conmigo en las noches. Recibí el acompañamiento, la ayuda, las visitas y llamadas de familiares, amigos y compañeros de trabajo. Diariamente, los capellanes del hospital me traían la comunión. Entre los amigos que me visitaban estaba Carlos Faxas. El día que me dieron de alta médica, Carlos fue a visitarme con una gelatina de fresa. Al llegar y ver la cama vacía, se llevó un gran susto: pensó lo peor. Algunas veces me comenta, en sus visitas y cuando participamos en familia o con amigos de sus veladas magistrales al piano:

Entre las anécdotas sucedidas mientras estuve ingresado, anoto dos. Mi compañero el Dr. Miguel Fernández Pineda declaró: “un médico cura, dos dudan y tres, muerte segura”. El Dr. Miguel Ángel Lozano –especialista en radioterapia oncológica, hermano y amigo de nuestra parroquia– refiriéndose a todas las complicaciones, advirtió: “cuídate de los médicos”. El Dr. Miguel Ángel me daba mucha seguridad cada vez que me lo encontraba los domingos en la iglesia. Siempre me decía: “estás curado”.

“Tony, lamento que mucho antes no me cogieras por un brazo y me obligaras a quedarme en España como asilado”. Carlos viajaba con el Ballet Nacional de Cuba, como pianista acompañante, y pasó múltiples veces por España hasta que decidió quedarse. Lo ayudé para el asilo y lo animé para hacer las oposiciones. Hoy día es pianista titular de la Compañía Nacional de Danza.

Entre las anécdotas sucedidas mientras estuve ingresado, anoto dos. Mi compañero el Dr. Miguel Fernández Pineda declaró: “un médico cura, dos dudan y tres, muerte segura”. El Dr. Miguel Ángel Lozano –especialista en radioterapia oncológica, hermano y amigo de nuestra parroquia– refiriéndose a todas las complicaciones, advirtió: “cuídate de los médicos”. El Dr. Miguel Ángel me daba mucha seguridad cada vez que me lo encontraba los domingos en la iglesia. Siempre me decía: “estás curado”.

El nacimiento de los nietos ha sido una bendición al final de nuestras vidas. Hemos tenido la oportunidad –porque así lo hemos querido Lourdes y yo y, por supuesto, sus padres– de participar de una manera activa en su formación y desarrollo.

Esto nos enriquece enormemente. Intentamos volcar sobre nuestros nietos el amor y los valores positivos. Todos cariñosos, cada uno con sus propias características, son muy buenos niños y transmiten alegría. Contemplarlos en sus juegos, corriendo por la casa que ponemos a su disposición –desde el salón a los dormitorios–, nos hace felices. Damos gracias a Dios por ello.

Beatriz contrajo matrimonio con Rubén Mostazo Jiménez en la Parroquia San Juan Bautista en Madrid el día 11 de octubre de 2008. Cecilia contrajo matrimonio con José Antonio (“Pepe”) Martín Vázquez en la Parroquia San Juan Bautista en Madrid el día 16 de octubre de 2010. Mis hijas han unido sus vidas a dos

personas excelentes, por sus valores, compromiso con la familia, responsabilidad con el trabajo, seriedad y entrega. Así son ellas también, por eso damos gracias a Dios. No es fácil, en medio de nuestro mundo, reunir esas virtudes.

Aparte de los viajes a EUA, entre los hechos a otros países, quiero referirme antes al último que dimos los cuatros juntos –Lourdes, Beatriz, Cecilia y yo–, entre el 19 de julio y el 4 de agosto de 2002, a París. Allí nos quedamos en casa de Aixa –la hija de Oslidia, la madrina de Cecilia–, en las afueras de la ciudad. Fue un viaje maravilloso y entrañable. Hicimos los trayectos de ida y vuelta en tren. Cecilia nos sirvió de guía por París. La conocía, desde cuando había vivido allí por un intercambio con una chica francesa, que se había quedado en nuestra casa y mientras Cecilia hacía lo mismo en la suya.

Lourdes y yo dimos otros viajes que nos aportaron grandes experiencias. En julio de 2005, a Roma. En agosto de 2013, de nuevo a Italia, pero con un recorrido más completo: Roma, Pompeya, Nápoles, Siena, Florencia, Pisa, Padua, Bolonia, Milán y la excepcional Venecia.

En julio de 2009 visitamos Portugal: Lisboa y Fátima. Subir al Santuario y hacer oración en la capilla de la Virgen constituyó para mí una experiencia de Fe excepcional. En julio del año siguiente, 2010, repetimos viaje de varios días a Portugal y llegamos, entre otras ciudades, a Oporto, Braga y Guimãraes.

Hemos estado en Tierra Santa dos veces, con diferentes grupos: en julio del 2009 y en agosto del 2017. Sin lugar a duda estos desplazamientos a Tierra Santa han sido los mejores viajes, no de mero turismo. La peregrinación y la participación en oraciones, cantos y celebraciones con los grupos y sus guías. Han sido de un gran valor espiritual, religioso, antropológico e histórico.

En julio de 2006, fuimos a la República Checa y Austria. Una de las visitas más impresionantes de este viaje –por la crueldad que se cometió en el lugar, en un momento histórico todavía reciente– fue la que hicimos al Campo de Concentración de Terezín, en Chequia.

En septiembre de 2008 visitamos Berlín con Cecilia. Allí contemplamos lo que quedaba del Muro de Berlín, y pudimos apreciar las diferencias entre la zona este –hasta 1989 ocupada por los comunistas como RDA– y la oeste –administrada mientras tanto por la República Federal de Alemania con democracia. Casi 20 años después de la unificación, aún se apreciaba una parte de la ciudad, la ex comunista, más atrasada y gris: incluso sus ciudadanos trabajaban con un ritmo más lento.

Otro viaje excepcional, por su significado personal, fue el de julio de 2011 a Polonia: Varsovia, Cracovia, Toruń, Poznań. La primera vez que oí hablar de Poznań fue a principios de la década de los 60, leyendo, en la revista Selecciones de Reader's Digest, sobre las protestas de los obreros contra el régimen comunista, en junio de 1956. Estábamos ahora junto al Monumento a las Víctimas de esa sublevación. En este viaje a Polonia, fue muy especial la visita al Complejo de Campos de Concentración en Auschwitz (Oświęcim) y allí Auschwitz-Birkenau, donde meditamos y reflexionamos sobre lo que es capaz de hacer el ser humano –la crueldad sin límites a que puede llegar– y el sufrimiento de inocentes. Estuvimos también en el Santuario de Częstochowa, donde se venera la Virgen Negra tan querida por los polacos. Fue para nosotros una experiencia de Fe extraordinaria. En el Santuario, como en todas las ciudades que visitamos, advertimos el compromiso de muchos jóvenes polacos con su Fe católica, algo que no hemos visto en otras partes del mundo actual.

Recibimos la alegre noticia que Cecilia estaba embarazada: el día 10 de agosto de 2012 nació nuestra primogénita, la nieta Carmen.

Después, otra alegría más fue el embarazo de Beatriz: el 23 de mayo de 2013, nació Nerea.

Un día, mientras me dirigía al Centro de Salud de Orcasur, una llamada de Cecilia, con el teléfono en manos libres, me da la noticia que había confirmado por una ecografía que su segundo embarazo era de un varón. Me emocioné mucho. Había tenido hijas y hasta ese momento dos nietas, por eso fue una gran alegría saber que iba a tener un nieto. Mario nació el 24 de abril 2014.

Después llegaron dos alegrías más: la hija de Beatriz, Sara, nuestra cuarta nieta, nació el 18 de junio de 2016 y la tercera hija de Cecilia, Marina, que nació el 20 de noviembre de 2016.

El nacimiento de los nietos ha sido una bendición al final de nuestras vidas. Hemos tenido la oportunidad –porque así lo hemos querido Lourdes y yo y, por supuesto, sus padres– de participar de una manera activa en su formación y desarrollo. Han estado en casa hasta los tres años de edad, durante el horario en que sus padres trabajaban, hasta comenzar la escuela. Después, hemos seguido, con un contacto estrecho, sus actividades diarias. El colegio está en la esquina de nuestra casa, y muchas veces los llevamos y los recogemos y esperan a sus padres en nuestra casa. En las vacaciones escolares de Semana Santa, verano y Navidad, durante el tiempo que sus padres deben todavía trabajar, los nietos vienen a nuestra casa para estar con nosotros.

Todo esto nos enriquece enormemente. Intentamos volcar sobre ellos el amor y los valores positivos. Todos cariñosos, cada uno con sus propias características, son muy buenos niños y transmiten alegría. Contemplarlos en sus juegos, corriendo por la casa que ponemos a su disposición –desde el salón a los dormitorios–, nos hace felices. Damos gracias a Dios por ello.

Cama de hospital

Cuando me ocurrió el IAM medité cómo la vulnerabilidad de nuestro cuerpo físico es tremenda. En un segundo, te puede cambiar toda tu vida o partir de este mundo. Nuestro cerebro tiene esa información, la hemos comprobado cada día —más yo que ejerzo la Medicina. Pero cuando nos ocurren estos hechos a nosotros, tomamos una conciencia individual e intensa: los vemos ya muy cerca, el fin se manifiesta posible e inminente. Reflexionaba la diferencia de los sentimientos y pensamientos cuando se me presentaron el cáncer renal y el IAM. Con el tumor, fueron de un sufrimiento lento: la espera por el resultado de la prueba, el sentir una molestia o dolor y pensar si era o no una recidiva del cáncer. Con la neoplasia, puedes ir preparándote —si es que uno se puede preparar del todo para los sufrimientos y a la probable muerte. En el caso del infarto, lo frágil, finito y vulnerable de la situación era lo que me impulsaba a y centraba la meditación. Reflexioné y reflexiono cómo todo sufrimiento adquiere sen-

tido al ofrecerlo junto al dolor de Cristo y de los demás seres humanos que sufren. Que la enfermedad es una consecuencia inevitable de la finitud del hombre y del mundo. Que, en muchas ocasiones, somos responsables del sufrimiento cuando hemos descuidado la salud de mil maneras o asumimos riesgos inútiles. Asegura un dicho popular: “Dios perdona siempre, los seres humanos a veces, la naturaleza nunca”. El Creador tuvo una alternativa: crear a los seres humanos expuestos al sufrimiento o no crearlos en absoluto. Pero la mañana de Pascua da sentido a todo y a todos.

Un día del año 2013, Marina, la madre de Lourdes, nos dice que sentía un dolor agudo en el epigastrio, que se irradiaba a ambos lados. Llamamos a urgencias y fue trasladada al Hospital Ramón y Cajal. Presentaba una pancreatitis aguda, aunque no había antecedentes que hicieran sospechar esta patología —ni tan siquiera había tenido una enfermedad de la vesícula biliar. Estuvo ingresada unos días. Uno de esos días, mientras la acompañábamos en el hospital, se fue apagando. Empezó a respirar cada vez más lentamente y, sin sufrimiento, falleció. Era el día 17 de abril de 2013.

Fue velada en el tanatorio del mismo hospital, como antes papi y Segundo. Al igual que nuestros padres que habían fallecido, fue cremada. Nuestra Señora de los Remedios hizo también los servicios funerarios. Sus cenizas están junto a Segundo y mis padres en

el cementerio de Getafe. Solamente llegó a conocer, de nuestros nietos, a Carmen.

No hay un solo día del año y una sola Eucaristía que no tenga presente a nuestros padres, al igual que a mis abuelos y tíos que nos han precedido en el Sueño de la Paz. Los recuerdos de los momentos vividos juntos, sus ejemplos de vida, sus consejos, su amor hacia nosotros son una constante en mi vida.

El día 12 de marzo de 2015 amanecí con el brazo “dormido” con una parestesia en todo el miembro superior izquierdo (MSI). En un primer momento pensé que la provocaba una mala postura o un problema en las cervicales, pero me recuperaba poco y de forma muy lenta. Empecé a tener dudas si fuera eso o un probable infarto agudo de miocardio (IAM), aunque presentaba pocos síntomas: no sentía dolor, ni los otros signos clínicos del infarto.

Durante toda la mañana estuve preocupado, pero cometí el disparate de no ir o llamar a urgencias para salir de dudas. Lo comenté con Lourdes, pero como ella me veía más o menos normal, pensó que sería algo sin importancia. Comí ligero y conduje hasta el Centro de Salud, otro error grave por mi parte.

Al llegar al Centro, pedí a mi compañero el Dr. Javier Moreno que me hiciera un electrocardiograma. Apareció un dudoso ascenso del ST en derivaciones inferiores. Llamaron a la Unidad de Vigilancia Intensiva (UVI), y me trasladaron al hospital 12 de Octubre. Allí me hicieron analíticas, ecocardiograma y radiografía de tórax. Recuerdo perfectamente que el médico que estaba haciendo la ecografía dijo: “presenta una hipoquinesia de segmentos basales de la cara inferoposterior”. Inmediatamente me trasladaron para realizarme una coronariografía urgente. El cardiólogo que la hacía me dijo: “piensa en algo relajante”. Me entregué a la oración y a buscar pensamientos positivos. Podía ver por una pantalla todas mis arterias coronarias, cuando el mismo facultativo agregó: “Como verás, tienes las arterias principales en buen estado. Presentas una

oclusión de aspecto trombótico, con escaso territorio distal a las mismas, a nivel de la arteria descendente posterior distal y la posterior lateral distal. No podemos poner sten, sólo recomendar un estilo de vida saludable”. Se refería a hacer dieta sana, ejercicios, disminuir la ansiedad y, por supuesto, tomar el tratamiento. Pensé en mis nietos. Ya habían nacido Carmen, Nerea y Mario. Lo importante era que me cuidara para seguir junto a ellos, y que experimentaran el amor de un abuelo.

Me dieron de alta del hospital el 17 de marzo de 2015. Siempre mantuve la conciencia, nunca presenté dolor como tal. Sí la parestesia, que en algún momento se extendió al miembro superior derecho. A pesar que me preguntaban con insistencia si sentía dolor, siempre respondí que no. Aun así, alguien escribió en el informe del hospital que “presenté dolor torácico opresivo irradiado a brazo izquierdo de 2 horas de duración”. Nunca sentí dolor opresivo como tal.

Después del ingreso, me derivaron al Servicio de Rehabilitación Cardíaca del mismo hospital. Me alegro mucho haber pasado por este servicio. Es muy eficiente: te enseñan hacer ejercicios y hasta dónde puedes llegar. También dan conferencias sobre alimentación, ansiedad, ejercicios, anatomía y fisiología del corazón. Asistí a las de alimentación y ansiedad, porque los otros temas los conocía bastante bien. Lo que sí asistí, tres días a la semana, a los ejercicios de bicicleta estática (30 minutos) y fisioterapia. La rehabilitación cardíaca fase II duró dos meses. Al frente de este Servicio de Rehabilitación estaban magníficos profesionales: la cardióloga Dra. Rocío Tello de Meneses, la rehabilitadora Dra. Paz Sanz Ayán, el fisioterapeuta Juan Izquierdo García y la enfermera (DUE) Catalina Munera Jiménez. Con ellos he mantenido el contacto e incluso hemos dado juntos formación a sanitarios de Atención Primaria.

Cuando me ocurrió el IAM medité cómo la vulnerabilidad de nuestro cuerpo físico es tremenda. En un segundo, te puede cambiar toda tu vida o partir de este mundo. Nuestro cerebro tiene esa información, la hemos comprobado cada día –más yo que ejerzo la medicina. Pero cuando nos ocurren estos hechos a nosotros, tomamos una conciencia individual e intensa: los vemos ya muy cerca, el fin se manifiesta posible e inminente. Reflexionaba la diferencia de los sentimientos y pensamientos cuando se me presentaron el cáncer renal y el IAM. Con el tumor, fueron de un sufrimiento lento: la espera por el resultado de la prueba, el sentir una molestia o dolor y pensar si era o no una recidiva del cáncer. Con la neoplasia, puedes ir preparándote –si es que uno se puede preparar del todo para los sufrimientos y a la probable muerte. En el caso del infarto, lo frágil, finito y vulnerable de la situación era lo que me impulsaba y centraba la meditación. Reflexioné y reflexiono cómo todo sufrimiento adquiere sentido al ofrecerlo junto al dolor de Cristo y de los demás seres humanos que sufren. Que la enfermedad es una consecuencia inevitable de la finitud del hombre y del mundo. Que, en muchas ocasiones, somos responsables del sufrimiento cuando hemos descuidado la salud de mil maneras o asumimos riesgos inútiles. Asegura un dicho popular: “Dios perdona siempre, los seres humanos a veces, la naturaleza nunca”. El Creador tuvo una alternativa: crear a los seres humanos expuestos al sufrimiento o no crearlos en absoluto. Pero la mañana de Pascua da sentido a todo y a todos.

Con esta gestión negligente e irresponsable, establecida por los observatorios epidemiológicos y las autoridades políticas, nos pudimos contagiar muchos sanitarios y pacientes. Mientras teníamos el virus ya instalado en nuestro territorio, nos limitábamos a interrogar a los pacientes si “habían viajado a las regiones de riesgo” o “habían tenido contacto con alguien que hubiera estado allí”.

Terminando estas memorias, me encuentro en una situación que no había pensado que nos ocurriera en nuestra vida: la pandemia del coronavirus o Covid-19, producida por el SARS-COV-2. Una tragedia global donde nos encontramos inmersos todos.

En diciembre de 2019, comienzo a escuchar noticias de una nueva enfermedad que surge en Wuhan, una región de China. Algunas personas estaban muriendo de neumonía. Todavía los sucesos estaban lejos de nosotros: parecía que sería algo que seguramente quedaría en aquella región, como otras epidemias que habían azotado a países de Asia o África. Poco después conozco de la existencia de un médico chino a quien el régimen comunista había obligado a retractarse públicamente, luego que el facultativo intentara dar

a conocer una nueva y rara enfermedad que producía una neumonía diferente y mataba a personas. El propio joven médico, Li Wen Liang, murió víctima de esta enfermedad poco después.

La epidemia comienza acercarse a nosotros: se sabe que se expande con rapidez por el norte de Italia. Como continuó como médico de familia en el centro de salud de Orcasur, nos van llegando informes y protocolos a seguir. Durante los meses de enero y febrero, y hasta el 9 de marzo de 2020, estos protocolos nos indicaban –y teníamos que aplicar sus regulaciones– que se podía considerar que “probablemente tuvieran el coronavirus” si los pacientes que llegaban “presentaban clínica” –al principio, principalmente fiebre, dolores musculares, tos seca y disnea– y “si cumplían con la epidemiología”. Es decir, si esos pacientes habían ido de viaje a China, luego se preguntó si lo habían hecho a Italia y otras regiones del mundo o habían tenido contacto con personas que había viajado allí. En primer lugar, nos podíamos encontrar con pacientes que ya tenían la enfermedad, estaban delante de nosotros y no teníamos la protección adecuada, ni la información suficiente sobre la enfermedad. En España, ya en febrero era manifiesto que el virus estaba contagiando a la comunidad. No era una infección que “vendría de importación”, como se afirmaba oficialmente en las comparecencias, comunicados y protocolos del Ministerio de Sanidad. Se constataba en consulta a pacientes con síntomas que se debían diagnosticar como “aparente gripe común”, “catarros” o incluso con “posibles alergias”.

Con esta gestión negligente e irresponsable, establecida por los observatorios epidemiológicos y las autoridades políticas, nos pudimos contagiar muchos sanitarios y pacientes. Mientras teníamos el virus ya instalado en nuestro territorio, nos limitábamos a interrogar a los pacientes si “habían viajado a las regiones de riesgo” o “habían tenido contacto con alguien que hubiera estado allí”. Con la globalización, los desplazamientos continuos y generalizados

El 3 de marzo los sanitarios recibimos un comunicado que advertía que no deberíamos asistir a congresos, talleres, cursos o reuniones en ningún centro sanitario fuera del nuestro. Que no debía entrar ningún sanitario de fuera al centro donde trabajáramos. Que limitáramos las reuniones internas. Pero, al mismo tiempo, el gobierno español no suspendía la asistencia a grandes eventos deportivos, ni viajes a o desde Italia, ni manifestaciones multitudinarias como la del 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer, en el centro mismo de la capital. Todo esto favoreció la propagación del virus, induciendo una falsa sensación de seguridad en la población.

de personas entre países y aún más, considerando ya por la cercanía territorial y humana de Italia con España –en la práctica, casi dos provincias de un mismo país–, era lógico contemplar el contagio del virus de una manera comunitaria. O sea, que lo teníamos aquí hacía semanas y no simplemente que iba a llegar por importación de casos infectados.

Comencé a preocuparme al ver las estadísticas de lo que cada vez más estaba sucediendo en Italia y que en España no se tomaban medidas. Es más, cómo oficialmente se minimizaban escandalosamente los hechos. El 3 de marzo los sanitarios recibimos un comunicado que advertía que no deberíamos asistir a congresos, talleres, cursos o reuniones en ningún centro sanitario fuera del nuestro. Que no debía entrar ningún sanitario de fuera al centro donde trabajáramos. Que limitáramos las reuniones internas. Pero,

El PCR nos dio negativo –en mi caso, el resultado se confirmaba una segunda vez. Teníamos ya más seguridad de no contagiar. Los de anticuerpos nos dieron positivo: en principio, disponíamos de defensas contra el coronavirus. Pero con este virus no se sabe con seguridad aún si uno se puede volver a infectar o no, y cuánto duran los anticuerpos.

al mismo tiempo, el gobierno español no suspendía la asistencia a grandes eventos deportivos, ni viajes a o desde Italia, ni manifestaciones multitudinarias como la del 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer, en el centro mismo de la capital. Todo esto favoreció la propagación del virus, induciendo una falsa sensación de seguridad en la población. El día 9 de marzo ya se comienza a hablar que se suspenderán las clases de los niños. El miércoles 11 de marzo se cerraron los colegios en la Comunidad de Madrid, los primeros en España, a petición de las autoridades de la Comunidad. A partir del día 14 de marzo el gobierno español decreta un estado de alarma y la confinación en sus casas de la mayoría de la población de España, exceptuando a quienes desempeñan “trabajos esenciales”: sanitarios, farmacéuticos, trabajadores de los mercados de alimentación, policías.

En la noche del 13 de marzo, Lourdes comienza a manifestar síntomas de febrícula y dolores musculares. Dos días después, pérdida del olfato (anosmia) y del gusto (ageusia). Nos damos cuenta que padece la Covid-19. En casa nos separamos, pero ya era tarde: el lunes 16 de marzo inicio con febrícula, dolores musculares, tos seca, astenia, y ligera pérdida del olfato y del gusto. Fui enseguida al centro de salud, donde me hicieron la prueba del PCR, que detecta el coro-

navirus. Regresando a casa, en el coche comencé a experimentar muchas náuseas. Sólo pedía al Señor poder llegar bien.

Nos aislamos en nuestro domicilio. Cada día que pasaba lo vivíamos con precaución: ya teníamos información que, a la semana aproximadamente, podíamos tener un empeoramiento por neumonía. Pasados unos siete días, recibí una llamada que me comunicaban que el PCR que me hicieron había dado positivo, y confirmaba mi enfermedad. A mí me hicieron otro PCR, para ver si mantenía el virus y podía todavía contagiar, el Viernes Santo, día 10 de abril 2020. A los 26 días después de comenzar con los síntomas, aún daba positivo. A la siguiente semana, el 17 de abril, a los 33 días del inicio de la enfermedad, me repiten el test y continuo positivo. El 30 de abril, el servicio sanitario madrileño me repite la prueba PCR, a los 46 días de los primeros síntomas, y doy por fin negativo. La repetición de pruebas tan seguidas nos la hacían a los sanitarios enfermos para que, en cuanto diéramos negativo, pudiéramos regresar al servicio en la consulta.

Había hablado con Salud Laboral de mi Dirección Asistencial y establecen para mí una adaptación del puesto de trabajo: mientras dure la pandemia no debo ver a pacientes respiratorios. Por causa de mis antecedentes de edad, hipertensión arterial y el infarto agudo de miocardio que había sufrido. Como a Lourdes no se le había podido hacer pruebas, yo tenía esos riesgos añadidos y, sobre todo, para poder más adelante, con algo de mayor seguridad, estar con los nietos, decidimos ir a la Clínica Universitaria de Navarra, que está en Madrid, para realizar los análisis de PCR y anticuerpos. El PCR nos dio negativo –en mi caso, el resultado se confirmaba una segunda vez. Teníamos ya más seguridad de no contagiar. Los de anticuerpos nos dieron positivo: en principio, disponíamos de defensas contra el coronavirus. Pero con este virus no se sabe con seguridad aún si uno se puede volver a infectar o no, y cuánto duran los anticuerpos.

El día 24 de abril es el cumpleaños de nuestro nieto Mario. Era el primero de los cumpleaños familiares que celebrábamos en la época del confinamiento domiciliario por la pandemia. La familia no pudo reunirse en su fiesta. Gracias a la tecnología digital, se hizo una vídeo-llamada colectiva por ordenador, y toda la familia de Madrid pudo cantarle, al menos así, el “Cumpleaños Feliz”. Vimos cómo apagaba la vela de los seis años, cómo abría los regalos. Fueron momentos de alegría, pero al mismo tiempo de tristeza y de gran emoción cuando observamos la cara de Mario mientras cantábamos las felicitaciones: tenía una expresión de que deseaba llorar –aunque se contuvo. Alargaba la mano, intentado tocarnos a través de la pantalla.

Durante el tiempo de aislamiento doméstico, me documentaba cada vez más de la información científica sobre la enfermedad. Observábamos la tragedia de las pérdidas de vidas humanas, la saturación de los servicios sanitarios, la falta de material sanitario, los contagios que aumentaban cada vez más –con gran incidencia

entre los sanitarios–, el enorme problema económico que generaba el cierre de la inmensa mayoría de las empresas –sobre todo las pequeñas. Y, ante tal panorama, la pésima gestión que mantenía el gobierno. Ya había reaccionado tarde a la llegada del virus al territorio que debía administrar: no consideraron o no admitieron el contagio comunitario, cometieron equivocaciones frecuentes –como la compra de grandes cantidades de material sin consultar ni menos llegar a acuerdos adecuados con otras fuerzas políticas y sociales distintas a su espectro político– y cambiaban de criterio constantemente en cuanto a las medidas que imponían.

Mientras, las personas confinadas en sus casas, comenzaron a salir a los balcones o se asomaban a las ventanas, cada día a las ocho de la tarde, para aplaudir a los sanitarios y a todos los que trabajaban en los servicios esenciales. Gran parte de la población solidaria se puso a confeccionar mascarillas o material de protección, donaba alimentos, dinero y cualquier otra ayuda a todos aquellos que estaban en una situación de soledad, fragilidad o con problemas económicos. Cáritas, como Cruz Roja y otras ONG, se volcaron en la ayuda a la población y los enfermos necesitados. Las iglesias crearon grupos de WhatsApp para la oración, usan YouTube para participar en misa; algunos canales de televisión, más que nunca, emiten celebraciones litúrgicas.

Ver las calles de España vacías, todo cerrado, las personas confinadas durante semanas en sus casas para reducir el contagio y que en poco tiempo no se produjera un colapso sanitario mayor del que ha ocurrido... parecen episodios de ciencia ficción. Como si estuviéramos atrapados en un largo sueño, pero sabiendo que es la realidad.

Miles de familias han ido experimentando el dolor de no poder acompañar a sus familiares en los hospitales. Al fallecer, no han podido estar a su lado. Las autoridades tienen que habilitar pistas de hielo –las que se usan normalmente para patinaje–, como morgue:

Este tiempo a veces nos rememora la época de Cuba. Por supuesto que aquí tenemos garantizadas la alimentación, agua, luz, gas, internet o comunicaciones... y en Cuba faltaban o escaseaban mucho estas cosas –y casi todo. Pero la represión que implica el confinamiento y las medidas que ha tomado el gobierno, su ineficaz gestión, es lo que nos recuerda la triste realidad cubana.

no daba tiempo de incinerar o enterrar a los cadáveres según la costumbre. La familia no podía velar a los difuntos. Sólo tres familiares muy cercanos a los fallecidos podían participar en los entierros. Cada día que pasaba veíamos cómo aumentaba el número de enfermos y muertos. El sufrimiento de las personas.

También me disgustaba que el gobierno de la nación no decretara un duelo oficial. Algún gesto: banderas a media asta, un lazo en la solapa, corbatas oscuras o negras, el lazo negro en una parte de la pantalla de la televisión en las diferentes cadenas. También me ha parecido desconsiderado, por una parte de la población, que, en el momento de salir aplaudir, pusieran música y muchas veces bailaran en las terrazas, teniendo quizás a un vecino fallecido. En otras circunstancias anteriores, con muchos menos fallecidos –como en el atentado terrorista islámico del 11 de marzo de 2004–, se mantuvo una actitud oficial y por parte de la población de mayor respeto a los muertos, de luto. Me han parecido bien los aplausos para los sanitarios y todos aquellos que están sacrificándose y arriesgándose en los diferentes trabajos esenciales, pero pésima esa actitud de no recordar, durante semanas, los miles y miles de muertos por el coronavirus. Que seguramente son más que los reconocidos oficialmente: no se han tenido en cuenta a muchos que han fallecido en sus domicilios y residencias –de ancianos o comunidades religiosas– sin

haberles hecho un test de confirmación, a pesar de presentar síntomas claros de la infección.

La normalidad efectiva tardará mucho tiempo en llegar. Está supeditada al establecimiento de tratamientos eficaces o el esperado descubrimiento de una vacuna efectiva. Eso puede tardar muchos meses, quizá años. Las costumbres en los saludos, las distancias entre personas, la organización en los trabajos, la asistencia a los lugares de ocio o culturales, los viajes... tendrán que ser muy diferentes. Una prioridad será siempre evitar el contagio. Pienso además que la humanidad tiene que prepararse para otras futuras pandemias. Entonces los hábitos, la salud pública, la sanidad y las gestiones que se hagan jugarán un papel trascendental para el futuro de nuestra especie.

Este tiempo a veces nos rememora la época de Cuba. Por supuesto que aquí tenemos garantizadas la alimentación, agua, luz, gas, internet o comunicaciones... y en Cuba faltaban o escaseaban mucho estas cosas –y casi todo. Pero la represión que implica el confinamiento y las medidas que ha tomado el gobierno, su ineficaz gestión, es lo que nos recuerda la triste realidad cubana.

Otro sufrimiento, en estos momentos de alarma, es no poder estar con la familia y nuestros nietos Carmen, Nerea, Mario, Sara y Marina. Ellos permanecieron confinados con sus padres en sus casas sin salir, desde el día 11 de marzo de 2020 al domingo 26 de abril, cuando ya les fue autorizado dar un paseo de una hora, con uno de sus padres, sólo hasta 1 km de distancia de sus domicilios. Aunque, como más adelante se verá, la evolución de la pandemia en España se va reflejando en las distintas medidas que se van tomando, destinadas a ir retomando progresivamente lo que se ha etiquetado como “nueva normalidad”.

Nuestra familia es numerosa y compartimos con mucha frecuencia, en particular con los nietos y las hijas. Hemos celebrado siempre

En esta etapa de la pandemia medito una vez más sobre lo vulnerables que somos. La finitud, la fragilidad humana. A pesar que muchas veces pensamos que tenemos un poder indestructible, gracias a los adelantos que han alcanzado la ciencia y la tecnología. Pienso en la arrogancia del hombre al creer que tiene el control de la naturaleza. Un virus, que es un mero agente acelular, un parásito que necesita de una célula para reproducirse, da un vuelco a esa autosuficiencia.

Reflexiono sobre la vida acelerada que llevamos, medida por las ocupaciones y la búsqueda de tantas distracciones que nos liberen de pensar. Parece no hubiera tiempo para interiorizar, preguntarse y buscar el sentido profundo de las cosas. Sin embargo, basta un virus, un ácido ribonucleico (ARN), que no es ni tan siquiera una célula, que nos puede producir una enfermedad mortal, y ya nos descolocamos. Todos los planes cambian. Pero se nos presenta una oportunidad para darnos cuenta qué es lo importante y qué no.

juntos los cumpleaños, las navidades, las visitas de familiares y amigos de otros países. Perder todos esos encuentros físicos, no poder compartir con ellos es muy doloroso. Que nuestros nietos no hayan podido venir a casa durante este largo período de tiempo. No verlos jugar. Limitarnos al contacto electrónico: ver y hablar durante meses con los nietos y demás familia en una pantalla, por videoconferencia, llamadas telefónicas o WhatsApp, es muy duro.

De nuevo recuerdo a mis abuelos María y Antonio, cuando despedían a sus hijos y nietos al marchar de Cuba para el exilio, aunque lo de ellos fuera aún peor, ya que no disponíamos de los medios comunicación que tenemos aquí y ahora. Y que aquellas separaciones se suponían para siempre: el régimen las calificaba de “definitivas”, sobrevenían sin esperanza de que pudieran ver alguna otra vez a los emigrantes –como desgraciadamente así ocurrió, en tantos casos.

El día 24 de abril es el cumpleaños de nuestro nieto Mario. Ha sido el primero que hemos celebrado en la época del confinamiento domiciliario por la pandemia. La familia no pudo reunirse en su fiesta. Gracias a la tecnología digital, se hizo una videoconferencia colectiva por ordenador, y toda la familia de Madrid pudo cantarle, al menos así, el “Cumpleaños Feliz”. Vimos cómo apagaba la vela de los seis años, cómo abría los regalos. Fueron momentos de alegría, pero al mismo tiempo de tristeza y de gran emoción cuando observamos la cara de Mario mientras cantábamos las felicitaciones: tenía una expresión de que deseaba llorar –aunque se contuvo. Alargaba la mano, intentado tocarnos a través de la pantalla.

El 6 de mayo, cumpleaños de Cecilia, hicimos otra videoconferencia toda la familia. Esta vez con la sorpresa que se conectó desde Nueva York el primo de Lourdes, Pedro Ángel. Este día recordé especialmente a mi abuela Estrella Sánchez: también era el de su cumpleaños. El día del aniversario de Nerea, el 23 de mayo, la familia hizo otra videoconferencia conjunta.

Durante el confinamiento los nietos han tenido un comportamiento ejemplar: han ayudado a cocinar, han dado las clases telemáticamente...

En esta etapa de la pandemia medito una vez más lo vulnerables que somos. La finitud, la fragilidad humana. A pesar que muchas

veces pensamos que tenemos un poder indestructible, gracias a los adelantos que han alcanzado la ciencia y la tecnología. Pienso en la arrogancia del hombre de creer que tiene el control de la naturaleza. Un virus, que es un mero agente acelular, un “parásito” que necesita de una célula para reproducirse, da un vuelco a esa autosuficiencia.

Reflexiono sobre la vida acelerada que llevamos, medida por las ocupaciones y la búsqueda de tantas distracciones que nos liberen de pensar. Parece no hubiera tiempo para interiorizar, preguntarse y buscar el sentido profundo de las cosas. Sin embargo, basta un virus, un ácido ribonucleico (ARN), que no es ni tan siquiera una célula, que nos puede producir una enfermedad mortal y ya nos descolocamos. Todos los planes cambian. Pero se nos presenta una oportunidad para darnos cuenta qué es lo importante y qué no.

Por fin, el lunes 25 de mayo del 2020, ocurrió el reencuentro con los nietos e hijas. Fuimos a sus respectivas casas. Abrazarlos, besarlos, jugar con ellos ha sido algo de una alegría indescriptible. Mario le había preguntado a la madre, antes del encuentro, “a cuántos metros tenía que estar de nosotros”. Por supuesto, al vernos nos unimos todos en un abrazo.

Confiamos que no tengamos que regresar a una situación como la anterior, donde no podamos estar juntos. Claro que, por un tiempo, tendremos que mantener una situación atípica, por causa de las medidas de cuidado. Tampoco sabemos qué les pasará mientras asistan al colegio... En definitiva, este virus ha vuelto del revés nuestra vida cotidiana y nuestros contactos. Confiamos que pronto se encuentre una vacuna y/o tratamiento eficaz. También en el año 1918, la llamada “gripe española” fue superada. Después de muchos sufrimientos y de haber tomado medidas similares a estas —contando con menos adelantos en la tecnología y la ciencia.

98

Dios nos ha bendecido

A pesar de la falta de libertad, los sufrimientos y limitaciones que pasé en Cuba, los problemas del exilio, las enfermedades, las situaciones difíciles que hayamos tenido Lourdes y yo... he sido y soy un hombre feliz y afortunado por tener a Cristo en el centro de mi vida y por la familia que he tenido y tengo.

El día 1 de octubre de 2020 comencé mi etapa de pensionista. Aunque un médico jamás se jubila: su profesión es vocacional. El matrimonio formado por Paula, matrona de profesión y Enrique González, traumatólogo —personas muy atentas y cariñosas—, nuestros vecinos y amigos, me regalaron un detalle por la jubilación y, sobre todo, me escribieron una carta muy emocionante sobre nuestra profesión.

Por otro lado, siempre reflexiono sobre el tiempo dedicado al estudio, el trabajo y la política cubana, que me han impedido estar más tiempo con Lourdes y mis hijas. Gracias a Dios que tengo una

esposa, amiga, compañera y cómplice extraordinaria. Lourdes y yo pensamos en muchas cosas de forma igual o muy parecida: en el compromiso con la Fe, en los valores de la vida, en las ideas políticas y en el proyecto común de educar a nuestras hijas. Por todo ello he podido hacer todo lo que hice, pero eso ha tenido un coste —en primer lugar para ellas, y luego para mí. También Lourdes ha contribuido en la educación de nuestras hijas para “atemperar” las situaciones cuando yo era demasiado “duro” y/o exigente con ellas.

Nuestros padres, los míos primeros y después los de Lourdes, pudieron vivir con nosotros y ser atendidos con gran cariño, dedicación y esfuerzo, gracias a Lourdes que siempre estuvo en primera línea. Años antes en Cuba y en España Lourdes lo había hecho con Eladia Iglesias.

Esta autobiografía y/o memoria ojalá sirva a la familia y amigos para conocer vivencias y acontecimientos desconocidos u olvidados; pero sobretodo que les ayude a conocer mejor lo que es capaz el régimen comunista y no se dejen engañar por esa ideología que es una “gran estafa”.

No hay un solo día de mi vida que no tenga presente a Cuba y aún más a mi familia a la cual le doy gracias por todo lo que me ha aportado, como el amor, los principios, los valores y la Fe. Muchos sonidos, olores, sabores, paisajes, canciones, noticias, frases o palabras me hacen evocar diariamente a la familia y a Cuba. Como se desprende de esta autobiografía, mi vida ha girado y gira en gran medida en torno a Cuba.

A pesar de la falta de libertad, los sufrimientos y limitaciones que pasé en Cuba, los problemas del exilio, las enfermedades, las situaciones difíciles que hayamos tenido Lourdes y yo... he sido y soy un hombre feliz y afortunado por tener a Cristo en el centro de mi vida y por la familia que he tenido y tengo. Dios nos ha bendecido a Lourdes y a mí, al final de nuestras vidas, con nuestros nietos.

Dios nos ha bendecido a Lourdes y a mí, al final de nuestras vidas, con nuestros nietos. Por eso intentamos pasar el máximo tiempo posible con ellos. En mi caso, también por ese tiempo que estuve ausente de nuestras hijas, debido a mis actividades. Si los nietos nos tuvieran presentes, y percibieran nuestro amor solamente con la mitad de lo que recibimos nosotros de nuestros abuelos, nos sentiríamos satisfechos.

Gracias Señor, gracias familia, gracias a los amigos todos.

Por eso intentamos pasar el máximo tiempo posible con ellos. En mi caso, también por ese tiempo que estuve ausente de nuestras hijas, debido a mis actividades. Si los nietos nos tuvieran presentes y percibieran nuestro amor, solamente con la mitad de lo que recibimos nosotros de nuestros abuelos, nos sentiríamos satisfechos.

Gracias Señor, gracias familia, gracias a los amigos todos.

Apéndice

Algunas siglas de organizaciones comunistas del régimen cubano

Acopio	Los Centros de Acopio de Productos Agrícolas (especialmente de viandas, hortalizas y granos) constituyen un sistema de almacenes donde el Estado reúne la producción de los campesinos agricultores para controlar su distribución o comercialización.
ANAP	Asociación Nacional de Agricultores Pequeños.
CDR	Comités de Defensa de la Revolución.
CTC	Central de Trabajadores de Cuba.
DAAFAR	Defensa Antiaérea de la Fuerza Aérea Revolucionaria.
EJT	Ejército Juvenil del Trabajo.
FAR	Fuerzas Armadas Revolucionarias.
FEEM	Federación de Estudiantes de la Enseñanza Media.
FEU	Federación de Estudiantes Universitarios.
FMC	Federación de Mujeres Cubanas.

ICAIC	Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos.
INDER	Instituto Nacional de Deportes, Educación Física y Recreación.
INRA	Instituto Nacional de Reforma Agraria.
MINSAP	Ministerio de Salud Pública.
MTT	Milicias de Tropas Territoriales.
OFICODA	Oficina de Control de Distribución de Alimentos.
PCC	Partido Comunista Cubano.
SMO	Servicio Militar Obligatorio.
UJC	Unión de Jóvenes Comunistas.
UMAP	Unidades Militares de Ayuda a la Producción.
UPC	Unión de Pioneros de Cuba.



ÁLBUM

Cuatro generaciones Guedes.
De derecha a izquierda:
 el bisabuelo Rafael, el abuelo Antonio
 y mi padre, que me tiene en sus brazos
 (con ocho meses y quince días).

Izquierda: con mi madre.

Páginas siguientes (al dorso):
 Mi padre, Antonio Rafael "Nico" Guedes
 Padrón, el 5 de octubre de 1946.
 Mi madre, Eva Caritina Sánchez Ruiz,
 el 16 de octubre de 1939.





Arriba, izquierda: montando a caballo con abuelo Antonio;
 derecha: en el jardín del patio de los abuelos María y Antonio.
 Debajo: mis padres el día de su boda,
 con mis abuelos y los hermanos de mamá.



Arriba: con los abuelos (de izquierda a derecha)
 Rafael, Estrella, María y Antonio. 25 de septiembre de 1954.
 Derecha: con mi tía Uline.
 Debajo: mi abuelo, junto a Campanería,
 en el portal de la casa del administrador
 del central Conchita.





Arriba: El central Conchita.
Izquierda: delante del central,
con las tías (de derecha
a izquierda) Betty, Amalia
(con Evita en brazos),
Oneida, yo, la prima
Estrellita, Alicia,
-detrás: Marta López
y Elsa Gutiérrez;
derecha: en el busto
a las madres, en el parque.
Debajo, izquierda:
como pelotero
(equipo Habana), con
el amiguito Jorge Espinosa
"El Chino".



El central Conchita.
Arriba: en la procesión, con mis tías Amalia y
Uline (me lleva de la mano); detrás,
Alicia, Betty y Marta, la esposa de "Fito".
Derecha: frente al jardín de la casa de los
abuelos, con Teresita Trujillo y mi hermana.
Debajo: la procesión,
en la calle de mis abuelos.





Arriba, izquierda:
montando una atracción
(un año y dos meses);
derecha: en el trenecito.
Debajo, izquierda:
en la locomotora
con abuelo Rafael,
en el central Conchita.

Arriba, izquierda:
con Evita, en la
acera de enfrente
de nuestra casa de
San Carlos;
derecha:
con Pablo González,
delante del gallinero
en el patio de mis
abuelos de Conchita.
Debajo, derecha:
vestido de vaquero.
Día de Reyes de 1958.





Arriba: fiesta de disfraces en la escuela Felipe Poey (9 de marzo de 1960).
A extrema izquierda, se me ve vestido de indio.
Debajo: celebrando nuestro cumpleaños, el 15 de septiembre de 1958.



Arriba, izquierda: con mi hermana
junto al árbol de Navidad
del Ayuntamiento de Unión de Reyes,
el 23 de diciembre 1957;
derecha: primera comunión de
mi primo Rey y mía.
Debajo, izquierda: con Estrellita,
Evita, Felito y Mary;
derecha: la comunión de Evita.



Arriba: con mis padres en la sala de la casa de la calle San Carlos.
 Arriba, derecha: dos fotos de mi dormitorio y mis muebles.
 Debajo, izquierda: a la edad de 2 años y 2 meses.

Página siguiente,
 arriba: papi en la bodega;
 debajo: la ferretería de los hermanos Ojeda.





Arriba: caminando por la acera de los abuelos de Conchita con la prima Estrellita y Evita.
Debajo, izquierda: los mismos, unos años después.

Página siguiente:
arriba:
en la estación de ferrocarril de Unión de Reyes mis tías (de izquierda a derecha) Betty, Uline, Elsa Gutiérrez, Alicia y la prima Estrellita;
debajo: el día que llegamos de la Escuela al Campo.
A mi lado, Reinaldito, Jorge y Mayra Laguillo.





En el Seminario. **Arriba:** cortando caña en el trabajo en el campo.
Debajo: La Habana, Iglesia de Santa Catalina, el día de la ordenación de
 Julio Morales Gómez. A la derecha, Reinol Guillén, compañero de estudios.

Página siguiente, arriba: El día de nuestra boda, 18 de julio de 1975,
 en la Iglesia de Jesús del Monte de La Habana;
debajo: aun siendo novios, el día de la boda de Barbarita González.



Bautismo de Beatriz. **Arriba:** entrando a la iglesia, con Monseñor Zombi, el Diácono Norberto López y Carlos Piedra (seminarista y acólito); **debajo:** la ceremonia, con los padrinos –el padre Carlos Manuel de Céspedes y Eladia Iglesia– y Norberto.

Página anterior, izquierda: Lourdes, el día de nuestra boda.



Arriba: Beatriz recién nacida con Lourdes y conmigo.
Debajo, izquierda: tía Noemí con papi en 1979, en los jardines del Hotel Nacional de La Habana.



Arriba: Beatriz con su bisabuelo Antonio y sus abuelos, en la sala de la casa de mis padres. Con la bisabuela Estrella no tenemos foto, entre otras cosas porque no teníamos cámara.
Debajo, derecha: El último día en Cuba. Beatriz con sus abuelos y su madrina Eladia. Sostiene en brazos a su primo Sergio René. En casa de Maggie y familia, 23 de diciembre de 1981.



Arriba: el día del bautismo de Cecilia con sus padres, hermana, padrinos -Oslidia García y Miguel Durango- y el padre Pedro González Capdevila; debajo, izquierda: Cecilia recién nacida, con Lourdes Fernández de Bulnes.

Página siguiente, arriba: Cecilia recién nacida con sus padres y hermana en el hospital Santa Cristina de Madrid; debajo: Beatriz y Cecilia. 25 de diciembre de 1984.





Arriba: nosotros en Madrid con las niñas,
en el parque cerca de la casa de la calle Andorra.

Página siguiente, arriba:
con mis tíos en Miami, julio de 1990;
(de izquierda a derecha)
Gonzalo, Reinaldo, Israel, Enrique,
Alfredo, Rafa y, sentada, Angelina.
Debajo: con el padre Roberto Solana,
quien presidió la Eucaristía de nuestra boda.



Arriba: evento de la ULC.
 Centro, izquierda:
 con Carlos Alberto Montaner,
 en un evento de la ULC.
 Debajo: en la Casa de América de Madrid,
 evento de AIL con Mario Vargas Llosa,
 Juancho Armas Marcelo y Joani Sánchez.



Arriba: con Lourdes en barco
 por el Mar de Galilea,
 durante un viaje a Tierra Santa.
 Debajo, derecha:
 Lourdes, Maruca y Pepín Ojeda,
 en Segovia.





Arriba: con la familia de Madrid en Nochebuena (de derecha a izquierda): Rubén, Pepe, Cecilia, Maggie, Orlando, Evita, Daniel, Nandy, Beatriz y, delante, Sergio.
Debajo: mis padres, recién llegados a Madrid, en noviembre de 1994; delante, Zoraida, detrás Pat y Jerry.

Arriba: con las hijas y los nietos en la parroquia de San Juan Bautista, el día de Navidad.
Debajo, derecha: Evita con sus hijos, Hernando, Daniel e Iberia.



Arriba: los cinco nietos (de izquierda a derecha): Mario, Carmen, Nerea, Marina y Sara;
debajo: el abuelo con Sara, Marina, Mario, Carmen y Nerea.

Página anterior, arriba: 24 de abril de 2020. Mario celebra su cumpleaños por video llamada, por el confinamiento; debajo: Nerea y Sara en la playa, verano de 2018.

Página siguiente (al dorso): Carmen, Mario y Marina. Portonova, agosto 2017.



Este libro se terminó de imprimir
el día 14 de julio de 2021

Editorial **BETANIA**

Colección Narrativa

Resumen del catálogo

(1987-2021)

Al otro lado de la zarza ardiendo, de Graciela García Marruz.
Hace tiempo... Mañana, de Rodrigo Díaz-Pérez.
El arrabal de las delicias, de Ramón Díaz Solís.
Ruyam, de Pancho Vives.
Pequeñas pasiones de mujer, de Guillermo Alonso del Real.
Memoria de siglos, de Jacobo Machover.
El Cecilio y la Petite Bouline, de Emeterio Cerro.
Dicen que soy y aseguran que estoy (Las Memorias de una Loca, Loca), de Raúl Thomas.
Cartas al Tiempo, de Ana Rosa Núñez y Mario G. Beruvides.
Yo acuso y perdono (Confesiones de una mujer en los oscuros años del franquismo), de Maite García Romero.
Las Orquídeas del naranjo (Cartas para condenarme), de Alberto Díaz Díaz.

Nuevos encuentros, de Martín-Armando Díez Ureña.
Móvil 8 (Testimonios del delito común en la Cuba castrista), de Severino Puente.
La hija del cazador, de Daniel Iglesias Kennedy.
Las caras de la Luna, de Raúl Thomas.
Viento de Lebeche, de Carmen Hernández García.
Chivitas, de Adriana Restrepo.
Carta para Beatriz, de Luz Mercedes Pardo de Meyer.
Ceiba Mocha (Cuentos y relatos cubanos), de Roberto Cazorla.
Pagadero al portador, de Carlos Pérez Ariza.
Cincuenta años de amor, de Raúl Thomas.
Balseros cubanos, de Carmen Fernández.
Las Vacaciones de Hegel, de Armando Valdés.
Tarde de Perros, de Michel Serrano Ruiz.
El Castillo de los Ultrajes (Memorias de un derrumbe), de Paulina Fátima.
Juego de intenciones (Cuentos), de Jorge Luis Llopiz.
Casi todo pasó en abril, de Martine Dreyfus Bendaña.
Decían que soy., y tenían razón (Memorias de una Loca, Loca), de Raúl Thomas.
Astillas, fugas, eclipses (Cuentos) y Caracol de sueños y espejos, de Mirza L. González.
Esta tarde se pone el sol, de Daniel Iglesias Kennedy.
Diez cuentos cubanos, más o menos, de Andrés Alburquerque.
Meditaciones perrunas, de Raúl Thomas.
Parto en el cosmos, de Matías Montes Huidobro.
Poniendo los sueños de penitencia (Encantada de conocerme), de Nidia Fajardo Ledea.
Vivir lo soñado (Cuentos breves), de Ismael Sambra.
Nunca podré olvidarte, de Gisela García Martín.
Espacio vacío (Novela testimonial), de Daniel Iglesias Kennedy.
Adiós a las Amazonas, de Ángela Reyes.
Posdata de un amor desesperado, de Raúl Thomas.

Sandra Salamandra, de Sonia Bravo Utrera. Ed. bilingüe,
 trad. al inglés por Nancy Festinger.
 La odisea del Mariel (Un testimonio sobre el éxodo y los sucesos de
 la Embajada de Perú en La Habana), de Mari Lauret.
 Emigrando (Cuba, Venezuela y España: 1945-2005),
 de Carlos Rodríguez Duarte.
 Hacia un mundo nuevo, de Mayda Silva.
 Jornada de amor y lágrimas, de Silvia Burunat.
 Palabras de Mujer / Parables of Women, de Olga Connor.
 Mujer. Verdad y Mentira, Ángel y Diablo, de Victoria Calzadilla.
 La semana más larga, de León de la Hoz.
 La memoria olvidada, de Luis G. Ruisánchez.
 Josefa y Josefina, de Silvia Burunat.
 La alianza de oro, de Nery Rivero.
 Lo prometido es deuda, de Raúl Thomas.
 Monólogos dialogados, de Silvia Burunat.
 En Cuba todo el mundo canta (Memorias noveladas de un ex preso
 político), de Rafael E. Saumell.
 Esencias de mariposa. La flor cubana desde 1492, de Ruber Iglesias.
 Autobiografía póstuma, de Silvia Burunat.
 Fantasías reales, de Silvia Burunat.
 17 memorias y un prólogo, de VV. AA.
 Inscrita bajo sospecha, de Mabel Cuesta.
 De ceca en meca, de Gabriel Cartaya.
 Enterrado mi corazón, de Leah Bonnín.
 Mi hijo escucha canciones cubanas, de Ricardo Nanjari Román.
 Escribas, de Aimée G. Bolaños.
 From Heaven to Earth and Back (Manuel para enamorados),
 de Silvia Burunat.
 Oración para el tiempo de las amigas, de Julio Pino Miyar.
 El regalo, de Nelson Rodríguez Leyva.
 Siempre será lo mismo, de Ricardo Nanjari Román.

Mi vida en “La Piedad”, de David Carlos Gall.
 Secretos equivocados (Diario de sueños I. Cuentos),
 de Francis Sánchez.
 Danny y Danielle y otras historietas, de Silvia Burunat.
 Nostalgias, ironías y otras alucinaciones (Cuentos escogidos),
 de Amir Valle.
 Nicaragua: Cuentos y tradiciones de Diriamba,
 de Uriel Mendieta Gutiérrez.
 No quiero llanto, de Dolores Labarcena.
 La punzada del guajiro y otros cuentos, de Belkys Rodríguez Blanco.
 Hoy como ayer. Memorias, de Antonio Guedes Sánchez.
 Breves y ligeras crónicas de un *gusano* de La Habana en Santiago de
 Chile, de Luis García de la Torre.